UNIVERSIDAD NACIONAL

SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO

MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE CULTURA CENTROAMERICANA

ÉNFASIS EN LITERATURA

CENSURA MORAL EN LA LITERATURA COSTARRICENSE: EDICIÓN CRÍTICA DE *SACRILEGIO* (1944), DE ROSALÍA DE SEGURA

JOSE PABLO VALERIO ARCE

Campus Omar Dengo, Heredia, Costa Rica

2024

CENSURA MORAL EN LA LITERATURA COSTARRICENSE: EDICIÓN CRÍTICA DE *SACRILEGIO* (1944), DE ROSALÍA DE SEGURA

JOSE PABLO VALERIO ARCE

Tesis presentada para optar al grado de *Magister Litterarum en Estudios de Cultura Centroamericana con Énfasis en Literatura*. Cumple con los requisitos establecidos por el Sistema de Estudios de Posgrado de la Universidad Nacional. Heredia. Costa Rica.

MIEMBROS DEL TRIBUNAL EXAMINADOR

[Dr. José Vega Baudrit]
Representante del Consejo Central de Posgrado

[Dr. Mijaíl Mondol López]
Coordinador del posgrado o su representante

[Dr. Gabriel Baltodano Román]
Tutor de tesis

[Dr. Carlos Francisco Monge]
Miembro del Comité Asesor

[M.L. Gustavo Camacho Guzmán]
Miembro del Comité Asesor

Jose Pablo Valerio Arce
Sustentante

TABLA DE CONTENIDO

PÁGINAS PRELIMINARES

Agradecimientos iv
Resumen v
Abstract vi

INTRODUCCIÓN
0.1. Enunciación del tema 1
0.2. Pertinencia de la investigación 2
0.3. Estado de los conocimientos 3
0.3.1. Sobre la escritora y el texto 4
0.3.2. Sobre la censura literaria por parte de la Iglesia 6
0.4. Objetivos general y específicos 15
0.5. Referentes conceptuales 16
0.5.1 Canon y capital cultural 16
0.5.2 Institucionalidad y hermenéutica censora 23
0.5.3 Teoría de la recepción 29
0.5.4 Teoría sobre la edición de textos 33
0.5.5 Dimensiones morales y éticas 37
0.6. Procedimiento general de trabajo 45
0.7. Estructura del informe de tesis 46

CAPÍTULO ÚNICO 48
ESTUDIO PRELIMINAR: *SACRILEGIO* (1944), DE ROSALÍA DE SEGURA
1.1. Introducción 49
1.2. Datos biográficos de la autora 50
1.3. Consideraciones generales sobre el texto 55
1.4. Costa Rica y su realidad represiva en las décadas de 1930 y 1940 57

1.5. Literatura femenina centroamericana: desde sus inicios hasta *Sacrilegio* (1944) 62
1.6. La crítica contemporánea de *Sacrilegio* (1944) 66
1.7. La censura eclesial sobre *Sacrilegio* (1944) 78
1.7.1. La Iglesia católica en Costa Rica durante la década de 1940 78
1.7.2. Aproximaciones a la censura de Sacrilegio *(1944), de Rosalía de Segura* 90
1.8. *Sacrilegio* (1944): entre el filo del conservadurismo y el muro de la moral cristiana 97
1.9. Consideraciones finales 114
1.10. Criterios de esta edición 118

CONCLUSIONES 120

BIBLIOGRAFÍA 127

ANEXO 134
SACRILEGIO (1944) EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE JOSE PABLO VALERIO ARCE

TABLA DE ILUSTRACIONES E IMÁGENES

CAPÍTULO ÚNICO

ESTUDIO PRELIMINAR: *SACRILEGIO* (1944), DE ROSALÍA DE SEGURA

1.2. Datos biográficos de la autora

Imagen 1. Retrato de Rosalía Muñoz Picado 51

Imagen 2. Dedicatoria de Rosalía a su hija Rosybell en la novela *Alma* (1942) 52

Imagen 3. Portadas de algunas de las publicaciones de la escritora 55

1.3. Consideraciones generales sobre el texto

Imagen 4. Portada de *Sacrilegio* (1944) 56

Agradecimientos

Doy gracias a Dios por todo lo que ha permitido en mi vida. Por brindarme tanto amor a través de muchas personas, así como diversas lecciones y tantas experiencias que me han edificado para ser quien soy actualmente. A mi esposa, Daniela Barquero Matamoros, mi mejor amiga, coautora de artículos de investigación, colega de trabajos finales y compañera de estudios en tantos cursos. Por amarme, por los muchos consejos brindados, así como por la paciencia en momentos difíciles y por todo su apoyo.

Agradezco a mis padres, Eladio Valerio Arce y Ana Celia Arce Solís, por educarme con los valores que ostento hasta hoy, por enseñarme a apreciar la disciplina, la honestidad, el gusto en todo lo que se hace, y, sobre todo, a buscar ser una mejor persona, humilde y entregada. Gracias por tantos sacrificios para sacar adelante nuestro hogar. Muchas gracias a mi hermano, Diego, por todas las risas, los juegos, las amenas charlas y tantos momentos que llevo en mi memoria.

Quiero externar mi agradecimiento a la Universidad Nacional por la formación superior recibida desde 2016 hasta la fecha. La oportunidad de haber cursado mi bachillerato con una beca de honor por rendimiento académico significa mucho para mí al saber que mi esfuerzo fue reconocido. Le doy las gracias a cada profesor que de forma sincera buscó mi crecimiento personal y que me brindó las herramientas necesarias para poder rendir frutos, así como a todos los funcionarios que me han ayudado en distintos trámites, en especial a los colegas de la *Sala de Libros Antiguos y Especiales*, de la Biblioteca Joaquín García Monge, además de los empleados del Archivo Histórico Arquidiocesano «Monseñor Bernardo Augusto Thiel».

Deseo agradecer al cuerpo docente de la maestría que me acompañó durante este tiempo: a Diana Rojas Mejías, a Gustavo Camacho Guzmán, a Karen Calvo Díaz, a Mijaíl Mondol López, a Luis Barrantes Montero, a Carlos Francisco Monge y, especialmente, a mi tutor de tesis, Gabriel Baltodano Román. Cada uno ha dejado su impronta en mi labor profesional. Gracias también a todos los colegas de generación que muy respetuosamente me brindaron su apoyo, realimentación y comentarios de toda índole para mejorar esta tesis. Por todo el profesionalismo manifestado que fructificó en importantes investigaciones.

Resumen

Esta investigación se ocupa de la novela *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura (Costa Rica: 1917-1996), un texto que fue objeto de censura por parte de la Iglesia católica. A partir de tal hecho, este trabajo final de graduación explora la sensibilidad conservadora de la sociedad costarricense de la época y su recepción del texto a la luz de la moral cristiana. Es fundamental, además, la articulación entre la sensibilidad conservadora, la moral tradicional y la visión androcéntrica, pues la censura también se explica por la valoración negativa dada a los productos de la literatura sentimental, percibidos por entonces como indecorosos. A pesar del manifiesto interés del caso, tanto la crítica como la historiografía literaria han desatendido el proceso de recepción de la novela.

A la luz de ello, se realiza una edición crítica del texto literario con el propósito de recuperarlo del olvido y reintroducirlo en el marco de los debates contemporáneos en torno a la historia de la escritura de las mujeres, la censura y la institucionalidad literaria. En el estudio preliminar se ofrecen datos biográficos de la autora, los comentarios que suscitó la publicación de la novela, así como una interpretación que da cuenta de los hechos representados en la ficción y que fueron blanco de críticas por parte de la Iglesia católica. Además, se analiza la construcción estético-ideológica del texto y sus implicaciones en el debate de época acerca de lo que debía ser la literatura costarricense. Por último, se establece una interpretación del diálogo entre el texto y la sensibilidad conservadora que lo juzga.

A modo de anexo y como producto directo de esta investigación, se ofrece una edición crítica del texto.

Descriptores:

1. Literatura centroamericana.
2. Narrativa costarricense.
3. Novela escrita por mujeres.
4. Censura literaria.

Abstract

This research deals with the novel *Sacrilegio* (1944), by Rosalía de Segura (Costa Rica: 1917-1996), a text that was subject to censorship by the Catholic Church. Based on this fact, this final graduation project explores the conservative sensitivity of the Costa Rican society of the time and its reception of the text in the light of Christian morality. Furthermore, the articulation between conservative sensitivity, traditional morality and androcentric vision is essential, since censorship is also explained by the negative evaluation given to the products of sentimental literature, perceived at that time as indecorous. Despite the manifest interest in the case, both criticism and literary historiography have neglected the process of reception of the novel.

Considering this, a critical edition of the literary text is conducted with the purpose of recovering it from oblivion and reintroducing it within the framework of contemporary debates around the history of women's writing, censorship, and literary institutions. The preliminary study offers biographical data of the author, the comments that the publication of the novel provoked, as well as an interpretation that accounts for the events represented in the fiction and that were the target of criticism by the Catholic Church. Furthermore, the aesthetic-ideological construction of the text and its implications in the debate of the time about what Costa Rican literature should be, are analyzed. Finally, an interpretation of the dialogue between the text and the conservative sensibility that judges it is established.

As an annex and as a direct product of this research, a critical edition of the text is offered.

Descriptors:

1. Central American Literature.
2. Costa Rican Novel.
3. Novel written by women.
4. Literary Censorship.

INTRODUCCIÓN

0.1. Enunciación del tema

Al indagar en la historia de la literatura costarricense, se pueden descubrir casos de autores y textos que fueron olvidados por la crítica. Así, obras que en su día resonaron dentro del público nacional, ahora sufren menoscabo por diferentes razones. Dentro de la investigación académica, uno de los principales propósitos es arrojar luz sobre fenómenos y lecturas que se han dejado de lado en contraste con textos y autores que gozan tanto del favor de las élites como de la aprobación del público en general; esto es, el examen de los procesos de conformación del canon literario. Por ello, en este trabajo se rescata un texto poco conocido, la novela *Sacrilegio* (1944), de la costarricense Rosalía de Segura (1917-1996). Junto con *La ruta de su evasión* (1949), de Yolanda Oreamuno, es uno de los primeros textos literarios escritos por mujeres en Costa Rica en tomar como tema central la condición femenina en la sociedad del momento.

Existen pruebas de que *Sacrilegio* fue censurada por la Iglesia católica, por cuanto se la consideró opuesta a la moral. Como comprenderá el lector, no siempre es fácil reconstruir los motivos de la censura moral de textos literarios, tanto más si consideramos que este hecho ocurrió en una sociedad abierta y democrática. A partir del estudio de este caso, se propone que la censura se explica, además de lo estrictamente moral, por las articulaciones entre la sensibilidad conservadora, el androcentrismo y la refutación de aquellos textos literarios asociados con la cultura de lo sentimental y, en consecuencia, con lo banal y lo femenino (o lo feminizado, de conformidad con los parámetros sociales y estéticos en vigor). De tales correlaciones se sigue que esta novela no solo fue combatida en defensa de determinados valores morales, sino que, en términos generales, se la concibió como un proyecto artístico ajeno a la tradición literaria costarricense; en específico, a la comprensión dominante de la literatura nacional. El estudio de estos problemas dio origen a una empresa de recuperación del texto literario. Mediante la figura de la edición de rescate, damos esta novela al público contemporáneo para que pueda conocerla y comprender cabalmente las relaciones de poder tras la censura de la que fue objeto. Es primordial entender las formas en que diversos sectores tradicionalistas quisieron acallar a esta escritora; tanto más pertinente, que su obra sea leída de nuevo, sin aquellos viejos prejuicios y bajo los criterios de nuestra época.

0.2. Pertinencia de la investigación

La situación de la novela es la de un escrito apenas citado por los críticos. Incluso, el olvido es tal que, para la consulta misma del texto, se debió acudir a la *Sala de Libros Antiguos y Especiales*, de la Biblioteca Joaquín García Monge, adscrita a la Universidad Nacional. En este valioso acervo de investigación, se conserva un par de ejemplares. Pero más allá de las circunstancias descritas, ¿qué hace destacable al texto? Definitivamente, el contexto en que se enmarca la publicación. Su autora, conocida en territorio mexicano como Rosalía D' Chumacero, abordó un tema transgresor: una violación incestuosa. Como se comprende, la novela debió causar un fuerte impacto entre los lectores de la época. Tras su publicación original, según el testimonio de Dyanne Meyer, en el blog *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa*, el texto fue vetado y condenado por la Iglesia (2011), entidad que incluso llegó a proponer que la escritora debía «alejarlo del mercado» (2010).

Este indicio apunta hacia una cuestión poco estudiada en la historia de la literatura, nos referimos a la censura moral de la producción letrada por parte de diversas instituciones sociales. La censura de los textos literarios es un asunto apasionante, pero esquivo, en especial, cuando ocurre a lo interno de órdenes republicanos y democráticos, como en el caso aquí analizado. La dificultad primordial consiste en documentar apropiadamente los procesos de censura. Cuando se estudian tales fenómenos, con frecuencia, se los sitúa en lugares y periodos en los que predominó el autoritarismo, en suma, se los concibe como una consecuencia de la represión política. Con ello, se pierde de vista que la censura también opera en otras clases de sociedades y que sus agendas trascienden la esfera ideológica y política. Incluso, que la censura moral suele guardar correspondencias con determinadas valoraciones estéticas.

Aunque difícil e incierta, la elección de este tema se justifica con los argumentos expuestos por Silvina Souza en «La formulación del problema de investigación: preguntas, origen y fundamento» (2012), para quien el problema de investigación debe interesar no solo a nivel personal, sino debe ser un tópico importante para un colectivo social sobre una parte de la realidad circundante que es desconocida (2012: 39). Por ello, con este trabajo se pretende llenar un vacío de conocimiento relativo al caso concreto de la citada novela

durante la década de 1940, específicamente, sobre la censura literaria efectuada por parte de un agente social clave para comprender la nación costarricense y a la región centroamericana en general: la Iglesia católica. Con ello, se pretende sentar un precedente para futuras incursiones de nuevos investigadores en este fangoso y muchas veces desconcertante mundo de la censura literaria, repleto de silencios.

Uno de los fines de este trabajo final de graduación consiste en recuperar y dimensionar las aportaciones de esta escritora costarricense, una de las primeras novelistas nacionales. La censura moral de su novela fue posible no solo por la importancia relativa de la Iglesia (que en este caso no actuó de forma articulada), sino, además, por las correspondencias entre el tradicionalismo, el androcentrismo y la conceptualización dominante de literatura nacional. Todos estos elementos se articularon en la recepción de *Sacrilegio*, en su marginación a lo interno del sistema literario. Al analizar las relaciones de poder tras la censura de esta novela, comprendemos mejor la forma en que determinados bienes culturales, en especial, aquellos producidos por mujeres, eran mediados y valorados por una sociedad tradicionalista, a la vez que patriarcal.

0.3. Estados de los conocimientos

Con respecto a la información necesaria para emprender la investigación, se busca establecer lo que Ragnhild Guevara Patiño, en su texto «El estado del arte en la investigación: ¿análisis de los conocimientos acumulados o indagación por nuevos sentidos?» (2016), ha designado como *diálogo entre los saberes*, una auténtica polifonía de investigaciones que permita elaborar interpretaciones con base en lo ya dicho y en lo que se ha dejado de lado, esto por medio de un diagnóstico del estado de los conocimientos sobre el corpus y la aproximación elegidos (2016: 169-170). De esta forma, se ha indagado tanto respecto de la figura de la autora como acerca de los estudios sobre la censura de los textos literarios. Para el primer punto, se revisó en documentación relativa a la historiografía literaria nacional. Sobre el segundo aspecto, se identificó una carencia de estudios específicos acerca del ámbito nacional, por lo cual se plantea un estado de la cuestión

global que aborda estudios acerca de las letras hispánicas, enfocados en el siglo XX en el contexto de la producción literaria durante la España franquista.

0.3.1. Sobre la escritora y el texto

Al emprender la búsqueda de información con respecto a Rosalía de Segura, lo primero que pudimos constatar es lo poco que se sabe sobre su vida y labor. Incluso, en el sistema de consulta civil del Tribunal Supremo de Elecciones de Costa Rica, su estatus corresponde al de «posible defunción». Las pocas noticias que se tienen de ella proceden de José Fabio Garnier Ugalde (1884-1956), intelectual destacado que escribió críticas literarias en el período 1949-1950 para el periódico *La Nación*. Garnier ofrece su visión del texto en estudio. Específicamente, según lo recopilado en el libro *Cien novelas costarricenses* (2017), dedica unas páginas tanto para la autora como para la novela *Sacrilegio*. Sobre la autora, se citan sus años de estudio en la Universidad de Costa Rica, institución en la que se graduó en Periodismo. También, se destaca su conciencia con respecto a los deberes, pero sobre todo de los derechos de la mujer y su defensa, elemento de gran interés, porque permite trazar un esbozo de ideología feminista en sus textos. Se cierra su bosquejo biográfico con la mención de su rol como creadora y directora de un semanario denominado *Mundo Femenino*, datado en 1941 (Garnier, 2017: 318). Esta caracterización inicial de la autora es importante, por cuánto la destaca como una figura pública en un momento histórico en el cual aún se cuestiona a la mujer que se deslinda de los roles domésticos impuestos por la sociedad.

Sobre *Sacrilegio*, Garnier ofrece una reseña, en la cual señala que nunca comprendió por qué la autora ubica su acción en sitios que ella desconoce, como Ciudad de México y París. En su criterio, la novela presenta, además, un estilo descuidado que no hace amena la lectura. No obstante, rescata la valentía de la narradora por valerse de un tema escabroso (2017: 180-181). Cierra su comentario del texto con dos observaciones puntuales: la primera, que la novela desarrolla un estudio psicológico de los personajes, y la segunda, que augura grandes textos de la pluma de la autora cuando logre dominar el manejo de la construcción progresiva, pero constante, de la trama (Garnier, 2017: 182).

En *Historia de la Literatura Costarricense* (1957), Abelardo Bonilla hace mención tanto del texto como de la escritora. Esto demuestra su resonancia en el espacio sociocultural dentro del cual desarrolla su producción literaria. En este estudio, se la considera como un caso anormal dentro del panorama de la literatura nacional. Esto se recalca en el paratexto capitular en el cual se encuadra a la autora: «Formas de la novela ajenas al costumbrismo» (1984: 159), que denota el dominio de una estética narrativa que eclipsaba a cualquier otra manifestación de su época y, por lo tanto, produjo el menoscabo de cualquier forma artística que intentara romper con el horizonte de expectativas preponderante. En este apartado, se dice que se enmarcan «formas de novela y cuento que no responden al movimiento realista (…) todas las obras de la primera mitad del siglo actual que, aun tratando temas nacionales, no pueden incluirse en dicho movimiento por diversas razones» (Bonilla, 1984: 159). Seguidamente, se ofrece una serie de causas por las cuales se separan estos autores del canon de la literatura del país, entre ellos, Bonilla menciona que «porque desarrollan asuntos extraños a nuestro medio» (1984: 159); criterio ideológico que muestra el menosprecio hacia lo foráneo en favor de lo nacional, motivo que englobaría a Rosalía de Segura y su obra.

A todas luces, este criterio es ideológico al mismo tiempo que pseudoliterario. Se connota un espacio externo de la literatura costarricense, conformado por sujetos y escritos que no se «adaptan» al modelo literario nacional, pues Bonilla alude a que «hay autores y obras que no han penetrado en el auténtico espíritu de nuestras letras y que, sin embargo, están en ellas y no deben ser ignorados» (1984: 159-160). Ya en el caso propiamente de la escritora, se le señala como «la más audaz en lo relativo a los asuntos que trata» (Bonilla, 1984: 164), seguido de una recapitulación de sus publicaciones, entre las cuales se alude al texto en estudio.

Rodrigo Solera en su tesis doctoral *La novela costarricense*, incluye en el corpus la obra completa de Rosalía de Segura. La agrupa entre aquellas que toman como un «detalle insignificante el ambiente costarricense o lo ignoran por completo, desarrollando sus tramas en países extranjeros o indeterminados» (1964: 144). Esta crítica reproduce una línea de pensamiento ya propuesta por Garnier. Asimismo, señala que:

> «Rosalía Muñoz de Segura pone una nota de atrevimiento en sus novelas cuando trata temas tan escabrosos como el adulterio y el incesto en *Alma* (1942), *Sacrilegio* (1944) y *Floración de pecado* (1951). Su atrevimiento es

> puramente temático porque la trama y el estilo son bien trillados y están llenos de lugares comunes y de sensiblería, utilizando un punto de vista demasiado convencional y pedestre para enfocar los problemas morales» (Solera, 1964: 144-145).

Esta crítica vehicula un juicio negativo de la totalidad de los textos, de los cuales destaca el abordaje de temas novedosos, pero critica duramente la representación efectuada a través de estrategias narrativas agotadas para esa época. Solera desacredita la novelística de esta autora a partir de un criterio fundamental en nuestra argumentación: sus contactos con la cultura sentimental. En *100 años de literatura costarricense* (2018), de Margarita Rojas y Flora Ovares no se menciona a la escritora ni a sus textos; empero, es de valor a la hora de ofrecer una contextualización histórica y cultural de la literatura de la década de 1940 para determinar la visión canónica de las recopiladoras en detrimento de muestras centrífugas de las letras nacionales. Asimismo, esta ausencia también funciona para exponer que la autora y su obra fueron olvidadas por los críticos posteriores, toda vez que desaparece su mención en trabajos historiográficos más recientes.

Tras este somero bosquejo de lo dictaminado por la crítica, se puede apreciar que aquellos autores preocupados por ofrecer una opinión sobre la novela fueron justamente los contemporáneos de la escritora. Esto resulta sintomático de los efectos de la censura, que genera un silencio por parte de la crítica posterior. Incluso, esfuerzos más recientes por recuperar los textos y la memoria de escritoras costarricenses, como el famoso caso de Yolanda Oreamuno, han pasado por alto a Rosalía de Segura.

0.3.2. Sobre la censura literaria por parte de la Iglesia

Con respecto al tema de la censura, Manuel Abellán en «Problemas historiográficos en el estudio de la censura literaria del último medio siglo» (1989), establece con respecto al caso de España que hay escasas investigaciones que se dediquen al tópico de la censura, un pilar fundamental del gobierno franquista. Con esto, la autoridad se mantenía vigilante ante cualquier aspecto que infringiera sus pautas (1989: 319). Conjuntamente, la Iglesia entró en escena con una visión avizora sobre cualquier factor que vulnerara las creencias o las «buenas costumbres» de los laicos, por lo cual se autoasignó la misión de «crear en los fieles la conciencia de un peligro gravísimo, como el que amenaza a la fe desde las páginas

impresas» (Abellán, 1989: 319). Así, se caracteriza de entrada a la literatura como un componente ideológico que puede tener consecuencias negativas para los intereses tanto del gobierno como de la institución religiosa. Abellán añade que es ilógico que, en España, con su pasado de autoritarismo político y una reciente apertura para el público general de cientos de miles de expedientes gubernamentales relativos a la censura, aún no se hayan elaborado tantos trabajos académicos que aborden el tema desde diferentes perspectivas disciplinarias (1989: 319). Esto se mantiene vigente, pues para la elaboración del presente estudio se indagó en diferentes plataformas virtuales de trabajos académicos, además de una búsqueda de tesis y otros estudios en las bibliotecas institucionales que arrojaron resultados limitados.

Seguidamente, el autor explica que la falta de investigaciones puede deberse a una interiorización subconsciente de la censura, lo cual vendría a ser una pervivencia ideológica del régimen franquista sobre la cultura y la sociedad en general. Esto porque, en su momento, la autoridad estatal se mantenía en constante vigilancia ante cualquier ente subversivo, por lo cual se invirtió en material propagandístico y en sistemas de control con el fin de la pervivencia de la situación presente, sin amenazas de regresar al sistema republicano. Con ello, la censura adoptó, como funciones esenciales, la coerción, la inhibición y la represalia. Solo aquellos que estaban ligados a las altas esferas de poder pudieron franquear este sistema, como sucedió con la figura del laureado escritor Camilo José Cela (Abellán, 1989: 320-321).

En términos generales, la censura se da por un rasgo elemental de la literatura, la polisemia; elemento ante el cual las instituciones represivas reaccionan. Prevalece en ellas la tesis de que, a falta de una interpretación única de un determinado texto, es dañino que el pueblo acceda a los contenidos de ciertos libros y que estos generen diversas lecturas, dentro de las cuales algunas pueden ser sediciosas. Incluso, las autoridades del momento tuvieron riñas internas en campos como el de la moral, ya que la Iglesia deseaba un poder absoluto en la materia por derecho divino, mas el gobierno actuaba de manera mucho más laxa por tratarse de una institución con atribuciones sociopolíticas. De esta forma, a pesar de la presencia de una gran cantidad de sacerdotes y religiosos en los aparatos censores, no se limitó la publicación de ideas o textos que pudieran ser nocivos para los feligreses y su espiritualidad (Abellán, 1989: 321). La razón de esta actitud por parte de la autoridad

gubernamental estribó en que, bajo su visión, España poseía tanto creyentes como otros sujetos pertenecientes a diversas denominaciones religiosas o del todo ateos con consideraciones morales distintas a la católica (Abellán, 1989: 328). Esta posición resuena en boca de políticos contemporáneos que buscan el unionismo ciudadano bajo un ideario nacionalista en detrimento de las posiciones encontradas. Por esta razón, los altos mandos de la Iglesia católica crearon el Secretariado de Orientación Bibliográfica, en adelante señalado por sus siglas SOB. Este departamento era el encargado de emitir juicios morales relativos a las publicaciones que circulaban en las librerías y bibliotecas; sobre todo, fueron señalados aquellos textos que gozaron de gran popularidad y eran más recientes. Con ello, los redactores cultivaron una crítica literaria que tomaba como criterio la tradición moral católica. A la vez, este dictamen incluía la recomendación de un lector idóneo para cada libro. El medio de difusión de estas reseñas críticas fue la revista *Ecclesia*, que en el lapso de 1944-1951 mostró una clasificación imperante de textos como «prohibidos», «reprobados por la moral» o «dañosos», frente a publicaciones catalogadas como «obra moral» u «obra moralizadora». Esto reafirma que el sistema, que fue regido por el grupo Acción Católica Española, era otra capa del aparato censor, que cercaba aún más el panorama para cualquier lector católico que quisiera acceder a los textos sin remordimientos, aun si dichos libros eran aprobados por el franquismo. A su vez, este hecho recalca que la censura no fue una cuestión monolítica y transparente, sino un fenómeno con diversas aristas y agentes involucrados en su gestión (Abellán, 1989: 322-323).

¿Qué sucede actualmente? Con la inexistencia de una entidad absoluta que ostente el poder, las discusiones censoras en planos ideológicos se da por luchas entre clases y colectivos de poder que defienden diversas actitudes en campos como el de la política o la economía, ya sea a nivel grupal o individual. Por ende, Abellán sostiene que en la contemporaneidad «las actividades censorias […] son mucho más difusas: dependen tanto del medio de comunicación social – radio, televisión, empresa periodística, grupo editorial, soporte publicitario, etc. – como del sujeto o del grupo del que surge la demanda y del contexto» (1989: 324); factores que son de interés al analizar el panorama censor de Costa Rica en la década de 1940.

Otro investigador que aborda el tema de la censura es Eduardo Ruiz Bautista en «¿Una censura católica? Censura editorial y catolicismo durante el franquismo (1939-1966)» (2017). Allí, se menciona un declarado antagonismo entre los falangistas y el colectivo católico que ha sido objeto de estudios, pero no en la vertiente de las posiciones encontradas en materia de manifestaciones culturales, entre ellas, la literatura. Los mencionados miembros de la Falange fueron familias ligadas a la figura de Franco, que se advocaron a una ideología imprecisa que se proclamó nacionalcatolicismo, resultado de una simple suma de la religión mencionada con el chovinismo del momento (2017: 71-72). Según Ruiz Bautista, la censura de libros no era algo que buscaba reducir un público consumidor de literatura, ni dejar huecos en los anaqueles personales o de las bibliotecas públicas, sino una estrategia por medio de la cual dichos vacíos eran rellenados con autores de tendencia análoga al gobierno o a la visión moral de la Iglesia española (Ruiz Bautista, 2017: 73). Con esto, ya desde las escaramuzas de la Guerra Civil (1936-1939), se ponían de manifiesto rituales del bando nacionalista como la quema ceremonial de libros con sentido de espectáculo para impactar a la población. Esto porque no existían criterios para la destrucción de los libros, sino que se realizaba en un marco simbólico. Ya con Francisco Franco en poder, su abierta profesión de fe católica lo obligaba a defender dicha institución y sus dogmas, por lo cual se crearon intereses comunes entre las partes y se asignó al Estado un rol de cruzado por el bien del cristianismo católico (Ruiz Bautista, 2017: 74).

Con respecto al modelo censor, fue un sistema de interrogantes relacionadas al texto. En primer lugar, si el libro arremete contra el dogma, la Iglesia o sus ministros. Y, en segundo lugar, si transgrede la moral o si denigra al gobierno o a sus coadjutores. En el mencionado ámbito de la moral, se mantuvieron criterios que ya fungían para la inclusión de obras o autores en el *Index Librorum Prohibitorum*, guía de la Iglesia vigente entre 1559 y 1966 sobre lecturas problemáticas que ultimadamente se dejó a la conciencia de cada lector creyente, mas en el caso español, se tomó como regla (Ruiz Bautista, 2017: 75). Por esto, se crearon grupos para controlar y expurgar bibliotecas públicas, con dictámenes que manifiestan claramente la consideración del *Índice de libros prohibidos* ya descrito, como máxima autoridad. Por ello, son eliminadas obras de autores, desde Apuleyo a Zolá, pasando por Rousseau, Víctor Hugo, Balzac, los Dumas e incluso Darwin. Resulta significativo que, mientras España revalidó este documento tras la toma de poder franquista

en 1939, la realidad fue que de la totalidad de libros incluidos que ascendía a más de 4000, solo 256 correspondían a autores contemporáneos, por lo que era un elemento arcaico e insuficiente para dar cuenta de la inimaginable cantidad de publicaciones anuales en las distintas lenguas del orbe. Asimismo, las ediciones postreras no incluían autores como Marx o Freud, puesto que eran vedados por ley canónica automáticamente a los fieles y no se consideraba necesario señalarlos por su obvia ideología contraria a las enseñanzas eclesiásticas (Ruiz Bautista, 2017: 75-76).

Empero, en 1897 apareció una Constitución Apostólica del papa León XIII denominada *Officiorum et munerum* que estableció un canon conocido como 1399. Dicho documento planteaba una censura en términos generales de cualquier texto de alusiones «heréticas, cismáticas, impías o anticlericales [, además] proscribía igualmente las obscenas y las lascivas, las que atentaban contra las buenas costumbres, las que amparaban el duelo, el suicidio, el divorcio o la masonería» (Ruiz Bautista, 2017: 76). Ante dicho panorama, la preocupación de las élites religiosas consistió en que los creyentes pecaban por ignorancia al leer autores prohibidos o textos que incumplían con los requisitos de una lectura moralizadora, hecho que sucedía por la posibilidad de acceso a estos otorgada por el régimen franquista (Ruiz Bautista, 2017: 76), lo cual ya se mencionó con la diferencia de criterios en el tema de la moral entre las partes.

Estas posiciones encontradas se pueden ejemplificar con un caso ocurrido en 1939, cuando un cardenal apellidado Gomá alzó su voz contra la publicación de la novela *El viaje del joven Tobías*, de Gonzalo Torrente Ballester. Sucede que incluso la editorial Jerarquía, en la cual apareció publicada, estaba ligada al Estado por medio de la Jefatura de Ediciones y Publicaciones; e incluso el propio Ballester dirigió otra editorial gubernamental denominada Ediciones Libertad. La situación provocó un viraje en 1941, cuando la relación se rompió con la aparición de la Vicesecretaría de Educación Popular, la cual era administrada por personalidades cercanas a las altas esferas religiosas, con lo que se esperaba el fortalecimiento de la censura. De hecho, lograron retirar del mercado textos como *La fiel infantería* de Rafael García Serrano. No obstante, al final se publicó de la mano de la Editora Nacional y fue laureada con el Premio Nacional de Literatura *José Antonio Primo de Rivera*. La respuesta eclesial fue una reivindicación por parte del

arzobispo Pla y Daniel referente al deber de la Iglesia de vigilar las publicaciones, lo cual apareció en el Boletín Eclesiástico de la Archidiócesis (Ruiz Bautista, 2017: 77).

Frente a dicho contexto, el Jefe de Censura y Secretario de Propaganda de la Vicesecretaría de Educación ya mencionada, emitió unas directrices que se resumían en la vigilancia sobre textos en busca de cualquier objeción contra la Falange, Franco o el Catecismo de Astete. Sumado a esto, se menciona que habrá casos excepcionales por tratarse de textos de gran importancia estética, pero contrarios a la moral, que tendrán que ser debidamente prologados y comentados para evitar confusiones entre sus lectores. Por obvias razones, la Iglesia se mostró contraria a esto, sobre todo porque bajo esta visión, su aporte quedó relegado al de la figura de Astete, jesuita del siglo XVI que brindó un documento catequético que ya para el siglo XX era insuficiente ante las necesidades ético-morales de la época (Ruiz Bautista, 2017: 77-78). Incluso, dentro del sistema censor, la Iglesia aportaba a un doctor en teología que era lector y crítico en los textos categorizados dentro de «religión y pedagogía», pero el gobierno tenía en su poder la posibilidad de censura en categorías de literatura «política, historiográfica y recreativa»; es decir, aquellas más leídas y de fácil acceso que podían afectar a los fieles frente al limitado campo de acción del clérigo en temas de tratados filosóficos que no eran tan consumidos. Aunado a lo anterior, según un informe del 15 de junio de 1942, para ese entonces ya ningún censor activo pertenecía al ámbito clerical (Ruiz Bautista, 2017: 78).

Resulta importante la injerencia en el tema de la censura que poseía la embajada alemana en el territorio español. Se debe recordar la estrecha relación entre estas naciones debido a las ideologías autoritarias análogas en las figuras de Hitler y Franco. El representante cultural de dicho Estado en territorio español, Gustav Petersen, prohibía a su antojo textos de autores alemanes contrarios al régimen, además de aquellos de la esfera judía o de ascendencia hebrea. Pero, a la vez, eximía de la censura libros y autores claramente contrarios a la ideología cristiana, mas favorables al gobierno nacionalsocialista alemán. Este fue el caso de Friedrich Nietzsche, específicamente con *Así habló Zaratustra*, por incluir la escandalosa frase de la muerte de Dios, empero goza del beneplácito gubernamental que patrocinó la publicación de cuatro de sus textos, incluido el ya citado, a pesar del dictamen desfavorable del censor. El hecho llegó hasta tal grado que en 1942 se confiscaron más de dos mil ejemplares; sin embargo, el filósofo alemán no fue condenado,

sino que se reservó para lectores eruditos necesitados de consultar su obra (Ruiz Bautista, 2017: 78).

Como consecuencia de la constante omisión censora por parte de la Vicesecretaría de Educación Popular y del Estado en general, se crearon la ya mencionada revista *Ecclesia* y el Boletín de Información del Secretariado de Información de Publicidad y Espectáculos (SIPE), los cuales se encontraban emparentados con las Congregaciones Marianas (Ruiz Bautista, 2017: 80). Posteriormente, cuando se hizo evidente que el Eje encabezado por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial saldría derrotado, las instituciones católicas lograron su cometido. En 1945, tomaron las riendas de los servicios de prensa y propaganda, en adelante bajo la administración del Ministerio de Educación. Ya para 1947 se prohibieron los textos incluidos en el *Índex*, lo que se reflejó cuando en 1951 se procesaron las autorizaciones para que la Editorial Tor reeditara *Los miserables*, ante lo cual el censor solo debió justificar su rechazo con base en la inclusión de Víctor Hugo en el *Índex*, además que finalmente se condenó a Nietzsche públicamente. Con esto, la censura promovió eliminar cualquier párrafo en los textos que pusiera en tela de duda o no tratase con la debida solemnidad a la Iglesia, sus ritos y dogmas (Ruiz Bautista, 2017: 82).

La censura se irguió contra cualquier libro señalado como anticlerical, independientemente de que se tratase de literatura recreativa o de estudios históricos como *Los judíos en la España Moderna* de Julio Caro Baroja. Al mencionado texto se le eliminaron secciones en las cuales se connotaba el homosexualismo del papa Julio III, o se señalaban desórdenes y descomposición moral de inquisidores, clérigos, entre otros; sin importar que estos hechos ocurriesen varios siglos antes (Ruiz Bautista, 2017: 83).

Ya para tiempos de la Guerra Fría, los principales aliados de Franco eran el Vaticano, con quien firmó un nuevo concordato, además de los Estados Unidos. Empero, no se realizaron concesiones diplomáticas como ocurrió con la Alemania nazi, más bien se decomisaron más de 30.000 ejemplares de la Biblia protestante, hecho que conllevó las críticas de medios de comunicación opositores e, incluso, de algunos que en principio fueron favorables al régimen; aun la embajada británica hizo eco del hecho hasta que se llegó a discutir en la Cámara de los Lores si España violó la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas en lo concerniente a la libertad de culto. También, esto se discutió en el senado de los Estados Unidos, por solicitudes de autoridades evangélicas de

ceses de ayudas económicas para un gobierno que se consideraba igual de opresor en estos temas que la Unión Soviética. La respuesta del franquismo es risible, pues ante la denostación de la imagen internacional del país, prefirió pagar una indemnización económica antes que devolver los ejemplares (Ruiz Bautista, 2017: 84).

La tesis de Ángela Pérez del Puerto, denominada *La censura católica literaria durante la Posguerra española: Traspasando las fronteras de la ideología franquista* (2016) retoma muchos tópicos ya citados en los dos documentos precedentes. Asimismo, aporta que, en 1938, se aprobó en España una Ordenanza que dictaba la necesidad de una autorización para cualquier documento antes de su publicación. Esto no solo afectaba a los nuevos escritos, sino que aplicaba para cualquier reedición de algún texto clásico, por lo que la censura estatal estaba ya desde antes de la entrada en poder del franquismo (2016: 38).

Posteriormente, tras el establecimiento del régimen de Francisco Franco, se menciona que se recurrió a la censura incluso de textos que buscaban enseñar, pero presentaban escenarios amorales como manifestaciones de lo que no se debía imitar, de lo que era criticable; debido a que se interpretaron como una exhibición de instintos pecaminosos que podrían tentar al lector. Por ejemplo, la prohibición de textos que mostraban las consecuencias negativas de una vida volcada a los apetitos sexuales desenfrenados hasta llegar a la conversión del protagonista fue común en su época (Pérez del Puerto, 2016: 77); factor que es de sumo interés para el abordaje de la novela *Sacrilegio* y su problemática trama, ya que, como se manifiesta en el respectivo análisis, la posición del narrador es de crítica ante lo mostrado, mas esto fue insuficiente para evitar la censura del texto.

Otro caso que acarreó la censura fue la de aquellos textos que desarrollaban temáticas femeninas alejadas de la tradicional concepción genérica católica de hombre / mujer, con sus roles sociales respectivos. Con ello, se criticaba la representación del ideal moderno de feminidad y sus hábitos, factor que propició la persecución de la llamada «novela rosa» (Pérez del Puerto, 2016: 90). Contrapuesto a lo anterior, se demuestra que se favorecieron textos en los que se ensalzaba el modelo de la familia prototípica bajo la figura del padre de familia y la maternal mujer que se encargaba de la crianza y del hogar. A su vez, se promovieron lecturas en las que mujeres jóvenes que trabajaban fuera del

hogar eran subyugadas por el amor de un hombre y terminaban adoptando su rol dentro de la esfera doméstica (Pérez del Puerto, 2016: 155). Por lo cual, en la lectura de la novela se debe considerar a los personajes femeninos y su configuración en cuanto a los roles de género, puesto que pudo ser otro de los rasgos que conllevó a su censura por parte del aparato eclesial.

Caso recalcable es el del juicio al que se expone la novela *Arizona Ames* (1932) de Zane Grey, encasillada dentro del género *western* al tratarse de un prófugo de la justicia que es perseguido por haber vengado la honra de su hermana al asesinar a su amante. En su momento, se señaló el pecado sexual de la hermana, pero no se habló de la culpa que tenía el hombre en dicha relación coital, como tampoco se censuró matar a un ser humano, lo que atestiguó una doble moral en el tratamiento de los textos por parte del aparato censor eclesial (Pérez del Puerto, 2016: 177-178).

Seguidamente, se presenta la edición de los coordinadores Ángel Luis Luján y César Sánchez Ortiz del tomo *Literatura y poder: Las censuras en la LIJ* (2016). En este documento, se analiza la censura de las publicaciones de literatura infantil y juvenil, tanto en la España franquista. Con respecto al caso del país europeo, Victoria Sotomayor menciona que, en los primeros años tras la entrada al poder de la falange, existió un paupérrimo control sobre los libros dirigidos a un público infantil. Luego, creció el poder eclesiástico y se impusieron criterios religiosos y morales en la publicación de textos para los menores, sobre todo porque se buscaba la existencia de personajes ejemplares. Cabe destacar que en estos procesos de censura hubo una gran participación de mujeres, en detrimento de su involucramiento en otras áreas (2016: 19). Eloísa Santos añade que se inició la publicación de listas de textos admitidos dentro del ámbito de la enseñanza escolar, hechos por la Iglesia, como en el caso del *Gabinete de Lectura Santa Teresa*, creado por la Asociación de Mujeres de Acción Católica en 1942 (2016: 23). De la misma manera, según Pedro Cerrillo, por motivos de moral se censuraron *Cuentos de los Hermanos Grimm* y *David Copperfield*, entre otros; por religión, un caso de censura sonado fue el de *Jane Eyre* de Charlotte Brontë, y también por ideas, *Los tres mosqueteros* de Dumas (2016: 21-22).

Finalmente, tras el recorrido por las aproximaciones al tema y a la figura de Rosalía de Segura, se tiene que hay vacíos importantes de conocimiento que dan importancia al

presente proyecto. Con esto, se busca rescatar la imagen de una escritora transgresora de los modelos de su época, así como su texto más polémico. A su vez, el tópico de la censura de la Iglesia sobre la literatura no ha sido abordado en el contexto costarricense, por lo cual se efectuó un estado de la cuestión más global que incluyó estudios sobre el campo literario peninsular, lo cual denuncia la falta de trabajos relativos al tema a pesar de las facilidades y los recursos que se poseen actualmente, lo que abre un nicho investigativo de gran valor para distintas disciplinas, entre ellas la de la crítica literaria.

0.4. Objetivos general y específicos

Se propone el siguiente objetivo general:

1. Preparar una edición crítica de la novela *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura (1917-1996).

Este objetivo general implica la consecución de los siguientes objetivos específicos:

1. Diseñar una edición crítica del texto *Sacrilegio* (1944), como etapa previa a la gestión de su publicación.
2. Realizar un estudio preliminar de la novela *Sacrilegio* (1944) que incluya aspectos biográficos, sociales, estéticos y de recepción relacionados con el texto.
3. Analizar la censura moral que sufre el texto por causa de las relaciones problemáticas existentes entre la cultura sentimental femenina y la sensibilidad conservadora de la época.

0.5. Referentes conceptuales

En cuanto a los principios teóricos que sirven de guía en esta tesis, se recurre a la fundamentación del apartado «El marco teórico: discurso, concepción, retórica y análisis conceptual» (2009) que realizan María Victoria Alzate Piedrahita y Miguel Ángel Gómez Mendoza, quienes lo definen como: «teorías y los conceptos que sirven de matriz teórica para las sucesivas etapas de la investigación» (2009: 63); por lo cual, inicialmente, se toman consideraciones con respecto a la discusión del canon y del capital cultural de la literatura en general y la costarricense, luego se pasa a elaboraciones teóricas sobre el diseño de ediciones críticas al tratarse del fin último del presente trabajo, además de conceptualizaciones más centradas en el análisis literario por medio de la teoría de la recepción y, por último, se definen las acepciones de otros términos necesarios para el abordaje del objeto de estudio.

0.5.1 Canon y capital cultural

Inicialmente, se recurre al texto de John Guillory titulado *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation* (1993). Este estudio discute esencialmente sobre la necesidad reciente de traer a la palestra al canon para ser juzgado. Una posición inicial es la revisionista, que debido a su ideología progresista-liberal busca un cambio radical en dicha selección textual, mientras que hay un grupo conservador que pretende mantenerlo igual (1993: 3). De esta manera, se entiende el pensamiento de los primeros desde el marxismo, el cual considera que los sujetos tendrán conflictos entre colectivos, incluso en el campo artístico en la búsqueda de representación. Entre dichos grupos pujantes están las mujeres, los adultos mayores, los enfermos-discapacitados y diversas minorías étnicas (1993: 4). El citado pensamiento revisionista, catalogado como marxista, se puede comprender actualmente como un conjunto de posiciones como la de la Nueva Izquierda, los Feminismos, los Estudios Postcoloniales y los Estudios Culturales, es decir, un fenómeno reciente de una reinterpretación epistémica de la realidad.

Para el presente estudio, se selecciona una escritora nacional de la década de 1940, quien ha sido marginalizada del grupo selecto de narradores de su década. Su condición

sexual —es decir, es una mujer— representa una desventaja en un panorama en el que hay una preponderancia indiscutible de escritores masculinos en la profesión, con excepciones como Carmen Lyra (1887-1949) o la contemporánea de la autora en estudio, Yolanda Oreamuno (1916-1956). También ellas fueron víctimas de persecuciones ideológicas. La primera por una cuestión política relativa a su pertenencia a la izquierda en el Partido Comunista Costarricense (PCCR), posteriormente llamado Vanguardia Popular (PVP), mientras que en el caso de la segunda por sus comentarios y literatura críticos de la sociedad costarricense. No sorprende que ambas murieran en el extranjero y, en el caso de la segunda, su revaloración positiva no ocurriera sino recientemente. Incluso, los autores fundacionales que han recibido el prestigio tanto académico como del pueblo y que pasan a ser modeladores de la idiosincrasia costarricense se convierten en auténticas autoridades sobre la tradición literaria costarricense, véase como ejemplo la Generación del Olimpo. Así, ya la crítica adopta un canon que dicta lo que puede considerarse o no objeto de reconocimiento como manifestación cultural valiosa, juicio que claramente no estimó la obra de Rosalía de Segura.

Al respecto, se debe mencionar lo postulado en *La casa paterna: escritura y nación en Costa Rica* (1993), de Flora Ovares, Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo. Se indica que la literatura, como parte de los elementos que conforman el imaginario colectivo, elabora una ideación de lo que es lo nacional. Esto no se establece únicamente con base en las temáticas, los escenarios o los valores, sino en la fusión de dichos aspectos dentro de un contexto histórico y estético determinado que sea convencional para la sociedad. Con ello, se considera la nacionalidad como ente en paulatina configuración, es artificio humano y las letras no la representan, sino que la articulan (1993: 21).

Rosalía de Segura firmó un texto que se ha considerado extraño por donde se lo mire, lo cual resalta en el parco comentario de la autora que ofrece Abelardo Bonilla, quien lo menciona, pero relega la novela por exógena. Desde la exploración de espacios foráneos como México y París, así como de temáticas criminales, a pesar de que se representen desde una valorización cristiana, se imponen como factores que explican la separación de la novela respecto al canon de «lo nacional». La idiosincrasia costarricense apoyaría la visión moralizadora desde la imperante ideología católica; no obstante, se escandaliza por el

pecado del incesto y del asesinato, por lo cual rechaza un producto cultural que ya de entrada se localizaba en otros lares.

Más adelante, Guillory expone la manera en que se conforma un canon, lo cual hace desde una analogía con la elección de textos sagrados en las religiones. Esto porque se toma una decisión sobre qué se debe preservar para luego ser reproducido y posteriormente enseñado (1993: 6). Para el análisis de *Sacrilegio*, se observa un desdén sociohistórico que ha condenado a sus escasos ejemplares a los anaqueles de antigüedades. A pesar de su olvido, aún es viable recuperar esta novela, lo cual es la razón de ser de esta investigación.

Con todo esto, para Guillory, más allá de intentar abrir el canon para incluir nuevos textos representativos o forjar uno nuevo desde cero sobre todo aquello «no canónico», se pueden efectuar investigaciones dentro de programas que tomen en cuenta otras formas de literatura no abordadas hasta entonces como corpus de estudio. Así, «no es necesario reclamar el estatus canónico de textos no canónicos para justificar su estudio» (1993: 15). Este sería el caso de la presente tesis, puesto que se busca indagar acerca de una novela que ha quedado al margen del canon moderno de la literatura costarricense; ora por su temática «amoral», ora por sus contactos con lo sentimental, ora por el escaso experimentalismo de su forma —en un periodo de difusión del arte moderno—, ora por ser el producto simbólico de una mujer. No obstante, no se pretende dotar este trabajo de un tinte «revolucionario» en el sentido de tratar de incluir a la escritora como parte de la «Generación del cuarenta» o de derribar lo preestablecido para señalar las falencias canónicas, sino que se busca inquirir sobre una muestra de literatura femenina del período como parte de las manifestaciones culturales costarricenses del siglo XX. En el caso específico de las escritoras femeninas, no se puede argumentar que ellas sean excluidas del canon meramente por su sexo, pues antes de la insurgencia de los recientes grupos revisionistas ya existían mujeres laureadas y objeto de la labor académica en todo el orbe (Guillory, 1993: 17). De esta manera, no se trata en esta ocasión de intentar justificar la censura que sufre Rosalía de Segura exclusivamente como fruto de su condición de autora femenina, sino que además sufre dicho veto en sus publicaciones por una razón moral que la Iglesia interpretó como amenazante para la sociedad, sumado a cuestionamientos estéticos por parte de los intelectuales del momento.

Al respecto, Guillory cita que, en muchas ocasiones, los valores asociados al canon se han convertido sobre todo en valoraciones morales. Por ende, la selección de textos literarios se ha basado históricamente, en muchas ocasiones, en la aprobación de juicios morales sobre ellos, con lo cual se establecen nociones del bien y del mal (1993: 25). Esto es importante para el caso actual en estudio, ya que se ha tildado la trama novelística de transgresora por tratarse de un texto en el cual se presenta la violación de la madre y el asesinato del hijo infractor. Señala, además, que la valorización de la literatura ha evolucionado hacia un consenso comunitario que dictamina un texto como canónico si representa valores que dicho grupo social considere como absolutos (1993: 26). Nuevamente, se comprende la motivación de la crítica costarricense más tradicional de marginalizar la novela, ya que los valores presentados pueden chocar con la idiosincrasia nacional y las imposiciones estético-temáticas de los máximos referentes literarios de la época. En la década de 1940, todavía persistían determinadas tesis heredadas del fin de siglo y la recordada polémica acerca del nacionalismo en la literatura costarricense. De aquella definición fundacional, prevalecía por aquellos años la idea de que las letras nacionales obligadamente debían tener por referente los espacios, los personajes, el habla y los problemas inmediatos. Tampoco la literatura neorrealista, que surgía por aquellos mismos años, discrepaba del modelo de base, por cuanto los escritores comprometidos estaban persuadidos de que los textos literarios debían referir los problemas inmediatos.

Sobre este tema, se puede mencionar que los discursos poseen un rol pragmático, al exponer la percepción que cierto colectivo social tiene de sí. De esta manera, no existe una variante de dicho discurso que plantee una sola identidad, más bien se da un conglomerado discursivo que conforman diversos textos, que se amparan bajo cierta particularidad que los hace comunes e identificativos para el sujeto nacional. Así, hay cierto deber implícito de referenciar al propio país con sus diversas características. Se genera un pacto entre autores y lectores, quienes se dan la mano como gesto de familiaridad y de pertenencia al espacio común. Empero, este gesto se niega a todo aquel texto que suponga la ruptura de dicha convención, con lo cual se inaugura el ámbito de «obras exiliadas», ya sea histórica o ideológicamente, aquellas que sufren el desdén crítico y de las cuales se mina su valor estético (Ovares, Rojas, Santander y Carballo 1993: 22-23).

La idea recién expuesta claramente se basa en la conceptualización realizada por Anderson sobre las «comunidades imaginadas», entendidas como agrupaciones limitadas y soberanas que se comprenden como imaginario debido a que la totalidad de sus miembros nunca se conocerá entre sí por más pequeño que sea el espacio geográfico en el cual se desarrollan estos sujetos. Sin embargo, su unicidad recae en la comunión mental que comparten (1993: 23). La comunidad es la nación, que «se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal» (Anderson 1993: 25). Una vez más, quedan claras las motivaciones de fondo que llevaron a la comunidad nacional al rechazo frente a la novela *Sacrilegio*, que se erige como un discurso puntual dentro del engranaje ontológico del acervo cultural costarricense de mediados del siglo XX. Su realidad es la de un texto que se deslinda del imaginario colectivo nacional, que se propone alejarse del ideario sobre lo considerado como netamente parte del ser costarricense y de su capital cultural. Sin embargo, es momento de virar la visión de la crítica hacia estos textos disidentes, que la academia los recoja en su marginalidad para exponerlos al ojo público, a la mirada de cualquier atento lector nacional que quiera comprender la otredad literaria de cierto periodo de nuestra historia.

Guillory señala que el currículo debería comprenderse como un medio para dar acceso a la población a trabajos culturales con algún valor histórico o moderno. En este caso, preparar una edición crítica permite brindar acceso a un texto olvidado o marginal. A su vez, los textos «no canónicos» también son valiosos históricamente y en muchas ocasiones, constituyen un corpus de investigación y reevaluaciones. Con ello, dichos textos se convierten en capital cultural al ser legitimados en la academia para tomarse en cuenta como objetos de estudio, lo que brinda una posibilidad mayor de que la población en general los conozca y acceda a ellos. Por ello, en vez de enfocar el problema en enseñar y canonizar textos marginados, se debería procurar que la academia provea dichos textos al público lector por su importancia como manifestación cultural (1993: 51-52). Con base en ello, se debe señalar que la elaboración de una edición crítica de la novela *Sacrilegio* no propone una relectura del canon, sino rescatar del olvido a un texto de valía histórico-cultural en el ambiente costarricense, con el fin de establecerlo como parte del capital cultural de la nación y de llevarlo a un mayor número de lectores. Podríamos agregar que, al recuperar este texto, se despliegan una serie de problemas propios de la historiografía

literaria, toda vez que los textos marginados nos ofrecen una imagen cabal de los procesos de conformación del canon.

En *La casa paterna*, sus autores señalan que la literatura nacional moderna pone de manifiesto el patriarcado imperante en la época a través de sus construcciones discursivas. De este modo, se privilegia el poder masculino del padre en Occidente, caracterizado por un regio triunvirato conformado por la razón, el orden y la realidad, axiomas que fungen como pautas creativas y de censura. Incluso, la analogía que se suele realizar en los textos literarios es la del país como si se tratara de una familia en la cual se valora la paz, un respeto por lo establecido, sumisión a la autoridad, conformidad y, sobre todo, la falta de problemáticas (1993: 24).

Si se observa el caso de *Sacrilegio*, se llega a la conclusión de que el texto, en su nudo argumental, constituye una afrenta a los mandatos del patriarca, en el sentido de que lo irracional y la ruptura de lo instituido son representados mediante la conducta del hijo que droga y se aprovecha carnalmente de su propia madre, lo cual lleva a un desconcierto familiar, a una lucha intestina en la relación humana más primigenia como lo es la de madre-hijo, hasta llegar al homicidio. Sobre todo, se podría ver la actuación de esta mujer como rebeldía ante su situación, frente a un panorama de abuso y opresión, que deriva en el crimen. Cae la familia como base, con ello, se replantea la metáfora primordial de la literatura nacional. Se relatan situaciones difíciles que no apoyan la visión preponderante, por tanto, el texto resulta problemático, a pesar de que se ofrezca desde uno de los estilos literarios privilegiados: el realismo.

Una oposición esencial radica en que se enfrenta lo local con lo foráneo en el capital cultural costarricense. Empero, como bien se sabe, para generar significado se debe tener conciencia de lo contrario, de aquello que no constituye el propio ser. Así, el sujeto nacional se ha distanciado del resto de países latinoamericanos en favor de tomar como ejemplo al referente europeo. Se fijan ciertos elementos claves, como el sistema político democrático, la aparente preponderancia de etnias blancas o la educación, supuestamente rasgos compartidos con el modelo (Ovares *et al.*, 1993: 25). En esta ocasión, la autora del texto en estudio juega con la disyuntiva citada, puesto que divide su texto en ciertas acciones acaecidas en Francia, así como coloca las secuencias primordiales en territorio mexicano.

El idealismo con el que se mira al Viejo Continente es compartido por la escritora, mas parte de dicha fantasía para acercarse a situaciones acerbas en territorio americano. Aunque el costarricense reniegue de su situación y ubicación geopolítica, la verdad es que los hechos narrados en la novela podrían darse en cualquier parte del continente. Se puede argumentar que la escritora busca atenuar la crudeza de lo presentado al colocar su narración en este Estado vecino de Centroamérica; sin embargo, claramente nos hermanan las problemáticas sociales e ideológicas heredadas por el devenir histórico como colonias. Las semejanzas son palpables, aunque se intente ocultarlas y parecerse más al modelo máximo de sociedad que representó Europa en su momento. A pesar de emplear este recurso, la novela no pudo escapar de la sanción social y religiosa de su época.

Otro punto clave de la literatura nacional ha sido la exposición de una riqueza sensitiva. Este énfasis en lo material pone de relieve la presencia de un erotismo solapado en muchas ocasiones. Con ello, se da una obsesión con lo vedado por motivos sociohistóricos y religiosos, que sale a la luz solo hasta que llega la representación sexual explícita en los textos de los últimos decenios. De la misma manera, se ha ocultado la noción de un país conflictivo, con la presencia de denuncias sobre problemáticas sociales o defectos del sujeto costarricense posterior a los decenios fundacionales (Ovares *et al*., 1993: 27-28). Aquí, se debe observar claramente la cuestión del tabú develado por Rosalía de Segura, el del deseo sexual por la madre.

En términos freudianos, estamos ante un complejo de Edipo no resuelto, que provoca el crimen en la adultez. El juego sensorial es perverso, expresa el placer que siente un ser al delinquir, ya que no solo se trata de un acceso carnal incestuoso, sino de una auténtica violación efectuada mientras la susodicha se encuentra inconsciente. Así, si ya el tema sexual en las letras nacionales resulta conflictivo y objeto de un silencio autoimpuesto, la representación siniestra del erotismo es más grave de lo que pueda captar un lector contemporáneo. Asimismo, si en el pasado toda problemática social se tomaba como secundaria en la construcción narrativa, publicar una novela como *Sacrilegio* que expone en su trama una querella de magnitudes sociales al ser llevada a juicio y que se revele un crimen tan aberrante, explica claramente la preocupación emergente en las cúpulas institucionales de poder, como son la Iglesia y la academia, que optan por censurar el texto e ignorarlo, respectivamente.

Sobre este último punto, Ovares *et al.* consideran que la definición de lo que pueda considerarse o no literatura nacional radica en la crítica e historiografía. Esto porque los elementos que se tomen en cuenta para caracterizar un texto como costarricense son interiorizados hasta tornarse leyes que prescriben la manera de escribir, de lectura y de valorización literaria, Con ello, a partir de dichos dictámenes, se aceptan o se rechazan autores, su obra y estéticas; el modelo opera desde un centro originario que radica en Aquileo Echeverría o Magón, padres de las letras locales. Finalmente, cabe preguntarse entonces por aquellos motivos que hacen que un escritor quede en el olvido a pesar de ser nacional y residente, frente a otros autores foráneos incorporados al canon (1993: 29-30), por ejemplo, el caso del guatemalteco Máximo Soto Hall con su novela *El problema* (1899).

Si se piensa en el caso que nos concierne, ya se han visto ciertos aspectos fundamentales que provocan la expulsión de Rosalía de Segura de la literatura costarricense, como lo son su condición de mujer en un ámbito prácticamente totalitario de varones, además de su abordaje de una temática inaceptable en su momento y, finalmente, el mercado editorial, puesto que el propio impresor sopesó la posibilidad de publicar o no la novela. A todo esto, se debe unir la recepción posterior que la consideró indigna de mayor labor analítica, esto por el expreso silencio existente desde la academia; e incluso no merecedora de cualquier lectura a través de la enunciación censora por parte del aparato eclesial. Ante lo anterior, tenemos definida la articulación de diferentes factores que llevó a la marginalización de la escritora y su obra.

0.5.2 Institucionalidad y hermenéutica censora

Respecto a las fuerzas que operan para la consagración o el menosprecio de diversos textos, Frank Kermode en «El control institucional de la interpretación» menciona que no siempre se tiene conciencia de las fuerzas que operan en detrimento del ejercicio analítico en libertad, pues existen elementos que limitan lo que se pueda decir de un texto. Esto puede provenir del pasado, pero en la mayoría de las ocasiones sucede entre contemporáneos. Entre los mandatos interpretativos se encuentra el decidir lo que se puede

estudiar, los análisis valiosos y los que son fracasos, así como lo que se toma como estado del arte a la hora de emprender nuevas investigaciones (1998: 91).

Con esto en mente, *Sacrilegio* no fue precisamente considerado como un corpus digno de análisis entre sus coetáneos, tanto por las consideraciones del momento sobre la estética y temática imperante como por la tradición literaria nacional. Así, se descarta también producto nacional y producto artístico. Empero, la percepción no puede mantenerse en el estatismo, por lo cual surgen modalidades de estudio diferentes y novedosas, que permiten la interpretación de cualquier manifestación cultural. Los preceptos analíticos varían y dan cabida a trabajos académicos diversos frente a lo preestablecido, como el presente estudio. Así, la academia como institución de control expande su horizonte de acción a través de programas como el de la Maestría en Estudios Culturales, que amplía las posibilidades de estudio en contraposición a programas más ortodoxos.

Los sistemas usados por la institución para controlar a los subordinados en su labor hermenéutica radican sobre todo en restricciones, como las ya vistas sobre el canon, así como también los modos válidos de ejercer la exégesis (Kermode, 1998: 93-94). Esto se relaciona sobre todo a las teorías y metodologías imperantes en cierta configuración histórica. Así, durante el siglo XX se han dado vertientes inmanentes que se ciernen sobre el propio texto, sin ir más allá. A su vez, han surgido enfoques de análisis redirigidos hacia otras disciplinas externas a lo meramente literario, por ejemplo, enfocadas en la sociedad y el contexto que rodea a las manifestaciones artísticas. Actualmente, se puede considerar que las interpretaciones centradas únicamente en los textos son insuficientes, con lo cual se cae en la tentación de fijar la mirada a las sociedades que rodean el acto de escritura.

Lo anterior puede ser de igual forma inadecuado al tratarse de metodologías ajenas a la literatura. Por ello, se considera prudente mantener la terminología propia de la disciplina de la crítica textual, mas se debe proyectar hacia el contexto, con lo cual se establece un equilibrio entre las perspectivas que puede ser de gran provecho gracias a la interseccionalidad de saberes. Esto se pretende en esta tesis, al conservar la rigurosidad natural de la crítica literaria, a la cual se le suma un tópico contextual como es el de la censura por parte de la Iglesia. Es una labor académica que responde a las necesidades de su tiempo, y que quizás fuera impensable para la academia en épocas pretéritas.

El propio Kermode señala a la Iglesia como una de las instituciones contraloras de la hermenéutica. Históricamente, esta institución social ha señalado aquellos textos que deben ser objeto de lecturas, análisis, revisiones y constantes adaptaciones interpretativas según el período al que respondan. Así como la academia, se ha interesado en demasía por el elemento canónico (1998: 96). Aunque podría pensarse dicho comentario como enmarcado en la selección e interpretación de los libros de la Biblia, la verdad es que la labor eclesial se ha expandido hasta alcanzar textos diversos: desde filosofía, teología, psicología y la propia literatura. Prueba de ello está en el ya citado *Índice de libros prohibidos* que fue válido durante varios siglos, además de la labor censora durante el siglo XX mencionada en el apartado del estado de la cuestión.

También, se argumenta que en los textos hay un sentido oculto al cual solo las personas iniciadas en el conocimiento pueden acceder. Además, la capacidad del neófito de introducirse en ello depende de las claves de análisis que la doctrina le proporcione. Así, se establecen disimuladamente graves fundamentalismos que, en instituciones muy organizadas, rigen sobre la interpretación (Kermode, 1998: 101-102). Por ello, a la hora de efectuar lecturas, se hacen desde una visión parcializada por la formación del exégeta, quien responde a los intereses de su autoridad sin saberlo o con un mínimo de conciencia al respecto. El estudioso o teólogo cristiano actuará en sus labores bajo la consigna de su propia ideología, forjada a su vez por sus educadores. Esta situación es análoga a la de los estudiantes en cualquier institución educativa; por lo cual, la presentación que se realiza de la novela de Rosalía de Segura abarca ciertas apreciaciones que podrían considerarse versiones insuficientes de los hechos, visiones subjetivas o enmarcadas en ciertos fundamentalismos de cualquier índole, pero el estudio es valioso como punto de partida para futuras investigaciones que quieran explayarse sobre el texto, o bien, sobre el tópico de la censura en las letras costarricenses. Quedará a juicio de futuros investigadores su valía o sus elementos criticables.

Con respecto al tema de la censura sobre el capital cultural y algunas postulaciones teóricas de interés sobre ello, se cita a Robert Darnton y su libro *Censores trabajando: De cómo los Estados dieron forma a la literatura*. Es oportuno señalar que el autor considera que hay dos vertientes de análisis sobre la censura que han imperado durante el último siglo. Primeramente, desde la visión que muestra una lucha entre el derecho a la libertad de

expresión y la oposición de ciertas fuerzas de poder político o religioso en la sociedad, vertiente que muestra una visión maniquea de la situación, en la cual se aboga siempre en favor de los derechos constitucionales ligados a las democracias y se argumenta en contra de las potencias censoras. En segundo lugar, está la mirada de los obstáculos que se plantean a la comunicación en sí (2014: 13).

Para el caso de la novela *Sacrilegio*, resulta de interés que la autora Rosalía de Segura sea ciudadana de un régimen político de derecho, como lo era y ha sido el costarricense, mas se le niega el derecho a la libertad de expresión al promulgarse la censura eclesial. Se cae en una situación problemática, ya que el Estado asegura a la autora la palabra para expresar sus manifestaciones artísticas, pero la Iglesia procede a silenciarla por tratar tópicos incoherentes con la moral predominante en su libro. Por otra parte, el acto comunicativo de publicar el texto no tuvo obstáculos inicialmente, pues la editorial decide publicar la novela, aunque se desconozcan los términos en los cuales se da el contrato. Después, se da a conocer el dictamen religioso sobre la novela, con lo cual decae su impacto, como lo demuestra la falta de reediciones o de reimpresiones en el mercado.

No obstante, como cita Darnton, la palabra tiene poder. Es decir, hay una intención de generar impacto en el ambiente circundante cuando se emite un discurso (2014: 15). Con ello, se entiende claramente que los Estados y la Iglesia se preocupen en demasía sobre los usos de la palabra entre sus ciudadanos y demás personas de altos niveles de influencia, como los artistas. No obstante, hay ocasiones en las cuales se da una lectura diferente de un mismo texto. Por ejemplo, en el caso de *Sacrilegio*, la voz narrativa tiene una posición obvia de crítica a los acontecimientos que se representan, esto con ciertas apelaciones al lector en las cuales lo advierte de proceder de igual forma que los personajes de la tragedia intrafamiliar. También, existe una presentación de la fe cristiana-católica explícita, por ejemplo, con episodios en los cuales se narran rituales de dicho dogma de manera detallada y respetuosa. Estos dos elementos tienen una intención social clara de juzgar negativamente los actos amorales, así como de mostrarse favorable hacia la religión imperante. Empero, se aprecia que lo anterior no fue suficiente para el aparato eclesial, quien ejerce su lectura y procede a negar su aprobación a la novela.

Aunado a esto, la censura suele actuar bajo concepciones eufemísticas. Darnton menciona en su entrevista a un par de agentes censores de la Alemania Oriental que el

término «censura» no existía oficialmente en el régimen. Esto porque la constitución daba potestad a los civiles de gozar de la libertad de expresión. Sin embargo, sí existía una «Jefatura Administrativa para la Publicación y el Comercio del Libro», subordinada al Ministerio de Cultura, que en realidad fungía como filtro de todo aquello que quisiera ser editado en el territorio de la República Democrática Alemana. La razón de ser de dicho organismo fue vigilar las ideas que se planteaban en los libros y supervisar aquello a lo que accedían los lectores (2014: 148).

Si se analiza lo establecido anteriormente, se puede observar que en Costa Rica tampoco existía la censura oficializada, ya que también se asegura el derecho a la libertad de expresión de manera constitucional. A nivel social, aunque la Iglesia no sea una entidad ligada al gobierno, sí se establece en la legislación nacional que Costa Rica es una nación confesional católica. Además, durante la década de 1940, hay una preponderancia indiscutible de ciudadanos católicos e incluso el aparato eclesial interviene reiteradamente y de forma profunda en el entramado sociopolítico de dicha época, por lo cual se aprecia su importancia para el país. Así, al pronunciar cualquier opinión, era considerable su impacto en la ciudadanía. Estas apreciaciones sobre cualquier tópico podían emitirse a través medios de comunicación adscritos al sistema eclesial, como el *Eco Católico* o *El Mensajero del Clero*, o en las «cartas pastorales» o «circulares» dirigidas a los creyentes.

Seguidamente, Darnton ahonda en un tema que se suele obviar: el rol del mercado comercial del libro. Esto porque los gustos y los temas que más venden se imponen como elementos que dictan lo que se debe publicar mayoritariamente. Al respecto, los funcionarios del régimen político alemán citan que el muro de Berlín protegía a sus lectores del capital cultural de calidad mediocre, compuesto sobre todo por literatura erótica o de romances (2014: 150). En el caso costarricense, desde el punto de vista del mercadeo, no es sorprendente que se quiera publicar una novela como *Sacrilegio* que aborde filias problemáticas, como la del incesto. Como se mencionó anteriormente, el sujeto nacional parece tener una fijación con lo prohibido, específicamente expresada en su vertiente del erotismo. Desea saber del tema, pero la articulación axiomática le prohíbe actuar abiertamente en favor de los placeres carnales. Por esto, quizás los editores pensaron que se lograría sacar un gran provecho económico por las ventas generadas, de manera que aprobaron la publicación en busca de captar lectores. Esto al considerar que el morbo

despertado por el tema elevaría las ventas al divulgarse de boca en boca, aunque la posición de la narradora en realidad fuera moralizante en busca de educar a su público. Al final de cuentas, la distribución del texto sufrió un golpe crítico con el dictamen negativo de la Iglesia.

Asimismo, los funcionarios alemanes mencionan que, oficialmente, los textos no se prohíben o rechazan, sino que se autoriza o niega su publicación (Darnton, 2014: 158). A pesar de que en el territorio nacional no se cuente formalmente con un ente encargado de aprobar textos, esta labor recae en las casas editoriales, pues aceptan lo que se imprime masivamente. Para Segura, la situación no fue muy diferente, incluso su editor duda en otorgar luz verde a la novela como lo manifiesta en su prólogo, por lo cual se establece como una nueva fuerza censora en el engranaje literario, a pesar de que no se considere como tal. Sobre este punto, vale la pena analizar el discurso empleado por dicha autoridad al referirse sobre el texto, lo cual se hace en el apartado dedicado al estudio preliminar.

Luego, se encuentra el tópico de la autocensura, elemento esencial si bien poco estudiado. En el caso de ciertos escritores de la República Democrática Alemana, estos se adecuaron a las maneras preponderantes del canon en lo correspondiente al estilo, así como realizaron ciertas adaptaciones con respecto a los temas abordados para poder ingresar en las historiografías literarias. Aún los mayores disidentes desearon expresarse, poder emitir su criterio, para lo cual se ajustaron a los mandatos editoriales y estatales. Sin saberlo, o con poca conciencia de ello, se acoplaban al sistema del cual tanto renegaban. Una de las estrategias de rebeldía fue colocar un par de fragmentos extras claramente impublicables por la posición confrontadora con respecto a la autoridad política, lo cual abría un debate con los censores, quienes trataban de disuadir al autor de eliminarlos. No obstante, este hecho era planeado, puesto que se desviaba la atención del resto del escrito, que al final se publicaba sin los fragmentos citados (Darnton, 2014: 182-183).

En el caso concreto de *Sacrilegio*, en términos estéticos se mira la elección de un registro narrativo realista. Rosalía de Segura se adscribe voluntariamente al movimiento literario preferido por el canon nacional, como se señala en *La casa paterna* (1993), quizás en búsqueda de aceptación. Empero, se rebela ante las localizaciones en territorio costarricense, así como se refiere a temas muy poco relacionados al sujeto nacional, factores que derivan en su consideración marginal, como ya se ha señalado. Estos parcos

datos son los únicos que se pueden extraer de la lectura superficial de la novela, ya que carecemos de cualquier tipo de información relativa a la autocensura que esta autora pudiera ejercer sobre su obra debido al faltante de los borradores y demás documentos originales mecanografiados o escritos. Asimismo, son desconocidas las observaciones o solicitudes que la casa editorial pudiera hacer sobre la novela antes de aprobar su publicación. Sería de gran provecho histórico-crítico contar con la información, pero parece imposible en el caso de una escritora que decidió partir hacia México y formar su vida en dicho país, como se puede observar en su biografía.

0.5.3 Teoría de la recepción

En el caso de los presupuestos literarios que se necesitan para la consecución de los objetivos planteados, se considera la teoría de la recepción por tratarse del estudio del fenómeno de la censura. Así, un primer acercamiento se hace desde los aportes de Roman Ingarden en «Concretización y reconstrucción» (1968), al ser una de las figuras bases de dicha vertiente de estudios. Este teórico establece sobre las proposiciones que se hacen en los textos literarios que «no son ningunos juicios verdaderos, sino solo casi-juicios cuya función radica en dar sólo un aspecto de realidad (…) están sujetas en la obra de arte literaria a una modificación respectiva de su sentido o de su función» (1987: 31); lo cual se valora si se tiene en cuenta que la literatura no es un campo de absolutos ni de la conformación de verdades inamovibles, sino un espacio de diálogo polifónico. Esto no fue entendido en su momento por los aparatos de censura, quienes le dan un valor sobredimensionado a la acción de los textos en sus lectores. Ingarden añade que la literatura, como cualquier obra de arte, se entiende en cuanto a sus concretizaciones, estas son las lecturas que se hacen del texto. Por ello, ninguna comprensión de un texto puede ser igual a otra. Incluso, a pesar de que un sujeto emprenda reiteradas lecturas de un mismo escrito de carácter estético, las conclusiones que saque en cada ocasión nunca serán equivalentes puesto que el lector cambia con el tiempo. Con esto, se llega al campo de las perspectivas, en el cual hay «puntos de indeterminación», es decir, vacíos que se pueden rellenar por medio de la continuación de la lectura cuando se revelen más detalles. Sin embargo, en ocasiones estos «puntos de indeterminación» se mantienen hasta el final en

aquellos rasgos del objeto representado que no se aclaran ni se pormenorizan, puesto que es imposible abarcarlos por completo a través del arte; entre ellos, pasajes de textos en los cuales no se sabe qué sucede con un personaje o cualquier otro tipo de elipsis que solo deja alusiones (1987: 32-33). Por ello, se explica que el modelo de censura busque colocar en los textos problemáticos una serie de paratextos, como prólogos, notas aclaratorias o pies de página, que «esclarezcan» su sentido para el lector en caso de cualquier duda o conmoción moral que tenga.

Ingarden se explaya sobre estos «puntos de indeterminación», al indicar que no se pueden catalogar como errores, sino únicamente como elementos naturales a la representación literaria, ya que resulta imposible fijar por medio de palabras la totalidad de determinaciones sobre objetos, lugares, personajes y demás elementos que entran en juego a la hora de elaborar un texto. Por esto, ya queda en cada autor definir cuáles elementos determina y cuáles deja vacíos, puesto que se abogará por colocar en primer plano aquellos rasgos esenciales para la comprensión de lo que desee construir. No obstante, cuando el lector procede a llenar los huecos de indeterminaciones al leer entre líneas los pasajes, las posibilidades van dadas por el propio texto, aunque se tenga la tentación de ir más allá y llegar a falsas interpretaciones (1987: 34-35). Esto es de interés porque la censura comprende que, en ocasiones, es inadmisible malear el sentido de un texto a favor de la visión del régimen o de la Iglesia, por lo cual se prohíbe de lleno su lectura.

Según esta visión teórica, como se espera desde su denominación, el lector adquiere un rol preponderante. Ingarden afirma al respecto que, por medio de las concretizaciones en la lectura, el receptor del texto se convierte en coautor de este, al rellenar las indeterminaciones con su imaginación. La selección de los elementos que se incorporarán a la lectura se da de manera inconsciente, pues «deja actuar con libertad a su fantasía y completa los objetos correspondientes por medio de una serie de nuevos aspectos, de manera que parecen estar totalmente determinados» (1987: 36).

La diferencia de cada lector también afecta su visión como sujeto, puesto que depende de su estado o actitud ante el texto, lo cual explica que se generan diversas interpretaciones de un mismo objeto, incluso por parte de la misma persona en diversos momentos de su vida. Empero, esto es un arma de doble filo, ya que un llenado puede banalizar la interpretación del libro, pero también puede ser un aspecto muy enriquecedor

que le brinde originalidad (Ingarden, 1987: 36-37). Así, desde la visión de los diferentes sujetos encargados de ejecutar un sistema censor, se puede sobrevalorar un determinado elemento o tomarlo como trivial, por lo cual no se puede definir una objetividad absoluta que guíe la eliminación de partes o la prohibición de un texto completo. Esto referido a casos concretos de censura a lo largo de la historia literaria, en la cual han existido voces que defienden a ultranza la necesidad de prohibir el acceso a un texto, mientras que otras personas pueden considerarlo inofensivo. Asimismo, a la hora de abordar censuras parciales, esto resulta todavía más problemático, puesto que algún censor puede leer un pasaje y escandalizarse, pero otro puede hacer una lectura de la misma sección y considerar que no merece eliminarse o ser cambiada, con lo cual el casi imposible consenso interpretativo arrastra sus vicisitudes hacia el propio campo de la censura con diferentes posturas frente a un mismo objeto.

De igual forma, entra en juego la actualización de lecturas, que es una función elemental del lector. Este receptor se encamina «a las sugerencias y directivas que parten de la obra y en actualizar no cualquier perspectiva arbitraria, sino las sugeridas por la obra» (Ingarden, 1987: 39); lo que pone de manifiesto que la época histórica en la cual se aborda un texto es de interés para las interpretaciones que se deriven de este. Así, las lecturas que se han hecho de una obra a lo largo del tiempo se ven permeadas de las ideas contemporáneas de los lectores, quienes arrastran su vivencia personal, ideologías y cultura, que fungen como límites interpretativos. Para prueba, cada vez que encuentre algo que le es desconocido, tratará de imaginarlo a su forma (Ingarden, 1987: 40). Con ello, la censura lee textos pretéritos a la luz de su contexto social, por lo que detectan diferentes rasgos que pueden ser problemáticos frente a sus intereses actuales debido a la mencionada actualización.

Por otro lado, Hans Robert Jauss, en «Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria» (1966) adscribe varios temas de interés para la presente investigación. En primer lugar, se menciona que esta teoría toma en cuenta el impacto de un texto dentro del «sistema referencial, objetivable, de las expectativas, que surge para cada obra en el momento histórico de su aparición, del conocimiento previo del género, de la forma y de la temática de obras conocidas con anterioridad» (2010: 188). Con base en esto, se aprecia la ruptura con lo establecido que presupone la aparición de la novela de

Rosalía de Segura en la década de 1940. Incluso, explica la separación que hace Abelardo Bonilla cuando la enmarca dentro de los escritores «extraños» al dominio de las letras costarricenses de su momento, que estaban dirigidas por la vertiente costumbrista-realista. Además, el tema que expone *Sacrilegio* la desvía de cualquier tipo de literatura que se haya publicado en el país hasta ese momento.

Aunado a lo anterior, interesa el concepto de *horizonte de expectativas*, relativo al efecto provocado en el público. Esto porque, según el impacto de un texto, se puede distanciar del horizonte preestablecido al romper con la expectación que se tiene de cualquier texto de su época por la representación de un tema o estética con la cual no hay familiaridad. Las reacciones de los receptores pueden llegar a ser desde una aceptación y éxito inmediatos generalizados o aislados en algunos especialistas, hasta dar con un rechazo explícito o escándalo público, que derive en una comprensión o valorización retardada. En última instancia, las consecuencias de la publicación de un texto determinado pueden virar la dirección bajo la cual se guía la literatura del momento (Jauss, 2010: 188-189); sin embargo, este no es el caso para la novela de Segura, ya que esta «deformación» tópica le trajo la crítica de sus contemporáneos, quienes la denostaron cuando se establece el canon de su época, y en el ámbito social la Iglesia la censuró por su diatriba moral. Quizás con la elaboración de esta edición crítica se pueda reinterpretar el texto y favorecer su recepción por parte de los lectores y especialistas actuales.

Asimismo, este horizonte de expectativas bajo el cual nace la novela puede ser reconstruido, con el fin de plantear hipótesis de cómo fue leída, vista y comprendida en su contexto por el receptor antiguo, según el canon y la concepción de literatura que se tenía en su momento en el ámbito nacional al introducirse la novela en una «serie literaria» determinada (Jauss, 2010: 189); para lo cual, resultan de gran ayuda los tomos historiográficos de literatura de Bonilla, Rojas-Ovares, entre otros, para entender el panorama en el cual aparece el texto de Rosalía de Segura y configurar su presunta recepción.

Otro propuesto teórico sobre la recepción es el del teórico Wolfgang Iser, quien en su texto «El proceso de lectura» (1975) establece que, en el proceso de concretización ya referido, intervienen reacciones ante lo que nosotros producimos imaginariamente en nuestra lectura. Esto conlleva la apreciación del texto como algo existente, su sentido es un

suceso remitente a la realidad (2010: 321). De hecho, se añade que la lectura corresponde a una ruptura entre la diferenciación de sujeto/objeto, pues el lector se encuentra ocupado por la ideología del autor, algo externo que se introduce en él. Así, hay un diálogo entre sus formas de pensar y las ajenas (Iser, 2010: 326).

Lo anterior claramente es preocupante para las instituciones sociales de autoridad, entre ellas la Iglesia, que se preocupa por todas aquellas tendencias de pensamiento que confrontan la corriente ideológica cristiana. Por ello, se puede comprender la censura como un proceso para evitar que los fieles accedan a conocimientos que los hagan dudar de la fe o cambien sus percepciones morales.

0.5.4 Teoría sobre la edición de textos

Con respecto a la teoría de la ecdótica, se toma como guía para la preparación de la edición crítica y el estudio preliminar el texto fundamental de Miguel Ángel Pérez Priego denominado *La edición de textos* (1997). Primeramente, se tienen que aclarar los principales aspectos que se deben tomar en cuenta a la hora de hacer un abordaje crítico de reedición textual. Así, se establece que hay que recurrir a la filología como disciplina que se interesa por conservar, restaurar y presentar textos de forma editorial, esto como paso previo ante cualquier análisis posterior (1997: 9). Con ello, la función principal de las ediciones críticas se basa en resguardar del desgaste material a los textos, además de orientar y enriquecer la experiencia de la lectura para el receptor, con el fin de establecer una comunicación completa entre el corpus y los sujetos. De esta forma, el rol del especialista en literatura es esencial como intérprete, puesto que arrojará luces sobre los problemas de las obras, empezando con las dificultades de lectura por conflictos textuales, así como en aspectos lingüísticos, referencias eruditas, entre otros rasgos que pueden afectar la comprensión de esta (1997: 10-11).

Con base en lo anterior, se aprecia que la edición crítica es sobre todo un ejercicio de recuperación de textos que corren el riesgo de caer en el olvido o desaparecer del todo. Por esta razón, es esencial el ejercicio filológico cuando se traen a colación obras literarias que se han dejado de lado por parte de los especialistas. Debido a la situación de la novela *Sacrilegio*, se propone la elaboración de una reedición crítica con el fin de preservar el

texto, además de ofrecer herramientas para una lectura idónea por parte del público contemporáneo.

Seguidamente, Pérez Priego ofrece un trazado temporal de la disciplina filológica, que se remonta a las líneas humanistas de los siglos XV y XVI que mostraba una admiración por las culturas clásicas y sobre todo por la recuperación de sus legados culturales en forma de escritos antiguos, en detrimento de las copias que se elaboraron durante la Edad Media por ser reescrituras o por contener una gran cantidad de errores (1997: 11). Por ende, varios especialistas idearon formas de recuperar los textos, y ya para el siglo XIX aparece el método de Lachmann, que busca la recopilación de testimonios de un texto para su comparación y determinar la relación que existe entre ellos. A su vez, se esboza la existencia de un arquetipo textual, que viene a ser lo más próximo a la versión original, el cual se diseña con base en los testimonios y su corrección por medio de elegir las variantes que se consideren más adecuadas. Finalmente, se intenta bosquejar el texto original a través de la restauración, según el juicio del especialista, y la suposición cuando no se cuenta con un documento probatorio de algún cambio (1997: 12-13). Según esto, lo idóneo es consultar la totalidad de los testimonios o las fuentes de los textos, lo cual se facilita en el presente caso por la existencia de una única versión y la posibilidad de consultarla de primera mano. Asimismo, esta edición exclusiva se corresponde con el original debido a la falta de una tradición de publicaciones de la novela, lo que se debe al fenómeno censor del que fue víctima.

Más adelante, se explica que los textos que llegan a nosotros casi nunca son iguales a los que salieron de la pluma del autor. Debido a esto, interesa conocer el proceso de publicación que se ha generado desde el nacimiento de los escritos para así obtener datos de su recepción a lo largo del tiempo (Pérez Priego, 1997: 21).

Para el caso de la autora Rosalía de Segura, interesa conocer la visión con la que se leyó su novela *Sacrilegio* en su época. No obstante, tras una indagación en las principales revistas culturales y literarias de su tiempo, se observa una carencia de información, ya que dichas publicaciones se concentraban en divulgar reseñas de autores consagrados tanto del ámbito local como del mundial.

Vale la pena diferenciar el término «original» del de *editio princeps*. El primero hace referencia al texto manuscrito o mecanografiado que plasma la versión que tiene el

beneplácito del escritor. Por su parte, el segundo concepto es análogo al de primera edición, que se puede diferenciar de la versión primigenia por la mediación que hace la editorial (Pérez Priego, 1997: 22). Esta puede solicitar la reescritura de pasajes, la eliminación de alguna de las partes o la corrección de un fragmento, Por ende, no se puede afirmar que la edición primigenia que publican las imprentas sea la que el autor entregó a la casa editorial. De esta forma, se desconoce si el texto que llega hasta nuestros días es la versión íntegra que ideó Rosalía de Segura y resulta muy difícil identificar si existió una versión diferente en su momento.

Cuando se elabora la edición crítica, se deben tomar en cuenta los errores, que pueden proceder de la pluma del autor. Estos pueden ser formales, como en el caso de la acentuación, la ortografía o la puntuación. Con respecto al contenido, puede haber deslices ligados a los conocimientos o ignorancia del escritor con respecto a otras culturas o épocas históricas retratadas (Pérez Priego, 1997: 32-33). En suma, es deber del crítico literario señalar oportunamente dichos aspectos, además de que, en el caso de la novela de Rosalía de Segura, interesa ofrecer una edición que actualice la puntuación, el acento y la ortografía según la norma actual del español culto, con el propósito de facilitar su lectura a todo tipo de público.

Pérez Priego señala que la academia anglosajona ha determinado que los ejemplares de una misma edición no son iguales por lo general, lo que genera que se deba hacer una revisión de gran cantidad de libros para buscar las diferencias entre ellos, sin contar las reimpresiones que existan de una misma versión. Esto conlleva una ardua labor no exenta de dificultades (1997: 38-39). Por el ya señalado conflicto a la hora de conseguir el texto de Rosalía de Segura, se descarta elaborar un análisis entre diversos libros de la misma edición única.

Así mismo, se ofrece una subclasificación de tipos de ediciones críticas. Entre ellas se destacan las diplomáticas como versiones que ofrecen una llana transcripción de la obra antigua, pero con los caracteres modernos de imprenta, además de una adaptación a la norma vigente de los signos de puntuación, elementos diacríticos, separación silábica de palabras y usos de mayúsculas (Pérez Priego, 1997: 43). Aunque hay diferencias de criterios con respecto a la fidelidad que se debe tener al texto original, se considera para el presente estudio una modernización de todos los aspectos ya descritos con el fin de ofrecer

una adaptación formal que facilite su acceso a cualquier tipo de lector (Pérez Priego, 1997: 83). Igualmente, con respecto al contenido del texto, es importante manejar el uso lingüístico del momento histórico en el cual la obra se escribe, con el fin de ser capaz de explicar las particularidades dialectales que se presenten (Pérez Priego, 1997: 45). Bajo estos presupuestos, el perfil crítico literario de mi persona es idóneo para el abordaje del texto; primeramente, por mi condición de hablante nativo del español en su vertiente costarricense, y en segundo término por la formación lingüístico-literaria con la que cuento debido a mis estudios de grado, lo que permite un análisis decente de cualquier marca discursiva propia de su época para acercarla al lector actual por medio de explicaciones en forma de pies de página.

Por tratarse en el presente caso de un *codex unicus*, «no hay ninguna duda en la elección y, en principio, basta con atender rigurosamente a la transcripción de su texto» (Pérez Priego, 1997: 79). Tras esto, se puede proceder con la anotación textual. En ocasiones, el autor puede citar a otros intelectuales dentro de su obra. Estas relaciones de referencialidad con ideas o concepciones de diversas fuentes pueden aparecer de manera explícita o solo implícita, por lo cual es deber del crítico hacer las señalizaciones del caso o explicarlas. A su vez, el especialista debe identificar el grado en el cual se ubica el registro lingüístico, ya sea normativo o algo más cercano al popular. Posteriormente, se deben hacer las explanaciones de los términos necesarios (Pérez Priego, 1997: 95-96); esto por medio del *Diccionario de la lengua española* (DLE) o alguno de costarriqueñismos, según sea necesario.

Cierra Pérez Priego su metodología crítica con la mención de la necesidad de aludir al hecho literario en el cual se enmarca el texto por editar. Es decir, abordar la perspectiva existente en su momento histórico y las vertientes que se dieron (1997: 98), para lo cual se recurre a las historiografías literarias ya citadas en los correspondientes apartados del presente estudio, así como a textos de historia.

De la misma manera, hay que considerar al texto como elemento comunicador, que contiene una serie de contenidos y alusiones de muy diversa índole, entre los que se pueden destacar los culturales, históricos, geográficos, religiosos, entre otros. De lo que se desprende la necesidad de hacer someras indagaciones en los mencionados campos del saber con el objetivo de determinar el sentido adecuado de la referencia, ya sea a un

personaje, un sitio geográfico, un término filosófico o teológico, un elemento de la flora o fauna, etc. (1997: 99); con lo cual, es menester realizar una lectura atenta de la novela *Sacrilegio* con el fin de abarcar la mayor cantidad posible de menciones a elementos culturales que amplíen el ámbito de comprensión del texto para los lectores.

0.5.5 Dimensiones morales y éticas

Concluyamos este acápite teórico con una clarificación de algunos términos esenciales para la comprensión de las motivaciones del fenómeno de la censura, que se repiten en este documento en diferentes apartados. Para ello, se recurre a una definición básica de los términos *ética* y *moral*, luego, se procede a mostrar su uso cotidiano en el habla popular, después se ofrece un análisis de su devenir filosófico para, finalmente, definir cómo se entienden dichas concepciones en el presente estudio.

Como primer paso, se recurre al *Diccionario de filosofía*, de la Academia de Ciencias de la URSS, en el que se define «moral» como:

> «[C]onciencia social, instituto social que desempeña la función de regulación de la conducta de los hombres en todas las esferas de la vida social (…) la necesidad social, las *demandas* y los intereses de la sociedad o de las clases se expresan en forma de prescripciones y valoraciones formadas de manera espontánea, reconocidas por todos y respaldadas por la fuerza del ejemplo de masas, usos y costumbres y de la *opinión pública* (…) Apoyándose en las nociones morales elaboradas por la sociedad y asimilándolas en el proceso de educación, el individuo mismo puede regular en medida considerable su conducta y juzgar sobre el significado moral de todo lo que ocurre a su alrededor» (Academia de Ciencias de la URSS, 1988: 298)[1].

Es decir, la moral se construye de forma colectiva, como consideración de aquello que es válido y permitido por una sociedad en lo referente al comportamiento de las personas en la totalidad de su ámbito de acción social. Esta se configura por medio de la aceptación de una mayoría y es interiorizada por cada miembro, quien juzga bajo este enfoque cualquier espacio de su existencia. Con ello, en el caso de Rosalía de Segura, la censura de su texto puede establecerse conforme a un mecanismo de exclusión hacia

[1] En cursiva en el original.

aquello que se opone al modelo moral de su tiempo, que juzgó la novela como algo amenazante ante el paradigma establecido y, por tanto, digno de la reprobación efectuada.

Contrastivamente, se debe mencionar a la ética, entendida como una disociación de la ya citada conciencia moral de la sociedad. Se entiende como una categoría pragmática de la manera ideal de comportarse en cualquier aspecto de la realidad (Academia de Ciencias de la URSS, 1988: 153); con ello, se separa de la reflexión consciente que hace el individuo sobre lo aceptado socialmente para establecerse como aquello que es menester perpetrar, sin importar las consideraciones personalizadas del colectivo sobre el bien y el mal.

Además, está la ética teológica, la cual se comprende como una concepción de la moral que proviene de Dios como ente que encierra las virtudes y el bien máximo. Por su parte, el ser humano es la figura que encierra el mal y la amoralidad social, que se explica por el pecado. Se añade que el mencionado Dios es el único criterio moral, por lo que una acción se juzga como buena o mala en relación con si cumple o no con la voluntad divina (Academia de Ciencias de la URSS, 1988: 156). Claramente, el juicio que se efectúe por parte de la Iglesia católica estaría basado en la ética teológica, en este caso, cristiana, y en sus mandamientos. Así, dictaminaría lo que es aceptable y señalaría aquello que no es moralmente adecuado. Por ende, cualquier censura de una institución o sujeto se puede explicar con base en las diferentes apreciaciones que estos tengan con respecto a la moral o la ética.

Para ahondar en el tema, se ofrece la argumentación de Yolimar Vílchez en su artículo «Ética y moral: Una mirada desde la gerencia pública» (2012). Allí, se menciona que los términos citados en el título suelen considerarse sinónimos, pues son «etimológicamente confluyentes, donde la palabra ética procede del griego *ethos* que significa "el carácter, modo de ser". Moral procede del latín *mos moris* que significa también "carácter o modo de ser"» (2012: 234). La autora decide emplear el concepto de «ética para hacer referencia a la filosofía moral y moral para denotar los distintos códigos morales concretos; debido a que se trata de perspectivas distintas acerca de la "reflexión moral"» (2012: 234); es decir, se toma como la disciplina encargada de hacer los análisis sobre la moral y sus diferentes manifestaciones, como la cristiana que es la que interesa en nuestro caso particular con respecto a la sociedad costarricense y la lectura que se da de la novela *Sacrilegio*.

Por ello, «Moral, es el conjunto de principios, normas y valores que cada generación trasmite a la siguiente (…) orientaciones sobre el modo de comportarse para llevar una vida "buen" y "justa"» (Vílchez, 2012: 234). Claro está, el modelo representado en el texto en estudio no es ideal, por ello se tilda de inmoral la lectura y se busca suprimir su alcance entre la población. Se pensó en su momento que podía desviar a los creyentes de la verdadera fe, aunque se posicionara en contra de lo mostrado, ya que podía resultar sugerente e inclinar a alguien al pecado.

Así, «surge la perspectiva ético-moral como una condición necesaria para la convivencia humana, es decir, el vivir con otros a partir de valores, principios y normas que orientan a las personas sobre qué deben hacer para conducir la vida de un modo bueno y justo, cómo debe actuar» (Vílchez, 2012: 237). Con lo cual, se aprecia que la ética y la moral dictan una normativa general, pues tienen como función regular el trato entre los diferentes componentes colectivos que conforman una sociedad determinada. Esto no se hace institucionalmente, sino más bien como cierta aceptación intuitiva de unos valores determinados mínimos que rigen las relaciones entre las personas. La problemática surge cuando alguno de los sujetos involucrados se muestra inconforme con los axiomas impuestos o los pone en tela de juicio, pues se lo critica, como en el caso de Rosalía de Segura al proceder en sus novelas a una representación contraria a ciertas pautas sociales y familiares.

Otro intelectual que aborda el debate teórico sobre estos conceptos claves es Gustavo Ortiz Millán en su artículo «Sobre la distinción entre ética y moral». El filósofo menciona que «[s]uele haber cierta controversia acerca de las definiciones y la distinción de los términos "ética" y "moral"» (2016: 114) Contrariamente a lo expresado por Vílchez, este académico menciona que:

> «no hay nada en la etimología de las palabras "ética" y "moral", ni en el empleo que diversos filósofos han hecho de estos términos a lo largo de la historia, que nos imponga un determinado significado para el uso de cada una de ellas. Se trata de una distinción estipulativa, es decir, depende de cómo se estipule que se van a usar los términos; por ello, no puede haber un único significado válido» (Ortiz Millán, 2016: 115).

Es decir, ni la tradición filosófica ni la diacronía de los términos enmarcan los conceptos de ética y moral en una significación dada. Los usos que se le quiera dar a estos

términos quedan en manos de cada usuario. Para nuestro caso específico, al tratarse de una labor académica, es menester aclarar la definición que se crea idónea para abordar el problema de investigación, lo cual se encuentra más adelante. Ortiz Millán también reflexiona sobre que, frecuentemente, se considera el «comportamiento ético, concebido como la afirmación de la conciencia autónoma y la autenticidad individual, debe tener un mayor peso que el ámbito de lo moral, entendido como la esfera de la observancia de reglas que nos son impuestas por la sociedad» (2006: 115). Con ello, el individualismo se favorece como regla vital, pues la ética se consideraría la forma de comportarse que voluntariamente es adoptada por cada persona por sí misma. Por el contrario, la moral vendría a ser una serie de valores que se enseñan, reproducen y asignan a los sujetos sociales, hecho claramente criticable al tratarse de un mandato con el cual se puede estar en desacuerdo, pero se debe acatar.

No obstante, Ortiz Millán reconoce que no busca ofrecer una concepción absoluta de dichos conceptos, puesto que la propia tradición filosófica no ha podido resolver satisfactoriamente esta situación. Además, reconoce que «cotidianamente estos términos suelen ser más o menos intercambiables y que no tendríamos por qué regular su uso, más que para propósitos específicos de teorías éticas particulares» (2006: 116); situación que ya señalaba Vílchez al citar que prácticamente se han entendido como sinónimos en la cultura occidental. También, se vuelve a la idea de que su definición únicamente se debe aclarar en aparatos teóricos de labores académicas, como el caso de la presente tesis.

Para exponer la diferenciación etimológica de estas palabras, el autor ubica los términos contextualmente en sus culturas de origen, así la ética:

> «proviene del griego, y puede tener dos distintas etimologías, que son complementarias. Una primera etimología nos dice que proviene de ἔ*θοσ* (*εοσ, τό*, ἔ*θω*) que significa "hábito", "costumbre" (…) Una segunda etimología del término "ética" lo haría provenir de ἦθος (êthos) que significa "carácter" (…) La vinculación de estos dos términos es clara dentro de la ética aristotélica: el carácter se forma a través del hábito o la costumbre» (Ortiz Millán, 2016: 117).

Por su parte, la moral surgió de la sociedad latina como respuesta a los planteamientos griegos, pues:

> «Cicerón, entonces, propone un neologismo, el término "moral", para llamar así a la disciplina filosófica que estudia las costumbres y que los griegos

> llamaban “ética” (…) “moral” proviene del latín *mos, mōris,* que es de etimología dudosa, pero quizá provenga de la raíz *ma-*, medida, y que sería propiamente una regla de vida que mide o guía; de ahí proviene “manera”, en el sentido de “costumbre”, “modo”, “uso” o “práctica”» (Ortiz Millán, 2016: 118-119).

Hay ciertas similitudes entre las concepciones primigenias de las palabras; sin embargo, se debe aclarar que «el origen etimológico de una palabra no tiene por qué fijar su significado: muchas palabras tienen actualmente significados diferentes o incluso opuestos a los que tenían las palabras de las que provienen» (Ortiz Millán, 2016: 120), con lo que se entienden las palabras según sus acepciones sociales implementadas por los hablantes.

En el caso específico de la cultura occidental, la elección lógica fue adoptar «“ética” para referirse a la disciplina filosófica (…) que estudia las costumbres, “moral” pasó a referirse al objeto de estudio de la ética, más que al estudio mismo, es decir, pasó a usarse más con respecto a las costumbres y a las reglas y valores» (Ortiz Millán, 2016: 121). Por ello, para la presente investigación sobre la censura, se considera la moral en detrimento de la ética, puesto que se analiza una manifestación del sistema de valores en específico, como lo es el caso nacional. No interesa tanto expandir el campo de acción hacia los planteamientos éticos más generales, sino interpretar la articulación sociohistórica de lo moral según la visión costarricense en la década de 1940.

De esta manera, la moralidad es importante, puesto que:

> «es una manifestación de muchas otras cosas además de la racionalidad (emociones, costumbres, prejuicios, etc.), que también nos llevan a tomar decisiones morales y, en ocasiones, a tomar mejores decisiones que las que tomaríamos si decidiéramos de un modo completamente racional. En otras palabras, la moralidad no se reduce a la racionalidad» (2016: 124).

En resumen, se trata de ciertos aspectos que van más allá de un juicio analítico de las situaciones, que incluso puede tomar en cuenta lo interiorizado en el imaginario colectivo, como en el caso de prejuicios. Así, a través del análisis de la moral de un determinado colectivo, podemos acceder a su psique y comprender las motivaciones de fondo existentes para censurar cierta conducta y favorecer otra.

Sin embargo, durante el periodo de entre guerra del siglo XX surge una ideología filosófica revolucionaria, como el existencialismo, que propone una diferenciación entre la ética y la moral, puesto que entiende la primera de ellas como «ideal individual de vida

autogobernada, donde el individuo actúa según los dictados de su propia conciencia y su meta es convertirse en un ser "auténtico" (…), mientras que "moral" haría referencia al sistema de normas impuestas por la sociedad» (Ortiz Millán, 2016: 129-130). Con ello, se tornan más críticos con respecto a la noción existente de moral como algo preexistente al sujeto y que lo ata de manos en lo correspondiente a las maneras de comportarse en la sociedad. Se presenta en contraposición a la ética como un compromiso personal, de aquel que desea encontrar su propio ser y librarse de las cadenas ideológicas institucionalizadas que dictaminan su proceder como humano.

Al respecto, Sartre formula la noción de autenticidad, entendida como:

> «lo que es más propio o peculiar a mí, lo que tiene que ver con la estructura a partir de la primera persona que tiene la existencia; tiene que ver con lo que distingue la relación del yo consigo mismo de la relación con los otros» (Ortiz Millán, 2016: 132-133).

Por ende, en el caso de Rosalía de Segura, se puede decir que fue auténtica con respecto a su modelo de escritura. Ella sabía lo que deseaba lograr a través de la representación que efectúa en su novela *Sacrilegio*. Mantuvo su ética como artista, su compromiso consigo misma, sin pensar mucho en las ataduras morales que pudieran imponérsele, que al final se expresaron en forma de la censura por parte de la Iglesia. Como escritora, Segura no se amedrenta ante un campo literario con sesgo de género en el cual se imponen los hombres durante las primeras décadas del siglo XX, como lo es la escritura. Ella, además, se aventura a ofrecer una ruptura con respecto al modelo textual preponderante que dictaminaba una localización geográfica de los hechos en Costa Rica. Asimismo, toca problemáticas sociales que, en apariencia, no se relacionaban a la realidad contextual de 1940. Ante todo, no renuncia a sus convicciones como autora, muestra una decisión admirable, es auténtica en el sentido de que busca:

> «existencia auténtica o propia, por otro lado, consiste en buscar la realización de las propias posibilidades como un individuo solo y como si uno estuviera aislado y en independencia. También es tomar plena responsabilidad para cualquier cosa que se hace. Consiste en tomar mis compromisos personales como irreductiblemente propios, a pesar de que puedan entrar en conflicto, o ser irreconciliables, con las normas morales socialmente aceptadas que se aplican a todos, yo incluido» (Ortiz Millán, 2016: 133-134).

En el presente caso, se podría considerar el accionar de la autora como justo y necesario en lo correspondiente a la rebeldía ante el sistema editorial, la estética-temática y el canon de su época. No obstante, la autenticidad también puede ser objeto de polémicas, pues las normas personales por las que se rija un individuo determinado no necesariamente son superiores. Ortiz Millán expone sobre los ideales de cada sujeto que:

> «la actitud de alguien que decide por sí mismo cómo vivir su propia vida y a qué normas atenerse, no garantiza que estas normas, por más auténticas o propias que sean, sean moral o éticamente correctas o superiores a la obediencia a las normas socialmente aceptadas. Alguien podría, por ejemplo, tomar una distancia crítica frente a la "moral del rebaño" y luego adoptar, a través de un proceso reflexivo y de autonomía individual, valores, digamos, como el egoísmo, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, el trato inequitativo y parcial, etc. Asimismo, alguien podría abrazar los ideales, por ejemplo, del neonazismo y del antisemitismo como una manifestación de una existencia auténtica y propia. ¿Tendrían estos mayor valor simplemente por haber arribado a ellos de un modo autónomo o auténtico? El problema radica en que, despojadas de una teoría normativa (como la que muchas de estas teorías nos invitan a rechazar), o de un cierto sistema de valores previamente aceptados, que provea la justificación de por qué ciertos valores son superiores a otros, la autonomía o la autenticidad, por sí mismas, no tienen mayor valor moral que la conformidad a un sistema establecido de normas morales. Del mismo modo, la distinción entre la ética y la moral, por sí misma –es decir, si no cuenta con sustento normativo independiente–, no tiene modo de justificar el mayor peso relativo de una esfera sobre la otra» (2016: 135).

Así, un individuo puede creerse en un nivel superior por desligarse de la moral imperante, mas dentro de su concepción vital podría acogerse a valores e ideologías muy problemáticas. En el caso de la novela *Sacrilegio*, lo observamos en la figura del hijo de la protagonista. Él desea ser médico, por tanto, se supone que se propone proteger la vida humana a toda costa y regirse por un estricto código de conducta que se le impone a su gremio. Sumado a esto, se infiere que dentro de su vocación está el interés por el bienestar humano en todos sus sentidos. Además, convive dentro de la sociedad mexicana, la cual está ideologizada a la manera del resto de colonias españolas a través de la religión católica y los axiomas de conducta occidentales.

Empero, se insubordina al código moral imperante y procede a realizarse como sujeto a través del goce libidinoso. No contento con eso, continua en una espiral de degeneración hasta procurarse los medios de acceder carnalmente a su madre por medio de

proporcionarle somníferos que le permiten violarla. En términos generales, el lector observa la perversión del sujeto, quien solo busca su bienestar y el placer propio, en detrimento de los seres humanos que conviven con él. Claramente, de nada sirve apartarse de los mandatos sociales si se cae en actividades ilícitas o deshonestas para cualquier ser humano con sentido común.

Rosalía de Segura se erige como una escritora y ciudadana justa, que acepta los valores de la sociedad democrática en la cual se desenvuelve, pero sabe que aún se carece de igualdad de oportunidades para el sexo femenino. Desde su posición de privilegio al ser una milésima parte dentro del escaso porcentaje de mujeres con educación superior entre sus contemporáneas y ante la realidad de sus congéneres históricamente marginadas, solo le queda demostrar su solidaridad al plantear un diálogo público a través de su obra literaria con el fin de resolver los conflictos en torno al tema de la mujer en la sociedad costarricense del siglo XX (Cortina, 2019: 130-131). Su ética se basó en la concepción de la persona como un valor absoluto, que llegará a conformar una *comunidad armónica futura*, la cual es impensable sin una verdadera equidad para el sexo femenino. Para este proyecto, el acto escritural resulta un elemento de acción dentro del engranaje que promueve el progreso de la humanidad (Cortina, 2000: 115-116). La autora comprende que la situación de la mujer es injusta e insostenible, reconoce que, aunque arriesgado, es menester traer a la palestra el tópico de la condición femenina en una sociedad patriarcal. Su esperanza radicó en que el cambio era posible debido a que: «La colectividad sólo aceptará una determinada situación social si reviste determinadas condiciones de racionalidad y justicia» (Cortina, 2000: 136). Su visionaria posición se reafirma cada día a pesar de que no obtuvo los resultados esperados en su momento histórico. Dicha deuda se pretende saldar con la presente investigación, con el fin de señalar la importancia de los textos de Rosalía de Segura en el ámbito costarricense y centroamericano en cuanto a su componente ideológico y sociocultural.

Tras ofrecer un repaso reflexivo en cuanto a la posición de diversos autores sobre el tema de la moral, se decide que en este trabajo esta sea considerada como un sistema ideológico (potencial) y social (práctico) conformado por valores definidos dentro del inconsciente colectivo. Este, a su vez, se arraiga en una tradición cristiana-católica, democrática y occidental que rige las consideraciones de los individuos costarricenses en lo

correspondiente al accionar cotidiano y lo que se piense como bueno o malo, contextualmente.

0.6. Procedimiento general de trabajo

Esta investigación, según las consideraciones de Gladys Dávila Newman en «El razonamiento inductivo y deductivo dentro del proceso investigativo en ciencias experimentales y sociales» (2006) es de índole inductiva: busca el establecimiento de unas conclusiones generales que se deriven del análisis de hechos observables (2006: 185); específicamente de la cuestión censora a través del objeto textual. Para la realización de este trabajo académico de índole exploratorio, primeramente, se localiza el texto en estudio en la *Sala de Libros Antiguos y Especiales* (SALAE), en la Biblioteca Joaquín García Monge de la Universidad Nacional. Posteriormente, se procede a tomar fotos de cada página al documento para su digitalización en formato PDF, lo cual facilita el acceso al corpus en estudio debido a las restricciones propias que se tienen sobre un texto de su naturaleza, al cual se debe consultar con guantes y unas espumas especiales para evitar aún más su deterioro. Asimismo, se busca información sobre la autora y su obra en diferentes libros sobre la literatura costarricense que abarquen el período.

De igual forma, se indagan aspectos biográficos de la escritora con el fin de iluminar distintas dudas sobre su labor, como la aparente prohibición de la novela a nivel nacional. Para ello, se recurre a ofrecer una contextualización de la censura por parte de la Iglesia católica durante la década de 1940, por medio de una pesquisa en el Archivo Histórico Arquidiocesano «Monseñor Bernardo Augusto Thiel», además de otras fuentes históricas de interés. Tras lo anterior, se estudia el texto desde la teoría de la recepción con el fin de detallar más sus aspectos estéticos y formales, además de ofrecerse un estudio preliminar y una edición crítica para su publicación futura.

Con respecto al estudio preliminar, se ejecuta un análisis con base en los aportes de la teoría de la recepción, sobre todo en lo correspondiente al horizonte de expectativas que se tenía durante la década de 1940 de la literatura costarricense a nivel estético-ideológico, para apreciar aquellos elementos que fomentaron la exclusión de la novela del canon.

Asimismo, se analizan todas aquellas representaciones que podrían ser debatibles en cuanto a la moral o que se consideren objetables por parte de la Iglesia, con el fin de plantear las distintas interpretaciones que se pudieron hacer del texto y sobre todo del llenado de sus espacios de indeterminación, que alertaron a las autoridades por la influencia negativa que pudieran efectuar sobre los lectores de su época.

Finalmente, se presenta la edición anotada. Esta incluye la transcripción de la novela con una adaptación a la norma con respecto a la puntuación, a la acentuación, división de palabras y uso de mayúscula actuales. También, la explicación de términos que pueden representar una dificultad para sus lectores, tanto por ser conceptos elevados como si se tratan de costarriqueñismos. Por último, se identifican referencialidades a figuras o eventos históricos, filosóficas, culturales, religiosas, geográficas, etcétera; para así ofrecer su sentido y posible significación con base en su colocación en el texto.

0.7. Estructura del informe de tesis

Para empezar, este trabajo presenta una estructura híbrida. Primeramente, se ofrece un informe de tesis que hace manifiestos el tema seleccionado, los propósitos planteados, el estado de los conocimientos, los aspectos teóricos, la metodología, entre otros. Por otra parte, la edición crítica es el producto de lo planificado e incluye el estudio preliminar, así como el propio texto anotado.

Con respecto al mencionado estudio preliminar se indagó en distintas fuentes bibliográficas en busca de información sobre la Iglesia católica y su rol en la historia del siglo XX en Costa Rica, con enfoque en la década de 1940 con respecto a su función social y capacidad censora. Asimismo, se añaden datos obtenidos en el Archivo Histórico Arquidiocesano «Monseñor Bernardo Augusto Thiel» para definir el motivo de la censura del texto *Sacrilegio*, así como analizar la problemática moral resultante en la representación de una cultura sentimental femenina que se enfrenta con la sensibilidad conservadora del momento. Sumado a esto, en el estudio preliminar se incluyen aspectos biográficos, sociales, estéticos y de recepción relacionados con el texto. Para ello, se recurre a las historiografías literarias y demás textos especializados en las letras nacionales, con el fin de

comprender el contexto dentro del cual se da la publicación y hacer hipótesis interpretativas con base en la propia novela sobre la reacción por parte del público y los críticos del momento que conllevaron su exclusión del canon.

Por último, se presenta el fin principal del trabajo: una edición crítica del texto *Sacrilegio* en aras de su posible publicación. Así, se transcribe el texto en su totalidad, bajo la normativa vigente del español culto con respecto a temas como acentuación, ortotipografía, división de palabras, signos de puntuación, usos de mayúscula, entre otros; además se explican las palabras que pueden representar una dificultad para el lector por su grado de complejidad o por su uso. Sumado a lo anterior, se deben aclarar las distintas referencias que existan a sitios geográficos, personajes o hechos históricos, ideas filosóficas, culturas o prácticas sociales, etc.

CAPÍTULO ÚNICO

ESTUDIO PRELIMINAR: *SACRILEGIO* (1944), DE ROSALÍA DE SEGURA

1.1. Introducción

En esta ocasión, se presenta al lector una edición anotada de *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura. El propósito principal de esta nueva edición ha sido preservar el texto, puesto que la Iglesia católica censuró la novela y su recepción fue limitada entre la crítica literaria especializada. Por causa de ello, la novela no cuenta con ediciones ni con reimpresiones previas, por lo cual resulta esencial la elaboración del presente trabajo con fines de conservar esta manifestación del capital cultural literario costarricense que, con el paso del tiempo, corre el riesgo de desaparecer por el obvio deterioro físico de los ejemplares que ya cuentan con ochenta años de antigüedad. A su vez, se plantea efectuar un análisis interpretativo del texto que brinde luces hipotéticas sobre los distintos elementos que provocaron la censura a niveles de lo moral y lo estético.

La elección del texto para su estudio no radica meramente en su valor literario, sino como ejemplo de un caso que demuestra la existencia de un fenómeno muchas veces desligado de nuestra región como lo es el de la censura, tema que no se trata en las investigaciones literarias centroamericanas por la aparente vigencia de estados de derecho y democráticos incapaces de configurar mecanismos censores burocráticos que han sido registrados históricamente, como los sonados casos de la España franquista, de la Unión Soviética o de la República Democrática Alemana. También, es menester citar la importancia dentro de la historiografía costarricense de la novela en cuestión, debido a que, en conjunto con *La ruta de su evasión* (1949), de Yolanda Oreamuno (1916-1956), es una de las primeras novelas escritas por mujeres en Costa Rica que representa tanto las distintas problemáticas vivenciales, así como el desarrollo del sujeto femenino en la sociedad del momento.

Con base en ello, el presente estudio analiza la lógica censora de la Iglesia sobre la novela, así como el pensamiento de la sociedad contemporánea del texto y las distintas consideraciones críticas que le valieron el demérito con respecto a otros textos de la época que hoy por hoy sí figuran en las principales historias literarias de Costa Rica. Según nuestro criterio, esto se debió a que la sensibilidad conservadora del momento, en conjunto con el androcentrismo, denostó los textos literarios asociados con lo sentimental, así como aquellos articulados en torno a lo femenino. Debido a ello, la novela recogió adjetivos que

la soterraron al olvido en el campo literario costarricense, tras ser considerada un elemento exógeno de las letras nacionales por sus distintos rasgos que la hicieron apartarse de la lógica preponderante sobre lo que debía ser literatura.

Para dar con este texto, se ha indagado en las diferentes bases de datos de la Universidad Nacional, Costa Rica. Así, se localizó un par de ejemplares en la Biblioteca Joaquín García Monge, específicamente, en la *Sala de Libros Antiguos y Especiales*. Allí se encuentran disponibles para consulta tanto en la Colección Asamblea Legislativa como en la Colección Banco Central de Costa Rica, denominadas así porque consisten en libros donados desde las bibliotecas de dichas instituciones públicas.

Con respecto al procedimiento de trabajo seguido, inicialmente, se optó por capturar en imágenes cada una de las páginas del libro físico a través de fotografías que sirvieron como base para poder digitalizar la versión original y única de 1944 del libro. Tras esto, luego de detectar las principales consideraciones críticas sobre el texto, se propone un análisis de este que incluye la interpretación de sus aspectos polémicos a nivel moral que le conllevan la censura eclesial, así como otros rasgos estéticos e ideológicos contradictorios con respecto al horizonte de expectativas de la literatura costarricense de la década de 1940, lo cual provoca el relego de la novela del ámbito cultural en décadas posteriores.

1.2. Datos biográficos de la autora

¿Quién fue Rosalía Muñoz Picado como persona más allá de su faceta como escritora costarricense? Las respuestas variadas ante esta interrogante pueden brindársele al lector gracias a los aportes de la nieta de la autora, Dyanne Meyer, quien en su blog denominado *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa* esbozó una biografía de su abuela con varios de los episodios claves para comprender la importancia de la intelectual en cuestión en el contexto tanto de la sociedad costarricense como mexicana del siglo XX.

Imagen 1. Retrato de Rosalía Muñoz Picado (Meyer, 2 de febrero de 2011).

María Rosalía Josefa Muñoz Picado nació el 18 de julio de 1917 en San José, capital de Costa Rica, específicamente, en la hacienda de su padre Enrique Muñoz. Su madre, María Luz Picado, falleció durante el parto de Sonia, hermana menor de Rosalía, por lo cual esta última debió encargarse de la crianza de la primera cuando era prácticamente una niña. Ya en su mocedad estudió periodismo en la Universidad de Costa Rica y contrajo nupcias a los 17 años, matrimonio que se oficializó en 1937 a sus 20 años. Fruto de la relación nació su primogénita Rosybell en 1943, a quien siempre reconoció como la causa de su vocación literaria. Lo anterior se justifica bajo la razón de que, debido a problemas de salud durante el embarazo, Rosalía debió quedarse en cama casi cuatro meses. Por ello descubrió su pasión creativa: durante el lapso de gestación de su hija trajo al mundo su primera novela: *Alma* (1942) (Meyer, 2 de febrero de 2011). Su nombre de pluma fue Rosalía de Segura, puesto que adoptó el apellido de su marido según la usanza de la época.

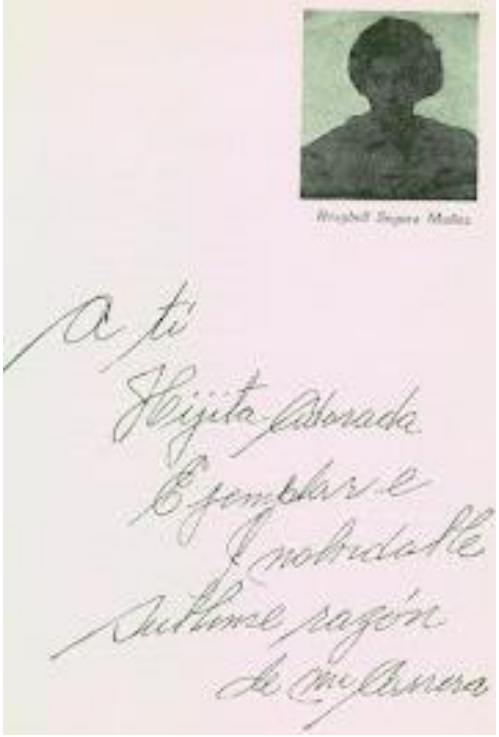

Imagen 2. Dedicatoria de Rosalía a su hija Rosybell en la novela *Alma* (1942): «A tí Hijita Adorada Ejemplar e Inolvidable Sublime razón de mi Carrera» (Meyer, 2 de febrero de 2011).

Asimismo, por esta época una colección de relatos de su autoría denominada *Sorpresa*, de la cual no se ha encontrado más información, se convirtió en un éxito entre los lectores, puesto que su primer tiraje se agotó en 1943. También, en 1944 publicó su segunda novela, la que concierne al presente estudio, *Sacrilegio*, en la que se ahondará más adelante. Cabe decir que dicha novela se ubicó en México por el aprecio de la escritora hacia dicha nación por su literatura e historia, aunque no había visitado el país personalmente para ese entonces. En 1949 se publica su primer poemario, llamado *Breviario de emociones*. Su éxito literario continuó a nivel nacional, pues su novela *Floración de pecado* (1951) fue radiada en la capital de la mano de patrocinadores de peso como la Tabacalera Costarricense. Posteriormente, en 1956 se publicó su segundo poemario titulado *Corazón de cristal*. Luego, ella vivió un tiempo en Guatemala (Meyer, 2 de febrero de 2011).

Tanto en sus textos como en su vida se aprecia su conciencia con respecto al sexo femenino. Fue una defensora de los derechos de la mujer e impulsó la igualdad en la sociedad de su tiempo. Fue una persona proactiva, pues fundó el periódico *Mundo*

femenino, en 1941, del cual también fungió como directora. Gracias a esta labor periodística finalmente conoció México. Allí también se encontró con don José Luis Chumacero, quien fue su segundo esposo y compañero de vida en la nación mexicana, sitio en el cual se asentó hasta el final de sus días (Meyer, 2 de febrero de 2011). A su vez, adoptó el apellido de su esposo, con lo cual su nombre de pluma pasó a ser Rosalía d' Chumacero.

Del primer matrimonio tuvo dos hijos, mientras que su único hijo de la segunda relación murió durante una operación que también la dejó incapacitada para ser madre nuevamente. En México laboró en revistas locales como *Impacto, Jueves de Excélsior* y *Vanidades,* así como en periódicos: *Universal* y *Excelsior*. Incluso, fundó su propio diario titulado *Ecos de México,* el cual tuvo sus oficinas en el edificio Vizcaya en la Ciudad de México. No obstante, su hija Rosybell murió inesperadamente a los 26 años en 1967, lo cual lastimó profundamente a Rosalía, quien expresó su sentir a través de sus poemas y escritos a partir de dicho suceso (Meyer, 2 de febrero de 2011).

Otro hito en su carrera fue la fundación de la Unión Femenina de Periodistas y Escritoras en 1971. Recorrió la totalidad del territorio mexicano en busca del arte de diversas escultoras, pintoras y escritoras para exponerlo en el formato de «Semana de la cultura», además, llevó adelante la misma labor cultural en Estados Unidos y Canadá. Otras de sus novelas quedaron inéditas, por ejemplo: *La visitante de la casa gris*, *Vencedoras del destino*, *El vaso de las siete almas* y *Cita en el cementerio* (Meyer, 2 de febrero de 2011).

Finalmente, cabe resaltar la nota periodística que le dedicó Fabio Soto, publicada en el diario costarricense *La República* en 1988. La crónica de su encuentro en la capital mexicana se denomina «Mensajera de la Paz», título que el secretario general de la ONU de aquel entonces, el peruano Javier Pérez de Cuellar, le otorgó en 1984 a la luz de su labor en la Organización Mundial Femenina de Lucha contra las Armas Nucleares, Químicas y Bacteriológicas. En medio de la charla, el cronista trajo a colación el tema de la literatura, pero la escritora desistió de ahondar en ello, por lo cual el corresponsal se abstuvo de seguir consultándole al respecto. Sin embargo, el periodista emitió unas palabras laudatorias respecto a su obra dignas de mención y con las cuales concordamos totalmente: «escribió página tras página dedicadas a la mujer, ya poniendo de relieve sus virtudes, ya

aplaudiendo sus conquistas o bien señalándole derroteros. Yo la llamaría “La Rosa de los Vientos” de nuestra mujer» (Soto, 14 de julio de 1988: 20).

A pesar de todos los méritos, de los premios y reconocimientos que recubrieron las paredes del hogar de la literata en la gran urbe mexicana, el periodista reconoció el lamentable hecho que se dio con la escritora, quien cayó en el olvido en su patria natal. En su memoria se construyó un país que le afloró lágrimas en sus ojos, un territorio distante del que se separó en búsqueda de mejores posibilidades. El reportero expuso retóricamente su denuncia al criticar el caso de la escritora marginada: «La interrogante hiere nuestra conciencia: ¿Por qué, en Costa Rica se ignora todo esto? ¿Es que exprofeso se calla?» (Soto, 14 de julio de 1988: 20). Esta situación se pretende remediar a través de la presente edición.

La escritora falleció en su hogar, en el edificio Vizcaya, en la Ciudad de México, el 31 de enero de 1996 (Meyer, 1 de febrero de 2011). A continuación, se enlista su obra, de acuerdo con los datos proporcionados por Meza Márquez (2011: 123).

NARRATIVA

1. *Sorpresa. Selección de cuentos* (1942).

2. *Alma* (1942), 117 pp., Imprenta Nacional, San José, Costa Rica.

3. *Sacrilegio* (1944), 400 pp., Imprenta Borrasé, San José, Costa Rica.

4. *Floración de pecado* (1951), 208 pp., Imprenta Borrasé, San José, Costa Rica.

POESÍA

1. *Breviario de emociones* (1949), 129 pp., impreso en los talleres gráficos de *La Nación*, San José, Costa Rica.

2. *Corazón de cristal* (1956), 85 pp., Imprenta Borrasé, San José, Costa Rica.

ENSAYO

1. *Biografía de Florentino Castro* (1954), San José, Costa Rica.

2. Perfil y Pensamiento de la Mujer Mexicana (1961), 3 tomos, Edición de la Aurora, México. Se destaca la participación en esta publicación de colegas intelectuales de la talla de Rosario Castellanos, María Teresa Montoya, Elena Garro, Nancy Cárdenas, etc.

Imagen 3. Portadas de algunas de las publicaciones de la escritora (Meyer, 2 de febrero de 2011).

1.3. Consideraciones generales sobre el texto

La novela *Sacrilegio* se publicó en 1944 en San José, capital costarricense, a través de la Editorial Borrasé, imprenta privada. El texto tiene una extensión considerable, ya que la edición ronda las 400 páginas, en las cuales se desarrollan 21 capítulos.

Imagen 4. Portada de *Sacrilegio* (fotografía propia).

Con respecto a la trama, el tema es anunciado desde el paratexto del título, pues la acción principal es la profanación sexual de la madre por parte del propio hijo. Pero antes, se narra la vida de Elena, la futura madre, quien contrae matrimonio, pero enviuda muy joven. El niño, Arturo, es criado en una vida lujosa, se prepara para ser médico, mas su porvenir se descarrila por los vicios. Vuelve como hijo pródigo, pero su vida licenciosa lo hace fijarse en su madre como algo más que una figura familiar. La empieza a sedar cada noche, con el fin de acceder carnalmente a ella. Al final, es asesinado por su propia madre cuando una noche lo descubre antes de repetir el acto. Ella estaba embarazada por el crimen, empero, al final se revela que perdió al bebé por la grave crisis emocional que le provocó descubrir la verdad.

Sobre la cuestión espacial y temporal, se tiene que la gran mayoría de los acontecimientos se desarrollan en México. Asimismo, hay un «interludio» en el cual Arturo se desenvuelve en París mientras estudia medicina. Luego, para el clímax, la acción vuelve a México. Finalmente, la protagonista Elena se marcha a Argentina, país donde concluye la narración. Temporalmente, se carecen de fechas que den a ciencia cierta una idea clara de la ubicación de la trama en la historia. Empero, se tienen referencias a la Segunda Guerra

Mundial (1939-1945) a mediados del texto, específicamente, sobre las primeras invasiones registradas.

El lenguaje literario empleado es predominantemente culto. Sin embargo, hay destellos del uso de la lengua popular cuando toman la palabra a través del estilo directo personajes secundarios, como los jornaleros de la hacienda o la servidumbre. El léxico para el lector actual puede parecer complejo, pero en realidad para los lectores contemporáneos de la novela podría haber sido simple, pues la mayoría de los términos desconocidos lo son porque han caído en desuso o se refieren a elementos antiguos.

1.4 Costa Rica y su realidad represiva en las décadas de 1930 y 1940

Al hablar de censura, los lectores son transportados a campos semánticos relacionados a los regímenes políticos autoritarios. No obstante, este fenómeno se da en diferentes sociedades democráticas debido a distintos factores, como en el caso de Costa Rica. Aunque en muchas ocasiones se quiera obviar, la historia de este país centroamericano no está exenta de episodios problemáticos. Oficialmente, se destaca la gesta heroica de Juan Santamaría en la Batalla de Rivas el 11 de abril de 1856 como hito en la guerra contra los filibusteros que permitió la expulsión de William Walker de Centroamérica en el contexto del expansionismo de los Estados Unidos durante el siglo XIX. Empero, también en el discurso oficialista se ocultan otras instancias bélicas con saldos negativos para el país, como la Guerra de Coto de 1921, en la cual el ejército panameño venció a las fuerzas armamentistas costarricenses.

Lo anterior se puede atribuir al mito construido alrededor de la aparente naturaleza pacifista de la nación, idea gestada sobre el hito de la abolición del ejército el 1 de diciembre de 1948. A partir de esto se ha querido aplicar una capa de pacifismo en retrospectiva. Se representan los doscientos años de vida independiente de una forma específica para mostrar como elemento excepcional la lucha librada contra el filibusterismo como un «mal necesario» ante el resguardo de la soberanía de la nación, mismo discurso aplicado al levantamiento armado de las fuerzas de José Figueres Ferrer (1906-1990) ante

el gobierno «antidemocrático» de Rafael Ángel Calderón Guardia (1900-1970) para iniciar la Guerra Civil de 1948.

Este punto da base para discutir sobre un segundo mito elaborado sobre Costa Rica y su idiosincrasia, el cual es el de la aparente democracia ideal que ostenta y que es ejemplar para otros países de todo el orbe. Aunque se haya catalogado al país centroamericano como una de las democracias más antiguas y estables del mundo, la realidad es que dicha forma de gobierno tampoco ha estado exenta de episodios que la han puesto en peligro, por más que se quieran olvidar o esconder en el tiempo. Muestra de ello es la Dictadura de los Tinoco (1917-1919), así como la época de preámbulo a la lucha fratricida ya citada de 1948, período de interés para el presente análisis.

Este fenómeno lo explica Dennis Arias Mora cuando propone «un esfuerzo neurótico por hacer coincidir el pasado o el presente político con las fórmulas de leyenda excepcional de que se recubre la idea mítica de nación» (2011: xv). Así, se cae en la falencia de recubrir el tiempo pretérito de la historia costarricense con el entramado ideológico actual, que bebe de los mitos ya comentados. Pero lo cierto es que en momentos críticos las pugnas fueron vehementes, y en el período de entreguerras la nación se vio asolada por la crisis sociopolítica mundial, con lo cual se gestó una «cultura política de rasgos autoritarios; estos últimos tuvieron una fuerte presencia en la avanzada anticomunista de la década de 1930, y se engulleron la práctica antifascista en el siguiente decenio» (Arias Mora, 2011: xviii). Una inimaginable Costa Rica autoritaria y represiva para el ciudadano contemporáneo germinaba durante las décadas de 1930 y 1940 del siglo XX en medio de la lucha ideológica global que seguiría durante la Guerra Fría.

Dicho autoritarismo se movió entre las esferas pública y privada, puesto que claramente influía en el tema de lo jurídico y sociopolítico, pero también se imbuía en la individualidad de las personas. Llegó a operar en espacios como la familia, la religión y la etnicidad (Arias Mora, 2011: xxiii-xxiv). Todo esto conllevó a que el espíritu autoritario también alcanzara el campo intelectual, con la respectiva afectación a los eruditos costarricenses de la época, más inclinados hacia la izquierda en el espectro político del momento (Arias Mora, 2011: xxvii). Esto se dio porque la generación intelectual contaba «con una fuerte dimensión crítica del mundo social y político de la primera mitad del siglo XX» (Arias Mora, 2011: xxxiii).

El choque de los intelectuales con la oficialidad gubernamental se debió a posturas problemáticas. Por ejemplo, el presidente de Costa Rica de 1936 a 1940, León Cortés, expresó públicamente y en diversas ocasiones su admiración por los regímenes absolutistas de Adolf Hitler y de Benito Mussolini en Alemania e Italia, respectivamente. Esto a pesar de que los excesos tiránicos de dichos gobiernos se habían dado a conocer al menos desde 1933, con lo cual se defendió e idealizó una gobernabilidad basada en los principios del orden, la disciplina, el despotismo y el caudillismo (Arias Mora, 2011: 21).

Sumado a lo anterior, también existió un creciente nacionalismo exacerbado, que retomaba dispositivos autoritarios empleados durante la fundación del Estado naciente durante el siglo XIX, como lo fueron un imaginario del gobernante como hombre fuerte, especie de líder patriarcal, con fuertes componentes de racismo, xenofobia, democracia y catolicismo. La suma de estos elementos permitió la protección de un estrato mitológico costarricense, así como de una identidad con la cual se configuró un autoritarismo social que preservó tradiciones y fue apoyado desde la institucionalidad (Arias Mora, 2011: 24).

De esta manera, se tiene una ironía, puesto que se admiraron y anhelaron los gobiernos nazi y fascista ya citados, claramente extranjeros, pero a la vez desde las posturas estatales se tenía desdén por los inmigrantes centroamericanos que se apersonaban a trabajar. Especialmente, se dio un posicionamiento contrario a los nicaragüenses y a los negros, estos últimos mirados como sujetos foráneos, aunque ya no lo fueran realmente (Arias Mora, 2011: 30-31), con lo cual se muestra una dicotomía en la que se renegaba de lo externo a la vez que se adoptaba una base ideológica proveniente desde afuera, como lo es la extrema derecha. Esto provocó una percepción negativa del comunismo en dicha época, empezando a materializarse a través de campañas anticomunistas en la tercera administración de Ricardo Jiménez de 1932 a 1936, bajo la consigna de la defensa de la paz, de la institucionalidad democrática y de la religión. Esta clave ideológica fue potencializada durante el gobierno de León Cortés (1936-1940) (Arias Mora, 2011: 45); y tuvo su ápice en la administración de Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944), cuando en 1943 proclamó la inexistencia del comunismo en Costa Rica. Todas estas posturas influyeron en el pensamiento de la población en general, que se posicionaba en un rol nacionalista que consideraba la doctrina comunista como algo «exótico», por ende, «ajeno a

la idiosincrasia costarricense y sus soportes en los mitos pacifistas, religiosos y familiares» (Arias Mora, 2011: 47-48).

Desde el ámbito religioso la condena del comunismo fue muy grave, hasta llegar a los anatemas (Arias Mora, 2011: 50), esto por la incongruencia existente entre los postulados del comunismo y los de la religión católica, con lo cual se vislumbra el interés que tenía la Iglesia de alinear el pensamiento de los creyentes con el de la doctrina oficial de la institución y de prevenir a sus seguidores de los vicios morales relativos a la ideología de izquierda ya mencionada.

No obstante, la citada crítica respecto al fascismo como ideología foránea también se dio en las discusiones del momento entre quienes llevaban las riendas del gobierno. Esto porque se llegó a considerar que el caso costarricense era el de un país creado de forma excepcional, separado de su entorno casi que desde el inicio de la vida independiente (recuérdese el fracaso del proyecto unionista de Morazán), por tanto, se creía gozar de una supuesta vivencia netamente autóctona en la constitución de la república (Arias Mora, 2011: 67-68), sin necesidad de recurrir a ideologías exóticas.

Ante ello, se pretendía presentar una imagen neutral del país claramente artificial, prueba de ello fue que se estableció un aparato jurídico muy peculiar, la denominada «Ley Gurdián n.º 37 del 18 de diciembre de 1934», que ejercía control sobre los comentarios ejercidos en contra de las personalidades políticas extranjeras en los medios escritos. No obstante, se faltó a la garantía de imparcialidad, puesto que esta ley afectó principalmente a los defensores de la causa republicana en los debates sobre la Guerra Civil Española (1936-1939). Muestra de ello fue que la institucionalidad judicial abrió un proceso en 1937 contra Joaquín García Monge (1881-1958), reconocido escritor costarricense por la novela *El Moto* (1900) así como por haber sido el fundador de la revista *Repertorio Americano*. La investigación se dio por sus comentarios críticos del gobierno fascista italiano. Dicha gestión provocó un reproche generalizado entre los intelectuales progresistas, quienes consideraron la denuncia como un ejemplo de la forma en que dicha ley era en realidad un ataque a la libertad de prensa (Arias Mora, 2011: 71-72).

Empero, estos ataques no eran novedosos. Otra figura del campo literario-cultural que había sido víctima de la persecución ideológica durante la época fue María Isabel Carvajal Quesada (1887-1949), más reconocida bajo su seudónimo de Carmen Lyra.

Autora de *Cuentos de mi tía Panchita* (1920), ha sido canonizada sobre todo por su legado en la literatura infantil costarricense; empero, también posee en su bibliografía textos como *Bananos y hombres* (1933) que manifiestan su posición política explícitamente. Esta era la de un activismo político de izquierda que promovió una literatura social que denunciaba la explotación del sujeto obrero por parte de los más poderosos en un sistema económico basado en el capital foráneo, como era el caso de las trasnacionales bananeras. Precisamente, como muestra de la persecución ideológica, en el año de publicación del citado relato, ella fue removida de su puesto como directora de la Escuela Maternal (Arias Mora, 2011: 131).

Asimismo, esto puede considerarse ejemplo de la misoginia de la sociedad costarricense del momento. El también educador y escritor Mario Sancho Jiménez (1889-1948) denunció en 1934, según su visión, una carencia de masculinidad, raquitismo y abundantes cualidades femeninas en los hombres, lo cual atribuía a la educación brindada por maestras (Arias Mora, 2011: 138-139). Por ende, se puede concluir que el hecho de ser mujer aunado a una posición ideológica disidente provocaba rechazo no solo del vulgo, sino incluso del estrato letrado.

Otras mujeres que recibieron duros golpes durante esta época de clara inclinación de extrema derecha fueron Yolanda Oreamuno (1916-1956), autora de la aclamada novela experimental *La ruta de su evasión* (1949), y Luisa González (1904-1999), escritora de *A ras de suelo* (1970), la cual ganaría el Premio Nacional de novela Aquileo J. Echeverría en 1971. En 1937 ambas protestaron, como parte de agrupaciones antifranquistas fuera del Teatro Raventós, contra un acto cultural de artistas afines al fascismo, lo cual conllevó que la primera de ellas fuera golpeada, mientras que la segunda fue arrestada (Arias Mora, 2011: 150).

El giro histórico promovió que se abandonara la consonancia con la extrema derecha para pasar a la práctica de un antifascismo en la década de 1940. La posición en favor de Francisco Franco por parte del nuevo presidente Rafael Ángel Calderón Guardia se dejó de lado, así como la también favorable imagen que la Iglesia católica poseía del general español. Se inició un reformismo, se conquistaron derechos y se promulgaron las Garantías Sociales en un marco cristiano (Arias Mora, 2011: 162), que en la práctica buscó anular cualquier percepción favorable hacia la izquierda.

El antes perseguido Joaquín García Monge, quien desde 1935 comulgaba con el antifascismo como consta en las publicaciones del *Repertorio Americano* hasta 1941, tuvo la libertad de continuar con su discurso que lo hermanó con otros grupos intelectuales del continente americano y europeo (Arias Mora, 2011: 170). Esto debido a que el discurso de la izquierda sobre el nazismo no constituía una amenaza para la cultura de la nación. Empero, al emitirse posiciones más extremas, el campo intelectual guardó silencio, como cuando Carmen Lyra hizo burla del Tercer Reich y de su receta de las 3 k para las mujeres: iglesia (*Kirche*), niños (*Kinder*) y cocina (*Küche*) (Arias Mora, 2011: 191).

Tras esta recapitulación, se puede apreciar el vaivén ideológico constante durante la década de 1930 y los inicios de la siguiente, que también dividió a los sectores intelectuales costarricenses, aunque se pretendiera una aparente falta de influencia extranjera en el plano del pensamiento ilustrado. Sumado a esto, se puede considerar la diferencia de género como otro factor determinante a la hora de considerar las posiciones y los comentarios de los letrados, pues se aprecia el menosprecio hacia las consideraciones emitidas por sujetos femeninos de renombre, quienes también fueron atacados por distintas manifestaciones misóginas que denostaron la labor femenina, como el caso observado sobre comentarios machistas con respecto a la docencia. Todos estos elementos resultan de suma importancia a la hora de intentar comprender el entramado socio-ideológico dentro del cual se gesta la censura de la literatura de Rosalía de Segura.

1.5. Literatura femenina centroamericana: desde sus inicios hasta *Sacrilegio* (1944)

Como apunta Consuelo Meza Márquez, en la presentación de la novela corta *Odio* (1954), de la hondureña Lucila Gamero de Medina (1873-1964), en el caso de la literatura centroamericana ha existido una importante tradición de narrativa escrita por mujeres, la cual da inicio con la costarricense Rafaela Salvadora Contreras Cañas (1869-1893). Ella, quien desarrolló su vida en El Salvador, publicó cuentos en distintos diarios a lo largo de Centroamérica a partir de 1890. Seguidamente, se encuentra el caso de la escritora hondureña Lucila Gamero Moncada (1873-1964), quien se erigía como novelista y cuentista en la misma década de 1890, con lo cual se estableció como la primera novelista

centroamericana. Cronológicamente, también se destacan la costarricense Carmen Lyra (1888-1949), la guatemalteca Magdalena Spínola (1897-1991), la panameña Graciela Rojas Sucre (1903-1994), la nicaragüense Margarita Debayle de Pallais (1898-1983) y Zee Edgell (1940-2020), de Belice. De esta manera, el recuento historiográfico permite constatar la existencia de una tradición literaria femenina en el istmo desde fines del siglo XIX hasta la actualidad (Meza Márquez, 2020: 11-12).

De acuerdo con lo anterior, se puede apreciar el gran acervo cultural que se ha generado a partir de la autoría femenina, con textos representativos de cada una de las futuras repúblicas de la América Central, apreciados tanto por el público como por la academia desde hace más de un siglo (Meza Márquez, 2020: 11-12). No obstante, el desarrollo de dichos textos se dio de manera muy distinta al de sus contrapartes masculinas, puesto que tuvieron que recurrir a diferentes estrategias literarias para comunicar su sentido. Se destaca que, como rasgo general, tienden a ser conservadoras en cuanto a su lenguaje, algo artificioso, pero en lo correspondiente a temática resultan rupturistas. Esto último también trasciende hacia la construcción de los personajes principales, que traen a la palestra debates sobre el ser femenino muchas veces alejados del ámbito de funciones restrictivas en las cuales se encasilla a las mujeres: cónyuge y madre de familia (Meza Márquez, 2020: 6).

Así, tradicionalmente se trasmitieron de generación en generación valores inherentes al ideal de mujer conforme a los modelos de la sociedad conservadora, la cual establecía que el «sexo débil» debía ser pasivo, carente de voz, posicionado debajo del hombre y repleto de sentimientos nobles como la entrega absoluta. Con base en ello, la revuelta discursiva radicó en la toma de la palabra por parte de las autoras para poder expresar su inconformidad con el modelo de mujer fabricado por el sexo masculino (Meza Márquez, 2020: 6-7). Por esto, Meza Márquez indica sobre la escritura de mujeres, de manera generalizada, que la transgresión de este sujeto femenino resultó vanguardista desde el punto de vista historiográfico, al abrazar ideales aún irrealizados, pero gestados ideológicamente por las escritoras, mientras se abogaba por la ruptura con los cánones estéticos preestablecidos. En resumen, es literatura en apariencia preciosista, aunque provoca en sus lectoras la toma de conciencia de ser un sujeto forjado a partir de una ideación androcéntrica que históricamente les ha derivado emociones negativas como la

melancolía y el desaliento, a la vez que les niega la realización de una identidad netamente elaborada por la mujer (2020: 7-8).

Incluso, la citada transgresión también se replicó en la academia, pues la literatura femenina surgió como una otredad contra-canónica que indagaba en un corpus literario femenil en medio del conjunto de reconocimientos hechos a las contribuciones literarias hechas por autores masculinos. La reconsideración viene, entonces, a visibilizar la genealogía de autoras femeninas que pueden por sí mismas establecer una tendencia literaria, con lo cual dejan de ser elementos aislados en una historiografía literaria que en muchas ocasiones solo las consideró como excepciones a la regla de la hegemonía masculina en la literatura (Meza Márquez, 2020: 10-11).

En cuanto al caso costarricense, Molina Jiménez asevera que la primera novela con autoría femenina en el país fue *La pastora de los ángeles*, de la española Caridad Salazar Fernández (1869-1948), que inició su publicación en el diario *El Poás* en 1904. En el caso de la primera novelista costarricense de nacimiento, se tiene a María Fernández Le Capellain (1877-1961), quien en 1908 publicó *Zulai* en la revista teosófica *Virya*. Allí mismo ve la luz *Yontá* en 1909. Ambos textos son catalogados como de «costumbres indias» y gozaron de cierta popularidad al ser editados en formato de libro en 1909 y reeditados en 1919, con lo cual fueron los textos femeninos de más distribución antes de 1950. Empero, se explica su relativo olvido debido a factores extraliterarios, esto porque la escritora fue la esposa del dictador Federico Tinoco Granados (1868-1931). Así, es primera dama desde 1917 hasta su marcha al exilio con la renuncia del tirano en 1919 (13 de diciembre de 2022: s.p.).

Por su parte, la ya citada Carmen Lyra (1887-1949) publicó en 1918 la novela *En una silla de ruedas*, catalogada como la más importante entre las editadas en estas primeras décadas del siglo XX. Lastimosamente, la escritura femenina guarda silencio durante la década de 1930, pero se renueva en la siguiente con *Castelldefels* (1941) de Victoria Garrón Orozco y con las ya citadas *Alma* (1942) y *Sacrilegio* (1944), de la autora en estudio (Molina Jiménez, 13 de diciembre de 2022: s.p.).

Ante este panorama, el caso concreto de *Sacrilegio* resulta revelador en cuanto a su situación particular en la literatura costarricense de su década. Margarita Rojas y Flora Ovares, en *100 años de literatura costarricense* (2018), afirman que la estética dominante

durante la década de 1940, no solo en el país centroamericano, sino en toda Latinoamérica, fue el neorrealismo. La primera novela de dicha estética que se destaca en el país es *Vida y dolores de Juan* Varela (1939), de Adolfo Herrera García (1914-1975), la cual muestra la explotación a la cual se enfrentaban los campesinos que vivían de la agricultura frente a un sistema socioeconómico injusto. Otros destacados representantes de esta estética son Carlos Luis Fallas (1909-1966), Fabián Dobles (1918-1997) y Joaquín Gutiérrez (1918-2000), quienes para la historiografía costarricense forman parte de la llamada «Generación del cuarenta». A grandes rasgos, se pueden caracterizar los textos de dichos autores como medios de denuncia política que pretendían mostrar objetividad y se basaron en experiencias vitales (2018: 481). De este modo, se puede apreciar el movimiento centrífugo de *Sacrilegio*, al abogar por un modo de literatura que se aleja de las preocupaciones y las discusiones preponderantes de su época. Esto porque, contrapuesto a los rasgos de gran parte de la literatura del momento de tendencia neorrealista, se realiza una denuncia, pero enmarcada en el seno de la familia, de lo privado, como posteriormente también se daría en *La ruta de su evasión*, novela que igualmente quedó relegada durante muchas décadas. Esto se da desde la subjetividad, con múltiples menciones a los sentimientos de los distintos personajes de la diégesis, que se configuran alejados de la experiencia vital al narrarse un hecho sumamente transgresor que resulta inimaginable para cualquier lector de su momento e incluso para los actuales.

Como lo sostienen Rojas y Ovares, una figura destacada dentro de la literatura de este periodo fue Yolanda Oreamuno (1916-1956), quien dejaría su huella en las letras centroamericanas con su novela *La ruta de su evasión* (1949). En ella, se aborda la vida íntima del sujeto femenino, con lo cual resultó transgresora con respecto a los rasgos más puros del neorrealismo reinante. Empero, al igual que en el caso de *Sacrilegio*, la denuncia sí resultó ser social, al exponerse la violencia que se concentraba detrás de las paredes del hogar, invisible al ojo público. Las intelectuales también señalaron rupturas estéticas, al considerarse que la novela es experimental por desarraigarse, a través de múltiples analepsis y prolepsis, de la linealidad narrativa (2018: 502-503). Conforme a esto, se puede apreciar la importancia de un texto como *Sacrilegio*, que reniega de la estética preponderante para adoptar sin reservas modelos que para los especialistas podrían resultar caducos y anacrónicos. Asimismo, es un texto prolijo en comentarios sociales de diversas

temáticas, a la vez que crítico de la situación representada de violencia intrafamiliar sexual e incestuosa, que por primera vez se presentaba en el escenario de la literatura costarricense.

Por ello, es debido referir a la afirmación de la crítica sobre la configuración de conflictos internos familiares en la narrativa de Yolanda Oreamuno, pues dicha institución es la base de la sociedad. Así, a través de la representación de las problemáticas privadas se aludió al contexto social violento de la década de 1940, en escalada constante hasta derivar en los acontecimientos bélicos de 1948 (Rojas y Ovares, 2018: 505). Es menester que esta idea se aplique también a la novela en estudio de Rosalía de Segura. Lo anterior porque, como se apreció en el acápite dedicado a la contextualización histórica, la sociedad costarricense estuvo muy revuelta y fue víctima de múltiples antagonismos ideológicos a partir de la década de 1930.

Esta novela viene a ser un síntoma más de una sociedad agresiva, llena de desencantos y con el potencial de ejecutar actos terribles, como se demostró en la Guerra Civil de 1948. Todos estos elementos vienen a reafirmar la importancia de traer a la palestra una novela como *Sacrilegio*, para que sea objeto de lectura y de discusión del público y de especialistas, con el fin de evitar su olvido dentro del campo de las literaturas regionales, desatención que en su momento se cometió en contra de la propia Yolanda Oreamuno y provocó la desaparición de buena parte de su obra literaria.

1.6. La crítica contemporánea de *Sacrilegio* (1944)

Para teorizar sobre la novela en cuestión, es menester introducir el concepto de canon. En términos generales, se puede considerar como un subconjunto de la totalidad literaria considerada digna de análisis crítico por contar con ciertos criterios estéticos que afirman su calidad sobre el resto de las muestras «no canónicas». Incluye textos y autores del pasado. Además, su naturaleza es variable, pues cambia de época en época (Fowler, 1988: 95). Asimismo, el canon sufre procesos de institucionalización, por parte de agentes como «la educación, el patrocinio, y el periodismo» (Fowler, 1988: 97). No obstante, también se tiene el concepto de canon potencial, el cual Fowler considera como aquel

conjunto textual «inaccesible» debido a la falta de documentación de acceso general. Un ejemplo concreto de ello es el caso de la literatura preservada en bibliotecas especializadas. Esto se contrapone al canon asequible del que dispone el público en general en bibliotecas públicas y librerías (1988: 97). Por ende, el caso de la novela de Rosalía de Segura podría enmarcarse en dicho canon potencial, al tratarse de un texto considerado extraño por los críticos de su momento, así como de ser víctima de la censura por parte de un agente social tan importante como la Iglesia. Incluso, Fowler considera que un movimiento reaccionario al canónico tiene la capacidad de derivar en «cánones alternativos», siempre con sus delimitaciones y rasgos, mas poco abordados por los especialistas en historiografía literaria hasta hace poco tiempo (1988: 99). Nuevamente, esta puede ser la situación del texto en estudio, ya que se puede considerar como parte del ya citado corpus de la literatura escrita por mujeres en la región centroamericana.

Con respecto al canon de la literatura latinoamericana, Pulido Tirado establece que su realidad es en esencia conflictiva, puesto que se generó en un contexto de dominación como lo es el colonial, con lo cual desde los márgenes del aparente centro de poder político-ideológico que representa la capital se generan cuestionamientos contra los modelos canónicos establecidos por dicha urbe (2009: 102). Lo anterior se debe a que, como apunta Mignolo, el caso de la literatura latinoamericana es particular porque las primeras historias de la literatura de la región omiten completamente una gran parte del capital cultural poco ortodoxo que contiene «fuerte presencia de la escritura femenina, las tradiciones orales y los productos culturales híbridos de la colonia» (1994: 24).

Esta selectividad no es casual, pues como indica Pulido Tirado ha quedado demostrado que la literatura que pervive en el tiempo no lo hace exclusivamente por razonamientos puramente de índole estéticos, sino que entra en juego la situación sociopolítica que enmarca al texto, concretamente en cuanto a las políticas culturales e ideológicas dominantes. Debido a esto, a pesar de la diversidad innata de América Latina, es una región que tradicionalmente ha forjado su canon netamente apegada a la denominada «literatura culta», en detrimento de las muestras literarias indígenas, orales, de cultura popular o incluso del ámbito escrito no considerado culto, con lo cual se reafirma la pervivencia de una mentalidad colonial con respecto al objeto literario (1994: 108).

Todo esto conlleva que la crítica literaria regional posterior tome conciencia de su labor y tenga como uno de sus fines inmediatos la evolución del canon hacia uno de representación del pluralismo inherente de una zona como América Latina (Pulido Tirado, 1994: 105). Empero, claramente han existido omisiones de alto grado, como la desatención hacia la cuestión literaria en Centroamérica, en constante rectificación hasta nuestros días (Pulido Tirado, 1994: 103).

En resumen, desde cualquiera de las perspectivas abordadas, se justifica el acercamiento a la novela *Sacrilegio* en favor de su reconsideración crítica para darle un lugar en la historiografía literaria tanto costarricense como centroamericana al ser una muestra discursiva desde un sujeto femenino que toma la palabra para denunciar una grave situación en un contexto patriarcal. Resulta una auténtica muestra de «texto cultural», esto porque, más allá de su valor netamente literario, se propone «dar cuenta en cambio, con precisión y finura, de las diferentes "formas de significación" y de las diferentes "subjetividades sociales" de los grupos postergados» (Rojo, 1997: 12).

Antes de proceder con el análisis textual, se deben sistematizar las principales aseveraciones elaboradas sobre el texto por parte de diversos intelectuales contemporáneos. Con respecto a la crítica de la novela elaborada por literatos y académicos, la primera a tomar en cuenta es la de Moisés Vincenzi (1895-1964), filósofo y escritor costarricense, benemérito de la patria, laureado con el Premio Nacional de Cultura Magón en 1962.

En un paratexto titulado «Juicio crítico», a través del recurso discursivo de ceder la palabra a una mujer para que reseñe una novela firmada por una autora del mismo sexo, supuestamente transcribe textualmente la opinión sobre la novela de la secretaria del firmante. Menciona que es una persona capacitada al tratarse de su discípula, por lo cual el hombre es la fuente del conocimiento. Justifica su proceder al expresar que sus juicios no son objetivos al analizar literatura escrita por mujeres.

Cualquier atento lector podría dudar si efectivamente Virginia Sandoval es la autora de la crítica, pues el recurso empleado de ceder la palabra podría tratarse meramente de una estrategia de Moisés Vincenzi para expresar sus puntos de vista de manera encubierta. Esto se ve apoyado por la concordancia absoluta que expresa el susodicho con respecto al juicio de su pupila, en una especie de condescendencia para suavizar su posición sobre el texto a

través de un seudónimo femenino. Aunque, después de todo, esto solo resulta ser una conjetura que no se puede corroborar ni desechar completamente.

Las principales críticas negativas recaen sobre la forma y el estilo. Empero, vale la pena señalar el tono laudatorio con el cual se habla del tópico elegido por la autora. Así, mientras algunos señalamientos negativos por parte de intelectuales se basaron en que el tema no correspondía al ámbito o los intereses de Costa Rica, en esta ocasión se cree que se muestra osadía en su elección y en la forma de representarlo. La visión presente sobre la labor literaria considera la escritura como un artificio. De esta manera, a través de la metáfora del escultor con su mármol, menciona que la autora aún no domina idóneamente la técnica. No obstante, alaba el sentimiento con el cual presenta su trama al lector, lo cual considera que hace a la narradora una auténtica artista.

Otro crítico del texto es José Fabio Garnier Ugalde (1884-1956), intelectual destacado que escribió críticas literarias en el lapso de 1949-1950 en el periódico *La Nación*. Específicamente, según lo recopilado en el libro *Cien novelas costarricenses* (2017), dedicó unas páginas tanto para la autora como para la novela *Sacrilegio*. Sobre la autora, cita su estudio en la Universidad de Costa Rica, institución en la que se graduó en Periodismo.

También, se destaca su conciencia con respecto a los deberes, pero sobre todo de los derechos de la mujer y su defensa, elemento de gran interés porque permite trazar un esbozo de ideología feminista en sus textos. Se cierra su bosquejo biográfico con la mención de su rol como creadora y directora del ya citado semanario *Mundo Femenino* datado en 1941 (2017: 318), lo cual recalca su posición pública como figura femenina importante en la sociedad de su momento.

¿Cuál era la situación del feminismo en Costa Rica en aquel entonces? Para poder responder dicha pregunta, hay que trazar los orígenes del movimiento hasta finales del siglo XIX. Según Rodríguez Sáenz, hay que comprender su gestación como parte del proyecto político liberal de progreso en un entorno urbano. Gracias a la generalizada alfabetización patrocinada por el gobierno, así como a la educación, la mujer fungió como una nueva columna en la base del modelo de nación propuesto por el Estado. Se dio una transición hacia espacios públicos, pues dejó atrás su reclusión doméstica para involucrarse en distintos ámbitos como la caridad, la pedagogía, la salubridad y la política (2005: 7-8). Así,

de acuerdo con Mora Carvajal, el magisterio fue la principal profesión femenina de la época, mientras que en el ámbito de la salud humana se especializó a la mujer sobre todo en la enfermería y en la medicina obstétrica. Esto resultó socialmente aceptado porque cumplían funciones ligadas al sexo femenino en cuanto eran trabajos que se asociaban en el imaginario popular con la maternidad debido a sus funciones (2003: 188).

En el ámbito político, una de las primeras figuras de renombre que apoyó un cambio en favor de la mujer en el contexto costarricense fue el presidente de 1890 a 1894, José Joaquín Rodríguez (1838-1917), quien el 4 de junio de su primer año en el cargo se dirigió al Congreso para expresar su posicionamiento a favor del voto femenino en un discurso sobre reformas constitucionales (Rodríguez Sáenz, 2023: 4). La intercesión del mandatario surgió a raíz de la participación tan fuerte de las mujeres en la campaña electoral y, principalmente, en el llamado «Levantamiento del 7 de Noviembre de 1889», con el propósito de que el General Bernardo Soto entregara el poder al recién electo José Joaquín (Rodríguez Sáenz, 2005: 10-11).

En 1912 aparece en la escena social costarricense Ángela Acuña (1888-1983), joven que estudió en Francia e Inglaterra en 1906, con lo cual entró en contacto con las ideas de las sufragistas inglesas. De vuelta en el país, en 1925 se licenció con honores de la Universidad de Costa Rica para ser la primera abogada a nivel nacional y centroamericano. Inició una campaña de conferencias y publicación de artículos en los cuales expresaba la necesidad del feminismo y del voto femenino. Su labor surtió frutos, pues logró una reforma en 1916 a la Ley Orgánica de los Tribunales para permitir el ejercicio notarial al sexo femenino (Rodríguez Sáenz, 2023: 5). Esta irrupción en el ámbito público costarricense se dio a través de su primer ensayo abiertamente feminista denominado «Conferencia», que se publicó en la revista *Cordelia*. Allí, promulgó que:

> «en los tiempos modernos que corren, las mujeres debían disfrutar de los mismos derechos que los hombres y que debía superarse la concepción de que la función de las mujeres debía limitarse a ser madre y esposa sometida exclusivamente al entorno doméstico, ya que esta tiene derecho a educarse para servir mejor a la patria» (Rodríguez Sáenz, 2003: 34-35).

Otro hito de la participación pública de la mujer en Costa Rica fue el «Levantamiento contra Tinoco el 13 de junio de 1919», con especial participación de maestras opositoras al régimen, así como de alumnas y exalumnas del Colegio Superior de

Señoritas, que derivó en el derrocamiento del ya citado tirano y en la quema del diario oficialista *La Información*, acto en el cual Carmen Lyra tuvo un rol esencial (Rodríguez Sáenz, 2005: 11). Nuevamente, en mayo de 1920 se discutió el voto femenino, esta vez a través de la presentación de una reforma propuesta por el presidente de 1920 a 1924 Julio Acosta (1872-1954), pero en agosto del mismo año, en cuestión de meses, se rechazó (Rodríguez Sáenz, 2005: 13). De esta forma, se puede apreciar la manera en la que distintas figuras del campo intelectual y político de los liberales promovieron, sobre todo a partir de la década de los veinte, la inclusión de los grupos tradicionalmente marginados por el sistema. Por primera vez en la historia de la sociedad de Costa Rica, se tomó conciencia de la «cuestión femenina» (Rodríguez Sáenz, 2003: 3).

Unos cuantos años después entró en la palestra el Partido Reformista, fundado en enero de 1923, con gran activismo femenino. Las partidarias se posicionaban como patriotas, pues redactaron el «Manifiesto de las Mujeres Reformistas», en el cual reclamaron el cierre de la Fábrica Nacional de Licores, sacar de la urbe a las prostitutas e iniciar un hospicio para madres obreras de escasos recursos. Ese mismo año, el 12 de octubre se fundó la Liga Feminista, en el Colegio Superior de Señoritas, para liderar la lucha sufragista (Rodríguez Sáenz, 2005: 11-12). La participación en la Liga Feminista se dio mayoritariamente por parte de mujeres del ámbito intelectual del momento. Sobre todo, se trató de maestras citadinas que, a su vez, eran de clase social elevada, muchas de ellas con estudios en el extranjero, lugares en los cuales se empaparon del pensamiento feminista e igualitario. Asimismo, el ya citado presidente Julio Acosta participó en la inauguración, con lo cual reafirmó ante el ojo público esta versión de «feminismo aristocrático» (Quesada Chaves, 2020: 103-104). Por esto, la Liga no contó con un apoyo generalizado entre las mujeres del país, pero se granjeó afinidades entre liberales progresistas del ámbito local, así como de intelectuales de toda Latinoamérica. En 1924 la Liga participó, a través del envío de telegramas al Congreso, del «Movimiento de Noviembre de 1924», en el cual las maestras exigieron un salario igualitario en el ejercicio de su profesión. Esto finalmente fue aprobado a través de una reforma. También, en 1928 fundaron la Liga Cultural Femenina, con el fin de una educación integral para la mujer que la concientizara sobre sus derechos y deberes en el contexto nacional (Rodríguez Sáenz, 2005: 13-14).

De igual manera, con la fundación del Partido Comunista en 1931 se incorporaron muchas mujeres a la causa feminista, esta vez desde la clase obrera. Su líder, Carmen Lyra, fue pieza clave de los mítines políticos y demás formas de activismo, y además alzó su voz contra las condiciones socioeconómicas y educativas (Rodríguez Sáenz, 2005: 15). No obstante, ninguna de las agrupaciones políticas hasta ahora señaladas tomó la cuestión femenina como un eje propositivo fundamental dentro de su accionar partidario, ya que la agenda feminista era secundaria en cada uno de ellos (Rodríguez Sáenz, 2003: 39).

El desarrollo de la causa feminista no fue obra de la casualidad. En los años veinte, se ampliaron las relaciones con el exterior gracias al auge de la prensa, con lo cual las mujeres ahora podían informarse sobre las distintas acciones que se daban en el plano internacional con respecto al sexo femenino. Esto ya se gestaba desde la publicación de revistas de variedad como *Costa Rica Ilustrada* (1888), *Revista de Costa Rica* (1892), *Pandemonium* (1902), *Minerva* (1914) y *Athenea* (1917), que trataban temas de actualidad político-culturales sobre Latinoamérica y Europa. Sumado a ello, se diversificaron los discursos a los cuales tenían acceso gracias a los entonces emergentes medios del cine y la radio (Mora Carvajal, 2003: 161-162).

Ya en la década de 1940, es menester citar las «Jornadas Cívicas de 1943», lideradas por la oposición política josefina y la Liga Feminista, como respuesta a una propuesta de reforma del ya mencionado presidente Rafael Ángel Calderón al código electoral que buscaba mover la función del conteo de votos al propio gobierno. La Liga aprovechó esta conjunción para proponer una vez más el voto femenino, aunque sin mayor éxito. La victoria definitiva del movimiento llegó hasta el 20 de junio de 1949, día en que se aprobó el derecho al voto femenino de manera constitucional tras una lucha de décadas (Rodríguez Sáenz, 2005: 14-15).

Con esto en mente, no es extraño el potencial menosprecio que podía generar Rosalía de Segura como escritora que presentaba en sus textos ciertos rasgos que la podían ligar al emergente pensamiento feminista costarricense de inicios de siglo XX. Esta caracterización de la autora, sumado a su biografía en cuanto fue una persona educada y que tuvo a su cargo un medio de comunicación, podría ser de interés al destacar como una figura pública en un momento histórico en el cual aún se criticaba a la mujer que se deslindaba de los roles domésticos que la sociedad le asignaba. Asimismo, su vocación por

el resguardo de los derechos femeninos pudo granjearle el desmérito entre sus contemporáneos.

Volviendo al tema de *Sacrilegio*, Garnier Ugalde ofrece una reseña, en la cual destaca que nunca comprendió por qué la autora ubica su acción en sitios que ella desconoce, como Ciudad de México y París, por lo que critica una representación de los espacios inverosímil, además de un estilo descuidado que no hace amena la lectura. No obstante, rescata la valentía de la narradora por inmiscuirse en un tema tan escabroso, tras lo cual ofrece una sinopsis de los acontecimientos (2017: 180-181). Cierra su intervención al comentar que hay un marcado estudio psicológico de los personajes y que se esperan con el tiempo grandes textos de la pluma de la autora cuando logre dominar el manejo de la construcción progresiva, pero constante, de la trama (Garnier Ugalde, 2017: 182).

Posteriormente, en otro gran referente dentro de la historiografía literaria costarricense, como lo es el libro de Abelardo Bonilla *Historia de la Literatura Costarricense* (1984), cuya primera edición es publicada en 1957, se hace mención tanto del texto como de la escritora. Esto demuestra su resonancia en el espacio sociocultural dentro del cual desarrolla su producción literaria. Allí, se la considera como un caso anormal dentro del panorama de la literatura del país. Esto se recalca en el paratexto capitular en el cual se encuadra a la autora: «Formas de la novela ajenas al costumbrismo» (1984: 159), que denota el dominio de una estética narrativa que eclipsa a cualquier otra manifestación de su época y, por lo tanto, produce el menoscabo de cualquier forma artística que intente romper con el horizonte de expectativas preponderante. En este apartado, se dice que se enmarcan «formas de novela y cuento que no responden al movimiento realista (…) todas las obras de la primera mitad del siglo actual que, aun tratando temas nacionales, no pueden incluirse en dicho movimiento por diversas razones» (Bonilla, 1984: 159).

Seguidamente, se ofrece una serie de causas por las cuales se separan estos autores del corpus prototípico de la literatura del país, entre ellas Bonilla menciona que «porque desarrollan asuntos extraños a nuestro medio» (1984: 159); criterio ideológico que muestra el menosprecio hacia lo foráneo en favor de lo nacional, motivo que englobaría a Rosalía de Segura y su obra.

Se observa una represalia en contra de estos sujetos que no se «adaptan» al modelo literario de la nación, pues Bonilla alude a que «hay autores y obras que no han penetrado en el auténtico espíritu de nuestras letras y que, sin embargo, están en ellas y no deben ser ignorados» (1984: 159-160). Ya en el caso propiamente de la escritora, se le señala como «la más audaz en lo relativo a los asuntos que trata» (Bonilla, 1984: 164), seguido de una recapitulación de sus publicaciones, entre las cuales se alude al texto en estudio.

A su vez, Rodrigo Solera en su tesis doctoral *La novela costarricense* incluye dentro del corpus la obra narrativa completa de Rosalía de Segura. La agrupa entre aquellas que toman como un «detalle insignificante el ambiente costarricense o lo ignoran por completo, desarrollando sus tramas en países extranjeros o indeterminados» (1964: 144); con lo cual mantiene la línea de pensamiento ya citada de Garnier Ugalde sobre el texto. Asimismo, señala:

> «Rosalía Muñoz de Segura pone una nota de atrevimiento en sus novelas cuando trata temas tan escabrosos como el adulterio y el incesto en Alma (1942), Sacrilegio (1944) y Floración de pecado (1951). Su atrevimiento es puramente temático porque la trama y el estilo son bien trillados y están llenos de lugares comunes y de sensiblería, utilizando un punto de vista demasiado convencional y pedestre para enfocar los problemas morales» (Solera, 1964: 144-145).

Con ello ofrece un juicio negativo de la totalidad de sus textos, de los cuales destaca el abordaje de temas novedosos, pero critica duramente la representación efectuada a través de estrategias narrativas agotadas para esa época.

En cuanto a otros estudios historiográficos importantes para la comprensión de la literatura costarricense, en el ya citado texto de Margarita Rojas y Flora Ovares (2018), no hay mención de la escritora y de sus textos; empero, es de valor a la hora de ofrecer una contextualización histórica y cultural de la literatura de la década de 1940 para determinar la visión canónica de las recopiladoras en detrimento de muestras centrífugas de las letras costarricenses.

Asimismo, esta ausencia también se da en los ya clásicos *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense* (1979) de Jorge Valdeperas, en *Historia crítica de la narrativa costarricense* (1995) de Quince Duncan, Julián González, Guillermo Jiménez y Mayela Mora, y en *Rutas de subversión: la novela de los años cuarenta* (2010), de Álvaro Quesada Soto. Todo esto permite exponer que la autora y su obra es olvidada por

los críticos posteriores al decaer su mención en trabajos historiográficos más recientes sobre la literatura costarricense por parte de especialistas del propio país, aunque son textos dignos de mención para comprender las tendencias literarias de la época, así como el abordaje crítico que se le ha dado a esta.

Primeramente, Valdeperas habla sobre la dominancia de autores de pensamiento tendiente al espectro de la izquierda política entre los miembros de la «Generación del cuarenta», como los ya citados en Rojas y Ovares (2018) Adolfo Herrera García, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez. Considera que, si se leen detenidamente, *Mamita Yunai* (1941) de Fallas o *Puerto Limón* (1950) de Gutiérrez, se puede observar una ruptura con la tradición literaria nacional pretérita al presentar perspectivas más modernas (1979: 44-45).

Sobre *Juan Varela* (1939), de Herrera García, cita que es la primera novela de tema agrario que trata las problemáticas sociales del modelo de tenencia de tierras en Costa Rica. El personaje homónimo es el primero de una serie de figuras despojadas dentro de la literatura nacional. A su vez, *Mamita Yunai* es considerada por el crítico como la otra novela inaugural de la generación, la cual trasciende como una forma de manifiesto político, con repercusión mundial (Valdeperas, 1979: 49-50).

El investigador argumenta que la generación «sólo desarrolla una temática común, con un género común, y a través de una visión común, proletaria y socialista, del mundo y el país» (Valdeperas, 1979: 52). Como excepcionalidades concretas, Valdeperas señala a José Marín Cañas (1904-1980) y a la ya citada Yolanda Oreamuno. Solo se explaya al abordar al primero. Señala su poética como una opuesta a la de sus congéneres, que se basa en el «arte por el arte», a pesar de que *Pedro Arnáez* (1942) es una novela con cierto componente social. En resumen, lo considera un texto reaccionario a las propuestas de sus colegas, más cercano al existencialismo, además de contar con una estructura que lo empareja con la literatura europea (Valdeperas, 1979: 53-54).

Así, se puede comprobar que la novela *Sacrilegio*, al igual que las mencionadas por Valdeperas, es un texto de denuncia social, sin embargo, no representa una ruptura real con la tradición literaria, esto porque bebe de estéticas pretéritas en demasía, como lo señalaron y criticaron duramente muchos de los contemporáneos del texto en su momento, que lo condenaron al ostracismo, con lo cual carece siquiera de una difusión local. De hecho, no es

una novela que alcance un alto nivel entre otras de su clase, por lo cual tampoco se le considera como una excepción valiosa a la regla. Incluso, en cuanto al tema ideológico, en ningún caso se puede considerar la novela de Rosalía de Segura como un texto de alta carga política, ni mucho menos como una muestra de literatura proletaria o socialista, con lo cual queda fuera del reflector que cubrió de gloria a la consagrada «Generación del cuarenta».

Seguidamente, se tiene el análisis de Duncan, González, Jiménez y Mora. También como Rojas y Ovares (2018) y Valdeperas (1979) toman a *Juan Varela* de Herrera García como punto de inflexión. Consideran su publicación como el inicio de una corriente reformista que toma como objeto de su crítica la totalidad del sistema, pues el protagonista es un hombre normal que se ve afectado por lacras del medio en el cual debe desarrollarse. Concuerdan con las posiciones ya expuestas al afirmar que el conflicto social será el eje sobre el cual se teje la literatura de la época (1995: 76-77).

Aunque estos críticos rescatan la intencionalidad de cambio para una sociedad más equitativa presente en los escritores del momento, no dudan en señalar el racismo que se desprende de las páginas de los textos al presentar personajes principales caucásicos, rodeados de personajes secundarios con nombres estereotípicos que remarcan alguna característica física y que se comportan de forma ridícula, a los cuales el narrador procede a infantilizar. Los no-blancos son retratados como incapaces de defender sus causas y ceden la lucha a otros (Duncan *et al*., 1995: 80-81). Sobre la estilística, los investigadores dictaminan que el lenguaje popular es el predilecto en las narraciones, las cuales también gozan de una ambientación prácticamente total en el campo. Las pocas ocasiones en las cuales se retrata la ciudad, esta aparece generalmente como algo negativo (Duncan *et al*., 1995: 84).

De acuerdo con la exposición anterior, en *Sacrilegio* también se puede apreciar un sistema contra el cual la novela se levanta. En este caso es el patriarcal, que envuelve a la mujer, ante el cual la protagonista Elena se rebela, como se verá más adelante en el análisis. Este personaje toma la palabra para defender a otras mujeres más débiles que se ven afectadas por la violencia sexista, e incluso cuando es menester demuestra ser una mujer de armas tomar y recurre a la autodefensa.

Empero, se podría considerar que hay un subtexto problemático, puesto que, así como otros protagonistas de los textos de la época, es un sujeto que proviene de una familia

adinerada y mantiene su posición de poder a pesar de enviudar. Tiene la posibilidad de realizar la defensa y denuncia debido a su privilegio social. Y, con respecto a la estilística, la novela de Rosalía de Segura sí parece apartarse de la tónica, al volcarse por un lenguaje culto y preciosista alejado del vulgo, esto como parte de la estética elegida por la autora para representar su narración. Sin embargo, comparte la visión de la época de considerar la ciudad como algo que puede ser nocivo para el ser humano, como sucede en la novela con la situación del hijo Arturo y su perdición ético-moral en París.

Por último, Quesada Soto señala que el cuestionamiento de los estereotipos tradicionales con respecto a la identidad y realidad costarricense es un rasgo general entre la narrativa de la década de 1940. Esto porque, con base en una especie de tópico del viaje o ruta, presente en Joaquín Gutiérrez, Yolanda Oreamuno y en ciertos textos de Fabián Dobles, una realidad desconocida provoca un cambio en los personajes de las novelas que, inicialmente sujetos enmarcados en un contexto represivo, los hace desplazarse hacia un nuevo estado, por ejemplo, de inocencia a madurez o de falsedad a una vida auténtica. Esto generalmente se da por la comprensión de una necesidad por subvertir un problemático orden social, construido a partir de estructuras, configuraciones de pensamiento y relaciones de poder que condicionan a las personas (2010: 9-10).

Con base en lo indicado, se puede comprender la naturaleza de Elena como protagonista de *Sacrilegio* dentro de la muestra narrativa de los cuarenta, esto porque se enfrenta a distintos acontecimientos que la hacen evolucionar. Encuadrada en una sociedad patriarcal, la muerte del marido la afecta profundamente, pero logra sobrellevarla con el apoyo de distintos personajes del ámbito familiar. Luego, los giros de la vida la hacen ser una terrateniente y el principal evento traumático en su vida desemboca en su transformación al elegir la vía de la defensa, aunque ello conlleve la pérdida definitiva de la capacidad de «mirar con inocencia» y la ruptura absoluta de la prototípica relación de amor entre madre e hijo. Aunque no se explicite, su conducta y defensa de la mujer desprotegida y vulnerada a lo largo de la novela hacen de Elena una precursora que transmite de manera connotada un discurso feminista que viene a ser una posibilidad dentro de la construcción de una sociedad cambiante conformada por diferentes ideologías novedosas para ese entonces.

Otra característica de esta literatura es la separación del discurso literario tradicional. Esto porque añade formas de discurso social o muestras de géneros extraliterarios como testimonio, documentación variada, crónica o reportaje periodístico, así como relato oral, con el fin de contrarrestar la imagen prototípica de la literatura como arte que se ubica en un ámbito diferenciado de lo «bello» o «poético» (Quesada Soto, 2010: 16). Además, en cuanto al narrador, se indica que es la única voz garante de la verdad, con la autorización para dar el sentido del texto, lo cual limita al lector a una posición pasiva de ser persuadido y ser objeto en el cual se deposita una verdad y significado previamente delineados (Quesada Soto, 2010: 17-18).

Estos factores también se presentan en la novela *Sacrilegio*. Con respecto a la introducción de discursos ajenos al netamente literario, a pesar de su estilo mayoritariamente cuidado y preciosista, esto se da, por ejemplo, en el momento de presentar las noticias de los diarios que informan sobre la ofensiva de la Alemania nazi y del expansionismo de los gobiernos autoritarios de la época en general. Por otro lado, el caso de la narración también encaja con lo propuesto sobre la literatura de los cuarenta, puesto que, ultimadamente, la exposición de los hechos durante el juicio hacia el final de la novela se da con un afán de moraleja, para develar una situación atroz que no debe quedar relegada al olvido, sino exhibirse en todo su horror para evitar que algo así pueda suceder, con lo cual el lector recibe una lección moralista a través del texto.

1.7. La censura eclesial sobre *Sacrilegio* (1944)

1.7.1. La Iglesia católica en Costa Rica durante la década de 1940

Con el fin de comprender el panorama en el cual aparece la novela en estudio, además del rol social de la Iglesia católica, se procede a realizar una contextualización sucinta de la década de 1940 en Costa Rica, sobre todo en lo concerniente a los aspectos sociopolíticos de la época. En esta ocasión, se recurre principalmente a la tesis doctoral de David Gustavo Díaz Arias, titulada *Social Crises and Struggling Memories: Populism, Popular Mobilization, Violence, and Memories of Civil War in Costa Rica, 1940-1948*

(2009). En esta investigación, se describe el ámbito en el cual se desarrolla durante el primer lustro de la década un movimiento reformista que tiene como actores al Estado, a la Iglesia católica y al movimiento comunista, dentro del cual se da la publicación del texto en estudio en 1944.

En primer lugar, se debe introducir la figura del doctor Rafael Ángel Calderón Guardia. Fue hijo de un médico católico, Rafael Calderón Muñoz, quien luchaba por reintroducir la materia de religión dentro del currículo de la educación pública del país. Calderón fue un político conservador de renombre durante la época. Cuando estudió en la Universidad de Louvain en Bélgica, se encontró con ideales progresistas católicos que lo influirían como político. Además, ya en el país, ganó fama de filántropo gracias a que, en apariencia, atendía a los más necesitados sin solicitar una paga, o incluso les daba dinero para comprar las medicinas necesarias (Díaz Arias, 2009: 29-30). Este aprecio del pueblo también podría tener sus raíces en la religiosidad costarricense, ya que existía cierta noción de la capacidad de los médicos de obrar por la gracia divina. De esta forma, se entiende la creencia popular de la santidad del doctor Moreno Cañas, del cual se pudo haber valido Calderón Guardia para configurar su imagen como allegado a los pobres. Este relato que se creó entorno a los galenos fue respaldado por el apoyo que les dieron los comunistas, quienes consideraban menester erigir un monumento a la memoria de Moreno Cañas en 1938 y celebraron su memoria en los primeros años de la década siguiente (Díaz Arias, 2009: 31-32).

No obstante, el Partido Comunista de Costa Rica (PCCR) consideró a Calderón Guardia como un simple aristócrata más, al cual tildó de aliado del nazismo, fascismo y falangismo. Todo esto se derivó de su pertenencia a un ala conservadora del Partido Republicano Nacional (PRN), que se catalogó como reaccionaria ante el grupo liberalista. La preocupación de diversos políticos hizo que se promulgara la candidatura de Ricardo Jiménez en 1939 para enfrentarse al doctor Calderón Guardia, aunque el esfuerzo fue en vano por la victoria del médico. Incluso, Jiménez aseguró en 1942 que se postuló para detener la «tiranía católica» que se impondría en el país, esto por las apreciaciones sobre el grupo conservador del PRN que apoyaba al franquismo en detrimento de los republicanos en España (Díaz Arias, 2009: 33-34). Estos aspectos ya dejan ver que el discurso católico era muy popular en el momento, pero no estaba carente de detractores que temían una

imposición de valoraciones cristianas al pueblo sobre diferentes temas a través de la política.

La imagen que se quería dar al nuevo presidente Calderón Guardia era la de un caudillo. Esto se generó desde la campaña política en 1939, cuando durante la propaganda electoral los propios calderonistas lo asociaron al renacimiento de una nueva nación, que se apartara de los viejos liberales políticos y pudiera sobrevivir independientemente (Díaz Arias, 2009: 41). Empero, durante los debates y discusiones antes de las votaciones no se abordó el tópico de las problemáticas sociales ni el rol que podría tener la Iglesia católica en el gobierno, a pesar de que ya se tenían trazados planes al respecto. Iván Molina argumenta que es probable que se omitiera el tema por temor a una confrontación argumentativa con los comunistas, quienes podrían sacar ventaja debido a su amplio conocimiento del tema social (Díaz Arias, 2009: 47-48).

Con ocasión del traspaso de poderes del 8 de mayo de 1940, Calderón Guardia reafirmó su vínculo con el catolicismo social como columna de su ideología política por medio de la citación de documentos que salieron de las plumas de los papas León XIII y Pío XI, que se referían a la resolución de los conflictos de la humanidad (Díaz Arias, 2009: 50). Sumado a esto, entre sus consignas de trabajo estaban la redención del proletariado, la mejora económica, la moral y la elevación de la cultura de las clases trabajadoras (Díaz Arias, 2009: 55).

Varias de sus propuestas se volvieron realidad por medio del reformismo, entre las cuales se destacaron la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS), la introducción de las Garantías Sociales en la Constitución, que sirvió para hacer respetar legislación laboral que los patronos no acataban, como el derecho al trabajo, a limitar la jornada, a formar sindicatos, a la huelga, al seguro médico y a la creación de tribunales de trabajo. Todo esto se ratificó en 1943, año en el cual también fue aprobado el Código de Trabajo. Estas acciones favorecieron un acercamiento entre el gobierno y el comunismo, pues estos últimos no esperaban enmiendas legislativas de tal magnitud y solo les quedó apoyar el movimiento para no desaparecer del ojo público (Díaz Arias, 2009: 61-62). Ante todo, la narrativa que se construyó desde la oficialidad recalcó que el Calderonismo reformaba con base en la ideología social católica, lo cual hizo que se distanciara de

cualquier línea de pensamiento enmarcada en el marxismo-comunismo (Díaz Arias, 2009: 65).

En este engranaje político, aún faltaría la introducción de la Iglesia católica. Esta se articuló en el modelo gracias a la figura del arzobispo de la capital, monseñor Víctor Manuel Sanabria (1898-1952), nombrado en el cargo entre marzo y abril de 1940, muy próximo a la entrada en poder de Calderón Guardia. La preocupación por la cuestión social a nivel costarricense se había exacerbado desde la década anterior de 1930, con gran cantidad de religiosos y laicos que se preocuparon por la cada vez mayor demanda de los grupos populares por la atención de problemáticas como el desempleo, la inflación y el bajo sueldo que no permitía solventar las necesidades básicas. La vía por la cual estas situaciones se debían resolver era la institucionalidad democrática para evitar cualquier tipo de refriega interna. Esto no resulta novedoso, puesto que, el segundo obispo en la historia de Costa Rica desde 1880 hasta 1901, el alemán Bernardo Augusto Thiel (1850-1901), ya en 1893 había publicado una carta pastoral muy reveladora desde su propio título: «Sobre el justo salario de los jornaleros y artesanos y otros puntos de actualidad que se relacionan con la situación de los destituidos de bienes de fortuna» (Molina Jiménez, 2006a: 158-159).

La fundación del Partido Comunista en 1931 removió profundamente a los clérigos y políticos católicos, que temieron que descuidos con respecto al ámbito de las preocupaciones sociales en ese contexto de crisis económica mundial pudieran provocar un descalabro electoral que permitiera a alguna de las organizaciones incongruentes con el dogma católico acceder a una posición de poder. Así, la reacción de estos sujetos fue la de promulgar un discurso con dos vertientes: 1) Defender la necesidad de excluir a los comunistas de las elecciones. 2) Desmentir que Costa Rica sufriera de una pobreza extrema. Cuando el Partido Comunista se afianzó finalmente, los clérigos introdujeron el catolicismo social como respuesta, lo cual les granjeó grandes réditos (Molina Jiménez, 2006a: 161).

En la década de 1940, era normal y aceptado por ley que los clérigos participasen en las campañas, recomendaran a los fieles a votar por un determinado partido e incluso que ocuparan cargos en el congreso gracias a que el Calderonismo inició su propuesta reformista con la derogación de ciertas leyes anticlericales que los liberales habían impuesto a finales del siglo XIX (Molina Jiménez, 2006b: 139); sin embargo, los

calderonistas quisieron que la Iglesia católica tuviera un rol social más relevante. El arzobispado inició la divulgación de homilías en favor de la cuestión social, en las que se establecía que las propuestas católicas eran las únicas aplicables en la sociedad para lograr mejores condiciones de vida, en detrimento de las opciones promulgadas por el comunismo. Por ello, se citaban encíclicas como la *Rerum Novarum* (1891) y la *Quadragessimo Anno* (1931). Eso sí, se indicaba que estos planteamientos necesitaban de la ayuda de los gobernantes para cumplirse, además del beneplácito de los trabajadores, los empleadores y los ricos. Con esto, se exponía la relación entre la autoridad estatal calderonista y el aparato eclesial para el cambio en la sociedad costarricense (Díaz Arias, 2009: 79-80).

El apoyo explícito de la Iglesia hacia el movimiento reformista social quedó demostrado en una *Carta Pastoral* de 1941 denominada «Sobre el Justo Salario», en la cual se legitimaba la intervención del gobierno en temas económicos y se alegraba de la determinación de Calderón Guardia de trabajar con una legislación basada en las enseñanzas del catolicismo. A su vez, esta intervención generó mensajes positivos en los medios de publicación católicos más importantes del momento: el *Eco Católico* y *El Mensajero del Clero*. Asimismo, en 1942, tras la aprobación de las primeras leyes de bienestar social, Sanabria aseguró que el sistema eclesial difundiría los datos necesarios para la comprensión de la reforma entre el pueblo (Díaz Arias, 2009: 83-84).

El acercamiento del arzobispado con el gobierno fue palpable en una carta que le dirigió Sanabria al *Doctor*, en la cual lo felicitaba tanto por sus alcances gubernamentales, como por plasmar en la legislación la voluntad de la Iglesia en lo referente a la cuestión social. Empero, existió oposición de varios sacerdotes al régimen calderonista, quienes criticaban el proceder de monseñor Sanabria. De hecho, existieron ataques hacia clérigos y obispos, a quienes se tachó de zurdos y comunistas (Díaz Arias, 2009: 85-86).

Como bien apunta Sandí, todo este involucramiento de la Iglesia católica en la cuestión sociopolítica costarricense no era algo extraño o novedoso. Incluso, esta institución colaboró con los gobiernos liberales del siglo XIX cuando así se lo solicitaron. En el marco de la creación del Estado-nación de Costa Rica, saltaron sus diferencias con los gobernantes para promulgar un respeto absoluto por el poder civil. Aunado a esto, el clero difundió, con el beneplácito de la autoridad gubernamental, diversos valores que

conformaban un ideal de ciudadano nacional, entre ellos el patriotismo, el acatamiento del marco jurídico, la sumisión a los gobernantes, el enaltecimiento de la riqueza y la educación, la importancia de la salud pública y el respeto a la propia Iglesia católica, todos necesarios para cualquier persona que quisiera ser considerada como costarricense (2013: 6).

Como los sacerdotes se encontraban dispersos a lo largo y ancho del territorio costarricense, fueron elegidos para roles en «juntas edificadoras de hospitales, escuelas, caminos o nuevas zonas de colonización; así como también, en la difusión de medidas civiles, militares, educacionales e higiénicas que el Estado determinó» (Sandí, 2013: 9). A través de estos clérigos, se logró un control de la ciudadanía en cuanto al aspecto conductual e ideológico que era funcional a las élites con poder sobre la sociedad, pues «un buen costarricense amante del orden y el progreso era un buen cristiano católico» (Sandí, 2013: 13-14).

En casos extremos, como en la Campaña Nacional de 1856, el discurso eclesial giró instrucciones sobre el rol de cada persona en medio de la inminencia bélica. Se hizo una caracterización del soldado costarricense como defensor de su patria debido a que no existía ninguna otra vía para ello, se habían agotado los recursos para evitar la conflagración. A diferencia del enemigo foráneo, no se trataba de un invasor asesino, sino de un valiente promotor del orden establecido en la sociedad local (Sandí, 2013: 17-18). Todo individuo que se negaba a entrar directamente en las líneas de conflicto o que no estaba dispuesto a financiar el ejército caía en la clasificación marginal de «antipatriota […] no costarricense-católico» (Sandí, 2013: 27).

Un caso concreto en el cual se explicita este marco axiológico se dio en 1894, cuando se presentó un intento de magnicidio en contra del recién electo presidente Rafael Iglesias Castro (1861-1924), ante lo cual la Iglesia católica dictaminó la forma en la cual los ciudadanos debían comportarse: de manera pacífica, inteligente, ordenada y respetuosa de la ley. Resulta muy revelador que, ante el inminente estallido de violencia, Monseñor Augusto Thiel no dudó en legitimar al gobierno, a pesar de que existió un fraude electoral comprobado en contra del Partido Unión Católica y se dieron otros actos en detrimento de la democracia (Sandí, 2013: 7).

Este desarrollo histórico fue muy funcional a la Iglesia católica, puesto que alcanzó «crear un ideario de costarricense funcional a su doctrina» (Sandí, 2013: 31). Muestra de ello es que, ya entrado el siglo XX, se aprecia que «tanto los liberales, como la Iglesia y el movimiento de mujeres, compartían en términos generales una concepción común acerca del papel de la familia, el matrimonio y los roles tradicionales de género» (Rodríguez Sáenz, 2003: 9). El modelo por seguir dictaminó al varón como cabeza del hogar, proveedor económico de una esposa subyugada en dependencia, la cual estaba destinada al mantenimiento doméstico y a la maternidad (Rodríguez Sáenz, 2003: 10).

Muestra de la conformidad de la Iglesia católica con esto se puede ejemplificar con un hecho significativo de 1927. El sacerdote Valenciano, encargado de la parroquia capitalina de La Merced, otorgó una medalla de oro a las madres feligreses con más de seis hijos, de lo cual se hizo eco en el diario *La Nueva Prensa* del 8 de enero. Una condecoración así hace ver un método que usó la Iglesia católica para robustecer su ya extendido, para aquel entonces, control sobre la sociedad. Fue un impulso a la vida familiar, a la cual estaba llamada la mujer. Este refuerzo de valores tradicionales caló en diversos ámbitos, pues por la misma época se inició la discusión sobre establecer un día para honrar a las madres (Mora Carvajal, 2003: 185-186).

La Iglesia católica también se consideró con la potestad necesaria como para delimitar las normas a seguir en cuanto a la moda femenina. El 14 de abril de 1929 difundieron en un aviso parroquial la prohibición entre la feligresía de los escotes pronunciados, de toda falda que no cubriera la mitad de las piernas, de los vestidos que no cubrieran prácticamente todo el brazo y de cualquier tela que se ajustara exageradamente al cuerpo o fuera muy ligera (Rodríguez Sáenz, 2003: 30).

De vuelta con la contextualización de la década de los cuarenta, en julio de 1942 sucedió el ataque a un bote en Puerto Limón por parte de un submarino alemán, con un saldo de 24 muertos. Este suceso se enmarcaba cercano a la aprobación de las Garantías Sociales, en medio de los discursos de acercamiento entre calderonistas y comunistas que promovieron el antifascismo entre la población (Díaz Arias, 2009: 92). Durante una marcha del 4 de julio, que condenaba los actos bélicos, se dieron actos de vandalismo e intentos de saqueos a locales de dueños alemanes, españoles e italianos, con lo cual más de cien infraestructuras sufrieron daños (Díaz Arias, 2009: 95-96). Sin embargo, la furia de la

población involucrada no solo era por un nacionalismo exacerbado, sino que también se debía a la crisis económica que golpeaba al mundo por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial (Díaz Arias, 2009: 101-102). De hecho, también el arzobispo Sanabria comentó sobre los hechos, ya que en un artículo denunció el ataque con piedras tanto al colegio como al templo Los Ángeles, pertenecientes a la Iglesia católica, pero administrados por personas favorables al falangismo y franquismo (Díaz Arias, 2009: 106-107). De esta forma, se puede observar la potestad del líder religioso al reprender al pueblo, por medio de elevar su voz en la prensa local.

El mayor acto simbólico de la alianza entre gobierno y comunistas se dio en el desfile del Día del Trabajador del 1 de mayo de 1943, en el cual marcharon conjuntamente el presidente Calderón Guardia y los miembros del PCCR, en medio de la algarabía del público. Por ello, la oposición se valió del acercamiento para señalar peyorativamente al movimiento como *calderocomunista*, aunque la autoridad siempre recalcara que la reforma se basaba en las enseñanzas de la Iglesia católica. Frente a este panorama, se necesitaba un cambio que se efectuó por medio de la disolución del Partido Comunista de Costa Rica de cara a las elecciones de 1944 (Díaz Arias, 2009: 120).

En su lugar, apareció el Partido Vanguardia Popular (PVP), el cual permitía que, por medio de la separación de ideologías socialistas más radicales, los fieles católicos pudieran integrarse a sus filas, como lo atestiguó el beneplácito de monseñor Sanabria el 14 de junio ante las consultas de Manuel Mora (1909-1994) sobre el tema en una correspondencia. Allí, se establecía que el recién fundado partido no iba en contra de la doctrina fundamental del catolicismo, lo que abrió la posibilidad de una integración voluntaria a este y ayudó a la unificación entre PRN-PVP en setiembre de ese mismo año (Díaz Arias, 2009: 121-122). Se aprecia el valor de la institución religiosa, que antes vedaba la pertenencia a la ideología de extrema izquierda, pero puede variar su criterio y ahora permitir a sus seguidores la incorporación a un partido que se reforma en búsqueda de la aprobación católica. Esto último destaca la vigencia que ostentaba la fe cristiana entre la población costarricense en la época.

Todo esto fue observado desde la oposición como una jugada sucia para justificar la asociación entre dos partes históricamente incompatibles como lo eran el aparato eclesial y el comunista, lo que provocó una fuerte reacción en el seno de la Iglesia de diferentes

sacerdotes. Debido a esto, el arzobispo debía dar una respuesta a sus críticos y les reveló que la Iglesia tenía planes de hacer un sindicato para minar el poder de los comunistas entre la población creyente proletaria. Esto se tradujo en la creación de la *Confederación Costarricense de Trabajadores Rerum Novarum* (CCTRN), a cargo del presbítero Benjamín Núñez (1915-1994), para luchar en contra de la miseria y así, restar importancia al comunismo nacional (Díaz Arias, 2009: 123-124). De esta manera, se tiene que la Iglesia indagó en formas de apartar del ojo público a las instituciones socialistas del país, con el fin de sobreponerse a ellas y tomar la batuta en materia de bienestar de la población. La censura, tanto en su acepción de invisibilizar como de crítica, busca remplazar el objeto al que se aplica con algo nuevo, situación análoga al presente caso político.

Más adelante, en mayo de 1943 el gobierno intentó fallidamente variar la ley electoral por medio de una propuesta para que el Consejo Electoral fuera el único que contara los votos y no que las Juntas Populares también lo hiciesen. Esto fue muy criticado al considerarse un intento de acaparar el poder por medio del dominio del proceso de elecciones, por lo cual también fue considerado negativamente por los ministros y la Iglesia católica (Díaz Arias, 2009: 157); lo que ratifica el rol de la institución religiosa como agente social, que puede señalar no solo acciones del pueblo, sino incluso criticar a la autoridad política del momento.

No obstante, el 15 de setiembre de 1943 la Iglesia católica nuevamente se hizo presente en la manifestación de apoyo al nuevo Código de Trabajo en conjunto con Rafael Ángel Calderón Guardia, Manuel Mora y el futuro candidato oficialista y comunista, don Teodoro Picado Michalski (1900-1960). Tras esto, el 22 de setiembre, los partidos Republicano Nacional y Vanguardia Popular oficializaron su pacto con la alianza política denominada Bloque de la Victoria, con lo cual la Iglesia mantenía su soporte explícito a la causa del gobierno oficialista en complicidad con el partido de izquierda a pesar de las críticas de sectores y sacerdotes muy conservadores. El arzobispo Sanabria se defendió con el argumento de que solamente el Vaticano podía censurarlo. Elevó el caso a la Santa Sede y, como era esperable, la institución lo respaldó en su accionar. La mayor victoria fue, sin lugar a duda, la derogación de las ya mencionadas leyes liberales, fruto que justificaba de gran manera las acciones y posiciones del principal representante de la Iglesia católica costarricense (Molina Jiménez, 2006b: 140-141).

Muchos costarricenses visualizaron la elección de 1944 como un robo que despojó del poder al contrincante del oficialismo, el expresidente Cortés, al que se catalogó de verdadero ganador ante un usurpador, el respaldado por Calderón, Teodoro Picado (Díaz Arias, 2009: 194). Posteriormente, en 1946 e inicios de 1947, el Partido Vanguardia Popular buscó una separación del Calderonismo porque este último grupo crecía con la incorporación de capitalistas y poderosos, ante lo cual los comunistas dejaron de apoyar incondicionalmente a Calderón Guardia y su futura candidatura para las elecciones de 1948 (Díaz Arias, 2009: 198). Por último, los movimientos sindicales católicos se unieron a las críticas al gobierno de Picado, a quien tachaban de comunista (Díaz Arias, 2009: 200). Esta combinación de factores muestra que el oficialismo estaba siendo menoscabado a la vista del pueblo por diversos agentes políticos, entre ellos aparatos ligados a la Iglesia por la división interna ya señalada con respecto a la interpretación sobre los comunistas en la sociedad costarricense.

Las rupturas se destacaban dentro de los movimientos sindicalistas, ya que los católicos crecían en poder por incorporación de gran cantidad de trabajadores creyentes, mientras los sindicatos comunistas los denunciaban como favorables al capitalismo. La ruptura definitiva se dio cuando el líder sindical católico, el ya citado presbítero Benjamín Núñez, se reunió en abril de 1945 con unos empresarios en la embajada de Estados Unidos y estos le solicitaron desfilar por separado de los comunistas durante el Día del Trabajador a cambio de diez mil colones, el pago de las deudas del sindicato y un subsidio de mil setecientos cincuenta colones por mes para el colectivo. Al final, se dio la separación en la marcha, lo cual fue repudiado por el arzobispo Sanabria (Díaz Arias, 2009: 201-202). La situación se tornó verdaderamente crítica.

Luego, se dieron las votaciones presidenciales del 8 de febrero de 1948. Los rumores promulgaban al candidato Otilio Ulate (1891-1973) como el ganador. Su contrincante, el expresidente Calderón Guardia, se preparaba para hacer un discurso de derrota, pero sus allegados lo convencieron de que se había cometido fraude. Esta versión fue respaldada por Manuel Mora, quien aseguraba que los miembros de PVP detectaron la falta de nombres en las listas de electores. Carlos Luis Fallas, famoso escritor de ideología comunista, se unió a Mora y a los calderonistas en la capital para protestar el 9 de febrero bajo el grito: «¡Queremos votar!». Las sospechas se fundaban en que los miembros del

Tribunal Electoral que se identificaban con la oposición alteraron los sitios de votación de reconocidos comunistas y calderonistas, a quienes los ubicaron en otros pueblos para que no pudieran ejercer su derecho. Mientras tanto, la Iglesia católica trató de reconciliar a los ulatistas, calderonistas y vanguardistas (Díaz Arias, 2009: 241-242), por lo cual asumió un papel de mediadora entre los sujetos políticos, hecho que ratificó su importancia en la configuración de la nación.

Conjuntamente, los opositores en el congreso consideraban que invalidar el resultado sería un golpe de estado, mas la mayoría votó a favor de que se anulara la elección. Mientras tanto, los líderes de la oposición estaban reunidos en la casa del doctor Carlos Luis Valverde. La policía llegó de improviso porque se tenían sospechas de que se iniciaría una lucha armada en cuanto se revocara la votación. Desde la casa se lanzaron disparos que mataron a dos policías. Estos respondieron e hirieron al citado médico, quien murió días después en el Hospital San Juan de Dios. Por su parte, Otilio Ulate logró huir por la casa de un vecino, pero fue encarcelado. Picado ordenó su liberación, y este se refugió en el Palacio Arzobispal. Sanabria también programó una reunión entre ulatistas y calderonistas para resolver la situación política, pero ello resultó infructuoso (Díaz Arias, 2009: 244). Mientras tanto, en febrero de 1948 varios seguidores de Otilio Ulate llegaron a la finca La Lucha, de José Figueres Ferrer. Muchos eran terroristas y autores intelectuales de diversos ataques perpetrados en 1947. El 12 de marzo de 1948, los figueristas declararon la «Guerra de Liberación Nacional», que se dividió en cuatro fases: 1) Batallas entre revolucionarios y tropas gubernamentales; 2) Negociaciones de paz y continuación de las riñas; 3) Toma por parte de los figueristas de Cartago y Limón; 4) Tratados de paz entre las partes (Díaz Arias, 2009: 247-248).

El 3 de abril, el arzobispo Víctor Manuel Sanabria se reunió con José Figueres en nombre del gobierno para alcanzar la paz. El capellán de los revolucionarios era el presbítero Benjamín Núñez, quien aseguró que los golpistas se rieron del ofrecimiento y Figueres Ferrer rechazó la propuesta, que consistía en que Otilio Ulate renunciara a la presidencia en favor de un tercero, un reconocido calderonista llamado Julio César Ovares, quien gobernaría dos años y programaría nuevas elecciones. Luego, José Figueres Ferrer afirmó que no solo luchaba por el gobierno de Ulate, sino por crear una nueva Costa Rica,

por lo cual devolvió a Sanabria con las manos vacías a la capital ante la molestia de Ulate (Díaz Arias, 2009: 258-259).

Nuevas negociaciones se sucedieron en el mes de abril, las cuales incluyeron a Manuel Mora, Benjamín Núñez, Picado, Calderón Guardia y Figueres. La guerra finalizó y el 1 de mayo Otilio Ulate cedió el poder a Figueres Ferrer durante 18 meses, quien gobernó con un único poder del Estado a través de la Junta Fundadora de la Segunda República (Díaz Arias, 2009: 271-272). Aquí, se aprecia que la Iglesia interfiere en el plano político a través de sus representantes. Empero, hay posiciones encontradas, entre un Sanabria que quiso resolver la situación al fomentar el dialogo y un Benjamín Núñez advocado a la causa figuerista. Incluso, la Iglesia católica resultó problemática para la mencionada Junta. En la misa por la inauguración de la Asamblea Constituyente, organizada por el obispo Alfredo Hidalgo en la Catedral Nacional, este criticó el odio y la represión en contra de los opositores de Figueres, al mencionar a las viudas, los huérfanos y la sangre derramada en las contiendas. Mientras se proclamaba la homilía, uno a uno los juntistas se retiraron del templo y exigieron un castigo ejemplar por parte del arzobispo Sanabria. Este respondió que no podía hacerlo porque ambos tenían la misma moral cristiana. Meses después, la Junta trató de quitar del cargo a Víctor Manuel Sanabria al entablar conversaciones con Roma, hecho que descubrió el arzobispo y denunció a los medios, con lo cual se detuvo el proceso. Finalmente, Figueres y compañía se cansaron de la oposición conservadora que se había generado y procedieron a ceder el poder a Ulate, lo cual se dio el 8 de noviembre de 1949, según lo acordado (Díaz Arias, 2009: 311-312). Nuevamente, se aprecia la considerable jurisdicción sociopolítica que ostenta la Iglesia al considerarse como participante dentro de los actos protocolarios del nuevo congreso, en los cuales alza su voz en contra de la barbarie de la guerra fratricida recién librada, con lo que se crispan los ánimos y se dan encontronazos con la oficialidad.

Después de esta recapitulación, se puede observar el poder que ostentaba la Iglesia en dicha década, sobre todo por su alianza con el gobierno que le dio dividendos con la eliminación de leyes anticlericales que se remontaban a las décadas finales del siglo XIX durante gobiernos liberales. Conjuntamente, se destaca su rol preponderante con el impulso de las reformas sociales en favor de la población costarricense y principalmente de los proletarios, con la aprobación del acápite de Garantías Sociales en la Constitución Política,

la creación de una institución de seguridad pública como la Caja Costarricense de Seguro Social, y primordialmente la creación del Código de Trabajo.

Aunado a esto, se vio una apertura hacia el grupo comunista, lo cual le granjeó enemigos a lo interno y externo de su dominio. Más adelante, actuó como institución mediadora en las negociaciones entre las fuerzas enfrentadas por la desestabilización política que derivó en la Guerra Civil de 1948. Empero, la fuerte posición anticomunista de la clerecía costarricense entre 1931 y 1941, que por el entramado sociopolítico y la labor del arzobispo Víctor Manuel Sanabria se suavizó de 1942 a 1944, pervivió hasta el punto de que el posterior sindicalismo católico encabezado por Benjamín Núñez se alineó con Figueres Ferrer, lo cual provocó que el catolicismo social vertiginoso de la época desapareciera por completo tras el enfrentamiento bélico (Molina Jiménez, 2006b: 144). En resumen, se puede concluir que el aparato eclesial durante dicho momento histórico tuvo un gran poder sociopolítico, además de vasta influencia en la opinión pública del pueblo, por lo que se comprende su capacidad censora en la época.

1.7.2. Aproximaciones a la censura de **Sacrilegio** *(1944), de Rosalía de Segura*

Para Botto, el valor intrínseco de un texto es objetable. Su condición varía de época en época, esto de acuerdo con lo que la cultura demande. Esto quiere decir que un texto debe cumplir con ciertas funciones en la sociedad para considerarse canónico. Los criterios de selección son variopintos, pues no solo entra lo estético en juego, sino también lo temático, lo moral, lo económico; en resumen, lo ideológico (2009: 120-121). De esta forma, se puede comprender la importancia de traer a colación una novela como *Sacrilegio*, vituperada por un agente social de peso en una sociedad que no consideró ninguna valía en la novela con base en estos criterios.

Para Fowler: «Lo que causa una fuerte impresión al público en un momento, deja de interesarle en otro» (1988: 95), máxima que a la inversa se puede aplicar a la presente novela, con un menoscabo inicial que casi la lleva a su extinción, pero que al ser retomada resulta de una vigencia tal que ostenta potencial para generar acalorados debates sobre el sujeto femenino. Esto porque el canon se forja en la institucionalidad, a través de

imposiciones y conservaciones. De acuerdo con la hegemonía de un ente determinado, se puede afectar fuertemente la cultura de una sociedad dada (Botto, 2009: 122). Así como ahora, a través de la institución editorial del campo literario, se puede llevar al público este texto, en su momento una entidad más poderosa dictó que no se distribuyera entre las personas, la cual fue la Iglesia católica.

Como afirma en su blog Dyanne Meyer, la novela: «Es condenada por la Iglesia por su tema» (2 de febrero de 2011). Esto no es de extrañar, puesto que el canon alberga en sí mismo una función pedagógica. Lo que se lee se transmite de generación en generación. Por ejemplo, el canon bíblico demuestra un interés por la preservación de una doctrina cristiana que se enseña a la gente (Botto, 2009: 123). De un determinado canon se derivan ciertos valores y concepciones de mundo que pueden ser adoptados por el lector, hecho preocupante para ciertos actores sociales. Esto porque el canon se convierte en un estándar, lo cual facilita procesos de dominación (Botto, 2009: 124); en este caso, una de índole ideológica.

La autoridad política también vigilaba con recelo este campo ideológico, como lo demuestra el control que se hizo en la década de 1940 de la revista *Repertorio Americano*, ya que los gobiernos dictatoriales centroamericanos consideraron la difusión de periódicos, así como de libros y revistas, un hecho perjudicial para sus intereses al servir como medio para divulgar ideas y comentarios contrarios a los que buscaban transmitir estas autoridades entre la población. Por ello, optaron por cerrar las fronteras para evitar la circulación de dicha revista en sus respectivos dominios (Oliva Medina, 2021: 36-37). De esta manera, este fenómeno censor podría pasar desapercibido en el territorio costarricense debido a la pervivencia de una política democrática, pero, a pesar de disponer de otras modalidades, la Iglesia católica también decidió optar por la censura como en el presente caso.

Según el testimonio de la nieta de la escritora, la mexicana Dyanne Meyer, brindado a través de una conversación en la red social Instagram, la Iglesia censura el texto por su problemática central: el hijo enamorado de la madre. Debido a esto, durante la misa se exhortaba en las homilías a que se desistiera de la comercialización de la novela, tanto de su compra como de su venta (Meyer, comunicación personal, 6 de marzo de 2021). Asimismo, invitó a la intelectual a no tocar temas contra la moral en sus textos. Esto se lo dijo la propia Rosalía Muñoz Picado, mientras recalcaba la importancia social de lo que se

comentaba en la misa dominical para el pueblo capitalino de aquel entonces. Como consecuencia, varios establecimientos de libros no aceptaron el texto para colocarlo en venta. Únicamente, se logró su distribución en las oficinas de la propia escritora, lo que limitó inmensamente su alcance (Meyer, comunicación personal, 18 de marzo de 2021). Por ello, como señala Jiménez, es que el mercado y la industria del libro, como gigantes en el engranaje del movimiento del capital, resultan agentes que determinan «lo que debe leerse y cómo debe valorarse» (2001: 41). Por su parte, la academia literaria en su disciplina ejerce la interpretación. Mediante dicha práctica permite «despertar y estimular las formas de atención necesarias para que las obras literarias de valor no sucumban ante los embates del tiempo» (Jiménez, 2001: 36).

Como indica Dubois, la academia también excluye ciertas muestras del campo literario o las posiciona dentro de este en sitios al margen, con lo cual se configura la categoría de literaturas minoritarias. Estas pueden dar cuenta de distintos ámbitos sociales, pero están relegadas por una situación de represión desde la institucionalidad. Una subcategoría es la literatura proscrita, la cual es aquella que, a pesar de seguir los esquemas institucionalizados en torno a lo literario, sufre de censura por motivaciones de índole ideológica, con lo cual es eliminada de la esfera de la consagración (2014: 104-105).

Con base en lo anterior, se tiene que, para que se dé una proscripción literaria, tiene que existir una voluntad explícita por parte de un aparato institucional de rechazar un texto determinado, a su autor, o incluso a todo un movimiento. No obstante, en estos casos casi siempre ha seguido un proceso de reapreciación que reafirma la condición valiosa del texto dentro del campo literario. Asimismo, este proceso de censura es más fácilmente aplicable a ciertos sujetos sociales que históricamente han sido dominados, como la mujer (Dubois, 2014: 106-107). De acuerdo con ello, se puede apreciar la condición de literatura minoritaria de *Sacrilegio*, novela considerada marginal por la crítica literaria contemporánea del texto, que la menosprecia, así como también le calza el título de literatura proscrita, al ser una narración censurada por la institución de la Iglesia católica. Es hasta ahora, con el presente estudio, que se pueden brindar ciertas luces sobre los rasgos más valiosos a nivel discursivo del texto, el cual fue fácilmente denostado en su momento al ser de autoría femenina.

De esta manera, la crítica literaria resulta en una labor de promoción de lecturas. Es subjetiva ya desde la elección de su objeto, con lo cual inicia la canonización de cierta literatura que no agota su potencial de lecturas por parte del especialista y del lector en general. La crítica inicia una cadena de comentarios como respuesta, ya en acuerdo o en desacuerdo con lo afirmado por el intérprete. Este rodaje de visiones sobre el texto tiene como fin último evitar que un texto con méritos de cualquier índole caiga en el olvido (Jiménez, 2001: 36), situación de riesgo en la cual se encuentra la novela *Sacrilegio*. Esto sería realmente trágico al tratarse de un texto con una larga lucha editorial, así como con elementos atípicos en las letras centroamericanas, que permitirán replantear muchas de las afirmaciones sostenidas actualmente sobre la literatura regional.

Para comprender la censura, también se debe introducir otro término esencial para los propósitos planteados en esta ocasión, el de conservadurismo. Según Fermandois, esta ideología se puede resumir como una «*crítica de la crítica*, escepticismo y prevención frente a la alegre aceptación de lo nuevo» (destacado en el original, 1996: 5). Esto, a su vez, tiene como fin «la supervivencia de valores e instituciones en medio de las circunstancias cambiantes» (Fermandois, 1996: 26). Con base en esto, se puede apreciar que el texto de Rosalía de Segura atentó no solo contra el modelo estético predominante durante la década en la que se publica (como se apreció en el apartado respectivo), sino contra los valores de una sociedad costarricense muy conservadora en cuanto a la moral cristiana.

Un dato revelador al respecto se puede trazar hasta la encíclica *Quanta cura* (1864) del papa Pío IX (1792-1878), quien envuelto en las reformas liberales propias del siglo XIX denuncia los efectos nocivos de la prensa de dicho espectro ideológico sobre la sociedad. Por ello, solicita a los católicos del orbe que usen esos mismos medios para divulgar la doctrina cristiana (Castro y Soriano Salkjelsvik, 2021: 30). En medio de esta pugna ideológica se encuentra la familia, de interés tanto de conservadores como de liberales. Esto porque desde allí, a grandes rasgos, se cultiva el capital humano de la sociedad. Asimismo, se educa a sus integrantes en los ejes axiológicos y en la moral que ha de ostentar la comunidad, con lo cual se posiciona como una auténtica autoridad con mucho potencial dentro del marco de acción de los grupos de poder adscritos a ciertas formas de pensar (Castro y Soriano Salkjelsvik, 2021: 21-22).

Así, es en este contexto cuando surge la estética del costumbrismo durante el siglo XIX. La estela de dicha corriente se prolongaría mucho tiempo en las letras costarricenses y centroamericanas en general hasta muy entrado el siglo XX, como se puede comprobar al otear los textos tomados como canónicos en las diferentes historiografías especializadas de la región. La importancia del costumbrismo radica en que conlleva un fin en sí mismo: pedagógico. Como lo explican Soriano Salkjelsvik y Martínez-Pinzón, los lectores de la época comprenden a través de esta literatura que existe una jerarquización social que se debe respetar, así como una relación laboral dada. Aún más atinente a nuestro caso, también el público interioriza ciertos patrones, estereotipos y códigos relacionados con la etnia y el género. De esta manera, lograban posicionarse como ciudadanos de cierta comunidad, autoafirmando su condición mientras juzgan a los otros miembros de la sociedad en la cual se desenvuelven (2016: 14).

Con esto en mente, se puede inferir el especial interés que los distintos actantes sociales tenían sobre el arte y las manifestaciones culturales en general que consumían los ciudadanos. Claramente, la Iglesia católica también entró en acción para mediar como guía entre el capital cultural y los posibles seglares que pudieran consumirlo. Muy en línea con lo establecido por la ya citada encíclica del papa Pío IX, en toda la región surgieron publicaciones religiosas con el fin de ser guía para los laicos en medio del incierto panorama de los gobiernos liberales, situación que también se dio en Costa Rica.

De esta forma, aparecieron en la nación centroamericana publicaciones como *El Mensajero del Clero* y el *Eco Católico*. Como explica el historiador y sacerdote Miguel Picado, la primera fue una revista dirigida especialmente a los sacerdotes al abordar avances teológicos-filosóficos, mientras que la segunda fue un periódico fundado con el propósito de educar a los creyentes. Su primer número fue publicado el 6 de enero de 1883. Uno de sus principales promotores fue el arzobispo de Costa Rica de aquel entonces: Monseñor Bernardo Augusto Thiel, segundo obispo de la nación desde 1880 hasta su deceso en 1901. La publicación surgió como respuesta ante la abundante oferta de diarios liberales de su época (6 de enero de 2008: 8-9).

Contextualmente, la Iglesia católica había sido favorecida por diversa legislación de la Corona española, la cual la facultaba durante la época colonial para administrar la enseñanza de los hispanoamericanos, así como evitar la circulación de libros que atacaran

la doctrina cristiana y brindar el sacramento del matrimonio, como institución única con potestades legales para otorgarlo. Todo esto generó una cultura impregnada de valores atinentes a la Iglesia. Empero, con la llegada de la Ilustración y sus ideas al territorio americano se pasó a un humanismo que proclamaba al Estado como encargado de la educación y la salud pública, en detrimento de las labores ejercidas por el clero en dichos ámbitos. Al final, con la independencia la presión estalló e hizo que el liberalismo se impregnara a lo largo y ancho del continente (Picado, 6 de enero de 2008: 8-9).

Nació la prensa liberal. En este contexto apareció el *Eco Católico*, el cual provocó la ira de los burgueses liberales que tenían un monopolio sobre las publicaciones en el territorio centroamericano. En el istmo se encendió la alarma al observar un resurgir religioso en Costa Rica. A lo interior del país se dio un giro liberal en la política durante el gobierno de Próspero Fernández Oreamuno (1834-1885) entre 1882 y 1885, que derivó en la aprobación de las llamadas «leyes anticlericales» de 1884, en contra de la educación religiosa, en contra de las congregaciones religiosas y que, como punto más crítico, decretaba la expulsión del propio obispo Thiel. Como consecuencia directa, el exiliado arzobispo nombró al presbítero Antonio del Carmen Zamora como Vicario General, esto es, como la autoridad mientras estuviera ausente. Empero, este también sufrió un castigo al ser encarcelado el 2 de agosto de 1884. Antes de esto, el gobierno había prohibido la circulación de los dos números anteriores del *Eco Católico*, con lo cual al salir de prisión el sacerdote decidió que se suspendiera la publicación del diario hasta nuevo aviso (Picado, 6 de enero de 2008: 8-9). Posteriormente, se retomó su circulación, la cual llega hasta la actualidad con la celebración de sus 140 años de publicación en el 2023.

Ya en el siglo XX, el periódico en cuestión se afianzó con el continuo apoyo de la Iglesia católica costarricense. Por esto, es el punto de partida para proceder con la investigación, ya que su proyección, para el caso que nos incumbe sobre la censura, es importante. La indagación en el *Eco Católico* se dio en el Archivo Histórico Arquidiocesano Bernardo Augusto Thiel y tomó como corpus las publicaciones en el lapso de 1944, fecha de publicación de la novela, hasta 1946. Prueba de la censura en general es la posición del medio con respecto a los espectáculos públicos. Al consultar diversos ejemplares de la década de 1940 se puede verificar el interés del grupo de laicos Acción Católica por mediar entre los seglares y el cine. Así, asignaban una categoría a las películas

en cartelera que iba desde «buenas», pasando por «aceptables», «reservadas», «escabrosas», hasta cerrar con las «condenadas». Por ejemplo, un largometraje positivo bajo este criterio era *Aventuras de Cucuruchito y Pinocho*, mientras que uno condenado fue la adaptación cinematográfica de la novela de Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara* (Tribunal de Censura Cinematográfica de Acción Católica, 2 de enero de 1944: 6).

Aunque no se expliciten los criterios para designar a dichos filmes como bueno y condenado respectivamente, se pueden inferir sin mucha complicación. El primero estaba dirigido al público infantil, como tal, no representó ningún riesgo para los creyentes. Empero, la segunda cinta era controversial al mostrar a una mujer transgresora en cuanto asumía roles atípicos para su sexo, así como realizaba prácticas que se alejaban de la moral cristiana. Era una muestra artística relacionada con la modernidad, por ello, resultó liberal para los ojos de los censores, por lo cual podía ser un mal ejemplo para los católicos que disfrutaran de la película.

Sobre el caso particular de Rosalía de Segura, el *Eco Católico* publicitó la novela *Sacrilegio* en un pequeño apartado dentro de la sección denominada «Palpitaciones nacionales» con las siguientes palabras: «Se halla a la venta una nueva novela de la escritora nacional doña Rosalía Muñoz de Segura, que lleva por título "Sacrilegio". La prologa Moisés Vicenzi» (Minerval, 17 de setiembre de 1944: 181). Ante esta muestra atinente, se procedió con una detallada investigación en los próximos tomos del periódico hasta 1946, así como en diversa documentación relacionada que se encuentra disponible para consulta en el lugar en busca de alguna prueba escrita sobre la censura a la novela.

Se expandió el radio de búsqueda con la inclusión en el corpus del libro de acuerdos del ya mencionado obispo de la época, monseñor Víctor Manuel Sanabria, así como de la memoria del cabildo metropolitano. Asimismo, se hizo lectura de las cartas pastorales y de las circulares del momento, pero en ninguno de los documentos consultados se hizo constancia de la censura sobre la novela. Por haberse encontrado una mención a la novela en el *Eco Católico*, se dio la pesquisa respectiva también en la citada revista *El Mensajero del Clero*, pero resultó negativa. Como se dijo en la contextualización, la década de 1940 fue muy turbulenta para la nación costarricense, e incluso el arzobispo fue uno de los principales actores de dicho entramado sociopolítico, por lo cual la atención de la Iglesia y su documentación estaba volcada de lleno en el acontecer nacional que derivaría

próximamente en la guerra civil. Ante este panorama, nuevamente es palpable la dificultad de exponer la censura, que parece borrada de la historia del país salvo por el testimonio de la nieta de la escritora.

Puede surgir la duda del porqué de la publicidad de la novela de Rosalía de Segura en el medio impreso, sobre todo por su título de *Sacrilegio*, que hace referencia a un pecado muy grave dentro de la doctrina católica como lo es la profanación de algo sagrado. No obstante, esto se pudo haber dado por las publicaciones anteriores de la escritora. Por ejemplo, en una crítica retrospectiva sobre la primera novela de la escritora, *Alma* (1942), se indicaba:

> «Es una novela amorosa y moralista, tradicional, monofónica, de clásico narrador omnisciente cercano a los personajes protagónicos. Está llena de discurso ideológico, de juicios de valor y preguntas retóricas. Es una novela dirigida a mujeres y pretende ser una especie de espejo educativo (…) Es una novela similar a las muchas que se han escrito en Costa Rica desde el inicio de nuestra novelística» (Víquez Guzmán, 11 de setiembre de 2009).

Según la caracterización señalada, se puede inferir el beneplácito con el cual fue acogida tanto por los medios como por los lectores en general. Resulta una narración apegada al fin señalado de la ya citada estética preponderante de la época: el costumbrismo. Esto porque sirve como texto pedagógico dentro de la moral cristiana imperante en la sociedad costarricense. Sobre todo, al ser especialmente dirigida al sexo femenino. Con ello, se tiene que no resultó rupturista ni transgresora, por lo cual calzaba perfectamente con el modelo de literatura costarricense ideado hasta dicho momento. Esto podría explicar la aprobación de la escritora en el *Eco Católico*, con lo cual se esperaba ansiosamente una segunda novela de su autoría. Sin embargo, el resultado no fue el esperado, como se verá en el siguiente apartado dedicado al análisis del texto.

1.8. *Sacrilegio* (1944): entre el filo del conservadurismo y el muro de la moral cristiana

Para empezar, debido a la falta de documentación escrita sobre la censura del texto en estudio, se debe proceder con un enfoque que se adhiere a los postulados de la teoría de la recepción. Específicamente, se debe elaborar sobre el horizonte de expectativas. Como lo

plantea Jauss, este horizonte es relativo al efecto provocado en las personas de la época de aparición de los textos. Se comprende como la expectación que se tiene de cualquier texto por la representación de un tema o estética. El proceso de lectura hace que el público se familiarice con unas formas dadas; no obstante, se pueden dar casos como el presente, cuando una novela introduce un tópico ajeno al sistema literario preponderante. Las reacciones de los receptores pueden llegar a ser desde una aceptación y éxito inmediatos generalizados, hasta dar con un rechazo explícito o escándalo público, que derive en una comprensión o valorización retardada. En última instancia, las consecuencias de la publicación de un texto determinado pueden virar la dirección bajo la cual se guía la literatura del momento (Jauss, 2010: 188-189). Empero, como se ha demostrado en los apartados anteriores, la situación del texto entre sus contemporáneos claramente es desfavorable, pues prácticamente cae en el olvido debido a ciertos aspectos que procederemos a detallar a continuación.

Así, se acude al mecanismo de reconstruir la recepción negativa que se pudo haber dado hacia la novela, con el propósito de estructurar la posible forma en que fue leída la narración, así como su comprensión por parte del sujeto lector en su contexto. De esta manera, se toman distintos elementos problemáticos de la trama con respecto a la moral cristiana y la sensibilidad conservadora para identificar los puntos fuertemente criticados de la novela por parte de los censores católicos en busca de proteger al público creyente de la época, el cual podía hacer interpretaciones subversivas o ser confundido ideológicamente en el proceso de lectura.

Primeramente, se debe abordar el también polémico caso de la estética de la novela. A grandes rasgos, se puede considerar que el texto se adscribe a una estética realista, la preponderante durante las primeras décadas del siglo XX. Empero, también contiene características propias de otros movimientos literarios, lo cual podría considerarse un valor agregado por el dominio de la representación de diferentes registros estéticos, como se ha apreciado en otros escritores, pero en este caso el dictamen de la crítica especializada fue negativa. A lo largo del primer capítulo abundan las descripciones detalladas, tanto del espacio físico en general como de los personajes y sus vestimentas durante el rito matrimonial. Esto podría ligarse al realismo; sin embargo, el lenguaje empleado es muy preciosista, por lo cual se debe asociar al modernismo. Asimismo, a lo largo de todo el

texto hay presencia de abundantes extranjerismos, lo que favorece el carácter cosmopolita propio de este movimiento literario.

De igual manera, con respecto al segundo capítulo, narrado principalmente a través de retrospecciones, la estética se acerca más al romanticismo, puesto que el amor se representa como una enfermedad que aqueja a Elena, quien se acerca a la divinidad en búsqueda de una solución a su suplicio. Al final, la cura se da con la consumación matrimonial con su pretendiente, Fernando Saldívar. Empero, el fatal sino lleva a la muerte del marido en un accidente, lo que deriva en la locura de la viuda. Estos elementos son otros rasgos propios de lo romántico.

Con esto, se tiene una construcción narrativa que se conforma como un híbrido de estéticas pretéritas para la historiografía literaria hispanoamericana de la década de 1940 del siglo XX, puesto que el romanticismo tardío alcanza hasta la segunda mitad del siglo XIX. Por su parte, el modernismo, surgido de la mano de su máximo exponente, el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), ya tenía varias décadas de existencia, con lo cual, aunque era una estética consagrada, se difuminó en medio de su convivencia con el posmodernismo, las vanguardias y el realismo. Esto provoca que su impacto en el momento no sea tan incisivo como en su época de mayor esplendor. Debido a lo anterior, se puede comprender el descrédito que sufre el texto en comparación con la literatura costarricense del momento, ya que la literatura preponderante era realista con tintes de denuncia social, de la mano de autores como los que conformaron la ya citada «Generación del cuarenta».

Respecto a lo temático, sorprende de entrada que un texto censurado por la Iglesia presente una posición favorable a la religión cristiana-católica. Esto queda palpable en el capítulo tercero. El episodio referido es la operación de emergencia durante el parto que permite la salvación de la vida de la protagonista Elena y de su hijo Arturo. Esta es atribuida a los fervorosos ruegos dirigidos a Dios, quien es el artífice que dirigió al médico durante todo el procedimiento. Detrás de la emergencia estaban personas cercanas en oración en la capilla, con lo cual se obra el milagro esperado (21)[2]. De esta forma, hay una visión positiva sobre la deidad como agente de bien para los personajes, un ser misericordioso que actúa para conceder los favores solicitados por sus creyentes.

[2] La numeración de los apartados intratextuales referenciados a partir de este momento corresponde a la de la presente edición.

Sin embargo, en este bien se entretejen atisbos de maldad. Un mal augurio es que el niño es objeto de dolor para Elena, sumida en la demencia debido a la reciente muerte de su esposo Fernando. Esto hace que el hijo reavive la imagen del padre en la memoria, con lo cual es una fuente de sufrimiento para la convaleciente madre, quien manifiesta un explícito aborrecimiento hacia el recién nacido. Empero, textualmente, se indica que para los demás el bebé «fue un rayo de luz que alumbró las tinieblas de tristeza» (22). Inocentemente, esta descripción puede pasar desapercibida, pero se puede interpretar como una revelación de su condición luciferina. Ostenta un mal que hará manifiesto muchos años después, que ya se atisbaba al introducirse rodeado de signos inequívocamente ligados a lo negativo dentro de su alumbramiento. Es un ser bello, de aparente alegría y felicidad, pero que encierra tras esta imagen una realidad terrible.

Ya en el cuarto capítulo, se da el caso manifiesto de una situación objetable. El personaje de Edgardo San Lorenzo es presentado como un buen partido, moralmente correcto, de familia adinerada y de buen ver. Era amigo de Fernando y apasionado por el toreo (26). Tras la desdichada situación, este personaje habla con el padre de Elena, don Alberto, a quien revela que ama a su enloquecida hija. Claramente, en su condición de viudez puede volver a contraer nupcias bajo la moral cristiana. No obstante, el padre rechaza cualquier posibilidad de ello, al considerar que no sería lícito sin el consentimiento explícito de su hija (27). La posición de la instancia narrativa es clara: «¡Qué horrible impresión tendría aquella criatura si despertara su razón estando ella en los brazos de un hombre que le era desconocido!» (28). Esto se podría comprender como una crítica a los matrimonios convenidos entre familias, muy extendidos en los países latinoamericanos, según el cual el pretendiente dialoga con el padre de la mujer para concertar la boda. Así, las jóvenes se casaban con un desconocido, de manera análoga al caso fuertemente criticado en el texto, tildado de auténtica pesadilla para las damnificadas señoritas.

Ante la negativa, en medio de una corrida de toros organizada por la celebración de la independencia, Edgardo toma una decisión radical. Sabe que Elena y su familia están en el público, por lo cual cumple con su palabra de no poder vivir sin ella y se deja atacar por el toro hasta fallecer ante la mirada atónita de la gradería (31-32). Este desatino amoroso es un ejemplo fiel del tópico romántico del amante suicida. Actúa domado por los sentimientos debido a su condición de enamorado. Su irracionalidad es llevada al extremo,

factor condenable por la moral cristiana, que reprueba a los sujetos que se dejan llevar por su instinto, que no refrenan sus emociones. Más aún, el suicidio es un gravísimo pecado digno de la condenación, pues atenta directamente contra la voluntad divina del don de la vida. Así como la Iglesia condenó abiertamente a muchos autores y textos del romanticismo por estas razones, como en los casos de censura de Víctor Hugo por *Nuestra Señora de París* (1831) y *Los miserables* (1862), o a la totalidad de las historias de amor de George Sand y Alejandro Dumas (tanto padre como hijo), se puede entrever la posición que tomaría frente a una representación como esta.

Más adelante, en el quinto capítulo se prosigue con la narración del desarrollo de Arturo Saldívar, dotado de nuevos signos premonitorios sobre su futura condición lasciva. Lilya, hermana de Elena, ha hecho votos perpetuos para ser monja. Arturo ya cuenta con seis años y se dice que es de precoz vivacidad. Entonces, sucede que:

> «pidió entonces un beso a la nueva religiosa, y al recibirlo, devolvióle docenas de ellos acompañados de estas graciosas palabras: —Verás tiita, me haré sacerdote y así seré tu confesor. Entonces no podrán separarme de ti porque como tú también me quieres mucho, querrás confesarte a cada rato» (40).

Esto provoca la risa de todos, lo que demuestra que se toma como una simple ideación infantil e inocente. No obstante, el cariño excesivamente demostrado resulta inadecuado al tratarse de una mujer consagrada a Dios. Sumado a esto, el deseo del infante de tornarse sacerdote se puede leer en clave doblemente transgresora: al querer hacer votos a Dios para acercarse a una mujer viola esas mismas promesas y atenta contra el compromiso de la susodicha. La escena rememora, a su vez, la típica broma de raigambre popular que dicta que los sacerdotes se encuentran con las monjas en el momento de la confesión para en realidad cometer actos impuros. Así, la reiterada solicitud de confesión se puede leer jocosamente como la necesidad por encontrarse carnalmente.

En el sexto y sétimo capítulo se ofrecen descripciones de Arturo, tanto de su carácter como de su físico. Del primer aspecto se indica que es ardoroso cuando algo le apasiona, hecho demostrado al agredir a sus compañeros de clase al perder en actividades lúdicas o al luchar por algo que quiere. Esto enciende las alarmas de sus encargados, quienes temen una posible incapacidad de imponerse a los deseos instintivos, y con ello, a

los vicios que ofrece el mundo (46-47). Por su parte, con respecto a la apariencia del joven, se menciona que:

> «Su cara diríase perfecta, a no ser por un pequeño defecto que lo hacía desmejorar un poco. Tenía el rojo y carnoso labio inferior caído, lo que acusaba en él un sensualismo exagerado, que al correr de los años podría llevarlo a cometer, si antes no conseguía ejercer un perfecto dominio de sí mismo, actos horrorosos. Era su cabellera como el ala del cuervo y del mar tenía la ondulación» (48).

Se aprecia el exacerbado componente sensual del muchacho. Esto se considera como algo negativo, puesto que, sumado a su temperamento anteriormente descrito, su belleza puede abrir puertas a ciertas acciones repudiables. Así como Satán, es hermoso. Asimismo, aparecen dos signos más inequívocos sobre su verdadero ser, ya que el cuervo se representa como signo de mal augurio, mientras que el mar con su aparente calma remite al potencial de caos que ostenta, a su naturaleza impredecible e irrefrenable capaz de atrocidades.

Siempre en el sétimo capítulo, se presenta el cumpleaños de Arturo. Celebran en familia con un paseo a Teotihuacán. En este sitio arqueológico, se adentran en el templo dedicado a Quetzalcóatl, espacio en el cual se han sacrificado personas (51). Se introduce en el texto un elemento de la mitología azteca, el cual se representa a través de una serpiente. Nuevamente, se liga a Arturo con un signo demoníaco, como lo es el reptil que hace caer a la humanidad en el relato del Génesis. En la rememoración de su natalicio visitan un sitio aparentemente ajeno, mas se comprende que su relación con este elemento pagano es profunda. En el sentido del sacrificio, Arturo se perfila como un ser que toma para sí a otros seres para deleitarse, los consume cual deidad hambrienta, como se verá más adelante.

En el octavo capítulo, se introduce un nuevo personaje significativo para el presente análisis. Su nombre es Lupe, y ha sido burlada por un hombre. Ella vive en la hacienda familiar. Amó profusamente a Juan Ramón, un casanova de otra propiedad contigua que enamora y se aprovecha de cuanta mujer conoce. Engañada, resulta embarazada, con lo cual su padre la expulsa de casa y solo le queda recurrir a Elena en la capital mexicana. No solo recibe el desprecio del amado y de su familia nuclear, sino que también es víctima del menosprecio del pueblo en general. Se indica que por su «pecado de amor, la creían “una

cualquiera"» (58); mientras que Elena, misericordiosa, se apiada de ella, en un gesto de verdadera actitud cristiana. Con esto, se aprecia la diferencia de criterios entre los pueblerinos y la protagonista. Los primeros actúan según lo acostumbrado al echar a la mujer deshonrada y negarle cualquier auxilio, actitud muy generalizada a lo largo de Latinoamérica durante el siglo XX. Así, se hace una denuncia doble: ya contra los hombres que actuaban de mala fe contra una doncella, ya contra una sociedad hipócrita que se proclamaba cristiana, pero repudiaba a los pecadores y más necesitados de ser ayudados. De esta forma, la instancia narrativa se alza valientemente en defensa del sexo femenino frente a constructos sociales del patriarcado que resultan a todas luces injustos.

Elena resulta rupturista, pues vuelve con Lupe a la hacienda frente a la vista juiciosa de todos los habitantes del lugar. Incluso, su mayor gesto de apoyo es ser la madrina del retoño ilegítimo de Lupe, con lo cual asume una doble responsabilidad tanto de crianza y apoyo económico como de guía en la fe cristiana. Tras la oficialización del sacramento, toma la palabra para reprender a Pedro, padre de Lupe, por haberla echado. Asegura que hay que diferenciar la desfachatez de la inocencia, puesto que el que peca por voluntad se separa de quien cae por haber confiado, como en el caso de Lupe. Esto lo hace desde una afirmación de su sexo: «Yo, como soy mujer, he comprendido después de meditarlo mucho» (61). De esta manera, procede con un trastoque del orden social, al dirigirse con tan fuertes palabras a un hombre mayor. Le remarca su errado accionar mientras reafirma a la desvalida hija, en un audaz acto de retar las convenciones sociales. Continúa su diatriba contra los habitantes de la hacienda, al asegurar que en su falsedad: «Le habríais seguido brindando estimación y cariño si oculta su falta y disfrazando o destruyendo su maternidad continuaba siendo la "buena" muchachita que todos conocían» (61). Con lo cual, se presenta la polémica de la imagen pública, que tantas mujeres de la época querían preservar a través del aborto para eliminar la prueba viviente de sus acciones.

Prosigue, en su incendiaria intervención, con una valorización de la maternidad. «Lupe es una madre, título más que suficiente, para ser por todos respetada» (61). Asegura que muchas de las mujeres que critican a la antedicha lo hacen por envidia, por no poder aceptar su error y decidir interrumpir el embarazo en lugar de traer esa vida al mundo: «ostentan una virginidad hace tiempo ya perdida; y si merced a su hipocresía lograron engañar a los demás, no pueden engañarse a sí mismas […] no podrán estrechar entre sus

brazos al amado hijo» (61-62). Igualmente, regaña a los hombres que también critican y juzgan a la aludida en conversaciones con sus esposas e hijas, pero que la buscarán próximamente por sus bajas pasiones (61).

Todos estos enunciados calzan con la doctrina de la Iglesia, que defiende a los desvalidos frente a los abusos de los más fuertes, así como busca, según las enseñanzas de Jesús, que las personas no juzguen a los demás por sus culpas. Empero, la manera en que una mujer toma la palabra públicamente para cargar contra todo un pueblo, con énfasis en la figura del padre y de los otros cabezas de hogar, resulta claramente transgresora e inimaginable en el contexto sociohistórico en el cual aparece la novela, con lo cual es una nueva muestra de elemento polémico que provoca la censura del texto.

Mientras tanto, también se prosigue con la problemática representación de Arturo. En el noveno capítulo, se le ubica en París. En la capital de la bohemia, tiene como amante a Ninette, una joven francesita. Vive entregado al placer, en plena opulencia, pues su familia lo mantiene porque estudia medicina. Pero sobre todo se desenvuelve en burdeles y antros (66-67). Aunque Ninette se entrega incondicionalmente a él, este la desprecia. La deshumaniza, pues: «la presa se le volvió fácil y rendida se le entregaba. La joven supo entonces de celos, humillaciones y desprecios» (68). La ética de Arturo es la del placer como fin en sí mismo. Es infiel a Ninette en su propia cara, se goza en su maldad al ver los reclamos de la doncella, mientras se muestra con sus otras amantes y la humilla.

Aquí, se presentan las antípodas de la mujer inocente que ha sido deshonrada, ya propuesta con el caso de Lupe. Esto porque, para deshacerse de Ninette, Arturo habla con la tía de esta. Dicha mujer está conjurada con Arturo. Primeramente, recibió dinero a cambio de que este pudiera acceder a la hermosa sobrina. Luego, le ayuda a deshacerse de ella a cambio de más capital cuando se siente hastiado. La mentira de Arturo radica en afirmar que es un hombre casado y que su esposa lo espera en Roma. Frente a esta realidad, Ninette se duele y le reclama su engaño a Arturo. No obstante, bajo el influjo de los besos de disculpa del joven, ella decide continuar con la fornicación (71-72). Debido a esto, Ninette se erige como la mujer desvergonzada, en contraposición a Lupe. Al enfrentarse con el supuesto caso del matrimonio, elige el adulterio voluntariamente, ya no está siendo engañada, con lo cual su culpa se magnifica. Lo mismo sucede con la tía Oliva, quien se perfila prácticamente como una proxeneta de su sobrina. Ambas son mujeres que tienen

conciencia de su accionar, pero no les importa y deciden continuar en su error, no alcanzan la conversión cristiana, sino que deciden pervivir en la culpa.

Arturo remata su trastada al prometerle a Ninette que irá con su esposa para divorciarse y que volverá para desposarla. Esta nueva mentira reaviva las esperanzas de la pobre joven, mas la tía sabe que es mentira y solo desea el dinero que el mancebo pueda brindarle para mantenerlas. El malvado se jacta de su fechoría:

> «"¡Qué buen artista era!", pensaba, cómo les infundía teatralidad a las fingidas mefistofélicas escenas. Pero el desdichado Arturo, quizás más loco que listo, no veía cómo él iba abriendo las puertas, con el hábito de su depravada conducta, a las influencias maléficas que se incubaban ya en su inconsciencia» (73).

Claramente, se habla de una afectación sobrenatural, incluso demoniaca, sobre Arturo, quien paso a paso cultiva su condenación. Mientras actúa guiado por el deseo, pierde su alma. Es un pecador empedernido en su conducta viciosa. Este polémico personaje no ha alcanzado el ápice de su nociva forma de ser, como lo anuncia la instancia narrativa al lector: «¿Y hasta dónde podía este hombre llegar en su perversidad?... Lo veremos» (73).

A continuación, el texto continúa con la descripción de muchas otras situaciones escabrosas. En un café, se menciona la presencia de dos *gigolos* que acompañan a una dama desvergonzada (74). Generalmente, en la literatura se han representado sin ambages a las rameras, pero raramente se presenta al lector la prostitución masculina, lo cual podía levantar mucha polémica al tratarse de un tópico tabú para la sociedad patriarcal de la época. Incluso, los tres se acercan a Arturo para aprovecharse de él, pues toman licores pagados por este mientras la jovenzuela lo acaricia lascivamente (75). El ambiente general es hedonista.

Aunado a ello, suma a la fórmula erótica la aparición de una pareja de bailarines que proceden a danzar un tango para el público. El traje del varón es un frac, mientras su blanca y esbelta compañera viste con un sostén y falda de lentejuelas, sensual vestimenta que la expone al ojo de los clientes. Se dice que los: «maravillosos artistas del ritmo y la figura sedujeron a hombres y mujeres» (76), frase que claramente resultaría inadmisible para la sociedad conservadora costarricense de mediados del siglo XX ante la revelación de deseos carnales por parte de los espectadores hacia los artistas.

Es en este ambiente donde conoce a otro degenerado de su especie, un joven yugoslavo llamado Ruperto Kruger. Este sujeto representa otro tópico, como lo es el de la peligrosidad moral del extranjero al presentarse como un moderno disruptivo. Ambos intersecan sus licenciosas existencias y programan orgías en sus departamentos. Solo se diferencian por la posición política de cada uno, ya que Arturo ama la democracia por su «libertad», que en realidad entiende como el libertinaje en el cual se desenvuelve, mientras que Kruger admira a los gobiernos autoritarios (78) tan en boga durante el contexto que derivó en la Segunda Guerra Mundial.

Cabe recordar que no solo la elaboración del texto, sino su diégesis se ubica en este periodo del que llegaría a ser el enfrentamiento armado más mortífero en la historia de la humanidad. La voz narradora no se abstiene de opinar sobre los lamentables acontecimientos. Caracteriza los hechos bélicos como un mal asimilable a un ser reptante que se extiende por el orbe. Su crítica manifiestamente recae sobre el afán expansionista concretado en Japón como patria invasora del territorio chino. Luego, menciona la Guerra Civil Española (1936-1939), así como las intromisiones de Italia, la Unión Soviética y Alemania en territorios de Albania, Finlandia y Austria-Checoslovaquia, respectivamente. Se destaca principalmente la invasión de las fuerzas italianas de Benito Mussolini, puesto que la ofensiva se realizó un Viernes Santo, hecho catalogado como sacrílego (78-79).

Con base en lo anterior, se puede deducir la discusión que podrían generar estas afirmaciones. El dictamen popular confunde la instancia narrativa con la escritora de carne y hueso, por lo cual los comentarios efectuados en la literatura suelen atribuirse al autor. En este caso, debe recordarse la legislación aprobada en Costa Rica sobre las opiniones efectuadas con respecto a las figuras políticas internacionales, la citada «Ley Gurdián» de 1934. En el texto, se menciona a Hitler y al movimiento fascista, con lo cual la novela entra en terreno pedregoso. Debe recordarse la profesa admiración de León Cortés durante su presidencia entre 1936 y 1940 de los gobiernos autoritarios de Alemania e Italia. De igual forma, la mención de la Rusia comunista en guerra con Finlandia toca las fibras sensibles del socialismo en boga durante la época en la sociedad costarricense, que se afianzaba con la aprobación de aparatos jurídicos en defensa de la clase obrera y con la alta cantidad de militantes en sindicatos y en el Partido Vanguardia Popular.

Así, en una etapa en la cual las discrepancias políticas se viven a flor de piel en el contexto sociopolítico mundial y costarricense, estas frases en el texto no podían pasar desapercibidas. Su mención no le conllevó a la autora ningún proceso judicial formal que sea conocido, empero, pudo suscitar preocupación entre las autoridades del momento y en el público por una sensibilidad conservadora propia de la mayoría de la población. Al final de cuentas, en la novela no se defiende o ataca a los gobiernos e ideologías mencionados por su condición de adherirse a la derecha o la izquierda del espectro político, sino que se reprocha su afán expansionista en su condición de administraciones déspotas, rasgo con el cual la oposición no dudaba en calificar a los gobiernos de Calderón Guardia (1940-1944) y del recién electo Picado Michalski (1944-1948). Esta falta de claridad con respecto a la ideología que se ataca y a la ideología que se defiende en el texto pudo hacer que la Iglesia católica se preocupase en demasía en un contexto sociopolítico nacional de diversas alianzas entre grupos de poder. Por ende, es muy probable que este componente político entrara en juego a la hora de desaconsejar la lectura de la novela por parte de los feligreses.

Volviendo a la trama, la amistad promueve que se gesten planes malévolos entre los jóvenes. Kruger desea vengarse de su secretario, quien se casó con una de las tantas mujeres que el yugoslavo deseaba. Él se reencuentra por casualidad con ella en París. La ahora esposa del secretario, llamada Ilse, le revela que necesita un médico, ante lo cual Kruger le propone a Arturo montar un falso consultorio para que este último la anestesie y así el lujurioso joven pueda satisfacer sus bajos instintos, plan que es celebrado por Arturo (79-80).

La escena prosigue con la confirmación de Arturo sobre el estado de embarazo de la esposa. Ella, en su alegría, no se percata de la trampa que se le tiende, y justo cuando va a ser inyectada aparece su esposo, Rodolfo, para increpar a Arturo sobre su falsa condición de médico. Resulta inexplicable la manera en que se salva (81-82). Con esto, se tiene una situación sumamente perturbadora para el lector, la cual es la violación de una mujer embarazada: «instantes más... y su mujer pudo haber sido víctima de dos desalmados» (82). Esto no queda aquí, sino que la tragedia se acelera cuando Rodolfo abre la habitación contigua y observa a Ruperto Kruger. Todo queda claro ahora y le dispara, pero se abstiene de seguir tirando por los ruegos de Ilse (82-83). Los delincuentes resultan descubiertos antes de la maldad planeada, pero la afrenta descrita es muy transgresora. Si las narraciones

sobre delitos como la violación generan rechazo, en esta ocasión dicho crimen es amplificado por la forma en que se planeaba ejecutar, por la participación de dos implicados que desean acceder carnalmente sin consentimiento a la dama y más aún debido a la condición de embarazo de Ilse.

Tiempo después, tras embadurnar su ser en las degeneraciones parisienses, Arturo regresa a México en el capítulo doce. Su asombro es mayúsculo al encontrarse con la madre, a quien halaga profusamente: «sorprendido de encontrarte tan joven, tan hermosa y tan linda. Al verte así, mucho me cuesta creer que seas mi madre» (91). Los cumplidos del primogénito podrían ser honestos, pero en su corazón se gestan sentimientos moralmente inadmisibles. Se deslinda de su rol como hijo, desea obviar la realidad, ya que hay una atracción por esa mujer a la que observa como otra joven que puede ser su víctima.

La correspondiente reacción de Elena es inocente, pues ama con corazón de madre a Arturo. Recibe con deleite las adulaciones, pues el joven es imagen de su padre, de Fernando, de quien se dice continúa enamorada a pesar de veinticinco años de viudez. Sin embargo, contrapuesta a la emoción maternal de la mujer está la lascivia que nace en el corazón de Arturo (92). Se organiza un baile de bienvenida para el «hijo pródigo» de la casa, quien «embelesado, contemplaba a aquella joven y linda madre que era toda abnegación y ternura para él, quien, halagado y feliz, le correspondía con tiernas y prolongadas caricias» (93).

Don Alberto, abuelo materno de Arturo, le da a este un rol importante como nuevo miembro de la casa. Empero, «tenía una inquietud extraña, vago temor que le oprimía el corazón» (96). Dentro de sí, siente un malestar, cree que puede ocurrir algo negativo, pero desiste de cultivar dicha ideación. Da las buenas noches a Elena, mientras Arturo los observa y luego procede también a despedirse con sendos besos de su madre. La maldad se despierta: «Arturo tampoco podía conciliar el sueño; pues su mente debía de ser presa de tenebrosos pensamientos que le daban una extraña expresión a su semblante» (96).

La voluptuosidad del hijo de Elena se desborda. Sus víctimas son las mujeres de la servidumbre: «no solo nos persigue con sus odiosas proposiciones, sino que, al no aceptarle, nos insulta. A esta pobre (…) le dijo ayer que de qué quería servir, que si la señora la había recogido con algo debería de pagar» (97). Tiene una visión inhumana de las mujeres porque, como se describe en el pasaje, las sigue solícito para hacerles propuestas

sexuales, e incluso se cree en una posición de poder tal como para pedir favores eróticos. Recurre a la humillación si es rechazado, solo observa al sexo opuesto como un objeto para satisfacer sus deseos.

Sus acciones aborrecibles se multiplican. El escándalo trata de ser acallado, pero llega a cuotas insostenibles, como lo muestra el desarrollo de la trama en el capítulo trece. Su madre se entera por boca de la servidumbre de la vida de su hijo Arturo. Este se vierte de lleno en otro de sus vicios: el alcoholismo. Pasa días completos en estado de ebriedad, sin detenerse por ningún motivo. Su laxa ética hace que se atreva incluso a intentar seducir a Mariana, la tartamuda ahijada de Elena de tan solo catorce años, hecho que la madrina conoce (99-100). Es un sujeto de bajas pasiones que se atreve a buscar a menores de edad. Aunque en dicho contexto social fuera común el matrimonio de las mujeres al alcanzar la menarquía, la instancia narrativa se expresa negativamente al respecto, pues juzga que es solo «una inocente niña», con lo cual toma posición frente a los matrimonios orquestados a tan baja edad. Sumado a ello, la voz narradora continúa con el preámbulo del máximo crimen que está por cometer Arturo, al indicarse que: «no habían hecho más que empezar los sufrimientos que al calvario de su vida agregaría aquel hijo; apenas estaba en el umbral de una vida de amarguísimas penas» (100). Esto porque el primogénito defiende su forma de vida frente a las súplicas de conversión de la madre; su filosofía se resume en los siguientes puntos:

> «¿Es que no ves que ya soy un hombre y que como tal me divierto porque tengo derecho a disfrutar de la vida? ¿No sabes que solo hay una juventud y que esta debe ser lograda en toda forma, sin trabas y sin límites? (…) Los placeres se hicieron para los que no tienen embotada la mente por estúpidos fanatismos y consumen su vida en quiméricas virtudes y tediosos rezos. Déjame, pues, disfrutar de mi vida a mi manera, que para eso soy hombre» (101).

La posición del joven es explícitamente antirreligiosa. El hedonismo nubla su sentido. La búsqueda del placer para él no debe tener fin. Actúa en detrimento no solo del cristianismo heredado de su madre, sino de la ley, al enfrascarse en actividades al borde del aparato jurídico. Esto queda de manifiesto cuando, con un nuevo ardid, Arturo recluye a Mariana en un burdel, con la ayuda de las prostitutas. Llega al lugar convenido y sorprende a la adolescente, a quien intenta forzar. Mientras se embriaga, la golpea e insulta, pero la jovencita logra salir del cuarto sin ser violada. Arturo enfurecido sale y proclama que ya no

la desea, que ahora puede ser de cualquiera, por lo cual tres sujetos se acercan con lascivas intenciones. Ella sigue con su defensa mientras pide a la Virgen de Guadalupe que la libre del ultraje. Al final, logra escapar del antro, con golpes sangrantes, piel amoratada y ropa en hilachas, pero regresa a contar todo lo sucedido (105-106). Una vez más, se narra un intento de vejación de Arturo. El hecho descrito resulta escandaloso al tratarse de una víctima tan joven, así como por presentarse en peligro de ser torturada en una violación grupal. En esta ocasión, la acción divina entra en juego, pues la fe de la joven le hace rogar a la Madre de Dios su favor para escapar indemne de los malhechores. Aunque lo logra, claramente es una inconveniente escena para los lectores del momento, quienes podrían escandalizarse en extremo por la situación.

La reacción de Elena es sufrida. Su plan para salvaguardar la honra de la joven consiste en adoptar de una vez por todas a Mariana, así forzosamente Arturo tendría que abstenerse de su intención de satisfacer sus deseos sexuales con la adolescente que ahora sería su hermana (107). No obstante, como lo proclamó Arturo al exponer su visión de mundo, su búsqueda de placer es ilimitada. La barrera del incesto puede ser franqueada por el amoral, lo cual queda claro al lector. Esta realidad se puede concretar en el desenlace del texto, es una de las posibilidades que inquieta a los receptores del texto.

En un giro de los acontecimientos, se reintroduce en la trama Ruperto Kruger, quien visita la hacienda en busca de su amigo Arturo. La amistad renace, pero súbitamente, el yugoslavo se encuentra prendado de la belleza de Elena. Hacia el final del capítulo quince se da la revelación de los sentimientos de Kruger, quien los confiesa a Arturo. Este insiste en que debe abandonar tan imposible anhelo. Pero cuando cada uno está en su habitación, en pleno desvelo, hacen profesiones de fe. Kruger, antes ateo, ahora exclama a Dios en busca del favor de la dama, mientras que Arturo, cegado por los celos, expresa su deseo de que Lucifer libre a Ruperto de conseguir el favor de Elena o lo matará a balazos (122-123). Según esto, el no creyente se redime al entrar en contacto con la naturaleza noble de Elena, quien honestamente y por sus virtudes lo lleva a la conversión. Lo más problemático recae en Arturo, quien se mofaba antes de la creencia sin fundamento que para él es la religión, pero ahora hace una profesión de fe satánica. Aunque no desee conocer nada del cristianismo, se revela que en su interior ha quedado algo del dogma, aunque solo sea el reconocimiento del ser maligno.

La polémica no cesa en las declaraciones puestas en boca de Elena. Dentro de su lógica se formula el silogismo conformado por las proposiciones de que todos los hombres son iguales en su maldad, por lo cual, Arturo siendo hombre, necesariamente es malo. Esta justificación, claramente falaz por su naturaleza generalizadora, es puesta en duda por su criada, quien le recuerda que tanto su padre como su fallecido marido también eran hombres, a lo cual responde la viuda que ellos son un ángel y un santo, correspondientemente (125). Una opinión tan negativa lanzada contra el sexo masculino en una sociedad patriarcal-conservadora únicamente podía generar posiciones negativas por parte de las principales voces públicas. Con ello, es otro punto debatible que se podría tomar en cuenta para ejercer una censura contra la novela. Esto porque los únicos hombres con rasgos positivos en el texto se ligan a una condición sobrenatural, están en otro plano debido a su fiel seguimiento de la moral cristiana. Son ejemplo de virtudes que otros deberían seguir, pero frente a esta visión positiva de lo escrito sobresalen las consideraciones negativas que podría originar entre varones escandalizados por tan fuertes afirmaciones.

Asimismo, Elena resulta transgresora por la forma de vida que elige en la novela. En medio de los días de fiesta, Ruperto Kruger la invita a unirse a otras parejas en la pista, mas ella arguye que nunca más volverá a bailar (132). Esto podría ser incomprendido por parte de los receptores costarricenses de la época. Es una mujer que se mantiene independiente del yugo de algún varón. No acepta ninguna propuesta amorosa tras su matrimonio concluido por la muerte del esposo. Ella se mantiene en una posición de poder al ser terrateniente en la hacienda. Ostenta gran belleza y capital, pero decide continuar en soltería. Los razonamientos brindados apuntan a su exacerbada fidelidad, puesto que, desde su viudez, se mantiene leal al amor que profesó a Fernando Saldívar en vida. No le importan las imposiciones sociales que demandaban una cabeza de hogar varonil, dentro de sí solo responde a los preceptos de Dios.

En el capítulo diecisiete, finalmente se revela el previsible sentir de Arturo Saldívar por su propia madre. En una conversación con el médico Laredo, este lo observa cabizbajo, ante lo cual dialogan sobre la posibilidad de la joven y bella viuda de volverse a casar. En este contexto el hijo exclama que: «porque la amo demasiado es por lo que no puedo repartir su amor con ninguno» (141). A la inocente comprensión del doctor se le escapa lo

referido al lector pretéritamente, con lo cual no se inmuta ante lo proferido por el joven, pero tal aseveración resulta clave para el receptor del texto por referirse a las verdaderas intenciones que se han desarrollado en el corazón del malvado para con su madre. Luego, al hablar con ella y escuchar que tiene insomnio, le propone una solución: «Yo te daré algo que te hará dormir mucho y muy tranquila» (141).

Luego, Kruger saldrá de la casa expulsado por el odio de Arturo, hecho que le recrimina Elena. En el capítulo dieciocho, el hijo celebra su posición exclusiva al lado de su madre: «rodeándola con sus brazos la besó muchas veces en la suelta y perfumada cabellera (…) díjole con voz llena de amorosa ternura: —Al fin solos» (148). Esta escena cargada de sensualidad resulta chocante al saberse la verdadera intención en el corazón de Arturo Saldívar, ser que no tiene ningún escrúpulo. La ignorancia de la viuda es trágica para el lector, quien puede vislumbrar ya el culmen de la acción. Ella cree que el hijo se está redimiendo, que su amor por ella hará que se convierta, pero un día al llegar borracho «y con paso inseguro se acercó a acariciarla, pero tales incoherencias dijo esta vez que la viuda se horrorizó y corrió a encerrarse en su habitación» (149). A pesar del silencio de la instancia narrativa con respecto a lo que sale de la boca del hijo, el receptor puede inferir e incluso reconstruir las frases voluptuosas que pudo dirigirle a la madre, mientras esta atribuye el hecho a la confusión que el licor brinda a la mente del desdichado, quien seguramente rememora encuentros pasados con otras mujeres.

Un suceso totalmente inesperado cambia los acontecimientos en el capítulo diecinueve, puesto que Arturo es asesinado de dos disparos en su propia casa. Todas las sospechas recaen sobre el conocido enemigo que tenía: Ruperto Kruger (154-155). Elena es la única testigo, pero su condición es grave, atribuida al dolor por el crimen contra su hijo (157). Al fin, en el capítulo veinte, se proclama la verdad para todos. Elena decide ir al juicio y revelar su condición de asesina de Arturo Saldívar (166). La causa del acribillamiento conlleva un juicio moral:

> «Porque fue su culpa tan grande que ni yo, su propia madre, habría podido perdonarlo. Además, había jurado dar muerte al culpable (…) No debe permanecer oculto por más tiempo este crimen, para que al ser conocido por otros que acaso tuvieran las mismas intenciones, vean a tiempo las consecuencias de su sacrilegio y recriminándose, despreciándose ellos mismos, desistan y maldigan de sus abominables pensamientos» (167-168).

Esta máxima resume el objetivo último del texto. En boca de la protagonista se declara la finalidad de la narración, la cual es evitar que cualquier persona que tenga un mínimo deseo de cometer una atrocidad como lo es desear sexualmente a la madre proceda con sus perversos propósitos. El juicio sobre las acciones de Arturo es sumamente fuerte, pues para Elena la única forma de reparar el daño cometido es la muerte del delincuente. Esto a pesar de que en Costa Rica la pena capital estaba abolida desde finales del siglo XIX. No obstante, la instancia narrativa acoge la opción de hacer justicia por propia mano como la más válida en esta ocasión.

Ante la incapacidad de continuar con la declaración por su inestable condición emocional, el abogado toma la batuta para proseguir con la descripción de los hechos. Los síntomas que afectaban a Elena resultaron ser propios de un embarazo. Ahora sabe que fue violada cuando se encontraba bajo los efectos del sedante, por lo cual decide descubrir al culpable. Una noche, el atacante ingresa, ante lo cual la adolorida Elena le propina dos heridas mortales con el revólver (169-170). Este punto del relato es el ápice de la polémica, al mostrar una violación abominable hacia la madre por parte de su hijo. Asimismo, se da la respuesta de la afligida mujer, quien se defiende hasta consecuencias mortales. Nuevamente, se presenta al lector de la época la razón de ser del relato:

> «No debía ocultarse al público este horrible caso como tampoco deben taparse hipócritamente otras lacras que también existen, y que cual purulentas llagas roen la moralidad de gran parte de nuestra juventud; deben, para bien de todos, descubrirlas y curarlas, a cualquier precio» (170-171).

La novela tiene un fin específico: la denuncia. Muestra estos hechos aborrecibles para que las personas tomen conciencia de los acontecimientos lamentables que incluso pueden llegar a superar a la ficción. Es una narración que señala los males morales que afectan a las generaciones más jóvenes de la sociedad. Como el tratamiento de una infección, se ocupan ventilar los putrefactos miembros de una sociedad acostumbrada a ocultar las taras más evidentes mientras pretende que todo está bien. Sin embargo, contrariamente al deseo de la voz narradora, la censura corrió un velo sobre dichas problemáticas. Se juzga al texto como una manifestación inaceptable para los lectores del momento. De nada vale la defensa constante de la moral cristiana a lo largo del texto, pues sobresale aún más la transgresión sexual contra la protagonista debido tanto a la metodología empleada como a la identidad del perpetrador.

Volviendo a la trama, el juicio cierra con el indulto de Elena. El presidente del jurado proclama que consideran «declarar absuelta de toda culpa a esta heroica dama que no vaciló en sacrificar su corazón de madre para castigar en la persona de su propio hijo el más horrendo sacrilegio» (171). Así, hay una concientización sobre la gravedad del delito de la violación. Como se indicó antes, se considera que la pena correspondiente debería ser la capital, a la manera en que Elena hizo justicia. Este hecho también podría haber generado polémicas con respecto a la moral cristiana y al aparato jurídico costarricense. Esto porque, sobre el tema de la violación, se indica que solo se concibe como un delito que involucra violencia física y moral en Occidente a partir de los años finales del siglo XIX. Incluso, se negaba la posibilidad de ultrajes perpetrados entre adultos por un hombre contra una mujer, como lo aseguraba un médico forense parisino en 1911, según este porque la femenina tendría la fuerza necesaria para repeler el ataque. Asimismo, si se consultan los diarios de circulación preponderante del momento, se puede observar el énfasis en el ladrón-asesino como epítome del delincuente, según las noticias a las que se brinda cobertura. Lo anterior provoca que la opinión pública se ensañe y tema a esa clase de malhechor, en detrimento de los criminales sexuales, con lo cual no es una preocupación generalizada entre la gente (Vigarello, 1999: 316-317).

Por ende, el castigo infligido por la violada madre de asesinar al hijo podría considerarse excesivo a los ojos de un censor moral a mediados del siglo XX. Esto porque los atroces casos reales de ultrajes podrían no ser públicos, además de la inconsciencia generalizada sobre la gravedad de un hecho de esta índole. La instancia narrativa lo tiene claro, es un sacrilegio, es uno de los pecados más graves y se castiga con la muerte, pero esto entra a reñir con la moral cristiana, siempre en espera de la conversión del pecador, así como en contra de la pena de muerte. De esta manera, se puede comprender un hipotético rechazo al actuar de Elena hacia el final del relato.

1.9. Consideraciones finales

A partir del análisis de los elementos estéticos y tópicos que pudieron ser objeto de la censura por parte de la Iglesia, y de desinterés del público y de los críticos

especializados, se pueden trazar ciertas afirmaciones. A grandes rasgos, este texto literario fue objeto de una visión canónica que lo marginó debido a su proximidad con movimientos literarios considerados caducos. En pleno auge del realismo, con una fuerte tradición costumbrista, específicamente, en el caso de la narrativa costarricense, se censuran las incursiones de la novela en el modernismo durante las descripciones de la naturaleza y de los diferentes ambientes en los que se desarrolla la diégesis. Se exalta de manera exacerbada la belleza, deleitándose en detallismos que se podrían tildar de superfluos.

Conjuntamente, el texto incorpora tópicos propios del romanticismo, como lo son el amor como enfermedad que aqueja a Elena antes de casarse con Fernando, la irracionalidad que domina al ser humano en las bajas pasiones que ostentan los diversos personajes representados a lo largo del texto, el reinado del destino sobre las vidas de las personas como en el impredecible accidente que mata a Fernando y cambia la vida de Elena, el individualismo manifiesto de Arturo en su filosofía hedonista que no tiene miramientos con las personas ni con ninguna clase de límite ético-moral, también tanto en el menosprecio del susodicho a la religión cristiana como la aparente intromisión de elementos sobrenaturales con la mención de la posible posesión infernal que lo aqueja, entre otros.

Ya la crítica literaria de su momento censuró fuertemente la construcción narrativa empleada por Rosalía de Segura. Como menciona Eco:

> «es Kitsch aquello que se nos aparece como algo consumido; que llega a las masas o al público medio porque ha sido consumido; y que se consume (y, en consecuencia, se depaupera) precisamente porque el uso a que ha estado sometido por un gran número de consumidores ha acelerado e intensificado su desgaste» (1984: 118).

Con esto en mente, queda claro que la novela puede inscribirse en la novela sentimental de la época, a la vez que ser una muestra *kitsch*. Vuelve su mirada al pasado para tomar diferentes elementos que fungen como modelo de la estructura y del contenido textual, pero que ya han sido agotados por la gran oferta dentro del mercado de capital cultural existente. Las masas y la crítica han aceptado dichos modelos, pero han sido consumidos hasta el hartazgo, con lo cual reciben negativamente la publicación de una muestra más en un contexto ya alejado del que inicialmente dio origen a dichas estéticas. Es por ello por lo que los intelectuales de su época optan por denostar tanto a la novela como a la autora.

Como muestra de esta condición se pueden mencionar las alusiones bíblicas, así como referencias clásicas-cultas de la tradición occidental desperdigadas a lo largo de la diégesis y explicadas a través de diversos pies de página. Estos elementos ejemplifican el acervo cultural de la escritora, aunque está desfasado por muchos decenios. Se dirige más temáticamente hacia un horizonte de lecturas del neoclásico o del clasicismo francés, así como estéticamente a la cultura finisecular francesa del simbolismo, modernismo y parnasianismo. Incluso, esto queda manifiesto en su afán pedagógico, puesto en boca de Elena quien hacia el final de la narración menciona la motivación de mostrar tan abominables hechos a las personas: para que no sigan esos pasos.

No obstante, se halla una ironía en el campo de lo temático. Aunque el conjunto estético-textual resulte trillado para un lector sagaz del momento, muchas de las situaciones descritas fueron innovadoras y hasta chocantes para el campo literario de la Costa Rica de mediados del siglo XX. Así, resulta rupturista, con lo cual se aleja de la concepción de lo *kitsch* ya citada. Arturo Saldívar se representa rodeado de signos relativos a lo diabólico. Nace como «luz» que se torna luciferina con su desarrollo en belleza y en intelecto. Crece precozmente, se encariña con las mujeres desde temprana edad, es fuerte y pendenciero con sus congéneres, lleno de sensualidad en su físico y crítico del dogma cristiano al abogar por el libertinaje, resulta borracho, mentiroso, violador, pederasta e incestuoso. Es la auténtica personificación del mal al abrazar los vicios sin miramientos, pero sucumbe en su propio pecado al ser asesinado en medio de la ejecución de sus maldades.

Asimismo, otros elementos censurables ya analizados son la presentación al lector de una cruenta escena de suicidio en una corrida de toros y de una vida bohemia y licenciosa con descripciones de prostíbulos y de los diversos agentes que operan en estos centros de placer. Los comentarios sobre la política mundial están a la orden del día. La instancia narrativa se atreve a arremeter contra dictadores y sus gobiernos despóticos, sin importar la ideología política de los caudillos y sin ceder a las presiones sociales que obligaban a guardar silencio al respecto, sobre todo al tratarse de un texto firmado por una pluma femenina.

Por último, es menester dar atención al texto en su conjunto y a la posibilidad de hacer una lectura de este desde el feminismo. Para ello, se toma la definición de novela feminista de Olivera-Williams, quien dictamina que es una «ficción que retrata, desde un

punto de vista femenino que evoluciona, un mundo deformado por construcciones culturales que menosprecian el potencial de los individuos, especialmente de las mujeres» (2023: 93). Incluso, parte de las concretizaciones de este tipo de narración posibilita «imaginar cambios concretos más allá de la ficción» (Olivera-Williams, 2023: 93), por lo cual encierra un potencial de cambio de mentalidad en sus lectores que puede ser preocupante para cualquier sujeto que ostente el poder en una sociedad determinada.

De acuerdo con lo anterior, se puede hacer referencia a una propuesta protofeminista en el texto. Esto a través de sus diversas diatribas morales contra los hombres que engañan a sus enamoradas y las abandonan tras los ultrajes. También, por las críticas lanzadas contra la sociedad patriarcal hipócrita que mira hacia otro lado cuando se exponen problemáticas sociales consideradas tabú o que no tienen trascendencia al estar ligadas al ámbito doméstico o de la moralidad sexual en detrimento del sexo femenino. Para romper con esto, se da la representación de una mujer fuerte, independiente y que no teme hacer justicia por sus propios medios como lo es Elena, la asesina de su hijo, pero también la vengadora que logra eliminar a un criminal en un contexto intradiegético en el cual las mujeres del lugar corrían peligro y estaban aterrorizadas por las acciones del canalla. Incluso, la lectura protofeminista se puede respaldar con la ubicación de la novela en el aparato historiográfico literario latinoamericano. Esto porque, dentro de la historia del feminismo latinoamericano, la primera etapa se puede trazar desde inicios hasta los años cincuenta del siglo XX, lapso caracterizado por la constante lucha de movimientos femeninos por igualdad política y civil. Al mismo tiempo, se gesta la literatura feminista de América Latina, con casos como el de Nellie Campobello (1900-1986) y su novela *Cartucho* (1931), que narra la Revolución Mexicana desde los ojos de una niña, texto considerado como antecesor de la novela feminista (Olivera-Williams, 2023: 93-94). Con ello, se puede ubicar a Rosalía de Segura como un eslabón perdido en la gestación de la literatura feminista latinoamericana; y concretamente en el caso costarricense, como nexo entre figuras como Carmen Lyra y Yolanda Oreamuno, quienes son usualmente consideradas como precursoras del feminismo.

Como conclusión, *Sacrilegio* es un texto de una estética no ortodoxa que involucra una crítica social, pero su pecado radica en plantearla desde una visión intimista. Al final de cuentas, se podría considerar que la novela también se enmarca en la tendencia de denuncia

social propia del realismo de la narrativa costarricense de mediados de siglo XX, pero es fuertemente castigada al ser firmada por una mujer y por inmiscuirse en temáticas inmencionables para la sociedad conservadora costarricense de aquel entonces que las consideró de mal gusto o de naturaleza problemática.

1.10. Criterios de esta edición

Para realizar esta edición de la novela *Sacrilegio*, se tomó como base la primera y única edición existente, la cual fue impresa en setiembre de 1944 en San José, capital de Costa Rica, por la Editorial Borrasé. Se procedió a conseguir dicha edición en forma de préstamo bibliotecario en sitio, en la sección de Libros Antiguos y Especiales, de la Biblioteca Joaquín García Monge, de la Universidad Nacional, en Heredia, Costa Rica.

En primer lugar, cabe mencionar que se ha optado por la modernización ortográfica de algunas palabras con el fin de no causar distracciones al lector. De igual manera, se ha actualizado el uso de la mayúscula y de la acentuación a la normativa actual con el mismo propósito. En cuanto a los signos de puntuación, se eligió el cambio de las comillas inglesas en el original (“…”) por las comillas españolas («…»); muy probablemente omitidas debido a que las máquinas de escribir de la época eran fabricadas bajo un esquema de industria anglosajón que carecía de las teclas idóneas para representar la gramática española de manera adecuada.

Sumado a esto, se han corregido gran cantidad de erratas a lo largo de la novela, las cuales se señalan puntualmente por medio de notas a pie de página. Empero, en ciertas ocasiones se han mantenido distintas manifestaciones de usos inadecuados del lenguaje que se presentaron en la versión original, aunque se señala su naturaleza por medio del mismo procedimiento.

En cuanto a ciertas palabras, se ha utilizado principalmente el *Diccionario de la lengua española* (DLE) de la Real Academia Española en casos en los que se consideró necesaria una aclaración con respecto al sentido del término para un lector contemporáneo. Por ejemplo, se ofrecen notas explicativas de voces castellanas antiguas o que han caído en desuso.

Asimismo, se hacen clarificaciones de elementos mitológicos y diferentes alusiones literarias que, a pesar de ser de cultura general, pueden escaparse de la comprensión de un lector promedio, y así se le evitan desviaciones por búsquedas constantes fuera del texto. Se ha seguido este mismo criterio a la hora de abordar otras muchas referencias del ámbito de las artes o de la alta cultura en general, así como en casos de referencias a la cultura popular. Aunado a esto, ha sido necesaria la inclusión de gran variedad de notas explicativas sobre muchas referencias religiosas al cristianismo y sus ritos, otras de diferentes figuras y hechos históricos, así como de sitios geográficos, englobados como parte tanto de la cultura centroamericana e hispanoamericana como la universal en general, que pueden ayudar al lector a comprender de mejor manera el porqué de su escogencia dentro del acabado textual, así como ser claves de análisis en sus propias interpretaciones.

Además, se presentan notas hermenéuticas del editor, con el fin de abordar singularidades del texto literario con respecto a la demás literatura costarricense de la época que lo convierten en un ejemplo de novela marginada, así como dar cuenta de distintos recursos retóricos y estilísticos o frases en general que pueden parecer oscuros en su sentido dentro del entramado narrativo que se ofrece.

De ninguna forma se ofrece una edición definitiva, sino una fundacional que sea base de diversas mejorías en ediciones posteriores, así como fuente de muchos otros comentarios críticos e investigaciones.

CONCLUSIONES

Seguidamente, se presentan las conclusiones de la investigación. Estas se construyen alrededor de las metas alcanzadas durante la elaboración de este informe. Los aportes se erigen según lo realizado en favor de la consecución de los objetivos general y específicos, así como otras diversas contribuciones adyacentes al campo de estudio de las disciplinas literarias y culturales costarricenses y centroamericanas en general.

1. Se logra la preparación de una edición crítica de la novela *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura (1917-1996), la cual se diseña con el propósito de ser publicada para la preservación de la novela debido a su condición de ser un texto octogenario con una única edición que se enfrenta al paso del tiempo y del cual se conservan un par de ejemplares resguardados de manera óptima en la sección de Libros Antiguos en la Biblioteca Joaquín García Monge del Campus Omar Dengo de la Universidad Nacional de Costa Rica.
2. Se realiza un estudio preliminar para dicha edición de la novela *Sacrilegio* que incluye aspectos biográficos, sociales, estéticos y de recepción relacionados con el texto repartidos en los apartados de «Introducción», «Datos biográficos de la autora», «Consideraciones generales sobre el texto», «Costa Rica y su realidad represiva en las décadas de 1930 y 1940», «Literatura femenina centroamericana: desde sus inicios hasta *Sacrilegio* (1944)», «La crítica contemporánea de *Sacrilegio* (1944)», «La censura eclesial sobre *Sacrilegio* (1944)» (con los subapartados «La Iglesia católica en Costa Rica durante la década de 1940» y «Aproximaciones a la censura de *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura»), «*Sacrilegio* (1944): entre el filo del conservadurismo y el muro de la moral cristiana», «Consideraciones finales» y «Criterios de esta edición».
3. En el acápite de «Introducción» se ofrecen los propósitos para la elaboración de la edición anotada de la novela, así como se expone someramente la metodología empleada y se muestra lo que se desarrolla en los demás apartados que le siguen.
4. Seguidamente, se ofrece en «Datos biográficos de la autora» una recopilación informativa sobre Rosalía Muñoz Picado, persona tras el nombre de pluma de

Rosalía de Segura-Rosalía d' Chumacero. Asimismo, se recapitula su obra completa para ofrecer a los especialistas y lectores en general una aproximación a los distintos géneros literarios y textos elaborados por la intelectual con el fin de exponer un mayor corpus digno de análisis y lectura.

5. A continuación, en «Consideraciones generales sobre el texto» se propone una somera descripción de la historia editorial de la novela, así como de sus características físicas en su primera edición y de su contenido en sí. También, se esboza una sinopsis de la trama, de la ubicación espacial y temporal de la diégesis y del tipo de lenguaje empleado para la narración.
6. Luego, en «Costa Rica y su realidad represiva en las décadas de 1930 y 1940» se esboza una reconstrucción de la situación sociopolítica de la nación centroamericana en miras de hacer ver el entramado ideológico que permite la censura durante dichas décadas en un país que históricamente se ha configurado como un ejemplo de libertad y democracia dentro del imaginario mundial sobre la política.
7. Posteriormente, en «Literatura femenina centroamericana: desde sus inicios hasta *Sacrilegio* (1944)» se presenta una historiografía literaria relacionada con los textos firmados por autoras femeninas a lo largo del devenir de las letras de la región para comprender la tradición que antecede a la novela en estudio y vislumbrar el panorama ante el cual se edita en primera instancia.
8. Con respecto al apartado de «La crítica contemporánea de *Sacrilegio* (1944)» se procede a explicar el concepto de canon para comprender los comentarios críticos tanto de la forma como del contenido ofrecidos por la crítica especializada contemporánea al texto y entender el posterior menosprecio y olvido en el que cae la narración, debido a factores de diversa índole y a la incomprensión de movimientos emergentes en la sociedad costarricense como el feminismo.
9. Sobre el apartado de «La censura eclesial sobre *Sacrilegio* (1944)», primeramente, se ofrece un bosquejo de la situación social y política de la institución de la Iglesia católica en la subsección de «La Iglesia católica en Costa Rica durante la década de 1940» con el fin de mostrar la realidad de dicho

ente como autoridad en el complejo entramado de la sociedad costarricense de mediados de siglo XX que posibilita la censura de la novela. En segundo lugar, en «Aproximaciones a la censura de *Sacrilegio* (1944), de Rosalía de Segura» se explican al lector las diferentes pruebas encontradas sobre la censura impuesta a la novela por parte de la Iglesia, con menciones a procesos de censura cinematográfica en el *Eco Católico*, así como publicidad de la novela en el mismo medio que luego guardó silencio sobre el texto. Por ello, se establece que la principal prueba de la censura que afectó al libro radica en el testimonio ofrecido por la nieta de la escritora, quien asegura que la censura se dio de boca en boca a través de las homilías de los sacerdotes capitalinos.

10. El preámbulo anterior abre paso al apartado sobre análisis textual, titulado «*Sacrilegio* (1944): entre el filo del conservadurismo y el muro de la moral cristiana». Aquí, se propone una lectura de la novela que reinterpreta los elementos estético-temáticos a la luz de los aportes de la teoría de la recepción, específicamente sobre el horizonte de expectativas de la época en la cual se publica la novela para reconstruir la problemática interpretación que los críticos literarios brindaron para denostar su lectura, así como la de los censores católicos que pudo haber considerado la necesidad de prohibir la lectura para los creyentes de la época.

11. Tras esto, en las «Consideraciones finales» se ofrece una recapitulación de los aportes del análisis, con la síntesis de los alcances interpretativos en relación con los objetivos propuestos al inicio del estudio preliminar.

12. Por último, el apartado final denominado «Criterios de esta edición» ejemplifica los procedimientos seguidos para el diseño de la edición crítica con respecto a la elaboración de una versión del texto idónea para un lector actual promedio que renueva las normas ortográficas y que se explaya en lo referente a términos y referencias de toda índole que podrían pasar desapercibidas al público de la novela para facilitar su proceso de recepción.

13. De vuelta a los alcances ofrecidos por el análisis, se presenta una interpretación de la censura moral que sufre el texto por causa de las relaciones problemáticas

existentes entre la cultura sentimental femenina y la sensibilidad conservadora de la época.

14. Dicha interpretación dicta que, estéticamente, el canon de la literatura costarricense lo condena al ostracismo debido a que se gesta durante el ápice de la literatura realista encarnada en la famosa «Generación del cuarenta» y se decanta por la intromisión de otras estéticas consideradas caducas para la época de publicación, como el modernismo en la descripción de distintos detalles y del ambiente, así como del romanticismo en cuanto a ciertos tópicos representados.

15. La hibridez de estéticas pretéritas aunado a la sobreabundancia de alusiones bíblicas y referencias grecolatinas provocan que se pueda considerar como un texto que es producto de la cultura sentimental, una novela *kitsch*, ya que resulta un ejemplo artístico desgastado desde el propio momento de ser publicada por vez primera.

16. No obstante, el afán rupturista de la novela se alcanza en su apartado temático, puesto que resulta sumamente transgresor si se compara con la tradición tópica en la literatura costarricense, centroamericana e incluso hispanoamericana al representar auténticas innovaciones que resultaron ser los elementos centrales en el dictamen de la censura eclesial.

17. Uno de los rasgos centrales para la condena de la Iglesia es la configuración del personaje de Arturo Saldívar como sujeto luciferino, de físico sensual, inteligente, amoral, herético, lascivo, mentiroso, ultrajador de mujeres y atraído hacia menores de edad, así como incestuoso, con lo cual se erige como símbolo de antivalores cristianos.

18. Asimismo, diversas representaciones a lo largo de la diégesis resultan escandalosas, como las muestras de suicidio, de la vida licenciosa de personajes en ambientes como burdeles y la detallada elaboración de las escenas de intentos de violación contra tanto personajes secundarios como la protagonista.

19. Las afrontas contra el conservadurismo costarricense se aprecian en los comentarios sobre la política internacional ofrecidos por la instancia narrativa en el texto al retar abiertamente la ley elaborada para evitar los comentarios hechos sobre gobernantes de todo el orbe en medios escritos de Costa Rica. Sumado a

esto, las diatribas arremeten contra figuras del espectro político en general, sin diferenciar la izquierda o la derecha, con lo cual se arriesga a levantar los ánimos de adeptos de todo el ámbito en un contexto sociopolítico marcado por los enfrentamientos ideológicos en la vida pública de la nación.

20. El texto en conjunto deriva en una propuesta protofeminista que efectúa denuncias graves hacia el sexo masculino en una sociedad patriarcal, lo cual pudo encender las alarmas del ala conservadora de la comunidad costarricense con respecto a la intromisión de ideas ajenas al contexto local en una época de marcado nacionalismo. Esta propuesta consiste en señalar a los varones que seducen jóvenes y las abandonan tras conseguir entrar en intimidad. Igualmente, se acusa la doble moral de la sociedad costarricense que pretende ignorar la existencia de situaciones problemáticas referidas al campo de la moral sexual mientras ataca a sus víctimas femeninas sin tratar de resolver estas taras de raíz.

21. Como contraparte de la figura condenatoria de Arturo, se ofrece la construcción de la protagonista Elena como una mujer forjada duramente frente a los embates de la vida, que puede desarrollarse de forma autónoma alejada de una figura masculina gracias al sustento económico que le brinda ser terrateniente, esto aunado a su firme ética innegociable que dictamina la necesidad de asesinar a su violador, aunque fuera su propio hijo.

22. Por todo lo expuesto, se tiene que la novela tiene una estética no ortodoxa, derivada de fuentes diversas, pero que carecen de vigencia y prestigio dentro de la programación historiográfica en la cual hace su aparición. Esto le conlleva un menosprecio a pesar de ostentar un carácter rupturista que vislumbra originalidad como valor textual, a la vez que resulta una narración novedosa al retratarse una denuncia social de índole intimista, más cercana al ámbito de lo doméstico y de los sentimientos, con lo cual se presenta como un modelo contradictorio respecto a las publicaciones canónicas de aquel entonces.

23. A grandes rasgos, esta investigación es un aporte sobre un tópico extremadamente olvidado dentro de los estudios literarios y culturales de la región, como lo es el fenómeno de la censura literaria, con lo cual se erige como un punto de partida para posibles futuros análisis sobre el tema.

24. Asimismo, presenta un estado de los conocimientos sobre el tópico de la censura valioso al ser un eslabón entre lo dictaminado por los especialistas con respecto a la literatura española y lo que se escribe al respecto para el caso de la región hispanoamericana.

25. Las propuestas teórico-metodológicas desarrolladas en la presente investigación se plantean como aportes para comprender el fenómeno de la censura, no solo eclesial, sino también política, en la literatura regional, debido al gran vacío de conocimientos al respecto en el istmo a pesar de la existencia de situaciones sociopolíticas muy particulares como lo son los gobiernos autoritarios desde el periodo de independencia y el control sobre el consumo de capital cultural por parte de la población en general con énfasis en la disputa ideológica entre la izquierda y la derecha en los periodos de guerrilla.

26. Este trabajo final de graduación puede potenciar la realización de futuras investigaciones que deriven en el planteamiento de una historia de la censura en las letras centroamericanas e incluso latinoamericanas.

27. La presente investigación abre derroteros de los estudios literarios en favor de la crítica hacia el canon establecido y sus fundamentos, así como del rescate de valiosa obra de diversos autores que puede quedar relegada en el tiempo y perderse definitivamente por fenómenos como la censura descrita o por la simple indiferencia de los investigadores.

28. Por último, se concluye que la novela analizada se adelanta al texto que la crítica costarricense ha tomado prototípicamente como manifestación base de la escritura femenina representativa de la tensión ideológica en el contexto de los 40, *La ruta de su evasión* (1949), de Yolanda Oreamuno. Esto porque *Sacrilegio* (1944) se coloca en un lugar importante como auténtica muestra de capital cultural que versa sobre los ya citados temas de la condición femenina y sus problemáticas dentro del ámbito de lo sentimental y lo doméstico en el entramado social costarricense.

BIBLIOGRAFÍA

Academia de Ciencias de la URSS. (1988). *Diccionario de filosofía*. (O. Razinkov, tr.). Bogotá: Ediciones Norte.

Abellán, M. (1989). Problemas historiográficos en el estudio de la censura literaria del último medio siglo. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. 13 (3), 319-329. https://www.jstor.org/stable/27762669

Alzate Piedrahita, M. y Gómez Mendoza, M. (2009). El marco teórico: discurso, concepción, retórica y análisis conceptual. Por M. Gómez Mendoza, J. Deslauriers y M. Alzate Piedrahita (Eds.). *Cómo hacer una tesis de maestría y doctorado: investigación, escritura y publicación*. (63-88). Bogotá: Ecoe Ediciones.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. (E. Suárez, tr.). México: Fondo de Cultura Económica.

Arias Mora, D. (2011). *Utopías de quietud: cuestión autoritaria y violencia, entre las sombras del nazismo y del dilema antifascista (Costa Rica, 1933-1943)*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.

Bonilla, A. (1984). *Historia de la Literatura Costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.

Botto, M. (2009). Canon. Por J. Amícola y J. De Diego (Coords.), *La teoría literaria hoy: Conceptos, enfoques, debates*. La Plata: Al Margen.

Castro, A. y Soriano Salkjelsvik, K. (2021). El siglo XIX desde la sensibilidad conservadora: nuevas perspectivas. Por K. Soriano Salkjelsvik (Ed.). *Sensibilidades conservadoras: el debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el siglo XIX*. (11-38). Frankfurt a. M., Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft. https://doi.org/10.31819/9783968691602

Cortina, A. (2000). *Ética mínima: introducción a la filosofía práctica*. Madrid: Tecnos.

_____. (2019). *¿Para qué sirve realmente la ética?*. Bogotá: Paidós.

Darnton, R. (2014). *Censores trabajando: De cómo los Estados dieron forma a la literatura*. (M. Ortega, tr.). México: Fondo de Cultura Económica.

Dávila Newman, G. (2006). El razonamiento inductivo y deductivo dentro del proceso investigativo en ciencias experimentales y sociales. *Laurus*. 12, 180-205.

Díaz Arias, D. (2009). *Social Crises and Struggling Memories: Populism, Popular Mobilization, Violence, and Memories of Civil War in Costa Rica, 1940-1948*. [Tesis de Doctorado en Filosofía]. Indiana University, Department of History.

Dubois, J. (2014). *La institución de la literatura*. (J. Zapata, tr.). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Duncan, Q., González, J., Jiménez, G., y Mora, M. (1995). *Historia crítica de la narrativa costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.

Eco, U. (1984). *Apocalípticos e integrados*. (A. Boglar, tr.). Barcelona: Editorial Lumen.

Fermandois, J. (1996). Movimientos conservadores en el siglo XX: ¿Qué hay que conservar?. *Estudios Públicos*. (62), 1-36.

Fowler, C. (1988). Género y canon literario. Por M. Á. Garrido Gallardo (Coord.). *Teoría de los géneros literarios.* (95-128). Madrid: Arco/Libros.

Garnier Ugalde, J. (2017). *Cien novelas costarricenses*. Heredia: Editorial Universidad Nacional.

Guevara Patiño, R. (2016). El estado del arte en la investigación: ¿análisis de los conocimientos acumulados o indagación por nuevos sentidos? *Revista Folios*. (44), 165-179. https://doi.org/10.17227/01234870.44folios165.179

Guillory, J. (1993). *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*. Chicago: University of Chicago Press. https://doi.org/10.7208/chicago/9780226310015.001.0001

Ingarden, R. (1987). Concretización y reconstrucción. (S. Franco, tr.). Por D. Rall (Comp.). *En busca del texto: teoría de la recepción literaria*. (31-54) México: Editorial Universidad Nacional Autónoma de México.

Iser, W. (2010). El proceso de lectura. Por N. Araujo y T. Delgado (Eds.). *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*. (311-327). Barcelona: Anthropos Editorial.

Jauss, H. (2010). Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria. Por N. Araujo y T. Delgado (Eds.). *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*. (187-190). Barcelona: Anthropos Editorial.

Jiménez, D. (2001). Harold Bloom: la controversia sobre el Canon. *Literatura: teoría, historia, crítica*. (3), 15-62.

Kermode, F. (1998). El control institucional de la interpretación. Por Enric Sullà (Comp.). *El canon literario*. (91-112). Madrid: Arco/Libros.

Keating, M. (2013). Cultura y ciencia social. Por D. Della Porta y M. Keating (Eds). *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales: una perspectiva pluralista*. (111-129). Madrid: Ediciones Akal.

Luis Luján, Á. y Sánchez Ortiz, C. (2016). *Literatura y poder: Las censuras en la LIJ*. España: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. https://doi.org/10.18239/ins.119.2016

Meyer, D. (26 de marzo de 2010). ALGO DE LA VIDA DE ROSALIA DE CHUMACERO, ESCRITORA DE "PERFIL Y PENSAMIENTO DE LA MUJER MEXICANA". *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa*. http://perfildemujeredificiovizcaya.blogspot.com/2010/0 3/algo-de-la-vida-de-rosalia-de-chumacero.html

_____. (18 de octubre de 2010). ROSALIA D' CHUMACERO... ALGO DE SU OBRA CON LA UNION FEMENINA DE PERIODISTAS Y ESCRITORAS DE MEXICO. *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa*. http://perfildemujeredificiovizcaya.blogspot.com/2010/10/rosalia-d-chumacero.html

_____. (1 de febrero de 2011). LA BELLEZA DEL ALMA DE MI AMADA ABUELA: ROSALIA D' CHUMACERO. *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa*. http://perfildemujeredificiovizcaya.blogspot.com/2011/02/rosalia-d-chumacero-1917-1986.html

_____. (2 de febrero de 2011). ROSALIA D'CHUMACERO 1917-1986. *Perfil de mujer edificio Vizcaya Rosalía D' Chumacero… Luminosa*. http://perfildemujeredificiovizcaya.blogspot.com/2011/02/rosalia-dchumacero.html

Meza Márquez, C. (2011). *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 1910*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

_____. (2020). Lucila Gamero Moncada, primera novelista centroamericana e iniciadora de una tradición disruptiva en la escritura de mujeres. *Odio*. (5-23). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Mignolo, W. D. (1994). Entre el canon y el corpus: Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina. *Nuevo Texto Crítico*. 7 (1), 23-36. https://doi.org/10.1353/ntc.1994.0027

Minerval. (17 de setiembre de 1944). Palpitaciones nacionales. *Eco Católico*, 181.

Molina Jiménez, I. (2006a). Catolicismo y comunismo en Costa Rica (1931-1940). *Desacatos*. (22), 157-172.

_____. (2006b). Orígenes de la reforma social en Costa Rica: Iglesia católica y comunistas en la década de 1940. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*. (25), 137–145. https://doi.org/10.17141/iconos.25.2006.170

_____. (13 de diciembre de 2022). Las primeras novelistas costarricenses. *Voz Experta UCR*, s.p. Recuperado de https://www.ucr.ac.cr/noticias/2022/12/13/voz-experta-las-primeras-novelistas-costarricenses.html [Consulta 19 enero 2023].

Mora Carvajal, V. (2003). *Rompiendo mitos y forjando historia: mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Oliva Medina, M. (2021). Historia del Repertorio Americano (1919-1958) y las rutas de su interpretación. *Repertorio Americano*, 23-36. https://doi.org/10.15359/ra.2020-e4

Olivera-Williams, M. R. (2023). La descolonización del canon: la novela feminista latinoamericana en el siglo xx. *Revista [sic]*. (29), 89–103. https://doi.org/10.56719/sic.2021.29.12

Ortiz Millán, G. (2016). Sobre la distinción entre ética y moral. *Isonomía*. (45), 113-139. https://doi.org/10.5347/45.2016.60

Ovares, F., Rojas, M., Santander, C. y Carballo, M. (1993). *La casa paterna: escritura y nación en Costa Rica.* San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Pérez Priego, M. (1997). *La edición de textos*. Madrid: Editorial Síntesis.

Pérez del Puerto, A. (2016). *La censura católica literaria durante la Posguerra española: Traspasando las fronteras de la ideología franquista*. [Tesis de Doctorado en Filosofía]. University of Tennessee, Knoxville.

Picado, M. (6 de enero de 2008). Eco Católico: 125 aniversario. *Eco Católico*, 8-9.

Pulido Tirado, G. (2009). El canon literario en América Latina. *Revista Signa*. (18), 99-114. https://doi.org/10.5944/signa.vol18.2009.6201

Quesada Chaves, M. J. (2020). La lucha por el sufragio femenino en Costa Rica (1923-1953): Relaciones entre la Sociedad Teosófica, la comasonería y la Liga Feminista. *REHMLAC+, Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña Plus*. 13 (1), 101–132. https://doi.org/10.15517/rehmlac.v13i1.44262

Quesada Soto, A. (2010). *Rutas de subversión: la novela de los años cuarenta*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Rodríguez Sáenz, E. (2003). *Los discursos sobre la familia y las relaciones de género en Costa Rica (1890-1939).* San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

_____. (2005). Visibilizando las facetas ocultas del movimiento de mujeres, el feminismo y las luchas por la ciudadanía femenina en Costa Rica (1890-1953). *Diálogos. Revista de Historia*. 5 (1-2), 1-26. https://doi.org/10.15517/dre.v5i1-2.6230

_____. (2023). Las mujeres y el Partido Comunista de Costa Rica: feminismo y conquista del sufragio femenino (1931-1949). *Historia Regional*. (49), 1-16.

Rojas González, M. y Ovares Ramírez, F. (2018). *100 años de literatura costarricense. Tomo I*. Segunda edición. San José: Editorial Costa Rica ; San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Rojo, G. (1997). Crítica del canon, estudios culturales, estudios postcoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil. *Kipus: revista andina de letras*. 6 (1), 5-17.

Ruíz Bautista, E. (2017). ¿Una censura católica? Censura editorial y catolicismo durante el franquismo (1939-1966). *Historia Actual Online*. 42 (1), 71-85.

Sandí, J. (2013). La construcción del ideario del costarricense por parte de la jerarquía de la Iglesia Católica 1850-1920. *Perspectivas*. (6), 1-43.

Segura de, R. (1944). *Sacrilegio*. San José: Editorial Borrasé.

Silvina Souza, M. (2012). La formulación del problema de investigación: preguntas, origen y fundamento. Por M. Silvina Souza, N. Mangariello y C. Giordano (Comps.). *Hacia la tesis: itinerarios conceptuales y metodológicos para la investigación en comunicación*. (39-49). La Plata: Editorial de la Universidad de La Plata.

Solera, R. (1964). *La novela costarricense*. [Tesis de Doctorado en Filosofía]. University of Kansas, Department of Romance Languages and Literatures.

Soriano Salkjelsvik, K. y Martínez-Pinzón, F. (2016). Revisitar el costumbrismo: cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica. Por K. Soriano Salkjelsvik y F. Martínez-Pinzón (Eds.). *Revisitar el costumbrismo: cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica*. (7-30). Berna: Peter Lang Edition. https://doi.org/10.3726/978-3-653-06538-1

Soto, F. (14 de julio de 1988). Mensajera de la Paz. *La República*, 20.

Tribunal de Censura Cinematográfica de Acción Católica. (2 de enero de 1944). Censura de películas. *Eco Católico*, 6.

Tribunal Supremo de Elecciones. (2020). *María Rosalía Josefa Muñoz Picado*. Recuperado el 11 de mayo de 2020 en https://www.consulta.tse.go.cr/consulta_persona/resultado_persona.aspx

Valdeperas, J. (1979). *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.

Vigarello, G. (1999). *Historia de la violación: Siglos XVI-XX*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Vílchez, Y. (2012). Ética y moral: Una mirada desde la gerencia pública. *Revista Formación Gerencial*. 11 (2), 232-247.

Víquez Guzmán, B. (11 de setiembre de 2009). Rosalía Muñoz Picado de Segura. *El arte literario y su teoría*. http://heredia-costarica.zonalibre.org/2009/09/rosalia-munoz-picado-de-segura.html

ANEXO

ROSALÍA DE SEGURA

SACRILEGIO (1944)

EDICIÓN, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE
JOSE PABLO VALERIO ARCE

CAMPUS OMAR DENGO
2020-2023

Dedicatoria

Al situar esta novela en
MÉXICO, lo hice, porque
aún sin haber estado jamás
bajo el cielo de esa tierra
maravillosa por mil motivos,
tengo para ella un cariño
profundo y una admiración
intensa[3].
Por eso dedico este libro
al valiente y culto pueblo
mexicano, en la persona de
su presidente: General don
MANUEL ÁVILA CAMACHO[4]

Rosalía de Segura

[3] Destaca la elección de la autora de ubicar las acciones de su texto en territorio mexicano, en apariencia por una motivación personal. Esto, como se aprecia en la crítica del periodo, provocó que los especialistas calificaran a la novela de «extraña» con respecto a las manifestaciones literarias de su época y fue uno de los factores que ayudó a que cayera al margen del canon costarricense en revisiones posteriores. Cabe la pena mencionar que la autora pudo cumplir su sueño, pues vivió en México durante varias décadas hasta su muerte.
[4] Manuel Ávila Camacho (1897-1955): presidente mexicano de 1940 a 1946, durante la época en que se escribe y publica la novela. Esta dedicatoria se estructura en forma de sinécdoque. Así, se dedica al pueblo mexicano a través de la figura del mandatario, quien tenía el mote de «presidente caballero» por buscar formas de acabar con el anticlericalismo político imperante en México hasta el momento. Sumado al interés y el conocimiento de la escritora sobre la fe católica, como se aprecia a lo largo del texto en diversas ocasiones, es fácil identificar los motivos de la admiración de la autora por el mandatario.

Mi secretaria leyó esta novela antes que yo. Ocurre que soy dado a la benevolencia, y más cuando la obra pertenece a una mujer. Virginia Sandoval, mi inteligente secretaria y discípula, es, en esto, más justa y más equilibrada que yo. He aquí sus notas sobre «SACRILEGIO».

«Después de leer "SACRILEGIO", la nueva novela de Rosalía de Segura, hemos de convenir, entre otras cosas, en lo siguiente: Entre "ALMA"[5]*, su obra anterior y ésta, se advierte un avance considerable. En aquella hay un tema mucho más simple; en "SACRILEGIO", se revela ya la creadora, quizás con proyecciones más amplias en lo que se refiere al análisis psicológico de los personajes.*

Es una narración interesante que mantiene viva la atención del lector tras el desenlace final, sobre todo, desde que Arturo —el personaje principal— comienza a forjarse su vida independiente[6]*.*

La figura de Elena, madre de Arturo, es una de las mejor trazadas; simboliza la virtud y el sacrificio.

Pero si alabamos a la autora por su magnífica concepción del tema, no podremos omitir, no a manera de censura sino más bien de recomendación, que insista en pulir un poco más la forma con que expresa sus ideas.

Suponemos que lo que sucede es que se trata de los primeros frutos literarios de la señora de Segura, por lo cual vemos con simpatía su esfuerzo.

No dudamos que ella —que posee una rica imaginación—, con el tiempo, cuando con el ejercicio haya logrado el armonioso equilibrio entre el contenido y la forma, obtendrá muchos triunfos más.»

Eso dice Virginia y a mí también me lo parece. Suscribo ese juicio en todas sus partes.

No se trata, por tanto, de una obra vulgar; más bien, extraña y valiente por el recio motivo y por la forma vigorosa de idearlo. Lástima que, en lo referente al estilo, también esté de acuerdo con mi discípula y secretaria.

Creo, sin embargo, que el libro tiene méritos esenciales. Y que su impetuosa autora se esforzará, más tarde, en dominar los caprichos artísticos del idioma.

Piensa con vigor y audacia nada vulgares sus motivos. No importa mucho, por el momento, que el mármol se le rebele bajo sus manos, si en ellas vibra la gracia y la pasión medulares del verdadero artista.

MOISÉS VINCENZI[7]

---

[5] *Alma* (1942) es el debut novelístico de Rosalía de Segura.

[6] La visión crítica establece como personaje principal a Arturo. No obstante, la trama inicia y cierra con el arco de Elena, su madre. Así, bajo nuestro criterio, la protagonista en realidad es esta última. Con ello, el análisis que se ofrece del texto varía sustancialmente, puesto que se debe enfocar en el sujeto femenino.

[7] Moisés Vincenzi (1895-1964): filósofo y escritor. Premio Nacional de Cultura Magón en 1962. Se desempeñó como docente en varias instituciones secundarias del país. También fue director del Instituto de Alajuela, director general de Bibliotecas Públicas y catedrático de Filosofía e Historia en la Universidad Nacional. Fue miembro de la Academia Costarricense de la Lengua desde 1941 hasta su fallecimiento. La Asamblea Legislativa lo declaró Benemérito de la Patria en 1964.

CAPÍTULO PRIMERO

LA BODA

Eran las seis[8] de la tarde. El sol proyectaba aún sus mortecinos rayos, y los celajes que se habían formado parecían arabescos[9] de vivos y nacarados colores, suspendidos en la atmósfera, bajo el tachonado cielo azul de la gran ciudad de México.

Las campanas de la suntuosa catedral[10] tocaban «El Ángelus», mas no se vio entonces a nadie inclinar la cabeza como de costumbre para saludar devotamente con el Ave María a la Madre de Dios[11].

La atención de todos era demasiado atraída por el muy sonado suceso del día para acordarse de hacerlo.

Ya se había ido aglomerando gran golpe de gente en el Zócalo[12], sobre las ruinas del Gran Teocalli[13], antiguo templo de los aztecas, y mayor aún era el número de los que se habían estacionado en la Avenida 20 de Noviembre[14], frente al Palacio Nacional[15] y el Ex-Palacio Municipal[16].

Tanta era la muchedumbre, tanta la agitación, y tan fuerte el bullicio, que nadie recordaba haber presenciado nunca semejante espectáculo desde que en 1667 se construyera el histórico templo[17].

Hacía más de una hora que, como impetuosas marejadas, hombres y mujeres de todas clases y edades habían ido acudiendo con el fin de ocupar los lugares circundantes a la catedral en cuyo recinto se hacía ya difícil poder penetrar; pero los más decididos, a empellones pugnaban por acercarse hasta donde era posible, con el ansia de presenciar la ceremonia de la boda de Elena Revilla, la hija de don Alberto Revilla, descendiente éste de linajudos[18] antepasados, y uno de los más estimados y ricos señores de la capital azteca. Todos querían ver, siquiera unos segundos, a la gentil niña de catorce abriles[19], que iba a

---

[8] En el original: «la seis» [errata].

[9] arabescos: en su tercera acepción: «Línea sinuosa que se entrecruza. El humo del cigarrillo traza arabescos en el aire» (DLE).

[10] Hace referencia a la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. Su construcción abarcó desde 1573 hasta 1813.

[11] A través del relato, en diferentes ocasiones se recalca constantemente el conocimiento de la voz narradora sobre la religión católica. De hecho, su posicionamiento siempre se da desde la moral cristiana. Por ello, resulta de interés analizar la censura que la Iglesia aplicó al texto a pesar del enfoque dado.

[12] Zócalo: Forma popular con la cual se alude a la Plaza de la Constitución. Es la segunda plaza más grande del mundo.

[13] Especie de pirámide mesoamericana coronada con un templo. Aquí, el referente extralingüístico son las ruinas del Templo Mayor de los mexicas, en la antigua Tenochtitlán, centro político de los aztecas. Esta cultura nativa gozó de gran poder. Su fin ocurrió el 13 de agosto de 1521, cuando los españoles y otros aliados indígenas los derrotaron en este sitio. Sobre sus ruinas, se ubica la actual Ciudad de México.

[14] Ancha vía construida en conmemoración de los veinte años de la Revolución mexicana de 1910.

[15] Sede del Poder Ejecutivo en México. Inicialmente, se construye en 1522 como residencia privada de Hernán Cortés, sobre el antiguo palacio de Moctezuma, líder de los aztecas.

[16] La coherente caracterización del espacio físico de la escena es destacable. Cabe recordar que, hasta ese entonces, la autora no había pisado suelo mexicano.

[17] Alude a que las obras en la parte externa de la catedral iniciaron en 1667.

[18] linajudo: «Dicho de una persona: Que es o se precia de ser de gran linaje» (DLE).

[19] Metáfora que expresa la edad de la contrayente. Aunque actualmente resulte escandaloso pensar en el matrimonio de una adolescente, era una costumbre corriente de la época en el país y en la cultura latinoamericana en general.

contraer matrimonio con don Fernando Saldívar, también él, personaje destacado, de noble alcurnia y de alta significación social.

La catedral radiante de luz tenía sus elevadas columnas ceñidas con guirnaldas de albas y perfumadas flores. A lo largo de la majestuosa nave central, en dos filas paralelas lucíanse artísticos maceteros de la más pura plata mexicana, con gran profusión de azáleas[20] y gardenias exquisitamente dispuestas en ellos.

Desde la entrada principal hasta el presbiterio del altar mayor, extendíase por todo el centro una mullida alfombra de terciopelo rojo exornada[21] con pétalos de rosas blancas, como blanca e inmaculada era el alma de la «niña novia», que habría de caminar sobre ella, a paso lento, para ir a recibir, junto con su gallardo prometido, la anhelada bendición nupcial, ya pronta a celebrarse.

El altar mayor envuelto en albos y ricos encajes de Venecia, e iluminado con centenares de cirios, se hallaba rodeado de artísticas canastas de bellísimas flores llegadas de todos los jardines de Xochimilco[22].

Era deslumbrador de veras el espectáculo que ofrecía a[23] los ojos atónitos de todos el interior de la magnífica catedral… donde el Arte y la Naturaleza[24] parecían rivalizar en belleza.

La ansiedad de los concurrentes apiñados en su recinto crecía cada vez más, veíase cómo oscilaban en febril inquietud las cabezas y cómo no se apartaban las miradas de la puerta principal, por donde con gran expectación se esperaba ver entrar a la aristocrática comitiva.

En tanto que las más de las mujeres no dejaban de platicar irreverentemente y de murmurar, observándose unas a otras, hasta donde alcanzaban a ver los ojos escudriñadores de las criticonas.

A decir verdad, en esa inmensa y abigarrada[25] concurrencia, donde predominaba el elemento femenino, había sobrados motivos para excitar la curiosidad general.

Lucían sus gracias mujeres de excepcional belleza y exquisita elegancia, y otras, suplían la elegancia con la hermosura de sus ojos negros y la frescura de sus bocas rojas, aunque vistieran estas humildes trajes de baratillo.

De pronto, un rumor sordo circuló por todo el ambiente y aumento el desorden, pues instantáneamente se vio cómo se trepaban en los mismos asientos a fin de ver mejor y no perder detalle.

En el coro se oyó al mismo tiempo el afinar de varios instrumentos, dando a conocer así también los músicos su impaciencia; escuchábase a intervalos la voz del maestro de ceremonias pasando lista a los padrinos y damas de honor, y, cuando éste tuvo a todos los personajes listos, se inició el desfile hacia el altar al compás de la marcha de Lohengrin[26].

---

[20] En el original: «azalias» [errata].

[21] exornadas: participio de extornar: «Adornar, hermosear» (DLE).

[22] Xochimilco: sitio al sur de la Ciudad de México. Allí se encuentran unos famosos canales como vestigio de un sistema de transporte ideado por los aztecas. Actualmente, es un sitio turístico.

[23] En el original: «o» [errata].

[24] Con mayúscula en el original, aparecen personificados.

[25] abigarrada: en su segunda acepción: «Heterogéneo, reunido sin concierto» (DLE).

[26] *Treulich geführt* (Coro nupcial), parte de la ópera *Lohengrin* (1850), del compositor del Romanticismo alemán Richard Wagner (1813-1883). Es la tradicional pieza que acompaña la entrada de la novia en las bodas de la cultura occidental.

Viose a don Fernando Saldívar, noble por su cuna y por su porte, perfecto tipo de descendiente español, que vestido de elegante frac[27] iba del brazo de su madre doña Julia Paní de Saldívar, quien, dada su viudedad, llevaba largo traje negro de terciopelo y encaje con un broche de diamantes en el pecho y un encaje de Chatilly, también negro, cubriendo su blanca cabeza[28].

Llegados que hubieron al cuadrilátero destinado para la ceremonia, desfilaron las cincuenta parejas de padrinos que encabezaban el Sr. Presidente de la República y la madre de Elena, doña Carlota Santa Ana, seguidos por los más distinguidos miembros del cuerpo diplomático con sus honorables esposas y los más aristocráticos personajes de la nobleza mexicana.

Vestían los hombres igual al novio y las damas acentuaban sus encantos con unos trajes largos azul mar, portando en sus enguantadas manos ramos de pálidas gardenias.

Terminando el desfile de los padrinos cambió la orquesta sus papeles y se escuchó la partitura titulada «Sueño de una Noche de Verano»[29], al mismo tiempo que se vieron avanzar hacia el altar a las seis damas de honor de la novia, precedidas por la bellísima Nelita Velasco, quien con la majestad de una princesa llevaba traje de la época de Eugenia de Montijo[30], confeccionado en tafetán[31] y encaje celestes. Iguales eran los de sus compañeras, guantes del mismo color les cubría el antebrazo, y en sus manos portaban corazones de flores hechos de minutas rosas rojas. Las cabezas de las damas de honor iban cubiertas por velos de tul[32] celeste bordados de pequeñísimas rosas, también rojas. Una banda del mismo[33] ceñía el óvalo de sus rostros.

Venía siguiendo al encantador grupo la hermana de la novia, la linda Lilya Revilla, hermana mayor de Elena y su mejor amiga. Vestía esta hermosa joven a estilo época Ana de Austria[34]. Era su traje verde Nilo[35], recamado de chispitas de cristal. Cubría su cabeza cayéndole sobre la espalda precioso encaje acorde con el vestido en color y con los adornos de aquel. Lilya llevaba en sus mórbidas[36] manos un rosario de oro con cruz de brillantes y

---

[27] frac: «Vestidura de hombre, que por delante llega hasta la cintura y por detrás tiene dos faldones más o menos anchos y largos» (DLE).

[28] Se muestra un respeto a las tradiciones más conservadoras con respecto al matrimonio y la viudez, como lo son la adopción de la mujer del primer apellido de su marido, así como la vestimenta de luto, respectivamente.

[29] El compositor Felix Mendelssohn (1809-1847), romántico alemán, compuso una obertura y diversas piezas musicales inspirado en la comedia homónima escrita entre 1595 y 1596 por William Shakespeare (1564-1616). Aquí, el signo funge como muestra de la alegría del momento.

[30] Eugenia de Montijo (1826-1920): aristócrata española y emperatriz consorte de los franceses como esposa de Napoleón III.

[31] tafetán: «Tela delgada de seda, muy tupida» (DLE).

[32] tul: «Tejido delgado y transparente de seda, algodón o hilo, que forma malla, generalmente en octógonos» (DLE).

[33] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que «mismo» no se usa como pronombre, se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

[34] Ana de Austria (1601-1666): fue infanta de España y Portugal por ser hija de los reyes Felipe III de España y Margarita de Austria-Estiria, y reina consorte de Francia y de Navarra por su matrimonio con Luis XIII, del cual nació Luis XIV, rey de Francia.

[35] El mayor río de África, que fluye en dirección norte a través de diez países —Burundi, Ruanda, Tanzania, Uganda, Kenia, República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Sudán, Egipto y Etiopía— hasta desaguar en el extremo sureste del mar Mediterráneo, formando el gran delta del Nilo, sobre el que están situadas las ciudades de El Cairo y Alejandría. Con una longitud de 6853 km es el segundo río más largo del mundo, tras el Amazonas.

[36] mórbidas: «Blando, delicado, suave» (DLE).

un libro de misa con tapas de marfil, los que entregaría a Elena para que rezara con ellos sus primeras oraciones después de casada.

Cuando la bella Lilya llegó a su sitio, «Sueño de una Noche de Verano»[37] se oyó «pianísimo», y viose venir un grupo de seis encantadores chiquillos cual ángeles desprendidos de un cuadro de Rafael[38].

Lo constituían dos dioses cupidos[39] de sin igual gracia, con arcos y flechas doradas, los que fueron a colocarse apuntando las flechas frente al reclinatorio donde debían arrodillarse los novios; seguían las porta arras[40] y anillos nupciales, graciosas niñitas capullos de belleza, vestidas con trajes similares a los de las damas de honor, pero rosados, y de rosas coronadas estaban sus lindas cabecitas. Llevaban en azafate de plata y cristal los anillos y las arras, y al llegar al lugar de su destino colocáronse a ambos lados de Lilya que estaba tras el reclinatorio.

Por último, avanzaron dos preciosas chiquillas vestidas de jardineras, calzando zapatitos de raso[41] precioso encaje[42] acordé con el vestido en color y con malin[43] amarillos como sus trajes, y, prendidos en sus cabezas, lazos del mismo color. Conducían una canasta en forma de trébol llena de flores, que fueron dejando caer a su paso sobre la alfombra. Colocáronse una a cada lado de las niñitas porta arras, quedando Lilya al centro de las cuatro.

El cuadro era encantador. Nadie podría creer que llegara a encontrarse un conjunto de mujeres más lindas que las que habían pasado en aquel desfile, ni que la elegancia y donaire fueran por nadie superados. Mas, no obstante, al escucharse las notas de la gran Marcha Nupcial de Mendelson[44], suspendiéronse cual uno solo todos los pensamientos, y volviéronse todos a mirar la deslumbrante aparición de Elena Ravilla, la novia, que, del brazo de su padre don Alberto, se llegaba hasta el altar.

Era digno de admirar el contraste imponente de esta pareja. La hija, imagen viva de la primavera; bella, radiante, hermosa, con preciosos ojos negros, cuyas pestañas arqueadas y largas eran cual negras y sedosas cortinas que velaran el fulgor de aquella mirada inocente a la que hacían marco unas cejas divinamente trazadas; su nariz, perfecta, su boca, linda hasta causar envidia a las más hermosas, tenía la rojez de los cárdenos lirios, y con su risa fresca y alegre, mostrábanse dos filas de brillantes y encantadoras perlitas blancas.

Sus cabellos negros como la endrina[45] caíanle en graciosos bucles sobre los hombros, coronando los más rebeldes su frente de Diosa. A su cutis de armiño[46] imprimieron las rosas de Tosca en las mejillas sus colores. Su cuello, sus brazos torneados

---

[37] En el original: «Sueño de una Noche Verano» [errata].
[38] Rafael Sanzio (1483-1520): pintor y arquitecto italiano del Renacimiento.
[39] Cupido: «De Cupido, hijo de Venus, dios del amor en la mitología romana (…) Representación pictórica o escultórica del amor, en la forma de un niño desnudo y alado que suele llevar los ojos vendados y porta flechas, arco y carcaj» (DLE).
[40] arras: en su segunda acepción: «En algunos ritos matrimoniales, monedas que los desposados se entregan como símbolode su unión» (DLE).
[41] raso: en su octava acepción: «Tela de seda lustrosa, de más cuerpo que el tafetán y menos que el terciopelo» (DLE).
[42] En el original: «eicaje» [errata].
[43] Tipo de tela.
[44] Pieza incluida en el balé *El sueño de una noche de verano* y ambientada en la obra homónima de Shakespeare. Es una de las marchas nupciales más usadas, generalmente interpretada por un órgano.
[45] endrina: «De color negro azulado» (DLE).
[46] armiño: «Cosa pura o limpia» (DLE).

y sus diminutas manos, diríanse la obra de Benvenuto Cellini[47]. Y, no obstante su corta edad, ya acusaba su cuerpo esas curvas suaves, prometedoras de una floración de mujer.

Además, la belleza de Elena, sus juveniles encantos, venían realzados por un primoroso ajuar de novia que despertó la admiración de cuantos pudieron verla.

Era su traje de la época de María Antonieta[48]. La falda y el busto de raso sobrecubiertos de encaje recamado de diminutas estrellitas de cristal; de este mismo encaje estaban formados el pecho y las abullonadas[49] mangas, desde el busto hasta el nacimiento de la garganta y sobre los mórbidos brazos solo estaba la blanca piel cubierta por el fino encaje.

Pendía de sus hombros un manto de marfilino chifón[50] que le formaba la espalda ceñido a la cintura por un cordón de tupidos azahares, cayendo de la cintura en infinitos pliegues y formándose así la abanicada cola de diez metros de largo por otros tantos de ancha.

Sobre el chifón brillaban las estrellitas de cristal cual gotas de rocío sobre alfombra de nieve. El velo espumoso, de blancura inmaculada, cubría la cabeza sujetando el peinado con una linda corona de azahares, la flor de las novias, y caíale como lluvia de luna, blanca y transparente, compitiendo con la cola en esplendorosa hermosura.

Simbolizaba la virtud en sus manos un bello *bouquet*[51] de blancas y perfumadas rosas con lazos de malin. Aquella novia de ensueño, diríase alada, por los quedos y pequeños pasitos dignos de sus finos zapatitos de raso[52].

Avanzaba lentamente iluminando su celestial belleza con una dulce sonrisa y toma del brazo de su padre. Pensábase, al verlos uno junto al otro, en la Radiante Primavera asida del brazo del majestuoso invierno.

Era éste de distinguido porte como el de su hija, coronado su cuerpo en otro tiempo esbelto por la cabeza blanca cual poema de plata. Un rizo encrespado sobre la frente era el único signo de rebeldía en aquel imponente y noble anciano.

Tenía como Elena la tez blanca, pero sin la frescura de la juventud, sus rasgos fisonómicos adivinábase que habían sido perfectos. A pesar de los años que sobre él pesaban, eran su andar elástico y firme.

Una inmensa ternura se veía en sus ojos para su hija, «la Nenita», como él la llamaba[53], tan grande era que a los acordes de la Marcha Nupcial se asomaron a ellos las lágrimas, en tanto que iba a pasos rítmicos llegando hacia el altar donde debía entregarla a Fernando.

Llegaron. El novio trémulo[54] tomó entre las suyas la blanca y perfumada mano de su amada, y en una mirada plena de elocuencia, díjole cuánto la quería. Sus corazones palpitaban al unísono, sus almas se elevaron por sobre aquel ambiente de incienso, música

---

[47] Benvenuto Cellini (1500-1571): escultor, orfebre y escritor italiano. Se convirtió en una de las figuras más importantes del Renacimiento italiano y realizó monedas labradas, joyas, floreros y adornos exquisitos.

[48] María Antonieta de Austria (1755-1793): princesa archiduquesa de Austria y reina consorte de Francia y de Navarra. Se asocia en la cultura popular a la pompa, la vanidad y el derroche. Su vida como noble y relación con el pueblo provocaron que fuera decapitada tras la Revolución francesa.

[49] abullonadas: relativo a bullones: «Cierto plegado de tela, de forma esférica, usado en las guarniciones de trajes femeninos y en los adornos de tapicería» (DLE).

[50] En el original: «chiffón» [errata], el cual hace referencia a una tela muy liviana.

[51] Ramo de flores.

[52] En el original: «razo» [errata].

[53] En el original: «llabama» [errata].

[54] trémulo: «que tiembla» (DLE).

y flores, y, como en un sueño, oyeron la lectura de las Epístolas de San Pablo que el obispo les leía.

Al darse las manos sus labios temblaban. En el coro se escuchaban las notas de la «Serenata de los Ángeles», endulzando con sus divinos acordes el momento supremo.

Al contestar los rituales «Sí lo recibo»-«Sí la tomo», sus mismas voces los hicieron despertar del sueño.

Fernando puso el anillo en la mano de su esposa y un beso con él. Luego arrodilláronse y el obispo los veló; y mientras que Elena desgranaba Aves Marías en el Rosario que Lilya le entregó, su esposo la contemplaba arrobado, oyéndose en el coro «El Ave María de Gound»[55].

La ceremonia había terminado, y al mismo tiempo que el obispo, amigo íntimo de la familia, felicitaba a los recién casados, una lluvia de pétalos de blancas flores comenzó a caer. En lo alto, habíanse disimulado muy bien hasta ese momento[56] unos muchachos vestidos de amores[57], con canastas repletas de flores que transformaron en fragante lluvia. Esta duro todo el tiempo que permanecieron los novios en el templo.

Inicióse el desfile de regreso, que se hizo en igual forma que a la entrada, pero ahora se quedaron los padrinos formando filas de honor, encabezadas por las madres de Elena y de Fernando y terminadas por el grupo de cupidos, floristas, porta arras y amores que quedaron junto a los novios.

Desfilaron estos llenos de alegría, y llegados que hubieron al atrio del templo, cayeron en brazos de sus madres. Luego don Alberto estrechó entre los suyos a su hija, después abrazó también emocionado al esposo de Elena.

Al salir los recién casados de la catedral, llovía el arroz por todas partes, pues eran demasiadas las personas que desean felicidad perenne a la juvenil pareja.

Poco a poco fueron desapareciendo por la Avenida 5 de Mayo primero, por la Avenida Juárez después, y, finalmente por el Paseo de la Reforma, la interminable fila de lujosos carros que llevaban a parientes e invitados hacia las cercanías del Bosque de Chapultepec[58] en donde se encontraba el espléndido palacio de los Revilla-Santa Ana.

Había también ahí derroche de luces, de música y flores. El *champagne* burbujeó en el fino bacarat[59], y estaba la luna muy alta cuando aún se oían en los jardines y salones las notas de alegres orquestas y el cascabeleo de argentinas[60] risas.

No se había dado en mucho tiempo una recepción tan espléndida como la que dieron los Revilla-Santa Ana para el matrimonio de su hija menor Elena, ni como en esa se había visto en boda alguna, demostración mayor de simpatía y afecto.

Todo auguraba perenne dicha y sin igual ventura.

---

[55] El Ave María de Bach/Gounod es una composición sobre el texto en latín Avemaría publicado originalmente en 1853 con la *Méditation sur le Premier Prélude de Piano de S. Bach*. La pieza consiste en una melodía del compositor romántico francés Charles Gounod, especialmente diseñada para ser superpuesta sobre el Preludio n.º 1 en do mayor, BWV 846, del Libro I de J. S. Bach, *El clave bien temperado*, escrito 137 años antes.

[56] En el original: «momentos» [errata].

[57] Metonimia, alude a Cupido.

[58] Actualmente, parque urbano localizado en la alcaldía Miguel Hidalgo, en la Ciudad de México.

[59] Nombre de empresa especializada en cristalería fina.

[60] argentinas: en su segunda acepción: «Que suena como la plata o de manera semejante » (DLE).

CAPÍTULO SEGUNDO

LA ESPOSA LOCA

Una linda mañana de abril, en ese mes alegre de la florida primavera, cuando parece oírse en la Naturaleza cantos de alabanza al Señor, y todo en ella sonríe bajo el bienhechor influjo de los rayos solares; una mujer vestida con uniforme y cofia[61] de impecable blancura guiaba una silla de ruedas de las que usan para llevar enfermos de un lugar a otro.

La persona que sentada iba en la silla, si bien no era una inválida, tenía a tal punto destrozada el alma, que a su grácil[62] cuerpo no había quedado ánimo alguno.

Había huido la risa de su boca, como huyen las golondrinas al soplo del invierno. Copiosas lágrimas brotaban de aquellos ojos tristes que antes tuvieron fulgor de astros. Y cuando no lloraba, quedábase mirando hacia el espacio con ansiedad tan grande como si esperara a alguien de lo ignoto[63].

Horas enteras pasaba sin pronunciar palabra, perdida la mirada en el vacío. Poco a poco en sus sedosas pestañas prendidas iban quedando las derramadas lágrimas; y al verlas, pensábase en los diamantes fulgiendo sobre el negro terciopelo.

Cuando su voz doliente, como quejido de niño, dejábase oír, no pronunciaba más que una palabra, un nombre: —Fernando… Fernando.

Nuestra enferma es Elena, la linda novia que ocho meses no más hace que habíamos visto salir del templo del brazo de su esposo, y que ahora viste los negros crespones[64] de la viudez. Una linda viuda de casi quince años que espera al hijo, fruto de aquel fugaz amor que la muerte tronchó[65] en un arrebato de maldad.

Desde el día lúgubre en que murió Fernando, un velo de tristeza apagó los ojos de su esposa; la risa murió y se ahogaron las palabras.

El amor fervoroso de su padre, la ternura de doña Carlota, ni aún la solicitud de Lilya, han logrado hacer pasar un día sin lágrimas en la pequeña Elena. El dolor vive en aquel palacio donde otro tiempo reinaba la alegría.

Muchas lágrimas se mezclaron a las de Elena, lágrimas de dolor, en las que sentían su impotencia para calmar aquella pena. Mas siguiendo el consejo del médico, dado el estado de gravidez de la pequeña viuda y el amargo drama que tronchó su dicha, cuando de todo su valor necesitaba, pusiéronle una enfermera que la acompañara, la que muy pronto se convirtió en su amiga.

Llamábase esta Elvia de Navarro. Había sido competente enfermera en las mejores clínicas de la república y empezó a ejercer cuando solo tenía 16 años. La constante comunión con el dolor y la miseria humana en los hospitales habíanla dotado de una grande experiencia y un corazón abierto a la compasión.

El deber la llamó siempre junto a sus enfermos, ya que abrazó la carrera con abnegación; y así pasó el amor junto a ella, pero no se detuvo. No obstante, había amado.

---

[61] cofia: «Prenda femenina de cabeza, generalmente blanca y de pequeño tamaño, que llevan enfermeras, camareras, criadas, etc., como complemento de su uniforme» (DLE).
[62] En el original: «gacil» [errata].
[63] ignoto: «No conocido ni descubierto» (DLE).
[64] crespones: en su segunda acepción: «Tela negra que se usa en señal de luto» (DLE).
[65] tronchó: en su tercera acepción: «Truncar, impedir que se realice algo» (DLE).

Muchas veces ante sus jefes y compañeras atribuyó al éter[66] la causa de sus lágrimas. Ella también había llorado por amor. Por eso comprendería más a Elena y sería la perfecta compañera[67] de ella, pues con ese objeto y por carecer absolutamente de familia, aceptó irse a vivir con los Revilla-Santa Ana.

Es Elvia quien esta mañana ha rogado a su enferma que salga a pasear por los hermosos parques de su residencia. Como aquella no ha querido, le ha rogado, la ha mimado, y, por último, la ha sentado en la silla de ruedas, dejándose Elena hacer y conducir casi inmóvil, y murmurando apenas un muy suave «gracias».

Se internaron por un sendero bordeado de campánulas de todos colores y dejaron que sus almas se embriagarán en el silencio; el perfume de diversas flores aromaba el ambiente, en los árboles quebraba el sol sus brillantes rayos sobre las múltiples hojas, que al ser mecidas por la brisa semejaban la suave ondulación de un mar rizado.

Los[68] pajarillos desgranaban las notas de sus alegres cantos inspirados por el escenario de aquellos versallescos[69] jardines cobijados por un hermoso cielo azul cual aguas del Danubio[70].

Sin haber pronunciado una palabra llegaron a la fuente centro de los jardines. Era esta de construcción antigua con tasa y pillar de mármoles, ónix[71] y ágatas[72] de maravillosos colores. Lindas y exóticas plantas acuáticas dejábanse acariciar por el agua que al caer en copiosa y fina lluvia se tornaba iridiscente[73].

Los pajarillos golosos de frescura llegaban a bañarse pincelando la fuente con sus lindos plumajes, y los surtidores celosos del silencio tan sólo interrumpido por el dulce canto de las aves murmuraban esa canción serena que calma los sentidos y alivia los pesares adormeciendo el alma: el poema de las aguas.

Las garzas y los cisnes perezosos nadaban en estanques bordeados de azulejos, a donde iba a parar el agua sobrante de la fuente. Y en esta, nadaban pececillos[74] de muy diversas formas y variados colores.

Parecióle a Elvia ideal aquel lugar para que descansara Elena y aliviara el espíritu de los pesares que la oprimían. Dejó la silla bajo un árbol de magnolia, y ella sentóse en una de las gradas de la fuente, frente a su enferma.

Trató de conversar con su paciente, mas como vio que aquella habíase recostado al espaldar de la silla cerrando los ojos, púsole un almohadón tras la cabeza y la dejó, tomando ella nuevo asiento y abismándose en la lectura de Hamlet y Ofelia[75].

---

[66] éter: en su segunda acepción: «Líquido transparente, inflamable y volátil, de olor penetrante y sabor dulzón, obtenido al calentar a elevada temperatura una mezcla de alcohol etílico y ácido sulfúrico, y empleado en medicina como antiespasmódico y anestésico» (DLE).

[67] En el original: «compañero» [errata].

[68] En el original: «Lo» [errata].

[69] versallescos: «Perteneciente o relativo a Versalles, palacio y sitio real cercano a París, y especialmente a las costumbres de la corte francesa establecida allí y que tuvo su apogeo en el siglo XVIII» (DLE).

[70] Río del centro de Europa que fluye en dirección principalmente oeste a este a través de diez países —Alemania, Austria, Eslovaquia, Hungría, Croacia, Serbia, Rumania, Bulgaria, Moldavia y Ucrania— desaguando en el mar Negro.

[71] ónix: ónice, esto es: «Ágata listada de colores alternativamente claros y muy oscuros, que suele emplearse para hacer camafeos» (DLE).

[72] ágatas: «Cuarzo lapídeo, duro, traslúcido y con franjas o capas de uno u otro color» (DLE).

[73] iridiscente: «Que muestra o refleja los colores del arco iris» (DLE).

[74] En el original: «pecesillos» [errata].

Elena, si bien parecía dormida por la inmovilidad en que estaba, no hacía otra cosa que soñar despierta, recordar.

Y fue así como lentamente, embriagándose de dicha con unos y muriendo de pena con otros, fueron pasando ante ella los recuerdos con la nitidez con que pasa una película por la pantalla.

Se vio cuando aún muy niña regresaba del colegio en compañía de sus condiscípulas que, como bandada de alegres avecillas, reían y alborotaban. Entonces su cabecita no estaba ocupada por otra cosa que no fueran sus preocupaciones estudiantiles.

Recordó el día en que estando ella empeñada en una tarea, abrióse de pronto la puerta de la biblioteca y entró su padre con el ingeniero que iba a hacer algunas reformas al palacio para modernizarlo.

La penetrante y profunda mirada de aquel hermoso joven la turbó bastante, tanto que su tarea no fue terminada. Después lo vio durante un año dirigiendo los trabajos; y muchas veces fue invitado a cenar por don Alberto. Manifestó de diversas maneras la extensa y refinada cultura que poseía, y por sus obras se veía que llegaría a alcanzar renombre en su profesión.

A pesar de ser único hijo de una rica dama y de poseer cuantiosa fortuna legada por su padre, no era joven disoluto[76] ni dominado por vicio alguno; ningún escándalo ni aventura había enturbiado su vida. Luego se le creyó enamorado de Lilya, ya que nadie pensó que hubieran sido sus ojos puestos en Elena, el capullo de la casa.

Y ahora recordaba ella cómo sufrió en aquellos días cuando no pudo comprender el porqué[77] de su mortal angustia al oír a los amigos, y hasta a los mismos criados, murmurar que Fernando amaba a Lilya.

Palideció cual agostada[78] flor por el invierno; largas horas pasábase en su alcoba hundida la cabeza en las almohadas, llorando. Empezó sus vestidos a adornar con ramos de flores y cintas hasta la vez no usados por ella, pero nadie comprendió, pues la creían muy niña, que no era por imitar a Lilya como pensaban, sino por agradar a Fernando.

¿Por qué? Ella no lo sabía. Solo sentía que aquellas miradas que sorprendía constantemente en él le hablaban[79] de algo que aún no conocía.

La ansiedad en que vivía, su perpetua inquietud, hiciéronla enfermar. Con la fiebre llegó hasta el delirio, y en él reveló su secreto. El secreto que ella misma ignoraba, pues era aún muy niña para saber que amaba.

Al recobrarse de su enfermedad volvió a tener noción del tiempo y de las cosas; entonces su desesperación no tuvo límites al no ver a Fernando ya en la casa, pues los trabajos habían sido suspendidos.

Se tornó melancólica y una apatía muy grande se apoderó de todo su ser. Sus padres convinieron en que terminara sus estudios en alguna universidad norteamericana y con ese objeto emprenderían en breve el viaje a los Estados Unidos. Elena no se rebeló, no le importó que la alejaran de su casa a la que casi odiaba porque Fernando se había alejado de ella.

---

[75] Personajes de *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca* (1609), de William Shakespeare (1564-1616). Resulta un elemento premonitorio del drama familiar que se avecina.

[76] disoluto: «Licencioso, entregado a los vicios» (DLE).

[77] En el original: «por qué» [errata].

[78] agostada: de agostar: «Consumir, debilitar, o destruir las cualidades físicas o morales de alguien» (DLE).

[79] En el original: «hablaba» [errata].

Una mañana, era tanta su tristeza, tan grande su pena, que llamó a Catita su doncella, y le rogó que fuesen al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe[80]. Tenía que rogarle a la Virgen que la salvara de aquel dolor. La doncella se apresuró a complacer a su afligida amita, y como Elena quería caminar, hicieron a pie el largo trayecto a la grandiosa basílica digno templo de la augusta Madre de Dios.

Y ahí, con fervor muy grande, con la doliente voz del corazón que sufre, murmuró arrodillada frente a la venerada imagen: —«Virgen de Guadalupe, Virgencita buena, Tú que sabes lo que es sufrir, compadécete de mí[81] y haz que olvide, que lo olvide toda la vida. Yo sé que estarás brava conmigo porque siendo tan niña haya querido. ¡Pero Virgencita mía, yo no tuve la culpa, y no sé cómo fue que yo quise a Fernando!

Ahora se ha marchado, ya no lo veré más porque yo también me voy. Haz que con el estudio olvide Virgencita, porque si no[82], comprendo que me voy a morir».

Era tan grande su dolor que, al terminar la plegaria, su rostro estaba bañado en lágrimas. Y entonces, ¡oh milagro divino sucedido a los pies de la Virgen! Sintió que un pañuelo de fina batista[83] secaba sus lágrimas, y creyendo que era Catita, volvióse a rogarle fuera a prender un cirio por ella.

Pero al volverse, tuvo una sorpresa, una linda sorpresa que le hizo paralizar por un instante el corazón.

Fernando estaba tras ella, Fernando había secado las lágrimas por ella[84] derramadas. Muda, avergonzada al saber que el mismo había oído la revelación de su secreto, se dejó conducir por su amado fuera del templo.

Catita los seguía; la muy buenaza sonreía con satisfacción, porque ella había adivinado primero que todos el secreto de su amita.

Al encontrarse en la calle y tomada del brazo por su amado, sintióse como si despertara de un pesado sueño en el que estaba sumida desde hacía varios días.

Sintió la alegría de vivir; la tibieza del sol acarició la negra cabellera, calentándole el yerto[85] corazón; el aroma de las flores penetróle hasta el alma, y del letargo[86] esta despertó. El canto de los pájaros le arrulló los oídos, la fresca brisa de aquella inolvidable mañana le acariciaba su arrebolado[87] rostro.

¡Y cómo se sintió de feliz! Parecióle como si esa mañana saturada de todos los perfumes e iluminada con todos los colores, naciera ella a un nuevo mundo.

---

[80] Llamada oficialmente Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, es un santuario de la Iglesia católica, dedicado a la Virgen María en su advocación de Guadalupe, ubicado al pie del Cerro del Tepeyac en la alcaldía Gustavo A. Madero de la Ciudad de México.

[81] En el original: «mi» [errata].

[82] En el original: «sinó» [errata].

[83] batista: «Lienzo fino muy delgado» (DLE).

[84] En el original: «él» [errata].

[85] yerto: «Dicho de un ser vivo o de alguna parte de él: Tieso o rígido, especialmente a causa del frío o de la muerte» (DLE).

[86] letargo: «Estado patológico caracterizado por un sueño profundo y prolongado, propio de algunas enfermedades nerviosas, infecciosas o tóxicas» (DLE).

[87] arrebolado: «poner color de arrebol», esto es: «Color rojo, especialmente el de las nubes iluminadas por los rayos del sol o el del rostro» (DLE).

Preguntábase sorprendida cómo era que estaba Fernando a su lado. Lentamente avanzaban bajo el imperio de Febo[88].

De pronto él, deteniéndose, le tomó las frías manos, murmurando a un tiempo con su voz modulada de timbre melodioso: —Elena, mi Elenita, ¿por qué pedías olvidarme? Yo también te amo Elenita, te amo como a nadie he querido, pues eres mi primero y serás mi único amor.

Cuánto dolor he pasado desde que tu padre suspendió los trabajos, pues ello me privó de verte; como ignoraba tus sentimientos hacia mí, no le dije que te amaba pidiéndole tu mano. No me atrevía a cortejarte porque eres aún muy niña.

¿Qué hacer entonces? Espiarte. Pasarme las noches enteras mirando frente a tu ventana, regocijarme al contemplar tu silueta de marquesita a través de los visillos, bendecir los argentados rayos de la luna que iluminaban tu rostro cuando asomabas al balcón[89].

Y hoy, te he seguido. Al verte entrar en el Santuario una dicha muy grande sentí, porque entrando yo también podía mirarte de cerca. Y así lo hice, y me senté cerca de ti.

Pero al oír la plegaria que elevabas, al conocer en tu trémula voz que sufrías, me acerqué poco a poco, hasta que llegué a colocarme tras de ti. ¡Oh sublimes palabras las que oí! Desde ese momento y para toda la vida, seré el más fiel devoto de la Virgen de Guadalupe.

La miró una vez más con sus ojazos glaucos y le dijo: —Elenita mía, ¿quieres ser mi esposa? Mi nombre, mi corazón y mi fortuna los pongo a tus pies.

Aun resonaban en sus oídos aquellas palabras, aún veía como entonces la ansiedad que reflejaban sus ojos al esperar la respuesta. Detuvo ahora Elena los recuerdos, y retrocedió su mente hasta oír de nuevo toda la ardiente y amorosa declaración de su amado.

Y se oyó a ella contestar con voz que era un susurro: —Sí, Fernando, lo seré, tú también serás mi único amor. Mis padres, aunque tenga poca edad, no se opondrán a nuestra boda cuando les revelemos la grandeza, la intensidad y pureza de nuestro cariño. Si está escrito por Dios, nada ni nadie nos separará.

Después de unos instantes de emotivo silencio, en que él estrechaba con fuerza entre las suyas las blancas manos de su amada, ella prosiguió: —Te quiero Fernando, y hoy se acabaron mis lágrimas. El mundo ahora me sonríe porque me quieres tú.

Al oír sus palabras, su amado que aún tenía sus manos prisioneras en las de él, llevóselas a los labios imprimiendo en ellas amorosos besos.

Doña Carlota solo se explicó el repentino cambio de su hija cuando dos días después llegó don Manuel Saavedra, tutor de Fernando, a pedir la mano de Elena para su pupilo.

Su padre había dado el consentimiento lleno de alegría, la felicidad de su pequeño era lo único que anhelaba el bondadoso don Alberto, y él no contó nunca con que su hija fuera correspondida por el gallardo joven.

Transcurrió su ligero noviazgo en medio de la complacencia de todos y la dicha e inocente orgullo de Elena al verse envidiada por todas sus amigas.

---

[88] Epíteto del dios Apolo en la mitología clásica. Probablemente significaba originalmente «brillante». Esta deidad es hijo de Zeus y Leto y hermano gemelo de la cazadora virgen Artemisa. Se liga a las artes y a la curación.

[89] Esta conducta voyerista resulta problemática, más si se tiene en cuenta que se efectúa con una adolescente. Así, se concibe como un primer hecho debatible según la moral preponderante.

Era su novio un hermoso joven de 24 años, poseía un cuerpo atlético de consumado deportista; anchas espaldas y musculoso pecho; su cabeza tenía de Atlas[90] las líneas, su pelo castaño, rizado, llevábalo peinado hacia atrás. Frente amplia, ojos glaucos de tupidas pestañas, nariz griega y boca de varoniles líneas que indicaban la firmeza de su carácter. Emanaba la simpatía de toda su persona: amable, jovial, de sentimientos tiernos y apasionados.

Su exquisito gusto lo demostró al elegir con ella los muebles, los tapices, alfombras y cuadros del futuro hogar.

Muchas veces, apoyada la cabecita en el hombro de su amado, soñaban juntos en el porvenir; el hada azul llegaba hasta ellos envuelta en los rayos de la luna y les mostraba un mundo nuevo, pletórico de dichas. Contemplaban en él dulces escenas de hogar y oían las cristalinas risas de unos niños.

El hada poco a poco se marchaba, los rayos de la luna se tornaban azules como el color del mundo que les había mostrado, el de las ilusiones en el que ellos vivían.

Se miraban sonrientes, con ojos anhelantes, y esperaban el día soñado de sus bodas.

Este llegó. ¡Cómo lo recordaba! No lo olvidaría nunca, nunca.

Fue su luna de miel un maravilloso cuento de hadas donde la niña se transformó en mujer sin perder la pureza de su alma, ni marchitar la flor de la ilusión.

En la gran hacienda «Las Palomas», que don Alberto poseía en las cercanías de esa linda Venecia[91] americana que llamaban Xochimilco, en esa gran hacienda llena de todos los encantos pasó los primeros días de su boda.

Tuvo Fernando para ella todas las exquisitas atenciones de un enamorado; las más hermosas flores llevábale a su alcoba; y en las noches, al mismo tiempo en que la coqueta luna se reflejaba en los canales del lago, cual muchacha vanidosa en un espejo, escuchaba Elena al pie de su ventana «El Gallo».

Al rasgar de las guitarras y violines quejumbrosos, despertaba; a su lado su esposo amoroso la miraba y tomándola por la sílfide[92] cintura la llevaba hasta el balcón.

Había al pie de éste numerosos indígenas envueltos en sus sarapes[93], calados hasta las orejas sus anchos sombreros, teniendo en una mano los instrumentos y en la otra la botella del tequila.

Al ver asomar al balcón a «los patroncitos» pasaban rápidamente las botellas a los que hacían no más de mirones, aprovechando estos a su vez la oportunidad para echarse un trago del espirituoso y fuerte líquido. Entonces «los músicos» limpiándose las bocazas con el dorso de la mano, pulsaban los instrumentos a un tiempo en que el más animoso gritaba: —«Ahí va no más "patroncito"».

Escuchábanse seguidamente los más alegres corridos y guarachas[94], sin faltar además las canciones sentimentales y románticas. Hubo también algunas veces «duelos» de

---

[90] Titán al que Zeus condenó a cargar sobre sus hombros el cielo por ser el líder durante la guerra contra el Olimpo. Era hijo de Jápeto y la ninfa Clímene (en otras versiones, de Asia) y hermano de Prometeo, Epimeteo y Menecio.

[91] Capital de la región de Véneto en el norte de Italia, abarca más de 100 islas pequeñas en una laguna del mar Adriático. No tiene caminos, sino solo canales, rasgo común con Xochimilco.

[92] sílfide: en su segunda acepción: «Mujer muy delgada y esbelta» (DLE). En el original: «sílfidea» [errata].

[93] sarapes: «Frazada o cobertor generalmente de lana o algodón y de colores vivos» (DLE). En el original: «zarapes» [errata].

[94] Manifestaciones culturales populares en forma de bailes y cantos. En el caso de la guaracha: «de tema generalmente picaresco o satírico» (DLE).

guitarra entre los cantadores, los que hacían palpitar de emoción a los oyentes, porque algunos eran tan reñidos que se temían terminaran en gresca[95]. Los que no eran suscitados por los hermosos ojos de una guapa india los ocasionaba la constante rivalidad por el capatazgo de la hacienda, puesto que todos aspiraban.

Al finalizar «El Gallo», Fernando siempre obsequiaba con unos pesos que recibía Dimas, el director del grupo. Al principio rehusaron, pues ellos querían contribuir a su manera a festejar la luna de miel de los recién casados, pero cuando «el patrón» les dijo que bebieran tequila a la salud de su esposa todos aceptaron con grandes muestras de entusiasmo.

Al caer los plateados pesos desde el balcón, gritaban alborozados los «músicos»: — Viva «la patroncita» no más, viva su luna de miel, y viva «el patrón» no más.

Una noche, entusiasmado pidió Fernando su guitarra a Dimas, y mirándose en los hermosos ojos de su esposa cantóle esta canción inolvidable.

Los versos de aquella hermosa canción en su mente grabados los tenía la triste y joven viuda, y ahora parecíale a Elena que el susurro de las hojas y el murmullo de la fuente de nuevo los cantaban. Eran estos:

Elena, Elena querida,
Elena, no hay dos como tú,
Elena vida de mi vida
Tus ojos son cielo, tus ojos son luz.

Elena, siempre hemos de amarnos
Elena con loca pasión
pues nada habrá de separarnos
porque es uno solo nuestro corazón.

Elena hoy nuestras dos vidas
fundidas en una están
Elena entraste en mi alma,
y en mi alma dichosa siempre vivirás.

Elena, estando a tu lado
no existe tristeza o dolor,
Elena estoy fascinado,
estoy halagado, teniendo tu amor.[96]

A ruegos suyos se los había cantado otra tarde en que paseaban por el lago en su «trajinera»[97]. Estos paseos tenían para ella un sin igual encanto. Cual golosos chiquillos comían en la embarcación los deliciosos platillos que les vendían las indias que en

[95] gresca: en su segunda acepción: «Riña» (DLE).
[96] Nota de la autora al final del libro: «Los versos del capítulo 2° (Pág. 28) "La Esposa Loca", son de Enrique Muñoz Padilla, poeta costarricense, de gran porvenir para la poesía por la magnífica y artística construcción de sus versos» (de Segura, 1944: 397).
[97] trajinera: en su segunda acepción: «Embarcación para pasajeros o carga» (DLE). Se asocia directamente a los canales de Xochimilco.

«cayucos»[98] surcaban las aguas haciendo su comercio; recostada en los brazos de su amado, dejábanse llevar por las azules aguas, escuchando las vernáculas canciones diestramente ejecutadas por los nativos cancioneros y músicos que recorren también el lago en sus embarcaciones para deleite de los paseantes.

Cuando veían «la trajinera» de la pareja, seguíanla los «cayucos» de los músicos y hasta los de las floristas, arrojándoles sus flores. Semejaba aquel desfile la dicha tras del amor.

Decían los indios que eran «los patroncitos» la pareja más linda y enamorada que había llegado a Xochimilco.

A su regreso a México, con los consejos y la ayuda de su madre y de doña Julia, la madre de Fernando, muy pronto pudo dirigir su casa; y en la cena que a sus amigos dieron al cumplir tres meses de casados se sintió la más «señora» de todas, porque sabía que ya venía un bebé.

Todos la felicitaron por el encierro con que manejaba su casa; pero si ella estaba orgullosa, feliz, no era ciertamente por eso. Y así se lo dijo a su esposo, cuando después de cerrar la puerta al último de los invitados, tomóla en sus brazos y atravesó el vestíbulo con ella.

Al saberlo Fernando se conmovió profundamente, casi lloró de alegría, y cubriéndola de besos murmuraba: —Mi hijo, mi primer hijo, nuestro hijito, Elena.

Sentados en la alameda, como en tiempos de su noviazgo, forjaron planes para con el futuro hijo; y ansiosos lo esperaban, como un niño a sus juguetes.

Aquel espléndido parque construido a fines del siglo XVI por el virrey don Luis de Velasco[99] fue testigo de su creciente amor. Se amaban más ahora que cuando novios, venían a pasear bajo los mismos álamos, y se amarían más aún decían, cuando ya ancianos vinieran a pasear a sus nietos a ese mismo parque. Y así pasaba el tiempo, esperando al hijo ansiado, y tejiendo afanosos sus ilusiones como su tela la infatigable araña. Hasta que un día… al llegar a este punto de sus recuerdos, dobló Elena la cabeza sobre el pecho como la flor al marchitarse se dobla sobre el tallo; y, apretándose las sienes con las manos, trataba desesperadamente de detener aquellos fatales recuerdos, pero estos, como verdugos inquisitoriales, proseguían su marcha, desafiantes y crueles.

Y luchando aún contra aquella tétrica visión, volvió a ver en su extraña obsesión, a su Fernando herido, lívido, muerto…

Había salido de su casa en la mañana de un domingo nebuloso y frío. Al despedirse besóla muchas veces con intensa ternura prometiéndole su pronto regreso para asistir juntos por la noche al Palacio de Bellas Artes[100], donde debutaba una excelente compañía de ópera.

---

[98] cayucos: «Embarcación india de una pieza, más pequeña que la canoa, con el fondo plano y sin quilla, que se gobierna y mueve con el canalete» (DLE).

[99] Luis de Velasco y Ruiz de Alarcón (1511-1564): segundo virrey de Nueva España, entre 1550 y 1564.

[100] Recinto cultural ubicado en el Centro Histórico de la Ciudad de México, considerado el más importante en la manifestación de las artes en México y una de las casas de ópera más renombradas del mundo. Ha sido escenario y testigo de impactantes acontecimientos tanto artísticos, como sociales y políticos; su construcción inició al final del mandato de Porfirio Díaz en 1904 con motivo de la celebración del centenario del inicio de la Independencia de México, declarada en 1810; sin embargo, fue concluido e inaugurado hasta el 29 de noviembre de 1934 debido a la Revolución mexicana.

Quedóse Elena en el jardín mirando a su esposo hasta que su figura no fue más que un punto blanco en la lejanía, pues blanco era su traje de *sport*. En compañía de unos amigos iba Fernando de excursión al célebre Desierto de los Leones[101].

Transcurrió el día placenteramente, y, cuando contentos regresaban a sus casas, la artera muerte los aguardaba en el tren que tomaron para Tacubaya[102], donde se había quedado el carro de Fernando, para tornar desde ahí en él a la capital.

Un descarrilamiento inexplicable, pavoroso, dejó un saldo trágico de muertos y heridos entre los que estaban Fernando y sus amigos. Tres de ellos murieron instantáneamente. El esposo de Elena y otro, heridos de gravedad, fueron llevados a un hospital y las dolorosas noticias a la familia Revilla.

En una sala blanca impregnada de éter, encontró Elena a Fernando, cubierto de vendas, murmurando inconsciente un solo nombre, el de ella.

Los médicos todos estaban empeñados en salvar aquella vida, y si antes lo hacían por el solo afán profesional, hiciéronlo después con más tenacidad conmovidos por las lágrimas y la desesperación de aquella jovencita esposa y futura madre.

Otra mujer, la enfermera, peleó a brazo partido con la muerte durante toda aquella noche, pero todo fue inútil. Cuando los gallos saludaron con sus cantos al naciente día, un desgarrador grito confundiéndose a ellos. Era el de Elena, en cuyos brazos había expirado su esposo. ¡Quién pudiera describir la conmovedora escena de aquel cuadro! Aquella jovencita abrazada desesperadamente al frío cadáver de su amado, pugnando por devolverle la vida con sus besos y lágrimas…

«—Fernando, Fernando —le gritaba—, vuelve amor mío, no me abandones, no me dejes sola».

El llanto le estrangulaba la voz y estremecíase su cuerpo sacudido por la violencia de los sollozos, hasta que Elvia, la enfermera, compadecida y cariñosa, diciéndole palabras de amoroso consuelo, con suaves maneras de hermana, la hizo tomar algo que la dejó en un sueño aletargado.

Mas, ¡ay! Al despertar, ya no estaba Fernando, ni estaría más nunca; para siempre se había ido.

Rodeáronla amorosos sus padres, su hermana, y la misma doña Julia, sobreponiéndose a su dolor de madre, apenas encontraba fuerzas para consolarla. Elvia, en sus ratos desocupados, venía hasta ella cual cariñosa hermana; pero nada ni nadie logró arrancar de su pecho la pena, ni hacer por un instante que olvidara a su esposo.

Su casa fue cerrada, sus criados despedidos, sus trajes fueron negros, y así vestida, seguida solo de su fiel Catita, volvió al hogar de sus padres de donde tan feliz saliera tan solo hacía seis meses.

Ya de eso habían pasado otros dos meses. Las lágrimas bañaban sus pálidas mejillas y el dolor le ahogaba el corazón. Al verla llorar una vez más, Elvia dejó a un lado el libro que leía y se vino a su lado acariciándole la ardorosa frente con sus suaves manos.

---

[101] Parque Nacional Desierto de los Leones: antiguamente llamado «El Desierto de Nuestra Señora del Carmen en los Montes de Santa Fe», es uno de los más grandes e importantes parques nacionales con los que cuenta la Ciudad de México. Se encuentra en la delegación Cuajimalpa de Morelos, y tiene una extensión de 1,866 hectáreas; se ubica 32 kilómetros al suroeste de la Ciudad de México. Fue establecido en 1917, el primero de su tipo en México.

[102] Del náhuatl atlacuihuayan, «donde se recoge el agua» es un pueblo histórico de la Ciudad de México. Fue fundado en el siglo XVI. En la primera mitad del siglo XX se unió a la capital y forma parte de ella.

—Elenita —decíale con dulce voz—, no llore Ud. más, su llanto y su dolor constante dañan la vida de ese ser que lleva en sus entrañas[103], del hijo de Fernando, que mucho —ya lo verá—, se va a parecer a su padre. No llore más, hágalo por él, por su esposo.

Pero todo era en vano. Siguió llorando a todas horas y llamando a Fernando sin cesar. Y una tarde que estaba en la terraza en mullido sillón recostada, lanzó de súbito una siniestra carcajada, que repercutió con dolorosos ecos en el corazón de todos los suyos.

El crepúsculo de aquella tarde encontró a Elena loca; volvió a reír, pero era una risa estridente, con resonancias de lamentos indescriptibles. En su delirio creíase todavía la esposa de Fernando, haciendo vida común con él.

Exigía comer sola, pero había que poner en la mesa dos cubiertos: el de ella, y el del que era la visión de su mente enferma. Amorosa servía con su misma mano en los platos del esposo que creía estaba ahí presente; y la criada retiraba intactos los dos cubiertos: Elena, en su triste locura no comía, ocupada como estaba en atender a Fernando... que ya sabemos, tampoco comía.

Llegaba a término su gestación. La esperanza del médico Dr. Laredos, daba motivos para creer que curaría después del parto, cuando a su hijo contemplara en la cuna. Pero a nadie revelaba sus temores respecto a las condiciones de aquella naturaleza de criatura formada en tan accidentada gestación.

Hasta que llegó el día…

Estaba la pobre demente siguiendo con suma atención los movimientos de las manos de Elvia que en el jardín tejía, cuando, demacrándose su inexpresivo semblante, llevóse de pronto las manos al vientre y empezó a retorcerse, presa de terribles dolores.

—Virgen de Guadalupe —gritó Elvia tirando la lana, cesto y agujas al suelo, y tomando entre sus robustos brazos a Elena, atravesó presurosa el jardín, camino de la casa.

Se acercaba el gran momento.

[103] En esto, se aprecia una premonición del mal del primogénito, el cual se atribuye a los dolores emocionales de la madre durante el periodo gestacional.

CAPÍTULO TERCERO

EL HIJO

Perfilábase en el horizonte la alborada con su traje de rosas; las sombras de la noche huían avergonzadas de la radiante belleza del alba. El aire frío, cortante como afilados cuchillos, azotaba los rostros angustiados del médico y de don Alberto en aquella madrugada de junio.

El anciano había permanecido gran parte de esa terrible noche en la terraza. La fresca brisa acariciaba su ardorosa frente y el sudor que perlaba sus sienes confundíase con el rocío de la noche.

Era grande, dolorosa su preocupación, pues sabía que su «pequeña» estaba expuesta ahora a morir de un momento a otro; pero también, por otro lado, abrigaba la vaga esperanza de que, si felizmente se salvaba, podría suceder que, al contemplar ella al hijito nacido de sus entrañas, recobrase el uso de la razón.

Con todo, la incertidumbre, la pena, la desesperación que veía reflejadas en los rostros de los que la atendían, hacíanla ver que el caso era difícil, que la vida de Elena quizás se extinguiría, como se había extinguido su razón.

El tic-tac del reloj le martilleaba el cerebro, y aquel aguerrido militar que no había jamás temblado ante el cañón o la metralla sentía ahora su alma transida[104] de miedo; y, hundida la cabeza entre las manos, huía de las horribles visiones de su angustia.

Inesperadamente surgió a su lado la figura del médico que pasó con cariño el brazo por sobre sus hombros. Una sola mirada bastóle a don Alberto para leer en el rostro de su amigo la gravedad de la situación.

El Dr. Mariano Laredo era en verdad una eminencia; el mejor médico, gloria de la medicina mexicana. Y había sido además el médico que en no lejano día trajera a la pequeña que ahora le disputaba a la temible Parca[105]. Para él era su consejero y su amigo; su médico y su hermano.

Verdadero discípulo de Hipócrates[106], el Dr. Laredo no poseía más fortuna que sus mágicas manos de hábil cirujano. Hasta él venían de los más remotos rincones de la república los pobres indios; él era el «dotorcito» que no solo regalábales la receta, sino que también sacaba de su bolsillo los pesos que valiera la medicina. Fue poseedor de cuantiosos bienes, pero se le esfumó el dinero, en la misma medida que se les esfumaban las enfermedades a sus pacientes.

Para el Dr. Laredo no existían clases, solo enfermos; e igualmente pasaba la noche en la choza del pobre indio, donde la lucha era más ardua por carecer hasta de las comodidades indispensables, sin abandonar el enfermo hasta rayar el día, o mientras no lo viera fuera de peligro, como también en la elegante mansión donde otro paciente requería sus cuidados.

---

[104] transida: «Fatigado, acongojado o consumido de alguna penalidad, angustia o necesidad» (DLE).

[105] La mayúscula indica personificación. Así, se refiere que: «En la mitología romana, cada una de las tres deidades hermanas, Cloto, Láquesis y Átropos, con figura de viejas, de las cuales la primera hilaba, la segunda devanaba y la tercera cortaba el hilo de la vida» (DLE). De esta forma, el término alude a la última de ellas, la que representa a la muerte.

[106] Hipócrates (c. 460 a. C.-c. 370 a. C.): médico de la Antigua Grecia. Es arquetipo de estos profesionales, así como símbolo de la disciplina.

¡Cuáles no serían, pues, sus esfuerzos por salvar a la hija de su compañero de colegio, a la chiquilla que él trajo a la vida y vio crecer! Luchaba con la ciencia y con el corazón contra la blanca y tétrica Dama[107] que esgrimía su guadaña para llevarse a aquella amada y preciosa existencia.

Pero no, no se la llevaría mientras al Dr. Laredo no se le agotaran los recursos, y el último era la cesárea que había decidido efectuar con los dos médicos que lo acompañaban.

Esto era lo que había llegado a decir a su amigo en la terraza. Mas, a pesar de la labor que lo aguardaba, de las doce penosas horas que llevaba junto al lecho de la enferma y del dolor que azotaba su corazón, ni siquiera tembló su voz al decírselo a don Alberto.

Dejó transcurrir unos segundos en tanto sus colegas preparaban la paciente en el salón transformado para el caso en sala de operación, y mientras estuvo junto a su amigo, alentábalo a tener fe.

A su regreso a la sala encontró a la pobrecita demente aliviada de sus atroces dolores por los adormecedores efectos de anestesia. Sus movimientos se habían hecho torpes y sus quejidos eran como de niño.

La alborada filtraba sus rayos por los múltiples ventanales, impregnando de sonrosada blancura las inmaculadas sábanas y paños de la improvisada cirugía, cuyos instrumentos lanzaban destellos a los reflejos de potentes luces.

Elvia y los médicos, efectuada la imprescindible asepsia[108] de sus manos, estaban enfundados en sus uniformes blancos, dejando solo ver sus ansiosos ojos, anhelantes de triunfo. Un fuerte olor a éter dejábase sentir, y no más se escuchaban las fatigosas respiraciones de los operantes y las entrecortadas de la enferma con su doble vida.

El Dr. Laredo tomó un reluciente bisturí y se inclinó con él, firme el pulso, sobre Elena. En las manos de uno de sus ayudantes brillaban las pinzas, el otro aplicaba la anestesia pulsando a la enferma y vigilando la pupila. Elvia se multiplicaba, y tan pronto ponía en manos del médico un instrumento como un pote de yodo o un pedazo de gasa[109]. La operación había comenzado.

Y mientras cuatro seres, tres hombres y una mujer, luchaban para librar de las garras de la muerte a aquella vida, sintiendo a ratos la presencia de la fría guadaña tratando de destruir lo que ellos tan titánicamente defendían; tres mujeres sostenían otra lucha en la capilla del palacio con el arma poderosa de la fe y la oración.

Eran doña Carlota, Lilya y Catita, que entre sollozos y rezos imploraban a Dios por la salvación de la vida de Elena. Tres almas doloridas que, al sentirse naufragar en el dolor y la desesperanza, se aferraban al salvador madero de la fe y volcaban su pena en fervorosa oración.

Y AQUEL que todo lo puede, AQUEL que dijo: «Tu fe te salvará»; AQUEL que es la misericordia misma para los que en Él confían y de Él no más esperan, guio sin duda la mano del sabio Dr., salvando por milagro la vida de Elena y de su hijito.

Un niño nació. Heredero de nobles, aristocráticas y distinguidas familias, poseedoras no solo de inmensas fortunas, sino de elevadísimas prendas morales, acreedoras a la unánime consideración y estima, por la preclara estirpe de sus ascendientes.

---

[107] Personificación de la muerte.

[108] asepsia: en su segunda acepción, «[c]onjunto de procedimientos científicos destinados a preservar de gérmenes infecciosos el organismo, aplicados principalmente a la esterilización del material quirúrgico» (DLE).

[109] En el original: «gaza» [errata].

Las familias Saldívar-Panni y Revilla-Santa Ana contemplaban orgullosas el vástago heredero de su ilustre prosapia[110]. El pequeño Arturo, pues así se llamó aquel niño, fue un rayo de luz que alumbró las tinieblas de tristeza que desde meses atrás envolvía el suntuoso palacio de don Alberto y la casa de doña Julia, la madre de Fernando.

La presencia del niño era para aquellos desventurados padres y para Lilya lo que es el oasis para el sediento y cansado caminante del desierto. Cuando en sus brazos lo arrullaban, sus tenues balbuceos, los gorgoritos de su risa, el sin igual encanto de sus ojitos, mitigaban la amarga desdicha en que aún vivían, pues Elena, la pequeña madre, estaba en tal estado de demencia que ni siquiera conocía a su hijo.

Al principio lo miró como algo raro, extraño a ella; luego pareció tomarle aversión, ya que ante el pequeño se irritaba su pacífica locura. Por consejo del médico, el niño fue puesto en manos de una nodriza, bajo la vigilancia de su abuela paterna, con la que fue a vivir.

De tiempo en tiempo traíanlo a su madre, pero esta no experimentaba en su presencia reacción alguna favorable.

Edgardo San Lorenzo, el único sobreviviente de la catástrofe de Tacubaya, aquel que en compañía de Fernando entró también moribundo al hospital, y, salvado de la muerte por un milagro, puso en el niño intenso cariño, derivado tal vez del que tuvo al pobre Saldívar.

Él y Lilya eran las únicas caras jóvenes y un poco alegres quizás que en torno suyo viera el bebé. Aprendió a quererles como habría llegado a querer a sus padres; El primer sonajero se lo dio su tiíta, los primeros pasos los dio en busca de Edgardo.

En algunas mañanas en que el sol atravesaba con sus fúlgidos rayos el espacio, arrancando iridiscentes reflejos a las hojas de los árboles, dorando a su vez la musgosa y verde alfombra de los parques y praderas; cuando estaba el aire deliciosamente tibio, saturado de un finísimo polvo de luz e impregnado de los muy diversos y agradables perfumes de la mañana, venía Edgardo en su linda *limousine* azul a buscar al niño y en compañía de Lilya se alejaban por las pintorescas carreteras a henchir sus pulmones con el vivificante aire que viene de las sierras y colinas.

A su paso admiraban deleitados a la hermosa Dama que tan pronto viste un traje verde salpicado con los diamantes del rocío como se toca con la mantilla azul celeste de los cielos, o se ciñe con el oro que le brinda su regio amante, el sol.

Esta linda y preciosa coqueta llamada Naturaleza, reina del día y soberana de la noche; ya beba en las copas de la alegría, o se cubra con los crespones de la tristeza, es de todas maneras reflejo del Ser Supremo. Nada la iguala en belleza, ni tampoco en majestad.

Veloz se deslizaba el auto por las serpenteadas carreteras; sacudíales el viento los cabellos hasta deshacerles los peinados y, mientras el niño reía, palmoteaba y ejecutaba mil encantadoras diabluras, Edgardo y Lilya ensimismábanse por momentos en sus propios pensamientos.

Él se imaginaba a otra mujer en el lugar de Lilya, a otra mujer a la que, sin saber cómo, había llegado a querer apasionadamente; y que ahora habría querido ver junto al niño del que era su madre.

A la pobre loca, la divina demente que vagaba y vagaba por los parques y bosques silenciosa, y buscando lo que ya nunca más encontraría. La linda Elena echa más mujer con

[110] prosapia: «Ascendencia, linaje o generación de una persona» (DLE).

la floración de su maternidad se transformó en una pacífica loca, escrutadora no más de lo ignoto.

Seguida de Elvia, que era su sombra, se le veía en todas partes; bella espléndida, pero insensible al daño que causaba su angélica hermosura.

Edgardo, al tener conocimiento del trágico fin de su amigo, fue a hacer presente su pesar a la viuda, y si por sus nobles sentimientos y la pena que él también tenía no se fijó en la belleza de Elena en aquellos días aciagos, la fue observando después, cuando algunas veces se acercaba a preguntar por la salud de la linda enferma. Llegó a ser un amigo muy querido de la casa, pues veían en el algo que les ligaba al eterno ausente.

Sus visitas llegaron a ser frecuentes, y más cuando el chiquillo empezó a[111] cobrarle cariño. A él le parecía amar a su amigo en el póstumo hijo. Hubo un tiempo en que dejó hasta de preguntar por Elena, no quería ni oír pronunciar su nombre, ni mucho menos pronunciarlo él, porque hacía días que lo sentía tenaz en su cerebro, repetido por el continuo palpitar de su corazón.

Las visitas que hacía a casa de doña Julia tenían por objeto ver al niño, jugar con él, oír el cascabeleo de su fresca risita; pero el ir a la casa de los Revilla, aunque él pretendiera engañarse, no tenía otro objeto que ver a Elena.

Y así estuviera jugando al bridge con doña Carlota o escuchando a Lilya que nunca como en su presencia tocaba el piano con tanta inspiración y acabado arte; ya hablando con don Alberto de política local o internacional, tema que apasiona a los hombres, o arte; aunque el tema fuese su misma profesión, el toreo, a la que él había consagrado todas sus ilusiones, siempre estaba su pensamiento[112] puesto en la bella viuda y a cada instante le parecía ver entornarse la puerta del salón o de la biblioteca y aparecer la grácil figura de la linda inconsciente.

Algunas veces eso mismo sucedía; ella entraba, pero sin dirigir a nadie la palabra sentábase en el primer sillón que encontraba a su paso. Otras, llegábase hasta el balcón, embriagándose en la contemplación de la noche. Pensábase al verla en una moderna pero más linda Julieta, esperando a su Romeo[113].

Tal era la negrura de aquellos ojos que el manto de la noche palidecía y las estrellas se escondían avergonzadas de su pobre brillo a la par del fulgor de sus miradas. En las noches de luna, la demente Julieta pasaba largas horas en el balcón divinizada su belleza por los plateados rayos del astro de la noche.

Al verla todos enmudecían. La piedad y la tristeza estrujaban sus corazones volcando en el silencio la angustia que los oprimía. Edgardo se emocionaba aún más y enrojecía como un colegial. La linda loca, la pobre viuda que a todos inspiraba compasión, no le inspiraba a él más que[114] amor, amor intenso y apasionado. No temblaba en el ruedo ante el más temible toro como lo hacía ante aquella hermosa demente.

Y si no llegaba, si no la veía, no la nombraba por temor a que al nombrarla descubriesen su secreto, pero entonces pasaba la noche insomne. Parecíale que hasta él llegaba envuelta en los rayos de la luna nacarada, transparente. Creía percibir en los perfumes del magnolio y el aroma del jazmín, el alma de su amada.

---

[111] En el original: «o» [errata].
[112] En el original: «pensamienta» [errata].
[113] Personajes principales de la tragedia *La excelente y lamentable tragedia de Romeo y Julieta* (1597), de William Shakespeare (1564-1616).
[114] En el original: «qeu» [errata].

En el perfecto silencio de la noche con sus misteriosos murmullos y embriagadores aromas, como si desde otros planetas una mano escondida fuese derramando sobre la tierra las esencias de preciosos perfumes usados por los dioses; los bichitos que hendían el aire con sus rápidos filetazos de luz, o las pequeñas estrellas que como alegres chicuelos jugando en una plaza fugases se desprendían rasgando con su brillo el espacio, traíanle a Edgardo la evocación de la bella ausente. Su enamorado corazón no latía más que por aquella criatura, y en su retina no había otra visión que la perfecta imagen de su adorada.

Cuando la aurora filtraba sus rayos por los intersticios de las ventanas, Edgardo habría el balcón, imaginándose a la musa de sus sueños recibiendo el homenaje que la alborada le hacía con sus rosados destellos y sus cascadas de diamantes y oro.

El nene terminó por dormirse y Lilya lo acunaba amorosamente entre sus brazos. Al mirarlos, hacíase San Lorenzo la extraña ilusión de que Lilya era Elena y Arturo su propio hijo. Pero al comprender la verdadera realidad sentía en su corazón un saetazo y el volante se le iba de las manos, ya que, abstraído en sus divagaciones, venía guiando casi sin darse cuenta.

Un violento frenazo arrancaba de su sueño al niño que despertaba haciendo pucheros, a la vez que hacía volver a Lilya al mundo en que vivía, pues como *Alicia en el País de las Maravillas*[115] se había extraviado en el intrincado país de los sueños.

Afanosos consolaban entonces al pequeño, le colmaban de mimos y emprendían el regreso, evitando mirarse al creer ambos haber dejado entrever sus mutuos secretos.

Volvía Arturo a dormirse, y ellos, quizás por no despertarlo, tal vez por no hablarse, continuaban silenciosos abismados en sus pensamientos.

Edgardo daba gracias al cielo de que Lilya fuese una compañera tan callada y discreta, y se culpaba a sí mismo por condenarla a tan prolongados silencios. Él no sabía, no sospechó jamás que mientras él soñaba con Elena, la hermana de esta soñaba con él mismo.

Lilya lo amaba, él era el príncipe azul de sus sueños, el Caballero Bayardo[116] de su corazón.

Desde el día fatal en que pereció su cuñado había visto a Edgardo en el hospital, también herido y agonizante. Fervorosamente rogó a Dios que lo salvara, sin saber por qué, pues le era desconocido; sentía un punzante dolor en el alma al pensar que él pudiera morir.

Fue el único que de aquella horrorosa tragedia pudo contar la historia.

Lentamente, casi sin darse cuenta, Lilya se fue enamorando de Edgardo con un amor casto, pero intenso; y comprendía que ser la esposa de San Lorenzo, o no serlo de nadie, sería su destino.

No era ella de esas mujeres casquivanas[117] y coquetas[118]; eran muy puros sus sentimientos y elevado su espíritu, por eso, no se valdría de argucia alguna para hacer conocer su amor a San Lorenzo; pero si él no lo comprendía, si no la correspondía, cerraría su corazón al mundo.

---

[115] Novela de fantasía escrita por el autor británico Lewis Carroll (1832-1898), publicada en 1865. Aquí se alude a las ilusiones amorosas que tiene Lilya con Edgardo San Lorenzo.

[116] Pierre Terrail LeVieux señor de Bayard (1473-1524): noble francés. Personaje histórico que da origen a la leyenda del «caballero sin miedo y sin tacha», además de simbolizar los valores de la caballería francesa a finales de la Edad Media.

[117] casquivanas: en su segunda acepción: «Dicho de una persona: Que suele coquetear o establecer relaciones amorosas ocasionales o pasajeras» (DLE).

[118] En el original: «coqueas» [errata].

Para amar, se decía, basta una vez, pero ha de ser intensamente. La vida sin amor no tiene objeto, porque, aunque se quiera aturdirla con el ruido de esplendorosas fiestas, embriagarla con magníficos licores o colorearla con los múltiples paisajes de fantásticos y remotos viajes, es vida vacía si falta el amor.

En cambio, si se llega a amar y ese amor es correspondido, la más insulsa música parece celestial, de las flores el perfume embriaga el alma; el murmullo del agua es como un canto lejano, quedo, que hablara del amado. Y hasta el silencio, el mismo silencio es divino, porque en él comulgan las almas enamoradas.

Es verdad que el amor trae consigo sufrimientos y muy grandes, mas esto es necesario; solo ama mucho, sin egoísmos, haciendo oblación[119] completa de su ser, un[120] alma herida; solo se purifica un amor con el dolor. Además, ¿puede haber algo más sublime que un beso con[121] sabor a lágrimas?

Lilya no podía comprender el misterio que encerraba la vida de su amado. Su instinto de mujer le decía que algo raro pasaba en él, mas ella no acertaba a descifrarlo.

La asiduidad de sus visitas bien decía[122] que no era solo el afán de conversar con su padre o jugar al bridge con doña Carlota lo que a su casa lo llevaba. ¿Qué era entonces?

Cuando la invitaba a aquellos paseos con el niño creía ella que él al fin hablaría, pero al mismo tiempo que el auto partía por la asfaltada carretera, abismábase Edgardo en un profundo silencio, y casi diríase que a ella y al niño los olvidaba.

Ella, visionaria de amor, creíase su esposa y soñaba que paseaba a su propio hijo, La realidad era otra.

Todos los paseos tenían el mismo fin; pasaban dejando al niño a doña Julia, y él se dirigía a dejarla a su morada, hablando en el camino de cosas triviales y a prisa, como si quisiera hablarle mucho en aquel corto trayecto para compensarla por el prolongado silencio de todo el viaje. Pero no decía una palabra de lo que ella ansiaba escuchar.

Lilya entraba presurosa a esconder su amargo pesar en el lecho, y allí, presa su cabecita en las almohadas, lloraba desconsoladamente, hasta desahogar un poco su corazón.

[119] oblación: «Ofrenda y sacrificio que se hace a Dios» (DLE).
[120] En el original: «una» [errata].
[121] En el original: «son» [errata].
[122] En el original: «decían» [errata].

CAPÍTULO CUARTO

EL TORERO

Edgardo San Lorenzo era un apuesto joven de excelentes modales y muy sanas costumbres. Último miembro de una distinguida y acaudalada familia argentina, al verse solo había emigrado, y después de viajar mucho vino a México, decidiendo quedarse ahí definitivamente.

Era abogado de profesión, mas fue desde niño apasionado por el toreo. Alguno de sus abuelos fue torero, porque el chico lo traía en su sangre. Su pupitre de colegial muchas veces lo convirtió en ruedo, y el casquillo y el lápiz eran las banderillas que clavaba en el… tintero.

Por complacencia hacia sus padres estudió abogacía; mas cuando fue libre, dedicóse a viajar y a adquirir los necesarios conocimientos para ser buen torero. Después de dos años de duro aprendizaje y bastantes revolcadas y cornadas de los toros, hizo su primera corrida en Venezuela. La crítica lo juzgó como futuro gran torero. Seis meses después era el ídolo de Caracas.

Toreó en casi toda Latinoamérica, en California, y por último llegó a México donde encontró el más grato ambiente, cautivándole también el encanto irresistible de este pujante país, por lo que decidió plantar ahí su bandera y su cruz.

Otra estrella del toreo suramericano estaba en México, la valiente y joven torera Carmen de la Torre, que reunía en su noble arte tanto el rejoneo[123] portugués como el desenvolvimiento de los peones, banderilleros y matadores españoles; era una dualista de estilos, pues lo mismo citaba, trasteaba y jugaba con el toro a caballo como a pie.

Ni aún los mismos toreros mexicanos podían ponerse a la par de la valiente Carmen en este sentido, porque era ella el único exponente de este doble estilo. Jugaba con los toros esta valerosa joven de veinte años como pudiera hacerlo cualquiera otra con las cuentas de su collar.

El gran Jesús Lozano, El Chico, y otras glorias mexicanas de los ruedos vieron también torear a San Lorenzo y hallaron que sería un «as» en las plazas de toros. Y así fue. Toreó más por devoción que por otra cosa.

De vez en cuando ayudaba a cualquiera que de su profesión de abogado necesitara, y demostró con ello que bien competente era.

Fue recibido en los mejores círculos sociales, apreciado en todas partes, y llamábanlo «El torero filántropo», porque muchas veces donaba a cualquier asilo de caridad la ganancia toda que una corrida le dejara. En sus bolsillos nunca faltaban monedas para los chicos, y al dárselas, brindábales también cariñosas palmaditas y afectuosas palabras.

Fernando Saldívar fue uno de sus más caros amigos, y por poco le toca marchar en el definitivo viaje con él; pero, por un raro milagro, se había salvado de aquella trágica muerte.

Aquel accidente, y la zozobra en que estuvieron sus muchos admiradores por largos días temiendo la muerte de San Lorenzo, diéronle una mayor popularidad; mas a él todo le era indiferente fuera del momento en que estaba frente a su enemigo: el toro. Después

[123] rejoneo: «En el toreo de a caballo, herir con el rejón al toro, quebrándolo en él por la muesca que tiene cerca de la punta» (DLE).

hasta[124] el arte al que había consagrado todas sus ilusiones llegó a carecer de importancia para él, obsesionado como estaba por aquel amor que tan hondo se había metido en su corazón.

Una noche decidió poner fin a sus inquietudes y le habló al Sr. Revilla con entereza.

—Señor —le dijo—, quizás le admire la declaración que voy a hacerle, pero no puedo guardar por más tiempo mi secreto; me abrasa los labios y siento que me ahoga. Amo a su hija, exclamó con vehemencia, y quiero casarme con ella.

Don Alberto creyó que era a Lilya a quien Edgardo aludía, y estuvo muy de acuerdo, llamándole hasta hijo.

Al oír lo que el caballero le dijera, el torero loco de júbilo y olvidando que no estaba solo exclamó: —Elena, Elena mía, con mi gran amor te devolveré la perdida razón; seré para ti un abnegado esclavo hasta que vuelvas a ser la de antes y encuentres el amor a tu lado. Pero yo mismo quiero cuidarte, y no separarme de ti nunca, nunca.

Así habló el apasionado joven, dejando al padre boquiabierto, retratada en su semblante la mayor sorpresa. Después de unos minutos de silencio preguntó al torero: —¿Qué, qué dice Ud. San Lorenzo? A cuál de mis dos hijas ama Ud. ¿A Elena? ¿Pero es posible?

—Sí, señor —contestó el torero con energía—, la amo más que a mi vida y quiero casarme con ella; con la infinita ternura de mi amor la salvaré de su demencia. Su hijo Arturo será el mío, porque ya lo quiero como si tal fuese. No me lo niegue Ud. Señor —prosiguió Edgardo—, negarme a Elena es negarme el derecho de seguir viviendo, la amo demasiado para vivir sin ella.

Anonadado, confuso, el anciano pudo al fin responder: —Yo creía que Ud. me pedía la mano de Lilya, de cuyo amor por Ud. estoy seguro… ella sí podría corresponderle.

Pero a Elena no puede ni debe Ud. amarla, porque nunca mientras esté enferma abre yo de decidir su matrimonio; es ella sola quien debería, si llegase a curar, elegir otro marido si así lo deseara, pero yo jamás, jamás presionaré a ninguna de mis hijas en ese sentido.

Será usted siempre bien recibido en mi casa —continuó diciendo el apenado anciano—, pero ese punto solo la misma Elena lo decidirá, si Dios quisiera curarla algún día.

Edgardo sintió una pena muy grande, enorme desesperanza. El médico había dicho que solo el amor, o una impresión profunda, podrían devolver la razón a la viuda.

No había recibido jamás San Lorenzo en su vida de valiente torero cornada más dolorosa e intensa que la causada por la rotunda negativa de don Alberto, pues si bien las que en las plazas recibiera empurpuraron la arena, esta le desgarró cruelmente su alma de apasionado latino. El corazón no entiende de diccionarios, y por tanto no significaba nada para él la palabra «paciencia». Además, pensaba, acaso los extraordinarios milagros que ocurren todos los días.

¿No es en sí un milagro el resistir esta vida preñada de amarguras y desengaños? ¡Oh vida irónica como te ensañas en los seres y los vences con ese aliado formidable llamado destino, cuyos ineludibles designios tan pronto destrozan sin piedad el corazón de la más feliz criatura como elevan hasta un trono a la más escondida cenicienta![125]

[124] En el original: «hasto» [errata].

[125] Cenicienta: «protagonista y título de un cuento de Ch. Perrault, 1628-1703 […] Persona o cosa injustamente postergada, despreciada» (DLE).

¿Esperar a que Elena curara? Quizás sería esperar toda una vida en vano. Curaría: de eso tenía él absoluta certeza, si besándola en los labios febrilmente la estrechaban amorosos unos brazos murmurándole a un tiempo en el oído dulces palabras de amor. Así curaría rápidamente, pero no en el claustral retiro de un solariego y silencioso palacio.

Mas era un caso perdido para él. Don Alberto se había opuesto tenazmente; y el noble anciano tenía razón. Sí, todo el derecho para oponerse estaba de su parte.

¿Cómo concertar un segundo matrimonio para la novia inconsciente, víctima de un nefasto destino en el primero? No, no, mil veces no.

¡Qué horrible impresión tendría aquella criatura si despertara su razón estando ella en los brazos de un hombre que le era desconocido! Edgardo[126] veía al través de las brumas de una inmensa tristeza la imposible realidad de sus sueños, aumentando mucho más su pena el saber que por su culpa y sin poderlo evitar sufría Lilya.

Tanto su vida como la de ella estaban para siempre destrozadas. No debía por lo tanto seguir delirando… su deber era alejarse para siempre de aquella casa. Pero ¡ay! mil veces preferible era la muerte a resignarse a no volver más a ver a su amada. No obstante, su honor se lo prohibía y a él se sometió. Edgardo San Lorenzo nunca más volvió al palacio de don Alberto Revilla.

El noble caballero sintió la pérdida del amigo de tan amena y discreta conversación; doña Carlota encontraba detestables a los demás jugadores de bridge y el piano de Lilya enmudeció.

¡Pobre Lilya!, no la excluyó el destino de beber en el cáliz del dolor, que se tornó más acerbo aún, por no haber conocido del amor ni las primeras mieles.

Sus labios purpurinos no supieron de besos; y en sus ojos, mirándola, jamás se reflejó el rostro de su amado.

Al tener conocimiento del amor de Edgardo por su hermana, se arrasaron en lágrimas sus hermosos ojos negros; mas tuvo el valor necesario para reprimir el llanto delante de sus padres. Pero en su alcoba, en ese asilo donde feliz tejiera la sutil tela de sus ilusiones, sus esperanzas y sus sueños, lloró desconsoladamente, como se llora la muerte del primer amor.

Hasta el mismo chamaco llegó el zarpazo de aquella nueva pena cernida sobre los suyos, porque dejo de ver a su amigo y terminaron los mañaneros paseos en auto con Edgardo y su linda pero triste tía.

El bebé parecía interrogar con sus ojitos dulces y escrutadores: ¿por qué habíanlo privado de sus paseos? ¿Por qué como antes Lilya y Edgardo no jugaban alegremente con él? Y no poder responderle ni complacerlo era una nueva desdicha para todos.

Días después empezáronse a escuchar los comentarios que hacía el público, la prensa y la radio del inusitado valor, el arrojo increíble, por lo temerario de San Lorenzo frente a los toros, pues a pesar de haber demostrado antes que era uno de los más valientes lidiadores de los ruedos, nunca como entonces se le vio entrar al redondel con mayor gallardía ni plantearse frente a la fiera con tan despego a la vida.

Sus amigos los Revillas si bien se alegraban por los laureles que con este arrojo obtenía el torero, una secreta angustia les atormentaba, un recóndito temor por la vida de su amigo.

[126] En el original: «Egardo» [errata].

El 16 de setiembre, día en que se celebra su independencia el glorioso[127], heroico y noble país mexicano, celebraríase una extraordinaria corrida de toros, en la que participarían los más destacados espadas, la flor y nata de la tauromaquia.

Don Alberto decidió asistir a ella con su familia para ver a su amigo y admirar aquel espectáculo magnífico, cual ningún otro del año. Lo más selecto de la sociedad y del gobierno asistía a la corrida de la Independencia, en la que toreaban en reñida competencia célebres toreros extranjeros y aztecas.

Llegó por fin el celebrado día. Espléndido el sol cobijaba con su manto de oro la tierra de Morelos. Por doquier se escuchaban los patrióticos y alborozados gritos de los estudiantes; los festivos y variados colores de los charros y zarapes de los indios se confundían con la elegancia de los obreros que para ese día guardaban sus mejores trajes.

Los lujosos carros de los elegidos de la fortuna paseaban grupos de encantadoras mujeres con sus apuestos caballeros. Reinaba la alegría en aquel polícromo[128] ambiente, alegría de patriotas satisfechos de vivir en un país libre en donde son respetados sus derechos ciudadanos.

Aproximábanse las tres de la tarde, hora en que se celebraría la corrida, por lo que era mayor la multitud en las cercanías de «El Toreo», la primera de las plazas taurómacas de México. Y en este sitio la concurrencia era enorme.

Todas las categorías sociales tenían sus representantes en aquella muchedumbre ansiosa de presenciar el anunciado y emocionante espectáculo.

Pregoneros y vendedores mezclaban sus gritos al sordo rumor producido por aquel conglomerado gentío o a los estridentes sonidos de los pitos, bocinas y claxons[129] de los autobuses, carros y demás vehículos que con su carga humana se acercaban a la plaza.

La impaciencia consumía a los miles de espectadores que llenaban los palcos y graderías. De pronto hendió los aires el vibrante sonido de un clarín anunciando la iniciación de la corrida.

Viose entonces avanzar hacia el palco presidencial a un caballero vestido de terciopelo negro con brillantes botones plateados en su traje. Era este caballero el alguacil que, montado en brioso corcel, iba en busca de la llave del toril, la cual le fue tirada por el señor gobernador desde su palco y diestramente recogida por él al aire.

Luego, al compás de una alegre marcha española ejecutada por una excelente banda, desfiló la cuadrilla completa en un garboso[130] paseo.

Qué armonía de gracia y de color fue aquel desfile encabezado por la grandiosa Carmen de la Torre, quien con sus veinte años lucidos y sus azules ojos atraía de primera la atención de todos. A la par de ella iba el gallardo San Lorenzo; y los seguían a ambos en dos filas paralelas bien formadas Jesús Lozada, el notable Chico y el valiente Garza de México.

Tras los espadas que eran estos, venían los capeadores, los peones y, por último y en el mismo orden, los picadores, jinetes en hermosas cabalgaduras.

A su paso el público ya entusiasmado prorrumpía en aplausos y vítores. Terminó el paseo dispersándose unos y otros por la espaciosa plaza. Súbitamente reinó el silencio, y a

[127] En el original: «gloriosa» [errata].
[128] polícromo: «De varios colores» (DLE).
[129] En el original: «claxonns» [errata].
[130] garboso: «Airoso, gallardo y bien dispuesto» (DLE).

un toque de clarín que le siguió, comenzó la corrida iniciada por la intrépida Carmen, rejoneando.

Montaba en un caballo negro de admirable estampa y maravillosamente educado para este arte; caracoleó[131] y jugó a la garrocha[132] con inigualable destreza, hasta que, humillado el toro, clavóle en el testuz la puya.

Viosela entonces desmontar y hacer con el capote las más elegantes filigranas con el animal, el cual, en su bravura, bufaba y escarbaba la arena, ávido de atacar.

Luego con variados pases de muleta, ceñidos unos; altos, largos y de pecho otros, empuñó por fin la espada, citó al toro, lo cuadró y en medio la expectación general, se echó sobre él derribándole, casi, de una certera estocada hundida en la propia cruz.

Electrizado el público aplaudía y vitoreaba hasta el frenesí, y en hombros fue sacada de la plaza la valerosa y dualista joven torera.

Después de Carmen tomó la alternativa el notable Jesús, y no fue menos la elegancia y la maestría con que toreó, poniendo una vez más sobre su frente los laureles tantas veces conquistados.

También se distinguieron El Chico y el temible Garza de México, quienes con sus pases de muleta y sus admirables verónicas[133] hiciéronse émulos de aquel trío famoso y popularmente conocido con los gloriosos nombres de Gaona, Gallito y Belmonte.

El último en salir, por haberlo él mismo así pedido, fue Edgardo… A su sola presencia en la plaza prorrumpió el público en estruendosos aplausos. Tocóle uno de los más fieros animales. Difícil es describir la emoción y la angustia que producía en los espectadores su increíble arrojo.

El conde de Villamediana[134] y Pepe-Hillo[135], quienes fueron los que pusieron los verdaderos cimientos del arte clásico en la tauromaquia, se habrían enorgullecido de haberlo visto; no solo por el valor temerario que desplegaba, sino por la maestría y el fino arte con que ejecutaba su portentosa faena.

Un momento pareció que ya la fiera iba a alcanzar con los pitones[136] el cuerpo de San Lorenzo, pero él con un hábil movimiento de quite esquivó la embestida del toro. El público, impaciente y nervioso, pasaba de una a[137] otra emoción.

Los gritos de zozobra o el repentino y estrepitoso aplauso no cesaban de oírse.

De pronto, repercuten en los aires las penetrantes y típicas notas del clarín. Era la señal de matar al toro.

San Lorenzo impávido dirigió lentamente sus pasos hacia el palco de los Revillas, el cual ostentaba como preciosas joyas engarzadas en él las dos jóvenes más bonitas que pudiera soñarse.

---

[131] caracoleó: «Hacer caracoles (…) Cada una de las vueltas y tornos que el jinete hace dar al caballo» (DLE).
[132] garrocha: en su segunda acepción: «Vara para picar toros, de cuatro metros de largo, cinco centímetros de grueso y una punta de acero de tres filos, llamada puya, sujeta en el extremo por donde se presenta a la fiera» (DLE).
[133] verónicas: en su segunda acepción: «Lance que consiste en esperar el lidiador la acometida del toro teniendo la capa extendida o abierta con ambas manos enfrente de la res» (DLE).
[134] Juan de Tassis y Peralta, II Conde de Villamediana, (1582-1622): poeta español del Barroco, adscrito por lo general al culteranismo.
[135] José Delgado Guerra, más conocido como Pepe-Hillo (1754-1801): torero español. Fue parte de los que establecieron las reglas y el estilo de las corridas de toros.
[136] pitones: en su segunda acepción: «Punta del cuerno del toro» (DLE).
[137] En el original: «o» [errata].

Lilya vestía un sencillo traje marfil de encaje, tocada con mantilla del mismo color. Una rosa roja bajo su hombro izquierdo era la única nota alegre en aquella joven, cuyo triste y pálido semblante contrastaba con el vivo matiz de la flor.

Estaba la bella y pálida joven sentada a la derecha de su madre. Don Alberto ocupaba un asiento junto a doña Carlota, teniendo a su derecha a Elena, que vestida de negro y tocada con mantilla de idéntico color, semejábase a una azucena guardada en estuche de azabache.

Desde que hicieron su entrada al palco, no habían faltado miradas del público fijas en ella, tanto porque su sola presencia despertaba la general admiración, como porque la gran desgracia que pesaba sobre tan noble y aristocrática familia movía a compasión.

Sin saberlo antes, ¿quién hubiera dicho que aquella linda y enlutada jovencita, que con su sencilla elegancia y singular belleza eclipsaba a todas las que en aquel recinto se encontraban, fuese una loca? Ciertamente que nadie lo pensaría, porque lo único que en ella podría llamar la atención era la mirada indiferente que tenía para todo lo que la rodeaba y su continuo silencio.

A la única persona que alguna vez miraba era a su padre, quien le sonreía entonces tristemente.

Llegado que hubo Edgardo frente al palco y mirando a los que ocupaban, saludó con una reverencia y arrojó la montera a Elena. Pero ella no se dio cuenta ni reparo en ello, y la prenda en vez de ser cogida por sus manos cayó al suelo.

Lilya entonces inclinóse, la recogió y en ella puso un beso.

Un murmullo de admiración se dejó oír entre los que presenciaron tan singular escena, ya que era de adivinar el amor de Lilya por el torero y la pasión de este por la linda loca; sobre todo porque él mismo no se cuidaba de ocultar su vehemente amor ante aquella muchedumbre.

Pero él ya se ha dirigido a recibir de uno de sus peones la espada y el capote, y con ánimo sereno, se encamina hacia la fiera, entablándose entre ambos la lucha más impresionante que las arenas vieran.

A ratos parecía que hombre y toro formaban una sola masa y los gritos de angustia del público confundíanse con los de admiración.

¿Qué pretendía hacer aquel hombre dominado o cegado por su arte y por su valor? ¿Cuál de los dos adversarios iría a vencer?

De repente, se apartó Edgardo un poco del toro, lanzando una rápida mirada al palco de los Revillas.

Enseguida citó a la fiera, se arrimó a ella y hundió la espada en el testuz del quebrantado, pero todavía enfurecido animal. En ese minuto de horrible angustia para el público, algo extraño insólito había ocurrido. No había duda alguna…, San Lorenzo se había dejado coger por el toro.

Los que acudieron a salvarlo, espadas y capeadores, llegaron tarde para deshacer ese, al parecer, mortal abrazo, ya que hombre y fiera juntos habían rodado por la arena.

Los hombres gritaban, las mujeres lloraban, desmayándose algunas de ellas al ver sobre la ensangrentada arena al aclamado y valiente San Lorenzo ya inmóvil.

Y mientras por un lado entraban con sus ruidosos cascabeles las enjaezadas mulas para llevarse fuera del redondel al toro, arrastrándolo rápidamente, afanábanse los «monosabios»[138] por limpiar la sangre del teñido suelo.

Alrededor de Edgardo se agrupaban consternados y solícitos sus amigos y compañeros. Mas todo era ya inútil.

El gallardo torero, el valiente joven que a su haber tenía setenta orejas, galardón que se concede solo por faenas excepcionales, el que, en la tradicional corrida de Covadonga, en Tampico, había obtenido el «trofeo de oro», otorgado al más sobresaliente de los espadas, yacía ahora en un charco de sangre. El torerito garboso y gentil había muerto. Ya lo sabían todos.

Edgardo San Lorenzo brindó el último toro de su vida a la mujer que amaba con delirio, a la que no podía comprender la intensidad de aquel amor. Es más, ante la imposibilidad de realizar sus esperanzas, le había ofrendado también la vida en un arrebato de pasión y dolor.

Lágrimas las había abundantes en muchos ojos, honda pena en todos los corazones por la pérdida del amigo y del ídolo; pero por sobre la dolorosa consternación de todos había un corazón más herido, más desgarrado que ningún otro; el de Lilya Revilla.

Sus lágrimas no se secarían como las de los otros a la aparición de un nuevo ídolo. No. Jamás ella volvería a una plaza de toros, ni tampoco volvería a amar a ningún hombre.

La losa que cubría el cuerpo del infortunado torero sepultaría para siempre el corazón de la desdichada Lilya.

El sol entristecido, quizás por el cuadro que había contemplado, se ocultó presuroso, cayendo como enorme globo rojo en la lejanía del mar, sucediendo a sus rojizos celajes, a las tétricas sombras de una triste noche.

[138] monosabios: «Persona que realiza diversas tareas auxiliares durante la lidia, como ayudar al picador» (DLE).

CAPÍTULO QUINTO

LA MONJA

La tarde caía; una lluvia persistente, que por fina se creería tamizada, caía azulada e iridiscente, al ser atravesada por los rayos de un vespertino sol.

El timbre del convento llamaba a cada instante, y después de oírse el ritual «Ave María», asomaba en el torno su pálido rostro la monjita tornera que, al mirar y asegurarse de que quienes llamaban eran las esperadas visitas, abría[139] presurosa la claustral puerta de aquel recinto.

La escena se repetía a cada rato, pues las visitas de esa tarde eran numerosas por la consagración de religiosas que a efectuarse iba.

Era enorme la cantidad de gente que poco a poco había ido llenando los espaciosos corredores y locutorios del claustro, y grande era también el bisbiseo de toda aquella muchedumbre pretendiendo hablar en voz baja.

De tiempo en tiempo aparecía alguna religiosa atravesando a rápidos pasitos los corredores o las salas; a la que se veía temerosa, teñía de amapola su carita al pasar frente a los hombres y llevando en sus manos algún blanco lienzo, algunas flores, o un breviario.

Todas las miradas la seguían queriendo penetrar tras de la puerta que ocultaba a la monja, pero ahí por fuerza tenía que detenerse está insatisfecha y siempre escudriñadora dama llamada: curiosidad.

Los visitantes esperando la hora de la ceremonia, se distraían contemplando los artísticos y bíblicos cuadros que de las paredes pendían, así como las Bellas imágenes que invitan a la meditación con su sola presencia.

Veíanse también en mesas y repisas bellísimos ramos de artificiales flores, tapetes de encaje o bordados en sedas, cuadros pintados o adornos de cera, todo cuidadosamente[140] ejecutado[141] por las monjiles manos. Perfumaban aquel acogedor y silencioso ambiente grandes ramos de flores cultivadas por las mismas religiosas en los jardines del convento que ostentaban también las más exóticas plantas de begonias, helechos diversos, tupidas enredaderas y los más lozanos[142] árboles cargados de frutos y de nidos de alegres y cantarines[143] pajarillos.

Llegó al fin la hora de la ceremonia y abriéronse de par en par las puertas de la capilla. Era esta en forma de escuadra y dividida en dos secciones.

Una de ellas estaba provista de numerosas bancas largas con sus reclinatorios. Tenía al lado izquierdo el confesionario, al centro un armonio[144], y a su alrededor el autorizado Vía-Crucis. Sus puertas daban a los corredores las del lado derecho, y a los jardines las del izquierdo.

---

[139] En el original: «habría» [errata].
[140] En el original: «cuidadosameute» [errata].
[141] En el original: «ejecutados» [errata].
[142] En el original: «losanos» [errata].
[143] En el original: «cantarinos» [errata].
[144] armonio: «Órgano pequeño, con la forma exterior del piano, y al cual se da el aire por medio de un fuelle que se mueve con los pies» (DLE).

En esta sección oían misa y asistían a los oficios religiosos las reclusas, vigiladas por la Primera Maestra, cuyo reclinatorio estaba en medio de las cuatro filas de laterales bancas.

Como las reclusas no asistían esta vez a la ceremonia fue destinado este sitio al numeroso público que esperaba presenciar el divino acto de la consagración de las esposas de Cristo.

En el ángulo recto estaba el imponente y bello altar artísticamente tallado, cubierto de finos encajes y bellísimos tapetes de raso bordados en oro. A ambos lados del altar, grandes jarrones de plata ostentaban *bouquets* de albas azucenas, unos puestos sobre el mismo altar, y otros en pequeñas y redondas mesitas, cuidadosamente colocadas, de manera que las de atrás fuesen más altas que las delanteras.

Este conjunto forma una admirable y alabastrino adorno en aquel altar que lucía centenares de cirios prendidos, juntando su titilante luz a la muy brillante que a raudales caía de las mil bombillas y preciosas arañas de la capilla.

Frente al altar estaban colocados los tres reclinatorios de los sacerdotes oficiantes de la ceremonia. A mano derecha estaba el comulgatorio de las reclusas que dividía la capilla en dos secciones; y frente a él, el de las religiosas.

Era este comulgatorio una magnífica obra tallada en madera y cubierta con blanco raso.

Estaban colocados, en primer término y frente al altar, los reclinatorios en que debían arrodillarse de dos en dos las jóvenes que iban a pronunciar sus votos.

Laterales estaban los asientos de la comunidad con sus reclinatorios tallados en la misma preciosa madera del comulgatorio; tenía cada uno de ellos un pequeño almohadón de terciopelo rojo.

A un lado estaba una mesita cubierta con blanco y bordado mantel, en donde se había colocado todo lo necesario para la consagración: hábitos, tocas, velos, coronas, corazones de plata y cirios; a la par estaba el reclinatorio de la madre superiora, oficiante también de la consagración, lo mismo que la primera maestra, cuyo lugar estaba a la izquierda.

Al centro de la capilla y desde el altar hasta la puerta principal se extendía una alfombra carmesí, usada solo en las grandes fiestas religiosas de la comunidad.

Al final, en el ángulo derecho estaba situado el armonio a la par de la puerta que daba a uno de los claustrales corredores, en tanto que la otra puerta, la del centro, comunicaba con el aposento de trabajo de la madre superiora, en donde en esta ocasión se vestían las religiosas.

Contiguo a la capilla de la comunidad, a mano izquierda, había un espacioso corredor con tupidas enredaderas y bellísimas plantas en lindos maceteros. Hasta ellas llegaban los colibríes a extraer golosos con sus largos picos la miel que guardaban las flores en sus corolas; otros pajarillos de matices brillantes alegres jugueteaban en las enredaderas o confundían sus cantos con los de las religiosas.

Era este el sitio predilecto de las monjas para su meditación, pues en él estaban a la vez en comunión con Dios y con la Naturaleza. Por este corredor se entraba a la sacristía, y los amplios ventanales que había en el muro izquierdo de la capilla hacían perfecta la visibilidad de un sitio a otro.

Para el acto religioso que iba a oficiarse habíanse colocado numerosos asientos, siendo este lugar el destinado a los padres, hermanos y parientes en general de las jóvenes esposas del Señor que iban a prometerle obediencia y castidad, consagrándose a su servicio.

Junto a una de las ventanas estaban tres personas vestidas de negro. Eran ellas: un matrimonio cargado de años y de penas y una jovencita muy linda, pero indiferente a cuanto la rodeaba.

Los ancianos mirábanse de tiempo en tiempo queriendo poner en sus miradas un valor que no sentían, porque, aunque ungidos de cristiana fe, había llegado el momento decisivo en que debían despedirse, quizás para siempre, de su hija, que una vez profesa partiría junto con otras religiosas a un nuevo convento que la congregación iba a tomar en la República Argentina.

Eran estos ancianos don Alberto y doña Carlota, que verían ahora a su linda hija Lilya tomar el velo de monja.

Casi tres años hacía que la querida hija había salido de su casa para encerrarse en el convento. Cuando partió, creyeron que era el dolor por la violenta muerte del amado lo que la obligaba a huir del mundo, pero que pasado algún tiempo y olvidada su pena, retornaría al hogar.

Mas no fue así. Después de un prolongado retiro, viéronla tomar el hábito negro de las postulantes. Esperaron que en otros seis meses mitigaríase el dolor de su herida, pero al cabo de ellos, manifestóles que vestiría el marfilino hábito de las novicias.

¿Cómo, hija querida, díjole emocionada su madre, quieres abandonarnos para siempre? Con lo que se han acrecentado nuestras penas en estos largos meses alejados de ti. ¿No sabes que la poca alegría que nuestro hogar tenía se ha venido contigo?... y hasta el niño, el chamaco que tanto te quiere, ansioso espera que regreses a jugar con él, a besarlo y mimarlo como antes lo hacías.

¿Y tus pobres, Lilya, los numerosos pobres que socorríais, los niños que enseñabas y los enfermos que cuidabas?... Todos, todos anhelantes te esperan. Comprendes ahora hija mía, la falta de haces a todos… uy cómo también puedes servir a Dios en nuestro hogar.

Dejó de oírse la temblante voz de la afligida anciana y un pesado silencio cayó en el locutorio[145]. La postulante, semejando sus manos dormidas palomas blancas sobre la negrura del hábito, se había entregado a una profunda meditación. Sus padres también callaban y desde el fondo de su corazón elevaban a Dios el místico incienso de sus oraciones para que les alcanzara el valor necesario con que recibir resignados y alegres sus altísimos designios.

Súbitamente, desde los jardines, llegaron a ellos los cantos de las religiosas en recreo: a un tiempo que entraron al locutorio dos pajarillos de brillantes colores, volando rápidamente y posándose en uno de los maceteros primero; y luego, de un brinco sobre el marco de un lindo lienzo que representaba la «Oración de Jesús en el Huerto». Finalmente, revolotearon por toda la sala buscando la salida; y, al encontrarla, se fueron a los jardines de donde habían venido. Un momento después, ebrios de libertad mezclaban sus cantos a los de las felices monjas.

Lilya levantóse de su asiento y arrodillándose frente al sofá donde estaban sentados sus padres, con humilde y suave voz les habló así: —Papacito querido, mamacita mía, perdonadme si os hago sufrir, pues culpa mía no es. Os lo suplico de rodillas, no me neguéis vuestro consentimiento para tomar el hábito de novicia, porque es mi intención, mi firme propósito permanecer toda mi vida en esta casa y desposarme con el Señor.

[145] locutorio: «Habitación o departamento de los conventos de clausura y de las cárceles, por lo común dividido por una reja, en el que los visitantes pueden hablar con las monjas o con los presos» (DLE).

No creáis por esto que os abandono, pues si bien no me veréis con frecuencia, yo estaré más con vosotros, pues orando se acendran[146] las almas a Dios, y Él está en todas partes. No es una futileza ni un capricho lo que me ha hecho tomar esta decisión: es la voz de Él, es su llamamiento… Cuando aquel amor —dijo refiriéndose a su amor por Edgardo—, sufrí mucho al no verme correspondida; y cuando tan trágica y decididamente murió, fue tal mi amargura[147] que creí muy pronto le seguiría.

No queriendo afligiros más con mis continuas lágrimas pedí vuestra venia para hacer un espiritual retiro en este asilo. Y aquí lloraba y oraba constantemente; le pedía a Dios que me diera resignación; que me hiciera olvidar a San Lorenzo para no empañar más con mis lágrimas la triste morada de mis amados padres.

Lentamente, fue sanando la dolorosa llaga de mi alma; un milagroso bálsamo la había cicatrizado, pero yo no me sentía solamente resignada, sino, ¡cosa extraña! Intensamente feliz.

Parecíame sentirme amada por alguien, creía no haber amado antes y que hasta ese momento empezaba a amar yo también.

«Pero, ¿quién me ama tanto, tanto para hacerme sentir así la fuerza de su amor en mi alma?», pensaba.

Adquirieron mis ojos el perdido brillo y a mis pálidas mejillas volvió el color.

Un día me dijo la madre superiora: —Hija mía eres otra. Esto parece un milagro, un milagro de amor.

Al oír estas palabras sonreí, y ruborosa corrí a la capilla. ¿Por qué? No lo sabía. Lo supe cuando arrodillada empecé a orar dando gracias a Dios por haberme hecho olvidar mis terribles penas y por la dicha que ahora sentía…

Poco a poco la oración fue muriendo en mis labios y quedéme como arrobada fascinada, escuchando algo, muy lejano, pero muy dulce, que se fue acercando hasta convertirse en una voz divina que me hablaba casi al oído, sintiendo a la vez mi corazón latir apresuradamente.

La voz decía: —Ven a Mí, Yo te amo con el amor más grande a que criatura humana pueda aspirar. La que me pertenece no tiene que sufrir ni la desilusión ni las lágrimas; mi amor no tiene ocaso, ni existe la edad para mis esposas. Las encuentro siempre más bellas y perfectas porque la oración y el sacrificio las diviniza. Ven a Mí, continuaba la voz, Yo te amo y tú me amas a Mí. Por eso no fue permitido que «aquel» te amara, porque estabas destinada a pertenecer al mundo espiritual de mis esposas.

Embelesada escuchaba aquellas divinas palabras y entonces comprendí que era a Él a quien yo amaba… a Jesús. Y que es a Él a quien yo amaré toda mi vida. Por eso quise hacer mi postulación, para estar más segura de mí misma.

Y en estos seis meses, ¡qué feliz he sido! ¡Qué dulces coloquios con Él he tenido!

Su divina sabiduría me ha iluminado y he comprendido que la caridad no es solamente la que se hace dando lo material; que es también y más valiosa aquella en que se entrega una vida entera a la oración y al sacrificio por la salvación de otras almas, alcanzando de Dios por este medio misericordia y ayuda para muchos seres.

Por esto, no creáis madre mía que abandonaré a mis pobres, a mis niños, a mis enfermos, no. Mi oración perpetua y abstinencia serán el más valioso óbolo[148] que darles

---

[146] acendran: «Depurar, purificar, limpiar, dejar sin mancha ni defecto» (DLE).

[147] En el original: «amargra» [errata].

[148] óbolo: «Pequeña cantidad con la que se contribuye para un fin determinado» (DLE).

pueda. Yo espero que Él os lo hará comprender y tal vez hasta la dicha os devuelva. ¿Quién puede adivinar sus sagrados designios? Es tan misericordioso que no os dejará beber por mucho tiempo en el amargo cáliz del dolor. Miradme, si no, a mí.

Al decir sus últimas palabras se había iluminado su rostro con una sonrisa, reflejo de la felicidad que sentía.

Los ancianos no pudieron oponerse. —¿Cómo negarle el permiso si con ello era tan feliz? ¿Acaso —pensaban— tenemos derecho a negar a Dios lo que le pertenece? Debemos sentirnos orgullosos y agradecidos de que haya llamado a una hija nuestra a su servicio.

Y así vieron a Lilya tomar el hábito de novicia. Durante dos años fue la novicia más linda y alegre; la que más celo demostró, saliendo victoriosa de todas las pruebas.

A medida que se acercaba el día de la profesión, exaltábase más aún su dicha. Su alma mística se abrió como florece un jardín en plena primavera. No hubo novia que esperare con más ansia e ilusión el día de sus nupcias.

Cúpole también la suerte de ser designada a partir con el grupo de religiosas que iban a regir un nuevo convento que a su cargo tomaba la congregación, ya que en Lilya adivinaron a la perfecta monja, dechado de caridad y abnegación.

En este punto de su meditación fueron interrumpidos los pensamientos de los dos ancianos con la entrada de los tres sacerdotes que revestidos con bellos ornamentos llegaban a oficiar la grandiosa ceremonia; al mismo tiempo que se escucharon en el armonio las notas que acompañaban a las religiosas en sus místicos cantos, pues cantando se acercaban a tomar sus lugares en la capilla. El momento de la profesión había llegado.

Cuando todas estuvieron colocadas debidamente y en sus respectivos sitios y los sacerdotes por su lado, aguardando en los suyos, avanzó un grupo de cuatro jóvenes vestidas en traje corriente y al llegar frente a los ministros de la iglesia arrodilláronse y pidieron se las admitiera como postulantes.

Uno de ellos tomó el consentimiento a la madre superiora y al darlo ella, entrególes los negros y largos hábitos con que debían cubrirse por espacio de seis meses. El color negro significaba que desde ese momento debía[149] morir para ellas todo lo mundano.

Las jóvenes colocáronse los hábitos sobre sus elegantes vestidos y cubriéronse las cabezas con unas tocas negras, arrodillándose otra vez a pronunciar sus votos temporales de obediencia absoluta y sacrificio. Recibieron un breviario de manos de uno de los oficiantes y se alejaron. Ya ellas pertenecían a la comunidad.

Siguieron seis postulantes que arrodilladas de dos en dos rogaron se las admitiera como novicias, pues querían prepararse para llegar a ser esposas del Señor.

El sacerdote oficiante pidió su autorización a la madre superiora y ésta la dio al mismo tiempo que le entregaba los marfilinos hábitos. Cuando estuvieron vestidas y cubiertas las cabezas con blancas tocas ciñóles el celebrante a la cintura el cordón azul de la penitencia; y, arrodilladas, pronunciaron votos de castidad, obediencia y caridad. Ya eran novias del Señor, y con un rosario por la superiora entregado, se alejaron a merecer ser dignas de llamarse un día esposas de Jesús. Las que verdaderamente tenían vocación resistían aquellos dos años de prueba, pronunciando al cabo de ellos sus votos perpetuos.

Un gran número de ellas dejaban el claustro en el transcurso o al final de aquel tiempo, pues eran muchas las llamadas, pero muy pocas las escogidas[150].

---

[149] En el original: «debía de» [errata].

[150] Intertexto bíblico: «Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos» Mateo 22: 14 (Biblia de Jerusalén).

Esta vez era Lilya la única que debía pronunciar votos perpetuos. Venía seguida de las novicias y postulantes que acababan de pronunciar los suyos. Estas quedáronse formando filas de honor a los lados y la novicia avanzó hasta el reclinatorio.

Vestía un largo traje de blanco raso con amplia cola y cerrado por una fina y forrada abotonadura. Un espumoso y blanco velo cubríale el rostro y la cabeza coronada de azahares. Al verla, habríase pensado en una linda novia… a no ser porque en vez de *bouquet* traía un cirio en sus manos.

Al llegar se arrodilló y con voz llena de alegría dijo: —Padre, heme aquí arrodillada implorando de vuestra merced un favor.

—Hablad, hija mía —díjole él.

—Deseo —continuó la novicia— que me admitáis y consagréis como esposa de Nuestro Señor Jesucristo, al que amo con todas las fuerzas de que es capaz mi pobre corazón; pido que me permitáis consagrarle mi vida entera y vivir hasta mi muerte en su santa casa.

—¿Oís madre —exclamó el sacerdote dirigiéndose a la superiora— lo que pide vuestra hermana? ¿Es digna de serlo? ¿La admitiréis como a tal?

—Sí, padre —contestó la madre superiora—, la comunidad se honra recibiéndola como hermana, porque es ella de las que más han probado su vocación; es abnegada y fervorosa, y grande es también su amor por Cristo.

—Jura entonces hija mía —dijo el ministro de la iglesia a la novicia.

—Juro a Dios Nuestro Señor —exclamó ella besando la cruz de su rosario— que consagraré toda mi vida a su servicio, guardando castidad y obedeciendo a cuanto en su nombre me ordenaren. Juro también amar a mis semejantes con el amor sublime y ardiente caridad con que Él nos ama.

Juro no apartarme del camino de la oración y el sacrificio, e imploro de Él para cumplir con todos mis juramentos su ayuda e infinita misericordia. Te amo, Jesús mío —dijo con vehemencia elevando sus ojos al altar.

El sacerdote recibió de manos de la superiora un hábito blanco y una toca negra y después de bendecirlos los entregó a la novicia. Esta pasó en compañía de la primera maestra al aposento destinado para vestirse, regresando a los pocos minutos vestida con sus hábitos de profesa para arrodillarse de nuevo en su reclinatorio.

El oficiante colocó sobre la cabeza de la nueva monja una corona de rosas blancas que hacían bellísimo contraste con su negra toca y en su pecho colocó un lindo relicario de plata en forma de corazón que llevaba en sí grabadas las imágenes santas del Divino Pastor y de María su venturosa madre.

Emocionada, toda la congregación cantó el «Veni Creatoris»[151] con melodiosas voces.

El ministro de Jesucristo[152] prosiguió la ceremonia colocando en el anular de la mano derecha de Lilya un anillo de oro liso con una cruz grabada. Al ponérsela dijo estas palabras: —Hija mía, es este anillo símbolo de tus desposorios con Cristo; desde este momento perteneces al número de sus esposas y el mundo con todas sus seducciones, debe[153] morir para ti. Dejarás de llamarte Lilya Revilla y será tu nombre, de ahora en

[151] *Veni Creator Spiritus*: himno cristiano en latín, es una invocación al Espíritu Santo. El texto procede del siglo IX.

[152] En el original: «Jesucrito» [errata].

[153] En el original: «debe de» [errata].

adelante, Sor María de las Rosas, ya que con rosas de amor y devoción sembrarás tu paso por el mundo.

La profesa en un acto de sublime humildad, propia de la congregación de que formaba parte, se acostó en el propio suelo y fue cubierta de pies a cabeza con un manto negro, permaneciendo en esa posición mientras todas las religiosas se colocaban a su alrededor con un prendido cirio en las manos y rezando las oraciones apropiadas al acto.

Esta parte de la ceremonia significaba la despedida que del mundo hacía la nueva profesa. Al terminar, díjole la madre superiora: —Levántese sor María de las Rosas y venga a nosotras sus hermanas en Cristo.

Al alzarse del suelo sor María de las Rosas recibió una lluvia de flores. Las religiosas habían cambiado sus cirios por ramos de ellas para homenajear a su nueva hermana.

Terminó la consagración con la bendición de los sacerdotes a las nuevas religiosas y un Te Deum.

Los ministros de la Iglesia felicitaron a las postulantes y novicias por el camino elegido, rogando a Dios les concediera la gracia de seguir en él. Seguidamente se dirigieron a la profesa tomando la palabra el que la había consagrado.

—Hija mía —díjole—, te felicito y espero que serás digna esposa de mi Señor. Luego, volviéndose hacia los padres de sor María de las Rosas continuó: «y a vosotros también os felicito y me regocijo con vosotros que debéis de estar más felices que nunca». Y continuó expresándose así:

«El supremo anhelo de todos los padres es el de casar a sus hijas. ¡Muy humano, por cierto! Pero ¡ay!, ¿qué sabemos lo que el matrimonio depara a vuestras hijas? Con los vertiginosos tiempos que corremos, ¿qué de horrorosas cosas contemplamos a diario doloridos? ¿Qué de matrimonios deshechos cuando aún se les creía en luna de miel?

Otros son deshechos por los vicios o arruinados por una mala pasión, tornándose hostiles a la llegada de la desilusión o la vejez. Pocos, muy pocos son los que, fundados en los macizos cimientos de un amor verdadero, espiritual, resisten y vencen las tempestades que necesariamente deben[154] surgir al hacer vida común dos seres hasta ayer casi desconocidos, pues no podemos decir que, durante un noviazgo, corto o largo, llegan a conocerse verdaderamente.

«Sí hijos míos, solo el amor, el verdadero amor, no la pasión malsana, pueden atenuar las asperezas que tiene la tortuosa cruz matrimonial. Y, desgraciadamente, es el desenfreno de la vida moderna, el abandono que hombres y mujeres han hecho de la religión, el impudor que extravagantes modas ha desatado, los que han hecho casi desaparecer ese soplo divino que embriaga las almas para dar lugar a otro insano, satánico llamado: pasión, deseo. Pero aún hay otra cosa. Por otro lado, como nada es perenne ni duradero en esta tierra, cuando existe un matrimonio en el que los cónyuges verdaderamente se aman en Dios y son felices, viene acaso de improviso la muerte a tronchar esa dicha, llevándose a uno y dejando al otro sumido en amarga desesperación. Mas, ved, felices padres a vuestra hija. Para ella no habrá desilusión ni lágrimas porque eligió al Perfecto. A ella la vejez la adornará a los ojos de su Amado; su amor no será truncado por enfermedad, desgracia o muerte alguna, y se eternizará con los siglos, pues Él es eterno.

[154] En el original: «deben de» [errata].

Las mismas lágrimas que ahora derraman en vuestros ojos, ¡oh, padres venturosos!, formarán la corona de diamantes que Él pondrá en las sienes de vuestra hija cuando llegue a formar parte de la legión de los elegidos. Dichosos vosotros.»

Momentos después sor María de las Rosas caía en brazos de sus padres, recibiendo a la vez las felicitaciones de sus familiares y amigos, en un salón lleno de flores que para ese objeto había sido arreglado.

Todos los parientes de las nuevas religiosas emocionados las felicitaban y despedíanse de ellas; solos fueron quedando don Alberto Revilla y su familia que por excepcional ocasión prolongaron su visita.

Los padres contemplaban a su hija cual si por primera vez la vieran; Elvia se divertía con las ingenuas preguntas de Arturo.

El niño, que iba para los seis años, asombraba por su precoz inteligencia, era de carácter osado y voluntarioso; mas, a pesar de ello, guardaba un profundo respeto para su tía.

Como no se portara con el comedimiento requerido en aquella casa, viose Elvia obligada a llevárselo. El chiquillo pidió entonces un beso a la nueva religiosa, y al recibirlo, devolvióle docenas de ellos acompañados de estas graciosas palabras: —Verás tiita, me haré sacerdote y así seré tu confesor. Entonces no podrán separarme de ti porque como tú también me quieres mucho, querrás confesarte a cada rato.

Todos tuvieron reír, y por unos instantes breves olvidándose que eran ya muy pocos los minutos que les restaban para estar juntos. Lilya partiría a la siguiente mañana para la Argentina.

Al marcharse Elvia con el niño, doña Carlota y don Alberto iban a seguir hablando con su hija, cuando fueron súbitamente sorprendidos por un grito que salió de la garganta de Elena, a un tiempo que parándose del sillón donde estaba sentada se acercaba a sor María de las Rosas diciéndole: —Tú, tú... Ouedóse unos minutos mirando asombrada a su hermana y luego gritó de nuevo: —Lilya, Lilya, ¿te has casado? ¿Dónde está tu esposo?

Atónitos, asombrados la contemplaban todos. Ella prosiguió: —¿Dónde estamos? Esta no es nuestra casa ¿Por qué tantas flores? Y ahí —dijo señalando hacia la capilla—, ahí en la iglesia había más, y también había cirios, y mucha, pero mucha gente.

Las palabras salían atropelladas de su boca, pero se notaba coordinación en sus ideas. Sin embargo, sus padres y su hermana temblaban de inquietud.

Cariñosos la rodeaban y trataban de calmarla como a una pequeña niña, pero Elena haciendo caso omiso de tantos cariños, continuó: —Decidme la verdad, ¿qué ha pasado? Si me parece despertar de un largo sueño.

Quedóse mirando detenidamente a su hermana y luego exclamó sorprendidísima: —Lilya, Lilya, mi querida hermanita, sí, eres una monja, una monjita. ¿Te has hecho religiosa? ¿Desde cuándo Lilya?

—Acabo de profesar querida Elena —respondióle— cariñosamente su hermana, y ahora me llamo sor María de las Rosas.

El diagnóstico del sabio Dr. Mariano Laredo se había realizado. Elena recobró la razón al choque de la impresión que en ella produjera aquella ceremonia con sus albas flores, sus centenares de prendidos cirios, la visión de su hermana vestida de novia, la música, los cánticos, los besos y saludos. Toda esta escena había[155] despertado en ella el grato recuerdo de algo similar otro tiempo ocurrido...

[155] En el original: «había» [errata].

Aquello fue como la fresca brisa que suavemente despierta a un niño... Disipáronse las tinieblas que envolvían su mente, al igual que huyen las sombras de la noche, cuando al amanecer surge radiante el sol, como una fantástica y luminosa hostia que lenta y majestuosamente va ascendiendo y ascendiendo, mientras derrama su divina luz sobre la tierra.

CAPÍTULO SEXTO

LA MADRE

Por una de las amplias y enarenadas avenidas del parque de su señorial residencia camina Elena llevando de la mano a Arturo.

La viuda, por indicación de su familia ha dejado sus enlutados trajes y ahora viste de colores diversos. El que lleva puesto es gris, color que la hace doblemente atractiva, porque no solo realza su belleza, sino que está también en armonía con su carácter.

Aceptando una fina atención de su anciano padre, Elena prendióse en el cabello una tinta rosa que, salpicada todavía por las diamantinas gotas de rocío, llevóle el anciano a su alcoba cuando acababa de salir el sol.

—Aquí traigo —le dijo— a la reina de los jardines a competir con la reina de la hermosura: dadme la satisfacción, hijita, de saber cuál es la vencedora.

El amoroso padre deseaba volver a ver la juvenil ilusión prender en el ánimo de su hija, y ella ¿qué no haría por complacer a aquellos amados y abnegados padres?

Por eso llevaba la purpurina rosa prendida en los cabellos, único y artificial adorno de su pulcra persona.

El pequeño caminaba, dócil al parecer, de la mano que lo guiaba, pero en su carita se reflejaba la más grande contrariedad. Mucho le estaba costando el acostumbrarse a la idea de que aquella linda jovencita, antes callada e indiferente, fuera la madre que ahora le colmaba de mimos y cariños. Para ambos fue un violento choque el brusco descubrimiento.

Aquella tarde, después de la consagración de sor María de las Rosas, pasada la escena que en el mismo convento vimos cuando Elena recobró la razón, salió esta en compañía de sus padres, quienes, asombrados y alegres, no osaban pronunciar palabra.

El silencio que reinaba en el coche dio lugar a la joven de recordar e hilvanar los acontecimientos hasta el momento en que el hilo fue roto, o por mejor decir, hasta donde alcanzaba su memoria.

Recordó —como ya lo había hecho en la capilla durante la ceremonia— hasta el menor detalle de su suntuosa boda; luego, como sangrante herida que de nuevo se abriera, sufrió; sufrió y fue también dichosa al revivir en su mente los pocos meses que en compañía de su esposo viviera. La tragedia ocurrida, con su rosario de penas, puso de nuevo ante ella la macabra careta de su espantoso recuerdo.

Sus anhelos rotos, sus esperanzas truncas, sus ilusiones muertas; todos fueron asomando sus caras desteñidas por el tiempo. Cada evocación dejaba un lancetazo nuevo en aquel maltratado corazón; mas hubo uno entre todos que al contrario de aquellos prendió nuevamente las esperanzas en aquella alma donde todo parecía haber muerto.

Elena recordó que de su desgraciado amor una vida en capullo había quedado. Mas ignoraba si la flor llegó a reventar. Y aquella esperanza que en los recientes días de la tragedia no bastó para mitigar su pena, ni tuvo poder alguno para secar un poco sus lágrimas, llenóla ahora de tal ilusión que casi llegó a olvidar por un momento sus pasadas desdichas. «Si mi hijo ha nacido —pensaba—, ya no estaré sola, pues él... seguirá conmigo».

«Su hijo —seguía diciéndose la desgraciada Elena— la continuación de su vida hecha carne con mi propia sangre. ¡Oh, Fernando, Fernando, si nuestro hijo ha nacido, y si

vive, quizás olvide mi pobre corazón lo que es el dolor; te volveré a creer cerca de mí, porque él serás tú»!

¡Oh! ¿Por qué no sabía nada? ¿Le había pesado que tan bruscamente se apagara su memoria? ¿En qué extraño y largo sueño había caído? A ninguna de estas preguntas. podía contestar. Para ninguna encontraba respuesta. De repente apartó la mirada de la ventanilla del coche y posóla en sus amados padres. ¡Qué envejecidos los encontró! La cabeza de su madre había blanqueado; el invierno, con su nívea cascada de plata la cubría. Y su padre ya no era el arrogante anciano de erguido pecho, no. Sus espaldas se habían encorvado bajo el peso de la desgracia; solo sus expresivos ojos negros conservaban la misma mirada penetrante y viva que antes tenían.

En ellos, y en la dulcísima mirada de su madre, leyó Elena todo el amor que por ella tenían, conociendo también la angustiosa incertidumbre que los dominaba. Al comprenderlo, el dolor le anudó la garganta, y un raudal de nueva ternura hacia ellos inundó su corazón.

Parecíale como si de nuevo los volviera a ver después de muchos años de ausencia. Emocionada se arrojó en medio de los dos ancianos y cubriéndolos de besos exclamó: —¡Papá, mi querido papacito, mi mamacita santa, mi buena madrecita!

Frente a ellos, extendidos los brazos, abrazaba a sus padres, y, atrayendo las plateadas cabezas hacia ella, los besaba en la frente con fervor y alegría.

Don Alberto, temeroso aún por la salud de su hija, cariñosamente la sentó entre él y su esposa, rogándole se serenara.

Cuando sentada en medio de ellos estuvo, díjoles Elena con tranquila voz: —Nada temáis, padres míos, pues por más espantoso que haya sido lo que me ha sucedido, ahora me encuentro bien. No sé qué extraña pesadilla he vivido, ni qué pesado y negro cortinaje envolvió mi memoria; porque hay muchas, pero muchas cosas, que súbitamente olvidé; y ahora que me siento bien, tengo un ansia devoradora por saberlo todo. Oh, sí, quiero saber muchas cosas. Decidme: ¿Qué me pasó? Decídmelo todo.

—Perdiste la razón hija mía, de modo tan violento y cruel, que ni a tu mismo hijo conociste. ¡Qué amargos años hemos pasado! ¡Cómo nos desesperanzaba y afligía ver pasar el tiempo sin que te curaras! —dijo doña Carlota—. Pero ¡oh, Dios bendito! —continuó— gracias infinitas te doy, porque al fin vuelvo a ver mi Elena de antes. Tiernas lágrimas de gratitud se cuajaban en los ojos de la anciana madre.

—Mi hijo. ¿Has dicho "tu hijo", mamá? ¿Es cierto entonces que tengo un niño? ¿Dónde está, papacito? Ah, de seguro que ha muerto, ha muerto, sí, porque no estaba con vosotros.

Las lágrimas le bañaban el rostro, y don Alberto horrorizado ante la visión de aquella cara llorosa como en pasados tiempos, se apresuró a decir abrazando a un mismo tiempo a Elena: —No mi pequeña, no, tu hijo no ha muerto, pero no está con nosotros porque es un verdadero diablillo, que escandalizando estaba en el convento por lo que hubo de llevárselo Elvia.

La viuda, agrandados los ojos de feliz sorpresa, escuchaba a su padre embelesada. Luego exclamó: —¡Oh mi adorado pequeño, mi amor! ¿Cuánta edad tiene, papá? ¿Me lo cuidarán bien? ¿Quién dices que se lo llevó? Habladme, habladme de él por favor, madre, suplicó.

Los padres sonrieron complacidos ante aquel brusco despertar de madre.

No os ríais por favor —rogó Elena— apresura al chofer papá, que tal vez el niño me necesite.

—Nada de grandes preocupaciones, hija querida —dijo doña Carlota—. Arturito está muy bien cuidado por Elvia, y a estas horas ya debe de estar acostado.

Otro retazo del pasado apareció cante los ojos de Elena. Elvia... la enfermera de Fernando, su compañera luego.

Miró entonces sorprendida a su madre y preguntóle: —¿Elvia?... ¿aquella? —Sí, la misma —contestóle don Alberto—; ha sido tu sombra, tu segunda madre durante esta larguísima enfermedad que has tenido.

El coche se había detenido frente a la casa, y por un fugaz momento creyó Elena regresar de un largo viaje. Pero no se detuvo a pensar en nada, sino que, bajándose con presteza, entró corriendo en los jardines llamando a gritos a su hijo.

Los jardineros y criados bien poco se cuidaron de manifestar su asombro, y algunos hasta pretendieron detenerla. Ella, subiendo la escalinata, penetró seguida por todos en la casa, y, atravesando el vestíbulo, siempre corriendo y llamando sin cesar a su hijo, se dirigió con ansiedad febril al piso superior en donde ella recordaba que estaban los dormitorios.

Tras de la joven, venían también sus ancianos padres. —Elena, hija mía —llamóla don Alberto— espera, ¿a quién buscas?

—A Arturito, papá, a mi hijo. ¿Dónde está? Yo quiero verlo, verlo y besarlo mucho, muchísimo.

—No te exaltes querida —rogóle su madre—. Lo verás, lo besarás y cuanto quieras, pero ten paciencia; el niño no está aquí, sino en casa de su abuela, la madre de Fernando.

Sí, hija mía, mi pequeñita, no te impacientes, trata de serenarte y te prometo llevarte hoy mismo donde tu suegra, para que conozcas a tu hijo —prometióle su padre.

Y así se hizo. Pasada la cena se encaminaron todos a casa de doña Julia, ya que el Dr. Laredo, contentísimo, se sumó al grupo.

Grande fue la emoción de la anciana al saber la buena nueva, y sus brazos se abrieron presurosos para recibir a Elena, la madre de su nieto. Después la llevó a la blanca alcoba donde el niño dormía.

¡Oh poema de inocencia, de abandono infinito es el sueño del niño! Es tan puro, tan plácido es el ambiente alrededor[156] de su cuna, que nos parece sentir el aleteo acariciador de algún ángel que estuviera velando junto a él!

La contemplación de un niño dormido nos lleva a pensar en Dios y adorar a este Artífice Divino, manantial inspirador de amor.

Elena se arrodilló frente a la blanca cuna y tomó entre las de ella las gordezuelas manecitas del niño, cubriéndolas de besos. A veces pasaba una de sus manos entre los negros, sedosos y ensortijados cabellos de su hijito, y aunque temía despertarlo, con muchísimo cuidado se inclinaba ante él y lo besaba también en su carita sonrosada.

De súbito, ella escondió su rostro entre las blancas sábanas del lecho y se oyeron de nuevo los sollozos tanto tiempo contenidos. ¡Lloraba de dicha o de dolor, no se sabía! Pero fuerza mayor era que el asombroso parecido que Arturo tenía con su padre impresionara vivamente a Elena.

Un rato, el necesario para desahogar su corazón, la dejaron llorar; mas luego, como no bastaran los ruegos de su madre y los de doña Julia para que de la alcoba saliera, fue amonestada por el Dr. Laredo, fingiéndose necesariamente el bravo ante el temor de que una crisis arrebatara a ella de nuevo la salud, que pocas horas no más hacía de recobrada.

[156] En el original: «al rededor» [errata].

Elena, temiendo que no la dejaran ver más a su pequeño, dominó sus pesares, y ya más nunca se la vio llorar.

Además, ahora disfrutaba a su lado, lo tenía. El tomarlo en sus brazos cubriéndolo de besos, el pasarse las horas junto a él mirándose en sus ojos, el placer de contemplar sus juegos oyéndolo reír, el saberlo su hijo; llenó tan intensamente su vida que casi parecía que había olvidado todo.

Una nueva y grande pena tuvo al principio, cuando el niño mostróse huraño con ella. Razón para ello había, pues casi no la conocía, ya que por la enfermedad de la viuda habíanlo alejado de su lado.

El chamaco pronto supo que Elena era su madre, pero todo su cariño estaba puesto en sus abuelas y en Lilya. Mas como ésta ya no estaba, su ausencia hacía que el niño de su afecto se sintiera huérfano. Y así fue que[157], poco a poco, Elena, con su grande y maternal ternura, llegó a ganarse el corazón de su hijito.

Una semana ya hace que ella pasea diariamente con su pequeño, pero el niño todavía se le revuelve y pide llorando volver donde su abuela. Cuando esto ha sucedido en la calle, la madre precisada se ha visto a complacerlo pana evitar escenas, porque Arturo es muy voluntarioso, y como criado que ha sido por sus «abuelas», es excesivamente consentido y caprichoso.

Casi todos los días el paseo termina más pronto de lo esperado, y el lloroso niño vuelve donde doña Julia, indiferente a los ruegos de su madre.

Esta al fin decidió, por un tácito acuerdo con don Alberto, pasearse con Arturo en los mismos jardines y parques de su residencia para que cuando le diera el berrinche no fuera el espectáculo en la calle, y así, obligarlo dulce, pero enérgicamente, a permanecer en casa de Elena.

Por eso, la vemos pasearse con el niño en los jardines y bosques donde otros años tanto sufriera. El pequeñito viste su blanco y largo traje de marinero, con el garboso porte de un almirante inglés, sin embargo, se sienta de repente sobre la arena manifestando que no camina más. La madre cariñosa le ruega y le promete mil cosas, pero el niño testarudo contesta que de ahí no se mueve.

—Ven hijito —le suplica Elena— lleguemos hasta la fuente y nos divertiremos mucho dándoles miga a los peces y jugando con los cisnes.

—No y no —contesta el terco chamaquito.

La madre entristecida se arrodilló a su lado y tomándole la carita entre sus manos le dijo con voz temblante de ternura: —Arturito mío, mi lindo pequeño, ven conmigo amor, quiéreme un poquito. No ves cómo sufre tu pobre mamita, ¿por qué tu no la quieres? Yo te quiero tanto, tanto; si yo soy tu mamá, tu mamita Arturo, tu triste mamá.

Al terminar quebróse su voz en un sollozo amargo y estrechó al pequeño entre sus brazos.

El niño conmovido le dio un beso y luego otro. Los primeros que a ella espontáneamente daba; luego, sacando un pañuelo de su bolsillo, secó las lágrimas de su madre con gesto de gran hombre y le dijo: —Está bien mamá, no llores más que te voy a querer mucho y a ser muy bueno contigo.

Elena agradeció a su hijito aquellas caricias y sintió su pecho reventar de dicha.

[157] Uso inadecuado del lenguaje, lo mejor es colocar: «así fue como», se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

Se encaminaron a la fuente y mientras la madre iba orgullosa de «su hombrecito», el niño pensativo la miraba. De pronto dejó oír de nuevo su vocecita[158] para decirle: —¿Por qué no me habías dicho antes que me querías tanto linda mamacita? ¿Por qué estabas tan callada antes conmigo? Ni siquiera me mirabas, y yo creía que no me querías y me daban ganas de llorar.

—Estaba enferma hijito, y esa enfermedad me impidió conocerte, pero aún así te quería, porque en cuanto me curé pensé en ti y fui a buscarte.

—¿Por qué entonces no te curó el doctor? ¿No es buen médico? Ya veo que solo sabe ordenar que a uno le den aceites. ¡Bah!

Yo sí que voy a ser un buen doctor, ya lo verás. Curaré a todos los enfermos con la primera medicina.

Elena sonrió y le dijo: —¡Ah, ya no quieres ser sacerdote como le prometiste a la tía Lilya?

—No —dijo Arturo— porque tendría que estar viajando a la Argentina a confesarla y es muy largo. Pero en cambio, como tú estarás siempre conmigo, me haré médico y te curaré si vuelves a enfermar.

Habían llegado a la fuente y se sentaron. La madre se embriagaba en la contemplación del hijo que distraído jugaba con arena, mas, luego volvió junto a Elena diciéndole: —Mira mamá, creo que si vienes a verme donde abuelita los días que yo no vengo aquí seremos muy felices y te voy a querer más.

Y así lo hizo la feliz madre. Con su «pequeño» volvió[159] a reír, a jugar, a vivir; y como lejos de él sentía la enorme garra de la tristeza aprisionarla, pasábase la mayor parte del tiempo en compañía del chamaco.

Doña Julia, satisfecha, veía a su nieto cobrarle tanto afecto a Elena, porque[160] ella sentía cómo se consumía su vida al igual que una lámpara votiva. Los años la agobiaron de penas primero y de enfermedades después; pero ahora no la apenaba tanto morir, porque el rebelde nietecillo quedaba en brazos de su propia madre.

Como si la Parca no esperara más que esta decisión, muy pronto la señora ya no pudo levantarse del lecho agobiada por grave enfermedad; la nuera veló junto a la anciana con inmenso cariño, y cuando la santa y noble señora fue llamada por Dios a su Reino las más sinceras lágrimas por ella vertió Elena.

La abuela había partido, la madre de Fernando ya no estaba, y por eso Arturito fue a vivir con su madre al hogar de sus abuelos.

A pesar del crespón doloroso que envolvía su corazón por la pérdida de doña Julia, Elena sintió una gran alegría cuando su hijo traspuso la puerta de su casa para vivir por siempre a su lado.

Poco tiempo después vivió la emoción que vive toda madre cuando el hijo va por primera vez a la escuela. Arturo fue puesto por su abuelito en un colegio donde asombró a maestros y compañeros por su inteligencia superior: pero si en esto brillaba, no por eso había dejado de ser el muchacho caprichoso y de carácter fuerte y dominador.

Cuántas veces maltrató a un compañero de clase o a un amigo al ser vencido en algún juego, o por adquirir un objeto por él deseado.

---

[158] En el original: «vocesita» [errata].
[159] En el original: «volvi» [errata].
[160] En el original: «por que» [errata].

Esta fase de su carácter inquietaba a los suyos, pues en ella conocían que iba a ser vehemente en sus pasiones y a carecer quizás del dominio necesario para vencer el lado malo de la vida.

CAPÍTULO SETIMO

POMPAS DE JABÓN

En el inmenso y hermoso Bosque de Chapultepec súmanse a los numerosos visitantes dos hombres de nosotros conocidos, ellos son: un anciano de venerable y blanca cabeza y un jovencito arrogante, en cuyo atlético cuerpo se adivina al deportista consumado.

Su cara diríase perfecta, a no ser por un pequeño defecto que lo hacía desmejorar un poco. Tenía el rojo y carnoso labio inferior caído, lo que acusaba en él un sensualismo exagerado, que al correr de los años podría llevarlo a cometer, si antes no conseguía ejercer un perfecto dominio de sí mismo, actos horrorosos. Era su cabellera como el ala del cuervo y del mar tenía la ondulación.

Tomados del brazo el anciano y el mancebo caminaban silenciosos, subyugados por el inmenso verdor y tranquilidad inigualable de este parque. Los viejísimos ahehuetes[161], hermosos árboles plantados por Moctezuma[162], cobijaban con sus sombras el bosque; y en el pequeño lago artificial remaban perezosas las parejas de enamorados.

Las bellas fuentes de Las Ranas y la de El Quijote eran la atracción de los viajeros, igual que el Jardín Zoológico[163] y el Botánico. Otros paseantes, niños y grandes, se extasiaban ante la copia en miniatura de las bellísimas Grutas de Cacahuamilpa[164] y el Baño de Moctezuma[165].

Al pasar ante tales maravillas, el anciano iba describiendo al nieto la historia y el significado de cada una; y, frente al Monumento de los Niños Héroes[166], ambos quitáronse el sombrero como lo hacían siempre frente a los grandes emblemas.

—Arturo —dijo el abuelo— de este grandioso monumento sabrás también la historia, por eso te ruego ante él que ames a tu patria como estos bravos muchachos, cadetes del Colegio Militar, en cuyo honor y memoria fue erigido este monumento.

---

[161] También conocido como ciprés de Moctezuma, es un árbol nativo de México. Por la celebración del centenario de independencia mexicano en 1921 es elegido árbol nacional debido a su esplendor, hermosura, longevidad, enormes dimensiones y tradición. Desde tiempos precoloniales a este árbol se le han atribuido cualidades sagradas y ha sido parte de leyendas.

[162] Moctezuma Xocoyotzin (1466-1520): gobernante de la ciudad mexica de Tenochtitlan cuyos dominios se extendieron a las ciudades de Texcoco y Tlatelolco desde 1502 o 1503 hasta 1520 al arribo de los españoles.

[163] Zoológico de Chapultepec «Alfonso L. Herrera»: fue fundado en 1923 por el biólogo mexicano homónimo.

[164] Parque nacional Grutas de Cacahuamilpa: localizado en la Sierra Madre del Sur y establecido como tal en 1936. Fue zona prehispánica ocupada por tribus chontales, posteriores a los olmecas, que utilizaban las cavernas para realizar ceremonias religiosas y culto a sus dioses.

[165] Las albercas de Chapultepec son una serie de depósitos usados desde el periodo prehispánico hasta inicios del siglo XX para albergar las aguas de los manantiales del cerro de Chapultepec que sirvieron para dotar de agua potable a la Ciudad de México. Entre sus restos destacan los llamados *Baños de Moctezuma*, en los cuales, según la creencia popular, el gobernante indígena nadaba y se limpiaba.

[166] Los Niños Héroes fueron unos cadetes mexicanos fallecidos en la Batalla de Chapultepec el 13 de septiembre de 1847 durante la intervención estadounidense en el país. La historia oficial deformó los hechos en distintas épocas con pretensiones nacionalistas. El hecho histórico dictamina que estos seis cadetes y otros 40 habían recibido la orden de abandonar el Castillo de Chapultepec, en ese entonces sede del Colegio Militar, y sus alrededores. Sin embargo, decidieron quedarse a luchar por la plaza ante el avance del ejército norteamericano.

Ellos, como sabrás, arrollados por superiores fuerzas durante la invasión norteamericana, salvaron con su bravura y coraje el honor de su patria. Hijo mío, quien ama a su patria, ama a su honor y a su madre.

Luego, subieron a una cima donde imponente, majestuoso y bello se levanta el histórico y legendario Castillo de Chapultepec, digno dominador del grandioso Valle Mexicano. Es este palacio residencia del presidente en algunas épocas del año; y en él se han desarrollado mil y una proezas que son orgullo de la brava raza mexicana.

Una hora después bajaron por el Paseo de la Reforma[167], bellísimo *boulevard* en cuyo centro se levanta la Columna de la Independencia[168], como uno de los monumentos históricos más bellos de la capital. En sus criptas reposan los restos de los valientes héroes de la independencia, a cuya memoria fue levantada esta Columna en postreros años del gobierno de Porfirio Díaz[169].

Hay además en este Paseo, la avenida más hermosa de la capital, dos famosas estatuas construidas durante ese gobierno; una es la estatua de Cristóbal Colón, edificada en 1887, y la otra levantada en honor del último emperador azteca, el valiente Cuahtamoc, que en defensa de su raza peleó heroicamente contra los conquistadores españoles.

Este héroe indio fue torturado para que revelara el lugar en que guardaba sus tesoros; hasta a quemarle los pies, pero todo fue en vano. En medio de su martirio dijo serenamente «Acaso estoy en lecho de rosas».

Bravos hombres que legaron su raza el heroísmo, el valor y la nobleza.

Durante las vacaciones de Arturo, todas las tardes, ya fuera en ferrocarril, ya en coche o a pie, don Alberto y su nieto efectuaban paseos a los más pintorescos e históricos rincones mexicanos.

El abuelo argulloso caminaba del brazo de su nieto, y éste se ufanaba de la sabiduría del anciano. Se profesaban un mutuo e intenso afecto, pero era aún mayor el del abuelo para el nieto. Don Alberto se miraba en los ojos del heredero de su digna estirpe.

Arturo al crecer continuó siendo el niño díscolo[170] y caprichoso, pero debido a su asombrosa inteligencia y facilidad para el estudio, con frecuencia les excusaban sus faltas.

A esto contribuyó también su fama de «niño prodigio» en el colegio, lo que llenó de orgullo tanto a la joven madre como a los abuelos que chocheaban por él.

---

[167] La avenida más importante y emblemática de la Ciudad de México. Con una extensión de aproximadamente 14,7 kilómetros de largo, es sitio frecuente de manifestaciones y celebraciones populares, conciertos y actividades cívicas. En su recorrido se ubican monumentos esenciales de la capital. Originalmente, se llamó *Paseo de la Emperatriz* o *Paseo del Emperador*, ya que su trazo fue encargado por Maximiliano I de México durante el Segundo Imperio Mexicano.

[168] Conocido popularmente como «El Ángel de la Independencia» es una columna honoraria que se encuentra en la Ciudad de México. Fue inaugurado en 1910 para conmemorar los cien años del inicio de la guerra de independencia por el entonces presidente Porfirio Díaz. En años posteriores se convirtió en un mausoleo para los héroes de esa guerra. Consiste en una columna honoraria rematada con una estatua de la Victoria Alada sosteniendo una corona de laurel y una cadena rota de tres eslabones, esta columna se levanta a su vez sobre un pedestal escalonado completado por diferentes estatuas e inscripciones alegóricas a la independencia de México.

[169] José de la Cruz Porfirio Díaz Mori (1830-1915): militar mexicano y presidente de México en siete ocasiones. En total ocupó la presidencia de México por 31 años, una extensión sin precedentes, y cuyo lapso es denominado como Porfiriato. Asumió el cargo por primera vez en 1876 y luego de forma ininterrumpida desde 1884 hasta su renuncia en 1911.

[170] díscolo: «Desobediente, que no se comporta con docilidad» (DLE).

Pero Arturo iba dejando de ser un niño. Ya era un jovencito que iría a la Universidad para hacer sus estudios superiores. Desde que del colegio llegara, no pasaba día sin que se viera al abuelo y al nieto saliendo juntos y cogidos del brazo. Y como antaño, seguían visitando los museos, los monumentos, parques principales, las ruinas y los lugares todos, en fin, que guardan los preciados tesoros de historia, arte, industria, etc., amalgamiento de un supremo esfuerzo de esta nación que participa a la vez de una antigua y moderna civilización.

En el Museo Nacional admiró Arturo sobremanera el Calendario Azteca. Esta maravillosa pieza con su exacta y lógica manera de medir el tiempo dice mucho de la avanzadísima civilización que aztecas habían alcanzado antes de la Conquista. Los Museos de Historia y de Cerámica, son también dignos de admiración, ejemplos vivos de glorioso pasado.

El abuelo con sus sabias explicaciones frente a cada una de las históricas piezas descorría el velo del tiempo ante el nieto ávido de conocimientos, y ambos creían por momentos vivir en un mundo ya por años hundido en el olvido.

En cierta tarde, cuando ya las sombras de la noche lentamente caían sobre la tierra envolviéndola en un sudario de supremo reposo; y los pájaros presurosos llegaban a sus nidos entonando en honor de su Creador el último canto del crepúsculo, don Alberto y Arturo volvieron al hogar donde los aguardaban con el mismo y dulce cariño de siempre doña Carlota y Elena.

Esa tarde los paseantes encontraron muy contentas porque habían recibido carta de sor María de las Rosas; la bella religiosa era ya por aquel entonces primera maestra de su convento en la Cosmópolis del Plata, y por su carta se conocía que era feliz, tan dichosa como solo pueden serlo los elegidos de Dios.

La cena transcurrió pues muy animada. La carta de la hija y hermana ausente fue motivo de alegría para todos, y volviendo un poco la amarilla página del pasado, hablaron mucho de la bella Lilya. Los dos hombres refirieron luego sus impresiones del día, y, finalmente, se entregó cada uno a su favorita diversión.

Elena arrancaba al piano las melodiosas notas de un «vals de Strauss»; doña Carlota y Elvia competían con las hadas en sus primorosos bordados. Arturo se entretenía en un difícil rompecabezas, labor que a intervalos interrumpía para contemplar a su madre, y don Alberto leía los diarios de la tarde.

Así transcurrían las veladas para los moradores de aquella suntuosa casa. La dicha les volvió a sonreír y, aunque no desbordante, pues era imposible que olvidaran cuanto habían sufrido, la paz que en sus corazones tenían hacía que a la vida le encontraran nuevo encanto.

El cumpleaños de Arturo se acercaba y con este motivo organizaron un pícnic a San Juan de Teotihuacán[171], el «Egipto Americano».

El secreto fue por todos muy bien guardado; y el día señalado partieron en la mañana hacia Puebla donde dejaron sus coches y tomaron el tren que los conduciría a Teotihuacán.

[171] San Juan Teotihuacan de Arista: amplio complejo arqueológico ubicado al noreste de la Ciudad de México. Por el centro del lugar, que alguna vez fue una floreciente ciudad precolombina, pasa la Calzada de los Muertos. Esta une el Templo de Quetzalcóatl, la Pirámide de la Luna y la Pirámide del Sol.

Arturo, extrañado, preguntábale por qué sería que habían hecho viaje el día de su cumpleaños, pues si bien estas excursiones eran de su mayor agrado, otra clase de fiesta era la que esperaba para tan señalada fecha.

Pero al bajarse del tren tuvo la más agradable y grata de las sorpresas. Todos los indios y campesinos que trabajaban en las haciendas de su abuelo lo aguardaban vestidos con sus trajes de fiesta

Al a los «patroncitos», rasguearon al unísono los cordajes de los instrumentos, a un tiempo que todos vivaban al «pequeño patroncito». Luego encamináronse al lugar de su destino.

Elvia y Catita, que junto con los criados ya estaban esperando a la alegre comitiva, se multiplicaron atendiendo a los numerosos invitados. Muchas mesitas plegadizas fueron colocadas al pie de la majestuosa Pirámide del Sol[172] que aventaja en superficie a las egipcias; y fue ahí servido un suculento almuerzo frío a los excursionistas, en tanto se escuchaban los alegres cantos regionales al compás de esa música mexicana que capta como ninguna otra las emocionales vibraciones de los latinos.

Pasado el almuerzo dispersáronse los excursionistas, y mientras admiraban unos a la también gigantesca Pirámide de la Luna[173], perdíanse otros en Ciudadela y el Anfiteatro.

Muchas eran las bellezas arqueológicas de ver; y todos extasiábanse ante la diversidad de figuras e ídolos excavados.

Teotihuacán nos muestra la magnífica ofrenda de los toltecas[174] a sus dioses, en esas monumentales pirámides, tantos siglos hace construidas, que no ha sido posible a los arqueólogos precisar la fecha.

Don Alberto, doña Carlota, Elena, su hijo y algunos íntimos amigos penetraron en el grandioso Templo de Quetzalcóatl[175], cuyos motivos principales de ornamentación constitúyenlo enormes cabezas de dentadas serpientes, y ahí ellos, para hacer más emotiva la fecha, entregaron al jovencito, en suntuoso templo, los apropiados regalos que para él llevaban. La abuelita se emocionó de tal manera al ver la felicidad del querido nieto que no pudo contener las lágrimas.

Agregáronse después a los grupos que entusiasmados cantaban y bailaban al pie de las mides. El tequila y los deliciosos refrescos abundantes circulaban en bandejas que los criados ofrecían.

Singular contraste el de aquel cumpleaños celebrado en tan retrospectivo escenario, y en donde, quizás se habrían sacrificado muchas vidas.

El invierno llegó, y con él el intenso frío que azota a México por esta estación del año; esto fue motivo para que el reumatismo de la anciana madre se agravase, por lo que la señora se recluyó en sus habitaciones. Don Alberto renunció desde entonces a sus tan gustados paseos y pasábase el tiempo en compañía de la enferma.

---

[172] La edificación más grande de Teotihuacan y una de las más grandes de Mesoamérica. Se encuentra entre la Pirámide de la Luna y la antigua ciudad de Teotihuacán.

[173] Ubicada en la parte norte de Teotihuacán, su contorno imita al Cerro Gordo, llamado en náhuatl *Tenan*, que significa «madre o protector de piedra». Es la segunda edificación más grande de Teotihuacán tras la Pirámide del Sol.

[174] toltecas: cultura precolombina de Mesoamérica desde 950 d.C.-1150 d.C. Su lengua era el náhuatl.

[175] Pirámide de la Serpiente Emplumada o Quetzalcóatl: es el tercer edificio de mayor envergadura de Teotihuacán. Es dedicado a una de las deidades esenciales y más antigua de la cultura mesoamericana. Se estima que en este sitio más de doscientas personas fueron sacrificadas.

Mas, comprendiendo el enorme fastidio de su nieto al estarse constantemente encercado en la biblioteca o vagando por los jardines, rogóle que acompañado de Elena continuara las interrumpidas excursiones.

Aunque en un principio la idea agradó a madre e hijo, no querían abandonar a los ancianos; pero ellos dulcemente hiciéronles comprender cuan grata les era la soledad. Don Alberto y doña Carlota habíanse amado siempre con un amor intenso y ahora, en el ocaso de sus vidas, la llama de ese amor habíase espiritualizado; pero todavía sentían bullir en sus corazones las ilusiones de sus juveniles años. Sus cabellos habían blanqueado, pero en sus almas verdeaba la esperanza,

Elena y su hijo, infatigables excursionistas, continuaron gozosos los interrumpidos viajes. Todo el tiempo que la universidad dejaba libre a Arturo, empleábanlo de ese modo.

En Cuernavaca, admiraron la perfecta conservación del famoso Palacio de Cortés[176]; y de ahí fueron a visitar las bellísimas y renombradas Grutas de Cacahuamilpa, consideradas como la octava maravilla del mundo.

En el Santuario de Los Remedios[177], espléndido como la Villa de Guadalupe[178], arrodillados rogaron a Dios por la salud de la anciana abuela. Ahí pudieron admirar también el acueducto antiguo con su gallarda torre en forma de caracol y la escalera por fuera.

La primera vez que el jovencito guio solo el coche fue en su paseo a Amecameca linda villa al pie del volcán Popocatépetl[179] en donde existe el Monte Sagrado. Aquí construyeron los conquistadores una ermita y un altar al Señor del Monte Sagrado.

Desde ese día y en los caminos menos transitados Elena daba el volante a su orgulloso hijo, lo que constituía para él un encanto más en el paseo.

Veíaseles a diario en los sitios más concurridos, y quien no los conociera no pensaría que aquella linda y joven dama fuera la madre de tan gallardo joven.

Visitaron la Pirámide de Tenayuca[180], últimamente descubierta. Tiene esta pirámide en sus lados norte, poniente y oriente una cadena de víboras de piedra que aún conservan los originales colores con que fueron pintadas. En las partes norte y sur se ven notables altares a Quetzalcóatl[181], y en el oeste tiene grandes escaleras que permiten subir hasta la cúspide.

---

[176] Construido en el siglo XVI, es un monumento histórico mandado a construir por Hernán Cortés en los años inmediatos a la conquista. Fue su residencia después de vivir en la Ciudad de México.

[177] Santuario de Nuestra Señora de los Remedios: templo católico ubicado en la cima de la Gran Pirámide de Cholula, en San Andrés Cholula, Puebla. Su construcción se inició en 1594, aunque el templo de esa época fue destruido parcialmente por un sismo en 1864, año en el que fue reconstruido.

[178] «La Villa» es el nombre con el que se le conoce a una colonia de la Ciudad de México localizada en la delegación Gustavo A. Madero. El nombre suele designar también el conjunto de monumentos religiosos y otras edificaciones asociadas localizadas en el entorno de la basílica de Guadalupe.

[179] Popocatépetl: en náhuatl *Popōcatepētl*, «el cerro que humea», es un volcán activo localizado en los límites territoriales de los estados de Morelos, Puebla y el estado de México. Tiene glaciares perennes cerca de la boca del cono, en la punta de la montaña. Es el segundo volcán más alto de México, con una altitud máxima de 5400 metros sobre el nivel del mar.

[180] En el original: «Tenayucán» [errata]. Cabe destacar que en 1925 la Dirección de Arqueología reinició trabajos de exploración y se descubrió un maravilloso edificio arquitectónico prehispánico sobre un basamento cuadrangular, formado por una amplia escalinata, situación a la cual aduce la voz narradora al referirse a su descubrimiento reciente. Esta pirámide posee similares rasgos arquitectónicos de otras pirámides mexicas: Templo Mayor de Tenochtitlan y Tlatelolco.

[181] En el original: «Quetzalcóalt» [errata].

También fueron a la de Cuicuilco[182], al noroeste de Peña Pobre, que es un montículo, antigua pirámide que con religiosos construyeron las tribus arcaicas. En los últimos tiempos se han descubierto en ella osamentas humanas que datan, se dice, de hace diez mil años.

Llevó Elena a su hijo a conocer la Víbora Emplumada[183], serpiente con plumas muy adorada por los aztecas; Churubusco, con su notable convento del mismo nombre, famoso lugar en el que se hizo fuerte con reducido número de patriotas durante la invasión americana en 1847, el valiente General Anaya[184].

Coyoacán, viejísima villa que fue en un tiempo capital de México. En el mismo sitio donde está ahora el edificio de la Delegación del Gobierno, fue donde le quemaron los pies a Cuauhtémoc[185].

Villa Obregón, con su legendario convento del Carmen, sus criptas, en las que hacían sus juramentos los monjes y se flagelaban las espaldas por penitencia. Encuéntranse en este lugar las momias de algunos benefactores de la orden, sacerdotes y
monjes, así como de personas notables de la época. Hay en el costado norte de la plaza llamada de San Jacinto una preciosa fuente estilo colonial, constituida por platos y tazas de porcelana china; llámase esta preciosa joya «El Risco» y ante ella brota la admiración.

Sobre el río de la Magdalena[186], en la colonia del Carmen, vénse los puentes de «El púlpito» y «El Camello», construidos con piedra volcánica del pedregal.

Subiendo por la parte derecha del rio, llégase al lugar donde fueron encontrados los restos carbonizados de los antiguos pobladores, sepultados muy antes de la erupción del volcán Ajusco[187], horrible catástrofe que puede haber ocurrido hace más de cuarenta o de cincuenta siglos.

Existe además en esta herniosa villa. la Sala del Secreto, construirla por los frailes carmelitas; y además un bello monumento al Gral. Álvaro Obregón[188].

Estos, y muchísimos otros sitios de este extraordinario país mexicano, álbum viviente de hermosos recuerdos y ricos tesoros, visitaban, solos unas veces, en compañía de amigos otras, la linda viuda de Saldívar y su hijo Arturo.

De repente, terminaron los paseos sucediéndose a ellos la congoja y ansiedad.

---

[182] Zona arqueológica mesoamericana del periodo preclásico 800 a. C. a 250 d. C. localizada en el extremo suroeste de la Cuenca de México y cercana a lo que fue el lago de Chalco-Xochimilco, en la actual Ciudad de México.

[183] También conocida como Serpiente Emplumada es unadivinidad presente en la mitología de numerosos pueblos prehispánicos de Mesoamérica. En sus orígenes fue una divinidad relacionada con el agua, pero a lo largo de los siglos fue adquiriendo otras atribuciones y desdoblándose en otras advocaciones en la mitología de cada pueblo indígena.

[184] Pedro María Bernardino Anaya Álvarez (1794-1854): militar mexicano que ocupó en dos ocasiones la presidencia de México en 1847 y 1848. Tuvo una importante participación durante la guerra contra los Estados Unidos en 1847.

[185] En el original: «Cuahatemoc» [errata]. Cuauhtémoc (1496-1525): conocido por los conquistadores españoles como Guatemuz fue el último gobernador nativo de México-Tenochtitlan y el líder militar de los mexicas tras la muerte de Moctezuma. Asumió el poder en 1520, un año antes de la toma de Tenochtitlan por Hernán Cortés y sus tropas.

[186] Cuerpo de agua de la Ciudad de México. Es uno de los dos cursos a cielo abierto que aún subsisten en la ciudad.

[187] Extinto, identificado popularmente como Xitle.

[188] Álvaro Obregón Salido (1880-1928): militar y político mexicano que participó en la Revolución Mexicana y fue presidente de México entre el 1 de diciembre de 1920 y el 30 de noviembre de 1924.

El invierno se había alejado y doña Carlota no recobraba la salud. Peor aún, la enfermedad se agravó a tal extremo que ya el anciano doctor Laredo no se alejaba del lecho de su vieja amiga.

Vanos fueron los esfuerzos que se hicieron por salvar de las ganas de la muerte la vida de la esposa y madre querida. Ella murió dejando la perfumada estela de sus bondades, de su infinito amor, de dulces recuerdos.

¡Qué amargura profunda! ¡Qué insondable herida!, ¡qué eterna soledad sufrieron todos cuando la madre falleció!

El anciano perdió a su compañera, su amor de medio siglo; en su cabeza la plata llegó a tener tonalidades de armiño, y a sus altivos ojos asomaron las lágrimas.

Elena sintió de nuevo la sangrante herida, y era quizás más cruel ahora que había perdido el supremo consuelo de la vida: la madre.

Arturo sumó al dolor que la partida de la buena abuela le causara el asombro de quien por vez primera ve la muerte y el luto cara a cara. Tornóse huraño, taciturno y callado. Buscó la distracción en el estudio, tomándolo con tal vehemencia que muy pronto alcanzó el bachillerato.

Fue el más joven y aventajado bachiller que de la Universidad Nacional[189] saliera.

La idea que de niño germinara en su cerebro se había arraigado al correr de los años. Al salir de la universidad manifestó su irrevocable decisión de ser médico.

Partiría a estudiar a Europa, volviendo convertido en un gran doctor que sería el orgullo de la familia, y tal vez, hasta llegar a ser la gloria de la medicina de su patria. Estos eran los propósitos de Arturo Saldívar.

Acordóse que ingresara a una niversidad europea, y para ello se hicieron todos los preparativos. Elena, aunque tenía el corazón anudado de dolor por la separación del hijo amado, del único; se portó con tal valor que partió el hijo sin ver más lágrimas en los hermosos ojos de su madre.

Don Alberto y la viuda fueron a despedir al viajero hasta el mismo puerto de Veracruz.

Arturo embarcóse en el anochecer de un caluroso día de verano. Si tristeza sintió al alejarse de Elena y de su abuelo, supo bien disimularla; porque fue su despedida cariñosa sí, pero demasiado serena para quien por vez primera se alejaba del hogar. Y ellos, ¡qué desdichados se sentían por la ausencia del indómito joven! ¡Qué vacío habría en la casa sin el eco alegre de risas, sin la frescura juvenil de su voz!

Quedáronse en el muelle silenciosos, contemplando el barco que lentamente se alejaba sobre las fosforescentes e inquietas aguas. Poco a poco se perdió entre las sombras de la noche que se extendieron por todo el espacio.

En las tersas mejillas de la joven madre resbalaban las lágrimas tanto tiempo contenidas y el anciano pasaba con mano temblorosa un pañuelo por sus ojos.

La oscuridad fue iluminando con el brillo de innumerables luces que iban prendiendo. En el mar, las barcas de los pescadores con sus rutilantes farolitos alegraban la noche. En el cielo, las estrellas una a una iban surgiendo, rasgando el espacio con sus titilantes destellos.

[189] Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM): universidad pública mexicana, cuenta con uno de los campus más grandes del mundo. Fue fundada en 1910 como Universidad Nacional de México.

El abuelo y la madre emprendieron el camino de regreso al hotel por la orilla de la playa, cuyas arenas eran acariciadas constante, pero fugazmente por las tibias y espumosas olas.

La luna, espléndida, como redondo espejo escogido del mar, se elevaba imponente, bañando con los rayos de su fría y perlada luz las agua de su amante; y éste, al mirar que la amada se alejaba, se encrespaba furioso, rugiendo de impaciencia. Ella entonces le enviaba la caricia de sus plateadas fulguraciones. Eterno idilio cantado por los poetas: dos amantes que por extraño capricho del destino huyen eternamente uno del otro.

Y en tanto caminaban contemplando la naturaleza engalanada con el joyesco [sic] traje de la tropical noche, don Alberto y la viuda evocaban tristemente lejanos y felices tiempos pasados.

Veinte años atrás, por este mismo puerto de Veracruz, habían embarcado todos rumbo a Europa, donde pasaron seis meses recorriendo las más bellas y antiguas ciudades. En ese tiempo, ningún ramalazo de tragedia azotaba sus vidas; y eran todos dichosos, muy dichosos.

Los padres, en la radiosa plenitud de sus vidas, mirábanse amorosos en los ojos de sus lindas hijas: Lilya, con la belleza pura y seductora de un lirio acuático; Elena, esplendente capullo que anunciaba la más lozana flor.

De su feliz viaje regresaron una noche en la que los cocuyos[190] despedían más que nunca sus vivas luces azuladas. Como bandadas de pájaros, acudieron a recibirlos los amigos que alegres por su regreso las colmaron de flores, y a su vuelta al hogar al día siguiente hubo alegría y música por muchas horas.

¿Pero ahora? ¿Cuál era la realidad? ¡Amargura, tristeza, soledad!

El gallardo padre se había trocado en un anciano agobiado de penas y tristes recuerdos. La inolvidable madrecita emprendió el viaje que no tiene regreso; la hermana, aunque viviera ni aún una sola de sus horas les pertenecía, ni siguiera les era dado verla porque el océano les separaba. Y la pequeña Elena, alegre cual jilguero en aquel tiempo, era al presente la imagen viva de la tristeza.

Y ahora, el hijo y nieto que era la suprema ilusión de sus truncadas vidas marchaba lejos en busca de sabiduría, y quizás también huyendo del ambiente solitario y triste del hogar.

Las intenciones del joven eran, según él dijo, estudiar, nutrir su mente en la universidad, volver hecho un profesional; pero también, aunque él no lo dijera, su ardiente juventud le pedía a gritos libertad, diversiones sin fin, dicha, y hacia ellas iba anhelante, presuroso.

Los llamados amigos, volubles, igual que las amedrantadas golondrinas con la llegada del invierno, huyeron todos de la regia mansión, donde otrora se albergaba el júbilo y la dicha. Emigraron ante el fantasma del dolor.

Después de estas reflexiones don Alberto y Elena se dijeron: todo esto que nos ha sucedido duele muchísimo, pero era lo inevitable.

En la vida todo es fugaz. El amor, las ilusiones, la amistad son como finísimos vasos de cristal a los que la menor causa vuelca, rompiéndolos en mil pedazos.

---

[190] cocuyos: «Insecto coleóptero de la América tropical, de unos tres centímetros de longitud, oblongo, pardo y con dos manchas amarillentas a los lados del tórax, por las cuales despide de noche una luz azulada bastante viva» (DLE).

El amor verdadero, soplo divino de Dios, solo los albergan[191] almas grandes, corazones puros.

Las ilusiones, flores aladas que solo viven un día, tronchan con.su muerte la dicha de quien ingenuo las alentó.

La amistad, flor exótica, rara, es difícil de encontrar; pero si se encuentra, nunca es entre los que solo han pasado su vida entre cantos y risas. Es inútil buscarla entre los bibelots[192] de salón o muñequitas de bazar que forman la sociedad alegre y bulliciosa; no, sus almas de marioneta solo saben de frivolidades.

Se encuentra más fácilmente entre los seres que sufren o que han sufrido, porque el dolor, como al oro el crisol, purifica los corazones; y entonces, si se sabe comprender, dar y perdonar. Esa es la amistad: Comprensión, oblación, perdón.

No obstante, el amor existe; pueden cristalizar las ilusiones y hay amistades que son verdaderamente fraternales.

Pero el destino adverso o el soplo de la muerte las trunca cuando menos se espera, con la rapidez de un relámpago que azota el etéreo con su latigazo luminoso, o las deshace con la inconsciencia con que un niño revienta las pompas de jabón.

Pero, después de todo, ¿qué es la vida misma sino una luminosa y gigantesca pompa de jabón? Don Alberto y su hija al fin lo comprendieron así, y una paz intensa les invadió el alma.

¿Para qué sufrir y desesperarse?, se preguntaron.

¿Por qué estrujar el corazón adolorido cuando la gigantesca pompa un día revienta y a otra vida mejor nos escapamos?

[191] En el original: «abergan» [errata].

[192] bibelots: «Figura pequeña de adorno» (DLE).

CAPÍTULO OCTAVO

EL BAUTIZO

A su regreso a México, después de la partida de Arturo, padre e hija hicieron todo lo posible para que los constantes recuerdos no amargaran sus ya truncadas vidas.

Decidieron entonces aliviar un poco su dolor mitigando el ajeno, para lo que habían de encontrar sobrado campo en este mundo lleno de riquezas, belleza y alegría, en contraste siempre con la miseria material y moral que también hay en él.

Formaron, pues, una. sociedad caritativa con el humanitario y sabio doctor Laredo, y desde luego, donde había un enfermo desvalido, allá acudía el doctor; y si era una enfermera la que hacía falta, Elvia estaba pronto a servir.

Elena constituyóse en ángel protector o hermana cariñosa de cuantos sufrían, y don Alberto jamás ponía objeciones a las sumas que para socorrer a los demás se le pedían.

Alborozados, como escolares, recorrían los pueblos más olvidados, los caseríos más sucios, los misérrimos ranchos donde la miseria se enseñoreaba por igual, tanto en el hogar del pobre y luchador obrero como en el del humilde y silencioso indio.

Sus visitas a estos lugares eran lo que el aguacero para la tierra que ha pasado meses y más meses sin sentir en sus abrasadas entrañas una gota de refrescante lluvia; es decir, alivio, esperanza, vida para unos y para otros.

Su presencia, más que otra cosa, hacíales comprender a estos desdichados que aún había almas nobles que no se horrorizaban de su pobreza ni se asqueaban de sus enfermedades; sino que, hermanándose con sus desgracias, llegaban a compartir con ellos sus propios bienes y a brindarles el consuelo de sentirse no compadecidos, sino estimados.

A este ejemplo, muy pronto surgieron otras personas, caballeros y damas de la sociedad que ocuparon su ociosa vida, ya no solo en juegos, afeites y modas, sino también en hacer y repartir el bien por doquier.

En grupos dividiéronse para atender las múltiples tareas que requería el ayudar moral y materialmente a algunos de los cientos de seres a quienes el destino les ha sido adverso.

Y en tanto que unos visitaban las cárceles llevando a los presos cigarrillos, libros de edificantes lecturas, dinero o ropas, haciéndoles sentir que no los despreciaban, antes bien, estimulándolos con mil razones a seguir por el recto camino del honor a su salida del penal; otros acudían a los hospitales, asilos de ancianos, o de alienados, y a los orfanatorios, ayudando no solo con sus óbolos a aquellos infelices desheredados de la fortuna, sino también brindándoles el consuelo de su compañía.

Elena hizo construir en las afueras de la ciudad un cómodo y amplio edificio que, dotado de todo lo necesario, se convirtió pronto en bullicioso taller donde llegaban a coser toda clase de ropa para los pobres las más distinguidas señoras y señoritas de la sociedad.

Y así, por iniciativa de la bella viuda, ya no solo tenían alimentos y medicinas muchos de los que las necesitaban; tenían además ropa hecha por las mismas caritativas manos que la donaban.

El nombre de Elena Saldívar era reverenciado por todos los pobres y desgraciados que a ella tanto debían, pues si ahora recibían protección de otras personas, ello era debido al ejemplo de la virtuosa y linda dama.

Su alma caritativa no se detenía ante ningún obstáculo, cuando de ayudar o proteger a alguien se trataba.

Grandiosa muestra de su alto espíritu de caridad es lo siguiente: El caporal[193] de «I.a Jorocha», una de las haciendas que su padre tenía en Puebla, era padre de dos lindas mocitas capaces de despertar la admiración de quien viera.

Lupe, la mayor, a petición propia había sido doncella de Elena durante sus permanencias en la hacienda. Grande era el cariño que por «la patroncita» tenía la poblana. Era Lupe una muchacha en extremo, servicial y buena, siendo su única culpa el querer demasiado a Juan Ramón, hijo del caporal de una hacienda vecina. Pero éste, aunque prendado de los encantos de la moza, no amaba en serio a ninguna, porque amaba a cuantas su paso encontraba. A todas cantaba «gallos»[194], a todas besaba, y a todas juraba amor.

Lupe lo sabía, mas érale imposible dejar de amar a aquel Don Juan[195] que, por su parte, le juraba que era ella la preferida.

Pasó el tiempo dejando su indeleble sello en todas las cosas y su amarga experiencia a la creída moza.

Con un lío de ropas bajo el brazo y un raudal de lágrimas en sus hermosos ojos llegó Lupe a México donde «su patroncita» a contarle su desventura.

Iba a ser madre. Juan Ramón se había burlado de su amor, huyendo de su lado; y su padre, avergonzándose de ella y desconociéndola, la arrojó del hogar.

Del pueblo los vecinos escandalizados le negaron ayuda. Por su pecado de amor, la creían «una cualquiera», y sus antiguas amigas le negaban hasta la palabra, ¿a quién dirigirse entonces sino a «su patroncita»? Por eso había venido a México, si ella la despreciaba ya no esperaba nada de nadie.

Pero Elena no la despreció, antes bien, ahora que la doncella fuera tan rudamente golpeada por la vida, quísola más la viuda. Lupe se alojó en la misma casa de su bienhechora y fue cuidada con sin igual ternura por ella hasta que nació el niño.

Un día, con gran sorpresa del caporal y de todos en «La Jorocha», amanecieron los «patrones» en la hacienda. Solo Rosa, la hermana menor de Lupe, sabía de antemano la llegada a la hacienda de los «patrones», siendo ella quien ocultamente y de acuerdo con Elena, hiciera secretamente todos los preparativos.

Don Alberto y Elena, seguidos de una joven con un niño en brazos cubierto con varios zarapes, llegaron una noche en horas avanzadas. La joven era Lupe que retornaba a la hacienda, pero con plan de ocultarse por algunos días.

Al encontrarse de nuevo las dos hermanas, emocionadas cayeron una en brazos de la otra.

A la siguiente mañana de la llegada de los «patrones» a la hacienda, ya mumurábase en ella, tratando de dilucidar el motivo extraño de tan inesperada visita; y aunque algunos dijeron que Lupe venía con ellos, pocos, casi ninguno lo creyó, porque parecíales imposible. ¿Cómo iban los señores a traer en su compañía a aquella descarriada?

Además, siendo Terencio y Paco los dos más grandes bebedores de la hacienda, quienes aseguraban haberla visto en compañía de los «patrones» la noche anterior, ¿cómo

---

[193] caporal: en su cuarta acepción: «Capataz de una estancia de ganado» (DLE).

[194] gallos: en su duodécima acepción: «serenata» (DLE).

[195] Personaje arquetípico de la literatura española, creado por Tirso de Molina en su obra *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* (1630) y posteriormente recreado en la literatura universal. También llamado *burlador* o *libertino*, se trata de un seductor valiente y osado hasta la temeridad que no respeta ninguna ley divina o humana.

creerles? ¿No sería una alucinación producida por los efectos del mucho tequila que tomaran? ¿Cómo iban a traer los «patrones» consigo a la desvergonzada Lupe?

Y mientras se hacían todas estas conjeturas, la poblana no se veía por ninguna parte.

Apenas amaneció, los «patrones» salieron a caballo a recorrer la hacienda, llegándose hasta el pueblo.

A su paso, se descubrían respetuosos los hombres, saludaban humildes las mujeres y gritaban alborozados los chiquillos. Tras de ellos, seguían los comentarios. Don Alberto y su hija llegaron hasta la ermita y después de haberse detenido en casa del padre por un largo rato, regresaron al rancho.

Acababa de sentarse el anciano en su despacho cuando llamaron a la puerta y entró el caporal, que sombrero en mano saludó a su «patrón».

Era éste un hombre que frisaba los cincuenta años; alto, bien proporcionado, de anchas espaldas y tez curtida por el sol, pelo canoso que había sido negro, ojos pardos de mirada fiera pero escondidos, casi, por dos pobladas cejas; grandísimo bigote cubríale totalmente el labio superior. En su tipo se encontraba al descendiente de los españoles, antiguos colonizadores y pobladores de la tierra azteca.

Ancho sombrerón de paja traía en las manos; vestía pantalón y camisa de lavable tela de un mismo color, pañuelo rojo al cuello y sujetas a sus zapatos las tintineantes e infaltables espuelas. Dos pistolas al cinto en cartucheras de cuero dábanle una más feroz apariencia.

Sin embargo, al entrar al despacho de su «patrón», mostrábase sumiso, humilde.

—Me alegro de que vinieras, Pedro —le dijo don Alberto—, pues pensado había mandar a llamarte. Siéntate.

—No «patrón», gracias —contestó el caporal resentido— antes quiero que me diga «su mercé» por qué ha venido a la hacienda sin avisarme. ¿Por qué ha querido sorprenderme? ¿Es que ya no tiene confianza en mí? Dígame «patrón», ¿qué falta he cometido? Dígamelo «su mercé» no más.

—Sí Pedro, has cometido una grave falta, pero no sov yo el agraviado, sin embargo, para ayudarte a repararla es que hemos venido intempestivamente.

El sorprendido caporal no tenía más medio de expresar su gran asombro que abrir desmesuradamente los ojos. Pasados unos minutos de silencio dijo lleno de compunción: —¿Qué yo he cometido una grave falta «patrón»? Dígame no más «su mercé» cuál es y qué debo hacer para que me perdone.

Don Alberto, mirándolo maliciosamente por sobre sus anteojos, no contestó a las preguntas de su caporal, sino que le preguntó: —Pedro, ¿cuándo es la Feria de San Antonio?

—De aquí a tres días no más, «patroncito» —contestóle el caporal muy afligido, pues la pregunta le hizo recordar que el año pasado eligieron a Lupe Reina de la Feria.

—Pues bien, Pedro, vas a hacer grandes preparativos para que esta Feria resulte extraordinaria en el rancho. Comilona y bebida libres. Dile al cantinero que la cantina corre de mi cuenta durante los tres días que dure la Feria. Que dé de beber libremente a todos los de la hacienda. Vamos a celebrar algo muy grande.

Pero tendrás cuidado —siguió diciendo don Alberto— y vigilarás con los muchachos para que todo ande en orden. ¿Entendido eh? ¡Ah!, y que todos los de la hacienda guarden las armas, no sean que les entren ganas de pelear. A divertirse todo el mundo en esos días.

—Pero «patrón» —dijo Pedro confundido— aún «su mercé» no me ha dicho en que lo he ofendido, y mientras no me lo diga «patrón», el viejo caporal no tendrá tranquilidá.

—Anda viejo, anda y obedéceme en todo —le dijo don Alberto a un tiempo que se ponía de pie y tendía llanamente la mano a su viejo trabajador. Este salió del despacho de su «patrón», dándole vueltas al sombrero entre sus curtidas manos, revelando con ello su intranquilidad.

La linda Rosa encontró a su padre al salir de la casa, y al ver el aire preocupado que éste llevaba, entró sonriendo la muy pícara. Rosa era ahora la doncella de Elena. Así lo creían todos en la hacienda.

Don Alberto también sonrió cuando la puerta del despacho se cerró tras de Pedro. Sonriendo se sentó y dijo para sí: —Ya verás que sorpresa, viejo Pedro. Y qué lección para tantos hipócritas —continuó en alta voz arrugando el ceño.

Al notar en la hacienda el gran esplendor con que se preparaba la Feria por orden del «patrón» creyeron que sin duda era para festejar su presencia y la de su hija en ella, pues muchos años hacía que a la Feria no asistían.

Amaneció el esperado día, tibio y luminoso por hermoso sol. Muy pronto se vieron por doquier los alegres y brillantes colores en los diversos trajes, zarapes, chales, cintas, pañuelos y sombreros con que se engalanaban hombres y mujeres para los festivos días. Con insistencia se escuchaba el tintinear de las relucientes espuelas de los numerosos poblanos, en su mayoría consumados jinetes.

Hubo en la mañana diversos juegos que fueron la alegría de los aficionados, entre ellos un rodeo en el que se lucieron los más bravos novillos y fogosos corceles de la hacienda; también peleas de finísimos gallos, en las que el vencedor pagaba su victoria con la sangre que manaba de las numerosas heridas que su rival le había causado en la reñida pelea, durante la cual el entusiasmo de los jugadores rivalizaba con el ardor de las aves de roja cresta y afilados espolones.

Después de mediodía fuéronse llegando hombres y mujeres a la ermita, ya que así se los rogara el «patrón» por la mañana. Pequeña fue la tosca, pero pintoresca iglesita para contener a tan compacta muchedumbre que consumíase de impaciencia por dos motivos: satisfacer su curiosidad y llegarse luego al prometido baile.

Un coche paróse a la puerta de la ermita y en él presintieron la clave del misterio. Así era en efecto: del carruaje descendió don Alberto seguido de Elena, que llevaba un lindo chamaquito en brazos. Tras ellos bajó... Lupe, que humilde, pero más linda que antes, parecía indiferente a cuanto la rodeaba, puestos sus ojos no más en el que la «patroncita» llevaba.

A la grande sorpresa que causó su aparición, siguiéronla las maliciosas sonrisas, murmullos, cuchicheos y fingidas toses a su paso tras los «patrones» hacia el presbiterio.

El sacerdote, revestido como convenia al caso, aguardaba pacientemente el momento de proceder al bautizo del hijo de Lupe.

En tanto se efectuaba la ceremonia Pedro había pretendido retirarse, pero a una mirada de don Alberto sentóse de nuevo.

A la sorpresa siguió la admiración. Ninguno podía comprender, llenos de prejuicios como estaban, cómo era que los mismos «patrones» apadrinaran el hijo de Lupe, la mujer sin honor madre de un hijo sin nombre.

Terminado el ritual del bautizo, la viuda entregó a la poblana el niño, al que ésta colmó de besos y caricias.

Previo el consentimiento sacerdotal, Elena, la bella y digna dama, que más que «patrona» era madre para todos los allí reunidos, les habló dirigiéndose principalmente al caporal, que como tres días antes daba vuelta entre sus manos al sombrero.

—Esta es la persona, buen Pedro —díjole señalando a Lupe— a quien has perjudicado, con la que has cometido un grave error, como te dijo mi padre. Tal vez tú no puedas comprender el por qué, pero yo te lo voy a explicar.

La época en que vivimos y la carga de prejuicios que llevamos nos impiden distinguir entre la desvergüenza o el impudor y la fe y ciega confianza de quien ama.

Yo, como soy mujer, he comprendido después de meditarlo mucho, que si algo debemos apresurarnos a corregir es este doloroso error. Sí, Pedro, cometiste una injusticia al negar tu protección a tu desgraciada hija. La creíste deshonrada, y con ella también tus canas. ¡Bah!, no es solo el honor lo que le han robado, es también la fe.

Cayó porque creyó, porque tuvo fe en un ideal, su amor que era tan sincero y tan confiado. ¿Cómo iba a pensar en la maldad ella cuyo corazón era tan puro? Pero la maldad existió y tronchó de golpe todas sus ilusiones de niña buena. Volvió entonces sus ojos a ti, su padre, esperando de ti perdón y amparo, pero tú, lleno de falsos prejuicios, la arrojaste del hogar, sin pensar que podías haberla lanzado a un abismo del que la salvó su propia vergüenza, y también, por qué no decirlo, el apoyo que por nuestro medio Dios le dio.

El verdadero honor de la mujer es: el no despojarse ni por un instante del pudor ni la vergüenza. ¿Cuál o quién está exento de algún pecado? Ninguno. Oh, querido viejo Pedro, hiciste muy mal, pero esperamos que ahora que te traemos de nuevo a Lupe la perdonarás recibiéndola con el cariño a que la hace acreedora su título de hija. El pequeño chamaco es nuestro ahijado.

—Y a vosotros —dijo dirigiéndose a todos—, ¿qué os ha hecho creer en la deshonra por el solo hecho de hablarle a Lupe y alternar con ella? Le habríais seguido brindando estimación y cariño si oculta su falta y disfrazando o destruyendo su maternidad continuaba siendo la «buena» muchachita que todos conocían. Entonces sí; y, aunque luego fuese descubierta, ya para Uds. tenía un atenuante: el manto de hipocresía o disimulo con que se envolviera.

Sin embargo, no es esa nuestra opinión. Merece sí estimación y cariño la mujer que amando entrega su fe y esta es burlada, pero que no tiene ambages[196] para confesar su falta y su futura maternidad; de esas mujeres es Lupe, por eso nuestro hogar ha sido el de ella.

Amó ciegamente al malvado Juan Ramón, el que aprovechándose de este amor e inexperiencia hízole mil promesas que luego cobardemente dejó de cumplir. Mas ella, al contrario, valiente se aprestó a confesar lo que podamos llamar su falta, y a llevar por si sola el peso del castigo y la responsabilidad. Y ha hecho: hoy, Lupe es una madre, título más que suficiente, para ser por todos respetada.

Su dignidad de mujer burlada, ofendida, despreciada, pero no despojada de vergüenza, será el dique entre ella y los que horrorizáronse hipócritamente ante las esposas e hijas de la falta de la doncella, pero que ahora, solapadamente, perseguirán a la mujer.

Su amor de madre será el escudo que protegerá su alma dolorida contra los saetazos de aquellas que, amparadas bajo un manto de doblez, ostentan una virginidad hace tiempo ya perdida; y si merced a su hipocresía lograron engañar a los demás, no pueden engañarse a sí mismas, por lo que será más grande su rencor hacia Lupe, pues al no sincerarse como

[196] ambages: «Rodeos de palabras o circunloquios» (DLE).

ella, no podrán estrechar entre sus brazos al amado hijo, gloriosa compensación a su fracaso.

Solo las almas viles, las manchadas, condenan al caído, porque al hacerlo así, creen encubrir sus propias faltas. No seáis vosotras de esas y abrid vuestros corazones a la pobre oveja descarriada; hoy es ella, tal vez mañana sea nuestra hija o nuestra hermana, tengamos caridad de nuestro prójimo para que Dios la tenga de nosotros.

—Ve Lupe —continuó dirigiéndose a la bella poblana— ve a los brazos de tu padre a implorarle el perdón que pronto está a otorgarte.

A estas palabras el viejo caporal se adelantó hacia su hija con los brazos abiertos y confundió sus saladas lagrimotas de viejo reacio, pero bueno, al raudal de lágrimas de emoción y de dicha que de los negros ojos de la joven brotaban.

Extraño cuadro que el chiquitín contemplaba asombrado, embelleciéndolo con la radiosa flor de su inocente sonrisa.

Lágrimas también había en los ojos de todas las mujeres que presenciaron tan singular bautizo, y escucharon las conmovedoras como verídicas palabras de Elena. ¡Qué hondo les había hablado la elocuente viuda!

Minutos después, de la ermita salía el viejo Pedro con su nieto en brazos, y a la par de su hija que gozosa les[197] miraba. Tras ellos, la concurrencia fue saliendo, pero nadie osaba comentar nada, impresionados como estaban por el grandioso ejemplo que les dieran los «patrones» cuyas virtudes eran cada vez más elevadas.

El coche de don Alberto continuaba frente al pequeño templo y a su alrededor se agrupaban hombres, mujeres y niños, ansiosos de mirar y saludar una vez más a aquellos «señores», a los que, si antes querían hasta el extremo, ahora profesaban también admiración profunda.

Después de una corta espera, aparecieron ellos seguidos del sacerdote, y al verlos, estallaron todos los que esperaban en aplausos y vivas a sus queridos «patrones». Al desaparecer el coche tras una vuelta del camino fuéronse encaminando todos hacia la hacienda, donde con mayor alegría continuaría la fiesta.

En la casa del caporal, como en ninguna otra, reinaba el júbilo, porque había vuelto la hija y hermana ausente, y con ella volvieron al hogar dicha y tranquilidad.

Además, fieles y viejos servidores como eran, sentíanse orgullosos, satisfechos y llenos de felicidad al comprender el aprecio y cariño que hacia ellos tenían los «patrones».

Por ellos, pues, por su recobrada dicha, por su hija Lupe, tenía la feria el esplendor que a todos había asombrado.

Mas no estaban terminadas todavía las emociones que en ese inicial día de la Feria iban a tener los moradores de «La Jorocha» y del pueblo todo congregado en ella.

La noche había caído, más iban las sombras diafanizándose por los rayos perlados de la luna que en cascadas de plata bañaba los tejados, arrancando destellos a las gotas de rocío suspensas en las hojas de los árboles.

La fresca brisa traía el aroma peculiar de la tierra recién removida, esperando ansiosa[198] la simiente que había de fecundarla para producir las benéficas cosechas. Sentíase también acariciador, el aroma del tibio pajar donde pacían silenciosas las vacadas.

---

[197] Uso inadecuado del lenguaje: «leísmo», se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

[198] En el original: «anciosa» [errata].

En salones enormes para ello arreglados habíase iniciado el baile tan esperado por todos. En un entarimado de grandes dimensiones estaban los músicos, menudos indios en su mayoría, que en contraste con la obscuridad de su[199] tez lucían[200] blanquísimas y hermosas dentaduras.

El inmenso alborozo de la concurrencia desbordóse a la llegada de los «patrones», y en su honor cantáronse las más lindas canciones, sucediéndose a los huapangos las guarachas. Al terminar cada canción, escuchábanse los aplausos, alegres y entusiastas gritos.

En uno de estos momentos, y cuando aún se oían los aplausos, se oyó de súbito una voz de todos conocida, pero que infundió pavor. Era Juan Ramón que decía: —Señores, quiero cantar una canción, ¿me lo permiten?

Nadie comprendía cómo había llegado hasta el círculo el hombre que sabía estaba jurada su muerte en aquella hacienda; el burlador de Lupe. Sin embargo, ahí estaba con su guitarra en la mano y pidiendo cantar ¡Qué locura! ¿Hasta qué punto de cinismo había llegado Juan Ramón? ¿Acaso creía que, si Lupe estaba perdonada, tendría por eso el derecho para entrar de nuevo y salir a su antojo de la hacienda? Estas. y muchas otras preguntas atravesaban vertiginosas la mente de los presentes, pero ninguno se atrevía a romper el silencio.

De no haber estado los «patrones», quizás la estupefacción de todos no hubiese sido tan prolongada y la cólera habría estallado; pero esto no había sucedido. Solo reinó el silencio que decía cuan despreciable les era el burlador, calavera de Juan Ramón.

Pedro, iracundo, dirigía hacia el intruso la mirada, crispados los puños. Pero el respeto a don Alberto y a Elena impedíale hacer más. Hasta la luna cual si presintiera que algo dramático iba a ocurrir, ocultóse presurosa tras la tupida celosía de las nubes.

Los espectadores temerosos se miraban, sintiéndose en el colmo de la incertidumbre; pero otra voz, también de todos conocida, escuchóse de pronto. Y tuvo ésta, al contrario de la de Juan Ramón, el privilegio de restablecer por un momento siquiera la tranquilidad.

Era don Alberto que decía: —Canta, pues, muchacho, canta, y que tu canción nos traiga la alegría.

—Gracias señor, gracias con toda mi alma le doy por habérmelo permitido —contestó el Don Juan.

Después, dirigióse al sitio donde estaban las mujeres buscando a Lupe con su mirada ansiosa. Al encontrarla, pulsó la guitarra y entonó la canción más linda y sorprendente.

Con voz sonora, pero dulce a la vez, y bien timbrada, le dijo a la muchacha cuanta era su pena por el mal que le había hecho; le habló de un amor dormido que despertó a un tiempo que su conciencia de hombre culpable, díjole de su remordimiento, y, finalmente, le rogó que, al darle su perdón, le ofrendara de nuevo su amor ante el altar.

Al terminar el canto, había lágrimas en los ojos de todas las mujeres y la estupefacción se reflejaba en los semblantes de los hombres.

Juan Ramón alzó su voz y dijo: —Sí, Lupita, he sido un ruin y un cobarde, pero, si me quieres perdonar, seré tu esclavo y a fuerza de ternura me ganaré de nuevo tu cariño. Perdóname, Lupita, y acepta mi nombre que es el de nuestro hijo.

---

[199] En el original: «tu» [errata].

[200] En el original: «lucía» [errata].

—Y Ud. don Pedro —exclamó dirigiéndose al viejo caporal cuyo sombrero giraba sin cesar entre sus manos— perdóname también, yo se lo ruego.

El viejo, noblote, enternecido, tendió la mano a su futuro yerno.

Los espectadores alelados contemplaban la escena, creyéndola de teatro, y los «patrones» sonreían satisfechos.

Hacia ellos, sombrero en mano, se volvió el arrepentido mozo, y al estar frente a frente conmovido les dijo: —A Uds. debo, señores, el haber reconocido mi bajeza, avergonzándome de ella. A Uds. deberé el no ser un infeliz abrumado por los remordimientos.

Hoy, cuando supe la grande y noble acción que habían hecho me entró una vergüenza enorme al verme tan ruin y me dije: Juan Ramón, ¿dónde está tu conciencia de hombre honrado? ¿Dónde tu dignidad y tu palabra de hombre? Sentí entonces la respuesta de mi conciencia que parecía decirme: aquí estoy sepultada, hundida por tus maldades y vicios, casi olvidada.

Avergonzado, medité largo rato, y comprendí que estaba a punto de perder para siempre mi dicha, pues ahora veo que sin darme cuenta he ido amando a Lupe, y puedo jurar que la quiero como solo se quiere una vez en la vida.

Al decir esto, clavó en la aturdida joven sus ojazos suplicantes y luego prosiguió: —Mas de no haber sido por Uds., generosos señores, jamás lo habría descubierto y hubiera sido un desdichado, ya que sin saberlo perdía el amor único, el que me estaba destinado; y juergas y calaveradas en que hubiera disipado mi vida no habrían bastado a llenar el intenso vacío de mi alma. Benditos Uds. por la felicidad que nos han traído.

El «patrón» se levantó y tendió con nobleza la mano al calavera; luego, tomándolo amigablemente por el brazo, atravesó[201] con él el salón en busca de Lupe. Al llegar frente a ella que estaba tímida, emocionada, llorosa, don Alberto le dijo: —Se acabaron tus lágrimas hijita, aquí está tu galán arrepentido y enamorado. ¿Lo quieres perdonar?

Por toda respuesta, la linda poblana cayó en brazos que su amado le tendía.

Hurras, vivas, felicitaciones a los novios y «patrones» brotaron de labios de todos. Los concurrentes entusiasmados mezclaban sus gritos a la música, formando un verdadero pandemónium[202].

Dos días después, el último de la memorable Feria, Juan Ramón y Lupe casáronse en la misma ermita donde había sido bautizado su hijo. Elena y su padre fueron los padrinos de aquella boda.

Muchos años pasarían antes de que en «La Jorocha» como en toda Puebla nadie pudiera olvidar que gracias al noble corazón y puros sentimientos del Sr. Revilla y su hija la viuda de Saldívar tres vidas no fueron rotas y lanzadas por la escabrosa pendiente del dolor.

La de Juan Ramón con el remordimiento; la de Lupe con el abandono, y la del hijo, con la vergüenza de no obtener un nombre ni un padre.

Pero seres como don Alberto y su hija Elena no podían esparcir en torno suyo otra cosa que bondad.

Ellos, ajenos a perfidias y a maldades, no encontraban tampoco estos defectos en sus semejantes; pero si alguna vez hallábanlos, era tanta la caridad de sus almas que

[201] En el original: «atravezó» [errata].

[202] pandemónium: «Lugar en que hay mucho ruido y confusión» (DLE).

tornaban el mal en bien. Se hermanaban con el que pecaba para corregirlo y con el que sufría, para consolarlo.

Solo las almas ruines, envidiosas, las que llevan la maldad en sí, juzgan y critican a sus prójimos, aumentando sus defectos y alegrándose de sus desgracias; porque así. como el puerco se revuelca en el fango en que vive lanzándolo a su alrededor así esas almas envilecidas tiran el lodo en que envueltas están.

El mundo con todas sus virtudes y pecados solo lo vemos a través del alma, y de cómo esa alma sea depende nuestro juicio, y así, él nos hace o un vasto campo de abrojos y cardos, o un perfumado jardín de bellas flores.

CAPÍTULO NOVENO

EL ESTUDIANTE

En una confortable habitación de uno de más lujosos apartamentos del Barrio Latino[203], en París, se desarrolla una dramática escena entre una linda y humilde obrerita parisién, y el apuesto y rico estudiante mejicano Arturo Saldívar.

La joven, con absoluto abandono está tirada, en un diván, hundida su rubia cabecita entre los cojines de terciopelo verde y estremecido el cuerpo por convulsivos sollozos.

Arturo, displicente, paseáse fumando por la habitación envuelto en su *robe de chambre*[204] deteniéndose a ratos distraído a mirar un cuadro o una urna de dorado marco que sobre una mesa de laca exhibe la más completa colección de insectos tropicales y la que constituye un tesoro para Arturo.

Finalmente, se acerca al cristal de la ventana y mira hacia la calle sin ver nada de lo que quería, ya que el alto edificio del frente quitaba la vista y, para mirar abajo, habría tenido que sacar la cabeza fuera de la ventana, cosa que no hacía, porque estaba cerrada.

El cigarrillo que fumaba habíase consumido, y la colilla fue al cenicero a hacer otras que ahí había.

Mientras fumaba, Arturo no hacía otra cosa que pasearse, mirar uno de los cuadros que pendían de las paredes, detenerse ante la colección o mirar por cristal de la ventana, oyendo al mismo tiempo los sollozos de la mujer que inconsolable lloraba.

Al arrojar la colilla, un gesto de fastidio se reflejó en su semblante, pero lo reprimió, y dando a su voz toda la suavidad que le fue posible, acercóse al diván y poniendo una mano sabre la rubia cabeza de la joven díjole: —Vamos Ninette, no llores más que con eso la situación no se mejora.

Sus palabras causaron mal efecto, porque la joven, lejos de reprimir el llanto, aumentó más y más los sollozos y los estremecimientos. Arturo, viendo el camino que las cosas seguían, tomó la blanca mano de la mujer y estrechándola entre las suyas con cariño le dijo: —No sigas llorando y escúchame, Ninette.

—No quiero oír nada si he de perderte, Arturo —contestó la muchacha alzando su cara en la que lucían grandes y azules ojos como zafiros y linda boca roja, como las fresas—. Déjame tan siquiera el consuelo de llorar, tal las muchas lágrimas logren ahogar mi pena.

—No Ninette, no llores y escúchame. Quiero que en compañía de tu tía te vayas a tu pueblo; yo les daré una cantidad para que cómodamente vivan hasta que obtenga mi divorcio y pueda ir a tu lado. Entonces me casaré contigo, ¿sabes? Pero vas a obedecerme y no vendrás a París a buscarme bajo ningún motivo, porque si «ella» se entera de la verdadera causa, quizás se encapriche y ponga toda clase de obstáculos al divorcio. —Y poniendo más miel en su voz, agregó: —Con eso se retardará más la hora de unirnos de nuevo, y quizás para siempre.

Ninette habíase serenado un poco al oír las palabras de Arturo, pero la angustia no la abandonaba, y con voz llena de tristeza le preguntó: —¿Cuánto tiempo tardará eso, Arturo?

---

[203] En francés, *Quartier latin*. Está situado en la margen izquierda del Sena, tiene como núcleo histórico a la famosa universidad de la Sorbona.

[204] bata. En francés en el original.

—se quedó unos instantes silenciosa esperando respuesta, pero como esta no salió de los labios del joven, ella prosiguió: —Yo no podré pasar muchos días sin verte. ¡Ah! ¿Por qué te amo tanto? ¿Por qué me ocultaste que estabas casado? Si a tiempo lo hubiera sabido habría huido de ti y no te hubiera amado con la intensidad con que ahora te amo.

¡Qué cruel fuiste, Arturo, que cruel!

—Ah, van a empezar de nuevo los reproches —contestó él con resentimiento—, ¿no quedamos en que me perdonabas por el intenso amor que hacia ti siento, amor que despertó al instante de conocerte?

—Yo no quiero reprocharte nada, querido —respondió la linda francesita—, es mi corazón el que estrujado de pena se revuelve y grita contra el destino que te arrebata de mi lado.

Arturo, Arturo mío, dime que me amas, que no has mentido, porque no sé qué extraña voz interna parece decirme lo contrario. Dime algo, Arturo, que me quite ese negro presentimiento que destroza mi alma —continuó con vehemencia la exaltada joven, a la vez que enlazaba con sus marmóreos brazos el cuello de su amado.

El mexicano repitió cuanto Ninette quería, besando los rojos labios que amorosa ella le ofrecía. Un momento después, recostada en sus brazos, prometíale sumisa hacer cuanto él le había pedido,

Besóla una vez más reiterándole de nuevo[205] halagadoras promesas, con lo que la joven prendió otra vez las esperanzas en su herido corazón.

Arturo, impaciente, miraba el reloj que había sobre la chimenea. Eran las once de la mañana; poco faltaba para que la persona por él citada llegara, y esa persona habría de ayudarle en tan enojoso asunto.

Ninette estaba en el tocador arreglándose y reparando los estragos que las lágrimas hicieran en su linda carita. Para rato tenía también con sus rebeldes bucles.

Arturo, sentado en un sillón, pensaba, recordaba. Cinco años llevaba en Europa, mas a pesar de su prodigiosa inteligencia sus estudios no avanzaban sino medianamente. En cambio, él había aprendido mucho de la vida; de todos los placeres conocía los secretos.

Concurría a todos los cabarés y lupanares, y tan igual se sentaba ante la mesa llena de copas como sabía de barajas y dados. Tenía amantes, sabia también fastidiarse de ellas y cambiarlas.

Eso le había sucedido ahora con Ninette, solo que, rendidamente enamorada la linda francesita, resistió cuanto otras no pudieron, por lo que él tuvo que recurrir al último de los recursos… el fingido matrimonio.

Conocióla una tarde en las cercanías del Bosque de Bolonia[206]. Su grácil y encantadora figurita lo cautivó, pero la chica fue difícil de conquistar, por lo que hubo de desplegar todos los medios de ataque hasta que encontró el punto vulnerable… que fue una tía.

Ninette era huérfana. A su padre no lo había conocido, y al morir su madre cinco años atrás, recogióla su tía paterna, única pariente que la niña tenía.

---

[205] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que es una reiteración lógica, se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

[206] En el original: «Bologña» [errata]. *Bois de Boulogne*, también conocido en español como Bosque de Boulogne y Bosque de Bolonia.

Durante el resto de su pobre infancia trabajó rudamente la sobrina en groseros oficios; pero al crecer y transformarse en una linda y deseable mocita, pensó la tía en mejores días y trasladóse con ella a París.

Apenas llegadas colocó a Ninette en una tienda como encargada de llevar pedidos. Del sueldo y las propinas de la joven vivían, mas si la niña estaba contenta de su nueva vida, la tía no lo estaba tanto.

Habitaban en una humilde pero coqueta casita en las afueras de París, y hasta ella llegaba diariamente Arturo siguiendo a Ninette. Otras veces, al regresar la joven de la tienda, encontrábalo conversando amigablemente con su tía, la que se deshacía en atenciones para el señorito que la colmaba de regalos.

Lentamente se fue desvaneciendo la desconfianza que Ninette sentía hacia Arturo, y un sentimiento más agradable se adueñó de su corazón. La tía, viendo que por medio del rico señorito podría ella llegar a tener la tan soñada y regalada buena vida, favorecía en todo las relaciones entre su sobrina y él.

Hasta que sucedió lo inevitable. Ninette, que llegó a amar a Arturo hasta lo indecible, creyendo en la bondad y pureza de sus sentimientos y en la sinceridad de sus palabras, le entregó su corazón, su vida entera, sin reticencia[207] alguna, con confianza absoluta; y fue su amante durante todo un año.

La tía fingió no darse cuenta, y Arturo redobló los obsequios. Ninette, que vivía embelesada con su amor, solo enrojecía en presencia de la astuta vieja que jamás le dijo del dinero recibido de Arturo.

Pero la joven leal y sincera rogó un día a su amante que a la tía le confesaran todo. A las primeras y entrecortadas palabras no más que pronunciaron, la vieja, evadiendo la conversación, les dijo: —Son cosas de jóvenes que Uds. alguna vez arreglarán. No se habló más.

Ninette, aunque apenada, se sintió satisfecha, ya que las explicaciones y mentiras que a su tía decía cuando a dormir a casa no llegaba, ahora estaban de por demás.

Arturo, por el contrario, se sentía aburrido de ella, ya que la presa se le volvió fácil y rendida se le entregaba. La joven supo entonces de celos, humillaciones y desprecios.

Cuántas veces al llegar al apartamento de su amante encontraba en el a otra mujer a la que Arturo estrechaba entre sus brazos y besaba.

Y cuando osó reclamar, él la insultaba y ultrajaba[208] delante de su nueva querida. Y cuántas veces también en la calle, cuando él iba en compañía de sus amigas de la sociedad, si pasaba a su lado, fingía no conocerla. Ella entonces sufría, lloraba mucho, pero... volvía.

Lo amaba demasiado, le decía, para no perdonarlo y con tal de no perderlo, se conformaba con las migajas de su cariño.

Hastiado de ella, preguntábase confuso el mexicano qué hacer para alejarla definitivamente de su lado. Entonces tuvo una idea y fue a ver a la tía. Le habló a la vieja de su secreto matrimonio en Roma, de la próxima llegada de su esposa a París y de la imprescindible necesidad de alejar… por un tiempo a Ninette de su lado.

Le rogó que para esto le ayudara, pintándole el risueño porvenir que le aguardaba en su pueblo natal o en cualquier sitio, lejos de París.

[207] En el original: «retiscencia» [errata].
[208] En el original: «ultrabaja» [errata].

La vieja todo lo comprendió, su maligna astucia descubrió la patraña del señorito y esto le hizo ver que ya él se había aburrido de su sobrina; pero ¿cómo no ayudarlo si estaba siempre listo a pagar con buen dinero? Y así, gustosa se ofreció a servirle.

Además, quien le decía que dentro de un tiempo no podrían volver a París a que Ninette olvidara la pena que el abandono de su primer amante le causara. Tal vez hasta en el mismo lugar donde fueran encontraría quien la distrajera. La muchacha tenía suficientes encantos para no perder el tiempo en ningún sitio.

Luego de todas estas cavilaciones, acordó el señorito estar al día siguiente a las once y media de la mañana en su departamento y ayudarle a convencer a Ninette.

Arturo regresó a su casa con la satisfacción pintada en su semblante. Encontró en el buzón dos cartas: una de su madre y otra de su abuela. Su lectura lo impresionó un poco, ya que, en ellas, como en todas las anteriores, le reclamaban el total alejamiento de su hogar durante los cinco años que llevaba en Europa.

«¿Por qué no vienes a casa a pasar siquiera unas vacaciones?», decíale su madre. «Ven en las próximas —escribía el abuelo— que si no vienes corres el riesgo de no verme más». Apesarado el joven, escribió a cada uno: díjoles de sus muchos estudios y del poco tiempo que le quedaba, pero prometíales llegar en las vacaciones siguientes.

Al terminar las cartas, las puso para que del criado fueran vistas y puestas en el correo, sobre un libro que resultó ser ¡oh irónica coincidencia!, uno de los libros de texto que hacía, tiempos no abría.

Este incidente contribuyó a hacer más grande su remordimiento, pues no solamente era ingrato con su madre y su abuelo, sino que casi había abandonado sus estudios. No fue a verlos ni una sola vez, porque todas las vacaciones las pasaba viajando. Londres, Berlín, Suiza, Italia, Egipto; de todas partes conoció sus maravillas y sus vicios.

Algunas veces volvió a la universidad cuando ya las clases iban muy avanzadas, pues fue más fuerte la atracción del juego o el lazo que a su cuello echaran los brazos de la amante ocasional que el deseo de volver a París a reanudar su aprendizaje médico. Eran también numerosas sus escapadas a Monte Carlo y a tantos otros sitios de placer, abandonando por semanas enteras la universidad.

Pero México, al santo hogar de su abuelo y de su madre, no había ido, a pesar de los innumerables ruegos de ellos. Aún más, no era sino cuando recibía sus cartas que los recordaba, tal era la vida de disipación y orgía que llevaba. Por primera vez sintió que el remordimiento principiaba a acosarlo[209].

Pero no fue por largo rato, porque aún no pasó mucho tiempo desde que a solas con su conciencia hablaba, cuando unos golpes suaves, por él conocidos, se escucharon en la puerta. Era Ninette, que feliz y puntual acudía a la cita dada por su amante.

Envuelta en su coqueto abrigo azul y cubierta su rubia cabecita por un sombrero de similar color, que dejaba escapar los revoltosos rizos orlándole[210] la frente, era así una visión encantadora, y los copos de nieve que la salpicaban, hacíanla parecer un bibelot de Pascuas. Pero a Arturo, ya no le entusiasmaba la linda enamorada.

Sin[211] embargo, se mostró amable y cariñoso con ella, devolviéndole con cierto calor sus besos.

---

[209] En el original: «acozarlo» [errata].

[210] orlar: «Adornar un vestido u otra cosa con guarniciones al canto» (DLE).

[211] En el original: «Si» [errata].

Ninette, como tantas otras veces, despojóse del sombrero y el abrigo, cenando luego los dos, como era su costumbre, servidos por el único criado de Arturo, que enseguida no más se retiraba.

Luego se sentaron en cómodos sillones frente al fuego que ardía en la chimenea, chisporroteador y alegre. No pasó rato sin que la joven notara el aire de preocupación que el mexicano tenía.

Su ternura se desbordó y con palabras llenas de cariño, preguntábale a su amado por la causa de esa preocupación. Al principio, el amante eludió la respuesta o contestaba con evasivas; pero ante la dulce insistencia de la francesita, fingió un de desesperación y acercándose a ella la besó muchas veces y le dijo: —Es cierto mi querida Ninette, una gran desgracia ha caído sobre nosotros.

En los azules ojos de Ninette se retrató la angustia al escuchar de labios de su amante las últimas palabras. Pero como él se abismara en un silencio prolongado, contemplando el fuego en ella, mimosa le dijo: —¿Qué desgracia es esa, amado mío? Dímela pronto por favor.

Corno Arturo seguía silencioso, ella continuó: —¿Es que acaso has perdido tu fortuna? Mejor para mí, ya que así podré probarte la inmensidad de mi amor. Si es eso, lucharé y trabajaré mucho para que puedas terminar tus estudios. ¡Oh, que dicha! si es eso, ya no se interpondrá el dinero entre nosotros y podré demostrarte que te amo por ti mismo.

Él continuaba abismado en la contemplación de las alegres llamas, fingiendo una inquietud que no sentía. Ninette se levantó, y echando los brazos al cuello de Arturo que sentado estaba ahora sobre el brazo del sillón que ella ocupaba, díjole con dulce voz: —¿Qué tienes, amor? ¿Qué desgracia tan grande puede ser la que sobre nosotros pesa para que así te pongas? ¿No es pues entonces lo que yo te he dicho? La voz se fue quebrando en tonos de dolor y terminó en un dejo de angustia. Las cosas habían llegado al terreno que el latino quería y aprovechando las circunstancias exclamó con desesperación: —Qué desgracia, qué imperdonable locura la mía.

—No hay nada tan grande que yo no te perdone, amado mío —contestó la inocente Ninette.

—Ven, pues, querida —continuó Arturo—, sentémonos cómodamente en el sofá que debo hacerte una confesión y revelarte la enormidad de mi desgracia. La joven, angustiada y sorprendida, le obedeció, y al estar sentada junto a él, tomóle cariñosamente las manos, cual si con ello le infundiera valor.

Entonces él, procurando poner calor y pena en sus palabras, e intercalando a ellas las caricias, le habló de su último viaje a Italia, pocos meses antes de conocerla.

Había encontrado en Roma a Leonor Huertas, que en compañía de su familia residía en la Ciudad Eterna[212] desde hacía años. Unidas esta familia y la de él por entrañables lazos de amistad, creció junto con Leonor, a la que dejó de ver cuando salió de México.

Fue grande su sorpresa y alegría al encontrarse en Roma con su antigua compañera de juegos, que transformada ahora en una bellísima joven lo cautivó.

Los Huertas le brindaron albergue en su misma casa, lo que originó que la camaradería entre él y su bella compatriota se tornara en idilio. Él creyó amar a Leonor, tanto como la joven lo amaba a él, y dada la presión de ambas familias, contrajo matrimonio con ella.

[212] Así se le llama a Roma.

Después, dándose cuenta del gran error cometido al comprender que no la amaba, rogó a sus suegros y a ella le permitieran volver solo a París, pretextando necesitar todo su tiempo para dedicarlo exclusivamente al estudio.

Prometió volver pronto a ver a su esposa, fingiendo dolerse de la separación; pero no había vuelto, casi ni contestaba a sus cartas. Y ahora, acaba de recibir una de ella, en la que le anunciaba su próxima llegada a parís, en donde penaba residir mientras él se graduaba.

Por eso consideraba tronchada su dicha, pues debían separarse porque él tendría que ordenar su vida con la llegada de su esposa, ya que, si eso no hiciera, ellos pondrían la queja a su madre, lo que daría a la señora un gran disgusto, cosa que él quería evitar, mientras de otra manera arreglaba las cosas.

Al oír Ninette este amargo relato, un dolor punzante le atravesó el corazón y las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos. Se sentía morir amargura.

Así, de repente arrancarle su dicha, desgarrar su alma enamorada, fue un golpe superior a las fuerzas que ella creyó tener; y la que un rato antes hablaba de luchar lloraba ahora vencida por la pena.

Arturo trató con frases vanas de mitigar el dolor por él causado, pero inútilmente, Ninette lloraba desesperada. Poco a poco se fue quedando callada, abismada en una profunda meditación.

Súbitamente, la criatura dulce, resignada y callada, se irguió furiosa al comprender la cruel burla de que había sido objeto.

—¿Por qué entonces —díjole con voz airada— me escogiste a mí para olvidar tu fracaso? ¿Por qué me engañaste tan inicuamente? Acaso merecía yo el que me tomaras para tu placer, tirándome luego cuando ya te estorbara. ¡Oh!, qué crueldad Arturo, qué maldad la tuya, al dejarme, engañada, que te amara con la intensidad con que ahora te amo.

El torrente de atropelladas frases terminó con un hipo de llanto. El amante que preveía este ataque se aprestó a defenderse con su cínica labia.

—No he sido[213] cruel, Ninette —le dijo—, fue que te quise desde el primer instante, vida mía, y aunque estuviera casado te amé en cuanto te vi y te amaré hasta que muera. Díjole esto, a un tiempo que poniendo sus labios en los rubios cabellos de la joven le estrechaba cariñosamente entre sus manos el lloroso rostro.

—Perdóname —continuó—, ese es el motivo de mis arrebatos, de mis calaveradas, quería convencerme de que no te amaba, pues me desesperaba amarte tanto y estar de esa manera comprometida mi situación. Perdóname, alma mía, pero te amo tanto que fui capaz de cometer las mayores locuras.

—Pero ¿por qué me engañaste, Arturo? ¿Por qué? —lo interpeló de nuevo Ninette—. Si lo hubiera sabido a tiempo, habría huido de tu lado. Yo nunca te reclamé ni pedí nada, sin ambición alguna, era mi único afán vivir amándote siempre, silenciosamente. Pero ahora, qué me queda sino darle el lugar a la que tiene todo el derecho a tu cariño, pero que nunca te amará como yo. Y tú, solo tú, eras el culpable por haberme engañado.

En la chimenea el fuego crepitó, como si acorde estuviera con el justo resentimiento de Ninette, y en los cristales de las ventanas el viento golpeó furiosamente.

Por toda respuesta el mexicano la estrechó fuertemente entre sus brazos, y mientras le prodigaba mil caricias, le imploraba perdón.

[213] En el original: «sida» [errata].

La dormida bestia que todo hombre lleva en sí se fue despertando de nuevo en Arturo, y Ninette, enamorada, rendida, engañada una vez más, fue de nuevo su amante.

Después, entre sollozos, besos, lágrimas, reproches y caricias, fue al fin vencida por el sueño. Despertó muy entrada la mañana, y, al recordar que eran los últimos momentos que con su amado pasaba, volvió a caer en otra crisis de amargo llanto.

Al llegar a este punto de sus meditaciones, Arturo sonrió satisfecho al comprender cuánto lo amaba la linda francesita. «Qué lástima que yo no haya podido quererla de veras», se dijo, pero ¡bah! pronto otro la consolará.

Unos pasitos ágiles y menudos lo sacaron de su abstracción. Era Ninette que salía del cuarto tocador arreglada y lista para marcharse, elegantísima, pero con una expresión de infinita tristeza en su lindo rostro.

Cual si hubieran esperado este momento, unos golpes recios se oyeron en la puerta. Arturo fue pronto a abrirla, encontrándose con doña Oliva, la tía de Ninette, que con el aire más inocente del mundo y guiñando un ojo al amante, dijo a su sobrina: —Ya me lo decía yo querida, cuando fui a buscarte a la tienda y me dijeron que habías llegado por la mañana. Oliva, me dije, tu Ninette está en el nido. Vaya con los pichones —agregó con su aflautada voz y malicioso gesto.

Ninette, cuya herida era tan viva que de nada necesitaba para sangrar de nuevo, soltó el llanto al oír las palabras de su tía.

La ladina vieja fingió sorpresa, e inquirió a Arturo la causa del dolor de su sobrina, a lo que el malvado con perfecta simulación contó y dijo todo cuanto sabemos y le era conveniente.

Al escucharlo, doña Oliva aparentó un gran enojo; pero oyendo los convincentes argumentos del «desesperado» Arturo, acabó por perdonarlo, y dándole la razón, ponerse de su parte.

El astuto mexicano entró en su gabinete deteniéndose en él por unos instantes, entre tanto Ninette le preguntaba anhelante a su tía: —Dime, tiita querida, ¿no crees tú que me vaya a «abandonar»? ¿Qué me olvide?

—No, paloma mía —contestó la vieja—, este está perdidamente enamorado de ti, lo has trastornado. Su esposa vendrá no más para encontrarse que con que él no la quiere. No tendrá otro remedio, ante su desamor, que otorgarle el divorcio. Entonces él volará a ti porque te adora. ¡Sí, en la cara se le conoce!, terminó diciendo la maligna vieja.

—¡Ah!, tía, tía, que eso sea cierto —suspiró la joven.

—De ti depende mucho, pichona —agregó la vieja—, no lo abrumes con cartas ni llamadas; cómprate trajes y sombreros, ríe, flirtea, diviértete, que al no recibir correspondencia tuya y saber por otros que te diviertes, correrá a tu lado.

La joven asombrada la contemplaba. La tía continuó: —Sí, hijita, ese es un buen procedimiento para atraer a los hombres, yo sé lo que me digo. Para Ninette este argumento no era muy convincente, pues aún recordaba los diversos amantes que vio desfilar por la casa de su tía; y ella quería solamente a Arturo, y a nadie más daría lugar en su corazón.

Él apareció con un papel entre sus manos que tendió gentilmente a doña Oliva, cuyos ojos centellearon de avaricia. Luego, y mientras la vieja lo guardaba en las reconditeces[214] de su seno, Arturo se[215] dirigió a Ninette, y tornándola entre sus brazos la besó muchas veces repitiéndole las consabidas promesas: —Muy pronto iré por ti y serás

[214] En el original: «reconditeses» [errata].
[215] En el original: «se se» [errata].

mi esposa querida —le decía—, mientras tanto, confórmate con recibir las cartas que pueda escribirte.

Un momento después ambas salían del departamento del mexicano. La joven, con la angustia de no ver más a su amado; la vieja, con la alegría de tener tanto dinero y la perspectiva de una cómoda vida.

Arturo, satisfecho, admiraba su propio ingenio que le había sugerido la mágica fórmula para deshacerse de su tenaz amante. Sonriendo se dirigió hacia el dormitorio para hacerse la *toilette*[216], ya que debía acudir a un restaurante de lujo, donde diera cita para almorzar a una linda chica de la universidad.

Al mirarse en el espejo sonrió cínicamente. «¡Qué buen artista era!», pensaba, cómo les infundía teatralidad a las fingidas mefistofélicas[217] escenas. Pero el desdichado Arturo, quizás más loco que listo, no veía cómo él iba abriendo las puertas, con el hábito de su depravada conducta, a las influencias maléficas que se incubaban ya en su inconsciencia o «subconsciente[218]» según dicen los psicólogos modernos. ¿Y hasta dónde podía este hombre llegar en su perversidad?... Lo veremos.

A la siguiente mañana, doña Oliva y Ninette tomaban el tren que las había de conducir a Niza, lugar donde por el momento pensaba la vieja residir. Al desaparecer el imponente gusano de acero entre los confines de las montañas, se veía en uno de sus carros una carita encantadora por cuyas pálidas mejillas se deslizaban lágrimas que brotaban de unos ojos que atraían singularmente por la expresión dulce e ingenua de su mirada. A su lado, la Celestina[219] sonreía pensando en el porvenir.

[216] Término francés, se refiere al aseo personal.
[217] mefistofélicas: en su tercera acepción: «Diabólico, perverso» (DLE).
[218] En el original: «subonsciente» [errata].
[219] Celestina: «personaje de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*» (DLE), teatro atribuido a Fernando de Rojas (1465-1541) y aparecido entre 1499-1502. Se entiende al personaje homónimo, y por extensión a todos con los cuales se compara, como «alcahueta (‖ mujer que concierta una relación amorosa)» (DLE). En este caso, epíteto denigrante otorgado a Oliva por su rol en la trama.

CAPÍTULO DÉCIMO

EL AMIGO

Es 14 de julio, la gloriosa fecha para Francia, en la que el pueblo, valiente y en plena rebeldía, destruyó, a pecho descubierto, no solamente los muros de La Bastilla, donde tantas víctimas de la odiosa tiranía se consumieron, sino también los diques que se oponían al consagrado principio de Libertad, Igualdad, y Fraternidad, proclamado poco tiempo después por la Revolución francesa[220].

En los cafés de cosmopolita clientela del Barrio Latino en París se celebra con delirio esa fecha memorable. Había, pues, motivos de sobra en ese día para que las gentes, parisenses[221] y forasteros, se alegrasen más que de costumbre.

Y Francia, que aparte de ser admirada y querida por su genio y su adelantada civilización, tanto en las artes como en la ciencia y la literatura, es también la cuna genuina de «La Libertad», tiene por consiguiente en ese día que despertar entusiasmo y júbilo de todos los pueblos libres.

En el famoso Café de Montmartre, la abigarrada concurrencia era especialmente extraordinaria esa noche, y enorme el bullicio[222]. Interminable, se escuchaba el canto de «La Marsellesa»[223], pues la terminaban los franceses y la empezaban los latinos y otros forasteros, que en Paris son bastantes los que hay, finalizando en un coro general.

Así fue como el alborozo se hizo general en aquel ambiente, saturado del humo de los cigarros y pipas, con los cantos, gritos y estrepitosas carcajadas, a las que se agregaban estampidos producidos por el descorchar de botellas de champagne, que so pretexto de brindar al grito de «Viva la France», consumíase ese día, a porfía, en sustitución del aromático y popular diario ajenjo.

Entre los comensales del café, y sentados juntos una mesa, se encontraban dos sujetos mal encarados, con pretensiones de *gigolos*[224], a quienes acompañaba una joven agraciada, cuyas finas facciones contrastaban con su porte y maneras descocadas[225].

En ese preciso momento acertó a entrar en el café Arturo, que era uno de sus más asiduos clientes.

Cuando el grupo de la mesa lo divisó, fue objeto de las insistentes miradas de los tres, aunque solo por un momento, porgue enseguida no más levantóse la joven de su asiento para ir a sentarse al lado del mexicano ya conocido de ella, como buen amante y derrochador.

Pero al compañero de la *grisette*[226] gracia poco le hizo el verse abandonado por su pareja, y guiñando un ojo al compinche que estaba con él, se levantaron y fueron tras de

---

[220] 5 de mayo de 1789-9 de noviembre de 1799. Conflicto sociopolítico que enfrentó a partidarios y opositores del Antiguo Régimen (monárquico). Se inició con la autoproclamación del Tercer Estado como Asamblea Nacional y finalizó con el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte.

[221] En el original: «parienses» [errata].

[222] En el original: «bulicio» [errata].

[223] Himno nacional de Francia oficialmente desde el 14 de julio de 1795. Fue escrito en 1792 por Claude Joseph Rouget de Lisle (1760-1836).

[224] *gigolos*: joven masculino que vive gracias al dinero de una mujer, casi siempre mayor que él, a cambio de compañía o favores sexuales.

[225] descocadas: «Que muestra demasiada libertad y desenvoltura» (DLE).

ella hasta la mesa del latino, tomando también asiento *sans façon*[227], esto es, con la mayor desfachatez, dispuestos a todo, hasta a armar camorra[228] si fuese el[229] caso; y, por de pronto, a sacar partido de la liberalidad del estudiante, ya que él había tenido el privilegio de verse preferido por la mujer que estaba con ellos.

Arturo comprendió al vuelo la maniobra de los dos *gigolos*, que más tenían de matones y barateros que de danzantes profesionales; pero él haciéndose el cargo de que el gasto de unas botellas más de champagne en nada menguaba su cartera siempre bien *garnie*[230], y que, a la postre la mujer había de ser para quien mejor pagara, optó por hacerse el desentendido y admitirlos, aparentemente a gusto, por compañeros de mesa, compartiendo con ellos la reinante alegría.

Por otra parte, con ello se libraba un poco de las excesivas caricias que ya había principiado a prodigarle la felina y zalamera[231] «cocotta[232]». De manera que el estudiante y sus improvisados compañeros, sin más preámbulo, mezclaron de una vez sus cantos, sus risas y sus brindis a la algarabía general.

En apartado rincón, hallábase un hombre que ocupaba solo una mesa, indiferente y frío, al parecer, al alborozo de los demás concurrentes. Frente a su *bock*[233] de cerveza, que con maligna intención había pedido ese día en vez del acostumbrado *champagne*, veíase a este extraño personaje, cómo levantaba de cuando en cuando su mirada torva[234], dirigiéndola con desdén al través de la sala del café.

Sus ojos eran azules; el color de su cara y sus manos de un rojo subido, y excesivamente rubio el pelo.

El tórax abultado y las anchas espaldas denotaban en él una fuerza muscular hercúlea. Era, en fin, el prototipo del *boche*[235] alemán.

De repente se apagaron algunas luces quedando la estancia sumida en una semioscuridad…

La orquesta dejó oír entonces los acordes del preludio de un tango, y en medio de la expectación[236] general, hizo su aparición la pareja de baile que debutaba. iluminada de lleno por el haz de un potente reflector y saludada por los resonantes aplausos de la entusiasmada concurrencia.

Las notas rítmicas y melodiosas del cadencioso tango se dejaron oír con más fuerza y la pareja avanzó hacia el centro iniciando los primeros pasos del artístico baile argentino.

---

[226] *grisette*: término referido a una mujer francesa obrera de finales del siglo XVII por el color gris de sus vestidos baratos utilizados en las fábricas del período. Posteriormente, su significado evoluciona para hacer referencia a una mujer joven que, además de realizar sus labores cotidianas, también se prostituye.
[227] «sin forma».
[228] camorra: en su segunda acepción: «Bronca, pelea» (DLE).
[229] En el original: «del» [errata].
[230] «adornado».
[231] zalamera: «Que hace zalamerías», es decir: «Demostración de cariño afectada y empalagosa» (DLE).
[232] Forma españolizada del término francés *cocotte*, denominación para prostitutas de lujo o cortesanas. Originalmente era un término cariñoso para denominar a los niños pequeños, pero empezó a variar su sentido en la década de 1860. Esta palabra también se usó en Alemania.
[233] bock: ¼ de litro de cerveza en jarra.
[234] torva: «Dicho especialmente de la mirada: Fiera, espantosa, airada y terrible a la vista» (DLE).
[235] término peyorativo con el cual los Aliados durante la I Guerra Mundial se referían a los alemanes. A menudo, colectivamente: «el Boche» significa «los alemanes».
[236] En el original: «espectación» [errata].

El hombre alto, esbelto, moreno, vestía de impecable frac[237], siendo el perfecto compañero de la danzarina que era una mujer de blanca tez, de pelo y ojos negros como la endrina y con un cuerpo escultural: viviente estatua revestida con *brassiere*, pantalones de lentejuelas doradas y túnica de transparente gasa[238] blanca salpicada de los mismos adornos.

La falda amplísima, de infinitos pliegues, hacía la ilusión de que sus pies calzados con diminutos zapatitos dorados surgieran de un sin fin de blancas y espumosas olas.

Esclavas de oro llevaba en sus brazos, gardenias blancas en el azabache de sus cabellos.

La linda bailarina, tan pronto danzaba en rítmicos pasos delante de su compañero, ceñida de la cintura por éste, como se volvía dándole la cara e inclinándose lentamente hacia atrás, al[239] tiempo que le ofrecía su roja boca, hacia la que él ávido se acercaba; pero cuando ya parecía que en prolongado beso sus labios fundirían, la venus, en ágil paso volvíase de espaldas y apoyada en el brazo del bailarín, doblábase hacia atrás, hasta pegar al piso su rizada cabecita, llevando entre los dedos una punta de su falda, formando una bellísima figura.

Luego, y al compás de las mismas[240] cadenciosas notas, los bailarines hacían arabescos con sus pasos, que súbitamente tornaban en la más graciosa de las figuras. Él levantaba a su linda compañera de la manera más difícil: ceñíala con sus potentes manos de cada uno de los tobillos y con los brazos abiertos la elevaba por sobre su cabeza, sosteniéndola en alto mientras hacía rítmicos pasos, a la vez que la joven, tomando con su mano derecha la punta de su falda, se inclinaba hacia atrás en un perfecto derroche de gracia y equilibrio, o bien, asía con ambas manos las puntas de su vaporoso vestido, que iba levantando lentamente hasta ocultar su cuerpo entre los blancos y numerosos pliegues, apareciendo entre ellos su carita sonriente y triunfadora.

Luego, con la suavidad y ligereza del vuelo de un[241] ave, volvía de nuevo a los brazos de su compañero, terminando la danza con los mismos pasos de exuberante arte con que habíanla iniciado.

Estos maravillosos artistas del ritmo y la figura sedujeron a hombres y mujeres en el «Café Montmartre[242]». Ellas suspiraban por el guapo bailarín y los hombres hubieran hecho cualquier cosa por un beso de la escultural bailarina.

No era Arturo de los menos seducidos por la artista; sus ojos ya brillaban por el deseo y en sus labios sensuales dibujábase la sonrisa precursora del placer. Con mano firme escribió rápidamente unas palabras en una hoja de su *carnet* y la entregó a uno de los mozos del café, ordenándole que la llevara a la bailarina, tan codiciada por todos.

Con todo esto, la consabida *grisette* quedó atónita, y sintiéndose despreciada, presa de los celos y del despecho, se enfureció tanto que no solo lanzó al mexicano palabras soeces, sino que trató además de llevar las afiladas garras de sus rojas uñas a la cara de Arturo. Pero él velozmente la tomó por las muñecas, sujetándole las manos.

---

[237] En el original: «frak» [errata].
[238] En el original: «gaza» [errata].
[239] En el original: «a» [errata].
[240] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que «mismas» no puede funcionar como pronombre, se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.
[241] En el original: «una» [errata].
[242] En el original: «Monmartré» [errata].

Ya habían llegado a las vías de hecho. No se necesitaba más para que los compañeros de mesa, hasta ese momento habían sido los «amigos» que a su costa brindaran a menudo con *champagne*, decidieran intervenir, arremetiendo ambos contra el estudiante, deseosos de demostrar a la ofendida mujer que, si bien carecían de plata, sobrábales fuerza en los puños.

Pero les salió el tiro por la culata porque a la primera embestida que hicieron fue a rodar al suelo uno de ellos, merced al formidable izquierdazo que le propinó en la mandíbula el mexicano, cuyo favorito deporte era el boxeo.

La pelea habría terminado[243] pronto, porque al[244] otro *gigolo*, viendo tumbado tan pronto a su compañero, se le fueron los bríos, y ya no podría resistir por mucho rato los vigorosos golpes del estudiante; pero en su auxilio acudieron los vecinos de mesa, aumentando así a cuatro o cinco los que peleaban contra Arturo, sin contar a la «cocotta» que cuando encontraba lugar mientras el mexicano estaba en los ardores de la lucha, furiosa le clavaba los dientes o las uñas.

El cisco[245] era mayúsculo, el escándalo sin igual, y Arturo, aunque valiente y hábil luchador, iba a la de perder ante tan disparejas fuerzas.

Pero de súbito, en medio de la pelea, surge la figura corpulenta de otro hombre. Es el «tomador de cerveza» que se pone decididamente al lado de Arturo derribando con sus ciclópeos puños los contendientes como vuelcan los niños sus soldados de plomo.

La lucha toma entonces mayores proporciones generalizándose aún más con la entrada de nuevos combatientes: vuelan las sillas y las mesas; y las bollas que se tiran de un lado a otro, al chocar contra[246] los espejos y las vidrieras se desparraman en mil pedazos aumentándose el estruendo y la algazara cada vez más con los gritos desaforados de las mujeres que huían despavoridas.

Ya la confusión era completa y no se sabía quiénes estaban en favor de éste o de aquél. Lo que sí se veía claro era que el «tomador de cerveza» les cobraba caro, a puño cerrado[247], el delirante entusiasmo con que un rato antes habían estado cantando y celebrando la gloriosa fecha de la toma de La Bastilla[248].

El oportuno compañero de Arturo pegaba duro a diestra y siniestra, y a los que rodaban por el suelo, bajo la acción de sus golpes certeros, no dejaba de echarles una mirada que descubría el odio mal contenido que contra ellos sentía.

De repente unos agudos «sirenazos» anunciaron la llegada de la policía, iniciándose con ello una rápida desbandada en el café. Con la llegada de los agentes, la lucha se empeoró, pues los que no pudieron escapar la emprendieron contra los mismos policías que aprehendieron a unos cuantos.

---

[243] En el original: «terminando» [errata].
[244] En el original: «el» [errata].
[245] cisco: en su segunda acepción: «Bullicio, reyerta, alboroto» (DLE).
[246] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que es una reiteración lógica, se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.
[247] Ídem.
[248] Acontecimiento histórico de gran importancia simbólica dentro de la Revolución francesa, puesto que, aunque la fortaleza medieval citada custodiaba únicamente a siete prisioneros, su caída en manos de los revolucionarios parisinos supuso simbólicamente el fin de la monarquía francesa, lo cual provocó una gran conmoción social en toda Europa.

Pero Arturo, siempre astuto aún en medio de las situaciones, arrebató su gorro y delantal a uno de los mozos del café, imitándole su compañero; y así disfrazados emprendieron la fuga sin ser notados por los agentes de la justicia.

El providencial auxiliante del mexicano lo tomó del brazo amigablemente, y juntos caminaron a toda prisa hasta lograr verse fuera del alcance de la policía. Luego, se despojaron de su extraña indumentaria, arreglando ligeramente su deshecha corbata y el desorden de su ropa y del peinado.

Pronto los nuevos amigos estaban sentados ante una mesa.

—Gracias —díjole Arturo en correcto francés a su compañero, continuando efusivo—: jamás olvidaré su noble gesto, pues sin su ayuda me habrían vapuleado horriblemente esos vividores. De ahora en adelante, cuente mi sincera amistad y tenga la seguridad de que algún día he de pagarle este señalado servicio. Soy Arturo Saldívar, mexicano y estudiante de medicina en París —terminó diciendo.

—No me debe Ud. nada —contestó el otro con pastosa voz—; es más, casi le estoy agradecido porque por Ud. tuve la oportunidad que hacía rato deseaba: propinar unos golpes a esos perros franceses gritones. Me llamo Ruperto Kruger, mi padre es especulador en valores de la bolsa. Soy yugoeslavo y paso en París una de las tantas temporadas de placer que voy haciendo en todas las grandes capitales de esta vieja y carcomida Europa, a la que falta el dominio enérgico de un solo caudillo para erguirse vigorosa[249] y pujante. Brindándole la mía acepto su amistad —dijo por último el extraño personaje.

El mexicano aceptó gustoso la amistad de Kruger, y desde ese día juntos se les vio en todos los sitios. Congeniaban admirablemente, pues ambos eran jóvenes, ricos, elegantes y cínicos; tenían los mismos vicios y ninguna virtud.

Arturo pasaba los días enteros en la *garçonnière*[250] de Ruperto, ya solos, ya en compañía de mujeres alegres en sabrosas orgías. Sus estudios iban cada vez rezagados, pues a la universidad casi ni concurría.

Con dificultad contestaba a las cartas de su madre, absorbido como vivía por las diversiones sin fin de ese París que tantos y tan diversos goces ofrece.

Solo una pequeña nube empañaba el cielo del feliz estudiante y era la divergencia que en ideas políticas con Ruperto tenía. Arturo admiraba la absoluta libertad, la que reinaba en su amada América; Kruger, era de ideas diametralmente opuestas a las muy demócratas del mexicano, lo que originaba grandes y acaloradas discusiones entre los amigos.

Entre tanto la guerra, artera, callada, como un reptil se deslizaba envolviendo lentamente los diversos países, ensangrentando los campos y las ciudades, destruyendo hogares y sembrando por doquier el dolor.

Primero Abisinia[251] sufrió el asalto de fuerzas superiores en civilización. Desmembrada y vencida la tomó el invasor; esto cuando ya la grande y heroica China desde mucho tiempo antes sufría la cruenta guerra con los japoneses[252].

---

[249] En el original: «vigoroza» [errata].

[250] Término con el que, coloquialmente, se conoce a los apartamentos de solteros.

[251] Nombre con el cual se conoce al Imperio etíope, reino africano que abarcaba los actuales territorios de Etiopía y Eritrea. En su período de mayor extensión incluía, además, los actuales territorios de Yibutí, el norte de Somalia, el sur de Egipto, el este de Sudán, el oeste de Yemen y una parte suroccidental de Arabia Saudita. Tuvo una duración de 705 años, desde en 1270 hasta la abolición de la monarquía en 1975. Fue también el único Estado africano, junto a Liberia, que mantuvo su independencia durante el reparto de África por parte de las potencias coloniales europeas en el siglo XIX.

Llegó enseguida la fratricida lucha española[253], prólogo de la Segunda Guerra Europea del siglo veinte. Pero la Bestia Apocalíptica con esto no había hecho más que echar sobre la Tierra su pestilente y mortal vaho.

Tras ella siguió la agresión a Albania efectuada sacrílegamente un Viernes Santo por la Italia Fascista[254]; la guerra Ruso-Finlandesa[255] y la ocupación de Austria y Checoeslovaquia[256] por las huestes de Hitler.

Y mientras, el Monstruo iba lenta, pera cruelmente arrollando países en sus horribles tentáculos mientras la Bestia vomitaba fuego, metralla y bombas a su paso por el mundo, alfombrando[257] de sangre los suelos; otros países se divertían con la inconsciencia de niños. Entre estos estaba París.

Y ¡cómo! en esta bella capital, Emperatriz del Arte de la Moda, Reina de la Alegría, Señora de la Risa, iban a entristecerse por las noticias que con grandes titulares daba la prensa, siempre un poco o mucho amarillista. ¡Imposible!

Ruperto y Arturo continuaban siendo los mejores amigos. Una tarde entró Kruger a la *garçonnière* del mexicano con el semblante iluminado por una alegría inmensa.

—Amigo —le dijo— necesito de tu ayuda para alcanzar algo que es mi obsesión desde hace algunos meses.

—A tus órdenes estoy —contestó el estudiante— pues yo también desde hace varios estoy en deuda contigo, y espero la ocasión para saldarla. De qué trata, decid.

—De vengarme del mequetrefe que me robó el amor de la mujer soñada —contestó Ruperto—. Escuchad —continuó—: Hace dos años conocí en Alemania a Ilse Hemplel, linda muchacha de quien me enamoré perdidamente. Quiso mi mala suerte que también la conociera mi secretario, un «pulcro» compatriota mío que me acompañaba, quien a su vez se enamoró de Ilse, siendo correspondido por ella.

---

[252] Segunda guerra sino-japonesa o chino-japonesa: conflicto militar entre la República de China y el Imperio de Japón entre 1937 y 1945, en el marco de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Comenzó cuando el ejército japonés, que ya controlaba Manchuria, inició la invasión del norte y el este de China. China luchó con el apoyo económico de la Unión Soviética y los Estados Unidos contra Japón cuyo apoyo económico venía de la Alemania Nazi. Después del ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, la guerra se fundió en el gran conflicto de la Segunda Guerra Mundial como un frente importante de lo que se conoce como la guerra del Pacífico. La invasión concluyó con la rendición de Japón el 9 de septiembre de 1945.

[253] Conflicto bélico en España iniciado en 1936 cuando una parte de las fuerzas armadas se subleva contra el Gobierno de la Segunda República, hasta 1939 con el establecimiento del régimen autoritario de Francisco Franco que duraría hasta su muerte, el 20 de noviembre de 1975.

[254] La invasión italiana de Albania (7-12 de abril de 1939) fue una breve campaña militar por parte del Reino de Italia contra el Reino de Albania. El conflicto fue el resultado de la política imperialista del dictador fascista italiano Benito Mussolini (1883-1945).

[255] La Unión Soviética atacó Finlandia el 30 de noviembre de 1939, tres meses después del inicio de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto comenzó después de que los soviéticos buscaran obtener territorio finlandés, exigiendo entre otras concesiones que Finlandia cediera territorios fronterizos sustanciales a cambio de tierras en otros lugares, alegando razones de seguridad, principalmente la protección de Leningrado, a 32 km de la frontera finlandesa. Finlandia se negó, por lo que la Unión Soviética invadió el país.

[256] *Anschluss1*: término alemán que, en un contexto político, significa «unión», «reunión» o «anexión», usada para referirse a la fusión de Austria y la Alemania nazi en una sola nación, el 12 de marzo de 1938 como una provincia del III Reich. El siguiente objetivo del líder nazi Adolf Hitler (1889-1945) era la anexión de Checoslovaquia. Su pretexto fueron las supuestas necesidades sufridas por las poblaciones germanas que habitaban las regiones fronterizas con Checoslovaquia en el norte y oeste. La incorporación de los territorios limítrofes checoslovacos dejaría al resto del país incapaz de resistir a la posterior ocupación.

[257] En el original: «alfombrado» [errata].

Vanos fueron mis ruegos, tampoco la conmovió mi dinero... ni la oferta matrimonial que terminé haciéndole al comprender que la amaba tanto, que no me importaba ni casarme. yo que abominaba del matrimonio.

Pues bien —siguió diciendo el despechado yugoeslavo— la muy tonta no me quiso; prefirió casarse con mi pobre secretario. ¡Ah! cómo le hubiera cambiado mi fortuna por su pobreza, con tal de que ella hubiera sido mía.

Los perdí de vista pocos días después, pues él se fue a Berlín a administrar los pequeños negocios de su suegro.

Yo seguí viajando y no volví a saber de ellos hasta hace algunos meses cuando de nuevo los encontré aquí en París.

No puedo describirte la impresión que me produjo el encontrarla de nuevo, sabiéndola de otro, porque al verla comprendí que aún la amaba. No obstante, me dominé portándome gentil, amable y obsequioso; y hasta tal punto los rodeé de caballerescas atenciones que ellos me invitaron a cenar al día siguiente en su casa.

Asistí. Y desde ese día he sido el amigo correcto, el intachable caballero que para nada recuerda haber estado enamorado un día de la señora.

Arturo lo escuchaba sonriendo con cinismo.

—Pero no creáis —continuó Kruger—, que con solo eso amortiguaba la violenta pasión que la linda Ilse había despertado en mí. No, jamás. Lo que si la calmaba era la paciente espera para vengarme un día de esos hipócritas que se creen tan virtuosos que a su ejemplo me he convertido yo. Ja... ja... ja..., ya les demostraré, si es[258] que pueden saberlo, hasta qué punto estoy convertido. Quedóse unos minutos en silencio, y luego súbitamente y muy exaltado dijo a su amigo: —Mi hora ha llegado, querido Saldívar y tú vas a ayudarme.

El yugoeslavo tenía congestionado el rostro por la salvaje rabia que lo dominaba y en sus ojos brillaba la lujuria.

—¿De qué manera? —le preguntó Arturo—, habla que estoy dispuesto a servirte.

—Necesito que rápidamente instalemos un consultorio médico —le contestó— y que tú ejerzas la profesión con la paciente que te vendrá a buscar.

—¿Cómo así? —preguntó de nuevo y muy admirado Arturo—. Tú sabes que yo no puedo ejercer todavía, no me he graduado.

—No importa —le contestó Kruger— pues no es un profesional que haya hecho el juramento hipocrático el que necesito.

—En una palabra —lo interrumpió el mexicano— ¿de qué se trata?

—De lo siguiente —dijo el malvado Ruperto—: La muy ingenua Ilse creyéndome su verdadero amigo me ha[259] hecho su confidente, solicitándome a la vez ayuda.

Necesita que la reconozca un médico, pues tiene una esperanza, pero no quiere decirle nada a su marido hasta que no se la confirme un doctor, porque han sido muchas las veces que esas esperanzas se han frustrado. A sus verdaderas amigas las consideró frívolas para confiarles tal secreto, pero con entera confianza me lo ha revelado a mí, rogándome al mismo tiempo le indicara un médico conveniente. Sí será ingenua.

Al punto pensé en ti y le dije que conocía a uno muy joven, pero muy acertado, agregándole que tus diagnósticos nunca fallaban; pero que como estabas fuera de París, no le sería posible verte inmediatamente.

Le ofrecí indagarme de tu vuelta y conseguirle una consulta contigo.

---

[258] En el original: «es es» [errata].

[259] En el original: «he» [errata].

Kruger se detuvo, buscó su pitillera, sacó un cigarrillo y lo encendió con el encendedor anexo a la linda y lujosa cigarrera. Luego, fumando muy tranquilo se quedó mirando al estudiante enigmáticamente.

Este, que seguía sin comprender, le preguntó: —Bueno, pero a todo esto, ¿qué hay que agregar?

—¿No comprendes? —preguntó a su vez Ruperto.

—En absoluto —le dijo Arturo.

—Pues no eres tan listo como creía —agregó Kruger arrojando el humo de su perfumado cigarrillo—. Me explicaré, pues. Aunque no seas médico graduado, lo bastante sabrás para conocer de ciertos... narcóticos. Durante el fingido examen le administras uno y luego... me llamas.

Arturo al comprender la iniquidad que el otro tramaba con su concurso, abrió desmesuradamente los ojos, pero escrúpulo alguno no sintió ante tan maquiavélico proyecto; por el contrario, sonriendo le tendió la mano a Kruger y lo felicitó por tan luminosa idea.

Tres días después la provisional clínica estaba instalada en el apartamento de un amigo, y la cita fue dada a la inocente Ilse para las cuatro de la tarde del mismo día.

El «Dr. Saldívar» con su blanco delantal y sus anteojos estaba perfectamente caracterizado y en su presencia desaparecieron los recelos que la joven paciente pudo haber tenido.

Fue internada en una pequeña sala en donde había una mesa larga para exámenes, un armario de cristal con varios instrumentos, otro que contenía múltiples medicinas, una estantería con volúmenes de obstetricia la mayor parte, un pequeño escritorio, unas sillas y un sofá.

Nada hacía pensar a una persona poco observadora y preocupada por otros motivos que aquello no fuese un verdadero consultorio médico. Menos podía pensarlo la inocente y confiada Ilse.

En una habitación contigua impaciente aguardaba Kruger. Pero Arturo tardaba, entretenido quizás por sus ojos pecaminosos en el examen de la paciente...

Las palabras del fingido médico confirmaron las esperanzas de la joven, colmándola de felicidad; y, mientras el doctor la examinaba meticulosamente, ella embelesada seguía la telaraña de sus sueños.

Por fin tendrían el anhelado hijo; ya en su alcoba pondrían una blanca cunita. Qué alegría tendría su esposo cuando la grata nueva ella le diera. ¡Ah!, qué bien había hecho en dejarle recado que viniera a buscarla[260], así más pronto le daría la noticia.

Sus meditaciones fueron interrumpidas en este punto al ver que el médico había suspendido el examen y se acercaba al armario de cristal donde estaban los instrumentos. Al llegar lo abrió y extrajo una jeringuilla hipodérmica.

Luego sacó una ampolleta de otro armario. Ilse admirada seguía los movimientos del falso médico, preguntándose extrañada si sería para ella la inyección que el doctor preparaba; o si sería para otro paciente que aguardaba en[261] la habitación contigua, ya que ahí debía de haber alguien, porque por dos o tres veces ella había visto cómo daba vueltas la perilla.

[260] En el original: «buscar la» [errata].
[261] En el original: «sn» [errata].

Ya el farsante se acercaba con la jeringuilla hacia la paciente, e iba a hundir la fina aguja en la blanca epidermis de la joven, cuando unos recios golpes y voces violentas se oyeron desde la puerta.

—Abrid —gritaba el hombre que de esa manera violentaba el silencio del «consultorio»— abrid o llamo a la policía.

Ilse reconoció al punto la voz de su marido y tiró de la mesa, corriendo a abrirle ella misma. Arturo tiró la jeringuilla al receptáculo de los papeles, tornándose más blanco que su mismo delantal.

En verdad era el marido de la afortunada Ilse. Abierta que le fue la puerta por su misma esposa, entró en el «consultorio» como una ráfaga de viento, mirando hacia todos lados, escudriñándolo minuciosamente todo.

Por fin se dirigió hacia Arturo que más inmutado aún miraba tratando de poner serenidad a su descompuesto semblante.

—¿Dónde están los títulos que lo autorizan a ejercer? —le preguntó con fuerte voz mientras lo sacudía de los hombros—. Hable perro, porque si no[262], lo mato.

El mexicano, lívido, trató de hablar, pero de su garganta salió solo un sonido inarticulado. Ilse en el colmo de la estupefacción se interpuso entre su esposo y el fingido ginecólogo.

—Por favor, Rodolfo, cálmate. ¿Qué pasa? —suplicó a su marido—. Explíquese Ud., caballero —exclamó dirigiéndose a Arturo.

Mas éste, ¿qué iba a explicar? ¿Cómo iba a revelar marido la inicua farsa? Tal como un azogado[263] temblaba sin poder comprender él mismo cómo era que tan oportunamente había llegado el esposo; por instantes más... y su mujer pudo haber sido víctima de dos desalmados.

Entre tanto, Rodolfo se dirigió a Ilse y le dijo: —¿Dime qué ha pasado? Has sido objeto de un engaño. Este hombre no es médico, ni este sitio ha sido ni es «consultorio».

Al oír la esposa estas palabras pareció que un velo se descorría ante ella, y comprendió cosas que antes ni siquiera tomó en cuenta.

¿No se había excedido el fingido médico en el reconocimiento de la paciente? En sus ojos recordó ciertas miradas que por momentos la atemorizaban, pero que distraída por sus halagüeños pensamientos pronto olvidaba.

Recordó también que en los mismos instantes en que su marido golpeó furiosamente a la puerta el falso médico pretendía inyectarla. ¿Qué se había hecho la jeringuilla? Para qué iba a inyectarla si ella iba nada más a que la reconociera. ¿Cómo fu que desapareció instantáneamente la hipodérmica?

De pronto, un rayo de luz atravesó la confusión y el tropel de ideas que torturaban su cerebro, y, recordando algo especial, se abalanzó hacia la puerta cuya perilla había visto moverse.

Al abrirla un estridente rito se escapó de su garganta. A sus ojos apareció una habitación atestada de amontonados muebles y, en ella, agazapado su antiguo adorador y aparentemente fiel amigo: Ruperto Kruger.

Rodolfo extrañado de que no le contestara, al verla dirigirse hacia la puerta la siguió, y vio lo mismo que ella. Entonces comprendió en su amarga verdad la cruel

---

[262] En el original: «sino» [errata].

[263] azogado: «Dicho de una persona: Que se azoga por haber absorbido vapores de azogue», esto es, mercurio (DLE).

felonía[264] que intentaban consumar aquellos criminales con su ingenua esposa si él no hubiese llegado a tiempo.

Una cólera muy justa y muy grande, una furia casi salvaje se apoderó de Koheler y sacando el revólver disparó contra el canalla yugoeslavo, y hubiera seguido disparando hasta matarle si su esposa suplicante no lo obliga a detenerse.

Y al verlo en el suelo, le gritó furioso el ofendido Rodolfo: —Si quedas con vida perro, debes agradecérselo a ella, y te emplazo[265] a que ante la Justicia digas quién te ha herido. Rodolfo Koheher pronto estará a tu llamado. Se volvieron dejando al malvado Kruger tirado en el suelo y manando sangre. Arturo había desaparecido. Los esposos salieron de aquella casa que pretendió ser consultorio médico y terminó en el verdadero teatro de una tragedia.

Ilse, mujer al fin, no pudo contener las lágrimas al ver la burla de que fuera objeto y la infamia que con ella habían tramado. A esto se sumaba el dolor que le produjo el comprender que las ilusiones que hacía una hora parecían tan reales estaban ahora aún danzando en el vasto campo de la incertidumbre. ¿Cómo creer lo que el malvado y charlatán estudiante le había asegurado? ¿No sería una patraña más?

De pronto preguntó a su marido: —¿Cómo descubriste el engaño, Rodolfo? Bendito sea Dios que permitió que me salvaras tan a tiempo de esos pérfidos hombres. —Aún no me has dicho —contestóle él— qué había sucedido antes de llegar yo.

—Me examinó no más —le dijo Ilse— prolongando demasiado el examen; pero en el momento en que golpeaste a la puerta, vi que tenía una jeringuilla en la mano para inyectarme sin duda, aunque yo se lo hubiera objetado. Sin embargo —agregó tristemente—, ya ves, estaban los dos y me hubieran vencido. Bendito Dios que permitió que me salvaras —terminó repitiendo la joven.

El marido suavizó su hosco semblante al dirigirse a su esposa y le dijo: —Esto te enseñara, querida, a no confiar en lo futuro tus secretos a hombre alguno que no sea tu marido.

—Nunca más lo haré —le contestó con afligida voz la pobre Ilse—, amarga experiencia me ha dejado. ¿Pero cómo fue que te enteraste, Rodolfo?

—Verás —le respondió él—. Al llegarme de la oficina y encontrar tu recado, alarmado me puse a buscar en la guía el número de tu doctor, pero con ello no hice sino darme cuenta de que tal médico no existía en ese sitio. Me eché a la calle creyendo aún que era un profesional que empezaba a ejercer, y al llegarme a la dirección por ti indicada, pregunté por el «Dr. Saldívar», y nadie lo conocía.

Llegué a la casa que se decía «el consultorio», y no encontré ni portero, ni enfermera, ni pacientes. Esperé unos instantes en la abierta antesala, que tenía de todo la apariencia menos de la sala de espera de un famoso «ginecólogo», como tú me decías.

Y esto último vino a comprobar mis sospechas: el chofer de Kruger vino a buscarlo; al veme se turbó y me dijo que se había equivocado, marchándose inmediatamente. Pero yo no esperé más. Eso es todo.

—Oh Rodolfo querido, ¿qué pensarías de mí? —gimió la afligida esposa—, ¿qué pensarías, Rodolfo?

---

[264] felonía: «Deslealtad, traición, acción fea» (DLE).

[265] emplazo: «Dar a alguien un tiempo determinado para la ejecución de algo» (DLE).

—Nada malo, querida, ya que habías actuado con entera sinceridad diciéndome dónde estabas y quién te indició a «ese médico», pero sí vi que eras víctima de tu credulidad y tu confianza.

—Gracias, Rodolfo, gracias —dijo emocionada la inocente joven.

—Bueno —concluyó el marido— ahora vamos donde un verdadero médico, para que él niegue o confirme nuestras esperanzas. Y el médico colmándolos de felicidad, las confirmó.

Ya había caído la noche cuando Arturo volvió al fingido «consultorio», encontrando a Kruger desmayado en un charco de sangre.

A las puertas de la muerte se vio el malvado, pero hay un refrán que dice: «Hierba mala, nunca muere», o cuando menos tarda más.

Dos meses después, Ruperto estaba curado gracias a los cuidados y atenciones del estudiante de medicina ayudado por un médico joven al que contaron la mentira de un duelo.

La Justicia no se enteró de nada y la amistad de Arturo y el yugoslavo se estrechó a tal punto que llegaron a llamarse hermanos. La perfecta comprensión de dos malvados.

CAPÍTULO ONCE

LA DESBANDADA

La tarde estaba gris y fría. Una amarga inquietud dominaba el ambiente. Parecía cual si la misma atmósfera estuviera impregnada de la tristeza que se cernía sobre la alegre Ciudad Luz[266].

En los *boulevards*[267], los chicuelos voceaban los diarios que arrebataban los transeúntes, ávidos de noticias.

«Alemania quería el Corredor Polaco[268]», decían los titulares; «Alemania exige Danzig[269]», anunciaba otro diario. «Hitler amenazaba invadir Polonia».

Por más amarilla que fuese la prensa diaria, ya estas noticias necesariamente tenían que alarmar a los parisienses[270], cundiendo por doquier la incertidumbre y la inquietud.

Los bancos cerraban sus operaciones, la bolsa bajaba, el comercio especulaba; los cabarés y cafés siempre abrían sus puertas, pero la antigua y numerosa concurrencia había desaparecido.

Los pocos que asistían no podían ni aún en medio del bullicio olvidar el peligro que los amenazaba.

Y este caos ya había traspasado las fronteras de diversos países, arrastrando en su impetuoso torrente la vida, la fortuna y el honor de los que ayer no más eran dichosos mimados del destino.

Entre estos pobres infelices se encontraba el que fue opulento corredor de bolsa, Peter Kruger, el padre de Ruperto.

Este, en mangas de camisa, a grandes pasos se paseaba por su habitación. A ratos se acercaba a su mesa de noche y tocando un arrugado papel entre sus manos, lo leía una vez más.

Terminada la fatal lectura, o bien arrugaba con rabia de nuevo el papel, como si él fuese responsable de lo que llevaba escrito, o se jalaba con desesperación de los cabellos.

Luego continuaba paseándose y murmurando entrecortadas palabras. «¡Mi padre arruinado! —decía—, mi padre muerto... Suspendidas mis mensualidades... que debo trabajar... ¿Por qué, señores, ¿por qué me ha de tocar en suerte esta horrible desgracia?», monologaba ansiosamente el yugoslavo.

No se podría decir con certeza cuál era la «horrible desgracia» para Kruger, si el suicidio de su padre o el tener que trabajar en adelante para ganarse la vida.

Pero ¿en qué iba a trabajar este «pobre hombre», si no podía, si no sabía hacer nada?

---

[266] Nombre con el cual se conoce a París, *Ville Lumière*.

[267] En el original: «bulevards» [errata].

[268] También conocido como «Pasillo polaco» es la denominación del territorio creado en el Tratado de Versalles (1919) que se extendía por la desembocadura del río Vístula, para revivir el extinto estado de Polonia asegurando su acceso al mar Báltico. Este territorio perteneció al Imperio alemán hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. Luego, tras la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, que inicia la Segunda Guerra Mundial, las tropas alemanas ocuparon el Corredor en pocos días y lo incorporaron a Prusia Oriental, expulsando a la población polaca por la fuerza hacia zonas de la Polonia ocupada por los nazis. Terminada la guerra, el «Corredor Polaco» se integró como territorio de Polonia de modo definitivo, conforme a los Acuerdos de Potsdam (1945) entre las potencias vencedoras.

[269] En el original: «Danzing» [errata].

[270] En el original: «parienses» [errata].

Niño mimado primero; haragán consentido después, solo aprendió pedir dinero, jamás a ganarlo.

Su padre trató de iniciarlo en la bolsa, pero Ruperto alegó que era mucha responsabilidad para su juventud, que cuando hubiese adquirido la debida experiencia trabajaría. Y el padre estuvo de acuerdo en su hijo era aún muy joven para ganarse la vida, y siguió manteniéndolo.

Ruperto adquirió experiencia, y mucha, pero de la que se adquiere en los cabarés, en las mesas de juego, en los antros del vicio. Viajó mucho y gastó mucho dinero. Nunca eran suficientes las mensualidades que le enviaba su padre, por lo que el buen hombre tenía que enviar más dinero para deudas que el hijo contraía.

Y así vivió dichoso su vida de haragán, vicioso y rico; vida que ahora se derrumbaba estrepitosamente. Kruger creía a ratos que era una pesadilla la horrible realidad que lo agobiaba, pero ahí, testimonio elocuente de esa realidad, estaba el telegrama.

Lo leyó a medio día cuando al despertar pidió su desayuno al criado. Este le trajo un suculento almuerzo y una bandeja de plata con los diarios[271] y la correspondencia del señor.

Entre estos papeles, otras veces sin importancia, venía el telegrama que con su cruel laconismo cortó de tajo su vida de rico.

¿Qué le aguardaba ahora? ¿Las privaciones? ¿El trabajo? ¡Oh!, si era para volverse loco. Y Ruperto estaba a punto de serlo cuando dos golpes dados en la puerta lo sacaron de sus inmensas preocupaciones.

—Adelante —dijo Kruger— conociendo que era Arturo quien llamaba. En efecto, este era, pero también él estaba preocupado e inquieto.

—Amigo —dijo el estudiante a Ruperto en cuanto entró—, mañana salgo para New York, no quiero esperar a que la guerra me corte la retirada. Me voy, pues, antes de que llegue esa visita tan temida como esperada; no quiero conservar la visión de un París ensangrentado, destrozado, sino la que me llevo: la de un París elegante y alegre donde aprendí a conocer la vida y sus deleites. Así es que me marcho antes de que la guerra venga, y volveré cuando haya terminado.

Su voz se dejó oír un poco más emocionada y continuó: —Al irme, es mi única pena abandonarte Ruperto, pero seguiré siendo donde[272] quiera que esté tu amigo, tu hermano.

Kruger lo había escuchado con la vista perdida en el vacío, pues mientras el mexicano hablaba, él había pensado que Arturo era su única esperanza. Antes no lo pensó, pero al ver entrar a Saldívar lo creyó un salvador enviado del cielo, más ahora… el amigo también se marchaba, como ya se había marchado su buena estrella.

Por eso, al terminar de hablar Arturo, el yugoslavo dijo tristemente: —Saldívar, la desgracia cuando llega es como la máquina de un tren, que, al descarrilar, arrastra consigo al abismo todos los demás carros.

El estudiante admirado le preguntó: ¿qué quieres decir, amigo mío? ¿De qué desgracia me hablas?

Kruger nada respondió, pero se levantó de la butaca donde estaba sentado y entrándose en su alcoba salió con el telegrama en la mano y se lo tendió a Arturo.

«Su padre totalmente arruinado se suicidó anoche Sus mensualidades suspendidas, no contraiga más deudas y busque trabajo. Irá carta. Otto Lohger, Srio.»

---

[271] En el original: «diaros» [errata].

[272] En el original: «dondo» [errata].

Esto fue lo que Arturo leyó en el papel que su amigo le había dado. Grande y sincero era el afecto que ambos amigos se profesaban, por lo que el estudiante se conmovió mucho al conocer la fatal noticia, y abrazando a Kruger le expresó todo su sentimiento.

—Comprendes ahora —dijo el yugoslavo— por qué te decía que la desgracia al llegar nos arrebata todo lo bueno que tenemos. En un día he perdido el padre, la fortuna y el amigo.

—No, Ruperto —contestóle Arturo emocionado al amigo—, nunca; y ahora menos. Vente conmigo a New York y ahí veremos que se hace. De todas maneras, hay que salir a tiempo de esta endiablada Europa.

A Kruger no le desagradaba la idea, pero convenía hacerse de rogar un poco, así es que a la generosa invitación de su amigo contestó: —Muchas gracias, Saldívar, no puedo aceptar, pero jamás olvidaré tu noble gesto. Que tengas buen viaje.

—¿Por qué no puedes aceptar?, le preguntó Arturo.

—Porque sería abusar de tu generosidad, no tengo un centavo, ni puedo en lo futuro contar con ningún dinero. Mi dignidad me impide vivir a expensas de nadie, y menos de ti, mi mejor amigo, mi hermano, pues como a tal te quiero. Si no puedo hacer frente a mis deudas, si no logro salir de esta encrucijada, haré lo que mi padre.

Esto no lo pensaba en serio el farsante; ello no era más que un poco de «drama» en su «comedia» y ese su drama, como sucede siempre en los dramas cuando son bien representados, impresionó[273] tan hondamente al mexicano que exclamó: —Nuestra amistad, nuestra fraternal amistad, está por encima de cualquier otra cosa, Ruperto. Olvida, pues, conmigo tu dignidad, y hazte el cargo que vienes con el hermano que dices. En New York, podré colocarte en ventajosa posición, y mientras, harás honor a nuestra amistad aceptando lo que te ofrezco.

Ante tan gentil ofrecimiento, ¿cómo iba a resistir más el yugoslavo?

Arturo aplazó el viaje, en tanto su amigo preparaba el suyo. Dos días después ambos tomaron el El Havre, el trasatlántico que los había de llevar a la tierra del Tío Sam.

El estudiante iba feliz: no solo encontró justo motivo para abandonar sus estudios, sino que se libró al fin de lo que tanto temor le dio: verse arrollado por la hecatombe, ser espectador en el tétrico teatro de la guerra.

Muchos de sus condiscípulos, valerosos, se ha habían quedado decididos a prestar su cooperación si Francia los necesitaba; pero esos eran los abnegados, los valientes, a cuyo número no pertenecía él.

Ruperto, si bien simulaba nostalgia, o vergüenza, no iba por eso menos dichoso, pues las perspectivas para él ya no eran nada halagadoras en Europa. Aún llevaba en el bolsillo de su elegante saco de viaje la carta que de su hermana Sofía recibiera la víspera de salir de París, carta que le reveló el por qué y cómo fue la tragedia que despojó a un tiempo de padre, fortuna y honor.

Peter Kruger solo había dejado a su muerte deudas. El opulento corredor de bolsa amasó un cuantioso capital, pero ambicioso sin límites y confiando en su buena estrella, emprendió arriesgadísimos negocios que poco a poco fueron hundiendo aquella fortuna. Luego, queriendo evitar la catástrofe, contrajo inmensas deudas, pues no sabiéndolo al borde de la ruina sus amigos le facilitaban todos los créditos que les pedían.

Él entonces, pretendiendo disimular su incierta situación, daba todavía suntuosas fiestas, mantenía a lujosas amantes y hacia los más grandes e inútiles gastos.

[273] En el original: «impresion» [errata].

Superó en todo el inmenso derroche que había sido su vida. Pero por más que quiso, los tiempos eran otros y muy difíciles; y no pudiendo detener la caída, al verse arruinado y con él a muchos de sus amigos, buscó la solución en el suicidio.

Los acreedores embargaron la casa y el espléndido mobiliario, únicos bienes que el opulento corredor dejara libres. Y ahora, le escribía la infeliz hermana: —«Estoy sola, pobre y perseguida. Oigo a cada instante maldecir el nombre de mi pobre padre y a su memoria lanzan los más negros epítetos.

Ven, Ruperto —terminaba la pobre Sofía—, tratemos juntos de defender el nombre de nuestro amado padre y dame el consuelo de no sentirme tan sola hermano mío».

Pero él no había ido. Ni siquiera contestó una sola línea a su hermana. Sintió miedo de que lo obligaran a pagar las deudas de su padre, o por lo menos a verse comprometido a defender su memoria; tuvo pavor de verse obligado a trabajar para mantener a su desamparada hermana y se fue a New York con el amigo generoso.

Las costas de Francia íbanse esfumando a medida que el barco se alejaba… La tarde caía... El disco del gigantesco astro, hundiéndose en el lejano horizonte, tornóse rojo, y al refractarse sus oblicuos rayos sobre las ondulantes aguas del mar, tiñéronse estas de extraños y brillantes colores.

El cielo que momentos antes se veía azul, velado solo por tenues nubecillas blancas, pareció de pronto como si en él se hubiese prendido el fuego de una inmensa hoguera, abrasando casi toda la bóveda celeste, en una gama de tonos y matices, inimitable aun por el más genial de los pintores.

Cuadro de insuperable arte; vivida imagen de las quimeras que los hombres se forjan, son esos fantásticos celajes cuya belleza todos hemos alguna vez admirado.

¡Y cosa rara!, si por un milagro nos fuese posible alguna vez transportarnos al lugar aparente del bellísimo fenómeno atmosférico para intentar verlo de cerca, al punto se desvanecería de allí la mágica visión, como huyen y desaparecen las doradas ilusiones que por momentos hemos acariciado.

Las bandadas de gaviotas blancas que seguían el barco habían también desaparecido, ya solo se veían en el espacio sombras, en el cielo las estrellas que una a una iban prendiendo cual se prenden los cirios de un altar.

Arturo y Ruperto reclinados sobre la baranda del barco evocaban la risueña capital francesa que tan amenazada dejaran, y pensaban en la pena que su partida iba a causar a dos mujeres.

Una era Ninette, a quien Arturo de tanto en tanto escribía alentando aún las esperanzas de la pobre enamorada, esperanzas que tan bruscamente tronchara esa mañana con su telegrama. «Mi divorcio imposible —decíale—, me voy a Norteamérica. Adiós. Arturo».

Y este había sido el punto final al más romántico de sus episodios de Don Juan. Muchas cartas escribió a la apasionada francesita, pero no eran por amor tardío, ni siquiera por remordimiento; eran para engañarla aún más y evitar el que desesperada se dejara venir a París. Por cartas de la vieja «Celestina», el estudiante había sabido cuánto seguía amándolo y sufría por él la inocente Ninette. Pero ya esto, se decía, iba a terminar para siempre.

Ruperto pensaba en el dolor que tendría Sofía al ver que él no llegaba.

Pero ¡qué tontería!, se decía para sus adentros, ¿a qué mortificarme por una hermana a la que tantos otros podrán acompañar y proteger? Luego fue recordando una a una sus muchas y escabrosas aventuras.

Ya la noche con su manto de negro terciopelo constelado de estrellas cobijaba la inmensidad del mar. Todos los pasajeros se habían retirado a sus camarotes, quedando casi desierta la cubierta.

Los dos amigos se retiraron también a vestirse para la comida. Horas después danzaban en compañía de dos lindas jovencitas, hermanas, que les fueron presentadas en el comedor.

Fueron ellas sus compañeras durante todo el viaje, y venían, como ellos, huyendo de la hecatombe de la guerra.

Recién salidas de la Universidad de Virginia en los Estados Unidos, su padre, un magnate americano, habíalas enviado en compañía de una tía solterona a conocer Europa.

Pero un viejo italiano romántico se enamoró de la tía casándose con ella, y ésta, agradecida con San Antonio y con el viejo, no quiso salir de la tierra donde había dejado su triste y al parecer eterno oficio: vestir santos[274].

Radiante de felicidad, la vieja esposa se quedó en Nápoles con su Romeo. Por eso, desde ahí, las dos jóvenes viajaban solas, ya no más por Europa, sino hacia su patria, a la que no amenazaba ningún peligro, y si la amenazara, era lo suficientemente valiente y poderosa para defenderse.

Llamábase Ruth la mayor, que tenía un cutis blanco como los jazmines, boca de labios rosados como pálido coral y ojos azules de un profundo azul de cielo que contrastaban admirablemente con sus preciosos cabellos rubios.

Ana, la menor, era una encantadora trigueña que embrujaba con el solo fulgor de su mirada. Ambas hermanas tenían hermoso y ondulante[275] cuerpo, propios de la sana y deportiva raza a que pertenecían.

Arturo y Ruperto no podían menos de sentirse irresistiblemente atraídos por las hermosas norteamericanas. Ruth era la compañera de Saldívar, tanto en el salón de baile, donde en sus brazos se deslizaban con la destreza y suavidad de una mariposa, como en la pila de natación donde su esbelto cuerpo de rubia sirena hundido en las transparentes ondas semejaba a una ninfa de las aguas.

A veces también era en la cancha de tenis[276], o si no, en largos y agradables diálogos sobre cubierta, ya sentados en cómodas *chaises-longues*[277] y envueltos en mantas de viaje, ya recostados en la baranda del barco, donde la brisa jugueteaba con los rubios cabellos de la joven, o la luna iluminaba con sus plateados rayos la azul inmensidad de pupilas.

Kruger también había caído en las redes del travieso cupido. Su voluntad era nula bajo el imperio de la sonrisa de Ana.

Al avistar New York[278], sus corazones se estremecieron un poco; no dejaban de sentirse apenados al verse próximos a separarse de las dos encantadoras jovencitas[279].

Pero así había de ser y así fue. Quedaron los mejores camaradas del mundo, mas ni el mexicano ni Ruperto llevaron el idilio más allá de las aguas.

---

[274] Una de las asociaciones populares que se hace con el santo mencionado en el ámbito panhispánico es que su intercesión puede otorgar una pareja. Asimismo, una frase coloquial para hacer referencia a las solteronas en este mismo contexto es decir que se quedaron «para vestir santos».

[275] En el original: «hondulante» [errata].

[276] En el original: «tennis» [errata].

[277] Tumbonas, esto es, en su segunda entrada y tercera acepción: «Silla con largo respaldo y con tijera que permite inclinarlo en ángulos muy abiertos» (DLE).

[278] En el original: «Yor» [errata].

[279] En el original: «jovensitas» [errata].

Arturo casi huyó al darse cuenta de que iba a enamorarse de veras de la linda Ruth y que no era ella de las que permitían liberalidad alguna.

Kruger maldijo de la suerte que lo obligaba a seguir a Saldívar, pues sus deseos eran ir a Washington tras de la encantadora trigueña[280].

Ellas, por el contrario, perfectas compañeras, gentiles amigas, no podían confundir una ocasional amistad con el amor espiritual e intenso que hay en el corazón de una doncella para el que ha de elegir.

Y sus instintos de muchachas listas, sus mentes cultivadas y nobles sentimientos hiciéronles comprender que ninguno de los dos amigos era capaz de amarlas con sinceridad. En efecto, Ruth y Ana eran la encarnación de una vida de la que ellos se habían alejado; sus vidas no tenían nada de la maldad ni la falsía de las vidas de Ruperto y Arturo.

Mas pronto olvidaron los amigos en tierra, con nuevas diversiones, sus flirteos de a bordo. New York como París, y como todas las grandes urbes, tiene demasiados centros donde es imposible que se fastidie ningún joven que tenga suficientes dólares.

Un mes pasó Arturo en el país de los rascacielos; Ruperto, su inseparable compañero y amigo, nunca lo abandonaba. Ya se había olvidado casi de su nueva situación cuando una tarde recibió Saldívar una carta en la que se le notificaba que su amigo podía contar con una colocación.

Desde el siguiente día, una poderosa casa de seguros de New York contaba entre sus vendedores de pólizas al yugoslavo.

Kruger acogió la noticia sin mucho entusiasmo, aunque bien supo disimularlo, no teniendo más remedio que aceptar esa posición.

Saldívar, viendo solventada la situación de su amigo, dejó a su nombre una pequeña cuenta corriente en un banco y se marchó a México.

Seis años hacía que de su patria había salido con el corazón colmado de sanas ambiciones un jovencito mimado, único ídolo de su madre y su abuelo.

Regresaba al hogar un joven holgazán y de alma envilecida. No llevaba el título que a su madre prometiera; ni siquiera llevaba impreso en el corazón algún vago recuerdo de todas las virtudes que de los suyos aprendiera.

¿Le quedaría algún resto de cariño filial para la madre y el abuelo que día con día vivieron esperándolo? ¿Sería capaz de conmoverse ante la santidad sublime de su madre?

El destino iba a acercar de nuevo a estos dos seres tan unidos uno a otro por la sangre, y tan distintos los dos por la enorme diferencia de sus sentimientos.

La madre, joven y bella; pero dama virtuosísima de alma de santa; el hijo, el villano que ya conocemos.

Pero quizás se operase un milagro. Tal vez Arturo al estar de nuevo en el hogar donde resplandecían tantas virtudes se avergonzara de su propia vida y volviera al buen camino. En presencia de la buena madre, tal vez «hombre malo» se volvería niño.

Arturo sintióse emocionado cuando de nuevo se vio bajo el hermoso cielo de su patria; y al reconocer que era un fracasado, un resto de vergüenza tiñó rojo su semblante demacrado por las innumerables noches de pasadas orgías.

Algo más turbaba su mente. Era la adorable visión de unos ojos azules en un lindo rostro aureolado de rubios cabellos.

Ruth, dijo Arturo entre sí, mi linda Ruth, pronto regresaré a buscarte.

[280] En el original: «trigeña» [errata].

CAPÍTULO DOCE

REGRESO

Ya el avión volaba sobre la linda capital azteca. Los pasajeros curiosos miraban hacia abajo a través de los cristales, sin poder contener el ansia de poner pie en la hermosa tierra mexicana.

Cuál por vez primera contemplaba la mágica Ciudad de los Palacios[281], maravillándose una vez más al verla, como ya habían hecho ante los grandiosos espejos de cristal, tal parecían los tranquilos y transparentes lagos. Otros ansiosos buscaban la familia que ayer no más dejaran, o que acaso también como Arturo hacía años no veían. Los últimos, por fin, miraban sin cesar todo, solo por ese afán de curiosa novedad que se siente al viajar.

El majestuoso pájaro de acero, que antes había pasado sobre las verdes colinas que en el fondo semejaban una rizada alfombra color de esperanza, dejó también atrás las altas cordilleras envidiosas de alturas y las cimas de los volcanes coronadas de nubes.

Por el verde terciopelo de los valles juguetones corrían riachuelos a modo de culebras de cristal hasta que, en el confín de las lejanías, concentrados en una sola cuenca, mansos volcaban sus aguas en las saladas del impetuoso amante de la luna.

Las chozas de los indios, las humildes casuchas, semejaban desde las alturas diminutas cajitas de fósforos al azar dispersadas o portalitos de juguete; y los blancos poblados, rojos y azules, a veces parecían un navideño portal... o acaso un montón de ropa tendida al sol.

Ebrios de espacio creían los pasajeros que el cielo les iba a tocar las cabezas, o que las nubes eran blandas almohadas donde pudieran muy pronto descansar[282]. Pero ya este viaje de ensueño había finalizado, el pájaro gris suavemente tocaba en la pista del aeropuerto mexicano.

Los émulos de Ícaro[283], más afortunados que él, uno a uno iban saliendo del avión para caer en los brazos del amigo o el pariente que los aguardaba; entre los últimos surgió Arturo.

A su aparición dos gritos muy distintos se escucharon: —Hijo de mi corazón. Hijo querido —gritó la madre mientras corría amorosa a estrecharlo entre sus brazos.

—Tú, tú —gritó él, pálido de asombro y detenido un instante en su lugar.

—Hijo mío, mi Arturo, mi Arturito —exclama Elena en el colmo de una emocionante alegría.

—Perdóname —dijo él que la hubo abrazado y besado largamente—. No me pude mover, ni pronunciar palabra, sorprendido de encontrarte tan joven, tan hermosa y tan linda. Al verte así, mucho me cuesta creer que seas mi madre.

---

[281] Nombre con el cual coloquialmente se conoce a la Ciudad de México.

[282] En el original: «descanzar» [errata].

[283] Personaje mitológico griego, quien enlaza plumas entre sí con hilo y cera para intentar escapar del laberinto en el cual se encontraba preso. El muchacho comenzó a ascender, pero se acercó mucho al sol, con lo cual sus rayos ablandaron la cera que mantenía unidas las plumas y estas se despegaron. Ícaro cayó al mar. Por ello, aquí se remite al referente clásico con el fin de contrastar su fatídico destino con el de las personas que sí llegaron a su destino a través de un vuelo.

Una risa fresca y cristalina se escapó de la garganta de Elena al escuchar los elogios de su hijo. Entre los muchos que en su vida oyera, estos eran los únicos que la habían agradado, y era porque salían de labios de su propio hijo, del hijo de Fernando, el esposo que la viuda seguía amando intensamente aún después de veinticinco años.

—Tanto que tardas, Arturo, en venir a mis brazos —interrumpiólos don Alberto— déjalo ya, Elena —dijo el anciano a su hija—, que yo también quiero abrazar a mi querido nieto.

El joven soltó las manos de su madre y cayó en los brazos que el abuelo le tendía.

—Viejo, viejo querido, sí, simpático abuelo —decía Arturo a don Alberto mientras lo abrazaba— a ti también te encuentro muy «guayacán»[284].

—Pero tú estás hecho un hombre, Arturo mío —exclamó el abuelo.

—Y es el vivo retrato de su padre —terció Elena feliz.

—¿De veras? —dijo el joven—, pues entonces te querré más que él.

Ya estaban en el carro y sentado Arturo en medio de su madre y su abuelo emprendieron el regreso al hogar.

El hijo no se cansaba de mirar a su madre y la sorpresa se leía en sus ojos.

—Qué lástima —dijo Elena, que también embelesada lo miraba— cómo deploro que la guerra te haya impedido terminar tus estudios, pues yo soñaba llamándote «doctor». Pero no —continuó con voz trémula la madre—, si es a esa misma guerra a la que debo el que hayas venido, hijo mío, que sin ella quizás habría pasado aún mucho tiempo sin que volvieras. Dime hijito, ¿te faltaba mucho para terminar? Pobrecito mío, cuánto habrás estudiado.

Arturo volvió la vista un poco avergonzado y con voz turbada contestó: —No mucho… este año habría terminado y el entrante hubiera empezado la práctica en algún hospital importante.

El muy mentiroso se guardó de decir que apenas estaba cursando el cuarto año de medicina.

Don Alberto intervino diciendo: —Gracias a Dios de que hayas escapado, pues a estas horas ya sabrás la situación de Francia y de la vieja Albión.

—Pensando más que todo[285] en vosotros, hui —se excusó Arturo— porque esto presumo que va a ser largo y habríamos estado mucho tiempo sin noticias. Yo no habría sabido de Uds. ni Uds. de mí —concluyó.

—Dios mío, Dios mío —exclamó la viuda— no quiero ni pensar en lo que de mí habría sido si mi hijo no sale a tiempo de París.

—No tienes que pensarlo —contestó el joven— porque ya ves cómo salí, y ahora ya no tendrás de qué inquietarte.

—Querido hijo —díjole su madre— gracias a Dios que te hayas salvado y de nuevo estés a mi lado.

El auto se detuvo; habían llegado. Grande era el cariño que al señorito profesaban todos los criados en la casa; reunidos lo aguardaban, y al verlo, mucha alegría manifestaron.

---

[284] guayacán: «Árbol de la América tropical, de la familia de las cigofiláceas, que crece hasta unos doce metros de altura, con tronco grande, ramoso, torcido, de corteza dura, gruesa y parduzca» (DLE). Según el contexto cultural costarricense, en esta ocasión se hace una asociación física entre esta especie y el adulto mayor, quien se encuentra con salud y robusto.

[285] En el original: «en todo» [errata].

Mas ninguno era comparable al de Catita, la doncella de su madre, que fue también «china»[286] de un niño que ahora veía hecho un hombre. Elvia, que dejó y se constituyó en dama de compañía de Elena, queríalo también con un afecto tierno y sincero. Ambas mujeres no pudieron contener las lágrimas al ver de nuevo al señorito del que ellas se sentían un poco madres.

En sus corazones de pobres y buenas solteronas se transformó en adoración para aquel niño el sentimiento de una frustrada maternidad. Por eso, al verlo hecho un hombre, se sintieron más madres y más viejas. Ambas lloraban de alegría y de emoción.

Arturo las abrazó, pero al compararlas con su madre se sintió orgulloso de ella. Por Elena habían pasado los años no más para embellecerla, y las tantas lágrimas que derramara, diríase, se habrían trocado en el elixir de eterna juventud.

Por primera vez en veinticinco años se volvió a escuchar música en la suntuosa pero callada mansión, porque esa noche los Revillas dieron una fiesta en honor del «héroe» de la familia: Arturo Saldívar.

Lo más selecto de la aristocracia se reunió en aquella fiesta, en la que se vio a Elena, radiante de felicidad, bailando con su hijo.

La presencia de Arturo tuvo la virtud de que la madre recordara muchas alegrías que casi había olvidado. Aquella inmensa dicha que sentía sabiendo al hijo amado en el seno de su hogar hizo que Elena pareciera más bella; era porque la niebla de tristeza que antes envolvió su alma ya casi no existía.

De nuevo se escucharon los argentinos cascabeles de su risa, y como otrora, juntos madre e hijo se les vio pasear. Arturo, embelesado, contemplaba a aquella joven y linda madre que era toda abnegación y ternura para él, quien, halagado y feliz, le correspondía con tiernas y prolongadas caricias.

Don Alberto, al ver que su hija era ahora tan dichosa como él había deseado y que rodeada[287] del tierno afecto de Arturo y los cariñosos cuidados de Elvia y Catita podría sin temor descuidarse de ella por un tiempo, decidió efectuar el viaje que hacía meses tenía proyectado. Hízolo saber así a su hija y al nieto.

—Pero papá —clamó angustiada Elena—, ¿cómo quieres hacer viaje tan arriesgado en estos tiempos? ¿A Buenos Aires? ¡Dios mío, qué ocurrencia! Aplázalo, papá, te lo ruego.

—No, hijita, no puedo —contestóle su padre— hace años que deseo ver a tu hermana; primero me privé de ello, como también tu pobre madre, en atención a tu salud por la que siempre temíamos. Luego fue por la vigilancia de este palomito —dijo señalando a Arturo—; finalmente, por no dejarte sola, pues cuando hace cuatro años te hablé de que fuéramos a la Argentina, te negaste por temor a perder la oportunidad de que viniera tu hijo a pasar unas vacaciones contigo y no te hallara. Esto y muchas otras cosas más me ponías como obstáculo, lo cierto es que no fuimos, y que, hijita, yo no espero más para ir.

—Pero padre —dijo Elena con triste voz— si me hubieras dicho que tanto lo deseabas habría ido yo contigo. Pero no me dijiste nada, y yo, creyendo que lo del viaje era solo un pretexto de los tantos que tenías para distraerme, me sentí dichosa de que no insistieras, porque no quería alejarme de México.

No lo hice hija mía —contestó el noble anciano— porque comprendí que tus razones eran dictadas por tus puros y nobles sentimientos a los que yo me guardé de

[286] china: en su tercera entrada y duodécima acepción: «C. *Rica, Hond. y Nic.* niñera» (DLE).
[287] En el original: «rodeaba» [errata].

lastimar. Esperé paciente la oportunidad y rogué a Dios me conservara vida y salud, en tanto me era dado volver a ver a mi amada hija Lilya, cuya larga ausencia he podido soportar merced al acendrado[288] amor que hacia ti tengo y a tu sin igual ternura.

Elena conmovida se levantó de su asiento y vino a abrazar a su padre, a un tiempo que lo besaba en la frente diciéndole: —Perdóname padre, nunca quise hacerte sufrir ni privarte de lo que te agradara. Perdóname, perdóname, no quise ser egoísta.

—Lo sé, hijita —la interrumpió don Alberto— y por lo mismo ahora no te opondrás a que lo haga, ya que, en compañía de tu hijo, casi ni notarás mi ausencia, que te prometo, no será muy larga.

Veré a mi amada hija, hoy la superiora de su convento, y regresaré, ya que ninguna otra cosa me interesa en la cosmópolis platense. ¿No te opondrás, verdad Elena?

La hermosa viuda de pie junto a su padre lo escuchaba mientras acariciábale la plateada cabeza; al oír las últimas palabras de don Alberto sus ojos se cuajaron de lágrimas y besándolo otra vez en la surcada frente le dijo: —Si yo no me opongo, querido papá, es solo temor lo que tengo por ese viaje, son estos tiempos tan inciertos y tan llenos de peligros para los viajeros.

—No, hijita —respondió el anciano tratando de tranquilizarla—, viajaré en los seguros transportes de una poderosa compañía aérea, ningún peligro correré, ten de ello la seguridad.

Arturo, silencioso oyente hasta aquel momento, decidió intervenir para tranquilizar a su madre y ayudar al abuelo.

—Los viajes aéreos son más rápidos y seguros —dijo— y de uno a otro punto de la América se hacen con toda regularidad, aunque Europa esté en guerra. El abuelo elige lo mejor.

—Ya ves hijita, no hay entonces por qué temer nada —terminó don Alberto.

Elena, como siempre que su hijo hablaba, se dejó convencer. Triste sí, pero un poco más confiada, accedió al viaje de padre y le ayudó a hacer los necesarios preparativos.

—Si no te hubieras dado tanta prisa, papá —díjole un día mientras andaban de compras—, Arturo y yo hubiéramos podido acompañarte, y así, también nosotros habríamos visto a Lylia.

—Adrede lo hice, querida —contestó el anciano.

La viuda lo miró y le preguntó sonriente: —¿Por qué papá, es que acaso no querías nuestra compañía?

—No hija mía, no es eso; es que quiero que el muchacho le tome cariño a su patria y a sus tierras. Ha estado mucho tiempo ausente y esto lo puede haber desapegado un poco. Para entusiasmarlo y acostumbrarlo a que se vaya sintiendo responsable, lo dejaré al cuidado de todas las haciendas, y será durante mi ausencia apoderado general en todos mis negocios.

De ese modo le irá cobrando cariño a lo que luego será suyo. Tengo pensado arreglar la finalización de su carrera en alguna universidad neoyorquina[289], para que no vuelva a alejarse demasiado de tu lado. Pero esto será, si Dios quiere, a mi regreso.

La hija quedó convencida ante las atinadas razones de su padre.

---

[288] acendrado: «Dicho de algo como una cualidad, una conducta, etc.: puro y sin mancha ni defecto» (DLE).
[289] En el original: «newyorquina».

La víspera de partir el abuelo rogó a su nieto que después de cenar pasara con él a la biblioteca porque deseaba hablarle. Arturo obedeció, y, mientras Elena subía a sus habitaciones, él siguió a don Alberto.

Cuando estuvieron sentados, el anciano con acento paternal dijo al joven: —Hijo mío, me siento satisfecho de poder depositar en ti mi confianza y me voy contento porque en mi lugar quedas tú, serás en todo mi representante y administrarás nuestros bienes con justicia y equidad.

Ten presente, Arturo, que muchas veces preferible es perder que desobedecer las leyes de Dios y atraer sobre nosotros su santa ira. Pide a Él que te conceda la mansedumbre necesaria para dominar tus pasiones, propias de la juventud, y también tu arrebatado carácter.

Trata hijo mío —continuó— de no ofender a nadie ni con el pensamiento. Sé caritativo y paciente con tus subordinados, trátalos como a hijos para que ellos te quieran y respeten como a un padre. No obstante, sé inflexible y castiga la maldad cuando debas hacerlo.

Hizo una breve pausa esperando sin duda algo le contestara el nieto, mas como este no pronunció palabra alguna, sino que, desconcertado no sabía hacia dónde dirigir la mirada, porque sentía que con sus sabios consejos el abuelo sin saberlo tocaba muy hondo en la viva llaga de su conciencia.

Don Alberto prosiguió: —Recuerda hijito que no solo eres el heredero de dos ilustres y muy nobles familias, sino también único descendiente de su hidalga caballerosidad y acrisolada estirpe; prefiere pues mil muertes a la más leve sombra de deshonor. Sé prudente y juicioso, hijo mío, domina tus malas pasiones, huye de los vicios, que ellos son amplia puerta a los senderos del oprobio y hasta del crimen.

En cambio, ten por norma para todos los actos de tu vida regirlos única y solamente por leyes de Dios. Obedeciéndolas y respetándolas ha sido como toda nuestra familia de numerosos antepasados se ha conservado libre de toda mancha.

Arturo no halló que contestar; el silencio era embarazoso y de nuevo lo rompió el anciano con estas palabras: —¿Me prometes, pues, hijo mío, seguir con entera obediencia y rectitud los que te he dado?

—Sí… —le contestó el joven con vacilante voz— te lo prometo.

—Me das una gran satisfacción, hijito —díjole el abuelo—. Toma —prosiguió al mismo tiempo que le extendía un manojo de llaves que sacó de una de las bolsas de su americana—; aquí tienes las llaves de la oficina, de las haciendas, de mi despacho particular y de mi escritorio. Estas —agregó dándole otro manojito de llavecitas doradas— son las de las cajas fuertes.

Arturo las tomó de las manos del abuelo, e inconsciente se puso a repasarlas una a una entre las suyas.

Don Alberto continuó: —Carlos el secretario y Raúl el contabilista te pondrán al tanto de lo que necesites; y en mi oficina que será la tuya encontrarás apuntes, datos y resúmenes que te darán mayores facilidades para tu labor. Finalmente, nuestro abogado te instruirá en otros diversos asuntos a los que debes prestar delicada atención. Así, no dudo que con esta cooperación y tu reconocida inteligencia hasta manejarás mejor lo que yo por mi carga de años tal vez tenga un poco descuidado.

—Trataré en lo posible de no defraudarte, viejo —dijo por fin Arturo tratando de poner en su voz la firmeza que no tenía.

—Así lo espero, hijo mío —contestó el anciano—, y no te recomiendo a tu madre lo creo innecesario, dado el inmenso afecto que le profesas. Sin embargo, no olvides que no solo es delicada de salud, sino que es su temperamento súper sensible. Complácela en todo y cuídala mucho.

Cuando de la biblioteca salieron los dos hombres, ambos sentían agitadas sus almas por extrañas impresiones. El abuelo tenía una inquietud extraña, vago temor que le oprimía el corazón. Queriendo tranquilizarse, se decía: —¡Bah! Esto no es más que la emoción que me causa el alejarme de ellos. ¿Qué puede suceder? Nada, estoy seguro.

El nieto, si bien un momento antes notó que su conciencia se rebelaba contra el fardo de oprobio con que la había cargado; ahora, subiendo las escaleras tras el venerable anciano, sentíase orgulloso, satisfecho de que Elena quedaría bajo su cuidado y se prometía rodearla aún más de ternura y cariño.

Al pasar frente a la alcoba de la hermosa viuda los dos se detuvieron a darle las buenas noches.

—¿Ya estás acostada, hijita? Interrogóla el padre con acento de infinito cariño.

—No, papacito —le contestó Elena mientras abría puerta, apareciendo ella deshechos sus hermosos bucles y suelta su negra y rizada cabellera que en brillantes ondas le caía sobre la espalda—. No me he acostado, esperando a que subieras para darte las buenas noches —dijo a su padre a la vez que le presentaba el blanco pétalo de su frente que el anciano besó.

Arturo silencioso miró la tierna escena, y cuando su abuelo se hubo retirado después de darle a él también las buenas noches, se acercó a su madre y besándola repetidas veces le dijo[290]: —Hasta mañana, que duermas muy bien y que ni en sueños me olvides.

Unos instantes después toda la casa estaba en profundo silencio, pero tres de sus habitaciones no dormían. El anciano, que antes tanta ansiedad había tenido por hacer ese viaje, se encontraba ahora preocupado y triste por tener que alejarse de su hogar.

Arturo tampoco podía conciliar el sueño; pues su mente debía de ser presa de tenebrosos pensamientos que le daban una extraña expresión a su semblante. Y Elena se debatía firmemente para no desahogar en lágrimas la enorme pena que la oprimía al ver próxima la partida de su padre.

También como a él una rara angustia la agobiaba, angustia que ella trataba de explicarse así: es, se decía, el dolor que me causa la partida de papá, porque por vez primera nos vamos a separar. Pero trataré de no llorar aún, mientras él pueda verme; ya mañana tendré ocasión de hacerlo.

Pero en un arranque de inmensa ternura, deseando volver a ver al anciano, salió de su habitación y se encaminó a la de don Alberto, que al escuchar en el pasillo los suaves pasos de su hija presuroso abrió la puerta de su alcoba.

Sin prenunciar siquiera una palabra, Elena se escondió entre los brazos de su padre, y así estuvieron por un largo rato. La viuda quebró el silencio al preguntar con triste voz: —No te quedarás mucho, ¿verdad, papá?

—No, hijita —le contestó éste—, pero, aunque así fuera, no debes afligirte porque quedas con tu hijo.

—Tienes razón —respondió Elena—, pero al marcharte tú, sabes que te llevas una parte de mi alma, es por eso imposible que no me entristezca. Perdóname, pero no puedo evitarlo.

[290] En el original: «dija» [errata].

—Bueno, bueno —le dijo el anciano con tal tono de energía que no se hubiera creído que él también sentía la misma desazón y angustia—. Ya se te pasará cuando veas a tu hijo hecho una importante persona. Será mi representante; ya le he entregado esta noche las llaves, encargándole todos mis negocios. Vete a dormir, hijita, que otro tanto haré yo. Besó otra vez a la viuda y se quedó parado en la puerta de su alcoba hasta que vio a Elena entrar en la de ella.

Se había acabado el ruido en las habitaciones de los amos cuando se inició otro en el pabellón de los criados, que con motivo de la partida de su señor madrugaron más de lo acostumbrado.

Era tal la bulla, así como las carreras y sofocaciones, que parecía fueran ellos los que estaban de viaje.

Catita entre sollozo y sollozo daba una orden para contradecirla enseguida.

—Qué pena, ah tragedia para todos nosotros que el «patrón» se vaya —decía Juliana, la vieja cocinera—. Lo que me duele es que en esos malditos hoteles cocinan solo por medio de libros y mientras leen lo que sigue ya ahumó lo que a la sartén echaron. Si me lo digo yo, que el «patrón» con esas comidas se va a enfermar.

—Y que solos quedaremos —agregaba Cristina la doncella— como pobres huérfanos nos sentiremos sin él.

—Eso no —la interrumpió Catita, que venía a preparar los jugos de frutas para su señora— el señorito Arturo es tan «patrón» como don Alberto y tan bueno como él.

—¡Ay, hija! —dijo a Catita la vieja cocinera—, cómo se ve que no sales de las habitaciones de tu señora, pues si no, otra cosa pensaría.

—¿Qué quiere Ud. decir, doña Juliana? —La interpeló la fiel Catita muy picada.

—Hija —le contestó la buena señora—, mejor harías en preguntárselo a Cristina y a la nana.

—¿Qué tiene que decir de mi señorito esa tartamuda? —gritó furiosa la buena niñera.

A estas últimas palabras de Catita se escucharon otras interrumpidas pero vibrantes que decían: —Que que queee eel niiño es un sssinverggüenzza… yyy quee yo le voooy a rrromper laa tetestaá —dijo la agraciada tartamuda.

—Te callarás pronto, pichón de lora, amenazó la que fue niñera de Arturo, levantando los puños.

—Sí, se callará ahora —intervino Cristina—, pero para decírselo luego a la señora. No lo hemos hecho antes por no meter y mortificar al «patrón» ahora que estaba alistando su viaje. Pero a la señora le diremos que el señorito Arturo no solo nos persigue con sus odiosas proposiciones, sino que, al no aceptarle, nos insulta. A esta pobre —agregó señalando a la guapa tartamuda— le dijo ayer que de qué quería servir, que si la señora la había recogido con algo debería de pagar.

—Como si es deshonrando esta santa casa como debemos de pagar la inigualable bondad de los «patrones» —dijo Juliana.

—Pues así lo entiende él —terminó Cristina.

Sois unas harpías que estáis confabuladas contra mi niño —les gritó Catita en el colmo de la furia.

—No, niña Cata —intervino el mayordomo que daba a Catita un trato especial; el buen hombre llegaba en esos momentos a la cocina, pudiendo oír sus últimas palabras. Como conocía poco más o menos de qué se trataba, decidió intervenir, pues sabía que su opinión era tomada en cuenta por la rebelde criada.

—No, niña Cata —continuó—, no sé con exactitud de qué hablabais, pero lo que sí sé es que aquí nadie está contra el señorito a quien todos queremos; mas dolorosamente debo deciros que puedo asegurar que cuanto de él os han dicho es desgraciadamente cierto. Mucho he visto y oído, también he recibido sus insultos, porque es grosero y exigente como nadie lo ha sido jamás en esta familia.

—¡Ay[291]! —exclamó el viejo apesarado, después de unos minutos de silencio—, el señorito Arturo en nada se parece a ninguno de los suyos, y menos a aquel tierno niño que muchas veces dormí en mis brazos, relatándole algún cuento. Hoy me desconoce y me insulta.

—Bien dicen —intervino la vieja cocinera— que no hay mata de rosas sin espinas; ya aquí tienen una, y presumo que muy venenosa.

Catita deseó fulminarla con la mirada, pero no dijo nada más en atención al mayordomo, al que también ella guardaba cierta consideración. Tomó la bandeja y salió de la cocina. Las demás criadas marcharon a sus quehaceres.

Ya era tiempo, porque don Alberto y su hija a poco rato salieron de la casa y se encaminaron a dar su cotidiano paseo por los jardines. El noble anciano no quiso privar a su hija de ese placer, ni aún en el mismo día de su partida.

Salieron más temprano que de costumbre, pero salieron siempre, a gozarse como otras veces, ya en descubrir que el botón de ayer era hoy hermosa flor, ya en embriagarse con el aroma perfumado del jardín, o a deleitarse escuchando el orquestal conjunto del magnífico canto de diversos y exóticos pajarillos.

Regresaron pronto y en los ojos de Elena se adivinaban lágrimas, cómo apenada era la expresión del rostro de su padre.

Después del desayuno marcharon todos al aeropuerto, donde felices tres meses antes acudieron a recibir a Arturo. Los acompañaban Elvia, Catita y el mayordomo que también tenía por su «patrón» un cariño profundo.

Dolorosa, impresionante fue la despedida entre padre e hija, pues se veía que aunque ellos reprimieran las lágrimas y evitaran escenas, no por eso tenían menos destrozado el corazón.

Arturo fingió, o quizás sintió en verdad alguna pena, y emocionado abrazó a su abuelo, reiterándole las promesas hechas.

Catita ponía el grito en el cielo y el mayordomo trataba de calmarla. Elvia, con ánimo fuerte, se daba serenidad ella misma y la daba a Elena que reclinada estaba. en el brazo de su hijo.

Despegó al fin de la pista el gigantesco avión; viose un agitar de manos y pañuelos y unos instantes después el pájaro se perdía entre las nubes.

—Vamos —dijo Arturo a su madre.

—Sí hijo, vamos —le contestó Elena que sintió en ese momento que amaba aún más a aquel hijo, bajo cuya amorosa protección quedaba.

[291] En el original: «Hay» [errata].

CAPÍTULO TRECE

INCERTIDUMBRE

Han pasado varias semanas. Ante el desayuno que apenas prueban, sentadas están Elena y Elvia. La primera, con semblante marcado por la angustia, está abismada en amargos pensamientos. Elvia también está acongojada por lo que sucede.

Lo que más las mortifica es que tales cosas ocurran en ausencia de don Alberto, por lo que el mal tiene menos remedio.

Catita, compungida y llorosa, no halla qué hacer para que Elena se desayune, y tan pronto le presenta un plato de crema como las ricas tostadas, huevos o mermelada. Pero la viuda todo lo rechazaba, solo prueba unos sorbos de café ante la cariñosa insistencia de la criada.

—Coma Ud. señora, por favor —suplica la vieja doncella—, que si no[292] lo hace se va a enfermar; vive Ud. por milagro, se va a morir, pues lleva varios días casi sin comer.

—Eso es lo que quisiera, Catita mía —contestó Elena—. No es que sea cobarde, es que pesa demasiado una vida tan amarga. Estoy cansada, cansada de ver morir todas mis ilusiones.

—Oh, Dios mío, Dios mío —exclama escondiendo la cabeza entre sus blancas manos.

La criada hace un puchero y se aleja del comedor, sintiéndose impotente al no poder remediar los sufrimientos de su señora, a la que ama tanto.

Elvia con maternal acento suplica a su amiga que no se desespere hasta ese punto y tenga fortaleza. Le propone escriban al Sr. Revilla, contándole el pésimo comportamiento de Arturo.

Pero la viuda en cuanto lo oye decir, protesta enérgicamente. —Eso nunca, Elvia, no debo ser egoísta y turbar con mis quejas el merecido descanso de papá. No debo abrumarlo con mis preocupaciones y responsabilidades. No, jamás.

Yo sola saber dominar a este hijo tan querido y tan ingrato, terminó diciendo con voz entrecortada por los sollozos.

—Pero Elena querida —contestóle Elvia—, si ya ha hecho Ud. todo lo humanamente posible, no han valido súplicas ni ruegos; él continúa deslizándose por la pendiente y a ese paso irá hasta el fondo del abismo, a donde arrastrará el honor de toda la familia. Hoy también llegó al amanecer, y por su tambaleante paso, noté que era mucho el licor que había tomado. Y así fue ayer y anteayer, así ha sido desde que se marchó su padre. Esto no puede continuar, Elena. ¿A dónde lo van a conducir sus desmanes?

—Elvia, Elvia, es cierto —dijo tristemente la pobre madre—, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Escribir a don Alberto, poniendo en conocimiento lo que sucede.

—Eso nunca —repitió Elena—, no quiero mortificar a papá, como tampoco quiero que sepa nada malo de mi hijo.

—Pues pronto lo sabrá —díjole su amiga— cuando el abogado, el secretario o alguno otro de los altos empleados de su padre le consulten acerca de los asuntos que el señorito no atiende; porque como jamás entra al despacho a trabajar, ni se ocupa de ninguna

[292] En el original: «sino» [errata].

de las haciendas, ni hace cosa alguna de cuanto prometió a su abuelo, los empleados están decididos a escribir a su «patrón» para pedirle instrucciones respecto a su trabajo. Ud. sabe que hay algunos asuntos que no pueden ser resueltos por el personal.

—Cómo se ve, querida Elvia, que no miras a[293] través de mis ojos de madre. Puedes enumerar todos sus defectos y no te tiembla la voz al hablar de ellos; yo solo veo que mi hijo amado se está perdiendo, que se va hundiendo. ¡Oh, Dios mío! —exclamó sollozando la pobre madre—, sálvalo te lo ruego, sálvalo.

—Señora, recuerde que yo también quiero al niño con toda mi alma, que si no es hijo de mi propia sangre lo conceptúo como hijo de mi mismo corazón. Pero no estando mi cariño por él sujeto al manto de perdón con que el infinito amor de toda madre cubre las faltas de sus hijos, yo puedo ver, horrorizándome de ello, el abismo en que mi niño va a caer.

Bien sé que es doloroso para Ud. Elena, también lo es para mí; y sin embargo sostengo que debemos llamar a su padre, pues solo una enérgica voluntad puede detener a Arturo, obligándolo a volverse a la recta senda de sus mayores. Créamelo, Elena, es por el bien del señorito y por el suyo; recuerde que mientras don Alberto estuvo aquí, nada de esto sucedió. ¡Y qué de cosas han pasado durante los tres meses que lleva de ausencia!

La viuda comprendió que cuanto su fiel dama y amiga le decía era verdad. No había transcurrido una semana desde que don Alberto se marchara cuando ya Arturo empezó a hacer de las suyos.

Por una puerilidad, por una sin razón, tiró a la calle al viejo mayordomo, fiel servidor de muchos años que a todos había visto crecer. Quiso la madre oponerse y enseñar a su hijo que era ella quien mandaba, pero entonces Arturo amenazó con marcharse antes que verse postergado a un sirviente. Ante tan cruel argumento, la infeliz madre cedió.

Así, fueron llegando imposiciones y quejas, Cristina y Nana fueron víctimas de una más escandalosa persecución[294], lo que hizo a la pobre Elena sentirse muy desdichada.

¿Cómo es posible, se decía, que mi propio hijo quiera profanar la santidad de mi hogar? ¿Y cómo sabiendo que Mariana es mi ahijada, mi protegida, una inocente niña de catorce años, pretenda seducirla?

«Es ignominioso[295]», pensaba la pobre madre, «horroroso que sea mi hijo quien pretenda cometer tan nefanda acción».

Pero con esto no habían hecho más que empezar los sufrimientos que al calvario de su vida agregaría aquel hijo; apenas estaba en el umbral de una vida de amarguísimas penas.

Arturo, en cuanto se sintió dueño y señor absoluto de la casa, empezó a imponer su voluntad, anulando la de su madre, a la que, si bien a ratos colmaba de caricias, no por eso dejaba de irrespetarla a diario.

Dilapidaba a manos llenas el dinero, ya no esperó ni pidió, exigió a Elena le entregara la fortuna de su padre, Fernando Saldívar. Sin recato alguno se exhibía en las peores compañías y concurría a sitios de peor nombre. En una palabra, hacía en México la

[293] En el original: «al» [errata].
[294] En el original: «persecusión» [errata].
[295] En el original: «ignominoso» [errata].

misma o aún más escandalosa vida que en París. No se cuidaba de ocultar que era un adepto del dios Baco[296] y muchas veces se presentó beodo[297] ante su madre.

¡Cuánto no hizo la desesperada[298] viuda por salvarlo! Arrasados los ojos en lágrimas, rogaba, suplicaba a Arturo que volviera al buen camino; con cariñosos reproches trataba de hacerle comprender lo equivocado que estaba en seguir tan seductora como peligrosa senda de oprobio.

Pero todo era en vano. Un día en que Elena llorosa, suplicante, insistía en sus ruegos, Arturo, olvidando quizás que quien lloraba era su madre, le dijo temblando de soberbia la voz: —¡Basta! ¿Olvidas acaso que no soy un niño? ¿Es que no ves que ya soy un hombre y que como tal me divierto porque tengo derecho a disfrutar de la vida? ¿No sabes que solo hay una juventud y que esta debe ser lograda en toda forma, sin trabas y sin límites? Así lo entiendo yo y así lo hago. Deja pues tus lágrimas que estoy cansado de verlas, pues si las sigo viendo me iré de casa.

—Hijo, hijo mío —gritó la pobre madre en el paroxismo del dolor—, no digas eso, no me tortures, Arturo, ten piedad de tu infeliz madre.

—Tenla también de mi juventud y no me mortifiques más con tus continuos sermones. Los placeres se hicieron para los que no tienen embotada la mente por estúpidos fanatismos y consumen su vida en quiméricas virtudes y tediosos rezos. Déjame, pues, disfrutar de mi vida a mi manera, que para eso soy hombre; de no ser así, me iré a donde pueda vivirla sin espionajes ni sermones.

Al escucharlo, asombrada se preguntaba Elena si aquel sería en verdad su hijo. ¿Por qué la trataba tan cruelmente? ¿Era acaso que los nobles sentimientos que heredara los había sepultado en las tétricas fauces del vicio? ¿Era que, al despojarse Arturo de la vergüenza, se despojó también del corazón?

Nada de eso podía explicarse la desgraciada madre; lo que sí sabía, de lo que sí estaba segura era de que su hijo no la amaba. Y ella, ¡cuánto lo quería! ¡Cómo sentía que el dolor causado por Arturo agigantaba el maternal amor hacia el ingrato! Por eso no volvió a reprocharle nada, le espantaba el pensar que a una queja o palabra suya se marchara. ¡Oh, no!, se decía, desesperada, todo, todo, hasta morir, antes que perderlo.

Y el desalmado hijo continuaba entregado a su deplorable vida de holgazanería y de vicios llena; indiferente al dolor de su madre y al deshonor en que iba envolviendo su ilustre apellido.

Al despacho del abuelo no entraba sino cuando necesitaba abrir la caja fuerte; nunca a trabajar ni a cumplir con ninguna de las tareas encomendadas por quien había depositado en él toda su confianza. A las haciendas solo llegaba en compañía de amigos o de mujeres libres.

Una noche en horas avanzadas, Elena y Elvia fueron despertadas por unos gritos que se oían en el pabellón de los criados. Ambas mujeres, presas del pánico se envolvieron en sus batas y bajaron precipitadamente de sus alcobas para ir a saber lo ocurrido.

---

[296] Nombre con el cual en la mitología latina se conoce a Dionisio, deidad de la mitología griega de la fertilidad y el vino. Se le conoce como «Libertador» (Eleuterio), pues lleva a las personas a dejar su ser normal mediante la locura, el éxtasis o el vino. La relación con Arturo es obvia, tanto en el consumo exacerbado de alcohol como en su búsqueda irracional del placer sexual.

[297] beodo: «Embriagado o borracho» (DLE).

[298] En el original: «deseperada» [errata].

Al abrir la puerta un cuadro trágico se presentó a sus asombrados ojos: en los brazos del jardinero estaba Nana, desmayada, herida, con la ropa hecha jirones y los cabellos revueltos.

Juliana y Cristina lloraban desconsoladamente y hasta la revoltosa Catita tenía los ojos cuajados[299] de lágrimas.

Al ver tan triste e inesperado cuadro, un grito salió de la garganta de Elvia, pero para Elena fue aquello tan impresionante y doloroso que no pudo articular palabra... Quedó muda de espanto.

Entraron en la casa y llevaron la herida a la propia habitación de Elena donde la acostaron en un sofá; y mientras Elvia, como enfermera, brindaba a Nana solícitas y oportunas atenciones, Elena llamaba al médico.

El anciano Dr. Laredo ya no ejercía, pero a la viuda siempre estaba pronto a servirla. Momentos después entraba en la habitación de la herida, sorprendiéndose también él de lo que vio.

—Ya me doy cuenta ahora de tu intempestiva llamada, hijita —dijo a Elena—. ¿Pero, qué ocurre?, preguntó mientras se inclinaba sobre la desmayada Nana. ¡¿Qué ha pasado?!

—No sé nada, doctor —contestó la viuda—, pues ni siquiera sabía que estaba en casa.

—¿Cómo es eso? —inquirió el médico—. Debes explicarte, niña, porque esta joven ha sido fuertemente atacada por alguien. Presenta golpes y heridas que no puede habérselas ocasionado accidentalmente.

A la consternación sucedió el estupor. Elena, más poseída de él que ningún otro se acercó al anciano y con voz angustiada le preguntó: —¿Qué dice doctor? Dígame, ¿qué le han hecho a mi Nana, a ella tan buena e inocente?, ¿quién le ha hecho daño? Sollozó unos instantes y luego suplicó al anciano: —Cúremela, doctor, sálvemela.

En el abanico de sus pestañas temblaban las lágrimas y su pecho se contraía por los sollozos.

—Sí, hija —respondió el médico—, si Dios quiere la curaremos, pero hay que averiguar qué ha sucedido.

—Sí, sí, ¿qué ha pasado? Expliquen Uds. —dijo Elvia dirigiéndose a los criados.

—Oímos fuertes golpes en la puerta —contestó la vieja y buena Juliana entre gimoteos— nos negábamos a abrir asustadas por lo avanzado de la hora, los golpes se repitieron a un tiempo que oímos la voz desfalleciente y entrecortada de la pobre Nana que decía: —Sosooy yooo, abraaan por caacaridad.

No tuvo más fuerzas y cayó en la misma puerta, donde la encontramos al abrir.

—Así fue —afirmó Cristina también muy emocionada—; al encontrarla, las dos gritamos espantadas y llamamos a José para que nos ayudara a levantarla. No sabemos otra cosa, señor —terminó diciendo la doncella.

—Y tan feliz que iba esta tarde la pobrecita —dijo compungida la revoltosa Catita. ¿Qué habrá sido Dios mío?

—Sí, lo mismo me pregunto yo —agregó Elena—, ¿qué puede haberle sucedido a la pobre Nana?

—¿Saben Uds. para dónde iba? —preguntó el doctor.

---

[299] cuajados: «Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo» (DLE).

—Naturalmente —respondió la viuda—, y por eso estoy más extrañada, porque no debía[300] venirse sino hasta mañana. Iba a su casa.

—¿A su casa? ¿A Xochimilco? ¿Cómo es eso?

—Explícale al doctor, Elvia —rogó Elena—, lo sabrás mejor, porque tú recibiste a esa mujer.

—Verá Ud., doctor —dijo la fiel compañera de la viuda—, ayer debo decir, porque ya hoy estamos al comienzo de un nuevo día, se presentó una mujer pidiendo ver a la señora. Le contesté que la señora no saldría de sus habitaciones por no sentirse bien. Insistió en verla porque dijo traía un recado para ella. Yo subí, hablé con Elena que me autorizó a recibir el recado.

A la mujer poca gracia le hizo el saberlo, pero al fin se decidió a decírmelo. Venía de parte del padre de Mariana, que deseaba le permitieran a su hija[301] pasar un día a su lado.

—Hoy es imposible —le contesté—; la señora está enferma, por lo que estamos más ocupados todos y no hay quien la lleve.

—No se preocupe Ud. por eso —me dijo— que yo regreso hoy a Xochimilco y puedo llevarla. —Después de unos instantes de vacilación agregó: —Mañana la traerá uno de sus hermanos. Les hace tanta falta la pequeña —continuó la mujer zalameramente— que sería una pena para mí si no la llevara.

Y como siempre, ante el más pequeño ruego, Elena accedió a pesar de que Nana no hacía una quincena había ido a su casa.

Yo no estaba conforme, pues sin saber por qué, esa mujer no me inspiraba confianza, pero al decirlo así a Elena, ella me contestó que era un pueril temor.

—Es verdad —contestó la aludida—, pareciéronme vanos los temores de Elvia, y dejar ir a la niña en compañía de la que creí buena y obsequiosa vecina de su padre. Era tan sencilla la mujer, me dijo Elvia, que no pensé otra cosa. Además, no quise causar al padre de Nana el dolor de no ver a su hija cuando tanto parecía desearlo.

—Es cierto —interrumpió la enfermera—, la apariencia de esa mujer era la de toda mujer humilde de pueblo, pero mientras hablaba o escuchaba, la pude ver mirando de reojo. Eso me hizo desconfiar de ella, y ya ve Ud., doctor —continuó—, tuve razón, pues por lo menos una falta tuvo y es la de no haber tenido cuidado con la niña.

—Y quiera Dios que solo esa sea, que bastante ha sido y grande el daño causado por ella —dijo el médico—. Esta niña tiene fiebre y presumo que va a ser muy grave su mal; no son solo heridas. Alguna seria conmoción ha tenido, porque[302] me parece que hay en ella síntomas de fiebre cerebral.

Y así fue: por muchos días estuvo la infeliz Mariana en los umbrales de la muerte. A su lado con maternal devoción permaneció Elena, quien no la dejaba sino bajo los cuidados de Elvia, que también la atendía con singular esmero.

Ansiosas deseaban el total restablecimiento de la enferma, para que ella les dijera todo lo sucedido aquella horrible noche.

Elvia y Elena vivían en constante zozobra ante el temor de que fuese cierto lo que ellas creían entender; pero sus conciencias de mujeres buenas y su acendrado cariño hacia Arturo impedíales creer en la veracidad de las palabras que en su delirio murmuraba Nana.

---

[300] En el original: «debía de» [errata].
[301] En el original: «a su hija a» [errata].
[302] En el original: «por que» [errata].

¿Eran ellas efectos de la fiebre? ¿O eran la inconsciente acusación de una infame realidad? En esta amarga incertidumbre vivían las dos pobres mujeres.

Lentamente fue entrando la jovencita en una mediana convalecencia[303], porque si bien había desaparecida[304] su enfermedad propiamente física, su espíritu estaba agobiado por la intensidad de alguna pena.

Tan pronto como fue recobrando la salud se la vio llorar amargamente, y con voz vehemente rogaba la dejaran morir. Pensóse en un principio que ello fuese a causa de una decadencia nerviosa. Mas el mal agravaba, aun mejorando día con día su salud.

Negábase a contar lo que había sucedido, limitándose a decir que confundiéndola con alguien la atacaron; agregaba que la mujer que la llevaba se perdió o que acaso también la atacaron a ella. Dicho esto, era completo su mutismo, y solo contestaba, cuando mucho la apremiaban, con evasivas.

Pero esto, si bien era bueno para satisfacer la malévola curiosidad de los criados, cuyas mentes obtusas[305] no alcanzaban a comprender que la enferma mentía, aumentaba la mortal congoja de Elena, sumiéndola en amarga incertidumbre.

Pero decidida, con el valor propio de las personas cuyas almas han sido templadas con el dolor, quiso saber la verdad, y con ese propósito marchó un día al jardín, donde cómodamente reclinada en una sala de extensión estaba Nana a la sombra de unas acacias.

La pobre niña se negaba a hablar, pero al dejar la viuda de rogarle y ordenar que «lo hiciera», al punto venció las vacilaciones de Nana, pues obedecía a Elena como hubiera obedecido a una madre, ya que así la consideraba.

—Seeseñora —empezó diciendo con su voz cargada de lágrimas—, siii me cuucuesta decir oootraas cocosas, eeesttoo creo quenooo lo vooy a poopoder deecir nunnunnca.

—¿Por qué, Mariana mía? —díjole cariñosa Elena—, ten presente que es casi a tu madre a quien hablas.

—Popor lo mmiismo seseeeñora, laa quiieeero a usted mumuuucho ppaara totorturraarla, diciéeendodooole totooda laa veverdaad.

—Nada más torturante que la incertidumbre, Mariana; además, no tienes que hacer más que afirmar o desmentir lo que en tu delirio dijiste.

Al escucharla, la pobre tartamuda abrió desmesuradamente los ojos y dijo: —Popoobre seeñoora, cuacuaanttooo habraáa susufriidoo.

—Tanto como tú, pobre hija mía, pero anda, dime toda la verdad.

Entonces Mariana comenzó a relatar la negra infamia cometida con ella, clavando con su difícil relato una afilada y larga espada en el corazón de la pobre madre, que una vez más dudó si aquel infame era nacido de sus propias entrañas.

La mujer que como enviada del padre de Nana se presentó llevándose a la joven no la llevó a Xochimilco como dijo, sino a una casa lujosa y extraña.

—Aguárdame aquí —díjole esa misma mujer a Nana— mientras voy a recoger algo que he olvidado.

Inocente de lo que pudiera suceder, Mariana la esperó, pero en vano, no se volvió a presentar.

---

[303] En el original: «convalescencia» [errata].
[304] En el original: «desaparecida» [errata].
[305] En el original: «obtuzas» [errata].

Más tarde, una mujer excesivamente pintada la hizo creer que su amiga volvería luego, y la llevó a un salón donde había muchas mujeres, también muy pintadas, con escotes atrevidos y brazos desnudos.

Al verla entrar, irónicas sonrisas esbozaron, y algunas dirigiéronle miradas de conmiseración. Ofrecíanle cigarrillos y copas de diversos licores, y como ella las rechazara, una de las mujeres le dijo: —No te hagas de rogar, que enseguida, tú misma las pedirás. Ya verás.

La entrecortada voz de la pobre tartamuda temblaba de rabia o de pena al recordarlo. Se detuvo para secar unas lágrimas que por sus mejillas corrían, y enseguida prosiguió el extraño e increíble relato.

Como entraba la noche y la mujer que debía[306] llevarla donde su padre no aparecía, ella se impacientó y quiso regresarse a la casa de su «patrona», pero no la dejaron salir aquellas mujeres.

La que debía ser la dueña díjole con enigmático acento: —Qué prisa tienes, paloma, ya vendrá tu visita, ya vendrá.

Ella, ¡qué iba a saber a quién aludía la descocada mujer! Se empeñó en salirse de aquella casa, pero la dueña la encerró diciéndole que hasta que no llegaran por ella, no se iría.

Forzada a esperar, no tuvo otro recurso, consumiéndose de impaciencia; solo estaba pendiente del tic-tac del reloj, cuyo incesante ruido le martilleaba sin piedad el cerebro.

Al cabo de unas horas apareció la anunciada visita. ¡Oh!, cómo se estremecía aún al recordarlo. El señorito había entrado en el cuarto dirigiéndose a ella con las más aviesas[307] intenciones.

La pobre joven se había defendido heroicamente. Gritó reclamando auxilio que nadie acudió a prestarle. Un mozo entró a dejar unos vasos y unas botellas de licor que Arturo empezó a tomar, pretendiendo obligarla a que ella hiciera lo mismo. Y mientras él más bebía, hacíala objeto de mayores vejámenes.

Las lágrimas de la infeliz muchacha solo conseguían enfurecerlo, y a medida que las tinieblas del licor envolvían su cerebro, hacíase más procaz y más atrevido. Ya ebrio completamente, perdió la poca decencia que pudo haber tenido, y tratando de tomarla por la fuerza, la golpeó y maltrató brutalmente.

La desesperación de ver que podía ser vencida le prestó admirable energía y venció saliendo en parte victoriosa, porque si bien el infame la ultrajó y golpeó en demasía, no consiguió lo que él quería: mancillarla.

Arturo, furioso y despechado, salió del cuarto tambaleándose y gritó: —Venid aquí, venid a conocer a una mojigata que yo desprecio. No la quiero, tomadla. La dejo al que la quiera.

Suspendiéronse por unos instantes los agudos gritos e histéricas risas mezcladas a la chillona música que seguían taconeando hombres y mujeres, casi totalmente ebrios.

Se volvieron a ver unos a otros, como diciéndose, «ya él ganó», y tres de los más atrevidos y beodos se dirigieron hacia la pobre muchachita, que al salir Arturo salió tras él, en el afán de escapar de aquella casa.

---

[306] En el original: «debía de» [errata].

[307] En el original: «aviezas» [errata]. Asimismo, cabe indicar que este término adjetival se refiere, en su segunda acepción, a algo «[m]alo o mal inclinado» (DLE).

Los inmundos borrachos la atajaron, encerrándola de nuevo. Con la salvaje pasión que los dominaba, y ante su resistencia, llegaron hasta a golpearla, insultándola con las más soeces palabas.

Ella, llorando, angustiada, imploraba protección a la Virgen de Guadalupe, la que al fin alcanzó, pues solo por un celestial favor pudo resistir y defenderse hasta librarse de los otros tres bandidos.

Rendidos de fatiga en su lucha con la valiente joven, más ebrios aún con los restos del licor que Arturo dejara en el cuarto y que ellos tomaron, cayeron al fin como pesados fardos, uno después de otro.

Nana esperó, acurrucada en un rincón, ante el temor de que otros llegaran, la oportuna hora de escapar de aquel antro. Esta llegó cuando al pandemónium[308] que reinaba en aquel burdel, sucediéronse los ronquidos y cuchicheos.

Ella, con las ropas rasgadas, cubierta su cara de golpes y heridas que sangraban copiosamente, salió con el mayor sigilo, rogando a Dios le diera fuerzas para llegar a donde su señora.

Qué horror sintió al caminar a esas horas de la madrugada por las solitarias calles, y escuchando no más los ladridos de los perros, y en uno que otro lugar el canto de los gallos.

—Virgen de Guadalupe —murmuraba la infeliz— ayúdame a llegar a mi casa.

Llegó y tuvo que saltar la verja. ¿Cómo lo hizo? No lo sabía. Saltó y llegó adonde había pedido a Dios y a la Virgencita que la llevaran. Eso era todo. ¿No era un milagro el que no solo se librara de ser mancillada por aquellos bandidos, sino también el que pudiera llegar hasta la casa de su señora? También lo era el que la pobre tartamuda pudiera haber hecho tan grande relato.

La hermosa viuda tenía su lindo rostro bañado en lágrimas, y por un largo rato ambas permanecieron silenciosas. Unos minutos después, Elena dijo: —Oh, Nanita, cuanto te agradezco el que no hayas revelado nada a los criados, y así, te ruego que nunca reveles esto a nadie, Nanita mía, ni aún a tu padre, prométemelo.

—See looo proprometo, seseñora, sese se loo jujuroo por laa Vivirggen dee Guaadalupe.

—Y yo te prometo, hijita, que él nunca[309] te volverá a molestar, ni a intentar nada contra ti, ya lo verás.

—Gragraciias, seseñora —exclamó la niña con gran alegría—. Me trannquiquiliza usstedd, poporque tetemíia que tutuviera quee aaalelejarme de su laladoo.

—No Nana, eso nunca. Y haré más que tenerte junto a mí —prometió la viuda.

Elvia vino en ese momento a llevarse a la enferma porque había llegado la hora de que tomara su té y se acostara, pues el médico no permitía que estuviese levantada su paciente cuando caía la tarde.

La señora de Saldívar rechazó su té y se quedó en el jardín. Arrullada por el magnífico conjunto de los artísticos cantos de diversos y multicolores pajarillos, embriagada por el aroma delicioso que exhalan las[310] flores en la quietud de la tarde, en la que los dorados reflejos de un sol que iba a su ocaso hacían parecer más diáfana la tibia atmósfera cobijada por un cielo hermosamente azul.

---

[308] En el original: «pandedomium» [errata].
[309] En el original: «nuca» [errata].
[310] En el original: «los» [errata].

Este espectáculo divino, como todo lo que es hecho por la mano de Dios, fue como un bálsamo misterioso que por un momento aliviara las heridas que en el alma tenía la pobre madre.

Mas, ¡ay!, pronto salió de su letargo y se encontró de nuevo ante la cruda realidad.

Debía[311] hacer algo que impidiera a Arturo seguir persiguiendo a aquella virtuosa y desdichada joven. Después de unos minutos de profunda meditación se dijo: Sí, lo que tanto he pensado lo haré, yo sé que su padre no se opondrá. Y se fue en busca de Elvia a quien hizo partícipe de su idea que era esta: adoptar a Mariana, para que dejando de ser su protegida se convirtiera en su propia hija, y llevara así el mismo apellido de Arturo. Entonces él ya no podría pretender ultrajarla.

La enviaría a un colegio a donde fuera esmeradamente educada, y la pondría en manos de los médicos especialistas de más renombre.

Elvia encontró excelente la idea, pero se admiró de ella, pues si bien no desdecía del alto espíritu de caridad y nobles sentimientos de la viuda, pensó que ella debía de obedecer a un oculto y poderoso motivo.

Elena, que no tenía secretos para su fiel amiga, le refirió entonces cuanto ya sabemos.

Parece extraño, hasta cierto punto, que la viuda, no obstante, su bien probada nobleza, adoptara semejante decisión con una criada. Pero es que la pobrecita tartamuda no lo era en realidad para señora de Saldívar.

Catorce años atrás llegó un hombre a tocar la puerta de los Revillas. Venía el pobre calado hasta los huesos, aterido[312] de frío, pues fue durante una tormentosa noche de invierno que sucedió lo que vamos a relatar.

Era este hombre el mandador de la hacienda «Las Palomas», aquella en que Elena y Fernando pasaron su luna de miel y a la que la viuda no había vuelto desde entonces.

Llegó el pobre campesino a rogar a su «patrón» que le enviara un médico, pues su mujer se moría; y a Elena traía el ruego de la moribunda de que fuera a su lado.

Mucho costó a la pobre viuda decidirse a volver al lugar en donde conoció la única y poca felicidad que tuvo en su vida; pero al fin, venciendo sus escrúpulos y haciendo a un lado sus sentimientos, marchó con su padre y el Dr. Laredo esa misma noche.

Atendida por el eminente médico, la mujer dio a luz una niña. Sin embargo, su estado no mejoraba y viendo a «su señorita», como ella llamaba a Elena, con débil voz le dio las gracias por haber acudido a su llamado y le rogó cuidase de la pequeñita. La noble viuda prometió a la moribunda que trataría a aquella niña con maternal cariño y la criaría bajo sus cuidados.

Al escuchar tal promesa, la pobre mujer murió tranquila, ya que sus otros hijos estaban creciditos, pues el menor tenía más de diez años. Elena cumplió su promesa, fue madrina de la infantita y la bautizó con el nombre del que había sido su padrino: el Dr. Laredo.

Tres días después partieron de Xochimilco hacia México, llevando la viuda en brazos a la recién nacida.

Creció la chiquilla entre los mimos y los cariños de todos, y muy especialmente de su madrina que se desvivía por ella; pero, así como se adivinaba en la huérfana singular hermosura, dando muestras de una clara inteligencia, notaron al mismo tiempo con

[311] En el original: «Debía de» [errata].
[312] aterido: «Pasmar de frío» (DLE).

profunda tristeza el defecto de que adolecía: era tartamuda. Muchos médicos la trataron, pero nunca curó.

Andando el tiempo y ya crecida, conociendo ella su origen, no quiso ocupar un lugar que no era el suyo, y propuso a su madrina vivir en el pabellón de los criados y trabajar a la par de ellos.

Y Elena, al ver la insistencia de la chiquilla, se lo permitió tanto para complacerla como para que estuviera cerca de Juliana, a la que profesaba gran cariño y de quien era correspondida; pero a Nana, en realidad, nadie la obligaba a hacer nada.

Iba a visitar a su padre dos veces al mes siempre que la pudieran llevar y tanto el padre como los hermanos venían a verla cuando querían.

Pero ya esto había terminado, Nana dejaría de ser la protegida para convertirse en la hija, a la que por fuerza debía[313] respetar el malvado Arturo. Porque era imposible que pretendiera seguir ofendiendo a una doncella a la que su madre tomaba por hija y le daba su propio apellido.

Se entablaría una desigual lucha. La acendrada bondad de Elena contra la cínica perversidad de Arturo. ¿Cuál vencería?

[313] En el original: «debía de» [errata].

CAPÍTULO CATORCE

RUPERTO

El primer paso que Elena dio para poner en ejecución sus planes fue escribir a su padre, decidiéndose al fin a acatar los consejos de Elvia.

Urgíalo en su carta a volver y, aunque no le daba pormenores, dábale sí a entender que la situación era grave y que nada podría arreglarse mientras él no llegase, pues ella había agotado todos los humanos recursos. Explicábale también que se trataba de Arturo.

Desde el momento en que la misiva fue puesta en el correo, la viuda esperaba ansiosa el cable en que su padre le anunciase su regreso; pero los días se sucedían unos a otros, sin recibir noticia de su llegada.

Entre tanto, Nana había sido obligada a dejar su condición de semi-criada [sic], no permitiéndole Elena separarse un momento de su lado cuando en casa estaba Arturo.

Asignóle su madrina una habitación contigua a la suya, con lo que se evitó que el malvado joven se acercase siquiera a Nana.

Pero estas precauciones eran casi inútiles, porque desde que el hijo sospechó que su madre estaba enterada de su nefanda acción, muy poco salía de sus habitaciones durante los cortos ratos que en su hogar estaba.

Cuando por los criados supo que Nana había llegado en las circunstancias que conocemos, no dijo nada, pero se le vio inmutarse; y en aquellos días en que se temía por la vida de la desdichada joven, a Arturo no volvió a vérsele en casa.

Pero al regresar se encontró con algo para él inesperado: Elena apenas le dirigía la palabra en presencia de los criados, nunca cuando estaban solos. Evitaba su presencia.

Tampoco volvió a tener para él ninguna de las cariñosas solicitudes de antes, notando el joven que había desaparecido en su madre toda su antigua ternura.

Su mirada siempre amorosa e indulgente ya no existía; ahora, si lo miraba, solo veía en sus ojos indignados reproches o ira contenida.

La extraña actitud de su madre, así como el cambio que él advirtiera en la vida de la agraciada muchacha, decíanle bien claro que su infamia era conocida por Elena.

Y a pesar de su degradación moral, se sintió triste por el enojo de la hermosa viuda, porque era para él dicha intensa poder acariciarla y recibir sus cariños.

Hasta en Elvia, siempre tan cariñosa y atenta, notaba indiferencia. La bondadosa enfermera esquivaba su presencia, y si por fuerza se encontraba con él en la mesa, casi siempre apenas contestaba con monosílabos a las palabras que Arturo le dirigiera en su afán de sostener una conversación que ninguna de las dos mujeres seguía.

Pero ¿por qué don Alberto no contestaba la carta en que tanto lo urgía su hija a regresar? ¿Qué ocurría para que el anciano siempre tan abnegado y solicito no acudiera ahora con prontitud a la desesperada llamada de Elena? Esta incógnita sumaba otra inquietud a las muchas que ya tenía la desdichada viuda.

Ya empezaba a extrañarse de la prolongada ausencia de su padre cuando por los motivos conocidos se decidió a llamarlo; sin embargo, como eran sus cartas puntuales, mostrándose el anciano en todas ellas satisfecho y optimista, la viuda no se inquietaba, creyendo que era gusto de don Alberto prolongar su permanencia en Buenos Aires para estar un tiempo más al lado de la hija religiosa. Eran tan expresivas las cartas de su padre,

contábale en ellas tantas cosas agradables, que Elena lo creía feliz, por lo que ella también se sentía dichosa.

Durante el tiempo que llevaba de ausencia don Alberto había recibido tres cartas de sor María de las Rosas. Hablaba en ellas la buena religiosa de la inigualable dicha que tuvo de ver a su padre y de lo felices que eran los dos al saber que, aunque fuese por un breve tiempo, «porque todo es temporal en esta vida», subrayaba la monja, vivirían bajo el cielo de una misma capital.

Así estaban las cosas cuando la viuda llamó al anciano, no sin mucha mortificación de su parte, pues bien sabía que no solamente lo contrariaba a él, sino que también le quitaba a su hermana la única oportunidad que tenia de tener por poco tiempo siquiera cerca de ella a su amoroso padre.

Pero ahora, al no recibir la respuesta que creyó inmediata, sentía oprimido el corazón de pesadumbre. Ya había pensado en escribir de nuevo a don Alberto, acompañando esta carta de otra para su hermana, cuando entre la correspondencia que llegó un día encontró un sobre con el sello de Buenos Aires, pero que no tenía la letra del anciano.

Presurosa lo abrió y extrajo de él un pliego escrito por el médico jefe de una las principales clínicas de la capital platense.

¡Oh terrible y cruel noticia la que recibió Elena al leer aquella carta! Don Alberto había enfermado poco después de su llegada a la Argentina y, aunque al principio su dolencia no revelaba caracteres graves, prohibiéronle los facultativos exponerse a correr los riesgos de un largo viaje y ni siquiera pensar en ello. Por eso no había regresado inmediatamente a México.

Esperaron a que se aliviara de su enfermedad, pero, no obstante la esmerada asistencia que tuvo, se agravó su dolencia. Fue entonces preciso que lo trasladaran del hotel a la clínica en donde estaba siendo atendido.

A Elena no se le había dicho nada, porque así lo prohibió y exigió el noble enfermo, quien extendió la prohibición hasta su otra hija, la venerable superiora del convento, que iba a visitarlo[314] diariamente y a la que impidió revelase a «la pequeña» absolutamente nada de lo que respecto a él sucedía.

Por eso, ni aún su hermana pudo comunicarle el delicado estado de salud de su padre.

Además, continuaba escribiendo el doctor, en la esperanza de que el anciano caballero restableciera pronto, habían querido obedecer los deseos del mismo[315], para que así solo tuviera ella la dicha de verlo regresar sano y alegre; pero desgraciadamente, ya estaban convencidos de que la enfermedad de don Alberto no curaría con la brevedad deseada y de que convenía de todos modos evitarle emociones violentas, las cuales podían agravar más aún su delicado estado. El enfermo, dadas las circunstancias, debía de permanecer un tiempo más en la clínica, por lo que no regresaría con la premura que ella quería.

A nuestro conocimiento, agregaba el doctor, llegó el contenido de su carta por una feliz casualidad.

---

[314] En el original: «visitarla» [errata].

[315] Uso inadecuado del lenguaje escrito, puesto que «mismo» no se usa como pronombre, se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

La enfermera que asiste a su padre durante el día le ha cobrado gran afecto, ganándose por consiguiente la confianza del digno caballero.

Ella lee para él, escribe cuando el enfermo lo necesita, lo acompaña en sus paseos, y es, en fin, toda solicitud y ternura para su padre. El día que llegó la carta que Elena enviara llamándolo, don Alberto, como tantas otras veces, rogó a su enfermera se la leyera, pues para evitarle fatigas, a él se le había rogado que no leyese.

Amanda, la enfermera, gustosa obedeció, pero cuando al leer fue dándose cuenta del sorprendente y desagradable contenido de la misiva, leyó en alta voz lo que su perspicacia le indicó que debería saber el paciente, y se cuidó muy bien de no leer nada de lo verdaderamente escrito. Al terminar, dobló la enfermera la carta y la guardó dentro del sobre entregándola a su dueño, quien la cubrió de besos, como solía hacer con todas las que su hija le escribía.

Luego de haber escuchado y comentado Amanda todo lo que el feliz enfermo le dijo de «su pequeña», ofrecióse con singular astucia a llevar aquella carta a sor María de las Rosas, quien leía lo que Elena escribía a su padre. El caballero aceptó porque la precavida y buena enfermera le dijo que ella debería ir al convento esa misma tarde a traer una ropa que estaban marcando, y que vería de inmediato a la superiora.

Apenas el enfermo le entregó la misiva, Amanda se fue al despacho del director, al que puso al tanto de lo que ocurría.

Grande inquietud causó la carta, porque en la clínica sabían de la total ignorancia de la Sra. de Saldívar acerca de la enfermedad de don Alberto.

Consultaron con la otra hija, la venerable superiora del convento, y ella aconsejó esperar unos días para ver si se iniciaba una mejoría en el querido enfermo y fuese entonces posible hablarle del llamamiento de Elena.

Pero, lejos de mejorar, la salud del anciano era de más cuidado cada día, por lo que habían resuelto de común acuerdo, aunque con todo pesar, ponerla a ella al tanto de la delicada enfermedad de su padre.

Rogábale el atento galeno que en bien del mismo paciente era mejor que en las cartas que de ahí en adelante escribiera a don Alberto simulara la ignorancia de su enfermedad.

Terminaba el doctor su larga y expresiva carta alentando las esperanzas de la triste viuda y prometiéndole hacer los mayores esfuerzos para devolverle la salud al Sr. Revilla.

Lágrimas amargas, dolorosas lágrimas como vertidas por las arterias del alma, derramaba Elena al pensar en su padre.

Enfermo y en tierra extraña, se decía, afligidísima [sic] por no tener siquiera el consuelo de brindarle su amorosa solicitud.

En otras circunstancias habría volado a su lado; pero cómo iba a abandonar completamente las haciendas e importantes negocios del anciano, tanto tiempo descuidados por Arturo.

No. Ahora que su padre estaba enfermo era cuando debería ella mostrarse digna hija de él y hacer las cosas como él las hubiera hecho.

Y así lo hizo. Del dolor sacó energías y con ellas arregló sola todos los asuntos para los cuales había reclamado la presencia de don Alberto.

Poco tiempo después Nana fue declarada su hija adoptiva, con lo que creyó Elena salvaguardado el honor de su casa; dedicó entonces la mayor parte de su tiempo a atender los asuntos de su padre que Arturo había abandonado. Puso en ello tales bríos que muy pronto estuvieron todos como en los días en que frente a ellos estaba el infatigable anciano.

Estas febriles actividades. ayudaron a que en la noble dama se mitigaran por instantes sus acerbas y multiplicadas penas. Ya no era solo el dolor que le causara la conducta de su hijo, cada día peor; otra también desgarraba su herido corazón, oprimiéndolo con tal fuerza que a ratos le parecía iba a ahogarla aquella infinita pena. Esta era el saber que su amado padre estaba enfermo de gravedad y lejos de ella.

Era a veces tan grande su desesperación al pensar en que podría suceder que recibiera de pronto la fatal noticia de la muerte de su padre adorado, que lloraba desconsoladamente y se decía: ¡Dios mío, Dios mío! Qué será de mí si muere mi padre; qué abandonada y sola me sentiré, porque ya no me queda el amor de nadie. ¡Que sola estoy en el mundo! Los sollozos aumentaban y por un largo rato volcaba en el llanto todo su dolor. Luego, lentamente se encaminaba a la capilla de ojivales[316] ventanas y, arrodillada ante el altar, fervorosamente se refugiaba en la oración.

Bañado su rostro en lágrimas, elevaba hacia el altar sus grandes ojos suplicantes, mientras murmuraban sus labios una silenciosa plegaria, reposando sobre su agitado pecho sus blancas y mórbidas manos. Al verla, diríase que era la viva imagen del dolor supremo.

Poco a poco la oración iba muriendo en sus labios y entonces se veía que a la expresión de angustia que tenía su semblante se sucedía otra de calma y esperanza. Reconfortada su alma por el místico incienso de la oración, sentía Elena renacer la fe y se hacía la ilusión de que en no lejano día vería a su padre llegar de improviso. En este agradable estado de ánimos salía de la capilla, y como feliz chamaca[317] que juega a las muñecas, así la hermosa viuda se divertía jugando con sus propios pensamientos y tejiendo en su mente mil diversas y disparatadas suposiciones.

Lo primero que haría al ver a su padre, pensaba, sería correr a los brazos del noble anciano, y refugiándose en ellos, darle besos y más besos mientras le decía todas las palabras de ternura que para él tenía.

Le revolvería los cabellos de armiño, no por blancos menos rebeldes; luego, haciéndose la brava, le tiraría cariñosamente de las orejas, y fingiendo acordarse repentinamente de algo, se haría la muy resentida, marchándose adelante, como huyendo de él.

Su padre, entonces, de seguro correría tras ella llamándola «Nenita» como antes le decía, y para detenerla en su camino, le hablaría de los muchos regalos que para ella había traído.

Pero ella, igual que cuando era chica, no le haría caso, siguiendo enojada. Cuando por fin él la alcanzara, extrañado de su enojo, tomaríale la cabeza entre sus manos y le preguntaría con voz llena de ternura: —¿Qué tienes, «Nenita», por qué[318] te has enfadado? ¿Porque[319] no te avisé de mi regreso? ¿No ves que quería darte una sorpresa? Ven, hijita, ven a mi lado. ¿No es verdad que ya no estás enojada?

—Sí lo estoy —le diría ella— y muy resentida contigo, papacito.

—¿Por qué?, preguntaría don Alberto mirándola con ansiedad y estrechando con más cariñosa presión su cara.

---

[316] ojivales: «De forma de ojiva», esto es: «[f]igura formada por dos arcos de círculo iguales, que se cortan en uno de sus extremos y volviendo la concavidad el uno al otro» (DLE).
[317] En el original: «chamacha» [errata].
[318] En el original: «porque» [errata].
[319] En el original: «Por qué» [errata].

Entonces ella de nuevo se arrojaría en sus brazos y le diría cuánto había sufrido al saberlo enfermo y cómo había llorado. Con besos le reprocharía su ingratitud por no haber querido que ella lo supiera.

—No fue ingratitud, «Nenita» —exclamaría don Alberto— fue por evitar que te mortificara mi pasajera dolencia, que en verdad no era nada. Ya ves cómo de nuevo estoy aquí sano, fuerte y feliz, para no separarme de tu lado ni un momento más.

Abrazada a él y hablándole de muchas cosas para distraerlo se encaminarían por los jardines que ella había sabido cuidar tan bien y que ahora, en pago a sus cuidados, florecerían espléndidamente para recrear la vista de su padre que tan amante y aficionado a las flores había sido siempre.

«Pero, Dios mío, ¿qué es esto?», pensó de pronto la bella mexicana, «¿habré estado de nuevo soñando despierta?»

«Ah papá, papacito mío, es tal tu ternura y tu amor hacia mí que empiezo a creer que esto no son sueños ni divagaciones: es tu alma que viene a buscar la mía que sufre tanto por tu ausencia. Siento tan real y verdaderamente tu presencia que aún siento en mis labios el calor de tu frente que he besado y en mi rostro la suave caricia de tus manos».

Otras veces se abismaba hasta el éxtasis creyendo en la redención de Arturo. Creía que su padre, de vuelta en casa, habría[320] con enérgica voluntad dominado al descarriado nieto, haciendo de él un hombre de provecho y con el alma de niño que antes tuvo.

Los veía, como años atrás, en la feliz época en que su madre vivía, paseando juntos, cariñosamente abrazados.

Abismada en estos ensueños o divagaciones, Elena olvidaba completamente que era desdichada, y hasta se la veía por momentos sonreír, corno sonríen los que tienen la conciencia tranquila y no los agobia ningún dolor.

De uno de estos ensimismamientos la sacó Elvia cierto día en que precipitadamente entró en la alcoba a darle aviso de que en la calle y frente a la verja estaba un lujoso coche cargado de equipaje.

—Es mi padre, mi padre —gritó la viuda en el colmo de la dicha, bajando las escaleras a todo correr; reflejaba en su rostro la más grande alegría.

Pero al llegar al vestíbulo se encontró a Cristina, que con extrema cortesía atendía a un desconocido caballero.

—Voy a avisar a la señora, señorito —oyó Elena decir a la doncella, mientras se retiraba con exageradas reverencias.

—Está bien, aguardaré —contestó el desconocido con pronunciado acento extranjero.

—Aquí estoy, Cristina —dijo Elena a un tiempo que llegaba.

El personaje ni siquiera dio oportunidad a la doncella de hablar, sino que, adelantándose hacia la dama se presentó él mismo diciendo: —Presento a Ud. mis respetos, hermosa dama. Soy Ruperto Kruger, amigo de Arturo, a quien deseo ver. Acabo de llegar a New York. ¿Es Ud. pariente de mi amigo? ¿Es cierto que él no está?

—Cierto es, caballero —contestó con dignidad Elena—, mi hijo no está en casa.

—¡Su madre! —exclamó admirado Ruperto—. ¿Pero es posible? Perdone mi sorpresa, señora, pero aparenta Ud. tanta juventud que para quien ve por primera vez su hermosura le cuesta imaginarse que pueda ser la madre de mi querido amigo Arturo —

[320] En el original: «había» [errata].

terminó diciendo con desenfado y esperando sin duda[321] haber dicho algo muy agradable a los oídos de la hermosa viuda.

—Gracias —respondióle secamente Elena—. Pase Ud. caballero, haré buscar a mi hijo.

Ruperto siguió a la noble dama hacia el elegante *hall*, donde fue amablemente invitado por ella a tomar asiento.

Seguidamente, la señora ordenó a la doncella que aún no se había retirado y que arreglaba unas flores dijera al mayordomo y al jardinero fueran a buscar al señorito a todos los sitios que sabían frecuentaba, dándole aviso de la llegada de su amigo.

Después se sentó frente a Ruperto.

—Esperaremos un corto tiempo, caballero —dijo al visitante— si durante él no aparece mi hijo, me hará el honor de tomar el té en mi compañía. Pero creo que él debe venir pronto. Tendrá una gran alegría de verle, porque es Ud. un amigo al que mi hijo no olvida. Por eso, cuente con mi amistad sincera y vea en mí también a su madre.

Ruperto escuchaba a la madre de su camarada, pero creía que ante sí tenía una visión porque nunca imaginó a la madre de Arturo con la apariencia seductora[322] que ella poseía.

Los ojos de Elena habían adquirido[323] una expresión de acentuada tristeza que prestaba a su semblante un mayor encanto. Kruger estaba sorprendido. Era tanta la emoción que despertó en él la hermosa mexicana que pocos minutos después de estar en su presencia desapareció de él su habitual soltura y desenfado, sintiéndose tímido y cohibido.

Él, el cínico, por primera vez enmudecía ante una bonita mujer; pero era que ese audaz sujeto de la crápula[324] nunca se había encontrado frente a una dama que unía a la singular belleza de su rostro un aire aristocrático de tal grandeza que infundía respeto a la par que admiración.

Por eso no contestó a la generosa acogida de Elena tan pronto como debió hacerlo. Fue solo después de unos segundos de silencio que se le oyó decir: —Mil gracias, noble señora.

Elena, que no había olvidado que en el coche aún estaba el equipaje de Ruperto, preguntóle si quería que le pusiera a su disposición uno de los criados para que fuera a ordenárselo al hotel donde debía parar.

Kruger, todavía más turbado al oír esta proposición, no supo de momento qué contestar, pero al fin salió del paso diciendo: —Este… no sé por qué[325] he llegado hoy... y no conozco la capital. Tal vez Arturo pudiera... no, no, es mejor que el taxi aguarde.

—Como Ud. guste, caballero, mi hijo no ha de tardar, porque como me oyó decir, lo he mandado buscar avisándole de su llegada.

No se había extinguido por completo el eco de las[326] palabras de Elena cuando apareció Arturo, que entrando apresuradamente se dirigió a su amigo, el cual al verlo se levantó, confundiéndose los dos en fraternal abrazo.

—Hermano —exclamó Arturo—, cómo te has presentado sin avisarme, te habría ido a esperar.

---

[321] En el original: «dudo» [errata].
[322] En el original: «seductura» [errata].
[323] En el original: «adqirido» [errata].
[324] crápula: «Disipación, libertinaje» (DLE).
[325] En el original: «porque» [errata].
[326] En el original: «la» [errata].

—No quería ocasionarte molestias —contestó Kruger— deseaba verte, pero no estaba seguro de que tú quisieras lo mismo.

—Vaya, vaya, déjate de tonterías, Ruperto, ya sabes que siempre serás bienvenido. Ya empezaba a echarte de menos yo también y creo que habría ido a buscarte si tú no vienes.

—Gracias, hermano —contestó él, brillándole ojos de alegría.

Te quedarás por lo menos unos días en México, ¡eh!, ya verás cuánto[327] nos vamos a divertir.

—Pienso trabajar y radicarme aquí, Saldívar —repuso Kruger con la mayor indiferencia—. Pero oye, aún no te he felicitado por la encantadora y gentil madre que tienes. ¡Viejo!, suerte estupenda la tuya, una madre así vive más que uno.

—Es verdad —dijo Arturo a Elena, a la que ni siquiera había saludado—; y abrazándola agregó: —Yo estoy orgulloso de ti, por eso te quiero cada día más.

Subrayó sus palabras con un beso que dio a su madre, uno de aquellos prolongados besos que antes le diera.

Fue tal la impresión que la inesperada caricia hizo en la desventurada madre que sus ojos se llenaron de lágrimas, porque hacía meses que no recibía de su hijo ni una palabra de ternura ni una caricia.

Para disimular su emoción, salió diciendo que iba a ordenar les preparasen un *cocktail*.

Arturo y Ruperto conversaron solos por un largo rato, y cuando Elena volvió precedida del mayordomo que portaba una bandeja con la cocktelera [sic] y las copas, oyó a su hijo que dando unas palmadas en la espalda a su amigo le decía: —Viejo, no tienes remedio, eres incorregible, perderás hasta el alma.

Luego, dirigiéndose al mayordomo que sobre una mesa preparaba los cocteles para servirlos, ordenóle: —Juan, que suban el equipaje de mi amigo. Pueden llevarlo a las habitaciones del abuelo.

La madre quiso protestar, pero no pudo porque todavía estaba bajo la dulcísima impresión de las caricias que con sorpresa suya acababa de darle Arturo.

«Tal vez», pensó Elena, «la llegada de su amigo sea ocasión propicia para que mi adorado hijo se formalice y vuelva al buen camino». Y con esta esperanza permitió que un extraño se adueñara de las habitaciones de su amado padre.

Subió tras del hombre que llevaba las valijas de Ruperto, y al ver que abría[328] la alcoba de don[329] Ruperto, alzó sus hermosos ojos al cielo y dijo: —«Hágase Señor tu voluntad».

En la casa sonaban las carcajadas de Arturo y de Ruperto. Los dos amigos se encontraban felices al estar reunidos de nuevo.

[327] En el original: «cuantos» [errata].
[328] En el original: «bría» [errata].
[329] En el original: «don de» [errata].

CAPÍTULO QUINCE

DOS HOMBRES

Reclinada sobre la baranda de la terraza, con los codos apoyados en ella, estaba Elena sumida en honda meditación. El jardín que a su frente se extendía y por el que ella dejaba vagar, indiferente, su mirada, se hallaba iluminado por el rebosante esplendor de un plenilunio.

Las flores, pródigamente[330] diseminadas en él, saturaban con sus dulces aromas el ambiente plateado de aquel bello jardín.

En lo alto, el brillante disco de la luna había subido en la esfera celeste hasta el cenit; y en su vecindad, el fulgente planeta de Venus que luce siempre se destacaba, cual magnifico diamante, en el aterciopelado fondo, cuajado de rutilantes[331] estrellas.

Profundo, misterioso silencio reinaba en esta serena y tranquila noche, que solo interrumpía el monótono chirrido de los grillos y el croar de alguna que otra rana del estanque.

Súbitamente resonó el angustioso piar de un polluelo que huía desaforado por la presencia de un ave[332] de negro plumaje..., era un cuervo que detuvo su vuelo y se posó en la rama de un árbol frente a la terraza.

Elena, que había salido apenas de su ensimismamiento, lo vio y sintió un escalofrío, pues al propio tiempo percibió el eco de unos pasos que, a poco, iban acercándose.

Enseguida, oyó claramente la voz de un hombre que a sus espaldas le decía: —¿Sueña Ud., señora?

La viuda, sobresaltada, se volvió, y al reconocer quien era contestó: —Ruperto, ¿Ud. aquí? Qué susto he tenido... ¿Pero no andaba Ud. con mi hijo?

—Perdóneme, señora —respondió Ruperto—, me aburría tanto donde estaba que dejé solo a Arturo. Allí él se divierte…, yo no.

—¿Pero no es que está Ud. enfermo, Ruperto? O es que se siente fatigado —inquirió solicita Elena—. Tal vez este trabajo, al que Ud. no está acostumbrado, lo fatigue.

—No, no, en absoluto —apresuróse a responder el yugoslavo—, me siento perfectamente bien, pero no me divertía pensando en que estaba Ud. sola. Por eso quise venir a hacerle compañía.

—Gracias Ruperto, me conmueve su amabilidad, pero créame, no me abruma la soledad; por el contrario, me agrada. Esto no quiere decir que no aprecie su compañía. Pero sentémonos, ¿o va Ud. a acostarse ya?

—No, señora, si Ud. me lo permite, será un placer para mi hacerle compañía.

—Tomemos asiento pues —dijo la viuda.

Se sentaron bajo el tupido ramaje de las exóticas enredaderas de una pérgola[333] que había en la terraza.

—Hermosa, hermosísima noche —exclamó Kruger—, a noches como esta han cantado y cantarán todos los poetas del orbe.

---

[330] En el original: «prodigalmente» [errata].
[331] rutilantes: «Que rutila», esto es, «brillar» (DLE).
[332] En el original: «una ave» [errata].
[333] pérgola: «Armazón para sostener una planta» (DLE).

—En verdad —repuso Elena—, así son todas las noches de luna de esta tierra.

Parece corno si el más bello astro de la noche quisiera derramar toda su luz para bañar con ella el límpido cristal de nuestros lagos, el esplendor de los múltiples palacios, la soberana majestad de sus ruinas históricas o lo imponderable de nuestros monumentos. Quizás también por eso exista en San Juan de Teotihuacán[334] la gigantesca Pirámide, que una poderosa y antigua tribu erigió en honor de la luna. Y se llama así la Pirámide de la Luna.

—Tiene Ud. razón, señora, su tierra es bellísima a cualquier hora del día o de la noche; es exótica, pintoresca, interesante. Pero bañada por esta luz, tiene todo el encanto de un país de leyenda, de poesía o de ensueño. Yo haría de México el país de los enamorados, el sitio ideal para lunas de miel, la meca del amor. Qué adecuado escenario para ello sería.

Al escuchar Elena las últimas palabras que pronunciara Ruperto permaneció silenciosa por unos minutos, pero en su rostro[335] se veía reflejada dicha intensa. Era porque en momento su pensamiento había retrocedido 26 años y evocaba una época para ella inolvidable.

Su compañero embelesado la miraba. En la copa de un árbol un ruiseñor hizo sonar la lira de cristal de su garganta; el diminuto y emplumado artista agregaba con su divino canto una nota de sin par armonía a la mágica belleza de la plateada noche.

De pronto, Elena dejó escapar un suspiro, diciendo enseguida a Ruperto: —Oh imperdonable costumbre la mía, pero ya veo que es imposible, no me puedo sustraer a soñar, porque solo de sueños y recuerdos se alimenta mi alma.

—Pues sueñe, sueñe siempre, señora, porque es Ud. más bella cuando lo hace. ¿Qué soñaba ahora que adquirió su rostro tan angelical expresión? —le preguntó el yugoslavo.

—Ay, Ruperto —suspiró la viuda—, recordaba los días más felices de mi vida. Al oírlo a Ud. decir que creía era esta tierra ideal para lunas de miel, no pude menos que evocar la mía, tan perfecta como fugaz. Después de ella, todo fue dolor y sombra en mi vida.

Lanzó un triste suspiro y preguntó a su amigo: —¿Y Ud., Ruperto, es feliz en México?

—Ah, señora —respondió él con tristeza—, yo no sé qué decirle, porque a la vez que estoy cerca de la mujer amada, figuro que es ella inaccesible para mí. De manera que, si estar cerca de ella es una dicha, el verla es otro suplicio de Tántalo[336]. Creo que voy a enloquecer y que ya no podré irme nunca de México.

—Pobre amigo mío, dijo con acento apesadumbrado Elena, pero no desespere, Ruperto, si es su amor sincero y perdurable, tal vez su amada le corresponda un día.

—¿Lo creé Ud. posible? —preguntó el yugoeslavo, en cuyos ojos retratada estaba la ansiedad.

—¿Por qué no? —repuso la viuda—; la mujer es más firme y más leal en su amor, por eso es más cuidadosa al elegir la persona a quien ha de entregarlo. Uds. pueden a veces amar a muchas a la vez, o juegan al amor; ella, cuando ama, es solo a uno. Uds. dejan una

---

[334] En el original: «Teohtiuacán» [errata].

[335] En el original: «rosto» [errata].

[336] Tántalo: hijo de Zeus y la oceánide Pluto. Se le relaciona con la tentación insatisfecha, puesto que su castigo consiste en estar en un lago bajo un árbol de ramas bajas repletas de frutas sin poder beber ni comer. Además, pende sobre él una enorme roca oscilante que amenaza con aplastarle. Con base en lo anterior, en el caso de Ruperto, su castigo consiste en la imposibilidad de consumar su amor, así como en el inminente peligro bajo el cual se encontraría si revela sus pretensiones a Elena por los celos del perverso hijo.

amante, una novia o una esposa, con la misma facilidad con que se deshacen de la corbata vieja, pero la mujer, cuando la abandona o la hiere aquel a quien ella ama, sufre tanto que parece que sangrara su mismo corazón.

Ruperto iba a replicar algo, pero se contuvo un momento tratando de disimular la emoción que lo embargaba, y luego, cuando ya quiso hablar, no pudo hacerlo porque unos pasos se acercaban a ellos y casi inmediatamente se presentó Arturo que sin saludar siquiera a su madre y dominando apenas la cólera dijo con exagerada brusquedad a su amigo: —¡Ah[337]!, ya sabía yo que aquí debía[338] encontrarte. ¡Qué formal que te has vuelto! —terminó con ironía.

—Perdóname, Arturo —díjole su amigo—, pero empiezo a comprender que ya no me divierte esa vida que hemos llevado juntos.

—Sí, yo también lo he notado —contestóle Arturo con acento airado—, y veo además que si sales conmigo es casi por la fuerza y solo para devolverte en cuanto me descuido.

—Pero, hijito —intervino Elena con dulzura—, por qué te enfadas con él por eso. Tal vez está tu amigo enfermo o fatigado, ¡y tú no lo adviertes!

—No parece estarlo tanto, puesto que de no haber venido yo, se habría estado aquí charlando contigo toda la noche.

—Esa es cuenta exclusiva de tu madre —le interrumpió Ruperto un poco picado—; además, yo soy lo suficiente caballero para no ser inoportuno con una dama.

La viuda, con un secreto orgullo que llenó de alegría su corazón, no dejó de comprender que su hijo estaba celoso de la madre; lo que la hizo juzgar Arturo, pese a sus calaveradas, la amaba todavía.

Poniendo entonces más ternura en su voz díjole: —No te enojes, hijito, tu amigo me ha distraído con su animada charla. Y, ¿no es este motivo suficiente para que lo disculpes por haberte dejado? Además, yo estoy contenta por ello, pues así regresaste[339] más temprano a casa.

Bueno —terminó diciendo—, como ya estás aquí me voy a retirar... y dormiré tranquila.

Volviéndose a Ruperto le preguntó: —¿Ud. no se retira todavía?

—Fumaré un cigarrillo, no más —contestó el interpelado—, después me iré a acostar, señora.

La viuda se levantó y tomó el brazo de su hijo que aún permanecía de pie.

—¿Me acompañas? —le preguntó cariñosa.

—Vamos —respondió Arturo secamente.

—Buenas noches, Ruperto, que duerma Ud. bien —dijo Elena.

—Buenas noches, señora, a los pies de Ud. —contestó el yugoeslavo.

Al llegar a la puerta de la alcoba de su madre, el joven le dijo: —Perdona este arrebato, pero no me pude contener.

—Sí, hijo querido —respondió Elena satisfechísima de oírlo disculparse y pedirle perdón, cosa que la sorprendió—. Te perdono, pero a condición de que vayas a buscar a tu amigo con quien has estado brusco y te reconcilies con él. Mañana no quiero ver caras hoscas durante el desayuno. ¿Lo harás, Arturo mío?

---

[337] En el original: «A» [errata].
[338] En el original: «debía de» [errata].
[339] En el original: «regresastes» [errata].

—Sí, te lo prometo —respondió él.

Elena dio las buenas noches a su hijo y lo besó en la frente.

Arturo quedóse viendo a su madre de una manera extraña, y, sin besarla ni prodigarle ninguna de las caricias por él acostumbradas, le dio también las buenas noches y se retiró.

Cuando los gallos dejaron oír su canto de medianoche, la casa estaba silenciosa, pero también esta vez, como la víspera de la partida de don Alberto, tres de sus habitantes no dormían.

Elena, de los tres la primera en acostarse, no podía dormir recordando los recientes sucesos mediante los cuales había recuperado, por lo menos así se lo imaginaba, el amor de su adorado hijo, y ella, por su parte, poco a poco recobraba la fe en él que ya casi había perdido.

Días después de la llegada de Ruperto, Arturo dejó de pasar noches y días enteros fuera de casa.

Pasaba con su amigo largas horas en la oficina, pues hasta al trabajo le llegó a tomar afición.

De las[340] veladas cuantas dejó transcurrir en su compañía como si ya no le interesaran las múltiples diversiones que había fuera; y cuando salía, casi siempre con su amigo, regresaban uno tras de otro.

Una sonrisa jugueteó en los labios de la linda Elena. Qué gracia le hacía recordar el enojo de su hijo al encontrar a Ruperto en compañía de ella. Su pecho rebosaba de orgullo y satisfacción.

Su hijo la quería... su hijo reclamaba su cariño… Arturo estaba celoso de su madre... ¡Qué feliz se sentía con eso!

«¡Ah!, si don Alberto no hubiera estado ausente y enfermo», pensaba Elena, no habría nube que empañara el cielo de su dicha.

Ante el cambio de Arturo, la viuda como madre estuvo pronta a cubrir con un velo de[341] amoroso perdón todas las faltas de su hijo. Ya había olvidado cuanto la hizo sufrir; ella solo pensaba ahora en que había recobrado el cariño de aquel que creyó perdido para siempre.

El terrible remordimiento que la asaltó durante los primeros días en que Ruperto ocupó las habitaciones de su padre ya no existía, porque veía que a este amigo debía la regeneración de su hijo. ¿Cómo sucedió? No podía comprenderlo; pero sí sabia que Arturo había cambiado con la llegada de Ruperto.

Y este Ruperto, al que tan mal juzgaron, por quien se hicieron cruces las doncellas, viéndolo con malos ojos y hasta con rencor; este Ruperto, de quien asustó la misma Elvia, obligándola a ella a enviar a Nana al colegio más pronto de lo que pensaba, ¡qué sorpresa había sido para todos, que ejemplo para su mismo hijo!

Al pensar en Ruperto sintió la noble Elena un afecto maternal hacia ese pobre y desgraciado joven que ella creyó había sido siempre tan bueno y tan correcto como lo era en su casa.

¿Por quién podrá sufrir?, se preguntaba compasiva la viuda. ¿Será acaso porque no tiene fortuna por lo que su amada lo rechaza? Pobre joven a quien quisiera también llamar mi hijo y brindarle toda la ternura que mi corazón de madre tiene para mi celoso Arturo.

---

[340] En el original: «la» [errata].

[341] En el original: «le» [errata].

Mi querido revoltoso que esta noche no ha querido besarme, avergonzado tal vez de lo que él creé su falta. No sabe el muy tontuelo que Fernando al morir se llevó a la mujer y le dejó a él la madre... Por eso no volveré a amar a ningún hombre, hijito mío, murmuró Elena.

El sueño batió al fin sus alas sobre ella y se quedó dormida.

Arturo al separarse de su madre se fue a la terraza, en busca de su amigo al que encontró fumando. Al verlo llegar, Ruperto tiró el cigarrillo y esperó a la expectativa[342], pues de sobra conocía la violencia del carácter del mexicano.

Pero este ya no tenía la misma actitud de antes, sino que, sentándose a la par de Ruperto, le tendió silenciosamente su pitillera. Unos instantes después, ambos fumaban.

Arturo fue el primero en romper el silencio con una pregunta que por lo brusca e inesperada resonó con mayor fuerza en los oídos de su amigo.

—¿Te has enamorado de mi madre? —preguntó el mexicano a su compañero, mientras clavaba en él sus ojos brillantes, como de fiera en acecho.

Un pesado silencio cayó entre ambos amigos, pues Ruperto no pudo contestar tan pronto como el otro lo deseaba.

—Habla, contéstame —le urgió Arturo.

—¿Por qué me lo preguntas? —interrogóle a su vez el yugoeslavo— ¿Qué te hace pensar así?

—Lo que veo —contestó Arturo— lo que a gritos revela tu manera de ser.

Ruperto tiró su segundo cigarrillo, y corriendo su silla hasta ponerla frente a la de su amigo, se sentó en ella a tiempo que ponía sus manos en los hombros del dueño de la casa, clavando en él su mirada.

Seguidamente le habló así: —Mira, hermano, a otro hombre, ni aún a ti mismo en otras circunstancias, contestaría a esta atrevida pregunta que solo me concierne a mí. Sin embargo, voy a abrirte mi corazón porque tú lo mereces.

Me has protegido, has brindado tu hogar, tu dinero y tu amistad, salvándome también del deshonor, porque, además, has pagado mis deudas.

—Eso no viene al caso —interrumpió con brusquedad Arturo.

—Sí debe venir, amigo mío, y con bastante razón, porque ya era suficiente lo que habías hecho por mí sacándome de Francia y dejándome en New York, no solamente colocado, sino con cinco mil dólares que vivir solamente con mi sueldo.

Eso no lo hace ni un hermano y tú lo has hecho conmigo. Y yo, ¿cómo te correspondí? Como solo podía hacerlo un canalla. Ahora, te confesaré que mi conciencia por un raro milagro ha despertado y que empiezo a ser otro hombre; tan diferente me siento que desconozco al que fui.

Derroché en pocos meses lo que me dejaste, portándome además como el impenitente haragán que he sido siempre; y tanto fue así que después de muchas contemplaciones que por consideración a ti me detuvieron, al fin se vieron obligados a botarme del banco.

¿Qué hice entonces? Lo de siempre: contraer deudas por todas partes. Y cuando estaba a punto de ir a la cárcel, ¿adónde vine? Aquí.

Tú de nuevo me tendiste la mano y generoso cancelaste mis deudas salvándome con ello del deshonor y la prisión.

[342] En el original: «espectativa» [errata].

Como un buen hermano me brindaste tu hogar y, con sinceridad, te confieso ahora que lo acepté sin haber apreciado en todo lo que valía tu generosidad; porque otro en tu lugar quizás me habría protegido, sí, pero enviándome a un hotel.

Y tú ni siquiera me asignaste las habitaciones destinadas a los huéspedes, no, me diste las de tu abuelo, las que no debieron jamás de ser profanadas por un ser como yo.

Arturo lo escuchaba indiferente, revelando su mirada a ratos un enorme fastidio, el que al fin no pudo contener y exclamó impaciente: —Bueno, ¿pero qué fin persigues con esta inútil perorata?

—A eso voy —le contestó Ruperto—, pero ten un poco de paciencia, te lo ruego.

Después prosiguió: —¡Qué lejos estaba yo de pensar que iba a vivir bajo el techo de un hogar santificado por la presencia de una mujer tan gentil, tan digna y bella como tu madre! Jamás lo imaginé.

Al llegar aquí era mi intención vivir a tus expensas hasta donde fuera posible, pues ya sabes lo poco aficionado que era a trabajar y yo sabía de tu generosidad sin límites.

Pero aquella mañana, tres días después de mi llegada, cuando durante el desayuno me sugerías los más adecuados empleos que para mí podría[343] haber en México, escuchaba con desgano y por obligación, pero sin interés alguno en lo que me decías.

Fue entonces cuando tu madre, con su voz que tiene todas las tonalidades de ternura que conmueve y persuade, te dijo: —Hijito, ¿por qué no encargas a tu amigo las obligaciones que tu abuelo te encomendó? Tú, haragancillo[344] [sic] querido, las has descuidado —agregó con encantador mohín[345] de fingido enfado—; y yo, hasta donde me lo han permitido mis capacidades, me he encargado de ellas, pero con gran placer pondría en manos de tu amigo esas obligaciones que, como sabes, solo a una persona que nos merezca alta estimación y gran confianza pueden dársele.

Tú me miraste dándome a entender que debía[346] rehusar, tuviste miedo y bien fundada desconfianza de mí; pero yo lo hice porque sentí enormes[347] deseos de hacerme digno de la confianza que tan generosamente tu madre, esa bella y noble mujer, depositaba en mí.

Como ninguno de los dos respondiéramos a sus palabras, ella nos habló de nuevo, ¿recuerdas? Aún me parece estar escuchando la fina melodía de su voz diciéndonos: —¿Pero es que se han quedado mudos? ¿Por qué no respondes, Arturo? Mi propuesta me parece lógica, no solo porque a tu amigo se le complace pronto en sus deseos de trabajar, sino porque también estará más cerca de ti.

¿No es él tu mejor amigo? —prosiguió—, pues entonces querrás tenerlo siempre a tu lado. Eso es lo que yo me propongo, que vivan como hermanos. ¡Pero cómo! ¿Sigues enfurruñado? ¿Es que no apruebas mi idea?

—No es eso —le contestaste—, es que, como sabes, esos deberes son exclusivamente míos y me siento apenado por no haber cumplido con ellos.

—Pero como no los has cumplido, querido mío —replicóte ella con cariño—, yo opino porque tu amigo se encargue de ellos.

Y Ud., ¿qué dice, Ruperto? —me preguntó—, ¿le gusta mi idea? ¿Acepta?

---

[343] En el original: «podrían» [errata].
[344] En el original: «harangancillo» [errata].
[345] mohín: «Mueca o gesto» (DLE).
[346] En el original: «debía de» [errata].
[347] En el original: «enorme» [errata].

—No sé qué contestarle, señora —me oíste responderle—, su bondad me abruma; además, dudo que pueda desempeñar a satisfacción mi cometido. Pero le aseguro que de todas maneras le estoy muy agradecido.

—Está dicho —díjome ella levantándose de su asiento—, pasaremos al despacho de mi padre y le empezaré a indicar sus obligaciones.

—Pero señora, soy muy torpe —protesté— quizás no haga conforme a sus deseos ese trabajo.

—Torpe no es, sino modesto —me replicó—, es Ud. inteligente y yo tendré mucha paciencia para enseñarlo; por lo demás, para eso está el secretario quien le puede informar de cuanto Ud. deba y desee saber. Ya verá qué bien sale todo. Vamos.

Y empecé a trabajar como nunca lo había hecho, con un entusiasmo que ha aumentado día con día. Ella, con sus suaves indicaciones, me enseñó muy pronto lo que quizás no habría aprendido tan rápidamente con otro; aún más, me enseñó a tomarle cariño al trabajo, tanto que hoy no podría vivir sin trabajar, porque he llegado a la conclusión de que solo el trabajo dignifica al hombre.

Trabajando se siente en toda su plenitud la alegría de vivir y solo trabajando conocemos nuestro propio valor. Quien no lo hace embota su espíritu y adquiere todos los vicios que corrompen alma y cuerpo.

Y esto, ¿de quién lo he aprendido? De ella, solo de ella que con su sola presencia le hace sentir a uno cómo es más puro[348] el aire y más diáfana la luz. Porque ante tu madre no se levanta jamás un pensamiento insano, nunca; pero sí se escucha una voz que le dice a uno que está ante un ángel en forma de mujer.

Tú no puedes comprenderlo plenamente, Arturo, porque es tu madre; pero para mí, que solamente es una mujer, ha sido todo esto maravilloso, pues es la única mujer que no ha despertado mis sentidos, pero sí mi alma.

He aquí el porqué de mi transformación, por qué solo a su lado encuentro grata la vida y por qué me parece todo lo demás insulso y vacío.

Ruperto calló, esperando sin duda escuchar la voz de Arturo replicándole, pero este no se dejó oír, sino que, apoyando su cabeza entre las manos, se estuvo inmóvil por un largo rato.

El yugoeslavo prosiguió: —Yo no le he dicho a ella una palabra, pues sé cuan indigno soy para haberme siquiera atrevido a levantarle un altar en mi corazón. He guardado silencio, he luchado porque esta adoración hacia ella se extinga y seguiré luchando con todas las fuerzas de que es capaz un hombre; pero si a pesar de todo esto persiste, te lo confieso con sinceridad, hermano, le hablaré.

Le revelaré mi pasado, ya mi presente ella lo sabe; le descubriré el secreto de mi corazón, rogándole me conceda adorarla hasta el último de mis días. Entonces ella tendrá mi vida entre sus manos. Su amor será mi vida; su negativa, mi muerte.

—Eso nunca —rugió Arturo con expresión tal de rabia que parecía un demonio.

¿Cómo te atreves siquiera a pensarlo, miserable? Prefiero verte muerto que dueño de su amor.

—Pues óyeme —dijo Ruperto—, es preferible que me eches de tu casa, porque yo te prometo que, así como tuve el valor necesario para sincerarme contigo, lo tendré también para cumplir mi promesa al pie de la letra.

—Eres un miserable —repitió Arturo crispando los puños.

[348] En el original: «puro que» [errata].

—¿Pero por qué? ¿Puedes decírmelo? ¿No te he abierto mi corazón? ¿No comprendes que soy humano, que ella es un ángel que me ha deslumbrado? ¿Qué no es mi culpa estar hechizado? Además, prometo confesarle todo mi pasado; no la engañaré, de eso puedes estar seguro. ¿Qué tengo entonces de miserable?

—Todo —gritó el otro.

—Escucha, Arturo —díjole su amigo—, no te dejes cegar por el furor y los naturales celos que como hijo sientes. Tú eres un hombre, no un chiquillo y debes comprender. No te vuelvas mi enemigo, no me odies; he sido sincero contigo, pero soy humano; te repito, compréndeme. Te juro que haré todo lo posible porque esto no siga adelante para así no tener que verme un día ante ella confesándole mi pasado. Empezaré marchándome mañana de esta casa.

—No, no te irás —contestóle Arturo—, así solo conseguirás amarla más, exasperarte con la ausencia y presentarte bruscamente un día a revelarle tu estúpido amor, o escribirle una apasionada carta. Además, tu marcha solo serviría para despertar sospechas.

No te irás —prosiguió—, seguiremos siendo los mismos amigos de siempre, pero lucharás para arrancar esa idea de ti. Para lograrlo, procurarás alejarte de ella lo más posible. Me acompañarás a todos los sitios que yo frecuente, ya verás cómo consigues lo que te propones; esto es solo una aberración tuya, Ruperto, eso que los poetas o los tontos llaman amor no se hizo para nosotros que somos hombres prácticos, ajenos a todo sentimentalismo o estúpido romance.

—Bueno, hermano, haré cuanto quieras para no enemistarme contigo, a quien debo tanto y a quien quiero más. Pero te confieso, aunque te rías, que maltrataré con esto a eso que llaman «corazón».

Media hora después ya estaban acostados los dos amigos, pero ninguno de ellos dormía, sino que continuaban desvelados pensando en la misma mujer de quien tanto habían hablado: Elena.

Trataré de arrancar de mi pecho este amor, se decía el yugoeslavo, solo por compensar a mi amigo de tantos beneficios como le debo, pues hasta agradecido me he vuelto; pero si después de todo no lo consigo, le hablaré a ella, le revelaré mi amor, rogándole me deje ser su esclavo.

¡Quién me dice que no podré brindarle un poco de la felicidad que ella merece, rodeándola de amor y de ternura, siendo eso una dicha más para mí, porque jamás ha sido una mujer amada por un hombre como ella lo es por mí! «¡Oh, Dios mío!» —murmuró Ruperto olvidándose de que había sido ateo—, «dadme este amor, o mándame la muerte».

En la otra alcoba, Arturo, estrujando con rabia entre sus manos las blancas sábanas, se decía: «No lo volveré a dejar solo un minuto, no volveré a descuidarme[349] de él nunca; y, si a pesar de esto se descubre ante ella, líbrelo Lucifer de que alcance su mano porque lo acribillaré a balazos.

¡Sí!, morirá como un perro por mi propia mano. Está condenado de todos modos, o muere por la suya propia si ella lo rechaza o muere por la mía si alcanza su amor».

Ya el engranado manto de la aurora se tendía, surgiendo por doquier hebras de luz rosadas, cuando el sueño se posó al fin sobre las ardorosas frentes de estos dos hombres.

[349] En el original: «descuidarse» [errata].

CAPÍTULO DIECISEIS

DECLARACIÓN DE AMOR

—¡Ah! Cuando yo lo decía, señora, es porque tenía mucha razón, yo nunca me equivoco, tengo una experiencia para juzgar a primera vista a las personas. ¡Bueno!, como ya llevo mi carguita de años a la espalda.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo, Catita? ¿A quién te refieres? —preguntóle indulgentemente Elena—. No has hecho sino hablar y hablar desde que nos estás sirviendo el desayuno. ¿De quién hablas? ¿Por qué estás enfadada?

—Pregúnteselo a la señorita Elvia, señora —contestó Catita—, ella también lo sabe, y estará como yo, deseando despedazar con las uñas a ese mojigato[350] sinvergüenza.

—Ah, ya, ya —la interrumpió la viuda—, ya sé a quién te refieres, no me digas nada más, Catita.

—Pero Elena —dijo Elvia—, ¿cómo es posible que diga eso? ¿Es que ignora lo que pasa, o es que va a hacerse la desentendida?

—Ni lo uno, ni lo otro, querida Elvia —respondió la interpelada—, pero no puedo, no tengo derecho a intervenir.

—¿Pero por qué? —preguntó la fiel amiga de la viuda—, ¿no es esta su casa?, ¿no time Ud. absoluto derecho en ella?

—Aún así, Elvia, no tengo derecho a intervenir —repitió Elena.

—Derecho puede que no, pero obligación sí —escuchóse decir a la terca Catita—. ¿No ha visto, señora, cómo este malvado ha arrastrado consigo al señorito Arturo que tan bien se portaba ya? Y de seguro que lo lleva a sus juergas obligado, porgue yo los he oído discutir. ¡Ah!, si cuando me digo que Ud. debe ponerle remedio a esto, no es por lucirme; sino pensando en el daño que este zángano puede causarle a mi niño — terminó diciendo Catita a cuyos ojos asomaban las lágrimas.

Elena, conmovida al reconocer una vez más el sincero y profundo afecto que a su hijo profesaba la fiel criada, díjole con dulzura: —Mira, Catita, mi hijo ya es un hombre que no hace nada engañado, y menos obligado por nadie; tú conoce muy bien su indómito carácter, de manera que no debes preocuparte pensando en que su amigo o persona alguna pueda obligarlo a hacer algo malo.

No, Arturo ha[351] vuelto a la vida que empezó recién ido mi padre; la misma que probablemente llevó en París y en New York, y la que abandonó por no sé qué motivo cuando su amigo llegó.

Pero no está haciendo[352] nada que antes no hubiera hecho. Eso es todo. Su amigo lo acompaña y participa de las mismas fiestas, porque, vamos a ver: ¿Por qué había de ser mejor Ruperto que Arturo? ¿Puedes decírmelo?

—Señora —balbuceó Catita consternada—, si el niño... ya se había apartado del mal camino; y ahora este Judas lo echó de nuevo por él..., si el niño es muy bueno.

[350] En el original: «mogigato» [errata].
[351] En el original: «a» [errata].
[352] En el original: «hacienda» [errata].

—Te equivocas —respondió la viuda—, mi hijo no es bueno; es como todos los hombres. ¿Hay alguno bueno verdaderamente? Imposible. No puede haberlo, porque no ha nacido ni nacerá jamás el hombre perfecto.

—¿Cómo puedo[353] Ud. hablar así, señora? —dijo enfadada la criada—; ¿cómo puede decir que los hombres son todos malos? ¿No es por ventura don Alberto un hombre? ¿No lo fue don Fernando?

—Ay, Catita —contestó Elena complacida—, creo que ninguno de ellos en realidad lo ha sido: Fernando fue un ángel, mi padre es un santo.

Y cuando ese santo vuelva —insistió la testaruda criada—, se encontrará a su nieto pervertido por un Judas que la señora se empeña en proteger de tal modo que hasta se ha adueñado de las habitaciones del señor.

—Buena Cata —dijo Elena, que solo llamaba así a su doncella cuando estaba enojada—, vete a tus quehaceres, y no te presentes ante mi si no te llamo. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señora —respondió la criada que salió con una bandeja de plata en las manos y haciendo esfuerzos por contener las lágrimas. Para Catita no había peor castigo que el que su ama acababa de hacerle, prohibiéndole presentarse ante ella, pues, aunque testaruda y terca, Catita amaba profundamente a Elena.

Elvia y Elena quedaron solas en el comedor; la mañana se anunciaba hermosa, plena de un sol tibio y brillante, cuyos rayos jugueteaban con la plata y el cristal.

Un suave vientecillo agitaba los vaporosos y claros cortinajes, como si diminutos duendecillos se escondieran en ellos. Dos lindas mariposas de vivos colores entraron por una de las abiertas ventanas, revoloteando una en pos de otra.

Una de ellas se posó sobre el borde de una copa, pero al[354] ser perseguida por la otra voló hasta pararse esta vez sobre una de las blancas rosas que en un búcaro de cristal había. Después, persiguiéndose siempre, ambas salieron a unirse a las muchas que poblaban los versallescos jardines.

Al terminar su desayuno, Elvia preguntó a la viuda, que apenas había probado el suyo: —¿Quiere Ud., Elena, que salgamos a dar un paseo?

—Si, querida —respondió la madre de Arturo—, salgamos que es para mí un placer, pues en estos jardines, más que en ninguna otra parte, me parece sentir[355] juntó a mí el amado padre ausente.

Pasaron recogiendo sus labores y unos instantes después salieron a buscar la plácida soledad del parque.

Por un largo rato solo se escuchó, mezclado al murmullo de la fuente y a los lindos y diversos cantos de multicolores pajarillos, el ruido que sobre el fino empedrado hacían los pasos acordes de Elena y su compañera.

De pronto[356], cesó el ruido, escuchándose en su lugar una voz que dijo: —Sentémonos, querida Elvia, tengo que hablarte.

—Está bien, Elena —contestó su amiga.

Sentáronse en los rústicos poyos e insensiblemente empezaron a trabajar en sus labores. Elena en el bastidor ejecutaba un precioso bordado, mientras Elvia tejía artísticamente con sus agujas la rosada lana.

---

[353] En el original: «puedo» [errata].
[354] En el original: «el» [errata].
[355] En el original: «senir» [errata].
[356] En el original: «Depronto» [errata].

De improviso, levantó la viuda sus lindos ojos y mirando a su compañera díjole: —¿No has observado, Elvia, el brusco como inaudito cambio de Ruperto? Yo estoy admirada.

—Sí, yo también lo estoy, y tanto me encuentro alarmada.

—¿Puedes decirme por qué? —preguntó Elena.

—¿No se ha de disgustar si lo digo? —interrogó a su vez la compañera de la viuda.

—No, en absoluto, Elvia, dilo. ¿Cuál es el motivo de tu alarma?

—A mi parecer, querida Elena, el señorito Ruperto fingió una corrección y cultura que está muy lejos de tener. Y las fingió mientras se ganaba su consideración y confianza. Hoy, que tiene ambas cosas, muy fácil le ha sido despojarse de la careta quedando entonces al descubierto lo que es: un libertino y vicioso al que yo creo capaz de las mayores fechorías.

—No hables así, querida Elvia —rogóla Elena—. Me parece que estás equivocada al juzgarlo tan duramente. Yo creo que este pobre joven sufre; lo dice su mirada, lo revela su semblante. ¿No lo has observado?

—No —contestó Elvia—, yo solo veo en su semblante las huellas que ha dejado el vicio y sus ojos dicen que es un trasnochador[357].

—Pues en esos ojos se refleja la tortura de un alma[358], yo no sé por qué motivo he podido comprenderlo; quizás sea porque la mía casi solo ha sabido de sufrimientos. ¡Ah!, si él fuera mi hijo, yo sabría arrancarle el secreto de su pena; pobrecito, tan solo y tan desdichado. No tiene una madre que lo consuele.

—No se mortifique tanto por ello, querida Elena, ya ve Ud. qué fácil es para él Olvidar sus pesares, si es que los tiene. Orgía tras orgía, paseos, amigos, tequila... ¿Eso es sufrir?

—Sí que lo es, Elvia, pues lucha desesperadamente para ahogar esa pena. Busca olvido en los banales placeres del mundo, porque otra cosa no sabe, pero solo consigue atormentarse más. Como él hay muchos. Ríen, ríen y ríen, pero es su risa como la del payaso: una mueca de amargo dolor.

Elvia, que también tenía un corazón generoso, se conmovió al escuchar a Elena, y descansando en sus regazos la labor, dijo mirando a la viuda: —¿Qué se puede hacer por él? Hay que hacer algo entonces, Elena, no es posible dejarlo sufrir así y que no solo hasta se pierda pretendiendo mitigar sus pesares.

—Yo lo he intentado ya —contestó la madre de Arturo—, pero no he podido, pues tú has visto como elude mi presencia. Antes conversaba conmigo en la mesa, en la terraza, en los jardines, y yo me hacia la ilusión de que era otro hijo. Ahora, casi ni se presenta al comedor, sino que come en compañía de Arturo, cuya conducta también es muy extraña.

Si se sientan a la mesa con nosotras, hablan poco, casi nada; pero he podido ver cómo se vigilan uno a otro, no obstante que se levantan casi al mismo tiempo y se marchan juntos.

—En verdad, que parece raro todo esto —dijo la exenfermera.

—Al despacho fui un día —continuó Elena—, y preocupada inquirí a Ruperto la causa de su repentino cambio, quise saber si lo habían ofendido, si estaba enfermo o nostálgico.

«—Nada de eso, señora —respondióme con brusquedad—, mi carácter es variable, no siempre soy el mismo, por eso le ruego me disculpe». —Y al decir esto se alejó.

---

[357] En el original: «transnochador» [errata].

[358] En el original: «una alma» [errata].

Desde ese día, cuántas veces entró al despacho, pretexta tener que hacer algo y se retira. Sus charlas conmigo terminaron.

Ahora solo entra y sale en compañía de Arturo, y me temo que mi hijo le esté haciendo pagar cara la hospitalidad que le ha brindado, pues he oído cómo disputa con su amigo. Tú conoces como es Arturo. Sin embargo, presumo que continúan teniéndose el mismo fraternal cariño.

—Pues entonces, tal vez el señorito pueda hacer algo por su amigo, ¿por qué no se lo dice, Elena? —aconsejó Elvia.

—Ya lo hice, pero mi hijo lejos de atenderme se enfadó mucho y me dijo que las mujeres pretendíamos siempre que esa enfermedad que es puro histerismo, pero que llamamos «sufrimientos» y que todas padecíamos, la tuvieran también ellos. Agregó que no debía inmiscuirme para nada en las cosas personales de su amigo.

Como ves, nada puedo hacer por él, Elvia, a no ser disimular «sus errores» y eso que Uds. llaman «falta de respeto» a la casa, cosa que no solo tolera, sino que también hace mi hijo. Además, supongo que él mismo es quien obliga a Ruperto a llevar esa desordenada vida a la que el pobre joven sin duda se resiste. Yo he oído cómo discuten por ese motivo.

Pero, en fin —continuó diciendo Elena—, Ruperto ha manejado tan bien los asuntos de mi padre y cuando él regrese, lo que espero sea pronto, lo tomará en cuenta, y tal vez logremos arreglar la situación del pobre joven. Yo sospecho, Elvia, que es «amor» lo que nuestro amigo padece.

—¿Qué dice Ud., Elena? —preguntó extrañada su compañera.

—Que Ruperto está enamorado. Él mismo me lo confesó cierta noche en la terraza.

—¿De quién, Elena? —preguntó de nuevo su amiga—. ¿De alguna compatriota nuestra?

—Presumo que sí, pero ignoro quién sea —contestó la viuda.

—Pero ¿cómo puede ser posible? —exclamó Elvia—. Si este joven casi no salía de aquí ni concurría a sitio alguno.

—¿Pero Ud. no trató de averiguar quién es su amada? —volvió a preguntar la exenfermera.

—Pues así es, querida Elvia, esa noche me lo confesó todo y se mostraba muy consternado, pues consideraba que sus sueños nunca serian realidad.

—¿Pero Ud. no trató de averiguar quién es su amada? —volvió a preguntar la exenfermera.

—No, porque no quise ser indiscreta, si él hubiera querido lo habría dicho; pero al no decirlo es porque su secreto lo quiere solo para sí. Sin embargo, traté de infundirle esperanzas, entonces él pareció querer revelarme algo, pero ignoro por qué tardó tanto en hacerlo, y luego, ya no pudo decirlo porque llegó mi hijo muy enojado.

—¡Ah!, ¿fue esa noche? —interrogó a Elena su compañera.

—Sí —contestó la viuda—, y desde esa noche ya ves cómo han cambiado las cosas.

—Hum... —gruñó Elvia—, qué complicado encuentro esto. No veo claro, pero, no obstante, presiento algo desagradable.

—¿Por qué dices eso? —preguntó inquieta la madre de Arturo.

—No sé, no sé —exclamó bruscamente la enfermera, no me haga Ud. caso, Elenita, y no hablemos más de este asunto que, en resumen, a ninguna interesa mucho. ¿No le parece que debiéramos de ir a ver si ha llegado el correo? —agregó Elvia poniéndose de pie.

Elena la imitó y dijo a su fiel amiga: —Sí, vamos, estoy ansiosa por saber de mi querido padre—. Y emprendieron lentamente el regreso hacia la casa.

Al entrar, escucharon sorprendidas voces airadas que venían del comedor. Eran Arturo y Ruperto que disputaban.

—Sí, es cierto que te debo mucho; todo, si quieres —decía Ruperto—, pero no por eso tienes derecho a esclavizarme, Arturo. Te lo ruego, no me lleves, yo no quiero ir. Estoy cansado de fingir, no me lleves con ellas.

—Sí, tienes que venir, no puedes hacerme quedar mal —replicaba el hijo de la viuda—. Adriana te divertirá y a ella diste palabra de asistir.

—Yo no —dijo el yugoslavo—; tú la empeñaste por mí, y sin consultarme; pero a fe mía que te hago quedar mal. Me tratas como a un afiche y no como a un hombre. Yo también tengo derecho a expresar mi opinión —concluyó—, y haré de ahora en adelante mi voluntad y no la tuya.

—Tienes que venir, Ruperto —exigió Arturo—, y vendrás por…

—No, no puedo fingir más —gritó el yugoeslavo—, no voy, no iré, odio a todas las mujeres.

—Sí que irás —gritó aún más duro el hijo de Elena; irás, aunque tenga que…

—¿Qué es, hijo? ¿Por qué te exaltas? —preguntó la viuda irrumpiendo en el comedor.

—Porque este necio se empeña en hacerme quedar mal con unas amigas a las que prometí un paseo en nuestro *yatch*[359]. Debemos salir ahora para Veracruz con ellas y él se niega a acompañarme cuando ya es tarde para reponerlo. Qué se creerá el muy imbécil —terminó rechinando con rabia los dientes.

—Vaya Ud., Ruperto —suplicó Elena—, vaya, se lo ruego.

—Está bien, señora, si Ud. lo quiere, iré —contestó el amigo de Arturo.

—No, así no, por obligación no me complazca —replicó la viuda.

—A Ud., señora, es a la única persona a quien yo serviría siempre de rodillas —dijo Ruperto—; no iré por obligación, iré feliz porque he tenido con ello la oportunidad de complacerla y, si antes detesté este viaje, ahora lo deseo. Vamos Arturo.

—Gracias, Ruperto —contestó la viuda de Saldívar—, procure divertirse y me agradará más.

Arturo clavó las uñas en el blanco lino del mantel y salió tras de su amigo sin despedirse de su madre.

Elena se encaminó a sus habitaciones en donde encontró sobre su escritorio la correspondencia. Rápidamente sacó dos sobres de ella bien conocidos, rompiendo primero el de sello argentino, del que extrajo una carta de su hermana, que leyó con gran pesar.

Sor María de las Rosas decía que, si bien su padre no empeoraba, tampoco le era posible regresar. La afección que padecía el corazón del anciano no era de gravedad, pero sí de gran cuidado. Lágrimas abundantes derramó Elena sobre la carta que tan triste noticia le traía.

Cuando se hubo calmado leyó la otra. Era de la superiora del colegio donde se educaba Nana y en ella le daban magníficos informes de su hija adoptiva. Asegurábale también que los médicos veían cercana la curación de la tartamuda. Estas noticias llenaron de alegría el corazón de la hija de don Alberto, pues amaba sinceramente a la pobre huerfanita.

---

[359] yate. En inglés en el original.

Unos débiles golpes dados en la puerta llamaron la atención de Elena. —Adelante —dijo, y continuó releyendo la carta que hablaba de Nana.

La puerta se abrió y apareció Catita, que, con inseguro, se fue acercando poco a poco a donde su ama.

—Señora —balbuceó—, perdóneme por haber contravenido su orden, pues me he presentado ante Ud. cuando aún no me ha llamado.

—¿Qué quieres, Catita? —preguntóle la viuda con cariñosa voz y dando al olvido su enojo de la mañana.

—Señora, abajo está Anselmo, el caporal de «El Paraíso», dice que necesita hablarle.

—Está bien —contestó la señora—, dile que enseguida bajo

Instantes después, Elena decía al noble y viejo caporal: —Qué gusto de verte, Anselmo ¿Qué te trae por acá?

—Pos la mera verdá, «mi niña», primero que nada, el deseo de vela y presentale mis rispetos —contestó el noble viejo inclinándose frente a su hermosa «patrona».

—Muchas gracias, Anselmo —dijo Elena—, ¿cómo está tu familia?

—Ardiendo en deseos de vela «niña mía» y pa' eso he' venido.

—¿Cómo? ¿Me piensas llevar a la grupa de tu caballo? —preguntó sonriendo la linda viuda.

—No, «niña», qué cosas dice Ud. —respondió el caporal—. Es pa' avisale que las fiestas de La Virgen empiezan el domingo y pa' rogale que vaya Ud., aunque sola, ya que pa' desgracia nuestra, no estará nuestro viejo y querido «patroncito».

—Pero Anselmo —dijo tristemente Elena—, ¿cómo voy a ir a fiestas estando enfermo mi padre?

—Razón de más «niña», razón de más —repuso el caporal—, pues Ud. no va a las fiestas sino para representar a su papá.

La viuda sonrió ante la divertida testarudez del viejo caporal.

—Vaya «niña», vaya —insistió el viejo—, no ve que ya yo soy huesos viejos y tal vez no alcance[360] a vela en otras fiestas.

—Está bien, Anselmo —dijo Elena conmovida y convencida—; iré si Dios quiere. Tengan la casa lista para el sábado por la tarde.

Y en efecto, ese día partieron todos para Michoacán. Gran trabajo había costado a la viuda convencer a su hijo de que fuera con ella, el joven quería quedarse con Ruperto en México.

—Hay asuntos que arreglar —decía—, también es arriesgado dejar sola la casa, puede llegar de improviso el abuelo.

—No lo creo, hijo —contestó la madre de Arturo—, por más que lo deseo, papá no vendrá pronto.

—¿Pero la casa con quién queda? —preguntóle el ladino—; no —dijo rotundamente—, Ruperto y yo nos quedaremos.

—Mira, Arturo —dijo decidida la madre—, no te preocupes tanto, pues la casa queda perfectamente cuidada por nuestros fieles servidores, nunca hemos dejado de viajar por ese motivo; pero si lo que tú buscas, como yo veo, es un pretexto para no ir, está bien. Quédate, pero tú solo, polque Ruperto irá conmigo. Si él quiere ir, por supuesto, —terminó diciendo Elena.

[360] En el original: «alcence» [errata].

—¡Ah!, ¿te encaprichas en llevártelo? —dijo Arturo palideciendo de cólera.

—Tú pensarás lo que quieras —contestó la madre—, pero quiero que Ruperto conozca verdaderamente todo lo digno de conocerse en mi tierra. Estoy orgullosa de sus costumbres, de sus tradiciones y de su belleza, y quiero que él también las admire. Por eso irá conmigo, ¿entiendes? En la mesa le daré la noticia de que partimos el sábado.

—Bueno —repuso el hijo cambiando de táctica—, creo que tienes razón; nada hay más bello que apartarse un poco de esta endemoniada civilización, retroceder un poco en nuestras costumbres y en nuestro ambiente. Como yo también me he olvidado casi de esas tradicionales fiestas, iré contigo. ¿Quieres llevarme? —preguntó zalamero.

—Qué dicha —exclamó la viuda, palmoteando con alegría propia de una chica de escuela—. Claro que sí, Arturo, si eso es lo que quiero, que vengas conmigo, así no estaré preocupada por ti.

—Pues iremos —concluyó Arturo—. ¿Vamos solo nosotros? —preguntó a su madre.

—Casi —contestó ella—. Solo la hermosa María nos acompañará; ya su madre me lo ha prometido y espero que la atenderás con la consideración que ella merece.

—¿La hija del coronel Pineda? —preguntó Arturo.

—La misma —respondió Elena—, la muchacha más linda de México, hijo mío.

—Eso crees tú, pero yo sé que hay otra todavía mejor —agregó el joven clavando en la viuda su penetrante mirada.

—¿De veras? —exclamó ella sorprendida—. ¿Quién es?

—Tú —contestóle su hijo y le volvió la espalda.

Cuando llegaron a «El Paraíso», la gran hacienda que los Revillas tenían[361] en Michoacán, la encontraron adornada por doquier con faroles, banderas y multicolores guirnaldas de flores y papel.

Por la noche, los rancheros luciendo sus vistosos trajes bordados cuajados de plateados botones demostraron sus grandes habilidades en la guitara, mientras algunos de ellos dejaban oír sus voces bien timbradas en la linda interpretación de populares canciones.

Al amanecer, se perfilaba por la orilla del lago la larga silueta de una caravana de carretas que hacia el pueblo venían para asistir a los boyeros y sus familias a la solemne ceremonia religiosa con que se daba principio a las fiestas.

Las carretas venían cargadas de frutas y engalanadas con guirnaldas de flores, las que también adornaban las astas de los bueyes, majestuosos animales de reluciente pelaje.

Muchas de ellas traían un cargamento humano, porque entre los plátanos, los cocos, las naranjas y muchas otras frutas, lucían sus figuritas de flores en capullo, los niños hijos de los carreteros.

Hombres y mujeres se unían al desfile, llevando sus más festivos trajes y entonando alegres canciones.

Al llegar a la iglesia se proveían de un cirio y lo encendían al entrar en el templo.

Elena, Arturo y su amigo llegaron seguidos por Elvia y la hermosa María. Portando también ellos el prendido cirio, entraron en la iglesia, despertando su presencia la admiración de todos los concurrentes.

La viuda y sus compañeros ocuparon un lugar cerca del coro y, desde allí, siguiendo los divinos oficios, admiraban a un tiempo el parpadeo sin fin de los cientos de cirios que en honor de La Virgen alumbraban el templo.

[361] En el original: «tenía» [errata].

Cada feligrés sostenía uno en sus manos, como símbolo de la fe que ardía en su corazón.

Ruperto estaba admirado, pues era para él una desconocida ceremonia la que había encontrado sin atractivo alguno si Elena no hubiera participado en ella.

Pero ahí estaba la hermosa dama, con un cirio prendido entre sus manos y siguiendo con devoción el oficio divino. Las llamas arrancaban reflejos azulados a su negra cabellera y su rostro tenía expresión singularmente bella.

Pasada la tradicional ceremonia, regresaron todos a sus casas a prepararse para asistir a las alegres fiestas. Había en ellas de todo: juegos diversos, bailes, concursos, etc.

Suscitaba gran entusiasmo el concurso de los hacheros, que era todo un derroche de fuerza y resistencia.

Los más fornidos mozos tomaban sus hachas y se dirigían a uno de los más frondosos bosques de los tantos que hay en Pátzcuaro[362]. Cuando llegaban, cada cual elegía un grueso árbol, mientras se escuchaban gritos de los partidarios de este u otro hachero. A una señal dada por el que fungía como juez, empezaban todos a cortar el árbol con sus afiladas hachas.

Y empezaba la lucha. Ellos, con sus rostros y sus torsos desnudos, bañados en copioso sudor levantaban una, y otra, y otra vez sus fuertes brazos provistos del hacha. Descargábanla furiosamente sobre el árbol, que parecía más grueso a cada nuevo hachazo.

Bandadas de pajarillos volaban asustados; algunos piaban tristemente, porque en el árbol herido tenían sus nidos.

Ruido de hachazos y entusiastas gritos era lo único que se oía, hasta que caía el primer árbol, era el del vencedor. Este, entre furiosos aplausos y ruidosos vivas, recibía su premio.

Y así, entre múltiples atracciones transcurrían los días de fiesta. Arturo, aunque de mala gana, atendía a la hermosa María Pineda, y entonces, por fuerza descuidaba a Ruperto, lo que lo disgustaba en extremo, porque él se había propuesto lo contrario.

Al yugoeslavo una que otra vez se le vio en compañía de la viuda cuando ella asistía a alguna de las atracciones de la feria.

El número final del programa era un baile a orillas del lago, para el que se rogó a Elena su asistencia.

Y a él asistió la viuda con su traje regional, con el cual se acrecentaron sus encantos.

—Parece Ud. una diosa, señora —díjole Ruperto al verla.

—Más linda viene María —contestó Elena—; mírela Ud. del brazo de Arturo, le sienta tan bien el traje que se diría nacida en Michoacán.

Cuando se hubieron reunido se encaminaron todos hacia el baile.

A orillas del lago se había levantado una extensa tarima con barandales que adornaban guirnaldas de espárrago y flores. De una columna a otra se extendían también artísticos cordones de los que pendían cientos de faroles que alumbraban la tarima y el lago.

Cuando aparecieron Elena y sus acompañantes, gritos de alegría, vivas y aplausos lanzaron los numerosos concurrentes.

La magnifica orquesta de rancheros ejecutó con acabado arte una sentida canción en honor de «la patrona». Después comenzó el baile al que se entregaron con animación numerosas parejas.

[362] En el original: «Paztcuaro» [errata].

Arturo no pudo menos que entusiasmarse como los demás, no solo con la alegre música, sino también con las lindas michoacanas, cuyos ojos lucían como otras tantas estrellas. No había rostro de mujer que no fuera bello y enmarcara esa belleza en una dulce sonrisa.

Primero bailó con la linda y codiciada María; después con una y otra... y otra de las tantas bellas jóvenes que se bebían los vientos[363] por bailar con el «patrón».

Elena, reclinada en una de las columnas, escuchaba la música mirando hacia el lago mientras jugaba distraídamente con sus collares.

—¿No baila Ud., señora? —preguntó Ruperto acercándose a la linda soñadora.

—¿Yo? —dijo extrañada la viuda—. No, Ruperto, jamás volveré a bailar.

El yugoeslavo sintió en su corazón aguda espina al comprender que la adorable mujer no había olvidado ni olvidaría jamás al muerto esposo.

—¿Me permite entonces que le haga compañía? —interrogó el joven con suave voz. Yo tampoco quiero bailar; además, creo que lo haría mal.

—Naturalmente que sí, amigo mío —respondió Elena—, y ya que no bailamos, venga y admiremos juntos este bello paisaje, el cual, a la luz de la luna, tiene mayor encanto. Dígame con sinceridad si alguna vez ha visto otra cosa tan linda.

—Cierto que no —contestó el amigo de Arturo—; pero no miraba hacia el lago, sino a la linda Elena.

Ella estaba embelesada contemplando la vasta extensión de agua, que en verdad ofrecía una maravillosa vista ante la cual extasiarse.

Es el lago un enorme espejo bordado de sauces corpulentos. Sus rizadas ondas plateadas por la luna semejaban enormes escamas de peces luminosos.

Los maravillosos efectos lumínicos que en las ondulantes aguas se producían como por arte mágico, al reflejarse en ellas titilando las miles de luces de los farolillos prendidos «a giorno»[364], en multitud de embarcaciones, daban un mayor encanto al poético lago.

Por otra parte, en esa hermosa noche de luna, frondosos árboles desde la orilla opuesta proyectaban inmensas sombras en fantásticas figuras alargadas y oscilantes.

Elena, con el alma un poco inquieta, sin saber por qué, dejaba vagar su mirada ante el espectáculo que a su vista se ofrecía. Pero, de pronto, fue atraída su atención por otra escena que le pareció más animada y jovial. Eran los botecitos de pescadores que llevan adelante sus enormes redes en forma de alas y que, al verlos, parecen una bandada de blancas mariposas prontas a alzar el vuelo o que estuvieran reposando a flor de agua.

Mas los boteros, que estacionados cerca de ellos estaban, ya se les veía alistarse para emprender la marcha y pescar esta vez no peces, sino su buena ancheta de alquiler: algunos se deslizaban lentamente llevando una pareja de enamorados; en otras, fueron atropellándose grupos de gentes para tomar asiento también en busca de placeres íntimos o de bulliciosas alegrías. Muchos tarareaban o cantaban en el bote la música que la orquesta ejecutaba en la tarima donde se bailaba.

Algunos de estos singulares botecitos llevaban su conjunto de guitarras y a sus compases cantaban con más entusiasmo aún los animados paseantes. La algazara en ese momento era general.

---

[363] Metáfora coloquial que expresa el ferviente deseo que alguien siente por una persona o por algo prácticamente inalcanzable.

[364] al día. En italiano en el original.

Elena y Ruperto, reclinados en la baranda, han estado silenciosos[365], ya siguiendo el vaivén de las ondas, ya mirando los botes.

De pronto ella dice: —Me gustaría dar un paseo por este hermoso lago.

—Pues lo hará, señora —responde Ruperto—, ¿quiere Ud. que llame a María o a la señorita Elvia?

—No —dijo Elena—, si quiere Ud. acompañarme, no es necesario.

—Desde luego, señora —contestó él temblando de emoción.

Bajaron caminando por la orilla del lago hasta llegar a donde estaban los alados botes. Minutos después se deslizaban lentamente en uno de ellos, sentados uno frente a otro.

El remero empezó a cantar una bella romanza que hablaba de un desesperado amante ante un amor imposible.

Al extinguirse la última nota de la linda canción, dijo Ruperto con triste acento: —¿Por qué se le habrá ocurrido a este hombre esa canción? ¿Por qué?

—Es preciosa —dijo la viuda—; delicada y sentida como pocas canciones.

—Cierto, señora, pero es muy cruel —le contestó su compañero.

—¿Por qué, amigo mío? —volvió a preguntar Elena con ternura, recordando la confesión que una noche le hiciera el yugoeslavo.

—Porque ha puesto sal en mi herida, señora, por eso. Porque hay momentos en que un hombre, por más voluntad que tenga, no puede luchar contra su corazón. No puede, no puede, y eso es lo que me pasa a mí, —terminó diciendo con su voz estrangulada por la emoción.

—Pero ¿qué es lo que le pasa a Ud., Ruperto? —preguntó Elena alarmada.

Él guardó silencio, clavándose casi las uñas en las palmas de sus manos.

—Hable, hable —díjole la madre de Arturo—, tal vez confiándome su pena logre mitigarla un poco.

Entonces él, fijando sus azules ojos en la hermosa mujer, le dijo: —Sí, sí, lo haré, señora, aunque después me arroje de su lado.

Calló unos instantes y luego continuó: —Elena, nunca la he llamado así, pero ahora lo hago porque la confesión que voy a hacerle así me lo exige.

Elena —prosiguió—, yo no fui siempre el qué ahora soy, no; yo era un hombre ruin, un haragán, un vividor capaz de todas las bajezas. Pero la encontré a Ud. en mi camino... y entonces todo cambió.

Fue Ud. el ángel de mi redención, Elena. Yo no debí jamás haber puesto mis ojos en Ud. que es la pureza misma; que es bella corno una virgen de leyenda; no debí hacerlo, porque un ser como yo, al solo pensar en Ud., la profana. Pero, desgraciado de mí, yo he hecho más aún que pensar... yo la amo intensamente y la amaré hasta el último aliento de mi vida.

—Oh, calle, calle Ruperto —exclamó Elena cuya sorpresa no tenía límites, pues jamás se imaginó que fuera ella la dama de los pensamientos del apasionado amigo de su hijo.

—Sí, me callaré cuando Ud. me haya contestado, Elena —replicó el enamorado—. Déjeme ser su esclavo, déjeme amarla hasta el último de mis días. Concédame el honor de ser mi esposa y acepte el humilde nombre que le ofrezco. Dígame que sí, Elena —suplicó con vehemencia y arrodillándose ante su amada.

[365] En el original: «slenciosos» [errata].

—Imposible, Ruperto —contestóle la viuda, no puedo decidirle ahora, estoy tan confusa como sorprendida y no puedo pensar en lo que digo. Nunca pensé que fuera yo a quien Ud. amara. ¿Cómo puede haber sido esto?

—Casi desde el primer momento, Elena —contestó él—, y aunque me prometí no decírselo jamás, aunque luché por arrancar de mi pecho este amor, no fue posible. Yo sé cuan indigno soy de Ud., pero al corazón no se le manda.

—No hablemos más de esto, no me vuelva a mencionar nada hasta que yo dé mi respuesta —rogó ella.

—Pero dígame —suplicó de nuevo el amigo de Arturo—, dígame que no pensará mal de mi por haber tenido tanta osadía. Perdóneme, Elena, y no me juzgue mal.

—Sí, Ruperto —contestó la bondadosa y noble viuda—, lo perdono y lo comprendo.

CAPÍTULO DIECISIETE

ENEMIGOS

Si bien la inesperada como sorprendente declaración de Ruperto causó impresión profunda en la bella viuda, quitándole hasta la facultad de pensar con claridad como ella lo dijera a su enamorado, no quiere esto decir que pesara en su ánimo la posibilidad de un sí. ¡Jamás!

Al escuchar Elena el ruego apasionado de Ruperto sintió cómo su corazón aceleraba los latidos al recuerdo de otro… que 26 años atrás le hiciera el que luego fue su infortunado esposo. Entonces fue feliz al oírlo, intensamente dichosa al escuchar el ruego de su amado; su corazón, como un pájaro loco, le saltaba en el pecho, y a sus ojos asomaban las lágrimas, brillando al propio tiempo de alegría.

Y al recordar a Fernando, las palabras de Ruperto que ahora escuchaba no producían en ella otro efecto que el de un penoso sentimiento de piedad y conmiseración hacia él.

Por eso no tuvo valor para darle una negativa rotunda. Su alma sensible, su noble corazón se rebelaba[366] a causar una pena y era ese el motivo de que hubiera dejado vislumbrar una esperanza al apasionado yugoeslavo.

Pero ya estaba arrepentida de ello, pues al habérsela dado, se encontraba ahora con menos fuerza para troncharla, porque al hacerlo le daría un mayor pesar a Ruperto.

Es verdad que el trato afectuoso que Elena le había dispensado siempre y sus continuas amabilidades pudieron, ciertamente, ser motivos que él interpretara como insinuaciones para infundirle esperanzas cuando en realidad no habían sido sino la expresión ingenua y sincera del cariño maternal profesado por ella al huérfano arruinado que el destino trajera a su casa.

Entre tanto, el tiempo pasaba, retardando Elena la ofrecida respuesta. Las horas se enlazaban unas a otras en el hilo sin fin de lo eterno; y los días se sucedían sin que la viuda resolviera la torturante situación de Ruperto.

No era menor el sufrimiento de la bella mujer al no encontrar el valor necesario para hablar como pensaba al amigo de su hijo.

Ella, en su exaltada imaginación, forjaba mil suposiciones que la atormentaban sin cesar, como era la de que, al verse Ruperto rechazado, de seguro saldría inmediatamente de la casa, yendo a vagar por la ciudad, abandonado y sin recursos, en busca de un albergue y de trabajo.

Otras veces llegaba en su exaltación hasta imaginar verlo buscar la muerte para olvidarse de quien lo había desdeñado.

Y así, divagando más y más, se decía a sí misma: «Lo mejor sería que yo, con suavidad, tratara de disuadirlo, poco a poco, de sus locas pretensiones, haciéndole comprender cuan absurdas son ellas amando a una mujer que podría ser su madre, pues es casi de la misma edad de Arturo».

«Le haré ver también —porque, ¡ay!, iluso de él, ahora no puede verlo—, cuán pronto llegaría la desilusión a desmoronar el castillo que tan ingenuamente ha levantado; esto, necesariamente, habría de suceder cuando mis cabellos se mancharan de plata y mis espaldas empezaran a doblarse al peso de los años. Le diré, además, cómo me ha sido y me

[366] En el original: «revelaba» [errata].

será siempre imposible amar a otro hombre, porque mi corazón sigue perteneciéndole a Fernando; pero, por otra parte, habré de convencerle que en mí ha tenido y tiene toda la ternura de una madre para con su hijo».

Al hacerse Elena estas y otras reflexiones surgían en ella vehementes deseos de ir a buscar a Ruperto y decirle todo lo que pensaba; pero, a tiempo de hacerlo, la detenía de nuevo la preocupación de que él, al escuchar sus primeras palabras, no esperaría a oír más explicaciones, y profundamente decepcionado, enloquecido, iría enseguida a poner fin trágico a su vida, como ya se lo había insinuado que haría en semejante eventualidad.

Así transcurrían los días sin que ella se decidiera a hablarle. Pero, agobiada por tantas congojas, Elena se consumía y no era posible que su estado de ánimo, lleno de zozobras, cuyos deplorables efectos se reflejaban en su triste y pálido semblante, pasara inadvertido a los ojos de las dos fieles mujeres que por quererla tanto mejor la comprendían; y, a los de Arturo, que sin cesar la vigilaba.

Hasta el mismo Ruperto notó que su amada sufría; pero, fiel a su palabra, no quiso acercarse a ella por temor a que desbordara su ternura, y así, aunque era febril su impaciencia, conseguía dominarse y aguardaba haciendo mil conjeturas.

—¿Has tenido malas noticias del viejo? —preguntóle Arturo una mañana.

—No, hijo, las mismas, mi padre no mejora, pero dichosamente tampoco empeora.

—¿Qué es entonces lo que te trae preocupada y cabizbaja desde hace varios días? —inquirió su hijo.

—¿Por qué te figuras eso, querido? —respondió evasivamente Elena.

—Hace días lo he venido notando —replicó el joven—, y puedo asegurar que te he oído hablar en voz baja. Dime, pues, ¿qué te pasa?

—Nada hijo, puedes estar seguro de que no es nada de importancia.

—Eso quiere decir —insistió Arturo—, que, aunque niegues lo contrario, algo te mortifica. Dime, ¿qué es?

—Nada que te concierna a ti —respondió la viuda. Esta inesperada respuesta desconcertó al hijo, quien no preguntó más, pero si se prometió hacer cuanto pudiera por averiguarlo.

Elvia y Catita también agotaron todos sus recursos sin conseguir saber el secreto de Elena porque la viuda había decidido que nadie se enterara del apasionado amor que contra su voluntad despertó en el yugoeslavo.

Quería a Ruperto con demasiada maternal ternura para permitir que su nombre cayera en la cruel maledicencia de quienes no le querían bien.

No obstante, estas precauciones de la madre de Arturo, todo fue inútil, ya que pronto fue de todos conocido el intenso amor que por ella tenía el amigo de su hijo.

En verdad, Ruperto no se cuidaba de ocultarlo. Horas enteras pasábase por la noche, frente al balcón que de las habitaciones de Elena daba a los jardines. Y cuando la fina silueta de su amada se veía al través de la transparente muselina que cubría los cristales, Ruperto se incorporaba, como si hasta él fuese a acercarse la adorada visión; pero, tan pronto como aparecía, así desaparecía la linda viuda, y entonces oíase un triste, doloroso suspiro, lanzado por el infeliz enamorado.

Una noche estaba el jardín envuelto en la apacible serenidad de un plenilunio. La viuda de Saldívar, inclinada sobre el balcón, parecía desmaterializada, transportado su

espíritu a celestes regiones. Al verla, se impresionó de tal modo el yugoeslavo que empezó a hablar en voz alta, sin pensar que pudiera ser oído su amoroso monólogo[367].

—Elena, Elena mía —decía con desesperado acento—, ¿cuándo consentiréis en ser mi esposa?, ¿cuándo llegará el anhelado día de tu respuesta?, ¿cuándo vendrá esa hora venturosa en que al fin pueda llamarte mía, si consientes?; o que, desesperado me quite esta inútil vida si no alcanzo el tesoro de tu mano.

Elvia sentada estaba en un poyo[368] vecino y lo oyó, pudiendo así penetrar el secreto que atormentaba a su querida amiga.

Otro día fue Catita quien lo vio alzar una camelia que en la cabellera de su señora habíase marchitado; y, al tirarla Elena, la alzó Ruperto, llevándola a sus labios.

Cristina, Juliana y todos los demás criados también notaron la adoración que por «su patrona» tenía el huésped. A unos sublevó la sola idea de[369] ver a «su señora» contraer unas segundas nupcias; pero, en cambio, los más se alegraron, ya que así no estarían sujetos al solo dominio de Arturo.

Tales rumores fueron creciendo lentamente, como aumenta el río el caudal de sus aguas con las continuas lluvias; y, así, pocos días después, ya en los jardines, ya en las cuadras, murmuraban jardineros y palafreneros.

Arturo, quien no desperdiciaba la oportunidad de apuntar detalle y observarlo todo, llegó a la conclusión de que su amigo había revelado a Elena el amor por ella inspirado.

«Debe[370] ser así», pensaba, «pues ¿cómo no ha de saberlo ella si lo sabe hasta el último de los criados? Y si lo sabe, ¿cómo es que no lo arroja entonces de la casa? No. Probablemente lo ignora».

«Pero ¿qué puede preocuparla tanto para dejar tales huellas en semblante?», se preguntaba Arturo. «¿Será que ella se ha enamorado también? ¿Será posible que tenga yo la desgracia de saberla un día esposa de Ruperto? No. Jamás, eso no será nunca porque antes lo mataré. Sí, sí, lo mataré como a un perro, y reniego de la hora en que le abrí las puertas de mi casa».

Estos y otros más negros pensamientos azotaban a toda hora la mente de Arturo. Le enfurecía no poder descifrar el enigma que para él encerraba la conducta de su madre, y no menos, la de Ruperto.

¿Sería verdad que el médico había ordenado a Elena hacer a una hora más temprana sus comidas? ¿O sería acaso no más un pretexto para no sentarse a la mesa con él y con Ruperto? Y si era así, ¿sería porque amaba a su amigo o porque lo aborrecía?

No podía explicarse tampoco la extraña conducta de su amigo, pues, aunque después de una violenta discusión habían dejado de salir juntos, sabía por los criados que Ruperto pasaba largas horas ausente de la casa.

Ya no insistía en permanecer junto a Elena, y las raras veces en que se cruzaba con ella, si bien le dirigía una suplicante mirada o la saludaba cortado por la emoción, procuraba alejarse pronto, evitando entablar conversación.

Esto, no obstante, para que lo oyeran suspirar por ella cuando con la mirada plena de adoración seguíala. ¿Era acaso que había decidido renunciar a su pasión? ¿O era solo una añagaza[371] para atraer más con ella a la incauta palomilla?

---

[367] En el original: «manólogo» [errata].
[368] En el original: «pollo» [errata].
[369] En el original: «de de» [errata].
[370] En el original: «debe de» [errata].

«No —se dijo al fin Arturo—, no viviré más con esta incertidumbre, pues si a ella no puedo pedirle explicaciones, a él se las exigiré». Era lo mejor, porque Arturo estaba poco más o menos a punto de volverse loco.

Entraba y salía con el rostro contraído por un gesto de amargura, de despecho, de cólera. Casi a nadie dirigía la palabra, y cuando lo hacía, olvidaba totalmente lo que era decencia. Gritaba a los criados si les daba una orden o ellos[372] se permitían hacerle alguna pregunta.

Discutía acaloradamente con Ruperto, llevándole el lado contrario a cuanto pensara u opinara quien antes había llamado hermano; terminando por lo general en ásperos gritos o fuertes puñetazos dados sobre la mesa, golpes que hacían algunas veces saltar copas y cubiertos.

Finalmente, las comidas de los que unos meses antes eran «entrañables amigos», llegaron a tener el pesado silencio de dos desconocidos sentados a una misma mesa.

Hasta los criados fuéronse sintiendo temerosos y cohibidos cuando el señorito Arturo estaba en casa; y algunas veces tuvieron miedo de que él hubiera heredado la lejana locura de su madre.

Razón sobrada para ello había, pues hubo veces que, encerrado en sus habitaciones, en la biblioteca o en el despacho, juraba y blasfemaba a gritos, dando portazos cuando salía.

Era que la incertidumbre lo enfurecía; y el pensar en que Elena pudiera amar a Ruperto lo ponía fuera de sí, sintiendo al mismo tiempo, cómo se transformaba en odio contra su examigo todo el fraternal cariño que antes le tuviera.

Pero Arturo, tan inteligente como astuto y ladino, comprendió que, a las malas, jamás arrancaría a Ruperto la deseada confesión.

Por eso, cambiando de actitud tornóse un poco más amable y complaciente con él, dándole a entender cómo un asunto ajeno había sido el motivo de su brusca conducta de pasados días.

Aproximábase el onomástico del yugoeslavo y el hijo de Elena encontró en ello la tan deseada oportunidad.

Le propuso a Ruperto celebraran tan fausta[373] fecha reuniendo algunos amigos en uno de los tantos sitios que para dichas fiestas tiene la capital.

El enamorado de la viuda aceptó complacido, creyendo volver de nuevo a los pasados tiempos de feliz camaradería; y eso también creyó la cándida Elena cuando una noche los vio marcharse juntos, como cuando eran los mejores amigos.

«Se han reconciliado —se dijo satisfecha—, mejor para Ruperto, porque así no lo abrumará tanto la negativa que he de darle».

Sin embargo, tanto el yugoeslavo como la viuda estaban equivocados; y muy pronto verían hasta dónde.

El lugar escogido por Arturo para «celebrar» el onomástico del enamorado de su madre era «El Patio», uno de los más conocidos centros de diversión de la Ciudad de Los Palacios.

Cuatro mesas había reservado Arturo y al entrar con Ruperto encontrólas casi totalmente ocupadas por el grupo de amigos invitados. Momentos después, todos los mexicanos allí reunidos levantaban sus copas para brindar por el extranjero.

---

[371] añagaza: «Artificio para atraer con engaño» (DLE).

[372] Uso inadecuado del lenguaje, debería indicar «o si ellos» para brindar claridad respecto al sujeto aludido.

[373] fausta, en su segunda acepción: «Feliz, afortunado» (DLE).

Ruperto, con sentidas palabras, agradeció el homenaje y abrazó a Arturo. Poco después, fueron quedando solos, ya que los demás amigos se entregaban al placer de la danza, o al prometedor flirteo.

—¿Por qué no bailas? —preguntó Ruperto al hijo de su amada.

—Todavía no —contestó el interpelado—, ahora prefiero quedarme contigo.

—Gracias, Arturo —respondió su compañero; luego de una ligera pausa, prosiguió—: No puedes hacerte cargo de la honda impresión que me ha causado tu noble gesto, y de cómo me han emocionado tus palabras de elogio y de cariño.

—¿Por qué? —preguntó Arturo en un tono de afectada indiferencia.

—Porque llegué a pensar que te había perdido y sospeché que me odiabas, sintiéndolo de veras, hermano, ya que mi cariño por ti es más fuerte de lo que te imaginas.

—¿Cuál motivo has tenido para creer eso? —volvió a preguntar el hijo de Elena.

—Muchos, o tal vez ninguno —respondió Ruperto—, ya que luego me dijiste era la causa de tu constante malhumor aquella seria dificultad que tuviste. Pero no puedes negar que en vez de confiarme lo que te sucedía, como antes lo hacías, tuviste una agresividad que no decía nada de tus ajenos disgustos, pero sí mucho de un odio a duras penas contenido.

—Te equivocas —contestó el mexicano, únicamente estaba hastiado, molesto; pero siempre has sido y serás el amigo que más quiero.

—¿Lo dices de veras? —interrogó Ruperto, afirmando con su expresión la duda que encerraban sus palabras.

—De todo corazón —afirmó Arturo—, créelo.

El enamorado de Elena se sirvió otra copa y el whiskey debió de haberle dado mucho valor, porque sin rodeo alguno soltó una frase que dejó alelado al agresivo Arturo.

—Me alegro entonces, hermano, porque si tu madre me hace el honor de darme su mano, seré tu padrastro muy pronto.

El mexicano saltó como si hubiera sentido la mortal picadura de un áspid, pero al mismo tiempo se dominó, empeñado en saber toda, toda la verdad.

Y entonces, procurando dar a su voz una serenidad que no tenía, dijo a Ruperto: —¿Pero es posible? ¿Piensas de veras entrar por ese esclavizado camino? ¿Es pues serio lo que aquella noche me dijiste?

—Nada más cierto, Arturo, y, aunque como te prometí, luché para no ser vencido, ese amor fue más fuerte y al fin me venció.

Hoy está mi vida pendiente de lo que sus labios me digan, ella es mi única esperanza, mi sola ilusión. Con ella, la vida me será siempre grata, por más penosa y dolorosa que fuera; sin ella significa el vacío, la desesperanza, la muerte.

—¿Pero tienes esperanzas de ser correspondido? —preguntó Arturo con un extraño tono de voz.

—Ni la más vaga —respondió su amigo—, ella solo me dijo que esperara.

Y, con la sinceridad de un corazón enamorado, que lleno de confianza cree hablar con un amigo, refirióle toda la conversación tenida con Elena en el poético lago de Michoacán.

Si Arturo había creído que arrancándole la verdad a Ruperto estaría más tranquilo, se equivocó, pues desde que la supo, aumentó su malestar, su rencor, su odio contra todos y contra todo.

Esa noche pensó en interrogar a Elena y emplear todos los medios posibles de disuadirla si pensaba casarse con Ruperto; pero a la siguiente mañana hubo gran inquietud en la casa.

Elvia enfermó gravemente y hubo de ser trasladada a una clínica para someterla a una operación. Elena pasábase en la casa de salud la mayor parte de las horas del día, haciendo compañía a su leal amiga, y por la noche, se encerraba en sus habitaciones.

No teniendo Arturo oportunidad de hablar con su madre se exasperaba cada vez más, por lo que se pasaba las noches recluido en su casa, paseándose fumando... y torturando su mente.

—¿Es posible que ella lo ame? —preguntábase. ¿Por qué, si piensa rechazarlo, no lo hizo de una vez?

Sí, sí lo ama —continuaba monologando—, porque si no, no solo lo habría rechazado en el momento, sino que, además, al instante lo habría arrojado de la casa.

Y ella, ¿qué hace? No solo le dio esperanzas, sino que aún le sonríe al encontrarlo. ¡Oh!, esto no puede ser y no será, yo no lo permitiré jamás.

Una tarde durante una de las visitas de Elena a la clínica llegó el Dr. Laredo. Al decirle Catita que su señora no estaba, se fue el anciano a la biblioteca a esperarla. Abrió la puerta sin hacer ruido y sorprendió a Arturo en actitud de profunda meditación.

—¿En qué piensas, muchacho? —preguntóle con cariñosa voz. ¿Qué es lo que así absorbe tus pensamientos?

—Nada es —respondió con brusquedad Arturo—, en nada pienso, señor.

El Dr. no se inmutó por el tono áspero con que le respondiera y acercándose a él púsole sus dos manos sobre los hombros y le dijo: —Mira chicuelo, yo te vi nacer, no puedes engañarme. ¿Qué te pasa? ¿Algún complicado asuntillo amoroso? ¿O es acaso algo más serio?, ¿eh? Vamos, habla, para ver si yo puedo ayudarte.

La voz persuasiva del noble anciano logró conmover a Arturo, quien recordó cómo de niño se dormía en las rodillas del buen viejo que le refería aventuras de David Copperfield[374], Tom Sawyer[375] y tantos otros héroes infantiles.

Entonces dejó por un momento de ser hombre y sintiéndose niño confió su pena al anciano doctor, diciéndole cuánto temía que ella consintiera en ser esposa de Ruperto.

El médico lo escuchó con una imperceptible sonrisa en los labios y al finalizar Arturo le dijo[376] sin ambages[377]: —Pero, hijo mío, tú mismo has dicho en repetidas ocasiones que tu madre es hermosa, joven y bella. Yo no creo que ella piense en volver a casarse, pero si así fuera, medita si no ha aguardado ya demasiado duelo; y creo que como todos los seres tiene derecho a vivir; y vivir es amar y sentirse amado.

Y aún le queda también otro derecho y es el de disfrutar de esa maravillosa juventud que no quiere alejarse de su lado, sin brindarle de nuevo la dicha que el aciago destino un día le arrebató.

---

[374] En el original: «Coperfield» [errata]. Personaje homónimo de la octava novela escrita por Charles Dickens (1812-1870), uno de los grandes autores de la novela decimonónica inglesa. Fue publicada por entregas en 1849 y en forma de libro en 1850.

[375] En el original: «Sauyer» [errata]. Personaje de la novela *Las aventuras de Tom Sawyer* del autor estadounidense Mark Twain (1835-1910), publicada entre 1876 y 1878, actualmente considerada una obra maestra de la literatura universal.

[376] En el original: «le díjole» [errata].

[377] En el original: «ambajes» [errata].

—Pero es que yo no quiero, no quiero verla casada, ni con él, ni con nadie —dijo Arturo.

—No, hijo, tus celos son muy naturales, se comprende, pero si amas a tu madre no pienses como un niño, piensa como un hombre. La vida tiene sus leyes ineludibles.

En el vestíbulo se escuchó la cristalina voz de Elena. y el Dr. salió a su encuentro.

—Por lo mismo —continuó Arturo hablando consigo mismo—, porque la amo demasiado es por lo que no puedo repartir su amor con ninguno.

Ya hacía rato que la tierra estaba envuelta en negras gazas cuando salió de la biblioteca con el rostro sombrío. Elena lo vio y ansiosa le preguntó: —¿Estás enfermo, hijo mío? ¿Qué tienes?

—Nada —respondió Arturo.

—Pero hijo —insistió la madre con ternura—, si casi ni duermes, si te oigo desvelado la mayor parte de la noche. Que padezca de insomnio yo que tengo años, pesares y cansancio se explica, pero tú, tan joven, tan halagado, no puedo entenderlo. Dime pues, ¿qué tienes?

Arturo solo oyó que su madre decía tener insomnio. Se desvela sin duda por estar «pensando en él», se dijo, y «eso», yo lo impediré, se prometió secretamente.

—¿Cómo? —preguntóle admirado a su madre—, ¿tú no duermes? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ay hijo —suspiró Elena—, el sufrimiento quita el sueño, y cuando uno logra dormir es solo para soñar con sus desgracias.

—Yo te daré algo que te hará dormir mucho y muy tranquila —prometióle su hijo.

—Gracias, hijo mío —dijo la madre.

Y esa noche, hasta el lecho de Elena llegó Arturo con un vaso que contenía el prometido somnífero. —Bebe —ordenóle mientras lo acercaba a sus labios.

Y ella obedeció satisfecha de tomar una medicina de «su doctor», de su hijo querido.

Quedóse Arturo conversando con Elena, pero no fue sino por unos instantes, porque al momento la medicina surtió el efecto deseado y ella se fue quedando dormida.

Contemplóla él dormir por un largo rato, y cuando se decidió a salir iba diciendo: —Nunca, nunca, eso no puede ser, no puede ser. ¡Qué desgracia!

Desde entonos, noche tras noche, llevaba el hijo a la madre la misma medicina; con ella dormía Elena profunda, pesadamente. Y cuando preguntaba Arturo[378] qué era lo que le daba, él respondía: —Cualquier cosa, una sencilla fórmula que conozco y preparo.

La infeliz madre no dejaba por eso de sufrir, porque Arturo, que era ahora atento y afectuoso hasta el extremo con ella, habíase entregado de nuevo al dominio de Baco.

Entre tanto, Ruperto esperaba ansioso la respuesta de Elena, y era cada vez más suplicante su mirada al encontrarla. Él sabía, sentía que no era posible insistir si quería alcanzar el amor de la mujer soñada.

—Ya ella conoce mi secreto —se decía—, ya sabe cuánto sufro por su amor, y, siendo noble y generosa como es, no me hará padecer por mucho tiempo la tortura de la incertidumbre.

Seré, pues, paciente, y esperaré resignado el destino que me esté señalado. La felicidad, si consiente[379] en ser mi esposa, o la muerte si solo consigo su piedad.

---

[378] Uso inadecuado del lenguaje, debería indicar «preguntaba a Arturo» para evitar confusiones.

[379] En el original: «conciente» [errata].

Era en efecto mucha la paciencia que debía[380] tener Ruperto para esperar cada minuto, cada hora, cada día. «¿Será hoy?» —preguntábase a cada nueva alborada— «¿Será mañana?» —decíase cuando la tierra toda se escondía entre las sombras.

Algunas veces intentó acercarse a Elena, hablarle, deleitarse escuchando la voz amada; pero imposible, cada vez que iba a hacerlo aparecía Arturo como por arte de magia.

Este se había constituido en la vigilante sombra de Ruperto y Elena, decidido a no permitir que tuvieran ninguna oportunidad de hablarse a solas.

Muchas veces se pensó, y con razón, que estaba verdaderamente trastornado. Solo se le veía embriagado y a la expectativa[381] de algún extraño acontecimiento. De más está decir que era tan ostentoso su odio por Ruperto como la causa que lo había provocado.

—El señorito tiene mucha razón —decía una noche Catita en la cocina—, ¿cómo puede ver con buenos ojos que semejante sinvergüenza fije los ojos en su madre?

—No será tan sinvergüenza —replicóle Cristina—; cuando el niño Arturo no tuvo ningún reparo de meterlo en su casa.

—Por bueno que es mi niño —dijo Catita—, no sabía que este pillo era como la serpiente que aterida de frío[382] en un camino encontró un labrador. La abrigó en su alforja, devolviéndole generosamente la vida, y en cuanto[383] estuvo buena, clavó en su bienhechor su venenoso colmillo. Sí —agregó furiosa—, razón sobrada tiene el señorito para odiar a ese bandidazo [sic].

—Y que debe de tenerla —intervino Juliana, deteniéndose en su labor y quedando con un bolillo en la mano—; como que, si la señora se casa, no será ya el único «patrón». Tal vez hasta haya más herederos. Qué sabemos, hijita, qué sabemos.

—Cállate, vieja momia deslenguada —gritó horrorizada la púdica Catita.

—¿Por qué te escandalizas, viste santos? —replicóle Juliana un poco airada—. Si la señora vuelve a casarse…, es aún muy joven y puede tener familia.

—Y con lo que la quiere el señorito Ruperto —suspiró Cristina—. ¡Ay, qué dichosos! Vivirán como periquitos de amor. Dichosa la señora.

—Te callarás, chachalaca[384] —gritó exasperada Catita—, te creerás que la señora es como tú, que te haces un caramelo con tus novios.

—Mientes, vieja ridícula —dijo Cristina más colorada que una amapola.

—No miento, no, estos ojos que se los han de comer la tierra te han visto con varios: un teniente de la guardia civil, un dependiente de almacén, un chofer de ómnibus y qué sé cuántos más. ¿Lo negarás ahora, so[385] desvergonzada? —terminó diciendo la furibunda Cata.

—Ah mire Ud., doña Juliana, cómo la solterona esta se distrae. Con razón te pasas tan malhumorada, Catita. Pobre, si te haces agua la boca. No, no niego nada de lo que has dicho, y eso prueba que mientras a mí me sobran novios, a ti no se acercó ninguno. Pobrecita, cómo te abandonó San Antonio.

Cristina subrayó sus cruelísimas palabras con un mohín de lástima que hacía gracia.

---

[380] En el original: «debía de» [errata].
[381] En el original: «espectativa» [errata].
[382] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que «aterida de frío» resulta redundante conceptualmente.
[383] En el original: «cuando» [errata].
[384] chachalaca: en su segunda acepción: «Persona que habla en demasía» (DLE).
[385] En el original: «zo» [errata].

La pobre Catita había resistido demasiado, y ya se le iba la cólera a las manos, levantando un azafate para descargarlo sobre la cabeza de la insolente Cristina, cuando sonó la campanilla.

—Mi señora llama —exclamó la fiel criada poniendo el azafate sobre una mesa; y olvidándose de vengar la ofensa, salió hacia las habitaciones de su ama.

Pero la cólera todavía la dominaba, por lo que se le oyó refunfuñar: —Que no tuve novios, los tendría aún por montones si quisiera. Y decir que ese Iscariote ama a mi señora. ¿Por qué? Porque se pasa bajo su balcón blanqueando los ojos y resollando como si le echaran agua fría.

Levantó los hombros y dijo: —Son unas tontas, unas animalotas[386], unas bobas.

El soliloquio terminó porque llegó a la puerta de la alcoba de Elena.

Pasaron los días y todo parecía[387] igual. Pero… una tarde, acabada de hundirse en el océano la grandiosa hostia roja del moribundo sol, caía la noche suave, serenamente en una penumbrosa quietud. Fresca brisa traía el sutil aroma de lilas y jazmines, y escuchábase la melodiosa orquestación del postrer canto de los pajarillos, su oración de la tarde.

En el salón de azules cortinajes y molduras doradas exhalaban embriagador perfume ramos de blancos lirios en jarrones de china. Tenue luz lo alambraba.

Sentada frente al piano de cola, sobre el que había dorados candelabros de bronce, Elena atrancaba las tristísimas notas del nostálgico «Nocturno de Chopin»[388], el genial músico amigo de Jorge Sand[389], la famosa escritora, e íntimo de Liszt[390], otra gloria del pentagrama.

Elena tocaba el «Nocturno» con la misma inspiración con que una noche, en una sala iluminada solo por tenues rayos de luna, Chopin lo compusiera, pensando quizás en su novia María de Wodzinska, aquella que en 1841 casara con el conde José Skarbek.

Ruperto, que estaba fuera, al entrar y escuchar las tristes notas quiso saber quién era el magistral interpretador de ellas; acercóse lentamente al salón y al llegar y ver que era Elena quien tocaba, ya no le importó la música, casi hasta dejó de oírla. Quedóse mirándola, hechizado por ella. Esa fue su perdición.

Arturo lo sorprendió parado en la puerta del salón contemplando a su madre, y el odio por tantos días contenido estalló con la violencia de una tormenta en el desierto.

—¿Qué haces aquí? —gritóle—, ¿qué espías?, di.

El piano enmudeció violentamente.

—Escuchaba —contestó Ruperto sin inmutarse por los gritos de su examigo—, hasta ese privilegio tiene tu madre, es una consumada pianista. Toca con un sentimiento que conmueve.

—Consumado artista eres tú —gritó de nuevo Arturo—, ya estoy harto de tus dobleces, ¿entiendes?

---

[386] En el original: «una animalotas» [errata].

[387] En el original: «paracía» [errata].

[388] El compositor polaco Fryderyk Chopin (1810-1849) escribió a lo largo de su corta vida hasta veintiún nocturnos para piano. Entre ellos se encuentran algunas de sus piezas más conocidas. En este caso, no se aclara cuál de todos ellos es el señalado.

[389] George Sand, pseudónimo de Amantine (en ocasiones aparece como Amandine) Aurore Lucile Dupin de Dudevant (1804-1876). Novelista y periodista francesa, considerada una de las escritoras más populares de Europa en el siglo XIX, específicamente del Romanticismo.

[390] Franz Liszt (1811-1886) compositor austrohúngaro romántico. Virtuoso pianista, director de orquesta, profesor de piano, arreglista y seglar franciscano.

—¿Qué pretendes insinuar? —preguntó Ruperto.

—No insinuó, afirmo que eres un taimado, un canalla, un vividor —contestó Arturo.

—Por Dios, hijo —suplicó Elena llegándose hasta ellos—, ¿qué sucede?

—Que voy a poner fin a esta comedia de disimulo que se llevan Uds. —replicó él, sin tomar en cuenta que ofendía a su madre.

—Cállate Arturo, mira a quien hablas —intervino el enamorado de Elena.

—Estoy en mi casa y puedo gritar cuanto quiera —respondió Arturo; cuya cólera era cada vez mayor.

—Cálmate, hijo mío, no te exaltes —rogaba angustiada la pobre madre, a quien hería profundamente la grosería de su hijo.

—No puedo tener calma mientras este granuja continúe persiguiéndote, espiándote.

—Arturo, mira lo que dices —díjole Ruperto ya colérico—, mira que no toleraré más tus insultos.

—Si no puedes tolerarlos, vete de esta casa, de la que eres indigno. Te recibí en ella equivocado, creyéndote un amigo, un hermano; pero te lanzo como al último de los miserables. Vete, vete para siempre de aquí.

—Sí —respondió Ruperto—, me iré, pero no sin decirte que no he de morirme sin vengar la ofensa y el daño que acabas de hacerme.

—Miserable, truhan, buscador de fortunas —interrumpióle Arturo a gritos y levantando los puños—, vete pronto, vete antes de que...

—Arturo, Arturo —suplicaba Elena asustada y compadecida de los apóstrofes que su hijo lanzaba al infeliz Ruperto.

—Tú, retírate —ordenóle a su madre el insolente.

Elena, sin responder palabra, dirigió su mirada llena de tristeza y piedad hacia Ruperto, y éste, al mirar aquel amado rostro dirigido hacia él con tal expresión de ternura, se conmovió hasta lo indecible, y olvidando la presencia del hijo tomó las manos de la bella mujer y exclamó: —Elena, a Ud. misma le confesé lo que había sido, pero Ud. también sabe lo que soy desde que la conozco. Y Arturo no lo ignora tampoco, pero me odia desde que supo que yo la amaba.

Porque es verdad, Elena; hoy que me alejo de aquí, como aquella noche en Michoacán, le repito que la amo con el amor más puro que pueda tener un mísero mortal como soy yo. La amo, como se debe amar a una santa, a un ángel.

No es su fortuna, como malévolamente dice Arturo, lo que busco, no. Es a Ud. a quien aun sabiéndola imposible, amo y amaré hasta el postrer aliento de mi vida.

Arturo, crispados los puños, escuchó cuanto Ruperto dijo a su madre; pero al repetirle aquel que la amaba, estalló su impaciencia, y lanzándose sobre él lo tomó violentamente por un brazo gritándole: —¿Pero es que no te marcharás de aquí, granuja?

—Adiós, señora, adiós, Elena amada —exclamó Ruperto resistiendo a la fuerte mano de Arturo que le sujetaba el brazo—, yo no la olvidaré nunca y procure Ud. hacerme la merced de algún recuerdo.

Quiso tomar para besarle la mano, que ella emocionada le tendía, pero Arturo lo arrastró impidiéndoselo.

—Adiós, Ruperto, pobre hijo mío —dijo enternecida[391] la buena y generosa viuda.

Ruperto, de un tirón, se deshizo de la mano de su examigo diciéndole: —Ya nos veremos.

[391] En el original: «enternacida» [errata].

Y salió de aquella casa, adorando a la madre y odiando al hijo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

AL FIN SOLOS

Era el destino de la linda Elena intrincada madeja de difíciles nudos. Elvia, su leal amiga, continuaba enferma de cuidado, y por lo tanto recluida en la casa de salud.

Y, ¡cómo necesitaba Elena la compañía de la exenfermera; cómo anhelaba escuchar sus dulces y amorosas palabras que tenían la virtud de traer a su alma el consuelo y la esperanza! Ansiaba estar cerca de ella, y oír sabios consejos que la madura experiencia de su amiga le daba cada vez que un grave problema o una acerba pena se le presentaba.

Pero ello no podía ser. El destino implacable, ese algo intangible, misterioso, que parece regir la vida de todos los seres y que voluble como mujer es a veces placentero, magnánimo, espléndido con unos y cruel, aciago, funesto para otros… Ese destino inevitable y frío había querido que uno a uno se fueran alejando del lado de la viuda todos los seres por ella tan queridos. Muertes, viajes, enfermedades, se fueron presentando cual negras mariposas de funestos augurios a arrebatarle la compañía, el afecto, la ternura de los que ella amaba. ¡Qué sola, qué triste, qué desamparada se encontraba!

Ausente su querido padre... y sin esperanzas de un pronto regreso... Nana, de quien cada día se sentía más madre, estaba internada en un colegio; y, para colmo de males, la enfermedad de Elvia tomaba cada día caracteres más graves, por lo que habían los médicos aconsejado un largo periodo de reclusión en el santuario a donde hubo que trasladarla, y en el cual diariamente pasaba ella horas y más horas en compañía de su amiga enferma.

Allí, sentada en una mecedora blanca, como lo era todo el mobiliario del cuarto de Elvia, dejaba Elena transcurrir las horas mirando a través de la ventana hacia los jardines rebosantes de flores, de trinos y de aromas llenos. En aquel ambiente plácido, silencioso, donde el dolor humano encontraba alivio, parecíale que se esfumaba la amargura de su vida. Efectos quizás de la atmósfera de ese recinto impregnado de cloroformo y éter.

Es lo cierto que era allí donde su alma escapaba de la corpórea cárcel y volaba a regiones de ensueño en donde todo triste recuerdo terrestre se disipa.

Es así como reclinada en mullido asiento se iba abismando, abismando y abismando; y, al propio tiempo que su espíritu volaba como fugaz mariposa, quedaba ella en completa laxitud, casi dormida.

Elvia la contemplaba, colmada de ternura la mirada, y sonreía con tal dulzura al ver dormida a Elena que diríase era la suya la angelical sonrisa de una madre amorosa. Luego, una sombra de tristeza empañaba la intensa palidez de su semblante, porque sentía que un martirio mayor que su misma y grave enfermedad era el hecho de estar separada de la viuda, a quien veía más triste cada día.

—Pobre, pobre niña —murmuraba Elvia—, ¡qué sola ha quedado!, y cuánto debe de sufrir.

Un carmíneo crepúsculo, que poco a poco se iba tornando gris, hacíale comprender que la noche con su carga de sombras llegaba; entonces, quedo, muy quedo, despertaba a Elena.

Esta abría los ojos y sonreía a su amiga. —¿Es hora de partir?, —le preguntaba—. —Sí, querida —respondía la exenfermera.

—Perdóname, Elvia querida, te lo ruego. Vengo a hacerte compañía, y en vez de procurar distraerte, me duermo o me entrego a mis locas fantasías. ¡Ah!, cuánto deseo que cures para que vuelvas conmigo. ¿Qué ha dicho el médico?

—Que me curaría, y hasta quizás radicalmente si permanezco internada unos meses más; pero —agregó—, que no garantizaba nada si me iba a casa como pretendemos.

Ya ves —continuó tristemente—, que aún nos toca estar separadas un tiempo.

—Qué se va a hacer —dijo con mucho pesar la viuda—, Dios lo ha dispuesto así; no hay más que resignarse.

—Seguiré viniendo a verte, aunque ya ves… poco te hablo, nada te distraigo, y hemos terminado en que eres tú quien me acompañas.

—He notado eso, Elena —díjola Elvia—, y estoy alarmada. Tú estás fatigada, querida, acaso enferma. ¿Sigues padeciendo de insomnio?

—No, por el contrario, duermo mucho con la medicina que me lleva mi hijo, pero me despierto con enorme malestar y pesadez.

—Prescinde esa medicina, Elena, debe de ser muy fuerte droga para ti.

—Imposible —replicó la viuda—, solo con ella duermo, y doy gracias a Dios de que Arturo «a pesar de todo», no se olvida nunca de traérmela. Ha habido noches que, en horas avanzadas, aunque tambaleándose por el mucho licor ingerido, lo he visto llegar con la medicina en la mano hasta mi lecho.

La voz de la madre se quebró de pesar al decir esta frase.

Luego continuó: —Y para convencerte de que no puedo dormir sin ella, te diré que cuando he dejado de tomarla, me he pasado la. noche en vela.

—Hazte ver del doctor, Elena —aconsejóla su amiga.

—No es necesario; cuando mi padre regrese y esté libre de la angustia que me produce su ausencia y su enfermedad, ten la certeza de que curaré. Y cuando restablecida tú, de nuevo, también estés a mi lado, no necesitaré de medicinas para dormir.

—Roguemos, pues, a Dios que eso sea pronto —musitó levemente Elvia.

Seis campanadas dejáronse oír, e inmediatamente, esparcióse por los aires el emotivo toque de «El Ángelus».

Elena estremecióse conmovida, como solía sucederle cuando a sus oídos llegaba el sonido melancólico y lento del toque de salutación a la Madre de Dios.

Salió del hospital con una mayor tristeza por el recuerdo torturante que acababa de tener. Paso a paso, se dirigió a su casa, bajo cuyo techo sentía un malestar indefinible.

¿Qué motivaba este estado de ánimo extraño en ella quien tan amante del hogar había sido siempre? ¿Por qué esa aversión inexplicable que se posesionaba de su ser al traspasar la puerta de su casa? ¿Por qué esa satisfacción intensa que la embargaba al alejarse de su morada rumbo al sanatorio o a la iglesia?

Aún contaba con el invariable como sincero afecto de Catita, que ahora, como nunca, se deshacía en atenciones cariñosas para su ama. También estaba Arturo… su hijo. Al llegar su pensamiento a este punto, Elena se detuvo...

Los transeúntes miraban atónitos a esa señora tan hermosa como distinguida que había de pronto suspendido su marcha, en pleno Paseo de la Reforma, en tan pensativa actitud.

La linda mexicana advirtió la sorpresa que despertaba, y entonces, avergonzada, siguió su camino no sin dejar de pensar en su hijo, cuyo modo de proceder era cada vez más raro e inexplicable.

La noche que de tan brusca manera fuera lanzado a la calle Ruperto rehusó Elena bajar a cenar, pues no solo se sentía profundamente apenada por lo sucedido, sino también enojadísima con Arturo por su insolencia y falta de respeto hacia ella.

Pensó infligirle severo castigo negándole la palabra, pero, aunque firme en su propósito, no contó con que esa misma noche iba a ser vencida, como lo fue efectivamente, olvidándose por completo de su justificado enojo al llegar el momento de ejecutarlo.

Se disponía a acostarse. Lenta, muy lentamente, cepillaba. su hermosa cabellera frente al espejo de Venecia. Su mano nacarada abandonadamente reposaba sobre la exquisita redondez de su hombro, a un tiempo que su brazo alabastrino y bien torneado, cruzado sobre el pecho, hacía pensar en los que le faltaran a la Venus de Milo[392].

Sus ojos soñadores y tristes brillaban con un temblor de lágrimas bajo la tupida red de sus pestañas. De no ser por los lentos movimientos de su diestra al pasar el cepillo de dorado puño sobre su negro y ondulante pelo, habría sido posible pensar que era una de las artísticas y celebradas obras del pincel de Leonardo da[393] Vinci[394].

La puerta de la alcoba se fue abriendo lentamente hasta dejar ver a Arturo que por un largo rato estuvo silencioso contemplando a su madre. Luego, se fue acercando a ella que no lo oyó venir porque la mullida alfombra apagaba el ruido de sus pasos; pero cuando estuvo lo suficientemente cerca para que el espejo revelara su presencia, Elena no hizo movimiento alguno al verlo, ni tampoco pronunció palabra.

Su hijo se llegó hasta ella, y rodeándola con sus brazos la besó muchas veces en la suelta y perfumada cabellera. Después, juntando además su cara a la de su madre, y, mirando hacia el espejo donde se reflejaba el bellísimo rostro de Elena, díjole con voz llena de amorosa ternura: —Al fin solos, ahora soy dichoso, feliz—. Y de nuevo la besó en la mejilla.

Los besos y la inesperada frase de Arturo disiparon el enojo y resentimiento de la viuda que, mientras su hijo la besaba, creyó que iba a pedirle[395] perdón y hablarle de su arrepentimiento; pero jamás imaginó escuchar lo que acababa de oír.

¿Tan pronto se había olvidado de la enorme ofensa que en presencia de Ruperto le había hecho en el salón? Esta pregunta acudió a la mente de Elena al escuchar las palabras de Arturo.

—Soy dichoso, literalmente —repetía el hijo besando a la madre.

—Pero ¿por qué, hijo mío? —preguntóle al fin ella—. ¿Qué es lo que te hace más dichoso ahora?

—Porque estamos solos —respondió él; añadiendo enseguida: —Porque me estorba todo lo que se interpone entre tú y yo. No quiero ver a nadie a la par tuya, a nadie que me quite tu cariño ni que me arrebate uno solo de tus pensamientos. Te quiero a ti, pero odio a todos los demás —terminó diciendo en violento tono de voz.

---

[392] Afrodita de Milo, más conocida como Venus de Milo, es una de las más famosas esculturas de la antigua Grecia. Creada en algún momento entre los años 130 a. C. y 100 a. C., se cree que representa a Afrodita (denominada Venus en la mitología romana), diosa del amor y la belleza. Mide, aproximadamente, 211 centímetros de alto. Se desconoce su autor, pero suele ser atribuida a Alejandro de Antioquía.

[393] En el original: «de» [errata].

[394] 1452-1519. Polímata del Renacimiento italiano. Fue a la vez pintor, anatomista, arquitecto, paleontólogo, artista, botánico, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista. Sus obras más conocidas son *La Gioconda* (pintada entre 1503 y 1519) y *La Última Cena* (elaborada entre 1495 y 1498), así como su dibujo del *Hombre de Vitruvio* (datado aproximadamente en 1490).

[395] En el original: «pedirla» [errata].

La madre se sorprendió aún más y volviéndose hacia él, tomóle con ternura las manos y le dijo: —Pequeñito mío, si a nadie en el mundo quiero más que a ti y a mi padre. Esos son mis dos amores: mi padre y tú. Y ahora que él está lejos, solo te tengo a ti, Arturo mío. Y tú eres lo primero y lo único para mí; todos mis pensamientos y mis anhelos son también para ti.

El hijo emocionado se arrodilló ante su madre, y, reclinando la cabeza en el regazo de ella, besaba las suaves manos que amorosas le acariciaban el rostro.

Después salió de la alcoba, volviendo a los pocos minutos con el somnífero que para dormir necesitaba Elena.

—Déjalo sobre la mesita —dijo ella—, luego lo tomaré.

Pero esa noche tardó en tomarlo, pues no quería dormir. Llena de felicidad se encontraba, y una y mil veces repasó en su mente las exaltadas frases de Arturo.

«Jamás, jamás llegué a sospechar que así me quisiera —se decía—. Arturo, Arturo mío, mi querido pequeño, mi hijo».

Era a los ojos de Elena el hijo pródigo que con su arrepentimiento y sus caricias quería recobrar la confianza y la estimación de su madre a quien tanto había hecho sufrir.

Al cuarto día, de nuevo se presentó beodo y con paso inseguro se acercó a acariciarla, pero tales incoherencias dijo esta vez que la viuda se horrorizó y corrió a encerrarse en su habitación.

Así siguieron las cosas. Casi todos los días el hijo embriagaba y en tan denigrante estado se le presentaba su madre; y, si bien era con ella siempre extremadamente cariñoso, sorprendía a veces tan extrañas miradas en los enrojecidos ojos de su hijo que, al instante, presa de inexplicable temor, marchábase apresurada de su lado.

En las noches sucesivas no volvió Elena a tener conversación alguna con él cuando llegaba con la acostumbrada poción hasta su alcoba y se alejaba después de dar a su madre las buenas noches.

A medida que el tiempo pasaba se fue encontrando Elena cada vez más sola, muy sola... un doloroso vacío sentía en su alma. Nadie con quien hablar ni a quien confiarle sus temores y angustias. Nadie con quien desahogar la amarga pena que la oprimía, pues solo se hallaban bajo el techo de su casa los criados... y un hombre: su hijo, ya imposible de comprender.

Catita, la incomparable y fiel criada, se multiplicaba por satisfacer a su ama y distraerla; ella comprendía el pesar de su señora y hacía novena tras novena a los santos para que el señorito dejara el vicio que tanto apesadumbraba a la madre.

La noble criada, leal y discreta, no hacía preguntas ni comentarios; solo se concretaba a rezar.

Por esto, ansiaba más febrilmente Elena el total restablecimiento de Elvia y su retorno al hogar. Necesitaba la compañía de su amiga y anhelaba sentir el apoyo que le ofrecía el fuerte espíritu de su compañera al suyo, abatido por la lucha sin tregua de su vida.

Generosa y valiente, no quería que su amiga supiera nada que pudiera apenarla; y por eso, le había ocultado el verdadero motivo que tuvo Ruperto para salir de la casa.

—Encontró otra posición mejor —díjole a Elvia, y cambiando al instante el tema de conversación, evitó ulteriores comentarios.

La exenfermera comprendió que Elena rehuía ese punto y no insistió; pero probablemente, en su fuero interno, pensó que la negativa de la digna y bella viuda fue la causa que indujo al decepcionado amante a abandonar la casa en donde en muy poco tiempo vieron la luz y fueron sepultadas sus más caras ilusiones.

Elena, que en su perspicacia comprendió al vuelo la suposición de su amiga, se alegró de ella, pues así, mientras ella no se lo contara, Elvia no sabría nada. Y la dejó en su idea.

Pero cada vez que salía del hospital un desaliento inmenso la invadía y una honda tristeza se apoderaba de ella.

«¿Cuándo?, Dios mío» —decíase—; «¿cuándo podré traer conmigo a Elvia y confiarle la inexplicable angustia que me atormenta? Ese temor de llegar a mi casa, estos sobresaltos que de pronto me agobian y no me dejan vivir. ¿Qué nueva desgracia me amenaza? Dios mío».

Con esta intrincada red de pensamientos que se traía no se dio cuenta Elena del camino que hacía, indiferente a la sorpresa que causaba en los transeúntes su hermosura y la lentitud de su paso.

Ya en el oscuro firmamento habíanse prendido múltiples lamparillas y la luna tras la colina asomaba el cuerno luminoso de su cuarto creciente cuando la linda distraída, sorprendida, se vio ante la puerta de su casa, que se abrió sin que Elena hubiera llamado a ella.

Catita, que ansiosa atisbaba los pasos de su ama, fue la que apresuradamente abrió al escucharlos, exclamando al verla: —Por la Virgen de Guadalupe, qué susto nos ha dado, señora. Cuando llegó el carro a buscarla dijo el portero del sanatorio que ya usted se había venido. ¡Y qué rato hace de eso, señora mía!

—Quería caminar, Catita —contestó la viuda con indiferencia.

—¿Sola, señora? Y a estas horas —reconvino la criada con acento de angustioso reproche.

—No, Catita, no, sola no; venía con mis pensamientos, y tanto me distrajeron que ni siquiera me di cuenta del camino. Ya ves —concluyó—, ya estoy aquí. Y sin decir más, se encaminó a sus habitaciones.

La fiel criada, que constantemente temía por la salud de su ama, se estremeció al escuchar las palabras de Elena y la siguió, queriendo cerciorarse de que la razón de su señora no flanqueaba.

Entonces, ayudándole a cambiarse de traje, le preguntó dejando entrever en el timbre de su voz todo el temor que sentía: —¿Pero se da Ud. cuenta del motivo que teníamos para estar tan asustados?

—Sí —repuso Elena con suave voz—, son casi las siete y media de la noche y es la primera vez que ando sola por las calles a estas horas. Tienes razón, Catita, pero no temas cuando vuelva a suceder; me gusta este paseo y es probable que lo repita.

—¡Ay!, señora —contestó la criada—, pero convendrá Ud. en que es muy justo motivo para asustarnos; cuando hasta el señorito está alarmado.

—¡Qué! ¿Mi hijo está en casa? —preguntó Elena sorprendida.

—Sí señora... y perfectamente bien —respondió con énfasis la buena de Catita—. Ha dicho que cenará con usted y espera que le avisemos cuando la señora lo ordene.

—Pues avísale que ya estoy lista para bajar a cenar —dijo la madre de Arturo, vestida ahora con un sencillo y elegante traje de encaje color marfil.

La doncella fue presurosa en busca del señorito, e instantes después se presentó este en las habitaciones de su madre. Iba correctamente vestido, denotando todo en él que había dedicado mucho tiempo a una minuciosa *toilette*[396].

[396] En francés en el original.

—¿Dónde estuviste? —preguntó a Elena en cuanto hubo entrado en su alcoba. Nos has hecho pasar inquietud.

La madre refirió al hijo lo que a Catita había dicho; pero Arturo no quedó satisfecho, pues siempre estaba temiendo una entrevista de su madre con Ruperto, que disfrutaba ya de envidiable posición en una importante casa bancaria de la capital. Vivía en un hotel haciendo una vida irreprochable.

Arturo se prometió entonces seguir acompañando más de las veces a su madre para evitar en lo futuro cualquier posible entrevista de ella con Ruperto.

Guardándose muy bien de revelar este proyecto, dijo a Elena: —Bueno, lo importante es que ya[397] estás aquí, pero como al quitárseme la zozobra me ha entrado el apetito, te ruego bajemos a cenar.

—Vamos, querido —contestó la madre tomándose del brazo de su hijo.

Para Elena, el hallarse en la mesa sentada frente a Arturo[398], tal como en ese momento estaban, era una cosa que casi había olvidado, porque ahora eran muy pocas las veces que en su compañía cenaba.

Pero, madre al fin, bastaba que tuviera Arturo una corriente atención para con ella, o que le dirigiera una ligera palabra cariñosa, para que, olvidándose al instante de cuanto por su culpa sufriera, le brindara de[399] nuevo con ternura su amoroso perdón, sintiéndose a la vez satisfecha y orgullosa por tenerlo a su lado.

Razón, pues, había para que esa noche comiera con apetito ella que de costumbre apenas probaba no más aún el más exquisito plato. De su semblante desapareció el aire de perenne tristeza y hasta rio con la alegría de un niño.

Pasada la cena, Arturo le propuso que asistieran a un cine, y aunque Elena no era aficionada a esa clase de espectáculos, no pudo declinar la amable invitación de su hijo.

En el palco, ambos eran blanco de todas las miradas; no solamente porque era del dominio público la censurable conducta del hijo, sino también por la admiración que causaba la extraordinaria juventud de la madre y su proverbial[400] belleza, que enmarcaba la conocida santidad de su vida. A Arturo le incomodaba que los hombres miraran a su madre, deseando que sus ojos fueran rayos para fulminarlos con ellos.

Elena, exenta de la engreída vanidad que la propia belleza despierta en las mujeres frívolas, ni siquiera se daba cuenta de la admiración que causaba, y menos del excéntrico[401] furor de su hijo.

Desde esa noche, Arturo fue asiduo compañero de su madre. Con ella se le veía en el cine y en algunas selectas reuniones sociales, pues en cuanto se advirtió que la hermosa viuda había claudicado de su voluntaria reclusión, empezáronle a llegar invitaciones de todas sus amistades; pero ella a muy pocas asistía, y si lo hacía, era únicamente por complacer a su hijo.

Donde más se la veía era en la catedral y en el sanatorio en que estaba enferma su amiga. Ahí todas las tardes la iba a dejar su hijo, que luego regresaba a buscarla cuando el sol se ocultaba velado por las primeras sombras de la noche.

---

[397] En el original: «ya que» [errata].
[398] En el original: «aArturo» [errata].
[399] En el original: «brindarade» [errata].
[400] En el original: «provervial» [errata].
[401] En el original: «exéntrico» [errata].

Elvia estaba tan feliz como Elena por el solícito cariño de Arturo por su madre, pues comprendía que uno de los más grandes pesares de su amiga lo causaba la extraña y díscola conducta de su hijo.

Por eso, cuando él entraba en busca de la viuda, Elvia gustosa se privaba de la compañía de su querida Elena, sintiéndose dichosa al verla marchar del brazo de Arturo.

—Señor, Señor —murmuraba anhelante la noble exenfermera—, no permitas ya más que la conducta de este joven se desvíe de nuevo, pues solo su constante cariño devolverá a mi querida Elena la salud que con tristeza veo que va perdiendo.

¡Cosa extraña en verdad! Elena, a pesar de la dicha que tenía con la ternura que ahora le brindara su hijo, desmejoraba día con día. Palideció cual agostada flor, y profundas y azuladas ojeras cercábanle los ojos.

Al preguntarle Catita qué tenia, ella le contestaba: —Un malestar muy raro, que tal vez pase pronto.

Pero no pasaba, antes bien se agravaban[402] los síntomas de tan extraña enfermedad; hasta que un día quedóse en cama e hizo llamar a Arturo.

—Tú eres casi un médico, hijo mío —díjole al verlo— tal vez puedas conocerme esta rara dolencia que me acomete.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntóle él turbado.

Elena le explicó su padecer y el hijo levantóse diciendo: —No es nada de temer, son cosas de tu edad; cuando más, es algo puramente nervioso que con un poco de reposo se te pasará.

—Si tú lo dices, hijo mío —contestó la madre que tenía ciega fe en su «doctorcito»—, puede que así sea. Procuraré entonces no acordarme más de esta enfermedad.

—Harás bien —replicó Arturo—, y yo estaré viniendo a verte.

Se inclinó ante su madre y la besó en las pálidas mejillas; luego salió llevando surcada la frente por profundas arrugas.

¿Qué preocupaba al hijo de la bella viuda?... ¿Era pues grave la enfermedad que Arturo conoció en su madre?

Ella lo vio marcharse y se dijo: —Sí, no es nada, no debo alarmarme, mi hijo es casi un médico y sabe cuando estas cosas tienen importancia.

Pero al mismo tiempo que este pensamiento cruzaba por su mente, algo se agitó en su interior.

Son nervios, volvió a decir Elena en voz alta, nervios nada más.

[402] En el original: «agrababan» [errata].

CAPÍTULO DIECINUEVE

UNA VIDA QUE DESAPARECE

Estaba silenciosa la noche. Un silencio raro, impresionante. Los diversos ruidos del día se habían ido extinguiendo y solo se oía el chirrido agudo y monótono de algún grillo que persistía tenaz en su triste canto.

Repentinos relámpagos fulgentes rubricaban en el horizonte la negrura del cielo, y en la atmósfera de la lóbrega noche sentíase la pesadez de un calor tórrido y sofocante, desusado en aquellas latitudes.

Todo hacía presagiar la proximidad de una tempestad tropical y extraordinaria, y se presentía que algo insólito y lúgubre iba a suceder.

Sin saber por qué, estaban los ánimos sobrecogidos, como amedrentados. Y al igual que a veces escuchamos una voz silenciosa en nuestro interior, oíanse misteriosos sonidos de pasos que parecían rondar en los alrededores de la tranquila mansión, y creíase percibir extrañas figuras de imaginarios fantasmas que se movían en las sombras alargadas de los cipreses[403] erguidos allá en el fondo del solitario jardín.

Los criados se habían retirado temprano porque Elena, que no quiso cenar, se recluyó en sus habitaciones tan pronto como regresó del sanatorio.

Arturo tampoco había cenado en la casa, pero llegó esa noche temprano, y tan luego como entró, pasó a su alcoba, diciendo que deseaba «no ser molestado por nadie».

A eso de las nueve de la noche se dirigió a las habitaciones de su madre a llevarle, cual era su costumbre, la consabida medicina para que ella pudiera dormir; pero esa noche no se detuvo a conversar con Elena, como solía hacerlo, y se retiró inmediatamente a su propio cuarto.

Ya hacía rato que habían cantado los gallos su melancólica serenata de medianoche cuando, de súbito, rompióse el silencio con el estampido de dos tiros de revólver, cuyo eco repercutió estruendoso por toda la casa.

La confusión, como es de suponer, fue enorme. Precipitadamente, y encendiendo las luces a su paso, subieron alarmadísimos los criados que tenían ahora sus aposentos en el piso bajo de la enorme mansión.

Catita, quien no obstante su avanzada edad les aventajaba a todos en ligereza y agilidad, pero sobre todo en la lealtad hacia sus[404] amos, fue la primera en llegar arriba y también la primera en lanzar gritos de espanto, seguidos estos de los clamores lastimeros proferidos por los demás criados, al descubrir el cuerpo de Arturo, que bañado en sangre, yacía en el pasillo junto a la puerta de sus habitaciones.

Todos se apresuraron a tratar de auxiliar al herido y a ayudar en tan horrible trance. Algunos instantes después, con la presura que le permitían sus años, entraba jadeante el venerable Dr. Laredo, tan sorprendido como angustiado, ante la trágica escena que se le presentó.

Enseguida inclinóse sobre el herido, con el ansia de ver si aún encontraba en el desdichado joven, un hálito de vida... Infortunadamente, esta ya había desaparecido, y todos

[403] En el original: «cipreces» [errata].
[404] En el original: «su» [errata].

los presentes así lo supieron cuando el anciano, levantando lentamente la cabeza, dijo con doloroso acento: —Ha muerto.

Después, por largo rato guardó silencio, contemplando con honda tristeza el cadáver de Arturo...

De pronto, Juliana, la vieja cocinera, dirigiéndose al Dr. le dijo temblándole la voz: —Dr., ya él no lo necesita a Ud., en cambio la señora...

—¿Qué? — preguntó el anciano irguiéndose con sorprendente energía. —¿Cómo es que no la veo aquí? ¿Dónde está Elena?

Cristina entonces le respondió: —Catita está con ella en su cuarto.

El Dr. no quiso oír más y atravesó corriendo el pasillo hasta entrar en las habitaciones de la viuda a quien encontró tendida en su lecho, balbuceando frases incoherentes y presa de la fiebre.

De vez en cuando se enderezaba. y con el espanto reflejado en sus ojos y la voz ahogada por el pánico decía: —Tú… tú…

Otras veces, cubriéndose la cara con las manos y sollozando amargamente, decía: —Muerto… muerto… él…

Muchas otras palabras murmuraba en su delirio; pero, aquellas, dichas con acento de terror, eran las que más claramente se le entendían.

A su lado Catita lloraba y lloraba, sollozando al igual que una criatura, sin dejar de pasar cariñosamente por la blanquísima frente de su ama un fino lienzo de batista empapado en agua de colonia.

Al ver entrar al anciano Dr. exclamó: —Qué dicha que ha llegado Ud., Dr.; corra, corra, que ella está grave.

—¿Qué me dices Catita? ¿Qué ha pasado? Dímelo —urgióla el médico.

—¡Ay, Dr.! —contestóle la criada entre hipos de llanto—, yo qué puedo decirle como no sea que, si algo sucede a mi señora, me moriré yo también.

—Eso no explica nada, Catita. Serénate y cuéntame con calma lo que pasó a tu señora. Debes[405] hacerlo, pues si no me lo explicas, más tardaré en hallar la manera de curarla.

—Procuraré hacerlo Dr.... Pero deme tiempo, no puedo pensar, casi ni hablar.

El anciano cogió la mano de Elena y le tomó el pulso que estaba tan agitado como su respiración; siguió examinándola detenidamente, diciendo al final: —Dijiste bien, muchacha, el caso es grave, debes decirme lo que sepas.

—Para mí que es la impresión terrible que se ha llevado —comenzó diciendo la criada—, la impresión de haber visto a su hijo muerto. Ella no ha estado bien desde hace más de tres meses, pero no es para que de pronto se pusiera tan grave. Le repito, Dr., que ha sido la impresión. Si yo misma estoy casi por volverme loca —concluyó Catita echándose a llorar de nuevo.

—Puede ser —dijo el médico—, pero eso no basta para saber lo que[406] quiero. Dime, ¿dónde estaba la señora cuando Uds. llegaron? ¿Junto a su hijo?

—No, no, Dr., estaba aquí mismo.

—Explícate pronto, por favor, mujer.

—Ay Dr., me pide Ud. un imposible, si yo misma no puedo explicármelo como quisiera.

---

[405] En el original: «Debes de» [errata].

[406] En el original: «lo que lo» [errata].

—Bueno, bueno —exclamó impaciente el galeno—, explícame cómo es, y no como tú quisieras.

La criada limpió sus lágrimas y empezó diciendo: —Cuando subí y vi al señorito tendido en el suelo y manando sangre de sus dos heridas, pegué un grito terrible y ordené que lo llamaran a Ud. Luego me vine a ver a mi señora y la encontré sentada en la cama, extraviada la mirada y diciendo lo que no ha cesado de decir: muerto... muerto…

Yo la recosté y empecé a hablarle, pero lejos de oírme o entenderme, se ha ido poniendo cada vez peor.

—¿Pero estaba levantada? —preguntó el Dr.

—No, estaba sentada en la cama y cubierta con las frazadas; ella se sentó al oír los disparos, es lo que yo supongo.

Catita dejó de hablar y el médico se quedó meditando. De pronto, Catita, acordándose de algo le gritó: —Dr. Dr., sí, ella se ha levantado, ya caigo en la cuenta.

—¿De qué, muchacha? Dilo.

—De que la puerta estaba abierta cuando yo vine. Mi señora ha oído los disparos y se ha levantado, pero al ver caer a su niño le faltó el valor y horrorizada debe haber vuelto a su habitación y se metió de nuevo en la cama.

Quedóse Catita pensativa un instante y luego, muy asustada, prosiguió: —O tal vez el asesino la obligó a acostarse mientras él escapaba... Sí, sí, Dr., el asesino ha sido, él la ha amenazado para escaparse. Fue grande la tensión de los nervios de la pobre mujer mientras pensó y dijo todo esto, y al terminar de hablar volvió a caer en una dolorosa crisis de llanto.

Oyóse afuera en el pasillo las voces de varios hombres que hablaban. Eran el juez, el alcalde y algunas autoridades que habían llegado a levantar la necesaria información.

El primero en prestar declaración fue el anciano médico que declaró ser mortales las dos heridas recibidas por Arturo: una en el pecho y otra en la garganta.

Declararon después los criados, que nada concluyente pudieron decir. Habían acudido al oír los disparos, pero no encontraron a nadie más que al infeliz Arturo tirado junto a la puerta de su habitación.

No había ninguna puerta ni ventana forzada, ni señal alguna de que algún extraño hubiera andado por la casa. Sin embargo, el asesino, según lo dijo el médico, disparó muy cerca de la víctima, y, por lo tanto, debió de haber entrado en la casa.

Llegó el alba envuelta en sus rosados velos y a su aparición huyeron los últimos nubarrones de aquella tenebrosa noche; algunos rayos de sol ya bañaban con su dorada luz las copas de los árboles y el césped del jardín.

La tormenta atmosférica había pasado, pero quedaba en toda su horrenda realidad la tragedia que apagó la vida de Arturo y la razón de su madre.

Por la casa toda, por los parques y jardines iban y venían agentes de la justicia; mientras que interrogaban una y otra vez a los afligidos criados.

Lo único que después de tantas preguntas al fin pudieron saber fue que el solo enemigo que a Arturo se le conocía era su antiguo amigo Ruperto Kruger.

Y al juez le fue referida por Catita, que no cesaba de llorar, lo sucedido la noche aquella en que el yugoeslavo fuera lanzado a la calle por el encolerizado Arturo.

El testimonio que confirmando esa declaración de Catita dieron el mayordomo, Juliana y Cristina terminaron[407] de convencer a las autoridades de que debían al instante dirigir sus miradas hacia Ruperto.

Los agentes entraron y dijeron al jefe de la policía que con el juez y el alcalde estaba que no había huella alguna delatora del más leve indicio del asesino.

Al oír esto, llegaron ellos a la conclusión de que el asesino probablemente usó llave para entrar en la casa y esperar o buscar a su víctima.

No tardaron, pues, mucho los hombres de la ley para trazar el plan de acontecimientos, tal como a ellos les parecía debió de haber sucedido.

Ruperto habíale dicho a Arturo: —Nos veremos. Y también: —No he de morirme sin vengar la ofensa y el daño que me has hecho.

¿Cómo vengarse? No iba a ser con los puños, pues una ofensa en la presencia de la mujer amada no la castiga el ofendido en las circunstancias de Ruperto si no es con la muerte del ofensor.

Por otra parte, ¿no vivió Ruperto en la casa, pudiendo por lo tanto tener llaves de las principales puertas? Pudo entonces haber conservado algunas duplicadas y usarlas esa noche para entrar y hacer efectiva su amenaza.

De seguro, su intención había sido esperar a su amigo, internándose para ello en su alcoba; pero se vio sorprendido por Arturo, quien desde temprana hora estaba en su cuarto, y como probablemente[408] oyó ruido, abrió la puerta para enterarse de dónde provenía.

Fue en ese momento cuando Ruperto debió de haber disparado, consumando así la venganza que tres meses antes anunciara a su amigo.

Respecto a la puerta abierta de la habitación de la viuda, cabían dos hipótesis: una, la de que al escuchar los disparos se había levantado y, asomándose, reconoció al asesino de su hijo; horrorizada, corrió entonces a ocultarse, olvidándose con el pánico de cerrar la puerta.

La otra era: que Ruperto no resistió al deseo de ver a su amada y abrió la puerta con ese objeto, pero que, siendo sorprendido por Arturo, había disparado sobre él, huyendo instantáneamente; esta segunda hipótesis daba motivo para pensar que el asesino había llegado quizás con la sola intención de ver a Elena y que lo demás sucedió de improviso y sin previa meditación cuando se presentó el hijo.

Pudo haber ocurrido entonces un altercado entre los dos; sobre todo si, como decían algunos, se admitía la versión de que Ruperto tenía con su examigo otro motivo más de resentimiento, ya que Arturo había infiltrado en el público la insidiosa sospecha de que el yugoeslavo era un espía del enemigo[409].

Estas y varias otras conjeturas hacíanse los hombres de la ley, pero todas los conducían a hacer recaer las sospechas sobre Ruperto Kruger, antiguo y entrañable amigo de Arturo, y enamorado pretendiente de su madre.

Por eso esa tarde, pasados no más los funerales de la víctima, fue detenido Ruperto como presunto asesino de su examigo.

---

[407] Uso inadecuado del lenguaje, puesto que la concordancia entre sujeto y verbo exige que la palabra elegida sea «terminó».

[408] En el original: «problablemente» [errata].

[409] Entiéndase esta sospecha bajo el contexto histórico contemporáneo del texto: la Segunda Guerra Mundial.

Grande fue la indignación[410] que despertó el asesinato de Arturo de Saldívar; profunda la pena que causó su desaparición. Pero mayores fueron cuando la sociedad y las muchísimas personas que Elena protegía se enteraron del gravísimo estado de la madre a consecuencia de la muerte del hijo.

Y así, como apenada y triste, no faltaba la concurrencia en la enlutada residencia de la viuda donde esta se debatía encarnizadamente con la muerte; así también desfilaba colérica y enardecida ante la cárcel donde Ruperto, negando siempre ser el autor del crimen, aguardaba impaciente el final de su proceso judicial.

Pero todos y todo estaba en contra suya, hasta la misma prensa. Todos los testimonios, todas las pruebas lo condenaban; y ni siquiera había podido comprobar satisfactoriamente dónde estuvo y qué hizo la noche del horrible suceso.

«Anduve caminando por ahí, dando un paseo por los alrededores de la ciudad hasta que, vencido por el sueño, entré en mi hotel a las tres de la mañana».

Esta fue su declaración a los jueces, pero ni una sola persona pudo nombrar que lo hubiera conocido en dicho paseo; el único que afirmó ser cierto que Ruperto llegó a las tres de mañana fue el portero del hotel. Pero a esa hora ya estaba consumado el crimen.

En las vistas del proceso la concurrencia enardecida y numerosa vociferaba pidiendo la rápida condenación del reo. Muchas veces tuvo la misma policía que librarlo de las iras del público.

La prensa también urgía la condena y algunos periódicos aseguraban que el móvil del crimen había sido el odio que al asesino inspiraron las amplias ideas de democracia que el muerto profesaba.

Otros decían que fue la envidia que le produjo la cuantiosa fortuna de su examigo; o venganza, porque no le permitió seguir trabajando en sus oficinas de las que lo despidió por incompetencia, y hubo también quienes hablaron de robo.

Nada más inverosímil que esto, porque nada, absolutamente nada, ni dinero, ni joyas, ni objeto alguno desapareció de casa de Elena la noche del crimen.

Pero del verdadero motivo que pudo haber tenido Ruperto para matar a su examigo, o sea, de su amor por la hermosa viuda, nadie decía nada.

Primero, porque los criados eran de una discreción a toda prueba y jamás pronunciaron palabra de cuanto ellos sabían como no fuera a las autoridades. Segundo: porque el nombre de Elena era pronunciado con veneración y respeto por todos. Y nadie, ni aún el menos inteligente, podía pensar siquiera que el asesino, el hombre que todos odiaban, hubiera tenido la osadía de poner los ojos en la bella y virtuosa dama.

El abogado que defendía a Ruperto hizo ver a los jueces que no podían condenar a su defendido sin antes escuchar el testimonio de la madre de Arturo, la que debió de haber visto al asesino y presenciado lo que ocurrió en los momentos del crimen.

Pero esto parecía imposible porque la viuda también estaba a punto de perder la vida. Se sabía que el Dr. Laredo, junto con otros renombrados médicos, luchaban desesperadamente por salvarla...

El fiscal, acusador implacable, alegaba que el apelar a dicho testimonio era una treta de la defensa para ganar tiempo, porque bien sabía que la declaración de la madre era imposible por estar la señora casi inconsciente y al borde de la tumba; y, porque de curarse, si es que sucedía el milagro, o bien quedaba trastornada de nuevo o lo llegaría a estar cuando algo o alguien le evocara la espantosa tragedia que debió de haber presenciado.

[410] En el original: «indiganción» [errata].

Uno y otro se sostenían con ardor en su punto y, por eso, la causa no prosperaba con la rapidez que el público y el fiscal querían.

Los días se sucedían unos a otros, la tramitación del proceso se eternizaba y Elvia, que había dejado el sanatorio para correr al lado de su amiga, permanecía amorosa y constante junto al lecho de esta. No permitió a la par de Elena a otra enfermera y fue ardua su labor, pues la enfermedad de la viuda se complicó inesperada y enormemente.

Con toda la discreción posible comunicó a sor María de las Rosas el nefasto suceso, rogándole que hiciera muchas oraciones por la salud de Elena.

Don Alberto ignoró todo, como es de suponer, y atribuyó la falta de correspondencia de su «Nenita» a lo que piadosamente le había mentido la religiosa, pidiendo esta en su interior perdón a Dios por haber cometido ese necesario pecado.

Díjole al querido enfermo que inesperadamente había sido invitada Elena a pasar una temporada en una lejana hacienda y que, según le escribiera Elvia, la viuda estaba reñida con la pluma, pues se estaba divirtiendo muchísimo en el campo.

«Me alegro de que así sea», había dicho el anciano, «y mayor será mi placer cuando de nuevo escriba relatándome las impresiones de su paseo». Y con esta feliz creencia se quedó.

Pero la pobre religiosa temía a cada instante recibir una segunda y más penosa noticia, rogando hora tras hora al Supremo Hacedor por la salud de su hermana.

Dios, Supremo Bien, escuchó los fervientes ruegos de todos los que por la enferma pedían; dio poder a la ciencia para vencer a la muerte que por tantos días rondó la casa de la desgraciada viuda.

Una mañana la enferma dio evidentes señales de haber pasado el peligro, y entonces los doctores pudieron anunciar llenos de satisfacción que con los cuidados y la ciencia del anciano Dr. Laredo y la abnegada solicitud de Elvia, la enferma estaría, sino curada del todo, bastante restablecida en un breve tiempo.

La feliz nueva cundió en la capital y muchos corazones se ensancharon de alegría; pero muchos también aún temían por la salud de Elena.

Sí, se decían, la fiebre altísima, la cruel enfermedad ha pasado, pero ¿cómo quedará su razón?

¿Cómo reaccionará al enfrentarse de nuevo con la cruda realidad? ¿Qué pasará cuando evoque serenamente toda la dolorosa tragedia, cuando recuerde que su hijo adorado, su único hijo, ha muerto?

¿Tendría aquella desdichada mujer valor para seguir viviendo? ¿Podría su razón soportar sin flaquear este tremendo golpe? Era difícil.

Los miembros del jurado esperaban... ¿Sería posible que pudiera la viuda decir quién fue el asesino de su hijo?

Ellos, y todo el público, no dudaban que era Ruperto; pero si la madre de la víctima podía decirlo también, terminarían entonces las protestas de inocencia del reo, y así podría caerle encima, sin dudas ni vacilaciones, el peso de la ley.

CAPÍTULO VEINTE

YO FUI

Lenta, muy lentamente mejoraba Elena. Y se decía que «mejoraba» porque su pulso volvió a ser normal, aunque débil todavía al desaparecer la fiebre y cesar los dolores y delirios.

Pero aparte de esto era imposible creer en la buena salud de aquella bella convaleciente[411]. Nada lograba animarla; no hablaba con nadie, ni siquiera lo hacía con sus fieles servidoras Elvia y Catita, cuya compañía habíale sido siempre tan grata. Ahora solo quería estar sola.

No se la veía llorar, pero en su mirada se retrataba una expresión de intensa angustia. Hora tras hora permanecía inmóvil sentada en la terraza, bajo las floridas enredaderas, o en uno de los rústicos bancos del jardín, sumergida con el pensamiento en otros mundos; y tan abstraída estaba entonces que no oía ni veía cosa alguna de lo que a su alrededor estaba.

Si alguien se le acercaba tan sólo a hacerle compañía, no se movía de su asiento; pero si le hablaban, si pretendían entablar una conversación con ella, al instante se levantaba huyendo hacia sus habitaciones u otro sitio cualquiera en donde pudiese estar sola.

Elvia se llegaba hasta Elena y sin decir palabra se ponía a acariciarle maternalmente la cabeza; ella aceptaba, y así, con mimos y ruegos lograba poco a poco arrancarla del lugar en donde se hallara y llevarla hacia el comedor o al salón, donde hacíala tomar algún ligero alimento.

Pero otras veces, tan pronto sentía las suaves y maternales manos de Elvia, levantábase y desaparecía del lado de su buena amiga.

Igualmente se portaba con el Dr.; mas a este probablemente[412] le tenía más confianza por alguna secreta causa, y ante él no cerraba del todo su corazón, pues muchas veces inclinábase a llorar sobre los hombros del noble anciano.

Una tarde, Elena se quedó adormecida en el jardín. Como tardara tanto, Elvia se fue a buscarla, y al encontrarla dormida se quedó tejiendo junto a la pálida viuda para hacerle compañía en la creencia de que despertaría muy pronto.

Pero la fresca y fragante brisa del jardín hizo que la convaleciente[413] se durmiera en el mullido asiento, bajo las floreadas lonas del enorme parasol.

En esa actitud las encontró el venerable médico que las fue a buscar ahí por haber supuesto que en tan calurosísima tarde de seguro habrían de estar ambas mujeres en los floridos jardines, disfrutando de su brisa y sus perfumes.

Las agujas de Elvia tejían puntos y más puntos en la suave lana, mientras su amiga dormía con la dulce placidez de un niño.

Al llegar frente a ella el Dr. tomó asiento silenciosamente y, en voz baja, preguntó a la tejedora: —¿Ha hablado? ¿Ha dicho algo ya?

---

[411] En el original: «convalesciente» [errata].
[412] En el original: «problablemente» [errata].
[413] En el original: «convalesciente» [errata].

—Nada, Dr. —contestóle Elvia con tristeza—, silenciosa se pasa de sol a sol; a veces me parece que la suya es una locura pasiva, de la que nunca curará.

—No, hija, no cabe pensar así, pues tú has visto con qué cordura resuelve sus problemas e interviene en los negocios que necesariamente requieren su atención.

—Es cierto, Dr., pero lo hace automáticamente, cual si fuera una máquina.

—Una máquina no funcionaría con tal precisión —replicó el anciano—, si su cerebro no estuviera bien. Tenlo entendido —prosiguió—, su daño ya no es físico, es su alma la que está enferma… y de muerte.

—Es verdad —dijo la exenfermera tristemente—, es verdad. ¡Ah!, si yo supiera, si pudiera vengarla. Pero desgraciadamente no sé nada, nada más que la horrible realidad que también Ud. sabe.

—Yo no me puedo explicar, ni lo podré hacer jamás, cómo fue que «eso» sucedió.

—Ni yo tampoco, Dr., ni yo tampoco —contestó la exenfermera—; y angustiada me pregunto cuándo se acabará esta situación.

¿Cómo es posible que ella no mencione para nada a su hijo? ¿Que no lo llore? No la he visto tampoco entrar una sola vez en la que fue alcoba de Arturo, jamás mira un retrato de él. Y, sin embargo, yo sé que su alma está destrozada y hecho pedazos su corazón.

—Todos lo sabemos —interrumpió el médico—, todos lo vemos. Esa actitud suya es hija del total vencimiento por un dolor sobrehumano; es ella un alma muerta morando en un cuerpo que quién sabe por qué secretos designios aún tiene vida.

—Pero hay que hacer algo, Dr., hay que hacer algo —suplicó Elvia—, yo no puedo verla sufrir así.

—Pero ese «algo», hija mía, no lo podremos hacer nosotros —contestó con pesadumbre el anciano—. Ese milagro solo debemos esperarlo de Dios.

Un silencio impregnado de profunda tristeza cayó sobre ellos, y así estuvieron por un largo rato.

Ya la atmósfera se había refrescado y, al desaparecer el bochornoso calor, la fresca brisa del jardín se fue volviendo fría. Al sentirlo así, Elvia se levantó y fue a cubrir a Elena con un rico chal, a un tiempo que en voz muy baja preguntó al Dr.: —Y a «él», ¿cómo le va?

—Mal, muy mal —contestó el interpelado—. Ayer rendí mi último informe al juez y creo que ya van a decidir de una vez la condena de Ruperto.

Mejor porque de todas maneras ya está perdido, y así, por lo menos no seguirán echando al viento toda clase de impertinentes y desagradables comentarios. No dejo de temer que uno de tantos diarios llegue a manos de Alberto. Entonces sí que la desgracia seria del todo irreparable.

—Sin duda lo sentenciarán a prisión por muchos años —dijo Elvia.

—Es lo más probable —contestó el galeno—, porque la declaración de Elena sería la única que lo podría condenar a muerte; y ella, como lo dije ayer, no podrá declarar.

Una bandada de alegres y bullangueros pájaros pasó rozando casi las copas de los árboles, y esto hizo despertar a la viuda.

Al abrir los ojos y encontrarse acompañada por el médico y su fiel amiga, se incorporó para levantarse, pero Elvia le dijo que reposara un poco, porque el sentarse bruscamente podría hacerle daño, ya que hacía casi una hora que estaba en la misma posición.

—¿Tanto tiempo hace que duermo? —preguntó la convaleciente[414].

—Y tan profundamente que sentíamos deseos de imitarte, hijita —contestóle el Dr.— ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —preguntó él a su vez.

—Muy bien —respondió Elena—, no me duele nada, solo que me siento muy cansada, nada más.

Y al instante, para evitar preguntas, levantóse de su asiento y dijo: —Hace frío, venga, Dr., y tomará una taza de té caliente. Ven tú también, querida Elvia, y recuerda que no debes exponerte al frío.

La exenfermera y el médico se miraron significativamente, pues Elena acababa de demostrarles una vez más que no estaba loca, que su razón no flaqueaba.

Así, pues, si recordaba qué clase de enfermedad era la de su amiga, debía también de recordar lo sucedido la trágica noche en que murió Arturo, y debía también de saber quién era el que..., pero no, no debían ellos de investigar lo que tanta pena les causaba todavía.

Seguramente la viuda querría que tan tristes recuerdos se olvidaran, y por eso, no había pronunciado una sola palabra alusiva a tan fatal suceso.

Quizás algún día llegara a ser posible que ella hablara revelando el secreto que pesaba en su alma; pero entre tanto, había que ayudarle a no recordar, por lo menos, mientras cicatrizaba un poco la sangrienta herida que le desgarró el pecho.

Elvia, mujer al fin, a pesar del intenso y filial cariño que profesaba a Elena, no dejaba de sentir que la tragedia hubiera afectado hasta ese punto a su amiga, porque había «algo» que ni ella ni el médico podían explicarse, «algo» que los había sorprendido sobremanera y que solo la viuda podría hacerles comprender. Su femenil curiosidad quedaría, pues, sin satisfacer, quizás para siempre.

El otoño del tiempo iba botando las hojas secas en los días que pasaban; una mañana en que el frío de la soledad azotó con más fuerza el corazón de la infortunada Elena, dirigióse ella hacia el salón a contemplar los retratos de sus padres, que en dorados y lujosos marcos pendían de la pared en el sitio predominante.

Apenas había entrado, pareció cambiar de idea, y se disponía a salir cuando algo la detuvo; quedóse entonces mirando fijamente hacia un extremo del salón, en donde dos personas conversaban, al parecer muy emocionadas.

Eran estas el Dr. y Elvia. —Sí, hija mía —decía el anciano—, hoy es el día fijado para la sentencia, y ya terminará esta causa, no volviendo a hablar nadie de ella dentro de poco tiempo. Pero, aunque lo condenen, ya nunca volveremos a ver al revoltoso Arturo, ni volveremos tampoco a escuchar la fresca risa que antes tuvo Elena. Entérate tú misma— agregó extendiendo un diario a Elvia.

Las últimas palabras las alcanzó a oír la viuda, y, al escuchar cómo el Dr. nombraba a Arturo y luego a ella misma, un instinto ajeno a su propia voluntad la obligó a quedarse escuchando.

La exenfermera ya había cogido el diario, y presa de la mayor emoción leyó en voz alta lo que sigue: «hoy será condenado Ruperto Kruger, asesino del recordado joven Arturo Saldívar, último descendiente de dos de las más distinguidas y opulentas familias de la capital.

[414] En el original: «convalesciente» [errata].

A las catorce horas se reunirá el jurado que pronunciará su fallo, condenando al asesino, pese a las enérgicas protestas de inocencia que este ha venido haciendo desde hace cuatro meses.

A la vista asistirá numeroso público, así como delegados de toda la prensa que reiteradamente han pedido la condena de Kruger y que están dispuestos a impedir que flaquee el ánimo de los señores miembros del jurado, para que sin más demora sea castigado el autor de tan alevoso crimen».

No se había extinguido completamente el eco de la última frase que leyera Elvia cuando un grito resonó lanzado por Elena: «Eso no puede ser, no puede ser, señores», dijo a un tiempo que llegaba hasta la que había hecho de lectora; y arrebatándole el diario de las manos, volvió a leer ella misma el fatídico párrafo.

Al terminar, llevándose una mano hacia la frente con gesto de inmensa congoja, de nuevo se la oyó decir: «No puede ser, no puede ser. ¡Oh, Dios mío! No vuelvas a permitir que yo recuerde[415] eso, que muera si es preciso, pero que nada me haga recordarlo más».

Ante tal expresión de angustia, alarmados y conmovidos, el anciano y la exenfermera apresuraron a brindarle consuelos y cuidados.

Elena se dejó hacer, y unos momentos después parecía quedar tranquila recostada en su alcoba.

Elvia y el Dr. se reprocharon el no haberse fijado en ella al hablar de tan escabroso asunto; pues su descuido hizo que la infeliz madre evocara toda la horrible tragedia que con múltiples esfuerzos trataba de sepultar en las reconditeces[416] de su alma.

Pero ya que el mal estaba hecho, procurarían al menos aliviar la herida que involuntariamente ellos habían hecho sangrar de nuevo.

La viuda no bajó a almorzar ni quiso tomar nada en sus habitaciones; solamente rogó que la dejaran descansar.

El anciano se retiró a la biblioteca a enfrascarse en la lectura que tanto lo atraía; y la exenfermera se recluyó también en sus habitaciones. Acababa de dar el reloj dos campanas cuando se escuchó el timbre de la habitación de Elena.

Pasado un instante estaba Catita frente a su ama, quien al verla no más le dijo: —Ayúdame a vestirme, pero antes avisa al Dr. y a Elvia que voy a salir y que deseo me acompañen ellos. Ve y vuelve pronto porque estoy precisada.

Al recibir el recado que les enviaba la viuda tan sorprendidos quedaron los dos como lo estaba la misma Catita.

—¿A dónde iba Elena? Desde el día de la tragedia la viuda no había vuelto a poner un pie en la calle. Y ahora, ella misma tomaba en esto la iniciativa.

No obstante su sorpresa, los dos estuvieron prontos al llamado de la hija de don Alberto, y así se lo hicieron saber.

Cuando apareció ya dispuesta para salir, iba toda vestida de negro. Al llegar junto a su amiga y al anciano doctor díjoles: «Vamos», y salió tomando ella, de primera, asiento en el carro que ya estaba esperándolos.

—¿A dónde los llevo? —preguntó el chofer.

—A la Corte Suprema de Justicia —contestó con firme voz Elena.

Esta inesperada respuesta dejó atónitos a sus acompañantes.

—¿Qué dices? —preguntaron a una voz el Dr. y Elvia.

[415] En el original: «recuerdo» [errata].
[416] En el original: «recondisteses» [errata].

—Que vamos a la Corte Suprema de Justicia —contestó la viuda sin dar más explicaciones.

Ellos comprendieron que cuanto hicieran sería inútil que nada lograría disuadir a la viuda de Saldívar de lo que ya era un firme propósito.

Así es que optaron por callarse, entregándose a las más diversas cavilaciones y diciéndose que seguro el misterio que a ellos dos los tenía tan intrigados como sorprendidos, iba a ser desentrañado en breve.

¿O sería no más un atrevido capricho de Elena el llegarse hasta la corte para oír ella misma cómo fue que el asesino penetró en la casa para perpetrar el horrendo crimen que la privó de su hijo?

Cualquier cosa que fuera ya la sabrían cuando llegaran[417] al recinto en donde se iba a juzgar y a condenar, sin la menor duda, al matador de Arturo.

La escena en este lugar era tirante. Todos los rostros[418] estaban inconmovibles unos, adustos otros y amenazadores muchos.

El presidente de la corte era la imagen viva de la Justicia. Impasible ante el curso de los acontecimientos siempre que estos siguieran la ruta trazada por la Justicia que representaba.

Los doce miembros del jurado, enfundados en sus ajustados trajes negros, dirigían tales miradas al acusado que frente a ellos estaba sentado en un tosco banco y en medio de dos guardias, que habríase pensado en una bandada de cuervos dispuestos a devorar su presa.

Ruperto, enflaquecido y pálido por los cuatro meses de prisión que ya llevaba, y a pesar de su aparente docilidad, revelaba en su fiera mirada toda la rebeldía y el odio de que estaba poseído.

Junto a él estaba su defensor, un valiente muchacho que desafió la opinión pública y se hizo cargo de la defensa del más aborrecido reo de los últimos tiempos. Estaba a la par de Ruperto, tanto para dar ánimos a su defendido, si los llegaba a necesitar; como dispuesto a jugar con todo valor y pericia la última carta para arrebatar su codiciada presa a la Justicia.

El público numeroso invadía los pasillos, alborotando sin cesar con silbidos, gritos acalorados e improperios lanzados contra el odiado Kruger y su abogado.

Ávidos de fotos y de noticias, los periodistas se disputaban los más estratégicos lugares, aguzando los oídos y prontos a apretar el botón de su cámara fotográfica.

Los numerosos escribientes, armados de sus plumas, disponíanse a escribir taquigráficamente unos, de manera corriente otros, cuanto sucediera o se dijera en la gran Sala de Justicia.

Los testigos que iban declarando volvían a tomar sus asientos, y sintiéndose observados por el público y los periodistas creíanse tan importantes como quien ha prestado un enorme servicio a la humanidad.

Y así lo creían ellos al haber contribuido con sus declaraciones a destruir las reiteradas protestas de inocencia que cínicamente continuaba haciendo el reo.

Tomaba la tribuna el fiscal acusador cuando súbitamente se abrió la puerta y anunció el ujier[419]: —La honorable señora doña Elena de Saldívar, el Dr. Laredo y la señorita Elivia de Navarro.

---

[417] En el original: «llegaron» [errata].

[418] En el original: «rostro» [errata].

Un ensordecedor murmullo se levantó a este inesperado anuncio. Los miembros del jurado, olvidándose de su serena compostura, levantáronse cual uno solo de sus asientos.

El presidente, al momento, se puso los anteojos para dar más fuerza a su vista. El reo pareció que iba perder el conocimiento, porque apenas quiso ponerse de pie, dejóse caer en su tosco asiento más pálido de lo que estaba. Su defensor buscó apoyo, pues las piernas parecían flaquearle.

El fiscal, animadas sus duras facciones por una inmensa alegría, bajó presuroso de la tribuna y se dirigió a recibir a la enlutada visitante y a sus compañeros.

Los hizo sentar, y al mismo tiempo que volvía a tomar de nuevo su lugar en la tribuna, el presidente golpeaba la mesa llamando al orden.

Ninguno prestó atención a que el ujier había violado las reglas de la Gran Sala de Justicia, ya que introdujo a los inesperados testigos sin la previa autorización del presidente, los cuales irrumpieron en la sala cuando estaban en debate de la causa.

Lo único que todos vieron a las claras era que el ansiado testimonio de la madre de la víctima se iba por fin a escuchar; comprendieron que ya la justicia emitiría fallo sin ninguna duda ni vacilación, y que todo el peso de la ley, tal como lo merecía, caería sobre el cínico asesino.

Así lo vieron todos, desde el ujier, hasta el presidente; y por eso poco les importó la violación de los estrictos reglamentos de la Sala.

A los repetidos golpes del presidente, el orden fue restableciéndose, y se hizo del todo cuando la voz del fiscal se dejó oír diciendo: —Señor presidente, señores del jurado, y todos vosotros los que me escucháis: estaréis sorprendidos y admirados por la presencia de tan digna dama en esta sala; yo también lo estoy, y agradezco a tan noble señora el haber venido, porque valerosamente, y haciendo a un lado su justo y acerbísimo [sic] dolor, que renovará estoy seguro en este recinto, ha venido a cooperar con la justicia.

Dios ha querido, ha permitido que la salud volviera a tan heroica mujer, para que al fin pudiera rendir su declaración y no pueda ya más protestar inocencia el asesino.

¿No habéis visto cómo ha querido desmayarse cuando la vio? Es porque él, que no tembló para asesinar alevosamente a su mejor amigo, a su protector que tantas veces lo salvó de la miseria y la cárcel, tiembla ahora cobardemente al sentir ya la fría mano de la Justicia.

Sí, señores, la muerte. Porque si antes lo habrían esperado veinte largos años de presidio; ahora que los señores miembros del jurado oigan la declaración de la angustiada madre, tendrán que condenar a muerte al asesino del nunca olvidado Arturo de Saldívar.

—Protesto, protesto enérgicamente, señor presidente —gritó el defensor de Ruperto—; el señor fiscal no debe propasarse injuriando a mi defendido, ni tiene todavía ningún derecho de pedir pena ninguna para él, pues todavía no está comprobado que mi cliente sea el criminal.

—La defensa no debe interrumpir —contestó el presidente.

—No importa, señor presidente, no importa que la defensa interrumpa —dijo el fiscal—; con eso no hace sino retardar unos minutos el veredicto que dará el jurado, condenando a su defendido.

---

[419] ujier: «En algunos tribunales y cuerpos del Estado, empleado subalterno que tiene a su cargo la práctica de ciertas diligencias en la tramitación de los asuntos, y algunas veces cuida del orden y mantenimiento de los estrados» (DLE).

Su derrota es segura, señor abogado —prosiguió dirigiéndose a este—, y no trate de insistir más en la defensa de un hombre que lo ha hecho perder todo su prestigio profesional. De ahora en adelante, será Ud. el abogado únicamente de la gente del hampa, de los criminales.

Aunque si todas las defensas van a ser como las que ha hecho Ud. ahora, hasta entre ellos carecerá de prestigio.

—Protesto, señor presidente[420], el señor fiscal no tiene ningún derecho a insultarme —dijo el abogado.

—Aténgase el señor fiscal —increpó el presidente—, a hacer no más la acusación del reo, a enumerar los cargos que debe hacerle; no tiene ningún derecho de lanzar improperios al señor abogado defensor.

—Está bien, señor presidente —contestó el fiscal pálido de cólera. Luego prosiguió, y dirigiéndose a todos: —Decía que es la muerte lo que merece el asesino, y ved, señoras, por qué la merece: no solamente ha tronchado una joven y prometedora vida en el único descendiente[421] de dos familias de abolengo, con las que la patria se ha honrado, sino que también ha destrozado para toda la vida el corazón de una madre.

Ved, señores, ved cómo llora la que tantas lágrimas ha enjugado —continuó, dirigiendo la vista hacia Elena—, quien, al oír estas palabras alusivas a ella, apresuróse a bajar el velo sobre su rostro, por el que en verdad corría un raudal de lágrimas.

—Ya todos sabéis —siguió diciendo el iracundo fiscal—, que el acusado lanzó amenazas a su protector y que no ha podido probar lo que hizo y a dónde fue la noche del crimen.

La defensa ha dicho que de ser su defendido el asesino, se habría preparado una coartada. Recurso pobre, señores jurados. El asesino no lo hizo porque presintió la sagacidad[422] de la Justicia y temió que esta lo[423] descubriera[424]; prefirió confundirnos con su aire de inocencia.

Pero no lo ha conseguido; todos sabemos que él, usando algunas llaves que astutamente se había dejado, penetró taimado, lleno su infame corazón de negros sentimientos, a la casa que con gran generosidad lo albergó un día.

Él fue, porque de haber sido otro, hubiera dejado inconfundibles huellas, y ya sabéis que no se ha podido hallar una sola que acuse que persona alguna entró en la casa aquella noche fatal.

¿Qué hizo una vez que logró introducirse en ella? Muchas cosas que la Justicia aún no sabe; pero en cambio, no ignora que a quemarropa disparó dos balazos a su antiguo amigo y protector.

Después, astutamente huyó, y cuando fue aprehendido, negó los cargos que se le hicieron y juró inocencia que nadie ha creído. Que no podemos creer, señores, tanto por la amenaza que el reo había hecho a su víctima al salir de la casa, como por la forma en que fue cometido el crimen.

Tenemos, además, los numerosos testimonios que todos conocéis, los que constituyen pruebas suficientes para condenarlo a veinte años de presidio.

---

[420] En el original: «Pesidente» [errata].
[421] En el original: «desciendiente» [errata].
[422] En el original: «zagacidad» [errata].
[423] En el original: «la» [errata].
[424] En el original: «descubiera» [errata].

Pero ahora será otra cosa. La Justicia podrá ser más enérgica, y yo, en nombre de ella, me anticipo a pedir la pena de muerte para el acusado.

Seguidamente, sacó un blanco pañuelo de su bolsillo y, secándose el sudor que le inundaba la frente, continuó suavizando la voz y dirigiéndose a Elena: —Señora —dijo—, permítame expresarle el pesar que me causa rogarle que venga a este lugar a decirnos lo que sabe de este suceso, y aunque esto le causará un mayor dolor, tendrá ello el mérito de hacer brillar la Justicia, no quedando impune tan alevoso crimen.

Todos sentimos, señora, la pena que tendrá Ud., pero creemos que al venir habrá sido porque está decidida a revelarnos la verdad.

Un murmullo de general aprobación se escuchó en la sala; todos elogiaban la larguísima perorata del fiscal, y así que hubo el presidente sofocado la algazara y el ruido, merced a los recios golpes dados por él sobre la mesa, pudo oírse su voz que decía: —Pase a declarar la testigo.

Aquí es de advertir que mientras estuvo hablando el fiscal, todo el mundo en la sala pudo notar cómo a un llamado de Elena acudió a su lado el abogado defensor, el cual una vez sentado junto a ella, estuvo escuchando asiduamente lo que la viuda le decía al oído, como en una confesión.

En cuanto fue interpelada, Elena se puso de pie y el fiscal se acercó a ella para conducirla a la tribuna. Elvia y el médico, clavadas las miradas en la viuda, casi ni respiraban.

Ruperto, a pesar de su situación, se animó a la vista de su amada; y todo el auditorio, desde el presidente hasta el último de los porteros, tenían la vista fija en la triste enlutada que ya ocupaba la tribuna, y los oídos todos pendientes de lo que ella dijera.

Hecha la reglamentaria juramentación de la testigo, procedió el fiscal a interrogarla.

—Señora, ¿conocéis a ese hombre? —preguntóle señalando a Ruperto, que estaba como hipnotizado contemplando a Elena—. ¿Conocéis al asesino de vuestro hijo?

—Lo conozco —contestó ella con firme voz, pero no es él el asesino de mi hijo.

Una exclamación de sorpresa salió de la garganta del fiscal, una voz de despecho y de incredulidad.

El abogado defensor dejó su asiento y vino a pararse frente a la tribuna. Ruperto, completamente indiferente a todo, no hacía más que mirar a su ídolo.

Presidente y jurados se miraban sorprendidos y el público protestaba.

Unos decían que Elena, generosamente, venía a salvar a Ruperto, y otros que de seguro estaba trastornada de nuevo.

El presidente amenazó con hacer desalojar la sala, y, ante ese temor, se estableció de nuevo el orden.

—¿Está segura de lo que ha dicho, señora? —volvió a preguntar el fiscal.

—Completamente, señor, no es Ruperto el asesino —aseguró Elena.

—¿Sabe Ud. entonces quién es? ¿Lo conoce? ¿Sabe quién mató a su hijo? —preguntó atropelladamente el fiscal.

—Sí, sí lo sé —respondió ella agarrándose fuertemente una mano con la otra, y voz quebrada por fuertísima emoción.

—Dígalo, dígalo pronto, señora —urgió el abogado defensor.

Elena levantó la cabeza y mirando fijamente con sus hermosos y tristes ojos a toda la concurrencia, pero especialmente al Dr. y a su fiel amiga, dijo con voz muy clara estas dos terribles palabras: —YO FUI.

A esta sorprendente declaración sucedió un grito lanzado por Elvia, y le siguieron otros proferidos por otras de las mujeres presentes. Un inusitado desorden se formó en toda la sala.

Muchos pedían que el médico se llevara a Elena. porque ya no les cabía duda de que estaba loca.

Ella, entre tanto, profundamente conmovida aún, hablaba con el abogado.

Consternación profunda produjeron aquellas dos palabras pronunciadas por la viuda. Nadie podía explicarse lo sucedido aquella noche del crimen, y los apóstrofes y preguntas se sucedían de un extremo a otro de la sala entre los concurrentes.

Entonces el presidente ordenó desalojar aquel recinto, lo que inmediatamente empezaron a ejecutar varios guardias. Quedaron sí los representantes de la prensa y algunas otras personas de gran significación.

Seguidamente, se preguntó al anciano Dr. si respondía de la cordura de Elena, a lo que el médico contestó afirmativamente. La expectación creció aún más en este momento.

El defensor de Ruperto rogó a la viuda que contestara explícitamente a las preguntas que le iba a dirigir, ya que de ellas dependía la libertad de su cliente, injustamente prisionero desde hacía cuatro meses.

—Lo haré, caballero, lo haré —dijo ella—, pues solo por salvar a Ruperto me he decidido a hablar tan pronto. De haberlo sabido, antes habría venido, lo supe hasta esta mañana y aquí me tenéis.

—Sois muy noble, señora —dijo el abogado—, y os1o agradezco en nombre de mi cliente y el mío.

—Solo querido que brille la Justicia —contestó la valerosa viuda.

—Hablad, hablad pronto, señora —dijo el presidente.

Nadie miraba ni oía otra cosa como no fuera la enlutada testigo de la tribuna; y por unos minutos, solo sentía cada cual de los presentes los latidos de su propio corazón.

En ese momento, el abogado defensor, con expresión de triunfo en su semblante y ademán resuelto, pidió la venia[425] al presidente para interrogar a la testigo.

—Concedida —díjole el viejo representante de la Justicia.

Al escucharlo, se volvió el abogado hacia Elena y le dijo: —Señora, vais a contestarme concisamente unas pocas preguntas y yo haré luego lo que me habéis pedido. Declararé en vuestro nombre lo que acabáis de confesarme.

—Empezad pronto —rogó la viuda, deseosa de poner fin a su triste papel.

—¿Declaráis ser la única autora de la muerte de vuestro hijo? —preguntó el defensor de Ruperto.

—Sí —respondió la señora de Saldívar—, yo le maté, yo fui.

—¿Por qué lo matasteis?

—Porque fue su culpa tan grande que ni yo, su propia madre, habría podido perdonarlo. Además, había jurado dar muerte al culpable.

—¿No os arrepentís[426] de lo hecho? —preguntó de nuevo el abogado.

—Jamás —respondió con energía la testigo—, su crimen debía pagarlo con la muerte, pero dada por la misma que fue víctima de su perversidad.

Estas declaraciones produjeron expectación[427] en el auditorio, y el tribunal se decía que jamás se había visto ante un caso similar.

---

[425] venia: en su segunda acepción: «Licencia o permiso pedido para ejecutar algo» (DLE).

[426] En el original: «arrepentíis» [errata].

Elena hacia inauditos esfuerzos por contener las lágrimas y dominar la emoción que le[428] embargaba.

—¿Me autorizáis pues, señora, a decir en vuestro nombre toda la verdad? —preguntó una vez más el abogado.

—Os lo ruego —suplicó la viuda—, declarad cuanto os he dicho.

—Puede retirarse la testigo —dijo el presidente, comprendiendo que por algún justo motivo no podía Elena declarar más.

Bajó la viuda de la tribuna y fue llevada ahora por el mismo abogado defensor al asienta que ocupó ella desde su llegada.

Los brazos de Elvia la recibieron y en ellos derramó las lágrimas por tanto tiempo contenidas.

Ocupó el abogado la tribuna que acababa de dejar la enlutada testigo y después de prestar su juramento dijo: «Señores, vais a oír la más inicua revelación, y cuando yo termine de hacerla; os horrorizaréis como lo estoy yo, pero admiraréis también la egregia virtud de seres a los que ni aún la más negra ignominia logra mancharlos.

No señores; así como al diamante no le arrebata su fulgor el fango, así tampoco la maldad humana puede empañar la virtud cuando esta está bien cimentada.

No debe[429] permanecer oculto por más tiempo este crimen, para que al ser conocido por otros que acaso tuvieran las mismas intenciones, vean a tiempo las consecuencias de su sacrilegio y recriminándose, despreciándose ellos mismos, desistan y maldigan de sus abominables pensamientos.

Oíd, señor presidente; oíd, señores jurados, oíd vosotros todos: con lo que pudorosamente acaba de relatarme la testigo, con lo que he podido adivinar tras sus veladas palabras que me han dejado entrever todo un mundo de perfidia, vicio y maldad; voy a tratar de reconstruir todo lo sucedido aquella noche... y otras más atrás.

Unos meses antes de la trágica noche que todos conocemos empezó la Sra. de Saldívar a sentirse extrañamente enferma. Pasaban los días y aquella extraña enfermedad se acentuaba. Ella no prestaba la atención que debía a su dolencia, preocupada como estaba por la ausencia de su padre y también la de su amiga y compañera Srta. Elvia.

Mas un día su estado llegó a tal punto que guardó cama y mandó llamar a su hijo que era casi un médico. Este oyó el relato que la enferma le hizo de su mal, pero no le dio importancia y solo le recetó mayor cantidad de un somnífero que desde meses atrás, noche a noche llevaba él mismo a la alcoba de su madre.

Quiso creer ella en las palabras de su hijo; y así se lo prometió, pero no pudo ser. Días después comprobó espantada que iba a ser madre.

¡Cuánto dolor! ¡Cuánta desesperación! ¡Cuánta angustia debe de haber sentido la noble dama cuya virtud era el ejemplo y la admiración de toda la ciudad!

Deseó revelarlo a su amiga, a su viejo médico, pero tan pronto como lo pensó desistió de ello. Porque ni aún ellos, que tanto la querían, podrían creer en la inocencia de la víctima. ¡Imposible!

---

[427] En el original: «espectación» [errata].

[428] Uso inadecuado del lenguaje: «leísmo», se conserva como manifestación presente en la versión original de la autora.

[429] En el original: «debe de» [errata].

Calló, pues, y sufrió en silencio la bochornosa afrenta, decidiendo en su interior averiguar quién era el miserable que la había mancillado; fue entonces cuando juró matarlo, quien quiera que fuese.

Desde ese día, ella no volvió jamás a dormir por la noche y, aunque contra su voluntad, mentía a su hijo al decirle que sí tomaba su medicina, no volvió a probarla, polque sabía que el infame que la manchara lo había hecho mientras ella dormía pesadamente bajo el efecto de aquella poción.

Muchas veces creyó que su hijo había visto u oído entrar al malvado, pues fueron varias las noches que lo oyó pasearse hasta muy tarde en sus habitaciones, o llegarse, quedo, muy quedo por el pasillo, hasta muy cerca de su puerta.

Al día siguiente, mientras se desayunaban, él le preguntaba: —¿Dormiste bien?

—Perfectamente —mentía entristecida la infeliz madre, preguntando a su vez a él: —¿Y tú?

—Toda la noche —respondía el interpelado, dejándola perpleja.

¿Es que me vigila? se preguntaba en el colmo de la aflicción[430] la pobre madre. ¿Podrá creer mi hijo que tengo un amante? ¿O los pasos que yo oigo acercarse a mi puerta son los del mismo malvado que ha tenido la osadía de llegarse hasta mí?

Sin embargo, nada podía averiguar, y el tiempo pasaba fatalmente para ella. La misma desesperación debió de haberle dado fuerzas para resistir tantas noches sin dormir en terrible espera.

Una noche, vio moverse el pestillo de la puerta de su alcoba, y ya temía ver aparecer al odiado como esperado enemigo cuando de nuevo se alejó y en el pasillo se perdieron sus pasos.

Otro día de mortal espera.

La siguiente noche temió que el furioso vendaval[431] no la dejara oír los[432] pasos y se viera de improviso sorprendida por el depravado intruso. Podía haber echado cerrojo a su puerta, es verdad, pero eso era perder la oportunidad de sorprender al criminal, al que debía de encontrar... y castigar.

A las nueve, poco más o menos de la noche, entró su hijo con la acostumbrada medicina, y se asombró ella de que estando tan tomado de licor se hubiera acordado de llevársela.

Seguramente por eso no conversó con su madre como solía hacerlo otras veces, sino que, dejándole el vaso sobre la veladora, se despidió con un lacónico saludo.

La madre se sintió apenada por ese extraño proceder de su hijo, ya que había desistido de seguir llamándole la[433] atención a Arturo, para que no le negara su cariño, ahora que ella lo necesitaba tanto.

¡Era tan desgraciada! Y hacíala sentirse más el pensar que su hijo se hubiese tornado más huraño por creer que ella estaba de acuerdo con su presunto amante.

Fue en ese momento mayor su propósito de descubrir al malvado… y matarlo.

Dos horas habían pasado cuando empezó a escuchar idas y venidas. Los misteriosos pasos se acercaban a su puerta poquito a poco, para alejarse de nuevo.

---

[430] En el original: «aflixión» [errata].
[431] En el original: «vendabal» [errata].
[432] En el original: «las» [errata].
[433] En el original: «lo» [errata].

Su instinto decíale que el misterio iba a serle revelado esa noche, y para ello se preparó.

Esperó pacientemente, al parecer, amortiguando la luz de la lámpara de mesa.

Ya hacía mucho rato que habían cantado los gallos cuando de nuevo volvió a escuchar pasos, y vio... cómo la puerta de su alcoba se iba abriendo lenta... muy lentamente.

Fingió dormir, abrigando el temor de que los fuertes y desacompasados latidos de su corazón los escuchara el que entraba.

Cerró los ojos y apretó con fuerza el revólver que escondía entre las sábanas... Súbitamente los abrió... y lo que vio no puede describirse con palabras. Tampoco podré expresar la horrorosa impresión que ella habrá sentido.

—¡Tú!, ¡tú! —gritó en el colmo de una dolorosísima sorpresa.

El que era, no dijo nada, pero con el espanto pintado en su rostro, dio dos pasos atrás. Entonces ella levantó su mano armada del revólver y disparó dos tiros sobre él.

Instantáneamente, el herido debe de haberse llevado una mano a la garganta y otra al pecho para amortiguar el dolor, o quizás para detener la sangre, pues una sola gota no cayó en la alcoba de su madre.

Ella lo vio cómo se iba alejando para atrás, y, sin quitar la vista de él, guardó el revólver homicida en la gaveta de su mesa de noche.

El herido salió sin cerrar la puerta que unos instantes antes él mismo había abierto, y, segundos después, cayó pesadamente en el pasillo.

Al oírlo caer, ¿qué debe de haber sentido la infeliz madre? Acababa de perder a su hijo, y ni siquiera tenía derecho de llorarlo.

Pero su corazón, que también acababa de morir, hizo subir un desgarrador grito a su garganta: «¡Muerto!, ¡muerto!». Y esta sola palabra siguió diciendo en su delirio, pues casi esa sola y cruel idea tenía cabida en su cerebro.

Tres meses pasó luego entre la vida y la muerte durante los cuales sobrevino algo que mejor lo sabrán los dos testigos que acompañan a la señora de Saldívar y cuyo testimonio pido —dijo señalando al Dr. y a la exenfermera—. Ellos podrán decir lo que la pobre viuda aún no les ha preguntado, pues su pudor se resiste a ello; pero sí, se han dado cuenta de que el fruto de aquella infamia ya no existe.

Aquí está el revólver, señores —agregó extrayendo el arma de su bolsillo—. Esta es el arma con que se castigó tan abominable sacrilegio.

No se les podía jamás ocurrir que en la mesa de noche estaba la solución, pues al examinarlo habrían comprobado que las dos balas que faltan fueron las vengadoras.

Si eso se hubiera hecho, no habría padecido injustamente un inocente. Pero era imposible, ¿quién iba a creer que así fueran las cosas?

La señora de Saldívar ha callado porque, aunque decidida a que tan negro crimen no quedara sepultado en las cavernas del disimulo, no deseaba hablar todavía. ¡Era tan difícil como doloroso!

Pero hoy, al saber que un inocente iba a ser condenado, se sublevó su corazón, y haciendo a un lado su propia pena se decidió a hablar.

No permitió que el sello de la hipocresía[434] cubriera este negro sacrilegio de que ha sido víctima. Y como todo lo hecho por ella, ha sido bien hecho.

No debía[435] ocultarse al público este horrible caso como tampoco deben[436] taparse hipócritamente otras lacras que también existen, y que cual purulentas llagas roen la

[434] En el original: «hipocrecía» [errata].

moralidad de gran parte de nuestra juventud; deben, para bien de todos, descubrirlas y curarlas, a cualquier precio, aunque este sea a costa del amoroso corazón de una madre.

Mujeres; imploren de Dios ayuda para alcanzar ese objeto. Antes que nada, vuestros deberes de madres cristianas, y antes que vuestros deberes con la sociedad o sus torpes conveniencias, el cumplimiento de las leyes de Dios.

Yo, señores, rindo mi admiración a tan virtuosa y valerosa dama, y para ella son todos mis respetos».

Bajó el abogado de la tribuna y un murmullo de general admiración se levantó en la sala.

Acababan de descubrir todos que, bajo la seductora y siempre admirada belleza, bajo sus nobilísimos sentimientos, que todos conocían, llevaba también Elena el fiero valor y el amor al deber del más abigarrado general. No se presentaría en mucho tiempo una mujer de su temple.

La viuda aún lloraba. Eran sus lágrimas de amarga vergüenza y dolorosa desesperación. El anciano doctor cariñosamente le acariciaba la cabeza.

Seguidamente, fueron llamados a declarar los acompañantes de Elena, y no necesitó deliberación alguna el tribunal para declarar absuelta a la valerosa y bella viuda Elena Revilla de Saldívar.

El presidente, intensamente conmovido, dijo: —Sres.: En nombre de la Justicia que aquí representamos los Sres. miembros del jurado y yo, nos sentimos satisfechos en declarar absuelta de toda culpa a esta heroica dama que no vaciló en sacrificar su corazón de madre para castigar en la persona de su propio hijo el más horrendo sacrilegio. Yo os admiro, señora.

Secretarios y periodistas habíanse olvidado de tomar sus apuntes, porque hasta estos buscadores de sensacionalismos sintiéronse sobrecogidos de admiración y respeto ante aquella admirable[437] mujer.

[435] En el original: «debía de» [errata].
[436] En el original: «deben de» [errata].
[437] En el original: «amirable» [errata].

CAPÍTULO VEINTIUNO

LA MAGDALENA

Si grande fue la conmoción que en el auditorio produjo el relato que el abogado hiciera en la tribuna, mayor fue el respeto que todos tuvieron para tan extraordinaria como terrible desgracia.

Nadie se atrevía a comentar frívolamente tan escabroso suceso, y todos tenían para la viuda un sentimiento de respetuosa piedad.

El abogado defensor no se alegró de su triunfo, ya que fue él a costa de la más horrorosa confesión que mujer alguna pudiera hacer.

Ruperto odió la libertad que recobraba, diciendo al salir de la prisión que habría preferido sufrir las más refinadas torturas y hasta haber pagado con su vida el crimen que no había cometido antes de saber el negro secreto que le devolvía la libertad.

Días después salió de México sin decir a nadie su destino. Iba decepcionado, entristecido, porque llevaba en su alma, prisionera de recuerdos, el cadáver de la única ilusión pura que tuviera en su vida.

Se supo que, al llegar a los Estados Unidos, alistóse en un grupo de voluntarios los cuales como enfermeros partían a los ensangrentados frentes[438] de Europa, demostrando así con ello que había abjurado de todas sus ideas, o que iba tal vez a buscar la muerte, único alivio a su pena.

¿Qué fue de él? Nadie lo supo. Lo absorbió el insaciable[439] pulpo de la guerra, como hace con las vidas de tantísimos seres, héroes unos, miserables otros.

Elena, cuyo único y vehemente deseo era volver a ver a su amado padre y llorar en sus brazos la pena que no tenía consuelo, empezó a disponerlo todo para marchar definitivamente a la Tierra del Plata.

Distribuyó entre sus amigos, servidores e instituciones benéficas las dos cuantiosas fortunas que poseía. Aquella que le dieron sus padres y la que heredó de su esposo.

La fortuna particular de su padre la depositó en manos de un banquero amigo de la familia, el cual mandaría mensualmente a Buenos Aires el dinero que demandaran los gastos del enfermo.

Nana, casi curada de su físico defecto y muy adelantada en su educación, fue puesta bajo la tutela de su padrino el Dr. Laredo, el cual, a su muerte, la entregaría a su propio padre, dotada de la fortuna con que la heredara su cariñosa madre adoptiva.

El anciano Dr., que quería a Elena como si fuese su hija, disimuló el dolor que le causaba su partida, convencido de que solo junto a su padre encontraría ella un poquito de alivio a la terrible pena que ensangrentó su vida.

La víspera de su viaje visitó Elena el cementerio, y sobre el mausoleo de mármol negro donde reposaban los seres por ella tan queridos depositó muchas flores blancas que fueron regadas con sus lágrimas.

Sus labios murmuraron fervientes oraciones y besó con ternura los nombres de su madre y de su esposo. Pero aún quedaba otro que ella había pretendido no ver; mas al fin

[438] En el original: «frente» [errata].
[439] En el original: «insasiable» [errata].

sus ojos lo fueron buscando, y al encontrarla, con desesperado impulso, besó todas las letras una a una.

—Adiós, Arturo —dijo después de un rato que pasó sumida en profunda meditación—, adiós, voy a tratar de expiar tu falta.

Al día siguiente a hora temprana, en compañía de sus fieles e inseparables Elvia y Catita, dejó a su patria, en la que tanto amó y sufrió.

Ya era el *clipper*[440] solo una diminuta mancha en el gris horizonte de esa triste mañana de invierno cuando el anciano médico apresuradamente secó las lágrimas que a sus ojos asomaron. Todo el valor de sus setenta años flaqueó al ver a Elena desaparecer de vista para siempre, sintiendo él en ese momento el frío de una loza sobre su corazón.

A su lado, la linda Nana lloraba también; entonces el anciano con alentadoras palabras la consoló haciéndole ver el radiante porvenir que la aguardaba.

Y ella, que aún tenía un tesoro más preciado, su juventud, búcaro[441] de ilusiones, calmóse al instante y hasta sonrió ante la perspectiva de un próximo viaje, encaminado a volver a ver a la que ahora habían despedido.

Cuando llegó la infeliz viuda a Buenos Aires cayó en brazos de su hermana, que en unión de toda la comunidad había acudido a recibirla. Todas las monjas con cariñosas muestras de sincero afecto se apresuraron a darle la bienvenida.

Con ellas estaba un señor de respetable aspecto que también había llegado a esperarla, el cual fue presentado a la triste viajera por su hermana la venerable superiora del convento, sor María de las Rosas.

Era el médico director de la clínica donde vivía don Alberto, y el que atendía al enfermo. Y se dice «vivía» porque ya el anciano llevaba casi dos años de estar bajo ese techo.

En el lujoso coche del médico iba Elena con su hermana. Ambas callaban, era demasiada la impresión que tenían para poder expresarla con palabras. Por fin, ansiosa preguntó la viuda: —¿Cuándo lo podré ver?

—Ahora mismo vamos para allá —contestó el médico.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? —interrogó inquieta la religiosa.

—Así tiene que ser —respondió el doctor—. No debe tenérsele esperando por más tiempo. Hoy lo he preparado para recibirla, y en estos momentos estará aguardándola, señora de Saldívar —terminó dirigiéndose a Elena.

—Pero, ¿qué le han dicho? ¿Qué? —volvió a preguntar impaciente la hermana de sor María de las Rosas.

—Yo lo ignoro, hermana —contestó pacientemente la religiosa—. El doctor me dijo que dejara en sus manos el asunto y así lo he hecho. Desde hace días, muy a mi pesar, no voy a la clínica para evitar una imprudencia que podría perjudicar a nuestro amado padre. Pero tengo la seguridad de que lo hecho por el doctor estará muy bien hecho.

Y sin jactancia alguna, respondió el aludido: —Puedo decirles que así es. Ahora mismo vais a saber lo que le dije.

---

[440] En inglés en el original. El término en español es «clíper», esto es: «Buque de vela, fino, ligero y muy resistente» (DLE).

[441] búcaro: «Tierra roja arcillosa, que se traía primitivamente de Portugal, y se usaba para hacer vasijas que se estimaban por su olor característico, especialmente como jarras para servir agua» (DLE).

Desde que recibí la carta en que la Sra. de Saldívar me anunciaba su salida de México, empecé a hablarle del próximo matrimonio de su nieto con una hermosa señorita extranjera.

—¿Otra mentira, Dr.? —interrumpiólo sorprendida la religiosa.

—Sí, hermana, otra mentira, pero muy necesaria.

—Sea por Dios —replicó entonces ella pausadamente—, prosiga doctor, prosiga.

—Esta noticia lo alegró muchísimo —continuó el médico—, y, aunque si bien extrañó que no se lo participaran a él, yo le hice creer que lo sabía por una conversación que había tenido con un colega mexicano que estaba de paso en Buenos Aires y que tal vez, por una lastimosa casualidad, pudo haberse extraviado la carta en que se lo anunciaban.

Hube, además, de recalcarle que la extremada censura que en todo el continente reina bien podía haber sido la causa de que no hubiese llegado la noticia por carta, a su debido tiempo.

Y yo, por mi parte, tuve mucho cuidado de que no cayeran en sus manos diarios o revistas que pudieran hacer alusión a los acontecimientos que convenía ocultarle.

Pero un día creí oportuno manifestarle que había oído decir que iba a venir alguien de México para darle, expresamente, noticias fidedignas de su familia.

Él me dijo entonces que creía fuese su propio nieto, quien en viaje de bodas. vendría a la Argentina a verle y presentarle a su esposa. Se puso muy contento.

Parecióme que yo debía insistir en decir que ignoraba quién era el que venía, y así lo hice para irlo preparando, solo poco a poco; hasta que llegó el momento en que me decidí a anunciarle que era su misma hija la que ya estaba a punto de llegar.

Y fue precisamente esta mañana cuando, con expresión de júbilo, le dirigí estas palabras: —Hoy es el día en que al fin tendrá Ud. la dicha de abrazar a su hija, la Sra. de Saldívar.

Al pronunciar estas frases, el doctor sacó de su bolsillo y le entregó a Elena la fotografía de una preciosa joven con cariñosa dedicatoria para el anciano.

—Señora —díjole al dársela—, no olvide Ud. que a los ojos de su padre este retrato será el de la esposa de su hijo, Arturo.

—¡Pero yo no podré Dr.! No podré inventar esa historia —suplicó Elena—. Hablarle de quien no existe, mentirle a mi padre. No, no puedo Dr., no puedo.

—Sí podrá, señora, sí podrá —díjole con enérgica voz el médico—, piense en que sus noticias darán mucha alegría a su padre e influirán muy favorablemente en su salud. No preferiría Ud. decirle la verdad, supongo.

—No, no, jamás —gritó Elena. Tiene razón, doctor, es una mentira, pero una mentira necesaria. Dios me dará fuerzas para poder decirla.

—Pues entonces, señora, a hacerse la ilusión de que lo que cuenta a su padre es verdad. Ya verá cómo al verlo tan contento Ud. se sentirá animada.

Y así fue. Después de la indescriptible e impresionante escena que se desarrolló cuando padre e hija se volvieron a ver, Elena, poco cohibida al principio, pero resuelta después, fue contando a su padre que Arturo había contraído matrimonio con una preciosa señorita extranjera, y que ella, Elena, no queriendo permanecer sola en México, como tampoco estorbar a la pareja, que había querido viajar durante sus primeros meses de luna de miel, se decidió a irse a radicar definitivamente a la Argentina, para estar cerca de su padre, de cuya ausencia nunca se conformó.

El anciano creyó cuanto su hija le relatara; y una felicidad intensa tuvo al oírla decir que se iba a quedar cerca de él.

La viuda de Saldívar y sus compañeras se alojaron en el convento de sor María de las Rosas. Muy pronto cada una de ellas se adoptó a su nueva vida. Elvia y Catita desempeñaron su cometido a satisfacción de todas.

La primera como enfermera permanente del convento, que con su gran número de recluidas ya la necesitaba. Pero debía[442] ser una con el carácter y las cualidades de la señorita de Navarro.

La segunda diligentemente tomó a su cargo el puesto de celadora de la comunidad. Aprendió en pocos días las rigurosas reglas del convento, y así pudo servir a las monjas con acierto. Fue en el Convento la misma criatura diligente que había sido siempre, lo que le captó la simpatía de todas las religiosas; y ella, por estar cerca de su ama, fue casi feliz.

Elena, en una casa anexa al mismo claustro que regía su hermana, tomó también los hábitos, pero no[443] los mismos de sor María de las Rosas, sino unos obscuros.

En vez del plateado corazón llevaba al pecho una cruz, y no fue coronada de rosas como lo había sido Lilya; la corona con que ciñó el sacerdote la cabeza de Elena fue de espinas.

Eran las reglas de esta extraña congregación, las más severas de la casa. A ella podía ingresar cualquier mujer, desde la más recatada niña, hasta la más envilecida de las mujeres. Solo se requería para entrar en ella estar dispuesta a sufrir los más grandes sacrificios y humillaciones por amor a Dios. Era una especial congregación de arrepentidas y enamoradas Magdalenas.

Ellas eran las que fregaban los pisos, hacían los jardines, cuidaban de las más rebeldes recluidas; ellas, en fin, hacían los más duros menesteres.

Esta fue la congregación que eligió Elena.

A su consagración asistió su padre, que desde la llegada de su hija había mejorado notablemente.

Sentado junto a su médico que lo acompañó, presenció el anciano toda la ceremonia con la alegría impresa en su animado rostro.

Terminado el ritual, sor María de las Rosas abrazó a su hermana, quien ya había dejado de llamarse Elena para llamarse la «Hermana Dolores». Juntas se acercaron al anciano y, arrodillándose ante él, le besaron la enflaquecida mano.

La «Hermana Dolores», más impresionada que su hermana, se abrazó fuertemente a su padre y le decía: —Papá, papá, papacito mío, mi padre querido.

El enfermo no pudo comprender, dichosamente, todo el dolor que encerraba el grito de la afligida Elena.

Tomándolo como efecto de su emoción, posó su mano sobre la cabeza de su hija diciéndole: —Nenita mía, hoy me has proporcionado una muy grande satisfacción, pues has cristalizado mis anhelos.

Hoy son Uds. dos como yo he deseado que fueran: o las felices esposas de unos hombres que las amaran y estimaran como yo a vuestra madre, o las elegidas de Aquel que todo lo puede.

Uds. ignoran la pérfida maldad del mundo; yo no, y por eso temía morirme sin ver a Elena en un puerto seguro. Has comprendido mi deseo, hijita, y me has complacido, solo que, santa y abnegada como eres, escogiste el camino de peor penitencia, tú que no tienes nada que pagar ni de qué arrepentirte.

---

[442] En el original: «debía de» [errata].

[443] En el original: «nos» [errata].

Yo te bendigo, hija mía, y Dios te lo premiará. Ven a verme cuando venga tu hermana; yo seré muy dichoso viendo a «mis religiosas».

Besaron ambas la mano de su padre que a paso lento salió de la capilla camino de la clínica.

Sus dos hijas lo miraron salir sintiéndose más tristes a cada paso que el anciano se alejaba.

Ellas presentían que si don Alberto ya estaba muy tranquilo y relativamente feliz; pronto se iría para más no volver, y esto, ¡ay!, era muy triste pensarlo de quien tanto y tan profundo amor les inspiraba.

Seis lentas campanadas se escucharon. La congregación, que aún permanecía en la capilla, al escucharlas se arrodilló para rezar la salutación a la Madre de Dios.

La superiora, sor María de las Rosas, y a su lado la «Hermana Dolores», quien por primera vez iba a participar, como profesa, en los rezos de la comunidad, también se arrodillaron, e inclinaron sus cabezas…

En el campanario, melancólicamente[444], las campanas tocaban «El Ángelus».

FIN

[444] En el original: «melacólicamente» [errata].